



# DAPHNE DU MAURIER MONTE BRAVO



Lectulandia

Monte Bravo es una saga familiar de proporciones épicas, basada en los antepasados irlandeses del amigo de Daphne du Maurier, Christopher Puxley. La historia abarca los años 1820-1920 y sigue la vida de cinco generaciones de una familia de terratenientes irlandeses, los Brodricks, que viven en un castillo llamado Clonmere en el sur de Irlanda.

La historia comienza con John Brodrick en 1820 cuando firma un acuerdo para iniciar una mina de cobre. Ese mismo día, Morty Donovan, un viejo rival de la familia resentido con los Brodricks durante años, maldice a todas las generaciones futuras.

La maldición sigue a sus hijos y nietos y sus familias a través de las generaciones. Con una tendencia de la historia a repetir la batalla de la familia para mantener la fortuna de la familia maldecida y las minas de cobre, a la vez que una espiral de tragedias y desastres se cierne sobre todos ellos.

**Lectulandia**

Daphne Du Maurier

# **Monte Bravo**

ePub r1.0

Titivillus 02.05.2018

Título original: *Hungry Hill*  
Daphne Du Maurier, 1943  
Traducción: Santiago Valdanzo  
Retoque de cubierta: mozzie

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

EDICIÓN CONMEMORATIVA



5 ANIVERSARIO



# LIBRO PRIMERO

# **Copper John, 1820-1828**

MONTE BRAVO

# 1

EL 3 de marzo de 1820, John Brodrick partió de Andriff para Doonhaven. Se proponía recorrer las quince millas del viaje antes del anochecer. Hacía un tiempo típico del Sudoeste: nubes bajas y un viento blando que traía agua. Caían fuertes chaparrones de cinco minutos. Luego se abría en el cielo un boquete azul, no mayor que un puño, y asomaba un destello de sol inútil y engañoso. En aquel tiempo era el camino bronco, desigual, y John Brodrick, zarandeado en el calesín, dijo al criado que conducía que tuviera cuidado, no fuera que ambos se rompieran los huesos y se quedaran a dormir en la cuneta, sin cenar encima.

Se hablaba constantemente de la construcción de una carretera nueva; pero no se pasaba de ahí, como ocurría con todo en aquella región, y del Gobierno no llegaría ni un penique para mejorar las carreteras. El desembolso, a la larga, tendrían que hacerlo John Brodrick y los demás terratenientes. Lo malo del caso era que ninguno de los otros tenía suficiente arranque para echar mano a la bolsa, y aun en el caso de ser convencidos, lo harían remoloneando, lamentándose tanto sobre los malos tiempos que corrían, los atrasos en las rentas, la demora de los arrendatarios, que valía más, para ahorrar tiempo y molestias, dejar el asunto como estaba y que la carretera se convirtiera en un fangal como los de Kileen.

Sin embargo, pronto habría elecciones en Slane, y si Hare deseaba, como era de suponer, conservar su puesto, John Brodrick le expondría claramente que los votos no se conceden en vano, y mucho menos para que los ministros estén sentados en Londres girando sus pulgares y sin ocuparse de su distrito.

¡Qué pocos hombres emprendedores había en verdad! Era presunción; pero no sabía de ninguna otra persona capaz de llevar a cabo lo que se había realizado aquel mismo día en Andriff, ni a nadie conocía que hubiese empezado por tener vista suficiente para prever que aquella empresa era factible. Demasiado arriesgada, había dicho al principio el viejo Robert Lumley, meneando la cabeza y aduciendo objeción tras objeción, que nunca se resarcirían de sus gastos, que se arruinarían y se verían forzados a vender sus tierras.

—¿Riesgo? —le había contestado John Brodrick—. Sin duda alguna que hay riesgo, como lo hay en la vida diaria de todo hombre. Cada cual, apenas cruza el umbral de su casa, se expone a romperse el bautismo. Le concedo a usted que el gasto para perforar la mina no será una bagatela, que hará falta maquinaria y mucho trabajo, y admito sin vacilar que el terreno aquí es diferente al de Cornwall, donde sacan el mineral a patadas en el mismo tiempo que tardan en echarlo en la carretera, mientras nosotros no podremos extraer mineral si no es con pólvora. Pero el cobre está ahí, nuestro si le cogemos. Uno de los directores más expertos en minas de Cornwall, un tal *Mr. Taylor*, estuvo conmigo la semana pasada sobre el terreno, y su opinión coincide con la mía. En mi propiedad y en la de usted nos espera una fortuna, *Mr. Lumley*. Si accede usted a formar una Sociedad bajo mi dirección —y fíjese en



que según las condiciones que le acabo de exponer y que mi agente ha redactado, yo arriesgo más que usted, como puede comprobar—, entonces puedo asegurarle que dentro de pocos años sus dividendos anuales pasarán de mil libras. Pero si prefiere usted no tomar parte en el negocio, entonces no hablemos más. Y se había levantado de su asiento, recogido sus papeles y hecho una señal a su agente de que se había terminado la reunión. Pero no había llegado a la mitad de la habitación cuando Robert Lumley ya le estaba llamando.

—Amigo Brodrick, no hay que precipitarse. Lo que ocurre es que, naturalmente, algún que otro punto requiere esclarecimiento antes de que me yo decida definitivamente.

Y entonces habían vuelto a sentarse y pacientemente pasado todo aquello que ya habían examinado unas veinte veces, y era de ver al viejo Lumley argüir sobre su ya crecido tanto por ciento. Por fin el contrato había sido firmado, puestos los sellos a los documentos, subsiguientes apretones de mano, unos refrescos que se toman en la biblioteca del castillo de Andriff, y John Brodrick impaciente por marcharse ahora que había logrado su propósito, pero forzado a quedarse por cortesía charlando un rato con su huésped.

—Espero —dijo— ver a usted en Clonmere, siempre que los negocios le traigan a Doonhaven. Mis hijas estarán encantadas de darle la bienvenida y mis hijos en salir de caza con usted; —y el viejo Lumley, muy cortés ahora que había logrado su participación de un veinte por ciento en la futura mina, respondió con una invitación a los jóvenes Brodrick para cazar las liebres, y los faisanes de Duncroom siempre que lo desease.

Y con esto, John Brodrick llamó a su criado y subió al carruaje, precisamente cuando Simón Flower el yerno de Lumley, volvía de caza, con las botas hasta la cara salpicadas de barro, ciñendo con su brazo el talle de su hija, que tenía doce años de edad.

—¿Qué tal? —preguntó, iluminando con una son risa su lozano y nada feo semblante—. ¿Logró usted ver la firma del viejo hidalgo en esos papeles?

—Hemos formado una sociedad para explotar las minas de cobre de Monte Bravo... Si se refiere usted eso... —dijo John Brodrick con sequedad.

—¿Lo ha conseguido y sólo en breves horas? —contestó el otro—. Pues aquí me tiene a mí, que vengo luchando desde hace quince años para que coloque una cuantas pizarras en el tejado del castillo, porque le juro que la lluvia me cae en la cara cuando estoy en la cama..., y no suelta ni lo justo para la argamasa.

—Dentro de un par de años habrá ahorrado dinero; suficiente para ponerle tejado nuevo, y hasta un ala adicional a su casa si así lo desea —dijo Brodrick.

Simón Flower elevó la mirada al cielo con burlesca humildad.

—Temo que mi conciencia se rebele contra mí —declaró—, y le aseguro solemnemente, mi querido Brodrick, que si pienso que el cobre va a salir de los montes merced al agobiante esfuerzo de jóvenes y de niños, nunca tocaría ni un

penique del dinero de mi suegro... referiría que me cayese encima el tejado de mi casa.

John Brodrick miró a la pareja que tenía delante: el sonriente, despreocupado Simón Flower, su contemporáneo, que nunca había hecho el menor trabajo en su vida y que vivía contento del dinero de su mujer; y la linda muchachita, llena de vida, con sus ojos sesgados, haciendo coro a la risa de su padre.

—Lo que usted debería hacer, Flower, es ser uno de los directores de la Compañía —dijo Brodrick—. Supondría muchas horas de quehacer: inspección del trabajo en las minas, mantener el orden entre los obreros, embarcarse cada seis meses para las fundiciones de Bronsea, tener cuenta abierta... y otra porción de cosas.

Simón Flower meneó la cabeza y suspiró.

—Es una pena —dijo— que se acometa la explotación de las minas. ¡Está la vida así tan apacible!... ¿Por qué ha de meternos usted en complicaciones y hacer sudar a la gente y hacer saltar en pedazos nuestro pobre viejo monte metiendo en sus entrañas explosivos?...

John Brodrick se acomodó en el coche.

—Yo creo en el progreso, y en dar ocupación a todos los pobres diablos a quienes es casi imposible vivir en esta región, y en hacer dinero para que lo tengan mis hijos y los hijos de mis hijos cuando muera... —dijo.

—¡Ahí! —dijo Simón Flower—. Si espera que se lo agradezcan... Bueno, Brodrick, ande, y empiece con sus minas y haga su fortuna, que yo me recostaré y disfrutaré algo del producto. —Sonrió y besó a su hija en la cabeza—. Pienso en los cansados mineros, excavando para nuestro regalo —dijo riendo, y, quitándose el sombrero, lo agitó en alegre despedida.

Típico —pensó John Brodrick mirando hacia la Bahía de Mundy—, característico de casi todos los hombres en esta región... Irresponsables, indiferentes, con la cabeza llena solamente de perros y de caballos, pasando la mitad del año en Europa en busca de sol y el resto del año bostezando en el umbral de su puerta. Despreciados por sus arrendatarios, sus tierras lamentables, y para remate, más bebidos de la cuenta todas las tardes a partir de las dos.

Descartó sin pena de su mente a Simón Flower, pues despreciaba a la gente que no comprendía, y contemplando las grandes olas del Atlántico que barrían la bahía de Mundy, se puso a pensar en los barcos que llevarían el mineral desde el puerto de Doonhaven a lo largo de la costa y a través del canal hasta Bronsea. El embarque sería la parte más ardua del negocio, pues el puerto se secaba en la marea baja, lo cual obligaría a encallar los navíos, y en la mala época se verían detenidos durante varias semanas por el temporal. Recordaba cómo cuando la pobre Sarah vivía habían sido retenidos en Mundy durante más de tres semanas por culpa del tiempo, pues el patrón no quería arriesgar su barco ni aun para una corta travesía con borrasca del Sudoeste; y por otra parte, la carretera no estaba en condiciones para viajar con Sarah, en el estado en que se hallaba antes de dar a luz a Jane.

No; los barcos tendrían que apresurarse durante el verano, pues el invierno sería necesariamente una época de paralizaciones; y pensó complacido en los dos o tres barcos que había visto en los muelles de Slane unas semanas antes, uno de ellos recién botado y con la pintura apenas seca, y que se podrían comprar aun.

El precio relativamente barato de hacerlo antes de que las noticias sobre constitución de la sociedad minera se divulgasen. Owen Williams, de Bronsea, estaría alerta para cuantos barcos interesantes apareciesen del lado de allá (el suyo) del agua. ¡Gran suerte había sido llega a un ventajoso acuerdo con la casa para el futuro transporte del mineral y su distribución a las empresas fundidoras! Supuso Brodrick que en años venideros tendría que embarcarse con frecuencia para Bronsea, y decidió buscar alguna pequeña finca con fácil acceso al puerto, pues la estancia en el mismo Bronsea sería imposible. Así, además, se distraerían las niñas. Clonmere estaba muy solitario y apartado de toda variedad; empezaban a notarlo ahora que iban creciendo, especialmente Elisa. Para los muchachos era diferente: para ellos Clonmere era asueto en las vacaciones de Eton y Oxford; pero las niñas no podían cazar liebres en la isla de Doon o chapotear en los pantanos a la caza de agachadizas.

El calesín pasaba ante la iglesita de Ardmore, extraña, solitaria tierra ribereña, la más lejana avanzada de la dispersa parroquia de Doonhaven, y luego la carretera subía y se enroscaba en la falda de Monte Bravo. John Brodrick mandó parar el coche.

—Espéreme un momento —ordenó—, no tardaré.

Trepó corto trecho por el campo vecino de la carretera hasta perder de vista el carruaje y su conductor, y después de caminar unos cinco minutos llegó al lugar de la futura mina. Estuvo un rato mirando en derredor con las manos a la espalda. Era curioso pensar que dentro de pocos meses allí habría pozos, chimeneas y toda la adusta realidad de la industria: una carretera aquí, donde no había ni una senda, cobertizos, albergues para los mineros y el estrépito de la maquinaria.

Ahora el viento doblaba la hierba suavemente y el sol, asomando un instante tras una nube, lució sobre las piedras pintadas de líquen, que pronto volarían, en pedazos por la pólvora, y de pronto una agachadiza se elevó del suelo frente a él, volando como un dardo.

John Brodrick miró hacia arriba, y allí se extendía la gran mole de Monte Bravo, con su cúspide agreste y virgen envuelta en neblina. Brodrick conocía el monte en todas las épocas del año. En invierno, cuando el frío y la escarcha respetaban a Doonhaven, había un gorro de nieve en la cima de Monte Bravo, y el lago cercano a su cúspide se cubría de hielo. Desde los prados de Clonmere solía ver Brodrick la nevada vestidura del monte. Llegaban luego los ventarrones y lluvias de febrero, y cubrían la colina con una cortina de niebla; hasta que una mañana de precoz primavera, Brodrick despertaba en un día de increíble brillantez prometedor; el aire estaba lleno de esa esponjosa suavidad tan tierna y seductora, que sólo se encontraba en ésta su tierra natal, y entonces se alzaba allí Monte Bravo, sonriente bajo el cielo

azul, dispersa la niebla, desterrados los ventarrones olvidados. Perenne tentación de dar de lado los negocios del día y la tarea de un celoso propietario, cuyas obligaciones y conveniencias era tan grato posponer al sempiterno placer de acechar las agachadizas y buscar las liebres y los peces ocultos en las aguas del lago, y acariciar la hierba tupida en que es tan dulce tenderse y dormir al sol.

Y también el cálido estío, callado y apacible, con los halcones girando en la altura y las mariposas besando, raudas, el lago, en cuyas aguas límpidas y frescas era placentero bañarse como lo hacía de niño.

Ahora, la recóndita riqueza de Monte Bravo afloraría, al fin; su fuerza, embridada; sus tesoros, ofrendados al mundo, y mancillado su silencio en nombre de la vida. Menester era sojuzgar las fuerzas de la Naturaleza, pensó John Brodrick, y hacerlas laborar al servicio del Hombre; y algún día, esta región tan pobre y olvidada, tomará el lugar que le corresponde por derecho propio entre las naciones ricas del mundo: no en sus días, ni en los de sus hijos; pero quizá en menos de un siglo, ello sería posible.

Una nube oscureció el sol y unas gotas de lluvia cayeron sobre su cabeza. John Brodrick volvió la espalda a Monte Bravo y descendió hacia la carretera.

Cuando llegó al calesín, vio a un hombre que en la carretera le aguardaba. Era alto y encorvado, y se apoyaba pesadamente en un bastón. Tendría sesenta años, y ojos de un claro azul, que contrastaban de modo singular con el color caoba de su cara. Sonrió al ver a John Brodrick, con una sonrisa que tenía poco de bienvenida y nada de contento; pero que parecía causada por algún secreto regocijo propio. John Brodrick le hizo un leve saludo de cabeza.

—Buenas tardes, Donovan —le dijo—. Parece que se halla usted muy lejos de su casa, con esa pierna rebelde. —Buenas tardes, *Mr.* Brodrick —contestó el otro— en cuanto a la pierna, está acostumbrada a recorrer montes y caminos, y me sirve bastante bien. ¿Qué le parece el sitio para la nueva mina? —¿A qué nueva mina se refiere, Donovan?—. Tal vez las hadas me han hablado de ella —con esto el hombre, siempre sonriendo y rascando su blanca cabeza con el bastón—. Bueno, no hay ya inconveniente en que se sepa —dijo Brodrick—. Sí, habrá una mina de cobre en Monte Bravo. Hoy mismo he firmado un contrato con *Mr.* Lumley de Duncroom, y tenemos la intención de iniciar la explotación lo antes posible.

Donovan no contestó. Miró fijamente durante un minuto a John Brodrick y desvió luego la mirada hacia el monte. —No sacarán ustedes gran provecho— dijo, por fin. —Eso es lo que nos proponemos averiguar— respondió Brodrick.

—¡Oh!, no me refiero a la fortuna que usted haga —dijo el otro, con un ademán desdeñoso—. Del cobre saldrá para usted y para sus hijos y hasta para sus nietos, mientras que yo y los míos seguiremos aún más pobres con el pedazo de tierra que nos dejen. Me refería a los trastornos que les va a acarrear a ustedes.

—Ya nos cuidaremos de eso.

—Debiera usted haber pedido permiso ante todo al monte, *Mr.* Brodrick.

El viejo señaló hacia la mole que se alzaba ante ellos.

—Puede usted reírse desde lo alto de su superior educación en el colegio de la Trinidad, y de su haber leído mucho, y de sus grandes proyectos progresivos, y de sus hijos e hijas, que se pasean por Doonhaven como si fuera feudo suyo; pero yo le digo que su mina estará en ruinas, y su casa desmoronada, y sus hijos olvidados, y tal vez agobiados por la desventura; y ese monte seguirá aun ahí, erguido, para maldecirles a ustedes.

John Brodrick no hizo caso de este derroche de retórica, y subió al carruaje.

—Tal vez —dijo— *Mr. Morty Donovan* querría participación en la mina de cobre, y entonces quizá no expresaría su desagrado tan explícitamente. Pienso pagar buenos salarios a los hombres que trabajen en la mina. Si sus hijos se deciden a trabajar honradamente alguna vez, los emplearé con gusto.

El anciano escupió con desprecio en el suelo.

—Mis hijos no han trabajado nunca para un amo —dijo—; y nunca lo harán mientras yo viva. ¿Acaso no les pertenecen de derecho todos estos terrenos, incluido el cobre, y no podríamos apropiárnoslos si nos viniera en gana?

—Mi querido Donovan —dijo Brodrick con impaciencia—, vive usted con un atraso de dos siglos, y charla como un imbécil. Si quiere usted el cobre, ¿por qué no forma una Compañía, contrata trabajadores y aporta las máquinas?

—Sabe usted de sobra que soy pobre, *Mr. Brodrick*; y si lo soy, ¿de quién es la culpa sino de su abuelo?:

—No tengo tiempo, Donovan, para discutir esas antiguas contiendas, que es mejor olvidar. Así, pues, buenas tardes.

Y John Brodrick hizo seña al criado de partir, y dejaron allí al viejo, que, apoyado en su bastón, les miraba con fijeza. Ya no sonreía.

John Brodrick miró desde la altura el panorama cuando el carruaje coronó la cuesta. Al otro lado de la bahía estaba el pequeño puerto de Doonhaven, con la isla de Doon a la entrada, y tras Doonhaven, en la parte superior de la cala lejana, se hallaba su propio castillo de Clonmere, cual centinela que vigilase las aguas.

El calesín rechinó cuesta abajo, y luego entró en la ciudad, y pasó el puerto. Al cruzar el mercado, dispersó el ganado y los gansos y estuvo a punto de coger debajo a un perro que corría al lado de las ruedas; luego esquivó por milagro a un muchacho descalzo que perseguía una gallina; dejó atrás la casa de Correos y la tienda de Murphy, y luego subió otra vez, fuera del pueblo, más allá de unas cuantas casitas campesinas, a la colina de Oakmount, hasta la puerta de su propia finca y parque. La puerta estaba abierta, y esto le enojó, porque en ocasión de otro descuido semejante, su ganado se había extraviado por los páramos, y uno de los hombres de Morty Donovan se había apoderado de las reses y las había marcado con el hierro de Morty Donovan, añadiendo así un resentimiento más entre las dos familias; y decidió amonestar severamente a *Mrs. Creevy* en la primer ocasión, haciéndola ver que su cargo de portera era de responsabilidad, y que si no lo desempeñaba como era debido,

no le faltaba a él quien cumpliera mejor.

Atravesaron el parque y luego la segunda puerta, más allá del cinturón de árboles que su abuelo plantó y de los rododendros que habían sido el orgullo de su pobre Sarah, y que cuidaban con ternura sus hijas; y bajaron el paseo enarenado al lado del jardín, y pasaron bajo el túnel de piedra, y, en fin, doblaron la curva que les condujo al fin de su viaje, ante los muros grises de su castillo de Clonmere.

Los Brodricks comían a las cinco; así que cuando John Brodrick se cambió de ropa y se aseó, halló la comida servida sobre la mesa, en cuyo derredor la familia estaba esperando para darle la bienvenida tras su ausencia de una semana en Slane y Mundy. La esposa de Brodrick, Sarah, había fallecido hacía ya unos años, y su hija mayor, Bárbara, ocupaba su lugar a la cabecera de la mesa. Acercóse a su padre y le dio un beso, como lo hicieron después sus dos hermanas, Elisa y Jane. Henry, su hijo mayor, ya le había saludado a su llegada, y ahora se hallaba junto al trincherero afilando el cuchillo para que su padre trinchara el cochinillo asado. El criado, Tomás, estaba solícito a su lado. Antes de trinchar John Brodrick recitó una oración y luego procedió a repartir la carne en los platos que le iba acercando Thomas.

—Padre, ¿es verdad que ha habido una conjura horrible para asesinar al Ministro, durante su viaje por la región? —preguntó Bárbara.

—Creo que es, por desgracia, exacto que hubo conjura —contestó su padre—; pero, felicítenme, se descubrió a tiempo, y no pasó nada. Tiene que haber sido cosa de algunos malvados reclutados de la hez del pueblo, y quien sea responsable será juzgado. Ya os figuraréis que en Slane apenas se hablaba de otra cosa. El suceso repercutirá en las elecciones.

—¿Se presentará otra vez *Mr. Haré* por este distrito? —preguntó Henry.

—Creo que sí; lo cual me recuerda, Henry, una cosa que tienes que hacer. Comunica a todos mis arrendatarios que se preparen a votar conforme a mis instrucciones, y que si alguno de ellos se ausentase ese día sin causa justa, se vería inmediatamente sin techo para cobijarse.

—Apuesto que alguno de ellos estará ese día en cama con fiebre y hasta con el sacerdote a la cabecera —dijo Henry, riendo.

—El Reverendo Padre se abstendrá de intervenir, si está cuerdo —dijo John Brodrick, sentándose a la cabecera de la mesa.

La silla vacía a su lado le hizo fruncir el entrecejo.

—John llega tarde otra vez —dijo—. ¿Es que no sabía que yo volvía hoy?

—Creo que fue a la isla —dijo Bárbara prestamente—. Quería concertar un día de caza con uno de los oficiales de la guarnición. Tal vez haya sido trabajoso el regreso en la barca.

—No estoy dispuesto a soportar faltas de puntualidad de nadie, y mucho menos de un muchacho de diecinueve años —dijo su padre—. Clonmere no es el castillo de Andriff, y yo no tengo el modo de ser, despreocupado, de Simón Flower, ni su criterio de que cada cual ande a su antojo. Conviene que todos lo recordéis. Te ruego, Henry, que enseñes a tu hermano mejores modales. Pensé que lo menos que aprendería en Eton y en Oxford sería urbanidad.

—Lamento mucho, *sir...*<sup>[1]</sup> —dijo Henry, cambiando una mirada con sus

hermanas.

—John no tiene nunca idea de la hora —dijo Elisa, la hija segunda de Brodrick, pensando que ponerse de parte de su padre no la perjudicaría—. Esta mañana, a la hora del desayuno estaba todavía tan dormido, que Thomas tuvo que llamarle por segunda vez.

El infortunado John, que entraba en aquel momento, fue mirado con simpatía por todos menos por Elisa y por su padre. Rojo como una amapola, pidió disculpa y fue a sentarse a su sitio, aumentando al poco rato su infortunio al salpicarse el traje con la salsa.

—Es curioso —observó severamente su padre— cómo una estancia algo prolongada en esta región, hace de un muchacho un patán que se echa encima la comida. Tus amigos del colegio de Brasenose no te reconocerían. Pero hablemos de otras cosas. Thomas, puedes retirarte. Master Henry y Master John atenderán a las damas. Pues veréis de qué se trata —dijo, mirando en torno a sus hijos cuando el criado salió de la habitación—. Es cosa que a todos interesa y que concierne al porvenir.

Dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato, sonriendo a Henry con aire de connivencia, mientras los demás de su familia aguardaban que continuase.

Fue un momento de orgullo para John Brodrick. Desde hacía meses, cuando la posibilidad de extraer cobre de Monte Bravo se había convertido en realidad, no había pensado en otra cosa. Se había impuesto la tarea de romper la apatía y desconfianza de su vecino terrateniente, pues sabía que su propio capital solo no podía cubrir los gastos iniciales. Además, el emplazamiento de la mina no era del todo de su propiedad.

Parte de las tierras de Monte Bravo pertenecían a la Duncroom, finca de Robert Lumley, y sin que él consintiese en formar una sociedad, no podía empezar la explotación de la mina. Por fin, Robert Lumley había firmado el acuerdo, y los trabajos podían comenzar. No era sólo, pensaba John Brodrick al mirar con orgullo a su familia, cuestión de forjar una fortuna para sí y los suyos. Afluiría el dinero, lo sabía; estaba seguro. Henry viviría en Clonmere con toda clase de comodidades, y sus hijos luego. Compraría más terrenos, plantaría más árboles, construiría otra ala en el castillo, y compraría también terrenos al otro lado de la bahía, si tal era su gusto.

Era una cuestión de principio lo que más le importaba. Había riqueza en este país suyo, al alcance, como quien dice, de la mano, y sólo la holgazanería de sus coterráneos les impedía cogerla y disfrutarla. Consideraba un deber, le parecía ser algo debido, por su parte, a su país y a Dios, captar la riqueza escondida en Monte Bravo y venderla a los pueblos del mundo. Levantó la vista hacia el retrato de su abuelo, que colgaba encima de la repisa en el comedor, John Brodrick, que había construido Clonmere y que había sido asesinado de un tiro en la espalda, en 1754, cuando iba a la iglesia, porque había tratado de suprimir el contrabando en aquella costa. Sabía que su abuelo habría aprobado el iniciar las obras de la mina. Hubiese



sido para él cuestión de principio, lo mismo que para su nieto. Bien, tal vez el pueblo le asesinasen por la espalda, como habían hecho con el primer John Brodrick, y le robasen su ganado, y prendiesen fuego a sus cosechas; pero no podrían intimidarle ni apartarle de hacer lo que él creía ser su deber. Sonriendo, miró por turno a cada uno de sus hijos.

—Esta tarde, en el castillo de Andriff, he firmado un acuerdo con Robert Lumley, formando una sociedad para explotar la mina de cobre de Monte Bravo —dijo.

Los jóvenes Brodricks le devolvieron la mirada en silencio, y John pensó, con mezcla de orgullo y placer, qué parecidos eran entre sí, y cómo cada uno, desde el alto Henry a la menuda Jane, no obstante tener rasgos y personalidad propia, tenían una característica común, la inconfundible cualidad de los Brodricks de reconocerse poseedores de más cerebro y más estirpe que el promedio de sus prójimos.

Recordaba que su padre, Henry, que se había roto la columna vertebral saltando un seto durante una cacería en Duncroom, cuando querían llevarle en unas angarillas a una casa vecina para echarle en una cama, prorrumpió en maldiciones: «¡Bergantes, dejadme morir al aire libre cuando me parezca!»; y allí esperaron cuatro, cinco horas bajo la lluvia, mientras él mantenía la vista clavada en el cielo.

Y aquí estaba su propio hijo Henry, que iba a cumplir veintiún años el próximo año, con la misma segura mirada en sus negros ojos, mirando por encima de la mesa a su padre. Era el único con quien ya había hablado sobre sus propósitos de la mina, ante los que el muchacho había mostrado su acostumbrado vivo entusiasmo y deseo de ayudarle en todo.

Allí estaba Bárbara, que tenía veintitrés años, y era la mayor de la familia, con su sedoso pelo castaño sobre la frente, algo fruncida ahora, mientras, en su interior, examinaba la noticia; pues Bárbara necesitaba tiempo para percatarse de cualquier asunto nuevo; era conservadora por naturaleza y desconfiaba de los cambios. Su hermana Elisa, un año menor, más fuerte, de cabello más claro y más parecida a su difunta madre, ya estaba descontando lo que el porvenir la traería. Desde luego, su padre haría una fortuna, y entonces no sería necesario vivir en Clonmere durante todo el año, sino que podrían visitar Bath durante la buena temporada, y tal vez hasta Europa, como lo habían hecho las hijas de Lord Mundy el año pasado.

También tenía Henry su pensamiento puesto en Europa mientras miraba a su padre. Amaba a Clonmere y a su familia, y creía que sondar la mina era un propósito sensato y realizable en todos sus aspectos, un beneficio para la gente y el país. Si ello suponía que podría viajar por Francia, Italia, Alemania, Rusia; para ver todos los cuadros, oír todas las músicas de que tanto habían charlado en Oxford, entonces, cuanto antes se sometiera Monte Bravo al pico, a la pala, a las máquinas, tanto mejor.

Su hermano John miraba a través de la ventana hacia la ensenada. Él y su hermana Jane, eran los más morenos de la familia. Tenían algo de españoles; su color cetrino y sus ardientes ojos pardos, rasgos meridionales de que los demás hermanos carecían.

Minas en Monte Bravo, pensó; ruido de máquinas para asustar los pájaros silvestres y los conejos y las liebres; un conjunto de pobres diablos trabajando bajo tierra día tras día, contentos del empleo que les evita morir de hambre y maldiciendo al patrono que se lo da. Ya sabía él lo que iba a ocurrir. Lo había visto ocurrir antes en Doonhaven, siempre que su padre hablaba al pueblo sobre el progreso. Todo eran sonrisas y amabilidad en sus caras; pero tan pronto como volvía la espalda, murmuraban entre ellos, y luego rompían la valla, o robaban una vaca, dejaban cojo a un caballo, con extraño e impotente resentimiento.

Bien, su padre tendría su mina y todos serían millonarios. Mientras él, John, no fuese obligado a vigilar el trabajo de las minas, o a tomar un cargo de responsabilidad, no le preocupaba; mucho menos si dejaban la cumbre de Monte Bravo intacta, para que pudiera ejercitar allí sus galgos y tumbarse al sol, tranquilo y solitario, libre de la constante sensación penosa de que su padre estaba esperando que hiciese algo, entonces la nueva compañía podía explotar cien minas, si quería; a él le importaría un bledo. Y Jane —que ya a los ocho años de edad era la belleza de la familia, mimada pero sin daño para su educación y simpatía, la preferida de todos, con toda su viva imaginación y sus inesperadas fantasías—, vio un gran río de cobre que bajaba por la falda de Monte Bravo; un río de color de sangre, y el tropel de mineros hurgando en él como negros diablillos, y su padre sentado sobre un trono, en medio de ellos.

—¿Cuándo se propone iniciar los trabajos, *sir*? —preguntó Henry.

—En el curso del mes que viene —contestó su padre—. Las excavaciones preliminares empezarán tal vez antes. Espero a un técnico que viene de Bronsea para iniciar la alta inspección, y que traerá un ingeniero consigo. La galería estará comenzada quizá antes de la mitad del verano, y con un poco de suerte, sabremos lo que la mina da de sí antes del otoño. No desperdiciaremos los precios máximos, si es que tenemos algo que vender. Pero el rendimiento en los dos primeros años será pequeño, pues hay que compensar los gastos de instalación.

—¿Y la mano de obra, padre? —dijo Bárbara.

—He contratado a un tal Nicholson, de Cornwall, para capataz en la mina —contestó—; y él traerá algunos de sus paisanos consigo. Después de eso, bueno, ya veremos.

Durante un rato hubo una pausa en la conversación, y luego Henry dijo, mirando a su padre:

—Tal vez el asunto dé lugar a resentimientos, *sir*.

John Brodrick se levantó a cortar sobre el trincherero otro pedazo de cochinito.

—Por supuesto que habrá resentimientos —respondió—. Ya hubo resentimientos cuando se instaló por primera vez el servicio de correos en Doonhaven, y cuando se abrió el dispensario. No espero otra cosa. Pero cuando la gente de aquí se entere de los jornales que los obreros venidos de Cornwall se embolsan, entonces tal vez cambien de parecer. Hemos tenido un invierno duro, ¿no es cierto? Tal vez ello les

haga pensar en el invierno venidero. Confío en que sea así. Y acudirán a Monte Bravo en busca de colocación.

Su hijo John fruncía el entrecejo mientras jugueteaba con el tenedor sobre el mantel.

—Bueno, John, y tú, ¿qué opinas?

El muchacho se ruborizó. En presencia de su padre se azoraba.

—Sí, *Sir* —dijo con lentitud—, seguro que acudirán en demanda de trabajo; pero lo harán con amargura. Pensarán: «¿Por qué hemos de estar agradecidos por no morirnos de hambre?». La idea se enconará en su ánimo. Y harán lo posible para estorbar los trabajos de la mina, aunque por ella se mantengan.

—Parece que simpatizas con ellos —dijo su padre.

—No, *sir* —balbuceó John—. Es que, si usted se fija, aun ahora, después de tanto tiempo, nos miran como intrusos; esto no puede negarse.

—¡Qué tontería! —repuso su padre con impaciencia—. Somos de aquí tanto como ellos. ¡Vamos! ¡Si vuestro bisabuelo vivía aquí ya! Ha habido Brodricks en esta región desde el siglo *xvi*.

—Entonces, ¿por qué asesinaron a mi bisabuelo? —preguntó John.

—Sabes demasiado bien por qué le asesinaron. Porque cumplía con Dios y con su Rey, manteniendo la ley. El contrabando era ilegal, y se propuso acabar con él.

—Ése fue el pretexto, *sir* —dijo John—. Los Donovans dispararon sobre mi bisabuelo, porque este terreno les pertenecía a ellos antes de que le perteneciera a él. Porque los Donovans poseían Clonmere, Doonhaven y la isla de Doon, mientras los Brodricks eran amanuenses en Slane. Y esto no lo han olvidado ni aun en nuestros días. Por eso dejó Morty Donovan que su arrendatario le robase a usted el ganado, y por eso sus mineros de Cornwall permanecerán en Monte Bravo una temporada y no más.

Hubo un silencio. John Brodrick no contestaba. Miraba fija y pensativamente a su segundo hijo, mientras que el resto de la familia, asustada del atrevimiento del hermano, estaba intranquila y en suspenso.

—Muy bien, John —dijo, por fin—. Ya veo que tus estudios en Eton y Brasenose te han aprovechado más de lo que yo creía. Unos pocos años en Londres en la Universidad de Derecho te harán un gran orador. Y ahora, querida Bárbara, si has terminado, podemos dejar el comedor para que Thomas quite la mesa, y que tengas la bondad de servirnos el té en la sala.

—Sí, padre —dijo Bárbara; y dirigiendo una mirada de reproche a John por el malestar que había causado, se dirigió hacia la sala, donde el criado ya había colocado el servicio de té.

—¡Qué tonto! —dijo Henry, dando unas palmadas en la espalda de su hermano, cuando estuvieron solos—. ¿Cómo se te ocurrió hablar de tal modo y en momento tan inoportuno? Ya sabes lo que irrita a nuestro padre sólo que se mencione el nombre de Donovan. Y además de enfriar su ardor y entusiasmo por la mina.

—John querido, has sido poco hábil —dijo Bárbara—, especialmente después de haber llegado tarde a comer. Ahora estarás en su libro de malas notas lo menos una semana.

—¡Qué rabia! —dijo John, preocupado, dejándose caer sobre una butaca—. ¿Por qué no haré nunca nada bien? ¿Y por qué disgusta a todo el mundo, incluso a mí, el oír las verdades? ¿No pensaréis que estimo a los Donovan? El viejo Morty Donovan es un granuja, ya lo sé.

Alargó los brazos hacia Jane, que se sentó en sus rodillas, rodeándole el cuello con sus brazos.

—¿Qué hacemos, querida? ¿Tendremos que fugarnos juntos y construir una cabañita en la isla de Doon?

—Sería horrible en invierno —contestó Jane, riendo y jugando con el cuello de John—. Pronto estarías de mal humor, y lo pagaría la pobre Jane. Henry soportaría mejor que tú las penalidades.

—Henry lo soporta todo mejor que yo, ¿verdad, viejo? —suspiró John—. Tú aguantas en Oxford todas las lecciones con la mayor ecuanimidad y estás a partir un piñón con la mayor parte de los compañeros. Tiene una lista de amistades que mide cerca de una yarda. Los únicos que me visitaban a mí eran comerciantes o algún deportista que quisiera venderme un perro.

—¿Creéis —intervino Elisa— que cuando la mina empiece a dar rendimiento seremos todos muy ricos?

—Tan ricos —dijo Henry, guiñando a John—, que todos los condes más o menos arruinados, vendrán a cortejarte desde muchas millas a la redonda. Lo mejor que puedes hacer es ir preparando tu guardarropa. La pobre *Mrs. Murphy* puede prepararse ya con un buen surtido de agujas, hilos y otros materiales.

—¡*Mrs. Murphy*! —replicó Elisa, burlona—. ¡Muchas gracias! Comprenderás que compraré mis trajes en Bath o en Cheltenham, y que no volvería más a la tienda de *Mrs. Murphy*.

—Eso no estaría nada bien —intervino Bárbara—. Siempre podríamos encargarla algunas cosas y guardar secreto sobre los pedidos a Bath. La pobre mujer se ha desvivido siempre por complacernos.

—Bárbara, la pacificadora —dijo John—, la que da gusto a todos y no molesta a nadie, ¿qué haríamos sin ti? Jane, desastre monín, ¿quieres dejarme en paz el cuello? Me parece que ya es tu hora de ir a la cama; ¿quieres que te lleve yo, o prefieres esperar a que te lleve Marta?

—Todavía no he dado las buenas noches a padre —contestó Jane.

—Entonces, ve a dárselas y después te llevaré a la cama —le dijo su hermano.

La niña bajó las escaleras corriendo, y escuchando a la puerta del despacho, oyó voces dentro; tiró el sombrero de anchas alas en la percha, y haciendo guiños a su hermano, que la miraba desde lo alto de la escalera, le susurró: «Está Ned Brodrick con padre».

—No importa; entra y dale un beso —dijo John.

La risa sacudía los bracitos de Jane; pero se impuso la debida seriedad, y llamó a la puerta del despacho. Su padre estaba ante la chimenea, frente a su visitante, cuyas facciones, aunque más delgadas y demacradas, tenían un gran parecido con las suyas. Ned Brodrick era su hermano natural, y John Brodrick, movido de un curioso sentido familiar, le había nombrado su agente. La madre de Ned, mujer muy decente y seria, que había cuidado vacas en Clonmere en los tiempos en que la atisbaron los ojos encalabrinadores del padre de John Brodrick, vivía de una pequeña pensión en una casita de Oakmount, y Ned moraba con ella. Las diez libras de pensión que al morir en 1800 le había dejado su padre en el testamento, se las legaba, según las propias palabras de última voluntad del viejo Henry Brodrick, con la esperanza de que dicha suma le mantuviese apartado del mal que le había traído a este mundo. Esa esperanza no se realizó, sin embargo, pues Ned Brodrick, haciendo caso omiso del deseo de su difunto padre, era padre de cuatro hijos, todos naturales y todos de madre distinta. Estaba, pues, muy contento con poder añadir a su pensión lo que su hermano le pagaba como agente suyo, y cuidaba mucho de no alardear de su parentesco; de modo que John Brodrick era siempre «*Mr. Brodrick*». Por otra parte, resultó ser tan buen agente como otro cualquiera, y si bien aumentaba algo sus ingresos, falseando las cuentas, lo hacía de una manera más discreta que lo hubiera hecho cualquier otro.

—Buenas noches, *Miss Jane* —dijo saludando con su acostumbrada inclinación de cabeza y con tal aspecto grave y morigerado ademán, tan distante, al parecer, de la frivolidad despreocupada, que parecía apenas posible que hubiese dejado de observar a rajatabla la admonición testamentaria.

—Buenas noches, Ned —repuso la niña, pasando presta a ofrecer su carita a su padre.

John Brodrick levantó en vilo a Jane y la besó en ambas mejillas, mientras se le dulcificaba la expresión del rostro. Quería mucho a esta niña, más aún que a Henry, si era posible; y pensaba en el tiempo venidero, en que dejaría de ser una muñeca para convertirse en una mujercita.

—Buenas noches; que duermas bien —le dijo con cariño, y la siguió con la mirada hasta la puerta, descartándola entonces de su mente para seguir hablando con su hermano.

Jane subió las escaleras en busca de su hermano John; pero, naturalmente, éste había olvidado su promesa, cosa corriente en él, y tuvo que caminar a lo largo del pasillo hasta su cuarto, al final de la casa; allí le encontró mirando, con la ventana abierta de par en par, hacia la ensenada, que brillaba como plata a la luz de la luna. Se puso a la ventana junto a su hermano y estuvieron callados durante un rato.

—John —dijo ella de pronto—, ¿qué van a hacer con Monte Bravo? ¿Van acaso a estropearlo de modo que no podamos ir allí de excursión?

—Estropearán la parte donde se perfore la mina —explicó John—. Habrá chimeneas, maquinaria y todo lo que ya has visto en los cuadros que representan

minas. Pero no tocarán la parte agreste de la cumbre ni el lago. Podremos seguir yendo allá y divertirnos.

—Si yo fuera Monte Bravo me enfadaría mucho —dijo la niña—. Degollaría a los hombres que se atrevieran a importunarme. Ya sabes el aspecto que presenta en invierno, cuando las nubes lo cubren y la lluvia cae a torrentes. Como un gigante enfurecido. Si yo fuese papá no habría hecho la mina ahí; ya habría yo encontrado otro lugar.

—Sí; pero otros sitios no tienen cobre, monina.

—Entonces me aguantaría sin cobre.

—¿No quieres ser rica y casarte con un conde, como Elisa?

—Por nada del mundo. Yo soy como Bárbara; sólo quiero que seamos todos felices.

—Yo sería feliz si no debiera dinero a la mitad de los comerciantes de Oxford —suspiró John.

—¿Estás muy entrampado? He oído decir a papá que está muy mal deber dinero, sobre todo a gente de calidad inferior a uno mismo.

—No es malo del todo. Es irritante. Pero no hablemos más de ello; te llevaré a la cama —dijo John, que siempre desviaba la conversación cuando versaba sobre asuntos que inquietaban su conciencia; y cogió a la niña, llevándola al cuarto que compartía aún con su vieja niñera Martha.

Martha estaba cenando, por lo que Jane se desnudó con mucha solemnidad ante su hermano, doblando su ropita como se le había enseñado a hacer; luego se arrodilló junto a la cama y dijo sus oraciones con tal devoción y sencillez, que John se sintió conmovido. Cuando la hubo besado y la arropó bien bajó, dirigiéndose al salón; pero ante la puerta se paró, sin entrar. La cháchara de Elisa y las bromas y pullas, aunque de buena ley, de Henry le hubieran irritado esta noche; así, pues, salió por la puerta de servicio, atravesó el patio y fue a la cuadra, donde su perra Nellie estaba echada con su carnada de cachorros.

Tim, el mozo de cuadra, ya le esperaba con una linterna, y juntos los dos jóvenes se arrodillaron sobre la paja, cogiendo John, con su fuerte pero suave mano, al más endeble de aquella pequeña familia.

—Pobre perrillo —dijo—. Nunca será famoso con esta patita magullada.

—Vale más ahogarlo, Master John —sugirió Tim.

—No, Tim, eso no. Está suficientemente sano para vivir, y el que nunca podrá ganar ningún premio no es razón para matarlo. Vamos, Nellie, ya está bien; no temas, que no haré ningún daño a tus hijitos.

John, estando con sus perros olvidaba sus asuntos. El cariño y la fidelidad que le tenían, despertaban sus buenos sentimientos, y gustoso hubiera pasado mucho más tiempo con ellos; pero Tim no había cenado todavía.

—¿Es cierto, Master John, lo que se dice en Doonhaven? —preguntó el mozo, mientras cerraba la puerta y ponía un cubo a llenar bajo la bomba de agua.

—¿Qué es lo que cuentan ahora, Tim?

—Pues que *Mr. Brodrick* va a volar Monte Bravo con explosivos que vienen en un barco de Bronsea, y, además, que nos van a echar de nuestras casas para que haya sitio para los mineros que vienen de Cornwall.

—No, Tim, eso es un cuento chino, y tú eres un bergante por repetirlo. Mi padre y *Mr. Lumley* van a excavar una mina en Monte Bravo; eso sí es cierto; pero no que os vayáis a quedar sin hogar por los mineros. Al contrario; tendrán ocupación y dinero los parados y los que no tienen tierras en Doonhaven.

El muchacho le miró dubitativo, meneando la cabeza.

—Dicen en Doonhaven que de nada sirve oponerse a la Naturaleza. Si los Santos quisieran que el cobre fuese empleado, entonces lo harían fluir por la colina, como si fuera un río, para que lo cogiéramos.

—¿Quién te contó todo eso, Tim? ¿Fue Morty Donovan?

—Así se cuenta en Doonhaven —repuso evasivo el mozo, tras lo cual dio las buenas noches a su joven amo y se encaminó hacia la cocina.

John se encogió de hombros; y metiéndose las manos en los bolsillos, paseó tras la casa, bajó por el empinado bancal de hierba, llegando hasta la ensenada.

La luna brillaba sobre la ensenada, y una ancha franja plateada conducía a la extensión de agua que rodeaba la Isla de Doon, cuya silueta tapaba la bahía de Mundy y el mar.

Más allá, tras Doonhaven, unas siete millas distante de Clonmere, se alzaba la negra mole de Monte Bravo, remota y repelente a la luz de la luna.

Volvamos al despacho, donde John Brodrick hablaba con impaciencia a su agente.

—Yo mismo he dado permiso a los oficiales de la guarnición para cazar todas las agachadizas y chochas que quieran, siempre que no destruyan una liebre ni una perdiz, y ellos tomaron a su cargo hasta donde les fuera posible, el cuidar de la conservación de la caza. No puedo creer que los oficiales, muchos de ellos señores, hayan faltado a lo prometido, y, sin embargo, me informa que ha desaparecido la mitad de las liebres.

—Eso es lo que me dijo Baird, *Mr. Brodrick* —contestó el agente, que vio a uno o dos de los jóvenes oficiales disparando, y que Morty Donovan iba con ellos.

—¿Morty Donovan? Siempre que tengo un disgusto o una molestia anda Morty Donovan de por medio. Ned, vas a ir a verle de parte mía para comunicarle que si vuelvo a oír que se matan mis piezas sin permiso expreso mío, las personas responsables serán castigadas con severidad y llevadas ante los tribunales.

—Así lo haré, *Mr. Brodrick*. Vergüenza debiera darle a ese hombre, es lo que he dicho más de una vez en Doonhaven.

—Morty Donovan no sabe lo que es la vergüenza, ni nadie en su familia. ¿Así es que crees que ellos promoverán disturbios cuando iniciemos los trabajos en la mina?

—Yo no afirmo que provoquen disturbios, *Mr. Brodrick*; pero por mi parte no me gustaría ser uno de esos mineros que usted trae de Cornwall. Tal vez fuera mejor para

ellos quedarse en sus hogares.

—Ned, tú eres tan malo como los demás. Me temo que en cuanto vuelvo la espalda vas por las chozas chismorreando como una vieja cualquiera.

—Verdad como hay Dios, *Mr. Brodrick*, que no alterno con la gente del pueblo, como no sea para cobrar las rentas de usted, lo cual las más veces es tarea ingrata.

—Está bien, Ned. No me quejo. Siempre has cumplido tu obligación y no lo olvido. Pero lo que me irrita por demás es que un individuo sin educación e ignorante como Morty Donovan pueda, valiéndose de la superstición del pueblo de Doonhaven, hacerles creer que lo que voy a hacer es obra del demonio o de brujería, siendo así que si tuvieran dos dedos de sentido común comprenderían que voy a darles de comer. —No hay gratitud en esta región, *Mr. Brodrick*; eso es lo malo.

—¡Conque gratitud! Pero si yo no pido gratitud. Yo sólo pido sentido común. Bueno, dejemos ya ese asunto. Vale más que vuelvas a casa, Ned, mientras luce la luna. No hay otro asunto que tratar esta noche. No olvides decir a la guardesa que tenga las puertas cerradas. Estoy harto de ver mi ganado por los pantanos, marcado con el hierro de Morty Donovan.

Quedó por fin solo. El libro de cuentas estaba en su sitio; los papeles, archivados, y todos los asuntos del día, resueltos.

Ahora subiría a charlar con sus hijas durante una hora o así, pedirles su opinión sobre la compra de una pequeña propiedad, para estar cerca de Bath a donde podrían ir de vez en cuando durante la temporada; después, cuando ellas se hubieran ido a la cama, atizaría el fuego y hablaría con Henry sobre los métodos de minería en Cornwall; sobre las sugerencias del sujeto de Bronsea, y sobre cómo Lumley había logrado su participación del veinte por ciento, y qué lástima era que Simón Flower fuera un inepto.

Pero ante todo daría una vuelta para refrescar la cabeza con unas bocanadas del aire puro del mar. Bajó por la escalinata como momentos antes lo hiciera su hijo John, y al mirar más allá de la ensenada hacia la isla Doon, se percató de que su hijo estaba solo y en aparente meditación.

—¿No estás con los otros, John? —le dijo bruscamente.

El muchacho se sobresaltó. No se había dado cuenta de que su padre se aproximaba.

—No, *sir*.

Hubo un silencio. Ninguno de los dos sabía qué decir, y ambos recordaban el incidente durante la comida. Por fin, el muchacho, impulsivo, balbuceó una disculpa:

—Siento mucho haber hablado como lo hice esta noche, *sir*.

—Está bien, John; yo ya lo había olvidado.

El padre se preguntaba si debiera confesar al muchacho que comprendía muy bien lo que él había tratado de expresar. Por algo tenía él cuarenta y ocho años y su hijo acababa de cumplir sólo diecinueve. De sobra sabía él que al primer John Brodrick le habían disparado por la espalda, por lo que había dicho su hijo, y también sabía que



los Donovans de la generación actual, no lo habían olvidado. Él prefería olvidar esas cosas. No era conveniente tener viejos recuerdos. Ésa era la principal falta del pueblo; recordaban demasiado. Él, por su parte, tenía fe en la justicia, en obrar con rectitud y escrupulosa honradez con los menos afortunados que él, pero juzgaba peligroso pasar de ahí. En esta región, si un hombre se volvía compasivo, se ablandaba, se volvía ocioso, permitía a su mente especular sobre supuestas injurias o viejas pendencias, sobre un pasado que estaba muerto y enterrado. Si no se educaba adecuadamente a John, no se le inculcaba la disciplina, el trabajo y el respeto para con sus mayores en edad y en saber, se volvería otro holgazán inútil como Simón Flower.

Así, pues, John Brodrick no dijo más. Estuvo mirando hacia su futura mina, y su hijo a su lado, nervioso, irresoluto, contemplaba el reflejo de la luna sobre el helado y oscuro Monte Bravo.

Cuando John Brodrick afirmaba a Robert Lumley que sus dividendos en la mina alcanzarían la suma de mil libras, no lo hacía con un loco entusiasmo, sino con firme creencia en la exactitud de su informe. Y en efecto: al cerrarse el balance del cuarto año, la suma ingresada en la cuenta corriente del anciano en el Banco de Slane excedía de mil quinientas libras, y todos los gastos iniciales habían sido ya reintegrados en el segundo año.

El precio del cobre no había sido nunca tan elevado; y John Brodrick supo mantener bajos los fletes de transporte comprando tres buques que se emplearon exclusivamente en llevar el mineral de Doonhaven hasta Bronsea. Cuando Robert Lumley vio cómo el negocio rendía, olvidó su antigua cautela, y pidió a su socio que empleara doble número de hombres, a fin de poder extraer hasta la última onza de mineral; pero John Brodrick se negó a ello.

—Podríamos emplear más mineros —dijo— y limitarnos a extraer lo mejor del filón más saneado en el menor tiempo posible, pero mi propósito es que en nada se perjudique a nuestras familias. Si el capitán Nicholson ahonda demasiado, faltamos a ese designio. La fuerza del agua es demasiado potente para manejarla, y en poco tiempo cualquiera que sea la cantidad de mineral que haya, se perdería, sin medio de recobrarlo.

El viejo Robert Lumley, que iba a inspeccionar la mina cada seis meses, siempre encontraba faltas, aunque no entendía nada del asunto, hasta que John Brodrick, que visitaba la mina todos los días y la conocía tan bien como los mineros, se enfadó y le dijo:

—Se queja usted de que la mina no está bien dirigida. Bien, pues lea usted esta carta de uno de los mejores peritos del país que nos visitó el mes pasado.

El viejo echó un vistazo a la carta, la puso de lado y dijo que, bien o mal dirigida, encontraba que los mineros ganaban demasiado, especialmente el capitán Nicholson.

A eso respondió John Brodrick:

—En Cornwall tienen la costumbre, hace tiempo establecida, de dar una paga extraordinaria todos los años al capitán de la mina, de conformidad con lo producido, y eso es lo que me propongo hacer yo con el capitán.

—Pero eso supondrá otra reducción de nuestros beneficios, Brodrick.

—Claro que sí; pero la considero necesaria. El capitán Nicholson ha dirigido el trabajo en la mina desde el principio, en condiciones a veces muy duras, con motivo de la oposición de la gente de los alrededores, y no pensó en desertar y volverse a Cornwall.

Robert Lumley siguió arguyendo y protestando, pero por fin tuvo que irse convencido, dejando al Director de muy mal humor y deseando echar al viejo de la Compañía para desembarazarse de él de una vez.

La mina había sido un éxito, y las ganancias, crecidas; pero hubo que superar

muchas dificultades y no todas habían sido vencidas. Entre otras cosas, la gente de Doonhaven se había mostrado más reacia de lo que él pensara. No esperaba de ellos que dieran la bienvenida a los hombres de Cornwall; ya había descontado cierta animosidad y había tratado de poner remedio a ello. Por ejemplo: había hecho construir por su cuenta casitas cerca de la mina y las había provisto del ajuar necesario, tanto en las alcobas como en las cocinas, pues algunos de los mineros estaban casados y habían traído a sus mujeres y a sus hijos.

El jaleo empezó cuando fueron a comprar provisiones. La tienda de Murphy, por ejemplo, carecía de género: ni siquiera tenía una vela, ni un pedazo de jabón, y Murphy en persona explicaba a las amas de casa forasteras, entre sonrisas y disculpas, que lo menos hacía tres meses no tenían velas, y en cuanto a jabón, bastaba decir que su propia mujer tenía que ir a la playa a buscar arena para fregar el suelo de la tienda. Era lo mismo cuando iban a comprar huevos, o mantequilla o leche: las gallinas no habían puesto desde Pascua..., la leche se había agriado de tal modo que ni los cerdos la querían. Los mineros y sus familias se hubiesen muerto de hambre si John Brodrick no hubiera mandado uno de los barcos con el encargo expreso de traer provisiones, lo cual se había hecho costumbre y se repetía una vez todas las semanas. Que el capitán Nicholson fuera capaz de evitar que los mineros se volvieran a su país, decía mucho en su favor.

Con lo que traía el barco todas las semanas, lo que ellos cultivaban en sus huertecitos y la cría de unas cuantas gallinas, llegaron a poder vivir bastante bien. Pero aun así, aparecían las plantaciones arrasadas, las gallinas desaparecían, y si se iba a preguntar a las viviendas de los de Doonhaven, ellos no sabían nada y elevaban la vista al cielo. John Brodrick reponía de sus huertas las patatas y las plantas o mandaba una pollada a los mineros damnificados. En invierno desaparecía la leña para la lumbre y no se encontraba turba, y los mineros se veían obligados a cortar leña o coger madera de deriva en la finca de John Brodrick para poder calentarse ellos y sus familias. Ned Brodrick alternaba con los del pueblo, y mediante una mezcla de amenazas y de persuasión, logró que una media docena de jóvenes echasen una mano en el trabajo de la mina, y por fin, hacia principios del segundo año, fueron por grupos de dos y de tres a buscar empleo en la mina; pero aún así, la animosidad contra la mina subsistía.

Desde luego no había sido tarea fácil, pensaba John Brodrick, y era un descanso el salir de Clonmere y a través de la bahía hasta Bronsea, a su alegre, acogedor cortijo de Lletharrog, que había comprado para sus hijas, y en el cual pasaban ahora dos o tres meses todos los inviernos. Los deseos de Henry se habían realizado, y había visitado París, Bruselas y Viena, mientras que John cursaba sus estudios de Derecho en Lincolns Inn.

Durante el otoño de 1825, estando en Lletharrog desde agosto, John Brodrick recibió una carta de un corresponsal anónimo de Doonhaven. El escrito, tiznado y casi ilegible, decía: «Haría usted bien en volver si quiere que no haya más daños». La

carta estaba dirigida a la oficina naviera en Bronsea. La metió en su bolsillo y no se preocupó más. Una semana más tarde, cuando uno de sus barcos, el *Henrietta*, entró en el muelle de Bronsea con su cargamento de cobre, John Brodrick recordó la carta, y como curiosidad se la enseñó al patrón del barco. El hombre se quedó pensativo y no habló durante cierto tiempo.

Por fin, dijo:

—Entonces, ¿no le ha dicho nada el capitán Nicholson?

—No, nada, desde primeros de mes, en que suele escribir. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Tal vez no haya querido preocuparle a usted. Estoy pensando si la carta que tiene usted ahí no se referirá a las pérdidas que han tenido en la mina.

—¿Pérdidas? ¿Qué pérdidas?

—No es mucho lo que le puedo contar a usted, *sir*, dado que sólo estuve en Doonhaven para cargar y lo hicimos en cuatro días... Pero se lleva material a Slane y a Mundy y otros lugares a lo largo de la costa, y no en los barcos de usted, y en ello no tiene participación alguna el capitán Nicholson ni nosotros.

—¿Cómo sabe usted eso? —Dos o tres de los hombres del capitán Nicholson hablaron de ello, *sir*. El mineral se saca de la mina sin incidente; pero es cuando está arriba cuando empieza la trampa. Creo que el capitán Nicholson va a organizar un sistema de vigilancia nocturna, pues sólo entonces es cuando es posible que se lleven el mineral. No sé si lo ha organizado ya o no.

—¿Se habla del asunto en Doonhaven?

—Abiertamente, no, *sir*; pero me parece que la gente está al corriente de lo que ocurre.

John Brodrick dio las gracias al patrón del *Henrietta* y pidió su coche para volver a Lletharrog, resuelto a escribir aquella misma noche a Nicholson pidiéndole un informe inmediato. La carta no fue echada a Correos, pues ese mismo día recibió una del capitán de la mina, escrita con gran urgencia y sin duda con nervosidad.

«Se están cometiendo saqueos —escribía— que, de continuar, podrían aniquilar nuestro trabajo. Poco a poco había notado faltas en el material listo para su embarque; pero hace dos días desapareció una gran partida, pese a que, sospechando que los robos se realizaban durante la noche, había puesto una guardia. El hombre a cargo de la vigilancia, Collins, uno de mis hombres de Cornwall, fue hallado en las primeras horas de la madrugada con una gran herida en la cabeza y no es fácil que se salve. Parece ser que fue atacado por la espalda y no vio a su agresor. Esta agresión ha intimidado de tal modo a los demás, que me es difícil hallar quien se ocupe de la vigilancia, y algunos de ellos hablan hasta de empaquetar sus cosas y volver a Cornwall con sus familias».

John Brodrick leyó la carta en alta voz a sus hijas y anunció su propósito de partir para Clonmere inmediatamente.

—Mandaré recado a Londres para que Henry y John se me unan, si ello les es

posible. Sospecho quién es el promotor de todo esto.

—¿Se refiere a Morty Donovan? —dijo Bárbara después de un momento de vacilación.

—Puede que no tenga participación directa en el robo; le creo demasiado listo para suponer otra cosa —contestó el padre—; pero me extrañaría mucho que no fuera el cerebro director.

—¿Quién supone usted que escribió la carta anónima? —preguntó Elisa.

—Ni lo sé ni me importa —dijo su padre—. Tal vez uno de mis arrendatarios que teme demasiado a Morty Donovan para firmar. En todo caso, quien haya escrito la carta es lo de menos. Lo que interesa es que los responsables sean descubiertos y castigados, y esto es lo que me propongo hacer aunque arriesgase en ello mi cabeza.

Sus hijas se miraron con angustia.

—Le suplico que no haga nada violento —dijo Bárbara—. ¿No podría usted obtener apoyo de la guarnición de la isla?

—Hija mía —contestó Brodrick—, si para someter un par de paisanos míos que delinquen tengo necesidad de pedir apoyo militar, no sería capaz de mantener la cabeza erguida en Doonhaven. Vuestro bisabuelo no pidió ayuda cuando suprimió el contrabando hace sesenta y cinco años.

—No; pero le asesinaron por la espalda —dijo Jane.

John Brodrick miró con severidad a su hija menor.

—Supongo que tu hermano John te lo ha contado.

Jane denegó con la cabeza. Sus ojos se llenaron de lágrimas y de pronto se levantó de su silla y fue a rodear con sus brazos el cuello de su padre.

—Si vuelve a casa —le dijo—, déjeme, por favor, acompañarle. Yo no temo a los Donovan ni a nadie, y usted necesita quien se ocupe de usted y de la casa. Ya no soy ninguna niña; tengo cerca de catorce años.

Su padre se sonrió y la acarició en la mejilla.

—¿Crees que Copper John<sup>[2]</sup> no sabe cuidar de sí mismo? —dijo—. No te preocupes, Elisa. Sé de sobra cómo me llaman en Doonhaven. Así, pues, Jane, tú quisieras ocuparte de mí y vigilar a esos criados holgazanes, que me calienten bien el agua, me sirvan la comida en platos limpios y que la ropa de mi cama no esté húmeda. Bueno, tienes que pedir a Bárbara su opinión. No es cosa de mi jurisdicción. Pero en todo caso, yo salgo mañana para Bronsea y embarcaré en el barco que sale para Slane por la noche.

Se mandó una carta a Londres informando a Henry y a John del retorno de su padre a Doonhaven y pidiéndoles que se reuniesen con él en Clonmere si buenamente podían. Al día siguiente John Brodrick y Jane, acompañada de la vieja Martha, se embarcaron a bordo del navío que hacía el servicio regular entre Bronsea y Slane, donde tuvieron que pasar la noche, y trataron de recoger informes sobre la venta ilegal de cobre y sobre quiénes tomaban parte en ella.

El director de la oficina naviera, aunque se interesó y mostró muy amable, sirvió

de poco. Reconoció haber oído hablar de un mercado clandestino y de agentes sin escrúpulos que transportaban el mineral a las fundiciones; pero no podía decir quiénes eran esos agentes ni cuáles las casas consignatarias.

John Brodrick abandonó la oficina naviera hoscamente resuelto. El asunto era más grave de lo que él se había figurado. Había estado fuera tres meses justos, y en ese espacio de tiempo se había desarrollado un sistemático saqueo que ponía en peligro la explotación de la mina. Censuraba al capitán Nicholson y también a Ned Brodrick, por no haberle advertido antes.

Ned Brodrick les estaba esperando en Mundy, y al ver la cara de su jefe pensó en seguida en justificarse por no haber escrito.

—Yo hubiera tomado un barco y hubiera ido a informarle a usted; pero el capitán insistió mucho en que él podría arreglarlo solo. Y para serle franco, *sir*, estuve tan ocupado con los otros asuntos, que creí deber dejarle a él lo concerniente a la mina.

John Brodrick no le contestó. Pensaba que la verdad de todo ello sería que su hermano Ned había pasado aquellos tres meses en plena holganza en la casita de su padre en Oakmount, y casando chochas en la isla de Doon cuando hiciera buen tiempo, y haciendo la corte a una de las abundantes viudas de los alrededores, para las que su figura escuálida y su tez cadavérica no parecían dejar de resultar atractivas.

El carruaje cubrió la distancia de Mundy a Doonhaven en la mitad del tiempo que tardaba unos años antes pues la nueva carretera había sido, por fin, construida, merced a la influencia que tenía ahora John Brodrick con los miembros del Parlamento.

—Ahora lo único que puede ocurrir —explicó a Jane, que se apoyaba en la ventanilla del coche—, es que las márgenes que soportan la carretera cedan; pero no es probable que esto pueda ocurrir. Quisiera saber si ganó Simón Flower su apuesta de hacer este recorrido en dos horas, como se vanagloriaba de hacerlo. Por fin, henos en la mina. Es mejor que prosiga usted con Marta y Jane hasta Clonmere y que luego venga el coche a buscarnos a Ned y a mí.

Caía una lluvia fina y la niebla ocultaba la cúspide de Monte Bravo. La ancha pista que conducía desde la carretera hasta la mina tenía la superficie hondamente surcada por los carros que pasaban y repasaban de la mina al puerto de Doonhaven; y a los lados de dicha pista se hallaban las viviendas de los mineros, que formaban larga hilera de casitas de madera; y finalmente los cobertizos y la gran chimenea de la mina. Los hombres que se hallaban trabajando en la superficie saludaron al ver pasar al Director y le miraban con curiosidad, pues su visita era inesperada. Pronto se supo en toda la mina que Copper John se hallaba entre ellos, y el sentir general fue de alivio con algo de aprensión, pues era de prever que serían tomadas severas medidas contra el robo de materiales y era posible que pagasen justos por pecadores.

El capitán Nicholson recibió al Director en la oficina, donde podían hablar sin temor a ser oídos. En su honrada cara, otras veces tan llena de confianza, se veía la huella de la ansiedad y de noches sin sueño. Confirmó que el cobre era robado y

llevado al condado vecino, así como a Mundy y a Slane, pero era difícil coger a quienes lo ejecutaban: eran individuos demasiado astutos.

—Estoy convencido —declaró— que los hombres que traje conmigo no tienen participación alguna en ello, y que con seguridad es cosa de los mineros de aquí: los unos, delincuentes, y los demás, encubridores por temor a represalias.

—¿Registra, usted a los hombres cuando salen del trabajo?

—Lo hago, *Mr. Brodrick*. Cada hombre, cuando sube, pasa a los lavabos, donde es registrado, así mis hombres como los de aquí. Y a ninguno se le ha encontrado nunca nada. Sin embargo, el mineral tiene que desaparecer antes de ser cargado en las vagonetas. No veo otro camino.

—Me gustaría bajar a la mina, *Nicholson*.

—Muy bien, *sir*, yo mismo le acompañaré.

Los dos hombres vistieron trajes de mina, se calaron sus sombreros especiales con su luz encendida en la parte delantera, y bajaron por la larga escalera de mano que conducía a las distintas galerías, algunas tan estrechas, que los hombres tenían que ir por ellas uno a uno. *Copper John* inspeccionó todas las galerías y habló con todos los hombres. No dejó ni un rincón de la mina sin visitar, hasta ayudó a colocar la carga de pólvora en una porción de roca que iba a ser volada y esperó a la explosión y el subsiguiente despejo de los cascotes, y cuando subieron por fin a la superficie él y *Nicholson* era ya noche cerrada, *Copper John* no daba señal de fatiga, y procedió a inspeccionar los cobertizos y las vagonetas en hilera sobre los carriles, hasta que la oscuridad impidió continuar.

—Bueno, *Nicholson* —admitió—, hasta ahora hemos tenido poco éxito; pero esto no me desanima, y puede usted estar seguro de que dentro de poco habré desentrañado este asunto. Siga usted como hasta ahora; registre cada hombre a la salida del trabajo; ponga guardia durante la noche, pagando a quienes la monten jornales dobles. Yo volveré mañana por la mañana.

Al día siguiente por la tarde partió de *Clonmere* hacia los pantanos de *Kileen*, en compañía de su agente y hermano, *Ned Brodrick*.

El aire era suave y cálido, teniendo en cuenta lo tardío de la época. Las agachadizas levantaban el vuelo por encima del pantano de *Kileen*, ahuyentadas por el sabueso de *Ned Brodrick*, que correteaba, rastreando, delante de su amo. *Doonhaven* estaba tras ellos, escondido por los bosques de *Clonmere*, y a lo lejos la cúspide de *Monte Bravo* apuntaba hacia el cielo. Los hermanos dieron de lado el camino que los hubiera llevado hacia el Oeste y hacia el río *Denmare*, y torcieron a la derecha, dando con una vereda que bordeaba el pantano durante cerca de una milla hasta que terminaba de repente ante una valla que cercaba algunas edificaciones de una granja, y una calzada escabrosa remontaba por la corta pero empinada colina hasta la casa que había encima.

Era un paraje desolado y lúgubre, con un pedazo de jardín sin cultivar, y la casa misma, de un color pardo sucio, con sus grandes, llamativas ventanas desprovistas,

las más, de cortinas. Según cruzaban la faja de jardín, un perro, mezcla de galgo y de terrier, salió gruñendo con el rabo entre las patas.

Una mujer apareció a la puerta de la casa al oír el jaleo, y viendo a los visitantes, iba a cerrar la puerta, pero luego lo pensó mejor y la abrió de par en par y saludó.

En su juventud debió de ser hermosa, y aún ahora, había algo en sus rasgos y en sus ojos negros de agradable y su porte era digno.

—Cuánto tiempo sin verle a usted, *Mr. Brodrick* —dijo—. Temo que haya encontrado usted muy duro el paseo hasta este pobre lugar, con el camino en el mal estado en que se halla. ¿Desea usted ver a mi marido?

—Así es, *Mrs. Donovan* —contestó *Copper John*—. ¿Está dentro?

—Está, y lleva sin salir tres semanas más por culpa de su pierna enferma, que no le deja en paz ni de día ni de noche. Le encontrará usted en la sala, donde ha puesto su cama desde que está enfermo. No se moleste usted en limpiarse el barro de las botas, *Mr. Brodrick*; la alfombra está tan vieja, que se está yendo a cachos.

*John Brodrick* no dejó de notar el tono lamentoso.

Disculpándose por lo oscuro del pasillo, la mujer abrió la puerta de la sala.

—Aquí están *Mr. Brodrick* y su agente, que han venido desde *Clonmere* para verte —anunció.

El cuarto estaba frío y lleno de humo del fuego, de turba, que daba poco calor. Al lado de la ventana, en el lecho, se hallaba *Morty Donovan*, recostado en almohadas no muy limpias. Su cara de caoba estaba más pálida, y había envejecido mucho desde la última vez que le vio *John Brodrick*. Alzó la cabeza al entrar los visitantes y les miró con sus pálidos ojos azules con una expresión de asombro.

—Siéntense, señores, si es que hallan una silla que no esté rota. No puedo levantarme, como ven, por culpa de esta pierna maldita. Mujer, tráete algo de clarete y tres vasos en vez de estar ahí embobada. Podremos ser pobres, pero no carecemos de hospitalidad con la gente que nos visita, y tengo todavía en mi cueva un clarete, *Mr. Brodrick*, que puede rivalizar con cualquiera de los suyos.

El agente miró esperanzado a la mujer, pues un vaso de clarete en aquel momento le hubiera venido de primera; pero su jefe denegó con la mano.

—No he venido a su casa a beber a su salud ni a la mía, *Donovan* —dijo— ni a pasar un rato como dos vecinos. He venido a notificarle que estoy al corriente del daño que está usted causando en *Monte Bravo*, y que estoy decidido a ponerle fin. Sólo a este propósito he vuelto a esta región. Si no manda usted a su gente que desistan de saquear, haré detener a todos los hombres de la mina para encarcelarlos.

En la cara de *Morty Donovan* se insinuó una sonrisa burlona.

—Y los vería usted a todos absueltos por el Tribunal de *Mundy* —dijo—. *Mr. Brodrick*, hace meses que no voy por *Monte Bravo*. En cuanto a saquear, yo preguntaría a los mineros de *Cornwall* qué es lo que hacen con el material, y al capitán *Nicholson*, que tiene dinero para comprar a su mujer un mantón bordado para pavonearse por las calles de *Doonhaven*.



—Sabe usted de sobra que los hombres de Cornwall son inocentes —contestó John Brodrick—, y los de Doonhaven hubieran trabajado honradamente y contentos del empleo si no fuera porque usted ha ido a escondidas a babear su veneno.

—Conque veneno, ¿eh? —gritó el viejo, afectando perder la calma—. ¿Es veneno pedir la clemencia de los Santos para perdonarle a usted por las calamidades que ha causado en Doonhaven, donde tiene usted a los hombres y jóvenes, casi niños, trabajando y sudando para amasarle a usted una fortuna? Que atestigüen las paredes de esta casa si he proferido una sola palabra que pudiera molestarle; antes bien, siempre que hablé de usted fue lleno de lástima.

Copper John escuchó sin inmutarse aquel flujo de palabras.

—Puede usted hablar hasta quedarse ronco, Donovan —le dijo—; sabe usted de sobra que ello no me causa impresión. Puede usted estar seguro de que cualquiera que sea el método que sigue usted para llevar el mineral en secreto a Mundy, a Slane y al condado vecino, yo lo descubriré, y usted y los demás culpables serán tratados con severidad. Confío en que no querrá usted terminar sus días en la cárcel; pero créame, eso es lo que le ocurriría si persiste en robarnos a mí y a los demás socios de la compañía.

Morty Donovan no contestó. Sus ojos azules habían perdido su brillo y se reclinó sobre las almohadas como cansado de la discusión.

—Si los hombres de Doonhaven venden el cobre a hurtadillas —dijo—, es usted el único responsable, por haber explotado la mina y haber iniciado a las pobres criaturas en el camino de la tentación.

Esto último era más de lo que Copper John podía aguantar.

Se levantó y se despidió fríamente de Morí y Donovan.

—Recuerde —le dijo—. Vine aquí a prevenir a usted y a sus hijos, si es que obran inspirados por usted. También le agradeceré que deje a mis arrendatarios en paz, y que cuide de que sus cabezas de ganado estén en casa de su dueño.

Dicho lo cual pasó al lado de la esposa de Donovan, que se hallaba en la puerta abierta, y seguido de su agente salió de la casa al patio.

—He sido un tonto en perder el tiempo al venir acá —dijo Copper John—; pero por lo menos le he avisado y ya sabe lo que puede esperar.

En este momento lanzóse el perro de la granja sobre el sabueso de Ned Brodrick. Se agarraron y rodaron los dos por el patio peleando y clavándose los dientes, y no se soltaban aun cuando el agente hacía todo lo posible por separarlos. Desde la casa oyóse la voz penetrante de *Mrs. Donovan*, y acto seguido salió un hombre de las dependencias de enfrente y apartó al perro de Ned a puñetazos y puntapiés, obligando al pobre animal a escapar aullando del alcance de sus botas.

Sam Donovan, que tenía unos treinta años, era una mezcla desdichada de su padre y su madre, y carecía de lo que en uno y otra había de bueno. Sus ojos azules eran débiles y lacrimosos y su barba incipiente tapaba una boca mustia. Solía sonreírse de una manera peculiar y bajaba la mirada a los pies, rascándose tras la oreja al hacerlo.

—Buenos días, Sam —dijo John Brodrick lacónicamente—. Si quiere enterarse de por qué he estado en casa de su padre, sería mejor que entrase ahora a preguntarle, mientras el recuerdo de mi visita está aún reciente en su memoria.

—Si es la valla de Tom Moore lo que le ha hecho venir acá, no estaba yo en casa cuando las vacas entraron por allí, sino en Doonhaven —dijo Sam Donovan, mirando primero a Copper John, luego a su agente.

—Cierto es que la tal valla está puesta demasiado al Norte, y pisa sobre tierras nuestras; cualquiera le dirá lo mismo, Tom Moore no tenía porqué colocar valla ninguna.

—El asunto de esa valla se discutió por arbitraje hace seis meses, y bien lo sabes tú, Sam Donovan —prorrumpió el agente de pronto, hallándose en su elemento y deseando mostrar su autoridad—. ¿No vine yo aquí en persona para medir el terreno, con dos testigos imparciales de la justicia convenida? Acuérdate de que tú mismo dijiste entonces...

—Basta, Ned —dijo John Brodrick, impaciente—. Esto no tiene importancia alguna, y bien sabe Sana que si el ganado de su padre ha roto la valla, debe pagar su padre por los daños causados, y no hay porqué discutir más. Vámonos antes que nos mojemos hasta los huesos.

Volvió la espalda bruscamente, sin despedirse de Sam Donovan, y así obligó al agente a seguirle, lamentando haber tenido que interrumpir la argumentación, que podía haber durado bastante tiempo, y que hubiera conducido a volver a entrar en la casa para continuar la discusión frente a un vaso de *whisky*, si hubiera estado solo y no en compañía de su hermano y jefe.

Había cambiado el tiempo, tal como a menudo ocurría en el campo; flotaba densa niebla y lloviznaba, y la lluvia cayó sobre los marjales, como si nunca hubiera lucido el sol sobre ellos. Una cosa era ya cierta, pensaba Copper John al pasar junto al pantano, siempre a unos cinco metros delante de su agente; y era que había llegado el momento de hacer comprender a los Donovans de una vez para siempre que habían de terminar de ejercer su influencia sobre la gente de Doonhaven. El ridículo feudo de familia pertenecía al pasado, muerto y enterrado. Si los Donovans se habían empobrecido, era debido a su propia holgazanería y su enfatuada manera de vivir; la prosperidad de los Brodricks no tenía nada que ver con estas circunstancias. Cualquier fortuna que él, John Brodrick, estuviera acumulando, provenía de sus propias energías y su habilidad de marchar con los tiempos. Si los Donovans no comprendían esto y continuaban su política de obstrucción, entonces habría que aplastarlos, y cuanto antes ocurriera esto, mejor para Doonhaven. Había demasiadas familias como ésta en el campo. Todas ellas orgullosas, haraganas y que no valían nada, siempre dispuestas a molestar y protestan contra la ley, siendo una amenaza continua para el Gobierno y los leales terratenientes, como era él mismo.

Hasta aplastar a esta gente, amoldándose al progreso y el plan general de las cosas, nunca podría prosperar el campo.

Esto decidió Copper John al salir a la carretera, dejando atrás el terreno encharcado y los pardos marjales, mientras corría el agua por su chaqueta. Al llegar delante de su propia puerta, a la entrada de su parque, despidió al agente y prosiguió andando por el camino carretero, al tiempo que se aclaró el cielo tan de repente como se había nublado; ya brillaba el verdegal de nuevo bajo el esplendor del sol, y más allá en el bosque, por el lado del agua, se levantaban las garbas de sus nidos en los altos árboles para bajar sacudiendo sus pesadas alas al volar despaciosas por el barranco. Apartose de la calcada y se paró sobre el lozano césped delante del castillo, contemplando con orgullo y afecto los macizos muros grises de su casa, la torre en el extremo, la masa de árboles que subían por la colina de atrás; y pensaba cómo iba a ampliar la casa, haciéndola más fuerte todavía, con ventanas mayores, otras torres, no a beneficio propio, sino al de sus hijos; y con el tiempo llegaría a ser este castillo de Clonmere punto de referencia en amplio radio de tierra; y las gentes que viajasen por la carretera de Mundy a Doonhaven detendríanse bajo Monte Bravo y, señalando hacia el Oeste a través de la bahía, dirían: «Allí está Clonmere, la morada de los Brodricks». Y al lado de ella se encontrarían las altas chimeneas de las minas.

Al final de la semana llegaron Henry y John de Londres. Entretanto, no hubo más incidentes en la mina, y el capitán Nicholson expresó su opinión de que el retorno del Director de la Compañía había asustado a los rateros y posiblemente les había infundido algún sentido de honradez.

Fue ésta una opinión efímera, pues al día siguiente, a la llegada de los dos jóvenes, uno de los carretones, que al terminar la jornada del día anterior había sido cargado por completo y estacionado sobre la vía de costumbre, frente al cobertizo de depuración, donde lavaban y separaban el cobre, se dieron cuenta, por la mañana, al rodarle al puesto de preparación, de que se hallaba lleno de chatarra en vez de cobre. Seguidamente llamaron a los hombres que habían estado al mando del carretón, interrogándoles el capitán Nicholson con todo detalle; pero ambos parecían estupefactos ante lo que pasaba. Bajó el capitán Nicholson por la mina y, siguiendo a lo largo de la estrecha galería, llegó al filón en que habían trabajado el día anterior. Habían empleado frecuentemente la pólvora durante la semana, y se percibía todavía el olor amargo y picante que flotaba en la superficie de la roca de la mina, y aun no habían quitado el morrillo. Los hombres que trabajaban en la vena, y que habían llenado los pozales, eran gentes de Doonhaven, no eran los propios hombres de Cornwall del capitán Nicholson; pero éstos, como los anteriores, declaraban su ignorancia respecto a cómo se hallaba la chatarra en el carretón, y en prueba de su inocencia recordaron al capitán cómo él mismo había estado presente la noche anterior, cuando su tanda salió de la mina, y que él había vigilado la acostumbrada inspección nocturna, y que ni un solo grano de mineral había sido encontrado sobre su persona.

—¿Cree usted que nos tragamos el cobre? —le preguntó uno de ellos, con gran indignación—. ¿Y va usted a rajarnos el estómago para buscarlo?

—Yo lo que creo —dijo su compañero solemnemente— es que los fantasmas de la vieja colina lo roban, atontándonos cuando lo hacen, para que no les podamos ver mientras están entre nosotros con sus pequeñas carretillas.

—Los únicos fantasmas que entran en esta mina los traen ustedes en una botella de la tienda de Murphy en Doonhaven —respondió el capitán Nicholson—. Sigán con su trabajo y prepárense a contestar a más preguntas de *Mr. Brodrick*, cuando llegue. Supongo que les hará detener a todos por la policía para llevarles a Mundy.

La nueva substracción representaba una gran pérdida de prestigio para el capitán Nicholson, quien ya se había estado felicitando de haber acabado con todas las perturbaciones; por lo cual se decidió muy de mala gana a mandar un chico a Clonmere con una nota para el Director, explicándole lo que había ocurrido.

Llegó Copper John al cabo de una hora, acompañado por sus dos hijos, y escuchó el relato de Nicholson en silencio, con cara severa y sin expresión.

—Bueno, Henry —dijo, por fin—, tu inteligencia es joven y el asunto es nuevo

para ti; no tienes sobre él prejuicio alguno. ¿Qué piensas tú de esto?

Henry parecía reflexionar. No contestó inmediatamente; aun cuando ya había cumplido los veinticinco años, y su hermano un año menos, estaban tan habituados a respetar la opinión y el criterio de su padre, y a posponer sus propios juicios, que ser requerido de esta manera era, en cierto modo, una novedad.

Los viajes de Henry por Francia y Alemania le habían proporcionado gran confianza en sí mismo, de la cual carecía su hermano todavía; era también feliz poseedor de gran encanto natural y de simpáticos modales, además de tener positivo talento; y al dirigirse al capitán Nicholson con una sonrisa, le pidió permiso para descender a la mina.

—No faltaba más, *sir* —contestó el capitán—; yo mismo bajaré con usted.

—No, muchas gracias, no se moleste usted —respondió Henry—. Creo que puede ser mejor que baje solo, y quizá podría acompañarme mi hermano. Tal vez encontremos, algo que aclare este asunto y resuelva todas estas preocupaciones.

—Os deseo un feliz éxito —dijo su padre, con una breve risa—; pero tened cuidado de no perderos. John es capaz de caerse por el socavón y matarse.

Salieron los dos hermanos del pequeño despacho, pasando por los cobertizos de preparación y los carretones hacia la escalera, cerca de la boca del socavón.

—Sólo una cosa —dijo su hermano sonriendo—; pero no te la voy a decir todavía. Necesito de todos modos que me ayudes. Cuando lleguemos al nivel donde, según Nicholson, trabajaron los hombres ayer, arréglate para entrar en conversación con el sujeto que esté allí, en tanto que yo investigo los alrededores sin que nadie intervenga. Cuando oigas que me sueno las narices, ésta será la señal.

—¿De qué voy a hablar con el hombre? —opuso John.

—De lo que más te agrada. Háblale de tus nuevos galgos. Pero distrae su atención.

—¡Qué majadería es todo esto! —dijo John—. Si yo fuera mi padre dejaría a las cosas seguir su curso, y dejaría a los hombres llevarse el cobre. Debe de haber bastante para todos. ¡Por los clavos de Cristo, Henry! Mira el zafarrancho que están organizando y cómo están haciendo polvo a Monte Bravo.

Señaló a una chimenea alta y delgada, a la larga fila de cobertizos y las apiñadas chozas en donde vivían los mineros.

—Y todo esto —respondió su hermano sonriendo— para que pueda divertirme en París y Bruselas y tú correr tus galgos.

Vistiéronse con los sombreros y monos de los mineros, y pronto descendían por la larga y profunda escalera dentro de la mina. La atmósfera era una extraña mezcla de frío y opresión, y las velas, metidas dentro de linternas, daban a intervalos una luz tétrica y fantasmal.

Llegaron a la primera vena, donde pudieron observar las figuras de dos de los mineros al lado del socavón, ocupados en sujetar los pozales en las cadenas antes de que fueran llevados a la superficie mediante un molinete. Henry inquirió por dónde

efectuaban las operaciones de barreno, y dirigieron a los hermanos hacia un nivel inferior.

—Es la vena más estrecha de toda la mina —dijo uno de los hombres—. Tendrán que entrar uno tras otro y arrastrarse en parte del camino.

Henry se divertía, sin duda, mirando en su derredor todo el tiempo con gran interés; de vez en cuando golpeaba la cara de la roca, silbando tenuemente, costumbre suya cuando pensaba con intensidad; en tanto que John, que, más alto, encontraba el techo bajo muy incómodo, siguió a su hermano mayor en silencio, dándose cuenta de que a cada paso que se adentraba en las entrañas de la mina experimentaba una depresión cada vez mayor. Ansiaba salir a la superficie a respirar otra vez el aire fresco de Monte Bravo, y le parecía haber algo degradante, casi maligno, en escarbar de aquel modo, hondo bajo tierra, quebrantando la vetusta roca con pólvora para extraer el mineral oculto.

Un ruido sordo y una explosión amortiguada, a una distancia no lejana, les avisaron que se estaban aproximando a la obra; y entre la lóbreguez y el humo tanteaban su camino a lo largo de la galería, cerca de los mineros.

Las caras de los hombres parecían grises y hurañas a la débil luz, y una vez más sintió John una sensación de malestar. Si algo ocurriera a estos infelices por su triste trabajo, la culpa sería de su padre, y suya.

Henry metióse entre ellos inmediatamente, charlando con facilidad, interesándose por todo, mientras John se detuvo a cierta distancia, mirando a las paredes chorreantes y al morrillo causado por la última explosión, que los hombres ya estaban limpiando con sus picos y palas. Oyó cómo su hermano preguntaba hasta dónde llegaba la galería y por dónde habían barrenado las semanas anteriores, y uno de los hombres, de Cornwall, cuyo trabajo era encender la mecha, señaló al lejano extremo de la galería, donde aparecía una masa de morrillo amontonado y la altura del techo era poco más de un metro de alto.

—Perdimos el tiempo allí —dijo—. Hay tierra gredosa y ningún depósito mineral. Podría usted barrenar durante muchas, semanas, y todo lo que sacaría sería greda nada más. Yo creo que la colina tiene un declive repentino por aquí y por encima forma un hueco ancho, y que ya no nos hallamos muy lejos de la superficie.

—Sí, sí —dijo Henry—; a menudo he encontrado estos huecos al caminar por la colina; parecen canteras naturales. Aquí debió de haber movimientos de tierras en días remotos.

—Sí, señor —respondió el de Cornwall, no muy seguro de lo que quería decir movimientos de tierras, y entonces se dio cuenta John de repente de que su hermano se sonaba las narices vigorosamente, y se apresuró a mezclarse entre el grupo de hombres.

—¿Ocurren algunas veces accidentes durante estas explosiones? —preguntó.

El hombre se volvió hacia él cortésmente.

—No, señor —dijo—. Es cuestión de tener cuidado. Desde luego, es trabajo de

especialistas. El de Cornwall indicó a John dónde se habían hecho agujeros para barrenos en la roca. John siguió haciendo preguntas con vivo interés, enteramente ajeno a su carácter, mientras los otros tres aprovechaban la ocasión para darse un descanso, y, apoyándose sobre las herramientas, tomaron parte en la conversación, que se extendió hasta puntualizar cuándo y dónde se había empleado la pólvora por primera vez con fines mineros.

Nadie observó ni se preocupó de advertir que Henry no tomaba parte en la conversación, pues había desaparecido entre la semioscuridad, dirigiéndose hacia el extremo de la galería. Cuando, por fin, volvió (John, mientras tanto, había estado repitiendo la historia de la Conspiración de la Pólvora con gran elocuencia, confesando que, por su parte, estaba por completo del lado de Guy Fawkes, y de esta manera ganóse cierto respeto de dos de los hombres, vecinos de Doonhaven), habían transcurrido diez minutos o un cuarto de hora, y John miraba a su hermano, advirtiendo que sus vestidos estaban cubiertos de greda y que había en sus ojos una mirada de intensa excitación.

—Bueno, John —dijo—, si ya tienes suficiente visita a la mina, dejaremos a estos amigos en su trabajo y subiremos arriba; —y, tras unas palabras de gracias a los hombres, empezó a tantear su camino a lo largo de la veta hacia la escalera.

Subían a la superficie en silencio. John no preguntaba nada; pero tan pronto llegaron a la luz, y Henry se hubo quitado el polvo de greda de su traje, se volvió a su hermano con aire de triunfo.

—Mi instinto acertaba —dijo—. Ya sé cómo esos tíos se llevan el material. Espera hasta que lleguemos al despachito y oirás toda la historia.

Su padre, quien ya daba muestras de impaciencia, se paseaba arriba y abajo de la habitación con las manos a la espalda.

—Vamos —dijo al entrar sus hijos—, ¿no os habéis roto ningún hueso?

—Todavía no —contestó Henry—; pero es probable, que suceda antes de que termine este asunto. Capitán Nicholson, ¿hay alguien que pueda escuchar lo que aquí hablemos?

—No, señor; el escribiente ha marchado a comer, y nadie hay cerca.

—Muy bien; entonces —dijo Henry— puedo comunicarle que le roban su mineral por debajo de la tierra, antes de subirlo a la superficie.

—¿Qué diablos quieres decir, Henry? —interrogó su padre bruscamente.

—Sólo esto, *sir* siempre he tenido entendido que en los tiempos prehistóricos Monte Bravo estaba habitado por los hombres de las cavernas, quienes ahuecaban pasillos y túneles subterráneos, de los que pueden verse huellas hoy día. Yo mismo he encontrado cavernas y excavaciones, al pasar por la colina, pero nunca me he molestado en explorarlas hasta alguna profundidad. Sólo al enterarme de la desaparición de minerales me acordé de ellas.

—¿Y qué? —preguntó el padre.

—Ahora mismo, abajo, en la segunda vena, dejé a John hablando con los

barrenadores, mientras me iba yo hasta el extremo de la galería, donde ya no trabajaban porque encontraban greda. Quité algo del morrillo y aparté una pieza grande de roca que parecía colocada allí deliberadamente. Me arrastré detrás y encontré lo que sospechaba. Un túnel estrecho, pero lo suficientemente ancho para que un hombre pueda andar a gatas y subir al exterior de la mina. Hay señales de paso repetido reciente. No exploré más que unos pocos metros temiendo que me descubrieran; pero bien pude suponer que conducía hacia uno de aquellos viejos pasillos por la falda de la colina. Sería la cosa más sencilla del mundo arrastrarse un hombre a lo largo de aquel túnel y dejar el cobre al final, y otra persona venir por la noche al hueco de la colina y cargarlo en un carretillo tirado por un burro. Es muy fácil ver cómo lo hacen. Dos hombres de Doonhaven, metidos en el asunto, se las arreglan para trabajar en la misma tanda bajo tierra, y uno de ellos sube por el túnel, mientras el otro socio se pone en guardia. Sus hombres de Cornwall son completamente inocentes, capitán Nicholson. Estoy seguro de ello. Aquel minero que estaba barrenando hoy, sabía que hubiese un túnel detrás de la greda tanto como mi hermano John; pero si hubiera tenido algo más de curiosidad, pronto se hubiera enterado. Ahí tiene, pues, la solución, padre; y puede hacer lo que quiera con el descubrimiento.

Se sonrió e hizo un ademán a su hermano. Después de todo, sus esfuerzos se habían visto coronados por el éxito.

—Bien, Nicholson —dijo Copper John—; parece que mi hijo ha podido conseguir más en media hora que usted en muchas semanas. Tampoco trato de buscar disculpa alguna para mí mismo. Ahora, mi plan es el siguiente: cuando los mineros terminen la faena por la noche, usted y mi hijo Henry bajarán a la mina y explorarán el túnel hacia su salida por la falda de la colina. Luego colocaremos un vigilante allí todas las noches, hasta conseguir prender a los ladrones durante su tarea. Si hay pelea, tanto mejor, John; tú eres el abogado de la familia. ¿Qué opinas?

John, cuya afición al Derecho era en extremo parca, y que no tenía valor moral para confesarlo, dirigió una mirada a su hermano, que no le hacía caso.

—No sé, *sir* —contestó—. ¿No cree usted que sería mejor comunicar a los hombres que ya hemos descubierto sus maniobras y obturar el túnel, terminando así todo este asunto? Se evitarían discordias y peleas para ambas partes.

—Si es eso lo que te enseñan en Lincolns Inn, no me extrañará que nadie tenga gran interés en nombrarte su abogado —dijo su padre, malhumorado—. Me parece, capitán Nicholson, que mi segundo hijo sabe más de perros que de su profesión. Muy bien, John, puedes quedarte en casa y cuidar de Jane. No queremos pusilánimes entre nosotros. Supongo que podemos confiar en sus hombres de Cornwall, capitán Nicholson... Entretanto, yo buscaré un par de vecinos que nos ayuden. No quiero apelar a los militares en este asunto. Simón Flower, de Andriff, puede servirnos en nuestra causa; puños no le faltan, aunque carezca de otras cualidades.

Volvió John Brodrick a Clonmere de muy buen humor. Pronto ganarían por la



mano a los rateros, para darles tal lección, que en un buen rato no volvieran a tener ganas de intervenir en la mina. Le contaron todo a Jane, cuya satisfacción por la sagacidad de Henry sólo se enturbiaba ante la cara pesarosa de John, que comprendió procedía de su sensación de inferioridad.

—Que Henry se arrastre por aquel maldito túnel a gatas —dijo después a Jane, sentada en la butaca de su padre en el salón—. A mí no me importa ni pizca lo que descubra. Me pone malo todo este asunto.

—¿Por qué has venido para acá, hombre, si no querías ayudar a padre?

—¿Sabes de alguna ocasión en que yo haya desperdiciado una oportunidad de vacaciones? ¡Y las becas esperando en la isla de Doon! Anda, ven a mi cuarto y ayúdame a limpiar mi escopeta. Por mi parte, pueden llevarse de Monte Bravo hasta el último grano de cobre. Para lo que me importa...

Se acordó que a la noche siguiente se colocara un vigilante en la falda de la colina, y que durante el día Copper John buscara un par de vecinos para ayudarles, mientras que Henry y John irían a caballo al castillo de Andriff para ver a Simón Flower. El viejo Robert Lumley se hallaba en Cheltenham, donde de costumbre pasaba los inviernos, y aun cuando hubiera estado por la comarca poco les hubiera ayudado su presencia.

Hacía un día hermoso, con un cielo sin nubes y cabalgaban los dos jóvenes Brodricks hacia Andriff con buen humor, llevando una becada de regalo para *Mrs. Flower*.

Era una mujer grande, imponente y con un gran concepto de su propia importancia. No se le olvidaba que su marido, Simón, era hermano del conde de Mundy, mientras que el propio Simón Flower prescindía de ello en absoluto. Por eso el castillo de Andriff era una casa que dejaba perplejo al visitante; el salón, a primera vista, parecía ser de esplendor propio de un palacio real, con piso de mármol y sillas doradas, de una de las cuales se levantaba *Mrs. Flower* como si fuera una reina alzándose de su trono, cuando llegaba un visitante; pero fijándose, era fácil notar que estaban rotas muchas patas de las doradas sillas, lo que hacía sumamente inestable sentarse en ellas y que el piso de mármol estaba de tal modo embarrado y sucio de los podencos de Simón Flower, que bien podía compararse con una perrera. Un lacayo empolvado y con librea recibió a los Brodricks, escoltándoles hacia el salón; su esplendoroso continente resultaba lamentablemente amenguado por los zurcidos de sus medias blancas; y el olor a cuadra que despedía dejaba suponer que había pasado la mañana en los establos. Entretanto, unas voces coléricas que se oían en el piso superior daban a entender que se estaba desarrollando una disputa doméstica de buen calibre. No mejoraban el cariz del altercado las notas discordantes de un piano de cola, producidas, según pudieron ver los Brodricks, no sin sorpresa, al entrar en el salón, por el propio Simón Flower, quien con el sombrero en la coronilla, los ojos cerrados y una cachimba muy larga en la boca, estaba balanceándose de adelante atrás al son de una extraña melodía de su propia cosecha.

*Mrs. Flower*, vestida como para una recepción londinense, colocaba un remiendo para tapar un roto en las cortinas de brocado del dormitorio; y la entrada de los dos visitantes no pareció perturbarla en modo alguno.

—¡Cuánto me alegra verles! —dijo, extendiendo una mano magnánima, mientras Henry se preguntaba si esperaría que se la besase.

—Nos encuentran, como siempre, en estado de desorganización. Tengan la bondad de sentarse, y cuéntenme cosas. Aquélla, no, *Mr. Brodrick*; tiene una pata rota... Cuan amable es su padre al mandarnos un regalo de casa. Dase la circunstancia de no hallarse momentáneamente el hermano de mi marido, el Conde de Mundy, en la comarca; por lo general nos tiene abarrotados de caza, como ya pueden imaginarse. ¿Están todavía sus hermanas haciendo vida agreste en su granja? *Miss Brodrick* debe creerse María Antonieta en el Petit Trianón. Es un delicioso contraste con Clonmere...

Seguía cotorreando, haciendo apenas pausa para tomar aliento, y nunca esperaba contestación. Hablaba en voz muy alta para hacerse oír, superando el ruido del piano, y su marido apretaba la pulsación para que sonase más fuerte, hasta que uno de los podencos, que se había acomodado entre sus pies, salió de su escondite y añadió un fúebre aullido a los esfuerzos sonoros de su amo.

—El pobre Boris no puede soportar el piano de cola —gritó *Mrs. Flower*—. A veces se está aullando así horas enteras; pero no consigue que se inmute mi marido. ¿Cuándo vendrán ustedes a cazar con las traíllas de mi padre en Duncroom?

El esfuerzo de conversación en tales condiciones resultó excesivo, aun para la extremada y exquisita cortesía de Henry, que se limitaba a sonreír, y a asentir con la cabeza y a hacer ademanes con las manos, mientras que John permanecía enteramente mudo, como solía hacerlo cuando se sentía interiormente divertido.

Al fin, terminó el concierto; hubo un formidable floreo de acordes y un fuerte martillazo sobre los bajos, que produjeron un gemido final de protestas del podenco, y Simón Flower se levantó, cerrando la tapa del piano estrepitosamente.

—Dicen que es señal de inteligencia que un perro cante a la música —dijo Simón Flower, blandiendo su cachimba ante los dos hermanos—. ¿Oyeron ustedes cómo mi podenco trató de comprenderme? Declaro que pone toda el alma en su voz; me llega al corazón oírle.

—No seas absurdo, Simón; tu música no le gusta nada al animal.

—¿Que no le gusta? Te digo que ese perro se pega a mi lado como una lapa, con sus ojos fijos sobre las notas; tan devoto es del instrumento. Pero todo esto carece de importancia; estos dos chicos necesitan un refresco después de su viaje. Bajen conmigo a la bodega; nos irá así mejor que si nos atenemos al té que mi mujer nos preparará.

Marchó delante de los dos hermanos mostrándoles el camino, y bajaron por una escalera tortuosa hacia los laberintos del castillo, y, después de estar rebuscando por todas partes con un cabo de vela encendido, descubrió una botella de Madeira añejo,

que acto seguido procedió a decantar en una garrafa antigua oculta en una hendidura de la bodega, junto con media docena de vasos.

—Cuando el suelo se hiela en el invierno y no puedo casar —dijo gravemente—, traigo a mis amigos aquí abajo, y se asombrarían ustedes de lo bien que lo pasamos aquí. Se imagina mi mujer que jugamos al billar, y para engañarla procuro que la servidumbre haga ruido con las bolas. Nunca sospecha nada la mi cara compañera cándida. Llenen sus vasos, muchachos, y acomódense a gusto. Hay un barril de cerveza para cada uno, que les puede servir de asiento.

Efectivamente, los dos jóvenes y su anfitrión lo pasaron mucho más agradablemente que si la señora de la casa les hubiera preparado el té en el salón; y cuando, finalmente, salieron de la bodega y, guiñando los ojos, volvieron a la luz del día, Henry se había olvidado una vez más de su misión, y John se hallaba en un estado de dulce benevolencia, mientras que su anfitrión cantaba «¡Oh amor y encanto mío! ¿Do vagas dulce errante?», cuya letra, a juicio de John, sólo con denodado esfuerzo podía aplicarse a la formidable *Mrs. Flower*. Estaban sirviendo el té en el salón, y Henry se repuso lo suficiente para dar a conocer, en términos un tanto abstractos y vagarosos, el motivo de su visita. Desde luego, la explicación no resultó excesivamente clara ni concreta, y Simón Flower, a despecho del entremés de la bodega, no hubiera podido ser censurado con implacable acritud por el hecho de haber movido dubitativamente la cabeza al terminar Henry su exposición.

—Yo no me arrastraré, introduciéndome en la madriguera de un conejo, ni por su padre de ustedes, ni por nadie en el mundo —dijo, bostezando, a la par que se notaba la graduación del Madeira añejo en sus soñolientos ojos azules—. Porque ¿y si me perdía y no me encontraba nadie, y no se me volvía a ver el pelo? ¿Te acuerdas, María, que así fue como perdimos a la pobre Trouncer? Se metió en el boquete de un tejón, y así acabó la historia de la mejor perra que nunca he criado. Nada, nada; madrigueras, no.

—No me ha entendido bien, *sir* —dijo Henry—; nunca se ha tratado de que bajase usted a la mina y atravesase el túnel. La idea de mi padre es que usted y nosotros montemos guardia a la salida del túnel por la falda de la colina, y estemos preparados para apresar a cualquiera de esos canallas que pudieran presentarse. — Pero ¿son zorros u hombres los que quieren cazar?

—Hombres, *Mr. Flower*, se lo acabo de explicar. Se trata de esos sinvergüenzas que están robando el cobre de la mina. Mi padre quiere prenderles y hacer un escarmiento. Cree que Morty Donovan está en el ajo.

—¡Ah! Yo no haré nada contra Morty Donovan. De ninguna manera. ¡Pero si fue él quien me vendió al padre de la inolvidable Trouncer de que acabo de hablar! Era un perro maravilloso. John, usted hubiera apreciado al padre y a la hija. Pero qué extraña idea la de pasarse toda la noche en acecho en la falda de una colina para armar bronca a Morty Donovan. No entiendo qué induce a su padre a armar toda esta tremolina.

—Pero, sin duda, *Mr. Flower*, usted profesa el respeto a la ley. ¿No es usted magistrado?

—Debiera darte vergüenza, Simón —dijo su esposa—. Ahí está el pobre *Mr. Brodrick*, en Doonhaven, luchando solo para salvar la propiedad que pertenece a él y a mi padre; y tú ni quieres echar una mano para ayudarlo. Quisiera que estuviese aquí mi cuñado, *Mr. Brodrick*, El Conde de Mundy nunca se quedaría con las manos cruzadas presenciando tal injusticia, y supongo que si yo hiciera uso de mi influencia y pudiera enviarle un mensaje al otro lado de la bahía...

—Muy agradecido, señora; pero advierta usted que es cosa sumamente urgente. Más bien creo que mi padre esperaba que *Mr. Flower* nos acompañara ésta noche a casa.

—¿Esta noche? Imposible. No me moveré del castillo de Andriff en esta noche por todos los ladrones de Europa —dijo Simón Flower dramáticamente—. Que *Morty Donovan* escape con el cobre, y que le traiga mejor suerte que le ha traído a esta mi casa.

Y calándose más el sombrero, sentóse Simón Flower de nuevo al piano.

Henry miró a John y encogióse de hombros; en este momento se abrió la puerta del salón y entró precipitadamente la hija de Simón; traía la cara sofocada, los ojos fulgurantes de ira y la masa de sus cabellos castaños caída en desorden sobre su espalda.

—Es una vergüenza —gritó—, una vergüenza incalificable. Le había dicho que no lo aguantaría, y nunca más lo haré; la arañé la cara y la metí en el cuarto de plancha, y ojalá que se muera.

Diciendo esto cerró violentamente la tapa del piano, obligando a callar a su padre, y se colocó delante de él, respirando agitadamente y fijando sus ojos en su madre.

La súbita aparición produjo fuerte efecto sobre los dos jóvenes. Pusiéronse de pie, absortos y sin habla; y, en efecto, *Fanny-Rosa Flower*, a la edad de diecisiete años, hubiera reducido al silencio a cualquier hombre capaz de apreciar la belleza.

La indignación que dominaba a la gentilísima muchacha sólo servía para aumentar su hermosura; el arrebol de sus mejillas acentuaba la profundidad de sus sesgados ojos verdes, y sus desordenados cabellos rizados le daban la apariencia de una bacante surgida de la selva virgen. El hallarse sin medias parecía corresponder exactamente con la caracterización. De pronto se dio cuenta de la presencia de los visitantes, a quienes no había visto.

—¿Cómo están ustedes? —dijo con el porte regio de su madre, pero con la sonrisa de su padre—. Siento mucho haber interrumpido...; pero acabo de pelearme con mi institutriz, y confío que será la última vez.

—*Fanny-Rosa* —dijo su madre—, estoy apenada y sorprendida. ¿Qué pensarán *Mr. Brodrick* y su hermano de ti? *Miss Harris* se asfixiará en el cuarto de plancha.

Y salió del salón muy agitada, mientras Simón Flower desde el piano contemplaba a su hija con indulgencia.

—Nunca me había gustado *Miss Harris* —dijo—; tenía unos pésimos modales que no nos convenían. Creo que ya ha llegado el momento de que puedas vivir sin institutriz.

Fanny-Rosa aventó su mal humor, miró de reojo a los dos Brodricks y se sentó en la silla de su madre.

—Creía que los dos estuviesen en Londres —dijo suavemente—. No suelen venir por lo general a Clonmere hasta después de Navidades, ¿verdad?

Y otra vez contó Henry la historia de la mina, y esta vez tuvo un auditorio más comprensivo, Fanny-Rosa abrazó sus rodillas desnudas y no quitó la vista de la cara de Henry.

—Quisiera poder ir con ustedes —dijo—, en lugar de mi padre. Muy a gusto esperaría en la falda de la colina a media noche, y si hubiese pelea con los mineros, no me asustaría.

—Lo que te pasa —dijo Simón Flower— es que tu altercado con *Miss Harris* te ha dado ganas de pelea. No tengo la menor duda de que estos muchachos te permitirían montar a la grupa con uno de ellos, y de seguro resultarías una buena colaboradora. Pero no nos has dicho todavía lo que te ha ocurrido con *Miss Harris*.

—Nos dijo a Tilly y a mí que ya era tiempo de que aprendiéramos a doblar nuestra ropa, y yo le contesté que no lo haría. Y nos contestó que todas las señoritas están acostumbradas a hacerlo, en vez de tirarlo todo por el suelo como chicas de la cocina. «¿Qué diría su tío, el Conde de Mundy, si se enterara de esos modales desaliñados?», me dijo. «Pues quizá me perdonase si me sentaba a su lado y le tiraba de los bigotes diciéndole lo guapo que es», le repliqué yo. Y entonces miró a lo largo de sus grandes narices y me dijo que tenía que aprenderme una página entera de verbos franceses, y por eso la arañé la cara, como ya he contado, y la encerré luego en el cuarto de plancha, y puedo leer en sus ojos que usted hubiera hecho lo mismo, *Mr. Brodrick*.

Miró maliciosamente a John, que se ruborizó hasta la punta de los pelos, mientras en su interior aguantaba la risa. Entonces cogió Fanny-Rosa un gran pedazo de tarta, sirviéndose una taza de té. Los ojos de ambos Brodrick obedecían a la fascinación irresistible de los lindos pies desnudos.

—Usted ha estado en Europa, ¿verdad? —preguntó, dirigiéndose a Henry con la boca llena de tarta—. ¡Ah, es que estoy perfectamente enterada de todas sus cosas! Nuestro lacayo es primo de su cocinera. Nosotros estuvimos en París el invierno pasado, porque mi abuelo dejó a mi padre algún dinero y nos fuimos a París en lugar de comprar unas cortinas nuevas para el dormitorio de mi madre.

—Sí, sí ¡No estás tú mala pécora, coqueta! —dijo Simón Flower—. Cada vez que visitábamos un museo, ¿qué encontrábamos en cada sala sino una ristra de jóvenes franceses detrás de nosotros? Como que al final la gente se inclinaba a nuestro paso creyéndose que éramos un cortejo real.

—Entonces la institutriz se llamaba *Miss Wilson* —dijo Fanny-Rosa—, y dos

veces le di esquinazo en las calles, y creyó que me habían raptado, y con lágrimas en los ojos fue a contárselo a los guardias; pero como eran franceses no la entendían ni palabra. Cuando volvimos tuvo que irse una temporada a un sitio tranquilo en el campo para curarse de una enfermedad nerviosa. No lo querrán creer, pero he tenido doce institutrices desde los catorce años, y el mes pasado cumplí diecisiete, así que se acabaron las institutrices.

—Con tus padres es con quienes vas a acabar —dijo severamente *Mrs. Flower*, que en aquel momento volvía, después de vanos esfuerzos para apaciguar a la infortunada *Miss Harris*.

—Suerte tienen ustedes, *Mr. Brodrick*, de que sus hermanas no sean de este modo, y confío que no le contarán a *Miss Brodrick*, a su regreso, todo lo que ha estado haciendo y diciendo esta hija mía.

—Y digo yo —gritó *Simón Flower*—: ¿Por qué han de irse ustedes a casa, muchachos? Dejen a su padre que se meta en todas las madrigueras que quiera detrás de los mineros. Se quedarán ustedes a cenar con nosotros y haremos otra visita a la bodega, y *Fanny-Rosa* vendrá con nosotros.

Pero *Henry* movió la cabeza y se dirigió hacia la puerta, lo que pareció no gustarle mucho a su hermano.

—Es usted muy amable, *sir* —dijo—, pero ya nos hemos quedado demasiado tiempo. Mi padre estará preocupado por nosotros.

*Simón Flower* hizo un ademán con la mano y se sentó al piano.

—Iré a cazar con su padre el día que él quiera en la Isla de *Doon* —dijo—; nunca he rechazado una invitación de tal índole. Pero arrastrar la barriga por el suelo en pos de *Morty Donovan* a media noche, no; esto no lo hago nunca, y puede decírselo a su padre sin rebozo.

Y en esto empezó a cantar otra vez, acompañado por su fiel podenco, al tiempo que los *Brodricks* partieron del castillo de *Andriff* entre el confuso resonar de acordes caprichosos, de una intensa voz de barítono y de los ladridos de por lo menos media docena de perros, mientras la hija mayor de la casa, una encantadora figura descalza, les despedía desde la escalinata de piedra agitando la mano gentilmente.

Atolondrados, turbados y todavía ligeramente chispos, cabalgaron los dos hermanos, de regreso, a un paso que hubiera enfurecido a *Copper John* si les hubiera visto. Y hasta que no llegaron a la vista de *Doonhaven*, no refrenaron sus caballos, al tiempo que *Henry* hacía esfuerzos para despejar la cabeza.

—Sabes, *John* —dijo—, tiene razón mi padre. Nunca prosperará este país mientras se críen gentes como los *Flowers*.

*John* no respondió. La prosperidad del país poco le importaba. *Henry* podía continuar con sus observaciones críticas y denostar a *Simón Flower* si lo deseaba. Lo único que le importaba a *John* era que nunca en su vida había puesto sus ojos sobre nada tan adorable como la hija de *Simón Flower*, *Fanny-Rosa*.

Al siguiente sábado por la noche hallábanse sentados, los Brodricks alrededor de la lumbre en la biblioteca, después de haber cenado temprano, como era su costumbre. Jane había estado recogiendo pifias en el bosque, durante el día y las esparcía ahora por la turba humeante, haciendo chisporrotear el fuego, para así mejor apagar el ruido causado por el viento, que silbaba por entre los árboles detrás de Clonmere. La bahía de Mundy estaba azotada por furiosa borrasca y las grandes olas del Atlántico barrían la entrada de Doonhaven, mientras que las alejadas escolleras de la Isla de Doon servían como rompeolas natural.

Dentro de la caleta, bajo el castillo, entraba rápidamente la marea, produciendo un fuerte debate contra él viento; pero hallábase Clonmere tan abrigado del vendaval, que sólo el repentino temblor de los bosques les avisó que el tiempo apacible había terminado.

Hallábase sentado Henry en el escritorio de su padre escribiendo una carta a Bárbara, que estaba en Lletharrog, al tiempo que John, como siempre, ocupaba una butaca tumbado a la bartola, mientras con una mano acariciaba la oreja de su perro favorito y en otra tenía un libro que no leía. Miraba a las pifias mientras estallaban en el fuego, y Jane, levantando los ojos, le miraba, tratando de averiguar en qué estaba pensando.

Había transcurrido una semana tranquila. No habían descubierto más robos en la mina, y aunque habían montado una guardia por la falda de la colina todas las noches, nadie había parecido por allí sino los mismos vigilantes. Flotaba, no obstante, en el ambiente una sensación extraña de inquietud y sospecha, como si se materializase la vaga amenaza de que iba a ocurrir algo. Los mineros se miraban suspicaces unos a los otros e iban a su trabajo ceñudos y en silencio.

Pero no era sólo en la mina donde prevalecía esta atmósfera, sino abajo, en Doonhaven. Jane y la vieja Martha fueron a comprar unas cosas en la tienda de Murphy, y Jane comenzó a hablar como solía y con su habitual tono alegre con Murphy, a quien había conocido desde niña. Pero Murphy desvió la mirada con aire hosco, y rezongando excusas desabridas, desapareció por la trastienda, dejando para servirles a un chico aprendiz. Tuvo Jane, además, la impresión de que las miraban con hostilidad la gente de la plaza del mercado, y cuando sonreían dando los buenos días, les volvían las espaldas y afectaban no verlas. Doonhaven se había llenado de murmullos de gente mirando a hurtadillas a través de las puertas, para luego esconderse rápidamente, y Jane, que sentía cariño por todo el mundo y afecto por toda la gente de Doonhaven, volvió a casa con penosa impresión de mal presentimiento.

—No me gusta —dijo a Henry—. Creo que mi padre no da a este asunto de la mina toda la importancia que tiene. No piensa más que en coger a unos cuantos mineros para castigarles por llevarse el cobre. Pero no se da cuenta de que todo el

mundo en Doonhaven odia a su mina.

—Lo que pasa es que tienen envidia —respondió Henry—. Quisieran atrapar todos los beneficios del cobre y eludir todas las molestias para extraerlo. Padre ya sabe de lo que se trata. Si no se muestra severo con la gente del país, no harían nada nunca, ni tampoco harían progreso alguno.

—Éramos bastante felices sin el progreso.

—Eso no es más que sentimentalismo. Sin duda, has oído discurrir a John.

Arrojó Jane sobre las llamas otra pina, que crepitó. Luego hubo otra vez silencio. No se percibía otro ruido que el de la pluma de Henry, sentado en el escritorio, y de vez en cuando un ligero rumor de volver John las páginas del libro que estaba leyendo. De pronto el perro alzó las orejas y corrió hacia la puerta, que se abrió apareciendo Copper John sobre el umbral. Llevaba el gabán abrochado hasta la barbilla y el sombrero metido hasta las cejas: sólo podía verse su larga nariz y sus finos labios. En la mano llevaba el bastón favorito, corto y fuerte, con una pequeña porra en la punta. Detrás de él, en el zaguán, estaba su agente Ned Brodrick; su cara flaca y triste hacía gran contraste con la determinación resuelta impresa en el rostro de su harto más apuesto hermano.

—Necesito que vosotros dos me acompañéis inmediatamente —dijo Copper John—. Vamos a salir para la mina dentro de cinco minutos. En las afueras, sobre la calzada, tengo una docena de colonos; también están Parsons, el oficial de Aduanas; Sullivan, el de la oficina de Correos; el doctor Beamish, y uno o dos más que he podido reclutar. No hay que perder tiempo.

Los tres jóvenes Brodricks se pusieron en pie. Henry tenso y alerta, John un poco perplejo al despertar demasiado bruscamente de sus sueños y Jane pálida y angustiada en actitud de sobrecogimiento.

—¿Ha ocurrido algo, *sir*? —preguntó Henry. Sonrióse Copper John tristemente—. He tenido noticias de que hay unos treinta hombres o más que se dirigen desde Doonhaven a Monte Bravo, y les capitanean una docena de mineros de quienes sospecha el capitán Nicholson. Han salido, claro es, con el propósito de hacer daño, y yo me he propuesto salirles al paso.

Jane siguió a su padre y tío por el zaguán donde se hallaban los dos hermanos abrochándose sus abrigos; sus caras estaban pálidas y excitadas a la luz de la vela. Hallábase abierta la puerta hacia la calzada, y allí podía verse un pequeño grupo de hombres que esperaban a Copper John moviéndose impacientemente sobre la grava y cuchicheando entre sí. Unos llevaban linternas en sus manos y todos portaban gruesas estacas.

No llovía todavía; pero ya se habían levantado fuertes ráfagas de viento corrían oscuras nubes por el cielo. Eran algo más de las ocho de la noche oscura. No había luna y las estrellas apenas podían distinguirse, pues salían y en seguida escondíanse detrás de las nubes.

Copper John y sus dos hijos reuniéronse con los demás en la calzada, y Jane, de



pie ante la puerta abierta, les vio desaparecer, oyendo las fuertes pisadas de las botas sobre la grava, al tiempo que doblaban la esquina de las cuadras Casey y Tim con los caballos. En seguida desapareció todo el grupo detrás del recodo de la calzada para subir por el parque en dirección a Monte Bravo y Doonhaven estaba apacible y silencioso: un pueblecito dormido. Hallábanse cerradas las puertas y en las ventanas no se veía luz. Nadie se encontraba en las calles, ni siquiera había gente en la plaza, y el único ruido que se oía era el de las olas sobre la playa por debajo de la muralla del puerto.

Una vez que salieron del pueblecito, hizo Copper John un alto y dividió el grupo. Una mitad, conducida por Copper John y Henry, continuó su camino por la carretera hacia la mina; el resto, con John entre ellos, atravesaron el campo hacia la salida en la colina. Aquí; en el descampado, estaban expuestos a toda la fuerza del viento, que les llevaba ciegamente hacia adelante, haciéndoles tropezar sobre las piedras sueltas y los brezos. El joven Brodrick, ahora solo, sin compañía de su padre y hermano, sintió una nueva sensación de emoción, casi de entusiasmo, no relacionado en modo alguno con la mina o con los iracundos hombres de Doonhaven, sino porque aquello era algo que comprendía y le gustaba: luchar con el viento en Monte Bravo. Allá, a lo lejos, estaba el mar barriendo las largas extensiones de la bahía de Mundy, rodando hacia el castillo de Andriff, donde seguramente podía oírlo Fanny-Rosa desde su ventana; y la melodía del mar le llegó ahora llevada por el viento, no como un sonido tétrico y molesto, sino como un canto de triunfo sonoro e insistente. Los hombres, detrás de él, proferían maldiciones contra las tierras ásperas; sus prendas iban infladas por el fuerte viento. John levantó la vista y miró a las nubes negras que corrían por el horizonte; sintió la primera gota de lluvia sobre su mejilla, pronosticando la tormenta que se les avecinaba. Y riéndose, trepaba aún más de prisa que antes, con pies firmes sobre las piedras y el pegajoso musgo empapado, mientras el dulce perfume del brezo silvestre hendía el aire. Por fin llegaron a la salida, en la colina, tan bien escondida entre una confusión de retamas, que por la oscuridad y la cortina de lluvia era casi imposible entrar, y allí se detuvieron esperando a los demás, buscando refugio contra el tiempo por la falda de la colina, mientras seguía con toda su amplitud el ventarrón y se oscurecía aún más la noche. Hallábase entre ellos Ned Brodrick; agachóse al lado de su sobrino entre el brezal con su cara lúgubre y larga; de vez en cuando se mordía los dedos para activar la circulación de la sangre.

—Su padre debería haber tratado de entenderse con Morty Donovan, Master John —dijo—. Una porción de veces he arreglado cuestiones con esa familia de una manera amistosa, mientras tomábamos un vaso de *whisky*; pero su padre, Master John, es hombre altanero e intransigente y Morty Donovan es orgulloso también. Le digo que nada bueno saldrá de esta noche, y si yo hiciera mi gusto, a estas horas estaría sentado en mi cabaña de Oakmount, con las cortinas echadas, sin ocuparme de este asunto.

—No tengo la menor duda de que así lo haría, Ned —dijo John—; pero aquí

estamos en Monte Bravo, sin poder elegir, y debemos sacar de la situación el mejor partido posible.

—Un grano de discreción es lo que hace falta, Master John —continuó Ned—. Yo así lo he practicado durante todo el tiempo que he estado funcionando como cachicán de su padre: cuando estoy con él, estoy de acuerdo con él; cuando estoy con los vecinos, estoy de acuerdo con los vecinos. Así siempre he complacido a las dos partes sin ofender a ninguna. Nunca en mi vida he tenido riñas con persona alguna.

—Y ¿cómo se arregla, Ned, cuando los vecinos están retrasados en sus pagos y tiene que cazarles para cobrar el dinero?

—Pues, entre nosotros, Master John: yo asiento las entradas sobre la lista de pagos de tal manera que parece haber sido liquidados, cuando a menudo no veo ni siquiera un penique. Pero ¿no quiere usted tomarse un traguito para no perder el ánimo?

Y mirándole furtivamente por encima de su hombro, sacó el cachicán un botellín del bolsillo hondo de su chaqueta y lo arrimó a su boca con satisfacción en el semblante.

—Le digo, Master John, todo eso —dijo, al tiempo que limpiaba sus labios con la manga de su chaqueta—; pero soy devoto de su familia, y Morty Donovan tendría que pasar por mi cadáver antes de que les hiciese daño alguno a cualquiera de ustedes. Con respecto a usted, le digo que es el mejor de todos, y no significa esto que haga de menos a Master Henry.

John se echó a reír, sabiendo muy bien que el cachicán hubiera dicho exactamente lo mismo a su hermano si hubiera estado allí en lugar de él, y, después de haberse tomado su «traguito», que tenía que ser un brebaje infernal de propia creación de Ned Brodrick, pues sabía a fuego líquido, le devolvió el botellín, a tiempo, pues uno de los hombres que a cierta distancia les había estado vigilando vino corriendo hacia ellos.

—Hay un resplandor en el cielo hacia el Oeste, *Mr. John* —exclamó—; yo creo que no vendrán los mineros esta noche por aquí, sino que han prendido fuego a la mina.

Los demás hombres corrían ahora colina abajo chillando y gesticulando. Pronto se vio una hoguera horrible elevarse hacia el cielo por detrás de la cima de la loma más cercana.

—Ése dice bien, Master John —exclamó el cachicán—; no nos arrastraremos por las madrigueras esta noche, y los percances que sucedan, por esta vez serán al aire libre, o en los cobertizos o en las casas. Malditos sean, y que Dios castigue a esos desalmados por su diabólica traición.

—¡Eh, mire allí! —gritó uno de los vecinos—. Viene alguien para acá con un burro y una carretilla. Mire cómo se tambalea la carretilla por la boca del brezal.

—Diríase que el animal conoce cada palmo del terreno, o que el arriero lo tiene hechizado —dijo otro—. Ha caído; no, no ha caído; le ha conducido por un trozo de la vereda, y está pegando a la pobre bestia con un palo, como un loco.

Avanzaba el burro y la carretilla hacia el grupo, tambaleándose hacia todos los lados sobre el áspero terreno de un modo frenético, y el hombre sentado en la carretilla hizo ademán con su látigo hacia el grupo gritando y riendo, al tiempo que su gran manto negro se inflaba por el viento, haciéndole parecer una gigantesca y fantástica figura.

—Es el mismo diablo —voceó uno—, es el diablo salido del infierno para destruirnos.

Y por un momento titubeó el grupo de hombres indecisos entre huir o tirarse al suelo y pedir compasión. Entonces uno de los hombres, menos supersticioso que los demás, dio un grito y volvió a sus compañeros.

—Es Morty Donovan —gritó—; mirad su cara, mirad sus ojos. ¡*Mr. John*, yo creo que se ha vuelto completamente loco!

El viejo iba sentado en una esquina del carro, llevaba el pie enfermo extendido; en una mano llevaba las riendas y en la otra un látigo que blandía por encima de su cabeza. Al acercarse al grupo, hizo detenerse al animal y, atisbando en la oscuridad, reconoció a John, y una vez más se echó a reír y gritó, moviéndose de un lado para otro en salvaje transporte de alegría.

—¿Y así pensabais atraparles? —gritó—. ¿Les esperabais aquí, en la falda de la colina, para conducirles a prisión? Pues puedo deciros que estáis perdiendo el tiempo. Los muchachos han hecho una bonita hoguera en la mina de su padre, *Mr. John*, y ni un palo, ni una piedra siquiera quedará en ella por la mañana. Así, que vayan a reunirse con ellos y tuéstense hasta abrasarse, y maldición caiga sobre todos ustedes. Eso es lo que digo.

Nuevamente chasqueó su látigo el viejo, maldiciendo al burro para que arrancase.

—¡Detenedle! —voceó uno—. Paradle, sujetad al animal; ¡se va a matar!

Uno de los hombres se lanzó a la cabeza del burro, que, asustado, tropezó en el brezo e hizo al hombre caerse, al tiempo que John, subiendo al carro, trató de quitar el látigo a Morty Donovan. El viejo se adelantó, se volvió jurando y pegó al muchacho un latigazo en la cabeza, cegándole por un momento, mientras profería un torrente de maldiciones. Su salvaje y extravagante risa se había mudado en rabia frenética.

—¡He maldecido a su padre esta noche, y a su hermano, y ahora le maldigo a usted también, John Brodrick —gritó—; y no sólo a usted, sino a todos sus hijos y nietos, y que toda su riqueza no les traiga más que desesperación, desolación y males, hasta que el último de todos se vea humillado y avergonzado entre las ruinas de su familia, mientras los Donovans hayan recuperado otra vez en Clonmere la tierra que les pertenece!

John se echó atrás; estaba herido en la cara por el latigazo y atontado por la fuerza del golpe. El grupo de los demás hombres, sobrecogidos y asustados momentáneamente por la cólera del viejo, presenciaban la escena a un lado de la vereda. Solamente Ned Brodrick, con una sonrisa turbia y la mano extendida, parecía

sereno.

—Vamos, *Mr. Donovan* —dijo—. Nadie, aquí, ni siquiera el propio *Master John*, le desea mal alguno, y ésa es la verdad de Dios. Yo mismo hablaré con *Mr. Brodrick* y le pediré, como un favor personal, que juzgue con verdad y justicia sobre este asunto...

Pero *Morty Donovan* le interrumpió, sonriendo descaradamente:

—¿Quieres callar la boca, idiota —dijo—, e ir a esconder tu ridícula cara entre las faldas? ¿No tienes tú la misma sangre malvada en tus venas? ¡Déjame en paz, maldito seas!

*Morty Donovan* golpeó con el látigo al burro, y el carro arrancó otra vez tambaleándose de un lado para otro, y siguió a través de la oscuridad, hasta que lo perdieron de vista al doblar un recodo de la colina.

—¿Le ha hecho mucha herida, *Master John*? —le preguntó su tío, contemplando la cara del joven—. ¿No sería, mejor que volviese a casa para que le lavasen y curasen la cara? Creo que ya hemos hecho bastante por esta noche.

—No es nada, *Ned*; pronto se me curará. Y en cuanto a irme a casa, de eso no hablemos. ¿No oyó lo que ha dicho el viejo loco? Han prendido fuego a la mina. Hay que ir allá por el camino más corto; ya no cabe hacer otra cosa.

La sangre le corría en abundancia por su cara y la cabeza le dolía mucho; pero luchando otra vez contra el viento y la lluvia, que era más intensa que antes, *John* se colocó a la cabeza del grupo, que atravesó la loma hacia la mina. Al cabo de unos veinte minutos dieron con la vereda que conducía hasta la mina. En el fondo se veía la chimenea, alta, alumbrada por el resplandor del incendio, y se oía el bullicio de las voces chillando y gritando en todas direcciones. La escena era de una confusión increíble: precipitábanse los hombres unos contra otros en la oscuridad, unos dando órdenes, otros burlándose. En la masa de hombres mezclados, nadie con certeza podría distinguir los amigos de los enemigos.

—Son las viviendas de los de *Cornwall* las que arden —dijo uno de los hombres del grupo de *John*—. Mire usted allí, *sir*, abajo, en la carretera: todas se queman.

Así era. Las casitas de madera eran fácil pasto de las llamas, y en los pequeños huertos que habían cultivado hallábanse las mujeres con sus hijos, desconsoladas y aterrorizadas, llorando amargamente, mientras que los hombres se esforzaban en apagar el fuego con cubos de agua que se pasaban de mano en mano.

La propia mina estaba intacta, gracias a que *John Brodrick* y un grupo, con la ayuda del capitán *Nicholson*, se habían estacionado sobre los cobertizos y edificios, y los mineros rebeldes no se atrevían a avanzar sin lucha ni querían luchar tampoco. Por eso se contentaban con destruir las pequeñas moradas de los de *Cornwall*, saqueando todo lo que podían y aterrorizando a las mujeres y niños. Al llegar *John* y su grupo a la escena, media docena de mineros, entre ellos los cabecillas, habían podido penetrar en el cobertizo de depuración, y animados por sus compañeros más tímidos, se disponían a volar los carretones y desparramar el contenido entre alaridos

de triunfo y satisfacción.

De pronto John sintió que le agarraban un brazo. Era Henry, que, tirando de él, le llevó dentro del edificio.

—No te muevas, tírate al suelo —cuchicheó su hermano—; padre va a darles a esos tíos el susto mayúsculo.

Temblaba de emoción y señaló dos figuras, la de su padre y la del capitán Nicholson, que estaban de pie, un poco apartados del edificio, con algo entre las manos. No llevaba sombrero Copper John, y también se había quitado el abrigo, mostrando así su silueta musculosa; su tupido pelo cano estaba revuelto y el viento lo movía. Levantó la vista, vio a su segundo hijo, y, sonriendo, señaló al instrumento que el capitán Nicholson tenía en la mano.

John comprendió en seguida de qué se trataba. Sintió frío en el corazón.

—¡Dios mío, Henry! —cuchicheó—. ¡Eso es un asesinato!

Su hermano no contestó y siguió con los ojos fijos en su padre y en el capitán Nicholson. Los mineros estaban demasiado ocupados con su obra de destrucción para fijarse en las dos figuras que avanzaban silenciosamente, con paso firme, por detrás de los cobertizos de depuración, y agachándose por un momento, se arrimaron a la pared del más próximo. Los dos esperaron un momento, y entonces se retiraron apresuradamente, volviendo al despacho, donde les aguardaban Henry y John, y, como ellos, se echaron boca abajo sobre el suelo.

—¡Ya son nuestros! —dijo Copper John. Y su segundo hijo, al mirarle, vio una mirada de triunfo en sus ojos y duras líneas alrededor de su boca.

Hubo un silencio profundo durante algunos minutos; luego resonó una gran explosión en el silencio de la noche, y el chasquido del morrillo que caía, y los palos y piedras que volaban por el aire y los gritos de terror de los hombres.

Levantóse Copper John y miró al capitán Nicholson sin decir una palabra. Luego salió del despacho y se quedó inmóvil unos momentos contemplando la escena.

El cobertizo de depuración, incendiado tan rápidamente por la pólvora, ya no era más que un montón de morrillo y piedras; sólo quedaba en pie una punta de la construcción, que también ardía violentamente, y de las ruinas salió aullando el único superviviente de los siete hombres que cinco minutos antes habían estado chillando y voceando su triunfo desde el interior del cobertizo.

Habíase alzado en el aire un gran grito de horror y pánico desde la multitud de los espectadores, y temiendo que la explosión no fuese sino la primera de una serie que les iba a destruir a todos, echaron a correr espantados, gritando y chillando, cayendo unos encima de otros en su afán de alejarse, y en un instante, en la vereda ancha hacia la mina hubo una masa de gente luchando y peleando, y la escena quedaba alumbrada espantosamente por las llamas chisporroteantes del cobertizo incendiado.

—¡Tras ellos! —gritó Copper John—. ¡Que no se escape ninguno!

Y metiéndose entre la muchedumbre, emprendió a garrotazos en su derredor, seguido por el capitán Nicholson y otros del grupo. John, de pie sobre los escalones

del despacho, se sentía mareado y repentinamente exhausto, y con el acre olor de la pólvora en el cerebro no pudo ver nada, sino la formidable figura de su padre y su garrote cayendo sobre la cabeza de los mineros espantados, que corrían delante de él confusos y desesperados. Todo ánimo de lucha les había abandonado tras la terrible muerte de sus jefes, y ahora se oían los lamentos de mujeres y niños, pues los mineros, ciegos de terror, atropellaban y pisoteaban a algunos de ellos en su loca carrera. Las llamas de las viviendas iban cediendo; ya casi no quedaban sino escombros, y el agua que cayó de pronto a torrentes acabó de apagarlas. La oscuridad y el repentino chubasco aumentaron la confusión: los amigos se pegaban con los mismos amigos, los enemigos con los propios enemigos, y por encima de todo este alboroto sonaba la fuerte voz de Copper John dando órdenes, gritando en todas direcciones, dando consejos al capitán Nicholson y sus demás amigos, llamando a Henry para que le ayudase. Entretanto John continuaba inmóvil sobre la escalera del despacho, mirando fijamente al montón de escombros de lo que había sido cobertizo de depuración.

Casi eran las dos y media de la mañana cuando se restableció el orden en la mina. Algunas docenas de hombres habían sido apresados y encerrados en las oficinas; los demás habían escapado, o para esconderse en los montes, o para volver a sus hogares en Doonhaven, confiados en que por la oscuridad no habrían sido conocidos.

La lluvia, que ya no era más que una llovizna con menos viento, había apagado hasta el último fuego, y sólo quedaban las cenizas mojadas de las moradas de los de Cornwall. Las familias habían sido recogidas para pasar el resto de la noche en los edificios de la mina, hasta que pudieran ocuparse de ellas por la mañana. Nada más podía hacerse hasta la llegada del día; pero ya sentado ante la mesa del despacho, con un vaso de ron caliente a su lado, estaba Copper John dictando órdenes al capitán Nicholson.

—Creo que se puede contar con la suficiente seguridad que los hombres de Doonhaven ya no volverán a perturbarnos. Volverán a su trabajo los que no han huido a los montes, y hasta es posible que veamos aquí hombres nuevos pidiendo empleo. A propósito; con el túnel que conduce desde la mina a la colina haremos lo que hemos hecho esta noche con el cobertizo de depuración. Acuérdesse, capitán Nicholson, de hacer quitar los escombros del cobertizo tan pronto como sea posible dentro de las próximas cuarenta y ocho horas, para que podamos ocuparnos de la construcción del nuevo edificio que ha de reemplazarle. También los hombres enterrados allí deben ser convenientemente inhumados, es decir, lo que quede de ellos, que será bien poco... Bien, señores: les tengo que dar las gracias a todos por haberme ayudado en el trabajo de esta noche. No me tendrán por ingrato, ¿quién de ustedes que no se encuentre muy cansado quiere volver a Clonmere con mis hijos, donde mi hija tendrá mucho gusto en ofrecerles un refresco?

Uno tras otro, los miembros del grupo, empapados por la lluvia y fatigados, se fueron disculpando, y así, en medio de la lluvia que caía y la pesada oscuridad que se

acentúa poco antes de la aurora, Copper John y sus hijos cabalgaron por las silenciosas calles de Doonhaven, de regreso a Clonmere. Jane, con Martha y otras sirvientas, les esperaban angustiadas e impacientes en el Zaguán, y al verles regresar a salvo, echose a llorar la vieja Martha, moviendo la cabeza con ademán de reprobación y lamentándose al ver la cara hinchada de John. —Bueno, bueno, Martha — dijo Copper John, despidiendo a las criadas con un ademán—. A ninguno nos ha pasado nada ni nos han roto ningún hueso. Master John sobrevivirá a su rasguño, sin duda. Lo que nos hace falta ahora es comer y beber algo, y calentarnos a la lumbre y luego ir a la cama, para aprovecharnos de lo poco que queda de la noche, porque todos nosotros tenemos que trabajar mucho al amanecer del nuevo día. Hallábanse en la biblioteca los cuatro, el padre con un vaso en una mano y con la otra detrás de la espalda; su semblante severo había perdido su seriedad de momento, mientras sonreía a su hija, que hizo un esfuerzo por corresponderle, pero estaba todavía tan pálida y tan angustiada, que su sonrisa parecía de ultratumba, la sombra de algo sin cuerpo. John, inclinado sobre la chimenea, con la cabeza entre las manos, su cara hinchada y descolorida, mientras a Henry, empapado hasta los huesos y con las piernas cruzadas, le castañeteaban los dientes. Alzó su vaso y lo chocó con el de su padre.

—De todos modos, sea lo que sea lo que ocurra, les hemos vencido, ¿no es eso, padre?

—Sí —dijo Copper John—, les hemos vencido, Henry.

Bebían juntos, contemplándose el uno al otro por encima de los vasos y sonriéndose.

La mina, pensó Jane, no ha sido destruida, y la mina seguirá siendo explotada en Monte Bravo y Morty Donovan ha perdido. Su padre y sus hermanos estaban a salvo. John tenía la cara hinchada, pero nada más. Era un cuadro que recordó siempre. Recordaba a su padre y a su hermano brindando por encima de la mesa, y recordaba también cómo John, levantando la vista desde la lumbre a la cara de Henry, temblorosa y blanca, le decía con voz alterada:

—¡Por amor de Dios!, vete a cambiar de ropa, Henry; vas a coger una pulmonía después del trabajo de esta noche.

Se acordaba, además, de cómo la lluvia azotaba las ventanas y de cómo el viento sollozó débilmente. Aunque estaban todos a salvo, ella aún tenía mucho miedo.

Durmieron los jóvenes muy profundamente aquella noche, y solamente una vez se agitó en la cama su padre, Copper John, durante su sueño, refunfuñando y murmurando como si le hubiera pasado algo en sueños.

Gimió el viento un poco y acabó por callarse. La lluvia susurró, chapoteó y cesó.

A lo lejos, sobre el brezal, distante unas cinco millas, había un asno temblando de frío junto a un carro volcado, y debajo Morty Donovan, con el cráneo roto, hundía sus manos muertas en las piedras y los musgos del Monte Bravo.

El primero de cada mes, estuviera donde estuviese y cualquiera que fuese lo que a la sazón tuviera que hacer, John Brodrick, desde Clonmere, escribía a su socio, Robert Lumley, de Duncroom, enviándole un informe sobre la situación de la mina de Monte Bravo de Doonhaven. Era una de aquellas reglas estrictas que se había impuesto a sí mismo al comenzar su relación de negocios, y aunque no tenía gran amistad con Robert Lumley y apenas le veía un par de veces al año, cada mes, desde Clonmere o desde Londres, desde Bath, desde Lletharrog, desde Bronsea, le enviaba su carta, escrita cuidadosamente con su letra puntiaguda, signada con el sello de los Brodrick (un puño con cota de malla sosteniendo una daga) y el papel doblado y cruzado según la costumbre del tiempo.

«Me complace comunicarle, estimado *Mr. Lumley* —decía una de aquellas cartas—, que su dividendo del año en curso ha superado al del último, y con esta fecha, día 14 de febrero, he abonado en su cuenta del Banco de Slane la cantidad de 3000 libras».

Era típico en John Brodrick que esta noticia interesante fuera acompañada por una píldora amarga.

«Lamento mucho comunicarle —continuaba— que nuestros gastos del año han sido igualmente más elevados, habiéndome visto obligado a construir otra máquina de vapor, cuyo coste tendremos que deducir de los dividendos del año entrante. Puesto que el cobre se cotiza muy alto, opino ahora que merecería la pena arriesgar una suma considerable para una prueba ulterior en un sitio y a una distancia de doscientos metros de la actual mina, sobre el lado Norte de la colina, por encima de la carretera. Será una prueba muy costosa; pero las ventajas para el país en trabajos de esta índole son tan enormes, que arriesgaría una prudente cantidad para probar a tener suerte y establecer otra mina, aunque no fuese del todo beneficiosa».

Sondarían el socavón, explotarían la nueva mina, emplearían más obreros, comprarían más barcos, con el propósito de transportar el cobre de Doonhaven a la fundición de Bronsea, y poco a poco, y más rápidamente cada vez, se aumentaría la fortuna de Brodrick, y Copper John añadiría a su propiedad en Clonmere veinte *greeves* de terreno aquí, veinte allí, a lo largo de la costa, más allá de la Isla de Doon, más allá de Kileen, en el camino hacia Denmare...

Luego surgía la cuestión de nombramientos en Doonhaven, asunto que el propietario de Clonmere consideraba como derecho suyo y no de Robert Lumley:

«Siento mucho tener que manifestarle que muy probablemente perderemos los servicios del doctor Beamish en Doonhaven. Sería de gran interés designar otro médico competente de esta comarca que pudiese atender a la gente pobre y que a nosotros mismos nos mereciera confianza en el caso de sernos necesaria su asistencia. Me han hablado de que el doctor Armstrong, que ha estado agregado a la guarnición de la Isla de Doon, tiene el propósito de retirarse del ejército y que no le disgustaría



establecerse en el campo, y especialmente en este distrito. El coronel Leslie habla en términos muy elogiosos de su gran habilidad, y entiendo que también el doctor Beamish le conoce muy bien. Como ya sabrá usted, la designación de jefe del dispensario se hace en la comarca por votos; cada suscriptor del dispensario tiene votos de acuerdo con la cuantía de sus suscripción. Por ser mi suscripción mayor, casi el triple que el total aportado por las demás personas del distrito, le informo que soy la única persona a quien corresponde votar, y que si yo lo deseo y él está de acuerdo, el doctor Armstrong ocupará la vacante...».

Innecesario es decir que el Dr. Armstrong aceptó con gran contento de los jóvenes Brodrick, de quienes se hizo amigo y compañero.

«Con referencia a sus vecinos —continuaba Copper John—, sobre cuyo asunto ha pedido mi consejo en su última comunicación, le diré que considero una idea muy equivocada el perdonar retrasos en los pagos. Los pocos que están dispuestos a pagar se darán cuenta de que no se encuentran en mejores condiciones que los morosos, y eso, desde luego, no les animaría a pagar en lo venidero. Mi sistema es dar las tierras de los que no pagan a los que sí lo hacen y de este modo animar a estos últimos a pagar aún mejor que lo hicieron hasta entonces».

Y finalmente, John Brodrick, con la expresión de sus ojos algo más dura y las líneas de su rostro algo más firmes según iba pasando el tiempo, solía concluir su carta con alguna observación acerca de su familia.

«Pensamos cruzar la bahía a primeros de septiembre —decía aquella vez— y pasar el invierno como de costumbre en Lletharrog. Siento decirle que Henry continúa delicado todavía y nos preocupamos mucho por él. Parece que no puede curarse la tos, y el médico que le vio en Brighton le recomendó un clima más cálido. Tiene pensado irse a las Barbados hacia la misma fecha, o poco antes, que nosotros partamos para Lletharrog. John está bien, y tiene algunos galgos que declara que se estropearán si no corren antes de la próxima temporada, y piensa llevárselos a Duncroom cuando usted vuelva a casa. Me complace decirle que mis hijas gozan también de muy buena salud, y se unen a mí, mi estimado *Mr.* Lumley, para mandarle los mejores saludos...». Y después la rúbrica debajo de la firma, y la carta doblada y sellada, la entregaría a Tomás para que la llevase a Doonhaven, y así tendría cumplido un quehacer más, que inmediatamente quedaría borrado de su mente.

Cogió un bastón. Salió de la casa a dar una vuelta por sus fincas. Anduvo hacia la ensenada y observó el estado de la marea, vio el barco de John amarrado en la orilla, contempló el jardín acuático de Jane al lado del cobertizo, levantó su vista hacia el cielo para mirar en los altos al fondo y luego cruzó la ensenada hacia el cuartel de la Isla de Doon, y pasó por las aguas del puerto de Doonhaven hacia la altura de Monte Bravo. Luego, por detrás de la casa, al huerto, donde encontró a Bárbara hablando con el viejo Baird sobre el mejor método para tratar la nueva vid en el invernadero. Atravesando los bosques plantados por su abuelo, mientras el viento cantaba sus melodías entre los pinos y el oleaje sobre la playa, y siguiendo las estrechas y

tortuosas veredas que eran orgullo de Bárbara, llegó a la glorieta que había construido durante la primavera para Henry, que en aquel momento estaba allí sobre una hamaca, con Jane a su lado leyendo en voz alta.

Henry alzó la vista, sonriendo alegremente. Sus ojos brillaban de modo anormal; tenía una manchita rosada en cada mejilla; y su padre, que no sabía la delgadez del cuerpo tapado por la manta, pensó que ciertamente Henry estaba mejor.

—Aquí me tiene, *sir* —dijo Henry riendo—, haciendo, como de costumbre, mi reposo y holgazaneando imperdonablemente. Hasta tengo que confesarle que me quedé dormido a primera hora de la tarde, y creo que estaría durmiendo todavía si Jane no se hubiese deslizado subrepticamente y se hubiese puesto a leerme versos.

—No, Henry, no eres justo —reprobó Jane—. Vine a petición especial tuya y no estabas dormido, sino echado, con las manos detrás de la cabera y con una gran expresión de cansancio. Bien quisiera que hubieses estado durmiendo. El doctor Armstrong dijo a John que por mucho reposo que tenga nunca será excesivo.

—Willie Armstrong es una vieja solterona —dijo Henry—. Arma mucho ruido acerca de mí, como si yo fuera un niño y no un bigardo con una salud excelente, aunque de momento esté pasando una temporada mediana por la tontería de pescar un catarro maligno el invierno pasado. ¡Ya verás cuando vuelva de las Barbados! Creo que me haré tatuajes y me dejaré crecer una barba rizada. ¿Va usted de paseo, *sir*? Permítame acompañarle; ya he reposado bastante.

Y para demostrar cómo despreciaba su debilidad, echó a un lado la manta y se levantó tarareando una canción alegremente, y en seguida empezó a hablar sobre cosas de la finca con su padre, que, cogiéndole del brazo, caminó con él por el bosque hacia la granja-hogar en el parque.

«Irán demasiado lejos, y padre estará tan distraído hablando con él, que no se acordará —pensó Jane—, y luego, esta noche, Henry estará tan agotado, que no comerá nada, y Bárbara se preocupará mucho, y cuando mire desde mi dormitorio algún tiempo después de media noche veré luz por la rendija de la puerta de Henry y sabré que está despierto otra vez».

Quedóse sentada en la glorieta, debajo de la hamaca, vacía, de su hermano, preguntándose cuáles habrían sido sus pensamientos durante toda la primavera y todo el verano, echado allí día tras día, después de levantarse de la cama por primera vez, al mejorar de su enfermedad.

Henry, a quien tanto gustaba la actividad, la discusión, la gente y los viajes, se veía obligado a vivir sin todo ello y sin ni siquiera la fuerza necesaria para poder ayudar a su padre en el negocio de la mina. Cualquiera otra persona, menos Henry, hubiera llegado a desesperarse en aquella situación; se hubiera mostrado desasosegado e irritable. Pero si él experimentaba tales alteraciones, no las mostraba. Tenía siempre una sonrisa para cada uno de la familia, gastaba bromas, hacía alguna observación divertida y estaba lleno de proyectos de que lo haría todo en cuanto se hubiese de nuevo restablecido; hablaba de las fiestas y bailes que iban a celebrar.

—Iremos al campo por lo menos una vez más —había dicho aquella misma tarde — antes de que salga para las Barbados; llevaremos los caballos e iremos al lago de Monte Bravo, como solíamos hacerlo cuando éramos niños; y nos acompañarán Willie Armstrong y el joven Dickie Fox, de la guarnición (no te ruborices, Jane), y Fanny-Rosa Flower, si *Mrs. White* lo permite, y su hermano Bob, si está con permiso de su regimiento todavía, y todos nos divertiremos y nadie estará enfermo, ni triste, ni preocupado.

La excitación y placer que el proyecto le causaba provocaron un ataque de tos; y vivida, horriblemente, Jane se acordó de la noche del alboroto de la mina y de Henry, de pie en la biblioteca, temblando de frío con las ropas mojadas. Bien, todo esto ya había acabado. Ya no robarían, ya no habría luchas, y Morty Donovan ya estaba muerto. Sam Donovan, su hijo, había vendido la granja y tenía una tienda en Doonhaven. ¡Cómo se hubiera puesto el pobre viejo altivo! Hubiera considerado una deshonra que un Donovan tuviese una tienda. El otro hermano vivía muy pobremente en la carretera de Denmare. Tenía unos cuantos cerdos y una vaca y vendía *whisky* sin licencia. No, los Donovans ya nunca molestarían a ninguno, de los Brodricks. La mina prosperaría y otra nueva había sido sondeada; habían empleado más obreros que nunca. Todo marchaba a pedir de boca. Todos serían felices si no fuera por la preocupación de Henry, Jane sintió un leve escalofrío. De pronto quedó la glorieta muy abandonada sin la presencia de Henry, como si ya se hubiese marchado a las Barbados y el sol no luciese ya a través de los árboles. «Deberían podarlos —pensaba—. Un día cerrarían por completo la glorieta y entonces no podría entrar ni un rayo de sol». Y recogiendo su libro de poesías, las almohadas y la manta, bajó por el jardín hacia la casa.

Cuando se hallaba en el declive sobre Clonmere vio a John y al doctor Armstrong amarrando el barco en la ensenada. Habían ido a la Isla de Doon para ejercitar a los galgos de John. John tenía la vista levantada y reía; su negro pelo caía sobre su cara, y al ver a Jane, la saludó con la mano. Los perros estaban atados por parejas y estaban en el barco de pie, temblando de frío y tirando de la correa que les sujetaba, ansiosos de saltar a la playa. La gran copa de plata que habían ganado durante la última temporada era el orgullo de John y estaba en el aparador del comedor. Se la había enseñado a Fanny-Rosa Flower cuando vino con su padre y hermano a preguntar por la salud de Henry; y Jane se había divertido interiormente cuando Fanny-Rosa la dijo con gran seriedad que John debería poner sus armas de familia sobre la copa para darla más empaque y que también debería poner los escudos de armas de los Brodricks sobre las mantas de los perros.

El pobre John se había quedado sentado y abatido silenciosamente, mientras Fanny-Rosa tomaba el té mirándole de reojo, y Jane se preguntaba qué sería verdaderamente sincero de cuanto Fanny-Rosa había dicho y qué otra parte sería un poco de inconsciente vanidad heredada de su madre, y cómo todo ello era una broma deliberada para divertirse y provocar a John.

«¡Qué hermosa es! —pensó Jane— y qué divertida su compañía, y qué raro que el doctor Armstrong hubiese estado en Clonmere al mismo tiempo, y que hubiese dicho tan convencido, después de la marcha de los Flowers, que Fanny-Rosa era demasiado estrepitosa e inquieta para gusto suyo, y que había en ella una vena de despreocupación que no se debía meramente a su juventud, sino que la tenía en la sangre».

—Entonces, ¿qué tipo de mujer admira usted? —había preguntado Jane con toda inocencia—. Y él había correspondido a su mirada con gran seriedad, como si quisiera decir algo, pero no lo había hecho; y en cambio dijo que los médicos no podían, por su profesión, admirar a las personas, por si acaso llegaban a ser sus pacientes, y que dejaba que Dickie Fox y los jóvenes oficiales de la Isla de Doon lo admirasen todo en nombre suyo.

Todo esto pasaba por la imaginación de Jane mientras miraba a su hermano y al médico, que salían del barco con los perros, y se preguntaba qué diría el doctor Armstrong si supiera que el libro de poesías que tenía en su mano en aquel momento se lo había mandado desde la guarnición el teniente Fox, con una página señalada en particular con una cruz, donde había escrito un poema de amor por un poeta de la época de la Reina Isabel, titulado «Al entrar en el *boudoir* de mi dama». Quizá lo encontraría chocante.

Y ahora era Elisa la que estaba asomada a la ventana de su dormitorio llamando a Thomas, que había tocado la campana para vestirse y sólo faltaba un cuarto de hora para la cena, y que si John y el doctor Armstrong iban a llevar los perros a las perreras llegarían tarde y el padre se enfadaría.

El padre bajaba por los bosques en aquel momento con Henry apoyado en su brazo, y Bárbara se había unido a ellos desde el jardín amurallado, llevando una cesta de melocotones en su brazo. La fruta estaba caliente del sol todavía, y Jane se daba cuenta de una extraña sensación de felicidad, de seguridad. «Todos están aquí —pensaba—, toda la familia sonriendo y charlando contentos los unos con los otros; la cena estará sobre la mesa pronto». Tomás entró desde la cocina con la bandeja; las puertas y ventanas del castillo estaban abiertas, recogiendo los últimos rayos del sol antes de que se escondiese entre los árboles hacia el Poniente. ¡Si Dios quisiera que estos momentos durasen algo más, que durasen siempre, y que no hubiera que hacer equipajes, ni irse, ni cubrir los muebles con fundas, ni cerrar las persianas y embarcarse en el vapor de Slane en una fría mañana de otoño, con invierno por delante que podría traer incertidumbre y mudanzas!

Así transcurrieron los largos días de agosto y llegó septiembre precoz y rápido con los preparativos para el viaje de Henry hacia las Barbados. Habían decidido que saliese de Doonhaven en el barco de su padre, el *Henrietta*, que iba a salir con su carga hacia Bronsea, y desde allí Henry iría a Liverpool a embarcarse para las Indias Occidentales.

Ya parecía estar mejor, más fuerte y menos atacada por la tos, y en el mismo día

de su salida se hizo la prometida excursión a Monte Bravo. El día estuvo desde por la mañana con los bellos resplandores de los últimos días de verano, y cuando la pequeña cabalgata salía de Clonmere (Henry iba en coche, conducido por Tim, el mozo de cuadra, vestido de librea) la cumbre de Monte Bravo resplandecía bajo el sol, prometiendo un césped cálido, un brezal perfumado, alegres libélulas pululando por las pacíficas aguas del lago de grandes rocas, y piedras cubiertas de líquenes reposando bajo un cielo azul.

Subían por la loma occidental de la colina lejos de la mina, y entonces, cuando el camino se acabó, el carruaje no podía seguir, y John se apeó y cedió el caballo a su hermano, ayudándole a montar, mientras que Tim, cargado con las cestas de la merienda, se tambaleaba detrás. ¡Qué admirable reunión! Bárbara llevaba una inmensa sombrilla para librarse de las moscas, y Elisa, materiales de dibujo, taburete y portalienzos, pues presumía de acuarelista, y Jane, dos volúmenes de poesías, escoltadas por ambos lados por dos jóvenes oficiales de la guarnición, el teniente Fox y el teniente Davies. Este último había sido invitado como pareja para Elisa, pero por lo visto no se cuidaba de sus deberes; y el doctor Armstrong, llevando del diestro al caballo que montaba Henry e indicando un camino mientras que John proponía otro; y Bob Flower, que era capitán de Dragones y se consideraba un tanto superior a los jóvenes oficiales de la guarnición, y finalmente Fanny-Rosa, que mantenía a todo el grupo, y a John muy especialmente, en un frenesí de ansiedad, porque iba a distancia de los demás llevando el caballo por lo más escabroso del terreno, y cuando la llamaban la atención, se encogía de hombros y no les hacía caso. Por fin llegaron al lago con satisfacción general. Bárbara atendió entonces a sacar la comida y extender las mantas por si la tierra estaba húmeda, lo que desde luego no sucedía, y vio que Henry no daba muestras de fatiga al echarse boca arriba cerrando los ojos y que parecía tranquilo y feliz.

Fanny-Rosa trepaba a una roca para divisar la mejor vista de la bahía, y alzaba las faldas por encima de las rodillas para moverse más ágilmente, y John, que quería estar a su lado, la miraba contrariado, pensando que si se iba con ella, los otros lo observarían, e imaginarían que él lo hacía porque ella estaba enseñando las piernas de aquel modo descarado, lo que en cierto modo sería verdad y, sin embargo, no sería la verdad completa. Por no acertar a decidirse, seguía inmóvil y vacilante junto al lago, deseando no haber venido a la excursión, aunque sabía que si se hubiera quedado en casa hubiese estado sufriendo lo indecible; así que el día le resultaba mal de todos modos.

Jane había desaparecido con los dos jóvenes oficiales, y el doctor Armstrong, suspirando por algún motivo oculto, preguntó a Bárbara si quería que la ayudase a preparar la merienda.

—Ya lo creo —dijo, agradeciéndoselo con la entonación y deseando que no se sintiera mal (porque era raro en él aquel suspiro), y a la vez preguntándose qué habría sido de una docena de empanadas de jamón que ella misma había preparado y metido

en la cesta. Si se habían perdido, entonces no había suficiente pollo, y se vería obligada a prevenir a los de la familia que comieran escalopes y dejaran el pollo para los convidados.

Elisa, algo sofocada y con el ceño fruncido, se acercó a su hermana.

—Quisiera que hablases a Jane —dijo en voz baja y enojada—. Se ha ido por detrás de una roca con los dos tenientes. Es una inconveniencia. No sé qué pensará el capitán Flower de ella.

Bárbara continuaba todavía buscando las empanadas de jamón, y contestó impaciente que «el capitán Flower haría mejor en cuidar de su hermana, y que, sin duda alguna, Jane y los dos jóvenes oficiales estarían cazando mariposas».

Elisa hizo un mohín de disgusto, diciendo que había bastantes mariposas por todos los lados, sin necesidad de ocultarse detrás de las rocas, y, respecto a aquel teniente Davies, no podía imaginarse por qué le habían convidado a esta excursión; era una persona odiosa, y su risa demasiado estrepitosa, y de seguro ella no aguantaría que él mirase cuando estuviese pintando, pues no era más que un estorbo.

—Quizá ni siquiera se le ocurra, mujer —dijo Bárbara distraídamente—. Y ¡ay, qué gusto! Aquí están las empanadas de jamón; se acordaba ahora que las había envuelto en una servilleta para que conservasen mejor el calor.

—¿Querría hacerme el favor de avisar a todos que la comida está ya preparada? —dijo al doctor Armstrong, que inmediatamente marchó a la caza de Jane, y los oficiales y todos volvieron en seguida, y el doctor y los oficiales se miraban mutuamente como fox-terriers recelosos, mientras Jane, tranquila y recatada, miraba a los tres indistintamente.

—¡Qué delicioso está esto, y qué bien me encuentro, y qué tontería la de\_ aquel colega suyo, Willie, de mandarme a las Barbados! —dijo Henry alegremente, sentándose, contemplando la comida—. Bárbara, me estoy muriendo de hambre. Dos empanadas de jamón, por favor.

Y pronto se reunió todo el grupo, dando buena cuenta del pollo, de las empanadas de jamón y de todo, como si no hubieran comido en su vida.

Fanny-Rosa se sentó con las piernas cruzadas a estilo árabe, y John pensaba si era él el único que se había dado cuenta de que sus pies estaban desnudos debajo del vestido; podía ver los deditos que asomaban. Se había sentado al lado de Henry, diciéndole que era el sultán de ésta orgía y que ella misma era la esclava destinada a servirle.

—¡Qué divertido sería si efectivamente fuese así! —dijo Henry haciéndole una burlona inclinación de cabeza—. ¿Quiere usted que le traiga unos brazaletes de oro desde las Indias Occidentales, o prefiere unos pendientes? Las esclavas siempre llevan esas cosas; ya sabe que son señal de sumisión.

—Sí, por favor —rogó Fanny-Rosa—, y un tamboril también, y entonces podré bailar para usted.

John hubiera querido hablar también tan fácilmente y de un modo tan divertido.

Suponía que Henry había aprendido este arte en el continente, y que desde luego también Fanny-Rosa.

—Si las Barbados resultan aburridas —dijo Fanny-Rosa—, entonces debería usted regresar y reunirse con nosotros en Nápoles. He decidido irrevocablemente irme a Nápoles este invierno.

—Padre y madre no me han hablado de Italia —interrumpió su hermano—. Me parece poco verosímil ese proyecto.

—Tú estarás con tu regimiento, y no tienes nada que ver en este asunto —dijo Fanny-Rosa—. Si yo me decido por alguna cosa, padre y madre me obedecerán. Iremos a Nápoles y contemplaremos al Vesubio; escucharemos la música que deleitará a padre, que se pondrá sentimental, y beberá más de lo que conviene, y compraremos una porción de trajes, y me vestiré de napolitana, y llevaremos flores detrás de las orejas, y le tiraremos besos a Henry desde un balcón.

—No le haga usted caso —dijo el capitán Flower—; lamento decirles que mis dos hermanas están completamente chifladas. Matilde, la menor, es aún peor que Fanny-Rosa; se pasa todo el día en los establos, ahora que no tenemos institutriz en casa. El castillo de Andriff es como una casa de locos.

—¡Pobre Mrs. Flower! —dijo Bárbara—. Debiera usted tratar de ayudarla, Fanny-Rosa, y dar un buen ejemplo a Matilde. Jane me ayuda muchísimo, y es casi tres años más joven que usted.

—¡Ah!; pero Jane siempre está pensando en otras cosas, Miss Brodrick —dijo Fanny-Rosa—, y yo sólo pienso en mí misma. «Diviértete mientras puedas», es lo que me dijo papá ayer: «Antes de que acabe el año podemos estar muertos».

—Por cierto que es verdad —dijo Henry—; pero antes de que suceda esto hemos de reunirnos en Nápoles.

Y así continuaron durante la comida, riendo, bromeando y haciendo proyectos, mientras John se llevaba a la boca furiosamente unas lonchas de jamón, pensando en Lincolns Inn y sus tétricas habitaciones, y las grises y húmedas nieblas del mes de diciembre, que no se parecían al soleado Nápoles y sus balcones.

Después de la comida hubo más conversación; luego, suspiros, bostezos y una sensación de que todo el mundo debía hacer lo que le agradara. Henry descansaba a la sombra de una peña; Bárbara, a su lado, bajo su sombrilla, y Jane, con los jóvenes oficiales, leía poesías tras un matorral; Elisa se había puesto a pintar bajo un chaparro, a través del cual atisbaba de vez en cuando al teniente Davies, mientras se decía que era un hombre que no tenía nada de particular, y luego volvía los ojos a su lienzo, en el que estaba esbozando el lejano puerto de Doonhaven. Bob Flower dormía y roncaba sonoramente, lo que, pensaba Elisa, era una falta de educación; y, además, debía haberse preocupado de su hermana, que había desaparecido.

John, mientras tanto, con cara de aburrido, tiraba chinitas al lago. Había sido tonto no trayendo su caña de pescar. Vio una trucha en medio del lago, y echó a andar por la orilla hacia el otro extremo del lago, donde no se veía el grupo de

excursionistas. ¡Qué tibio, qué tranquilo y qué callado estaba aquel lugar! Nadie imaginaría que a tres millas apenas hacia el Este se alzaban las altas y feas chimeneas de la mina de su padre. El blando musgo se hundía bajo sus pies y percibía el olor de las frías aguas del lago y el suave perfume del brezo. ¡Pobre Henry!, pensó; esto es lo que quisiera él, estarse aquí con esta brisa suave, y no echado allí bajo una manta, con la cabeza reclinada contra el brazo.

Un chapoteo más sonoro que los demás llegó a su oído; debía de haber truchas muy grandes en el lago, y subió por una peña para ver mejor a los peces; y ¡Dios mío!, no era ningún pez, sino Fanny-Rosa, completamente desnuda, con el pelo cayendo sobre sus hombros, andando entre el agua, que apartaba a los lados con las manos.

Se volvió y le vio; pero en lugar de gritar apurada y vergonzosa, como hubiesen hecho sus hermanas, le miraba sonriendo, y le dijo:

—¿Por qué no entra usted también? ¡Está tan fresquita y deliciosa el agua...!

John sintió que su cara se encendía y su frente se llenó de sudor. No dijo nada; se volvió y, rápidamente, caminó en sentido opuesto, hasta que, al tropezar con una madriguera, se cayó de lado en un matorral, y, maldiciendo y blasfemando, se frotaba el tobillo lastimado, mientras una alondra se elevó delante de él y se fue a detener en la copa de un árbol, entonando su canción de libertad.

Luego —debían haber pasado horas, pensó; no le importaba— oyó a alguien venir y sentarse a su lado, y, volviéndose, vio a Fanny-Rosa, ya vestida; su cara enardecida por el efecto del baño y el cabello mojado cayendo sobre sus hombros.

—¿Me cree usted una desvergonzada? —dijo suavemente—. ¿Le parezco odiosa?

—¡Oh, no! —contestó rápidamente John, envolviéndola con sus ojos—. Usted no me comprende. Me fui porque es usted tan adorable...

Y tartamudeó, y no pudo decir más, porque ella le estaba sonriendo, y la sonrisa era algo superior a sus fuerzas.

—No se lo diré a *Miss Brodrick*, ¿verdad? —rogó ella—. Nunca más me convidaría a Clonmere, y, además, podría escribir a mi madre contándoselo.

—Yo nunca lo contaré a nadie —dijo John. Quedaron silenciosos, y ella empezó a arrancar la hierba con sus manos pequeñas y delicadas. Las puso luego junto a las de John en contraste; y con voz apagada, tranquila, le dijo:

—Creo que está muy enfadado conmigo.

—¿Enfadado? —dijo John—. Fanny-Rosa, ¿cómo es posible que nadie se enfade con usted?

De pronto él la tenía abrazada, y ella estaba echada sobre la hierba, con los ojos cerrados, y John la besaba apasionadamente.

Después de un rato, Fanny-Rosa abrió los ojos; pero no le miró a él. Miró a la alondra que volaba en la altura; y luego alzó la mano y la puso en la mejilla, en la boca, en el pelo de John, mientras le decía:

—Tenías ganas de besarme desde hace mucho tiempo, ¿verdad?



—Desde hace diez meses —contestó John—. No he pensado en otra cosa desde entonces.

—¿Te has desilusionado ahora, después de haberlo hecho? —le preguntó.

—No —dijo él; y hubiera querido poder decirle algo de la plenitud de su corazón; algo de la ternura que sentía por ella; algo del anhelo que inundaba todo su ser. Pero las palabras eran tan difíciles; no podía concertarlas; sólo podía mirarla, contemplarla echada sobre el brezo y sufrir y adorarla.

—Pensaba —dijo ella— que sólo tenías cariño a tus galgos.

Y le tendió las manos para que la besase los dedos uno tras otro.

—Aquel día que viniste a Andriff —le dijo Fanny-Rosa— en el invierno, ¿te acuerdas?, parecías tú el más jovial, mientras tu hermano era más serio. Pero ahora que conozco mejor a los dos, creo que es todo lo contrario. Henry es alegre y tú eres grave.

Cuando Fanny-Rosa habló de Henry, sintió John instantánea punzada de celos; recordó cómo ella había reído y flirteado con su hermano durante la comida, y a él no le había mirado para nada. La evocación penetró sinuosa en su mente, y se sentó mirando a través de la colina a la alondra que había estado cantando en lo alto, que bajaba a tierra y se escondía entre el brezal.

—¿Te gusta Henry, verdad? —dijo—. Todo el mundo le quiere.

—Me gustáis los dos —dijo ella.

A lo lejos se oían las voces de la gente llamándoles, y Fanny-Rosa hizo una mueca de disgusto.

—Están preguntándose qué nos ha podido ocurrir —dijo ella—; tal vez será mejor que volvamos.

Se levantó y arregló su vestido, tarareando una canción, mientras John la miraba con el corazón dolorido, pensando cuán poco adivinaba ella sus sentimientos y cuán loco le creería si lo supiera. La había tenido entre sus brazos y la había besado, y esto era ya para él una cosa de tan inmensa magnitud, que sabía con toda certeza que de ahora en adelante su vida estaría iluminada por lo que había sucedido aquella tarde. Nunca se olvidaría de su cuerpo desnudo en el agua; nunca se borraría la emoción del contacto de sus manos y de sus labios cuando estaba echada sobre el brezal.

Pero para Fanny-Rosa no había sido nada más que un intermedio, un instante divertido después del baño, y él, adorándola, se preguntaba si hubiera hecho lo mismo con su hermano Henry o con Willie Armstrong o los jóvenes oficiales de la Isla de Doon. Ella le dio la mano, como una niña, como solía hacerlo Jane, y le llevó, a través de la colina, hacia el lago; y mientras caminaban le contaba cosas tontas acerca de Simón Flower y sus vecinos —cómo él les había dado *whisky* a todos durante unas Navidades, mandándoles a casa a todos borrachos—, y él contemplaba el perfil delicioso y la nube de sus cabellos castaños, y la felicidad que con esto experimentaba era muy penetrante y de dulce amargor.

Fanny-Rosa soltó la mano cuando llegaron a la vista de los demás. Y aquí termina

todo, pensó él; aquí terminó el día; ya no habrá nada más. En silencio, fue a ver a su caballo, lo ensilló y ayudó a Tim a hacerlo con los demás caballos; pues el reír y conversar como lo estaba haciendo Fanny-Rosa, hubiese sido inasequible para él. Todos le eran extraños en aquel momento; prefería estar solo o en la compañía del estólido Tim.

—¡Qué día tan hermoso ha hecho y qué bien lo he pasado! —decía Henry—. Todos tienen que venir a verme embarcar en el *Henrietta* y a darme el adiós de despedida.

Bajaron ahora por entre las piedras y el brezo hacia la vereda donde habían dejado el carruaje; entonces Fanny-Rosa el estribillo de una canción, y los demás la acompañaban; los jóvenes oficiales más alto que los otros. El resplandeciente cielo azul ya se había apagado, y era ahora el tranquilo manto de atardecer otoñal. Tenues nubéculas se habían agrupado sobre Monte Bravo. El hermoso día —pensaba Jane— ya toca a su fin, y detrás de nosotros dejamos al lago, a las rocas, al brezal; y nuestras voces ya no turbarán la tranquilidad del ambiente. Ya pertenecía el día al pasado, y era algo que podían recordar y decirse el uno al otro: «¿Se acuerda usted de aquello? ¿Se acuerda de cómo Henry reía y cantaba con Fanny-Rosa Flower?».

Así descendió el grupo hacia la carretera, y marchaba, bajando la colina, hacia Doonhaven. Y allí en la plaza hallábase Casey, otro hombre y el mozo de cuadra del castillo de Andriff, esperando a los caballos; todo el mundo desmontó; Henry caminó hacia el puerto, donde el *Henrietta* estaba anclado; los hombres estaban izando las velas y haciendo los preparativos para zarpar. En el muelle estaba el capitán Nicholson, que había dirigido la carga, y Copper John estaba a su lado, con el capitán del barco; Sonrió al ver aproximarse a su hijo, y, dirigiendo unas palabras a los demás, avanzó a recibirle.

—¿No te has cansado demasiado, hijo?

—No, *sir*, he pasado uno de los días más felices de mi vida —dijo Henry.

—Muy bien, me alegro. Es lo que todos habíamos deseado. Has venido en el momento justo; no queda tiempo para prolongadas despedidas. El capitán desea levar anclas tan pronto como te halles a bordo. El viento es muy favorable, y si se sostiene haréis un viaje muy rápido hasta Bronsea.

Besó Henry a sus hermanas; dio la mano a su hermano y a sus amigos, y cada uno fue diciendo las palabras habituales a estas ocasiones.

—Tráenos a todos un chal de las Barbados, Henry —dijo Elisa—. No te olvides de la medicina para la tos, querido —dijo Bárbara, mientras que los dos tenientes le recomendaban que no perdiera su corazón con las damas indígenas—. Ponte bien pronto, hijo mío; es lo único que me interesa a mí —dijo su padre. Y Henry se volvió y bajó por los escalones al bote que le esperaba para conducirlo hasta el *Henrietta*. Se colocó en la popa del barco, saludando con su sombrero con el rostro lleno de alegría.

—Nos encontraremos en Nápoles —gritó a Fanny-Rosa—. Está prometido, ¿verdad?

Inclinó ella la cabeza, sonriente.

—Le estaré esperando en el balcón.

Miraron hasta que el bote llegó al costado del barco y Henry con el capitán subió a bordo. Casi inmediatamente hubo mucha actividad y bullicio; el contraamaestre daba órdenes desde la cubierta, y se oyó el chirrido de los molinetes para elevar el ancla.

—No esperemos más tiempo —dijo Jane de pronto—. No me gusta ver un barco zarpar del puerto. Hay siempre en ello tanto de cosa acabada, de final...

—Ahí está su hermano —dijo Fanny-Rosa—. Mire cómo se vuelve para acá y está gritándonos algo.

—En vano —dijo Copper John—; el viento se lleva su voz y el sonido de los molinetes... Vamos, Jane tiene razón. Para qué quedarse aquí más tiempo. Lo mismo podemos ver el barco desde Clonmere, si nos vamos hacia el extremo de la ensenada.

Un perro se atravesó entre sus piernas cuando se volvía, y casi le hizo caer sobre los guijarros. Juró iracundamente y le pegó con su garrote, alcanzándole fuertemente en el lomo de manera que el perro, aullando y cojeando, corrió hacia la puerta de la tienda de su dueño.

—Cúidese de su animal —le gritó Copper John cuando salió a la puerta de la tienda enfurecido y presto para entrar en riña.

Cuando Copper John vio quién era, le volvió la espalda y se encaminó desde el muelle en dirección a la plaza del mercado, adonde le seguían su hijo e hijas. Y el hombre miró a aquel grupo con expresión de hosco resentimiento, y se agachó después para examinar al maltratado perro, murmurando entre dientes, al tiempo que se agrupaba la gente alrededor de él interrogándole y dándole consejos.

—¡Qué lamentable! —cuchicheó Bárbara, ruborizada—. ¿Has visto?

—Sí —dijo Jane lentamente—. Sí; era Sam Donovan.

Mirando por encima de su hombro, vio a el *Henrietta*, tomando velocidad sobre las aguas, y cómo los remolcadores la conducían hacia en medio del canal y cómo las velas se abrieron al viento.

Su padre no hizo ninguna referencia al incidente.

Ayudó a Fanny-Rosa a montar en su caballo; cambió alguna que otra palabra con Bob Flower, dándole un recado para cuando Robert Lumley, su abuelo, hiciera su próxima visita a Duncroom. El doctor Armstrong y los oficiales se dieron la mano y partieron; los Flowers cabalgaron colina arriba sobre la carretera hacia Andriff y los Brodricks, montados en el carruaje de su padre, se dirigieron a su casa de Clonmere. Habíase ya escondido el sol detrás de los árboles y el castillo y la ensenada hallábanse envueltos en sombras.

Se pararon un poco sobre la calzada, mirando al *Henrietta* en lontananza, y después el barco desapareció detrás de la Isla de Doon.

Lentamente entró Copper John en su casa, con las manos detrás de las espaldas y pensativo. Bárbara y Elisa le siguieron; sólo Jane y John caminaron hacia el lejano extremo de la finca, donde el último abeto extendía sus ramas por encima del mar, y

miraron por encima de las aguas del ancho puerto hacia el último resplandor del sol, que jugaba sobre Monte Bravo.

—Quisiera que no hubiese sucedido —dijo Jane.

—¿A qué te refieres? —dijo John.

—Quisiera que padre no hubiera pegado al perro de Sam Donovan.

—¡Oh!, eso... Sí, eso me ha dejado un recuerdo amargo de este día; yo quisiera haber examinado al perro, pero hubiera sido inútil pretenderlo. Mi padre se hubiera enfadado y Sam Donovan lo hubiera interpretado mal.

—No hubieras podido hacer nada. Sólo quisiera que no hubiera ocurrido... ¿Tú crees en verdad que las Barbados servirán para curar a Henry?

—Estoy completamente convencido. Estará en Nápoles en primavera. ¿No le has oído decírselo a Fanny-Rosa?

Se volvió John y empezó a caminar hacia la casa.

Jane le llevó del brazo. Ambos andaban silenciosos. Ambos pensaban en Henry. Jane se acordó de su alegre sonrisa, su risa, su adiós con la mano desde el bote, cuando se alejaba desde el muelle en dirección hacia el *Henrietta*, y pensaba que parte de su actitud podría ser espontánea y natural, cual podría ser fingida, para ocultar, con una máscara, la enfermedad a su familia y a sí mismo. John sólo veía un balcón en Nápoles, y en ese balcón una muchacha, Fanny-Rosa, que tenía una flor en la oreja y se la echaba a Henry. Quizá hubiese lagos en los cerros de detrás de Nápoles, como el lago de Monte Bravo. Quizá, también, se bañase allí Fanny-Rosa y mostrase su belleza a Henry, Quizá pasease con él, cogidos de la mano, y después se echara en el suelo y le dejase besarla. Henry, que era mucho más digno de ella que él, que era hábil, que era encantador, que era mejor en todos los aspectos. Henry, que estaba enfermo... Los celos que le poseían eran tan ignominiosos y bajos, que estaba lleno de odio hacia sí mismo y sus pensamientos. Tenía gran cariño a su hermano, y le envidiaba, sin embargo; una mirada, una sonrisa, un contacto de Fanny-Rosa, aun cuando esa mirada y esa sonrisa llevaran algunas semanas de alegría, de olvido, a un enfermo, quizá a un moribundo. No solamente envidiaba, sino que odiaba. Y que Henry pensara en Fanny-Rosa, aun en un momento aislado, de ensueño, era algo tan monstruoso y condenable, que Jane, viendo a John pálido y con los ojos ardientes, se sobresaltó y tuvo miedo, y dijo:

—¿Qué te pasa? ¿Estás malo?

—No —dijo él—, no es nada.

Dudó ella un momento y después se metió en la casa, y John, mirando a las ventanas de Clonmere, vio que estaban encendidas las velas, y corriendo las cortinas, y que la noche había llegado, y le pareció que nada tenía importancia en el mundo ni nunca la tendría, sino el anhelo que sentía por Fanny-Rosa, y que sería capaz de ser perjuro, y de ser asesino, y darse al diablo, con tal de tenerla esperándole arriba, en su cuarto de la torre; esperándole a él, John Brodrick, y no a Henry.

El otoño de 1827 fue excepcionalmente cruel para Copper John. El tiempo era tan duro y tormentoso, que los embarques de mineral de Doonhaven a Bronsea fueron del todo imposibles durante noviembre, y la mina nueva que había sido explorada resultó ser de menos utilidad que lo que se había esperado. En primer lugar, el capitán Nicholson había profundizado demasiado, y había alcanzado un nivel donde la cantidad de agua hacía el trabajo completamente impracticable, a pesar de la nueva bomba, montada a costa de varios centenares de libras. Se decidió, por tanto, abandonar aquel sitio y realizar sondeos un poco más al Este, y aquí, aunque los resultados justificaron inmediatamente el experimento, el terreno era tan rocoso, que no había una pulgada que pudiese ser trabajada sin el empleo de pólvora. También aquí fueron considerables los gastos. Una orden del Consejo era obligatoria para cada onza de pólvora importada en el país, y Copper John tenía que guardar sus barriles almacenados en el polvorín de la guarnición de la Isla de Doon, y tenía que firmar un impreso cada vez que se traía un nuevo barril a través del puerto. Además, el precio del cobre, que había estado excepcionalmente alto, bajó bastante. Las grandes compañías de fundición de Bronsea podían imponer muy bien sus propias condiciones, y Copper John era de opinión que haría bien en colocar parte de su producción por medio de un contrato privado.

Duras heladas sucedieron a los vientos fríos de noviembre, y esto trajo nuevas dificultades al dueño de Clonmere, pues la cosecha de patatas se había perdido en su mayor parte, y muchos de sus colonos estaban en camino de la inanición. Bajo tales circunstancias, se vio obligado a decir a Ned Brodrick que fuese benigno con las rentas semestrales, y aquellos colonos que estaban en mejor situación que sus vecinos se aprovecharon de esto y retuvieron sus pagos. Las disputas inevitables entre un colono y otro, que parecían arraigadas en el carácter de las gentes, estallaron, y Copper John, después de una conferencia de todo un día en la mina, volvía a Clonmere para encontrarse con algún cuento ridículo de su cachicán, que no tenía razón de ser, y sobre el que se esperaba que pronunciase su juicio.

Era un poco duro, pensaba, que fuese él el único en la vecindad en tomar medidas severas, y que no recibiera gracias ni ayuda de los propietarios colindantes. Robert Lumley rara vez estaba en Duncroom, y cuando estaba era sólo para bajar en coche a Doonhaven y repasar las cuentas de la mina, quejándose de su porcentaje. El Conde de Denmare nunca estaba en el país, excepto para pescar salmones, y Lord Mundy, en aquellos días, era casi un inválido y estaba en malas condiciones para ocuparse de asuntos locales. En cuanto a Simón Flower, era completamente inútil recurrir a él para ninguna cuestión. Un hombre que bebe en sus establos con sus mozos de cuadra, y aun sentándose a beber con ellos en el salón cuando su mujer estaba acostada —así se decía—, no servía de nada para defender la verdad y la justicia. Además, los Flowers estaban en el extranjero, en Italia. Henry les había encontrado en Florencia, y

tenía idea de reunirse con ellos en Nápoles, lo que su padre creía era desperdiciar el tiempo. El viaje a las Barbados le había hecho muchísimo bien, según escribía a su familia. Desde luego tosía menos, y su padre no debía preocuparse por él en modo alguno. No tenía duda de que algunos meses en Italia le devolverían por completo la salud.

Fue a mediados de abril cuando Copper John, mientras pasaba la Pascua de Resurrección en Lletharrog con sus hijas, decidió abandonar su plan de volver a finales del mes a Doonhaven, donde la mina nueva estaba dando excelentes resultados, y en vez de ello irse a Italia. La decisión la tomó después de que Bárbara había recibido durante el almuerzo una carta de una amiga, una tal *Miss Lucy Mallet*, escrita desde París, donde, con su padre, había alquilado un piso. «Acabamos de llegar de Italia —decía—, habiendo estado en Roma y también en Nápoles, donde tuvimos el placer de encontrar a su hermano, en compañía de algunos amigos de ustedes, *Mr.* y *Mrs.* Flower y su hija. Mi madre y yo sentimos mucho enterarnos de lo enfermo que ha estado su hermano, verdaderamente tenía muy mal aspecto cuando le vimos nosotras, y ha estado en cama toda la semana, según nos informó *Mrs.* Flower...». La carta continuaba con una descripción de las vistas de Italia, que Copper John no se molestó en leer. Se quedó mirando ante sí, repiqueteando con los dedos en la mesa, pálido y serio. Sus hijas estaban sentadas a su lado.

—Iré yo mismo a Italia —dijo al fin—. He estado un poco preocupado por Henry todo el invierno, y ahora estas noticias me deciden.

—¿No podemos ir con usted? —dijo Bárbara.

—No, querida; preferiría ir solo. Es extraordinario que no hayamos sabido de la salud de Henry por los Flowers mismos, si tanto está con ellos. Simón Flower no escribiría; pero *Mrs.* Flower no carece por completo de sentido común.

—Sin duda alguna no quiso que nos preocupásemos ninguno de nosotros —dijo Bárbara—; y quizá Henry ni aun ante ellos dio importancia a su enfermedad.

—Es muy posible —dijo Elisa— que Lucy Mallet haya exagerado. No ha visto a Henry en dos o tres años, y a cualquiera le llamaría la atención su aspecto actual, comparado con lo que era. Sus cartas parecen siempre bastante alegres, y hasta en su carta a Jane de antes de Pascua hablaba de tomar parte en una fiesta de Carnaval.

—Y probablemente rebasó sus fuerzas al hacerlo —dijo su padre—. No, estoy completamente resuelto a ir a Italia, y espero salir a fines de la semana que viene.

Había esperado ver a Robert Lumley en Cheltenham; pero había que abandonar esa idea, y le vería a su regreso.

Consultó con Bárbara sobre si se debía o no informar a Henry del viaje proyectado y, finalmente, se decidió, contra la voluntad de ella, que no se le dijese nada y que el padre llegara a Nápoles como una completa sorpresa para su hijo. Sucedió que asuntos del negocio le obligaron, una vez más, a retrasar la fecha de partida, y hasta mayo no salió Copper John para el continente. Desechó la larga ruta marítima, y, por etapas, viajó a través de Francia e Italia, invirtiendo la mayor parte

de su viaje en anotar de memoria los beneficios y gastos de la mina de Monte Bravo, desde su comienzo en 1820 hasta el mes actual del año en curso. No hizo ningún caso del paisaje, encontró excesivo el calor, molestas las moscas, ladrones a las gentes y se preguntó cómo había alguien que perdiera el tiempo y el dinero en viajar por placer.

Cuando en la tercera semana de mayo descendió en Nápoles de la diligencia, sudando, cubierto de polvo e irritable, la primera persona con que tropezaron sus ojos fue Simón Flower, sentado en un café de la plaza, fumando un inmenso cigarro y entretenido con una señora italiana de dudosa respetabilidad. Simón Flower no pareció alterarse en lo más mínimo por la súbita aparición de un paisano vecino entre la multitud cosmopolita de Nápoles, y, llamándole con el sombrero, le hizo señas de que se acercase a sentarse.

—Mi querido amigo, qué encuentro más delicioso —dijo—. Esta señora no habla inglés; por tanto, no tiene importancia lo que diga delante de ella. Me alegro mucho de verle. ¿Qué demonios hace usted aquí?

Copper John, que consideraba a Simón Flower como una compañía de poco fuste, aun en los mejores momentos, y mucho más al final de un largo viaje, replicó brevemente que no tenía tiempo para sentarse, que iba inmediatamente camino del hotel donde estaba Henry y que quizá Simón Flower le podía encaminar.

—¿Henry? —preguntó el otro, boquiabierto—. Pero Henry hace quince días que se marchó de Nápoles.

Copper John se quedó un momento mirándole sin hablar. Se sentó entonces a la mesa; su sangre fría le abandonaba; estaban rotos sus planes en pedazos por la noticia que acababa de recibir. Aceptó la bebida que le ofrecían sin decir una palabra, y ni protestó cuando Simón Flower le obligó a tomar otra más.

—Mejor será que me diga —dijo al fin— lo que ha sucedido.

—Nada —dijo Simón Flower—, sino que ha hecho usted un largo viaje inútil. Sin duda se ha cruzado en el camino con Henry. No estaba muy bien, pobrecillo, y decidió marcharse a casa antes que este calor se hiciese demasiado fuerte para él. Lo mejor que puede hacer es coger la primera diligencia y seguirle por el camino que le ha traído. Pero quédese un par de noches en Nápoles. Le puedo prometer unas cuarenta y ocho horas divertidas. Si esta señorita trae una amiga... Conozco un par de sitios donde...

—¿Estaba Henry en muy mal estado de salud? —interrumpió Copper John—. Comprenda que yo y toda mi familia estamos extremadamente preocupados por él.

—Pues verá usted; en realidad, yo... Me cuesta trabajo pensar que... Tome otra copa. ¿No quiere? Es lo único que se puede hacer en este clima, le aseguro. Realmente, mi hija sabe más que yo sobre la salud de Henry. Salió con él, y la acompañó para ver la ciudad. Mejor es que pregunte a mi hija.

—¿Es probable que encuentre a *Mrs.* y a *Miss* Flower en su hotel?

—Sin duda. Generalmente descansan a esta hora del día. Por esto es por lo que aprovecho la oportunidad para venir aquí. Esta señorita no tiene el gusto de conocer a

mi esposa.

—Apenas había podido suponer otra cosa —dijo Copper John; y, levantándose, dio las buenas tardes a su vecino, afectando no ver a su acompañante, y dejando a la pareja con una chispa benigna y deliciosa. Brujuleó su camino por las animadas calles. Su alta y resuelta figura, sus anchas espaldas, su cuadrada mandíbula, llamaban la atención a muchos de los desocupados que empujaba a su paso, y se volvían y se quedaban mirándole. Finalmente, llegó al hotel que buscaba y envió su tarjeta a la habitación de *Mrs. Flower*.

Ésta le recibió con abundancia de excusas y agitación; las habitaciones eran de lo más insignificante; había habido el usual error con el gerente, y verdaderamente se sentía avergonzada; Simón era tan distraído en cuestiones de dinero, y el vestido no era apropiado para visitas; *Mr. Brodrick* debía excusarla. Sí, era verdad, Henry hacía dos semanas que se había ido; le habían visto con tanta frecuencia; Fanny-Rosa había estado tan contenta de su compañía; pero realmente no sabía ella cómo fue, pero el pobre muchacho se había excedido demasiado, parecía desmejorado y una mañana les dijo que se iba a casa; Fanny-Rosa se había contrariado mucho y dijo que estaba él celoso de un conde italiano —ya se sabe, las tonterías que dicen las muchachas—. No hay nada de verdad en ello desde luego, simplemente una tontería entre ellos; pero de todos modos sí parecía que Henry tosía, y había dejado Nápoles en un día de mucho calor, polvo por todas partes; no esperaba ella que el tiempo fuese más fresco en Francia; *Mr. Brodrick* seguramente le alcanzaría, porque tenía entendido que Henry no iba a darse mucha prisa en el viaje...

Se abrió la puerta, y Fanny-Rosa entró en el cuarto. Llevaba una mantilla de blonda sobre su cabello castaño, a la moda del país, y el mismo Copper John, que tenía poco tiempo para admirar, quedó sorprendido por el vivo color, los verdes ojos rasgados y la real belleza de la hija de Simón Flower, Pareció ella un poco sorprendida cuando vio al visitante de su madre, y se puso pálida.

—¿Qué pasa? ¿Ha sucedido algo? —preguntó.

—He venido en balde —replicó Copper John—. He venido a ver a Henry, y me dicen que se ha marchado y que está camino de casa. Tuvimos unas cartas de unas amigas nuestras, las Mallets, quienes encontraron a Henry aquí, y nos hablaban de lo mal que le habían encontrado, así, que abandoné mi plan de regresar a Clonmere y vine aquí. Podía haberme ahorrado la molestia.

Fanny-Rosa pareció tranquilizarse. Se sentó al lado de su madre y comenzó a jugar con el fleco de su vestido.

—Me parece que las festividades del Carnaval fueron un poco demasiado para Henry —dijo—. No parecía estar bien después. Estuvo en cama dos o tres días.

—Qué joven más encantador, *Mr. Brodrick* —dijo *Mrs. Flower*—; todos estábamos encantados con él. Debe de haber sido la última noche de Carnaval la que le agotó; él y Fanny-Rosa fueron a ver alguno de los desfiles, ¿no es eso, querida?, y volvieron muy tarde. Sé que me había metido en la cama y que estaba dormida



cuando viniste. Dios sabe lo que a tu padre le sucedió; no vino en toda la noche, pero al día siguiente fue cuando Henry se quedó en su habitación; ¿no es así, Fanny-Rosa?

—La verdad es que no me acuerdo —dijo su hija.

Hizo una pequeña inclinación a Copper John, le dio recuerdos para Henry cuando le viese, titubeó un momento y después salió del cuarto. Poco después, John Brodrick también se excusó y se fue. Vio que tenía tiempo para comer, descansar algunas horas y coger después la diligencia de regreso. Los Flowers no habían sido de mucha ayuda, consideró. Toda su actitud en el asunto era típica en ellos: eran tan descuidados y tan imprevisores aquí en Italia como lo eran en el castillo de Andriff, su casa. Era vergonzoso ver a un hombre de edad madura como él mismo, con familia, sentado en un café napolitano y bebiendo con una mujer equívoca, como había visto él a Simón Flower; y pensar que el dinero con que lo hacía, y que el poco afortunado propietario del hotel todavía no había visto, era, sin duda, un regalo del suegro de Simón Flower, Robert Lumley, como resultado de los beneficios del verano pasado de la mina de Monte Bravo. Él, John Brodrick, el Director, trabajaba diez horas al día para aumentar el rendimiento de la mina, de tal modo, que era quizá la mina mejor administrada del reino; y un vago que no valía para nada, un borrachín como Simón Flower, se aprovechaba de sus esfuerzos, tomando el sol en Nápoles.

Dejó Nápoles cansado y con el ánimo deprimido; y el tedioso viaje de regreso, sin certidumbre de encontrarse con su hijo, se le aparecía como una pesadilla. Pasó etapa tras etapa y ciudad tras ciudad, y en todo el camino a lo largo de la ruta preguntó por un joven rubio, de complexión débil, que parecía fatigado y posiblemente enfermo. Una o dos veces tuvo éxito. Sí, el personal del hotel en cuestión había visto a un joven que respondía a la descripción. Había pasado allí una noche, ocho o diez días antes. El joven caballero parecía muy cansado y tosía mucho. Había dado una carta para echar al correo. No, no se acordaba para quién. Para Inglaterra, no. Para unas señas de Nápoles, creían. Sin duda, el caballero con quien ahora hablaban alcanzaría pronto a su hijo... Y en el próximo pueblo, al oír la pregunta ponían cara de extrañeza y contestaban con un encogimiento de hombros y una expresión de sentimiento. No habían visto al joven descrito...

Era extraño, pensó Copper John, que los Flowers no mencionasen haber tenido noticias de Henry. Difícilmente habría escrito éste a alguna otra persona en Nápoles. Posiblemente la carta o cartas se habrían extraviado. Y Copper John siguió adelante, día tras día, en Francia. El calor era algo menos violento; pero el camino seguía polvoroso y agotador y el sol resplandecía desde un cielo azul intenso. En una tarde del 4 de junio la diligencia entró haciendo mucho ruido en el viejo pueblecito de Sens, a unas setenta millas al sudeste de París, y se paró ante el Hotel de l'Ecu. Mañana, pensó Copper John al bajar del vehículo, estaré en la capital, donde es más que seguro que lograré noticias de Henry. Sin duda, habría visitado a las Mallets, y

posiblemente podría estar alojado en su casa. Qué descanso sería haber hecho las tres cuartas partes del viaje y volver a casa juntos.

Fue al hotel, edificio vetusto, oscuro, mal ventilado y anticuado, y preguntó por el propietario. Llegó en seguida un hombre grande, con la cara redonda y jovial, y secándose la boca con el dorso de la mano, pues estaba en mitad de la cena. Copper John, en su francés torpe y vacilante, le hizo la inevitable pregunta. ¿Había pasado por el hotel un joven de complexión débil y rubio, que parecía estar fatigado o enfermo? A sus palabras, la expresión de la cara del dueño cambió instantáneamente. Puso la mano en el hombro de John Brodrick y prorrumpió en un torrente de francés que Brodrick no podía seguir; luego se volvió y desapareció un momento, volviendo con una mujer, su esposa, y una o dos personas más. Todos comenzaron a hacer preguntas a Copper John, cada uno hablando a la vez que los demás, y, finalmente, el viajero, desesperado, dijo:

—Soy el padre del joven. En el nombre de Dios, ¿no habla inglés ninguno de los presentes?

Se hizo inmediatamente el silencio. La mujer dijo dulcemente:

—*C'est le père. Quelle tristesse! Faut lui montrer la chambre...*

Hubo otra consulta en voz baja, y después el propietario, muy grave, pidió a Copper John que tuviera la bondad de aguardar unos minutos; mandaría a buscar a *Monsieur Getif*, el médico, quien explicaría todo, y que conocía algunas palabras de inglés. Ahora estaba Copper John grandemente alarmado. Era obvio que la gente del hotel había visto a Henry y que este médico del que hablaban le había asistido. La mujer le ofreció un refrigerio, que rehusó, y se sentó a esperar, mientras, de pie, a alguna distancia, estaban respetuosamente observándole, y alguna que otra vez cambiaban palabras susurradas, cuyo sentido no llegaba a alcanzar. La espera llegó a ser casi intolerable; pero después de unos veinte minutos el dueño del hotel volvió acompañado de un hombre alto y delgado, con barba y lentes, quien a la vista de Copper John se adelantó y se inclinó, quitándose los lentes y limpiándolos, como un pequeño gesto instintivo de nerviosismo.

—¿Es usted el padre, *monsieur*? —dijo con un tono reservado.

—Lo soy —replicó Copper John— le pido que me diga inmediatamente si ocurre algo anormal acerca de mi hijo.

*Monsieur Getif* tragó saliva e hizo un gesto con las manos.

—Deploro infinito... —dijo—. Debe prepararse usted para un gran golpe, *monsieur*. Su hijo ha estado gravemente enfermo, con una *congestión pulmonaire*. Hice todo lo que pude; pero la enfermedad estaba demasiado avanzada.

—¿Qué es exactamente lo que trata de decirme? —preguntó Copper John con entereza.

—*Monsieur*, debe usted tener valor... Su hijo murió ayer, a las cinco de la mañana... Su cadáver está arriba en la habitación.

Copper John no respondió. Sus ojos se dirigieron al médico, a las caras

compadecidas y curiosas del dueño y su mujer, pero no los vio; a la ventana luego, a la calle polvorienta y empedrada con guijarros. Un carro pasó con estruendo, y un niño que le conducía gritó fuerte al caballo e hizo restallar la tralla. Las campanillas del carro sonaban. El reloj en la torre de la vieja iglesia, al otro lado de la plaza, dio la hora. Copper John se aflojó la corbata y empuñó después con más fuerza el bastón.

—¿Quiere llevarme dónde está mi hijo? —pronunció lentamente.

El médico abrió la marcha, siguiendo los últimos el fondista y su mujer. Fueron a una habitación del primer piso, que daba a la calle. Las cortinas estaban corridas, para no dejar pasar luz. A la cabecera del lecho ardían dos velas y otras dos a los pies. Entre ellas yacía Henry. Sólo le cubría una blanca sábana, y su cara estaba descubierta. Parecía más joven, muy apacible y tranquilo. Sus ropas estaban dobladas cuidadosamente sobre la silla contra la pared. Su cartera, llaves y libros estaban encima de la chimenea. Un susurro de la mujer del dueño rompió el silencio.

—Dice que no se ha tocado nada —dijo el doctor—; las cosas están tal y como él las dejó.

—¿Cuánto tiempo ha estado aquí? —preguntó Copper John.

—Seis días. Se puso enfermo la noche de su llegada. No nos permitió avisar a Inglaterra. Dijo que no quería asustarles.

—¿Habló acaso de su familia, de mí?

—No, señor; estaba demasiado débil. Simplemente yacía ahí en la cama. Tenía mucha paciencia. Fue *madame* quien le oyó toser ayer por la mañana; entró y le encontró... agonizando, *monsieur*; y me mandó llamar, pero era demasiado tarde... Lo sentimos todos tanto, *monsieur*...

—Gracias. Les agradezco mucho cuanto han hecho.

Uno por uno se fueron todos retirando de la habitación, dejándole solo con su hijo. Cogió una silla y se sentó al lado de la cama. Fuera del Hotel de l'Ecu podía oír a los carros rebotar sobre los guijarros de la calle y las discordantes campanillas de los caballos. También se oían las voces de las gentes llamándose unas a otras. Una mujer cantaba en una casa al otro lado de la calle.

Había cosas que tenía que hacer y disposiciones que debía tomar. Haría que embalsamasen a Henry y le enterraría en París. Más tarde trataría de hacer que le trasladasen a Inglaterra. No le gustaría pensar en Henry yaciendo aquí, solo, en suelo extranjero. Debía escribir a Bárbara, a Robert Lumley, a los Flowers... Tenía tantas cartas que escribir... Henry tenía veintiocho años. Había llegado a los veintiocho y tres meses. Parecía más joven, mucho más joven, yaciendo en el lecho. Le hizo pensar en aquellos días en que Sara y él habían ido a visitar a los niños en Eton. Henry se alegraba siempre tanto de verles... Y más tarde a Oxford, ¡tantos amigos que presentar! No recordaba haber tenido que pegar nunca a Henry de muchacho ni haber encontrado una falta en él. Tan buen compañero, además, estos últimos años,

desde el comienzo de la mina. Debería haberse casado pronto y haberse establecido en Clonmère con su esposa. Ahora Clonmère lo heredaría John... Siguió sentado en la silla contemplando el cadáver de su hijo; fueron consumiéndose las velas, goteando la cera al suelo.

Una hora después sonó un suave golpe en la puerta, y la dueña del hotel le preguntó si iba a bajar y tomar algo. Debía conservar sus fuerzas —dijo—; no debía dejarse vencer.

Recordó que el negocio de la vida ha de continuarse; que el comer y el beber, el planear y el dormir, eran parte de la existencia, y que la muerte de Henry no; alteraría nada de esto. Bajó y cenó sólo en el pequeño comedor del hotel, y después llegó el doctor y le acompañó a casa del *maire*, *Monsieur Jacques Théodore Leroux*, donde había papeles que firmar y ciertas formalidades que cumplir. El médico y el alcalde firmaron los dos el certificado de defunción y otro papel que permitiría al padre embalsamar el cadáver de su hijo y llevárselo a París en los próximos días. Estas atenciones indispensables serenaron a Copper John algún tanto. Eran un modo de actividad. No tenía tiempo de estar a solas con sus pensamientos. Cuando hubo dejado al *maire* y al médico paseó por la ciudad de Sens hasta que se hizo de noche, y entonces volvió al Hotel de l'Ecu y subió de nuevo a la habitación de Henry. Era como si esperase que hubiera habido algún cambio: que Henry quizá se hubiese movido o se hubieran desarreglado las ropas sobre la silla. Pero Henry estaba inmóvil y tranquilo como antes; sólo las velas se habían consumido más y ardían ahora sombrías y vacilantes en sus candelabros. Su padre las apagó una por una, y al hacerlo le pareció poner fin a algo... Era su adiós a Henry.

Abandonó la habitación y cerró la puerta. Pidió al fondista papel, pluma y tinta. Se había acordado al firmar el certificado de defunción que el día cuatro de mes era cuando siempre escribía a Robert Lumley y le daba cuenta del trabajo en la mina. Había omitido hacerlo en mayo porque estaba a punto de partir para su viaje, y sólo había enviado a su socio una breve nota explicándole que partía para Europa. Robert Lumley le consideraría muy negligente si le dejaba sin noticias por dos meses. Menos mal que se le había ocurrido traer los detalles de las cuentas de la mina de los últimos seis meses. No estaría mal quizá que Robert Lumley tuviese una copia para referencia. Mojó la pluma en el tintero y empezó la carta:

*«En el Hotel de l'Ecu, Sens, Dept. de L'Yonne.  
Francia»*

*«Estimado Mr. Lumley:*

*Estoy seguro de que se enterará con sentimiento de que el viaje a Italia de Henry para recuperar la salud no ha tenido éxito. No pudo a su regreso pasar de Sens, en*

*Francia, donde expiró ayer, día 3. Para mí es un gran golpe, lo mismo que para el resto de mi familia; pero debemos rogar al Todopoderoso que nos permita sobrellevarlo con fortaleza. Doy por hecho que recibió usted las 1499 libras esterlinas: el total de su dividendo del año último; pero todavía no tengo nada que remitirle de la mina nueva, aunque tengo grandes esperanzas de que resultará aún más provechosa que la primera...»*

## **LIBRO SEGUNDO**

## **Greyhound John<sup>[3]</sup>, 1828-1837**

EL verano de 1828 pasó lentamente, y los días le parecían interminables a John en Lincolns Inn cuando de pie, al lado de la ventana de sus oficinas y mirando al patio estrecho y mal ventilado, pensaba en el mar rompiendo en la costa de la Isla de Doon y en la marea desligándose rápida por la caleta más abajo de Clonmere. Su trabajo, como siempre, no tenía interés para él, y se recostaba en la silla, mordiendo el mango de la pluma y con un rimerero de desaliñados papeles ante él sobre la mesa, mientras que alguna que otra vez un empleado aparecía y le pedía algún dato de sus papeles, que tardaba una eternidad en encontrar. Suspiraba por su casa más que nunca había suspirado antes en su vida; y ahora que Henry había muerto, le habría sido bastante fácil dejar en Londres la comedia del Derecho, con la natural y verdadera excusa de que su presencia era necesaria en Clonmere, Pero algo le impedía realizarlo, algo extraño que se había instalado en su pensamiento con la muerte de su hermano. Le parecía durante aquellas largas semanas en Londres que en cierto modo se le podía reprochar que se encontrase vivo y sano, mientras Henry, que había sido mucho mejor que él, yacía frío y muerto en un sombrío cementerio francés. No hubiera importado que hubiese sido lo contrario. La familia pronto le habría olvidado. Pero Henry, tan alegre, tan listo, adorado por sus hermanas y casi reverenciado por su padre, ¿cómo podría ser nunca sustituido? Nunca se sobrepondrían a la pérdida. Hablarían de las circunstancias de su enfermedad una y otra vez, sin cansarse nunca, como lo hicieron en Lletharrog cuando su padre regresó de Francia, y siempre habría un suspiro y una maldición para aquella tarde en la mina del invierno pasado.

—Fue aquella noche cuando se enfrió —diría Bárbara—. ¿No os acordáis que volvió a Bronsea la semana siguiente con una fiebre alta y estuvo aquí en cama durante todas las navidades?

—Y, sin embargo —diría Elisa—, Henry había estado con frecuencia calado hasta los huesos y nada malo le había sucedido por ello. Probablemente John también se mojó aquella noche. ¿No fue así, John?, y no te pasó nada.

—Henry trabajó valientemente aquella noche; siempre me acordaré —diría su padre—. No se dio tregua. Fue un ejemplo para todos.

Y John, oyendo de pie, con las manos en los bolsillos, mirando por la ventana al bien arreglado jardincito de Bárbara, sentiría un reproche inconsciente en las palabras de su padre. Si John hubiera trabajado más aquella noche, posiblemente Henry no hubiera tomado tanto sobre sí. John se daba cuenta de que él no era una ayuda para la familia. Era ahora el hermano al que todos habían de acudir, pero él les decepcionaba. Sabía que debía haber hecho algún esfuerzo para tratar de reemplazar a Henry, no en el cariño de su padre, sino en su estima, ofreciéndose a ir a Bronsea y tomando sobre sus hombros alguna responsabilidad. ¡Qué inútil era comparado con Henry! Por tanto, era mejor no hacer nada. Simplemente se sumiría en sí mismo y callaría. Y de este modo, en vez de acompañar a su padre a Bronsea, tomaría la caña y se iría a pescar al



riachuelo más abajo de la finca, pensando todo el tiempo en su hermano muerto en Francia, preguntándose cuáles habrían sido sus pensamientos de la última semana, mientras tendido en la cama del hotel estaba moribundo. Y sus hermanas, en la sala de Lletharrog, se dirían la una a la otra: «Realmente John es muy egoísta. No parece haber sentido la muerte de Henry». La única que adivinaría la verdadera agitación de su pensamiento sería Jane, y algunas veces venía a su lado y le echaba y le rodeaba el cuello con su brazo; pero sabía que ni aún Jane con su inteligencia e intuición podía comprender los desgarrados pensamientos que le atormentaban. Cuando pasaron quince días volvió a Londres, y cuando su padre escribió desde Clonmere durante el caluroso y triste mes de agosto, preguntándole si se iría con ellos como de costumbre, contestó que la abundancia de trabajo no se lo permitía, que lo más probable era que no fuese en toda la temporada. Su padre no contestó a esta evidente falsedad; pero llegó una larga carta de Bárbara llena de reproches, diciendo que ninguno de ellos podía entender qué le había pasado; era como si no sintiera ningún cariño por su casa. Y John, mordiendo el mango de la pluma, en su mal ventilada oficina de Londres, trató de decir a su hermana que la razón por la que no iba era porque quería a su casa demasiado. Se vio a sí mismo acariciado por la satisfacción de poseer como dueño, paseándose con su padre por las fincas, discutiendo alguna modificación, mirando a los ventanales y a los altos muros de piedra gris; y cómo el placer momentáneo sería destrozado por el sentimiento de que todo esto le había venido a él por medio de la tragedia y el infortunio, que en realidad no debería haber tenido derecho a nada de ello: Clonmere pertenecía a Henry, que yacía en su tumba; y su padre lo sabía, su padre pensaría lo mismo cuando paseasen juntos delante del castillo. No, era inútil; Bárbara no conocería su oculto sentir. John rompió la carta en pedacitos y no volvió a escribir. Que la familia pensase de él lo que quisiera. Y en vez de ir a casa, John se marchó a Norfolk, a casa de un viejo amigo de Oxford que criaba galgos para las carreras; durante el otoño y el invierno, en cuanto encontraba un pretexto, se iba a Norfolk para pasarse las horas muertas hablando de perros, pues, como decía a su amigo, «los perros son la única cosa de que entiendo y los únicos que me entienden».

Para John, un galgo era una cosa bella y atractiva, sensitiva y delicada. Y cuando eran de raza, mientras más sangre tenían eran más propensos a brillar si eran bien manejados y más aptos para el fracaso si se les enseñaba sin interés. Estudiaba a cada perro individualmente; sabía de cuál se podía esperar buen resultado con cualquier tiempo que hiciera; cómo uno se ponía mustio si llovía o soplaban el viento y se desanimaba por una menudencia; cómo otro trabajaba con afán constante lo mismo si hacía sol que si tronaba. John sentía gran cariño por ellos; los acariciaba dulcemente con sus manos fuertes y cuadradas. Luego empezaba el adiestramiento, y finalmente llegaría el premio a su habilidad y paciencia, la excitación de la misma carrera, las apuestas, los gritos de los espectadores, y *Lightfoot*, el galgo que había parecido una criatura tan frágil y nerviosa al principio, probaría su raza y su valor en unos pocos minutos ante la multitud, doblándose y revolviéndose tras la asustada liebre, haciendo

imposible que escapase. Una vez más le darían a John palmadas en la espalda y le felicitarían, y otra gran copa de plata ganada a su nombre, y *Lightfoot*, temblando de excitación y contento, se apretaría contra sus rodillas.

En marzo se terminó la temporada de carreras y John, que en los últimos seis meses había pensado en pocas cosas que no fuesen sus galgos, se encontró con la perspectiva de pasar otro largo verano en Londres, o de abandonar de una vez para siempre la comedia de Lincolns Inn y establecerse con su padre y sus hermanas en Clonmere. Si dejaba su trabajo de Londres podría holgazanear agradablemente en Clonmere, hacer correr a sus perros en las cercanías durante el otoño y volverlos a Norfolk de nuevo para los tres meses que siguen a Navidad, cuando la familia estaba en Lletharrog. La perspectiva era demasiado buena para darla de lado, y se preguntaba si no había sido un gran tonto el año anterior al tomar la muerte de su hermano como lo hizo. La cosa había sido una tragedia; pero las tragedias se hacen menos acerbadas según pasan los meses, y nadie en el mundo hubiera envidiado la posesión de Clonmere a John menos que Henry.

Por tanto, en mayo se despidió John de los montones de papeles, de la tinta y del polvo de Lincolns Inn, y, con un sentimiento de libertad que no había sentido nunca antes, se embarcó en el paquebote de vapor que iba a Slane, y continuó después por la carretera hasta Doonhaven. Sus galgos y el hombre que los cuidaba iban con él. Cuando llegó a la subida del camino, pasada la mina de Monte Bravo, y miró a Clonmere, al otro lado de Doonhaven, gris y sólido al extremo de la caleta, un extraño sentimiento de orgullo y de placer, que nunca había sentido antes, le invadió ahora. Clonmere, de repente, se había hecho más personal, más significativo, pues aquella noble masa, aquella cosa bella, un día sería suya. La llegada a su casa fue un acontecimiento feliz. Su padre y sus hermanas habían salido andando por la avenida a esperarle; hicieron una recepción verdaderamente cariñosa. Su padre le dio la mano con calor, hizo observar el buen aspecto que tenía y después procedió a preguntarle acerca de los galgos. Los perros salieron de la jaula y John los mostró con orgullo, y después toda la familia regresó andando al castillo por el camino que bordeaba la caleta, charlando y riendo. En cada brazo de John se apoyaba una de sus hermanas. El caminito bajo los abetos parecía firme y elástico bajo los pies de John, y se sentía en el aire el penetrante perfume del temprano estío, mezcla feliz de pino y bellorita y rododendro, y el olor salino, acre y mojado de la marea baja murmurante.

Salieron del bosque por el jardín de Jane, al extremo de la caleta, y aquí había nuevas plantas que admirar y un sendero nuevo que criticar. Jane, arrebolada y excitada, iba cogida de su mano, y así hasta el cobertizo de la barca, donde uno de los hombres estaba diligentemente ocupado en pintar el barco de John; el chinchorro estaba ya en el agua. Todos sonreían, todos eran felices, y el mismo John sentía que algo indecible, cálido y nuevo se agitaba en su corazón. Corrió a su habitación, en la torre. Allí estaban sus escopetas y sus cañas de pescar, y todos sus viejos libros de cuando era escolar, usados y familiares; y el cuadro de la capilla de Eton y el

banderín de su colegio de Oxford. Allí estaba la caja de las mariposas, manía apasionada de un solo día de verano, y la colección de huevos de pájaros, y, sobre la chimenea, los heterogéneos objetos que había reunido de tiempo en tiempo en su niñez; un pedazo de pedernal de Monte Bravo, una rara piedra, como un huevo, que una vez encontró en la isla de Doon; un puñado de musgo seco de la ciénaga de Kileen.

—Mañana —le dijo a Jane—, mañana iremos a pescar a la caleta.

Y mirándola a la distancia de su brazo extendido, e inclinando a un lado la cabeza, observó:

—Sabes, te estás poniendo muy bonita.

Jane se ruborizó y le dijo que no fuese absurdo.

—Están pintando su retrato —dijo Bárbara—. Todos creemos que está muy parecido, aunque Willie Armstrong dice que ella es mucho mejor.

Y en la sala, colocado sobre el caballete, con la pintura todavía húmeda sobre la tela, el cuadro duplicaba la Jane que estaba allí a su lado. La figuraba con el vestido nuevo de color marfil que había comprado en Bath aquel invierno, con su collar de perlas y con aquellos cálidos ojos castaños, llenos de la expresión que él conocía tan bien, pensativa y un poco insegura de sí misma.

—¿Y qué dice Dick Fox del retrato? —preguntó John.

—¡Oh! Desde luego está encantado —dijo Elisa meneando la cabeza—. Solía venir a cada sesión para hablar con Jane y evitarla el aburrimiento. Sin duda, por eso tiene Jane un aire de sonrisa en el retrato.

John, mirando a su hermana menor, vio que parecía herida por las palabras de Elisa y que las lágrimas no estaban muy lejos de sus ojos. La sonrió y movió la cabeza.

—No hagas caso de Elisa —dijo—; las uvas están verdes.

Y con rápida comprensión cambió de conversación.

Así que Jane crece, pensó mientras comían, y se está enamorando de Dick Fox, y era ayer cuando parecía una niña chiquita que leía cuentos de hadas delante de la chimenea del cuarto de los niños. Dick Fox era un buen chico, sin duda; pero por un momento hubo en su corazón unos celos fluctuantes ante la idea de que Jane, su preferida, que había sido su compañera tan querida, mirase con cariño a otro hombre que no fuese él, y el pensamiento de que la besara y quizá acariciara un joven oficial de la guarnición era desagradable y no podía soportarlo.

—... y, por tanto, me agradecería saber tu opinión sobre el arriendo antes de que, finalmente, lo firme —estaba diciéndole su padre, dejando el cuchillo y el tenedor y mirando a su hijo a través de la mesa.

John se sobresaltó.

—Sí, *sir*, desde luego estaré encantado —dijo sin la menor idea de lo que había estado hablando su padre.

Bárbara le dio un toque de aviso en la rodilla.

—He llegado a un acuerdo —continuó Copper John— para tomar la mitad de los atrasos y dejarle ocupar el terreno por ciento treinta libras esterlinas anuales. No hay que decir que no he recibido un céntimo, y que le di notificación para marcharse en marzo pasado, lo que todavía no ha hecho. La situación es intolerable, como ves.

—Desde luego, *sir*. Completamente intolerable.

—Tengo intención de hacer todos los esfuerzos a mi alcance para conseguir que haya una buena carretera entre Doonhaven y Denmare. Estarás de acuerdo en que esto será de incalculable valor para las fincas de Robert Lumley y de Lord Mundy, y si alguna vez podemos abrir el camino de los lagos por Denmare, Doonhaven y Mundy a Slane, creo que los visitantes del Oeste lo preferirían a regresar por el mismo camino. Entonces podríamos con seguridad construir una posada en Doonhaven. Esto podría inducir a algunos señores a residir en las cercanías. ¿Qué te parece, John?

—Soy, sin vacilar, de su opinión, *sir*.

—No sé si el Gobierno dispone del dinero necesario para estos fines; pero conseguiré toda la información posible. Podrían hacerlo todo por su cuenta. Sería una gran cosa abrir comunicaciones con la parte occidental de la comarca, y los buques de guerra podrían ser aprovisionados en caso de otra guerra. Sólo espero que nuestros ministros no armen algún jaleo inesperadamente y nos metan a todos en un lío.

—Espero que no, *sir* —dijo John.

Muy poco de lo que su padre estaba diciendo tenía interés para él; pero esperaba que su voz tuviese algo de acento de convicción y que su padre quedara satisfecho.

—Los Flowers están en el castillo de Andriff —dijo Bárbara—. Estuvieron en el extranjero, como de costumbre, hasta hace muy poco. Te diré, con gusto, que Fanny-Rosa parece algo menos atolondrada. El pasar los inviernos en el extranjero le ha dado prestancia y buenos modales, Pero creo que hace exactamente lo que le da la gana, y la pobre *Mrs. Flower* no tiene el menor ascendiente sobre ella.

—Dicen que un italiano estuvo desesperadamente enamorado de Fanny-Rosa —dijo Elisa—, un título y todo, que ya estaba casado.

—No prestéis nunca oído al escándalo, Elisa —dijo su padre—. No hace bien al que lo oye y menos al que lo repite. John, si vienes a la biblioteca te puedo enseñar el lugar exacto en el plano de Monte Bravo donde pienso hacer una nueva exploración. Hay cobre allí y no a gran profundidad; de modo que nuestros gastos serían insignificantes.

John siguió a su padre a la biblioteca y simuló gran interés en las cifras y cálculos de la mina; pero todo el tiempo su pensamiento voló a Fanny-Rosa. No la había visto en dieciocho meses..., desde aquel inolvidable día que la había tenido en sus brazos entre los brezos al lado del lago y Henry había partido para las Barbados. El año anterior, durante el caluroso verano en Londres, John se había preguntado si habría ella visto a Henry en Nápoles con frecuencia. ¿Habría sentido su muerte? Aquellos pensamientos acentuaron la agitación de su mente y Fanny-Rosa se convirtió para él

en un símbolo de algo raro y bello e inasequible: un fantasma de mujer en un país remoto y que nunca más vería. Se casaría con algún italiano y quizá años más tarde viniese al castillo de Andriff con niños y un marido ostentoso, y ella misma, tosca y pesada, desvanecido su encanto con los años.

Había trazado ese cuadro prosaico en su imaginación deliberadamente, para conjeturar la imagen deliciosa y no ser herido por su recuerdo, y la idea de que se casara con un extranjero y se pusiera fuera de su alcance para siempre le producía extraña, peculiar satisfacción, casi malsana. Su Fanny-Rosa sería un recuerdo, un ser fantasmagórico, nacido de la belleza de Monte Bravo, mientras que la que hoy continuaba viviendo era una persona con quien él no tenía relación. Y ahora, toda esta cuidadosa cerradura colocada a la puerta de su memoria, iba a saltar en pedazos por obra de la Fanny-Rosa auténtica, que no tenía nada de espectral, sino que estaba viva y soltera, y aun cuando todos los italianos de Nápoles la hubieran hecho el amor estaría bella como nunca, y venía a Clonmere la semana próxima, había dicho Bárbara. Podría desear ver los galgos, y Jim recibió órdenes especiales de tener los perros limpios y listos el día que se esperaba a los Flowers, con sus mantas puestas, a pesar del tiempo caluroso, porque los adornos grises y escarlata realmente eran bonitos y las grandes iniciales J. L. B., hacían bien sobre el fondo.

Unas dos horas antes de aquélla en que los Flowers debían llegar, se sintió temeroso, y yéndose al extremo más alejado del campo, cabe el último abeto, se sentó fuera de la vista del castillo y se puso a mirar a la Isla de Doon, preguntándose si no sería más acertado coger su barco y desaparecer por todo el día y no volver a la casa y encontrarse con los Flowers. Le pareció súbitamente que no deseaba ver a Fanny-Rosa o hablar con ella, y que si lo hacía, nada habría de suceder como él lo había planeado: ella sentiría repulsión por los galgos, se reiría de sus copas, hablaría todo el tiempo de los italianos que había conocido, y el día resultaría desastroso, un fracaso desde el principio hasta el fin. Estaba sentado todavía al lado de la caleta cuando oyó rodar al carruaje por la avenida, pasar bajo el arco de rododendros y volver de nuevo hacia la casa, y entonces le llegó el sonido lejano de la voz de Bárbara y la risa casi irritante, de alto diapasón, de Elisa. Bárbara llamó: «¡John, John!», y él se agazapó detrás de un árbol, resuelto a no aparecer, y pensando si podría volver a la casa de alguna forma sin que le viesan e ir a encerrarse en su habitación de la torre. Las voces cesaron; debían de haber entrado en la casa, y oyó a Casey volver con el coche y llevar los caballos a la cuadra. Un impulso más fuerte que su albedrío le hizo ponerse de pie y volver, pisando la yerba lentamente, a la casa. Sus manos temblaban y las metió en los bolsillos. Se daba cuenta de que alguien le miraba desde la ventana de la sala.

—¿Cómo estás, John?

Y mirando hacia arriba, sonrió, porque allí estaba Fanny-Rosa, el fantasma de Monte Bravo; y los dieciocho meses que hacía que no la había visto, como si nunca hubieran existido, como si todo hubiese sido ayer; y fresco y vivo en su memoria

estaba el contacto de las manos y el calor de los labios de Fanny-Rosa, como si acabase, minutos antes, de estar echada sobre los brezos con las manos cruzadas detrás de la cabeza.

Luego se encontró en la sala, de pie, junto a ella. Bob Flower le decía a John algo al oído. Todos hablaban y reían a la vez y comían dulces. Se oyó a sí mismo ofreciendo a Bob un vaso de vino de Madeira.

—Padre está en la mina —decía Bárbara—; pero estará en casa a las cinco, para comer con nosotros, como siempre. Ustedes, los señores, mejor será vayan a su adorada pesca mientras el tiempo no lo estorbe.

—Me gustaría ir —dijo Fanny-Rosa—. ¿No admite John señoras en su barco?

—¡Cómo! Sí —dijo John—. Ya lo creo; sí. Nunca pude soñar que quisiera venir.

Y con delicia, alegremente, todo hubo de planearse de otro modo, pues ahora que Fanny-Rosa era de la partida, Jane la acompañaría; y como Bule Rock estaba muy lejos y el mar quizás demasiado picado para ellas, tendrían que navegar cerca de la isla, y en la cesta había que poner más comida, y uno de los chales de Bárbara lo llevaría Fanny-Rosa por si el viento refrescaba. ¡Qué felicidad bajar a la caleta y traer el barco al embarcadero para que Fanny-Rosa y Jane pudiesen saltar dentro! Y luego remangarse hasta el codo y echarse el pelo para atrás y gritarle a Bob que se apartase a un lado cuando se hubiese izado la vela y la caña estuviera en su sitio; y salir de la caleta y entrar en las aguas abiertas de Doonhaven, con la larga isla delante y más allá el mar abierto, y lejos, a la izquierda, la gran masa de Monte Bravo, verde y brillante al sol.

¡Qué bien no ser ya hosco, ni desgraciado, ni tímido, ni odiarse por su humor, sino en vez de eso hacer lo que le gustaba, con el cabello al aire y Fanny-Rosa en la popa a su lado! No había cambiado sino para ser más linda, y había en ella una gracia que antes no tenía. El chal que Bárbara le había prestado era verde como sus ojos. Se lo había echado con descuido por los hombros y miraba a John y sonreía, y la sonrisa encerraba una promesa y en la promesa alentaba una esperanza.

—Me han dicho que sabes sobre carreras de galgos más que nadie en el país —dijo ella—. Cuéntame todo lo que has hecho desde la última vez que te vi.

Empezó a hablarle de los galgos; primero, con desconfianza, pensando que ella no iba a escucharle, y después, con confianza creciente, haciéndola reír con su descripción del público de las carreras y de los propietarios, con sus pequeñas envidias y frecuente falta de honradez.

Bob también mostró interés y le hizo una porción de preguntas. «Era agradable —pensaba John— hablar alguna vez como una autoridad y saber que su opinión acerca del único asunto en el mundo sobre el que conocía algo era escuchada con respeto».

Echaron el ancla para hacer una comida fría de empanadillas de carne y emparedados en la parte Oeste de la isla de Doon, y entonces Bob Flower, mirando al cuartel se acordó de un amigo suyo que hacía poco había sido destinado como ayudante al batallón destacado allí, y súbitamente surgió la idea de que todos bajaran

a tierra y fuesen al pabellón de los oficiales y preguntasen por él, John miró a la cara inocente de su hermana y se preguntó si Dick Fox estaría en aquel momento mirándola con un catalejo desde la ventana.

Cuando llegaron al amarradero, Fanny-Rosa declaró que prefería quedarse en el barco; había venido para disfrutar del agua y no del dudoso clarete de Intendencia; y seguramente Jane no correría ningún peligro con Bob de compañero, pues Bob tenía fama de ser el más respetuoso y comedido de los muchachos. Jane desembarcó, pues, muy formal y muy linda, apoyándose en el estólido brazo de Bob Flower, y fue ciertamente una mera coincidencia que el teniente Fox bajara en aquel momento por el sendero a su encuentro.

John viró en redondo y puso rumbo al Este, hacia Monte Bravo; al quedarse solo con Fanny-Rosa le acometió un extraño sobrecogimiento. Le era imposible hablar: le parecía que cuanto dijese sonaría a tonto y a forzado. Clavó los ojos en las velas para no mirarla.

Allá, al otro lado de la bahía, estaba la tierra y el Monte Bravo empinándose hacia el cielo: parecía remoto e intangible. El sol doraba la cúspide, y John pensó en el lago... ¡Cuán tranquilo estaría y delicioso!

—¿Te acuerdas de la excursión que hicimos allí en septiembre del año pasado? —dijo Fanny-Rosa.

John no contestó al pronto. Quería mirarla, pero no se atrevía. Ciñó la vela un poco más.

—Pienso en ella muy a menudo —dijo al fin.

Ella se movió ligeramente en el balandro y arregló la almohada en que se recostaba. Luego dejó caer de nuevo el brazo sobre la rodilla; era una tortura y un extraño placer verla.

—Estábamos muy alegres —dijo Fanny-Rosa—, muy contentos.

Hablaba dulcemente, casi con tristeza, como reflexionando sobre un pasado que nunca podría volver, y John se preguntó si sería la escena de los brezos lo que ella recordaba o la risa de Henry y su cara. Los viejos celos volvieron a asaltarle, la antigua angustia y la duda y la indecisión, y virando repentinamente se alejó de Monte Bravo hacia alta mar. El balandro cabeceaba ligeramente sobre mayores olas, y unas gotas de agua salpicaron por encima de la proa los pies de Fanny-Rosa. Sin decir una palabra, ella se quitó los zapatos y se acercó más a las rodillas de John.

—Viste mucho a Henry, ¿verdad?, aquellos pocos meses antes de su muerte.

Había, al fin, pronunciado las palabras. Casi no podía creer haberlas dicho. Esta vez se forzó para mirarla, pensando que en su cara vería alguna huella de pesadumbre que añadir al dolor que él sentía; pero su perfil, inconsciente, estaba vuelto hacia el mar. Se sacudió del pelo las gotas de agua y escondió debajo de la falda sus delicados pies desnudos.

—Sí —dijo—, parecía que le gustaba Nápoles. ¡Fue una pena que se marchara cuando lo hizo, tan cansado y enfermo! Todos lo sentimos muchísimo.

Su voz era tranquila y su sentimiento parecía formulario. Con seguridad que si ella se hubiese interesado por él o él por ella, no hubiera hablado así.

—A Henry siempre le gustaban las personas y los lugares nuevos. En esto diferíamos —dijo John.

—No te pareces a él en nada —dijo Fanny-Rosa—. Tú eres mucho más moreno y fuerte. Henry se parecía más a Bárbara.

«Nada de esto tiene importancia —pensó John, mientras el balandro se deslizaba veloz movido por la fresca brisa—: que yo sea más moreno, que Henry fuese rubio o quién se parece a quién. Lo único que quisiera saber es lo que sintieron el uno por el otro en Nápoles y por qué Henry se fue tan de repente y empeoró. ¿Se habían querido y se habían peleado, y fue ella la última persona en quien su hermano pensó agonizante en aquel dormitorio de Sens? ¿Fue su postrer recuerdo para la Fanny-Rosa que estaba a su lado en este momento?». El balandro hoció en el oleaje y el mar salpicó bajo el brillo del sol, y Fanny-Rosa, riéndose, se arrodilló junto a John, apoyándose en su hombro.

—¿Me vas a ahogar? —preguntó, quitándose el pelo de los ojos.

—No quisiera —contestó él, poniendo proa al viento y dejando la caña y rodeándola con los brazos mientras ella le besaba en la boca.

Comprendió entonces que nunca ni él, ni nadie, sabría lo que Henry había sido para ella en Nápoles. Si la verdad era que se marchó de Italia amargado y desilusionado para morir sólo en un pequeño hotel francés, el misterio no se revelaría nunca. El secreto estaba para siempre encerrado en aquel saltarín corazón. John cavilaría; John dudaría y podría conjeturar hasta el fin de sus días acerca de aquellos meses napolitanos, y los insensatos, fútiles celos, podrían una y otra vez acometerle, pero no serían curados.

Henry estaba muerto. Henry, con su encanto y su alegría, no formaba ya parte de las cosas que existen, y aquí estaba Fanny-Rosa viva en los brazos de John. Tan dulce felicidad no podía convertirse en veneno.

—¿Quieres casarte conmigo, Fanny-Rosa? —dijo.

Ella sonrió, apartó las manos de él y se sentó de nuevo en las tablas del fondo del barco.

—Vas a hacer naufragar el balandro si no te cuidas de él —dijo.

Cogió él la caña y enderezó el balandro de nuevo hacia la Isla de Doon.

—¿Contestas a mi pregunta? —la dijo.

—Sólo tengo veintiún años —contestó—. No quiero casarme y ponerme formal en algún tiempo. Hay todavía muchas cosas divertidas que hacer.

—¿Qué clase de cosas quieres decir?

—Me gusta viajar, me gusta ir a Europa, me gusta hacer lo que quiero.

—Todo eso lo puedes hacer siendo mi mujer.

—No, no sería igual. En Europa sería simplemente *Mrs. Brodrick*, y los hombres que me conociesen pensarían: «¡Oh!, está casada», y no se ocuparían más de mí.



Tendría que llevar en casa cofia como mi madre y tendría que hablar de cocina y de labores y de las criadas. No me atrae ninguna de esas cosas.

—No te pediría que te preocupases de ninguna de esas cosas. Si tienes ganas de viajes, ¿por qué no?, viajaremos. Si deseases embarcarte, nos embarcaríamos. Si deseases ir a Slane con frío y nieve, se pediría el coche e iríamos a Slane... Ves, sería un marido muy acomodaticio.

Fanny-Rosa reía. Miró a John con el rabillo del ojo.

—Pienso que quizá lo fueses —dijo—, ¿pero qué saldrías tú ganando?

—Te ganaría a ti —dijo él—. ¿No es bastante para cualquier hombre?

La miró, e incluso mientras lo estaba diciendo pensó que no sería así, que se engañaba al pensarlo, que ella nunca le pertenecería ni a él ni a nadie, porque quienquiera que se casase con ella, solamente poseería de ella una parte: una sonrisa, o una caricia o lo que ella quisiese dar en un impulso momentáneo. La Fanny-Rosa real eludiría el apresamiento, se escaparía.

De nuevo habían llegado a la altura del cuartel, y allí estaban Bob Flower y Jane, el ayudante y Dick Fox, todos esperándoles en la calzada. Otra vez gente y conversación; la intimidad entre ellos quedaba rota y abandonada hasta otro momento, quizá hasta otro día.

—El teniente Fox y el capitán Martin vienen con nosotros para cenar —dijo Jane.

Y todos saltaron al balandro: allí estaba aquel maldito individuo Martin mirando con admiración a Fanny-Rosa. Al llegar al embarcadero, bajo Clonmere, desembarcaron, y John amarró el barco y se quedó un momento viendo al grupo subir por la orilla hacia la casa. Bárbara y Elisa habían venido a recibirlos. Elisa se irguió al ver al oficial forastero. John esperó mientras Fanny-Rosa devolvía el chal a Bárbara, dándole las gracias, y después se paró para admirar el jardín en la punta de la caleta.

Apuntaban ya los lirios tempranos; llamó a Bárbara y se detuvo un instante. El sol jugaba con su pelo, mientras ella, seria y pensativa, contemplaba a la flor. John se decía que ninguna imagen que hubiese forjado en sus horas de soledad podría igualar la belleza adorable de aquella realidad. La muchacha fantasmagórica de sus ensueños había revivido de nuevo para llenar sus momentos de vigilia de felicidad y de dolor.

—¿No estás muy cansada? —preguntó Bárbara al remontar la ribera y pararse en la avenida que llevaba al castillo.

—No —dijo Fanny-Rosa—, nunca me canso. ¡Hay siempre tantas cosas que ver y aprender!...

Miró un momento a John, todavía ocupado en el barco, y después a las sólidas paredes grises, a las ventanas abiertas, a la torre, a los altos árboles de detrás del castillo.

—¡Qué precioso es esto! —dijo.

Y después, con indiferencia, echándose atrás los rizos:

—Supongo que todo esto lo heredará John ahora que Henry ha muerto.

—Sí —dijo Bárbara—; la propiedad está vinculada en mayorazgo desde luego, y

lo mismo todo lo demás. ¡Pobre Henry! Y, sin embargo, de los dos, creo que es John el que ha estado siempre más encariñado con Clonmere.

Fanny-Rosa no respondió; parecía haber olvidado su pregunta. Estaba agachada acariciando al *terrier* que había bajado los escalones para saludarles.

«¡Qué mejorada está! —pensó Bárbara—. ¡Qué verdaderamente encantadora y educada, sin ninguna huella de aquella loca y tonta frivolidad heredada de Simón Flower! Ni aun el doctor Armstrong, el más severo de los críticos, podría encontrar falta ahora a su belleza o hallar un capricho oculto bajo su cara perfecta».

Una mañana, a la hora del desayuno, vino un lacayo a caballo, de Duncroom, con la noticia de que Robert Lumley había tenido un ataque la noche antes y no parecía que saldría de él. Copper John pidió el coche inmediatamente y partió para la residencia de su socio. Al llegar encontró a Robert Lumley sin conocimiento, y el doctor Armstrong, que había sido avisado antes, había dicho que sólo viviría unas horas. Al hijo de Robert Lumley, Richard Lumley, que no estaba en el campo, se le escribió en seguida, pero difícilmente llegaría a casa con tiempo para ver vivo a su padre. Nunca había estado en buena armonía con su hermana *Mrs. Flower* y desaprobaba por completo la conducta de su cuñado Simón. De modo que *Mrs. Flower*, cuando llegó a Duncroom, poco después de Copper John, estaba con gran sofoco y agitación al pensar en la coincidencia de aquellos desacuerdos familiares, parecía más preocupada ante la perspectiva de enfrentarse con su hermano cuando llegara que por el hecho de estar su padre moribundo.

—Veréis —dijo Copper John a su familia al día siguiente, cuando llegó recado del doctor Armstrong de que el viejo había muerto aquella noche— cómo Simón Flower se lleva lo que merece, y que es lo que vulgarmente se conoce como «un puntapié en cierto sitio».

Me llevaré una gran sorpresa si él o su mujer figuran para algo bueno en el testamento.

—Muy duro será para *Mrs. Flower* y sus hijas —dijo Bárbara—. Después de todo, *Mr. Lumley* decía tenerles mucho cariño, y cuando estaba en el campo pasaba mucho más tiempo en Andriff que en Duncroom. De seguro que algo les dejará, y si no lo ha hecho, entonces *Mr. Richard Lumley* les cederá algo.

—Richard Lumley se mostrará, probablemente tan difícil y poco conciliador como su padre —replicó Copper John—, y no es para mí muy agradable tenerle como socio en la Compañía. Sólo quisiera poder comprarle toda su participación en el negocio y tener la empresa en mis manos enteramente... En fin, ya veremos lo que sucede.

Copper John estuvo en Duncroom dos días para asistir al funeral y, después, a la lectura del testamento, y a su regreso todos advirtieron que estaba de muy buen humor.

Quitó de su sombrero el crespón y lo tiró en el vestíbulo e inmediatamente se sentó ante un abundante plato de cordero asado y patatas, y habló muy poco hasta que hubo satisfecho la primera urgencia de su apetito.

—Bien —dijo, al fin, echándose hacia atrás en la silla y mirando a su hijo e hijas—: Hoy he llevado a cabo una maniobra mercantil de la cual estoy satisfecho. He persuadido a Richard Lumley de que sería conveniente para él venderme su parte de la mina.

Se sonrió al recordarlo y desmigó un trozo de pan.

—Es completamente exacto —continuó— que la segunda explotación minera fue un fracaso. Él mismo me lo indicó y no pude negarlo... Se profundizó mucho. La Compañía se ha visto obligada últimamente a pagar por encima de tres mil libras esterlinas por la construcción de una máquina de vapor adicional sin ninguna probabilidad inmediata de beneficio. «Nada hay —le dije francamente— tan azaroso como el negocio minero, desde el punto de vista de los propietarios, y es posible que hayamos alcanzado ya el límite de profundidad a que podemos llegar sin riesgo de fracaso. Estoy —dije— dispuesto a hacer nuevos ensayos en otros lugares del monte, pero no puedo prever el resultado. Si prefiriese usted que le dé un buen precio ahora por su participación, dígalo; puede representar para usted el ahorro de una pérdida considerable. Puede..., y lo mismo puede no ser así. Usted es quien debe decidir...».

Copper John cogió de nuevo el cuchillo y el tenedor y continuó comiendo.

—¿Y *Mr.* Richard Lumley decidió vender? —preguntó Elisa.

—Sí —dijo su padre—, y con toda sinceridad puedo decir que no creo que se arrepienta de su decisión. Pago una buena suma por su participación y tengo un arrendamiento de los terrenos por otros setenta años. Si alguna vez tuvieses hijos, John, serán viejos para entonces, y podrán o no renovar el arrendamiento, según crean conveniente —se rió y miró a sus hijas—. Me imagino —dijo— que para entonces poco cobre quedará en las profundidades de Monte Bravo.

«Setenta años... —pensó John—, 1899. Todos los que estamos aquí sentados habremos muerto».

Copper John llenó su vaso y empujó la botella hacia su hijo.

—¿Y qué resultó del testamento? —preguntó Bárbara.

—¡Oh! En cuanto a eso —dijo su padre—, justo lo que dije que sería. Richard Lumley hereda todo. Creo que *Mrs.* Flower recibe un legado de unos cientos de libras al año y algunos cuadros. Lo tomó con buen ánimo, sea dicho en su honor. Y espero que tenga el buen sentido de no dejar que su marido toque ese dinero. No he visto actitud más deplorable que la adoptada por Simón Flower después del funeral. No se sabía dónde estaba cuando llegó el momento de la lectura del testamento, y finalmente le encontraron sentado en la despensa con el criado, un individuo de quien siempre he desconfiado, y estaban, mano a mano, bebiéndose el oporto del pobre Robert Lumley. No hay que decir que no estaba en condiciones de oír el testamento de su suegro y que se durmió a la mitad de la lectura. No es probable que Richard Lumley vuelva a tenerle en su casa. Cuando nos marchamos estaba un poco más despejado, lo cual resultó peor, pues en vez de guardar silencio y avergonzarse de sí mismo, insistió en guiar él mismo los caballos, y lo último que vi fue a la pobre *Mrs.* Flower sujetándose el sombrero, mientras el coche rodaba ruidosamente a una velocidad excesiva y Simón Flower cantaba a voz en grito. El mejor día se estrellará y no será sino lo que merece.

—Temo que el castillo de Andriff se caerá a pedazos enteramente por falta de reparaciones —suspiró Bárbara—. ¡Pobre *Mrs.* Flower y pobre Fanny-Rosa! Lo

siento mucho por ellas.

—No necesitamos sentirlo por Fanny-Rosa —dijo Elisa—. Bob Flower me dijo que tiene muchos pretendientes deseosos de casarse con ella y que sólo es cuestión de decidirse por el que prefiera. Su último capricho es un pariente de su tío el conde, y creo que también tiene título.

—Lo cierto es —dijo su padre— que sintiendo como siente, a pesar de que era un anciano, la muerte de Robert Lumley, la familia Brodrick ha salido bien del asunto.

Y, levantándose de la mesa, se fue a la biblioteca para contestar sus cartas, como era su costumbre, parándose un momento antes de entrar con la esperanza de que John le seguiría para pedirle más detalles sobre los tratos realizados. Su hijo no pareció comprender la intención. Miraba pensativamente por la ventana del comedor, y Copper John, entornando los ojos y con un leve gesto de disgusto, entró sólo en la habitación.

«Entonces —pensó John— ése es el motivo de que Fanny-Rosa estuviese tan esquiva la última vez que fui a caballo al castillo de Andriff». Recordó que algo se había hablado acerca de un primo de ella: sin duda se casaría con él y se irían de la comarca, y eso pondría punto final a todo. Quizá fuese lo mejor, pues si pasaban muchos meses como el presente terminaría por saltarse la tapa de los sesos. La excursión en balandro había sido en mayo y ahora estaban en agosto, y Fanny-Rosa no estaba más cerca de darle una respuesta que había estado aquella tarde. Tenía tantos caprichos, que pasar un día con ella era sufrir terrible incertidumbre. Ella le recibiría quizá con indiferencia, aburrída o bostezando, y le acompañaría de mala gana al cerro donde él se proponía probar los perros; encontraría faltas en todo lo que él dijera o hiciese; criticaría la forma de correr de los galgos, diría que era un deporte aburrido, propio solamente de patanes. De modo que él estaría cerca de abandonarlo todo, vender los perros, volverse a su casa y desaparecer para siempre de Andriff; y entonces de repente, como un cambio de viento que trae el buen tiempo que un momento antes era tempestuoso, se acercaría a él y le cogería la mano, y apoyaría la cabeza en su hombro y le pediría que la perdonase por su mal humor. «Si te casases conmigo, Fanny-Rosa —diría él cariñosamente—, entonces siempre me tendrías cerca para animarte cuando lo necesitaras...».

Ella no diría nada; se quedaría a su lado, silenciosa, con las manos puestas sobre sus hombros, paseando la mirada desde los cerros próximos a Andriff a la bahía de Mundy, y le sonreiría, y le reiría, y él se sentiría conmovido hasta el fondo del alma, y sólo anhelaría sumirse más y más en su amor loco. Entonces ella, separándose, diría: «Haz correr otra vez a los perros. Quiero verlos correr. Creo que *Hotspur* es, como dices, el mejor».

Y un momento después estaría discutiendo con vivo interés las cualidades de los galgos, haciendo preguntas sobre la temporada de otoño que se aproximaba; y él sería feliz, y, sin embargo, estaría desconcertado, preguntándose qué habría dentro del pensamiento de ella y si sentiría algún interés por él, y si todo este juego y

provocación no serían sino para pasar el tiempo, que de otro modo se le haría pesado.

La próxima vez que la viese ella se mostraría de nuevo indiferente. No pensaría más que en alguna fiesta que hubiera habido en Mundy House, la casa de su tío, que estaría llena de invitados, uno de ellos, sin duda, aquel primo suyo del que había oído hablar a Elisa; y apenas tendría nada que decirle a John; y le haría sentirse tratado como plato de segunda mesa, como un muchacho soso que no sabía hablar más que de perros y de carreras. Entonces él se encerraría en su cuarto o se iría en su balandro hacia la Isla de Doon, y no volvería a la hora de comer, como tan a menudo lo había hecho en su niñez, y cuando volviese daría una disculpa cualquiera, y se dejaría caer en una butaca y cogería una revista deportiva.

Jane y también Bárbara adivinaban lo que le pasaba y le dejaban solo; pero día tras día, durante todo el verano, su padre empezó a impacientarse con su hijo, que nunca se interesaba por las minas, nunca se preocupaba de las fincas, y, al parecer, pasaba todo el tiempo en correr tras de sus perros por los campos baldíos de Andriff, y que cuando se decidía a estar en casa a las cinco para comer permanecía sentado, mohíno y silencioso durante toda la comida, o, por el contrario, bebía demasiado oporto, y decía insensateces sobre la política de la comarca, de la que sabía menos que nada.

Una tarde en que John había estado aún más ensimismado de lo corriente y no había dado la menor muestra de interés cuando su padre habló de que la mina nueva, sobre el camino de Mundy, sería muy probablemente la más productiva de las tres, le dijo:

—Es una suerte para ti, querido John, que mis trabajos en estos últimos nueve años hayan sido tan fructíferos, que en vez de ser el malaventurado superviviente de un propietario rural arruinado te encuentres a los veintiocho años heredero de una considerable propiedad y de una considerable fortuna, por las que no has tenido necesidad de realizar personalmente el menor esfuerzo, y que, por lo visto, nunca lo realizarás.

Hubo un silencio en la mesa. Jane miró fijamente a su plato, y Bárbara y Elisa siguieron comiendo visiblemente nerviosas. John se ruborizó. Sabía que había sido negligente; pero el oporto se le había subido a la cabeza y no se dio bien cuenta de lo que decía.

—Tiene usted razón, *sir* —dijo—, soy endiabladamente afortunado. Que surja largo tiempo el cobre de las entrañas de Monte Bravo. Bebo a su salud, *sir*, y a la del viejo Morty Donovan, cuya muerte facilitó tanto las cosas para todos nosotros.

Hizo una inclinación de cabeza a su padre y se bebió el vaso de un golpe.

Elisa dejó oír una tosecilla.

Copper John se levantó.

—Lamento —dijo— que parezcas haber dejado tu buena crianza en las perreras de tus galgos. Buenas noches.

Y salió del comedor dando un portazo.

Las hermanas se miraron horrorizadas unas a otras.

—¡John! ¿Qué has hecho? —exclamó Bárbara—. Padre nunca te perdonará. ¿Qué es lo que te ha pasado?

—Qué ocurrencia, hablar de Morty Donovan —dijo Elisa—, el único tema que todos hemos siempre evitado. No cabe duda que la has hecho buena. Me parece que lo mejor que podías hacer era volverte a Londres. Además, has derramado el vino en el mantel; quedará la mancha.

Jane había empalidecido y estaba a punto de llorar.

—Mejor sería que no empeorases las cosas, Elisa —dijo—. ¿No ves que John está anonadado?

—¿Anonadado? —dijo Elisa, burlona—. ¿Por qué ha de sentirse anonadado John? Quisiera saberlo. Desde luego te pondrás de su parte; siempre lo has hecho. Se hace el desentendido con tu ridícula pasión por el teniente Fox, y, sin duda, te sirve de intermediario.

—¿Qué tiene que ver el teniente Fox con lo que acaba de pasar? —dijo Jane.

—Por favor, por favor —dijo Bárbara—; es absurdo que saquéis de cualquiera cosa pretexto para pelearos. Querido John, sé que no has sabido lo que has dicho y que mañana pensarás de modo muy diferente.

Le besó dulcemente y salió de la habitación. Elisa se fue detrás. Jane se sentó junto a su hermano. Él alargó la mano hacia la botella; pero Jane la puso fuera de su alcance.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Y como no la contestaba, dijo cariñosamente:

—¿Es por Fanny-Rosa?

Le cogió una mano.

—Mira —dijo—, comprendo lo que te pasa, porque lo mismo me sucede a mí. No estoy apasionada por Dick Fox; apasionada es una palabra tan fea, tan estúpida... pero siento mucho cariño por él; y aunque sé que le gusto y que también me quiere, dice que tendrá que irse al extranjero el día menos pensado y que los militares no deben casarse jóvenes.

John la sentó en sus rodillas.

—¡Mi pobre Jane monina! —dijo—. Qué bruto egoísta soy, pensando sólo en mis propios sentimientos malditos y nada en los tuyos. ¿Cómo se atreve ese imbécil a jugar con tu cariño? ¡Me dan ganas de ajustarle las cuentas!

Jane se rió, a pesar de sus lágrimas.

—Ya saliste tú —dijo ella—; no aguantas en mi Dick la misma conducta que tú soportas de Fanny-Rosa. A ninguno se puede censurar realmente. ¿Por qué un muchacho de su edad, que ha de prestar servicio en el extranjero, ha de cargar con una esposa? ¿Y por qué Fanny-Rosa ha de casarse ya si no tiene gana?

—Tienes más paciencia que yo —dijo John—. Creo que esperarías contenta a Fox durante años, y no por esto te volverías ni una pizca más mala. Si yo tengo que

esperar mucho más tiempo a Fanny-Rosa, no sé si lo voy a poder aguantar.

—Estoy segura de que te quiere —dijo Jane—. La he visto mirarte. Pero, ves, es tan bonita y está tan mal acostumbrada por ese padre absurdo que tiene y por todos los muchachos que ha conocido en el extranjero, que ha de necesitar tiempo para decidirse. El matrimonio es una cosa muy seria para la mujer.

Durante un momento John se preguntó si la debería contar sus dudas sobre Fanny-Rosa y Henry, y las viejas desconfianzas que había tratado de enterrar en su pensamiento, y decidió entonces que no podía confiar sus cavilaciones ni aun a Jane. Eran cosas demasiado personales e íntimas; demasiado profundamente dolorosas, para sacarlas a luz a aquella hora tardía, ante la pobre Jane dolorida y estando él bastante ebrio.

—Mira —dijo Jane con dulzura y llenos de sabiduría sus grandes ojos negros—, lo que voy a decir es muy inconveniente, y casi no sé cómo decirlo; pero creo que Fanny-Rosa tiene una naturaleza muy ardiente y apasionada, y que si te atreves a ser con ella un poco más audaz quizá ella haría..., haría lo que tú desees, y se vería obligada a casarse contigo.

John sintió que una ola de calor le invadía. ¡Cielos!, que Jane, su hermanita, tan seria y comedida, hubiera tenido el mismo pensamiento que tan frecuentemente le había venido a la cabeza.

—Y tú —murmuró, mirándola con los párpados medio cerrados— no cumples los dieciocho hasta dentro de tres semanas.

—¿No te habré escandalizado, verdad? —preguntó ella, vacilante.

—¿Escandalizarme? No, Jane, no me has escandalizado. Sólo pensaba hasta qué punto pueden desconocerse dos personas. Dios te bendiga. No olvidaré tu consejo; pero dudo que diese buen resultado.

Jane se levantó de sus rodillas y le pasó la mano por el pelo.

—No te preocupes más —dijo—. Piensa que todo saldrá bien. Tengo el presentimiento de que será así y sabes que mis presentimientos generalmente aciertan.

Entonces Jane salió de la habitación y corrió escaleras arriba para unirse a sus hermanas. John se sirvió lo que quedaba del oporto y trató de prepararse para la entrevista con su padre. Comprendía que tenía que disculparse, y que cuanto antes lo hiciese sería mucho mejor. El único camino posible de hacerlo era tomar fuerzas primero, tartamudear unas cuantas palabras, prometer enmendarse en el futuro y salir después de la biblioteca lo más de prisa posible. Thomas se había asomado ya dos veces a la habitación, con deseos de levantar la mesa; no podía dejar pasar más tiempo. Se preguntaba qué le diría a su padre y cómo formularía su súplica de perdón sin resultar torpe, ni como forzado, ni enteramente estúpido. Se levantó de la silla y marchó con cuidado desde el comedor a través del vestíbulo hasta la biblioteca. La puerta, desde luego, estaba cerrada. Dio en ella un golpecito, y al oír la voz de su padre, que decía «Adelante», abrió la puerta y entró. Su padre estaba sentado



despachando la correspondencia, y John recordó los viejos días del colegio, cuando había cometido alguna falta y había de esperar castigo. Su padre ni siquiera le miró.

—Bien, ¿qué pasa? —dijo brevemente, atento a unos papeles que manejaba.

—Creo que he hablado demasiado precipitadamente en la comida, *sir* —dijo John—. Siento muchísimo haber dicho algo que pueda haberle ofendido.

Copper John no contestó inmediatamente. Puso a un lado los papeles y, volviéndose en la silla, miró a su hijo de una forma muy semejante, le pareció a John, a como solía mirarle el director en el colegio de Eton.

—No me has ofendido, John —dijo—, me has decepcionado. Cuando Henry murió, había esperado que tú y yo nos uniríamos más íntimamente. No lo hemos hecho, y no creo que es mía la culpa.

Hizo una pausa, y John comprendió que esperaba que él contestase.

—Lo siento, *sir* —dijo.

—Tu hermano demostró un vivo interés en todo lo concerniente a las minas —continuó Copper John—, y antes de su grave enfermedad me acompañaba con frecuencia a la oficina de Nicholson, donde los tres examinábamos los asuntos y alguna que otra vez hacía sugerencias que tanto Nicholson como yo encontrábamos útiles. Creo que tengo razón para decir que ni una sola vez desde que volviste a casa te has ofrecido para venir a la mina conmigo. Aquí, en Clonmere, demuestras el mismo espíritu de desgana. Hay mucho que hacer en las fincas. Ned Brodrick celebraría contar con tu ayuda; pero me dice que te ha visto muy poco o nunca. Es incomprensible para mí, que tengo cada minuto del día ocupado con unos u otros trabajos, cómo te las arreglas para invertir tu largo y, si puedo decirlo así, incorregible ocio.

El director otra vez, pensó John. Cuántas veces, en Eton, había oído estas mismas palabras. Y el mismo antiguo sentimiento de exasperación obstinada le invadió, como solía sucederle cada vez que se aludía a su ociosidad.

—Aun mientras estabas en Lincolns Inn —continuó su padre— el trabajo que realizaste en seis meses lo podría haber hecho yo en seis días, a tu edad.

—Somos muy diferentes, *sir* —dijo John—. Usted tiene una capacidad natural para el trabajo. Yo no la tengo. Ya que estamos hablando con franqueza, puedo también confesar que me desagrada intensamente hacer algo para lo que no tengo habilidad.

Copper John le miró sin comprenderle. Después se encogió de hombros, como si fuese inútil seguir hablando.

—Ya tienes veintiocho años, John —dijo—; tu carácter está formado, y no puedo decir más. Eton, Oxford y Lincolns Inn han hecho muy poco por ti. No puedo menos de sentirme desilusionado cuando veo que mi único hijo superviviente arroja al viento su cuidada educación y las amplias oportunidades que ha tenido para hacerse miembro consciente y seriamente útil de la comunidad, y en vez de aprovecharlas, hace suyas todas las faltas y defectos que tan marcadamente son características

nacionales de este infortunado país nuestro. Sólo me queda esperar que no caigas tan bajo como nuestro vecino Simón Flower.

«Si siquiera, pensó John, tuviese usted algo de la tolerancia de Simón Flower, algo de sus encantadoras maneras y generosidad, algo de su capacidad para comprender que a los jóvenes les gusta que se les deje desarrollar su propio modo de ser, nos llevaríamos mejor de lo que ahora nos llevamos».

—Este país —dijo Copper John— podría ser un país grande y un país espléndido si sus habitantes tuviesen iniciativa y sentido de la responsabilidad. Desgraciadamente, carecen de estas dos cualidades, y también temo que te falten a ti.

—Quizá —dijo John— no desean ver a su país ni grande ni espléndido.

—Y entonces, ¿qué es lo que desean, por los clavos de Cristo? —gritó Copper John con súbita cólera—. Ya que tú eres uno de ellos, quizá me puedas iluminar. Durante cerca de cuarenta años he estado tratando de averiguarlo.

John se sintió de pronto lleno de compasión hacia aquel padre con el que tenía tan poco en común, y a quien ahora veía por primera vez, no como un gran triunfador, no como el director de las ricas minas de cobre y propietario de excelentes fincas, sino como un viudo solitario que había perdido a su hijo favorito y estaba profundamente desilusionado por el segundo, y que, a pesar de todo su mucho trabajo, laboriosidad y concentración, no había sabido comprender ni agradar a sus propios compatriotas.

—Hablando por mí mismo, *sir* —dijo John—, diré que no deseo otra cosa sino que me dejen en paz. Si los demás habitantes del país piensan y sienten lo mismo, es cosa que no sé.

De nuevo su padre se encogió de hombros. Estaba claro que ellos dos no hablarían nunca el mismo lenguaje.

—Dime —dijo—, ¿piensas alguna vez en la vida en algo que no sean tus galgos?

«Y suponiendo, —pensó su hijo—, que yo le diga la verdad; suponiendo que yo le hiciese una confesión de todos los pensamientos que ocupan mis horas de vigilia: cómo odio las minas por la fealdad que han traído a Doonhaven, porque significan el progreso y la prosperidad, y cómo no puedo pasearme por la finca mientras él viva y sea dueño de ella, porque no puedo tomar interés por una cosa que todavía no poseo y que no es sólo mía, y cómo estoy actualmente de mal humor y con malos modales y más que un poco bebido, porque mi pensamiento y todo mi ser necesitan a Fanny-Rosa, la hija de un hombre al que él desprecia; y que la única cosa que en este momento me importa es si será mía o no; y, si lo fuera, si ella fue también de mi hermano muerto; suponiendo que hiciera confesión de todas estas cosas, ¿qué haría él sino mirarme espantado y mandarme salir del cuarto y posiblemente también de la casa? Es mejor callar».

—A veces, *sir* —dijo—, pienso en los peces de la caleta y en las liebres de Monte Bravo; pero principalmente me interesan mis galgos.

Copper John volvió a sus papeles.

—Siento —dijo secamente— no tener tiempo ni sosiego para unirme a ti en tus

ocupaciones. Como parece tener poca utilidad el prolongar esta entrevista, te deseo muy buenas noches.

—Buenas noches, *sir*.

Y John dejó la biblioteca y lentamente subió las escaleras hasta su cuarto en la torre. Había pedido disculpa; pero sabía que la escisión entre él y su padre era mayor que nunca.

### 3

El decimoctavo cumpleaños de Jane cayó en la tercera semana de agosto, y se decidió celebrarlo. El retrato estaba terminado y colgado en el comedor, y Bárbara pensó que podían enviarse invitaciones a sus diferentes amigos de las cercanías para venir a ver el retrato en el mismo día del cumpleaños. La docena de personas primeramente invitadas se aumentó rápidamente a treinta, como suele suceder en esos casos, y entonces Copper John se preguntó, ya que había ido tan lejos, si no podían extenderse para que abarcasen a todos los arrendatarios de Clonmere, para quienes se podían preparar refrescos en el parque delante del castillo, pues desde luego ellos no deberían mezclarse con los huéspedes de la casa. Algo similar se había hecho cuando Henry llegó a su mayor edad; y Ned Brodrick estuvo conforme en que aquella deferencia podía inducir a los que estaban retrasados en la renta a estimarse obligados a pagar algo.

—Es un consuelo —dijo Elisa a Bárbara— que ya no estemos de luto por el pobre Henry, pues de otra forma hubiéramos parecido cuervos errando de un lado para otro con nuestros trajes negros.

—Si hubiéramos estado todavía de luto —replicó Bárbara con suavidad—, nunca hubiéramos pensado en fiesta alguna, y estoy segura que Jane tampoco lo hubiera querido.

—El traje que me hice en la última Navidad, antes de la muerte de Henry, no lo ha visto nadie en la comarca —continuó Elisa con satisfacción—, aunque me lo puse una o dos veces el invierno pasado en Bronsea y en Cheltenham, cuando fuimos a pasar una semana.

—Espero que no sea blanco —dijo John, que había estado oyendo, no sin divertirse, los planes y preparativos—. Tanto tú como Bárbara sois muy morenas para el blanco. Jane tiene la piel blanca, y la sienta bien.

—Estoy segura de que no soy morena —replicó Elisa—. Siempre he entendido que soy la más rubia de la familia. En todo caso, no tengo pecas en la nariz como Fanny-Rosa Flower.

—Las pecas de Fanny-Rosa la sientan muy bien —dijo Jane—. Me gustaría tener unas pocas. No nos enfademos o irriteos ninguno por la perspectiva de mi cumpleaños. Estoy resuelta a divertirme, y quiero que todos los demás hagan lo mismo. Llevará el traje que tengo en el retrato y el mismo collar de perlas, y si Bárbara puede convencer a Dan Sullivan para que venga y toque el violín, dirigiré el rigodón yo misma, contigo, John, de pareja. No creo poder convencer a padre para que sea mi pareja ni aun en mi decimoctavo cumpleaños.

—Me sentiré muy honrado, señora —dijo John inclinándose—; pero estarás tan asediada por toda la guarnición de la isla de Doon, que vuestro amante hermano no logrará llegar hasta vuestra gentilísima persona.

Por fortuna, hizo muy buen tiempo el día de la fiesta. Los colonos comenzaron a

llegar un poco antes que los invitados del castillo. En la mayoría de ellos se adivinaba cierto recelo en cuanto a la invitación; suspicaz recelo que procuraban disimular haciendo los mayores esfuerzos y prodigando con ese fin sonrisas, inclinaciones y cortesías y felicitaciones de burda exageración por el buen día que hacía, por el honor que el señor les hacía y la grandísima belleza y sobresalientes cualidades de las tres *Misses Brodrick*.

Bárbara se había ocupado de que los refrescos para los de «fuera» fuesen de una naturaleza tan sustanciosa como fuera posible, sin invitar al exceso, y no pasó mucho tiempo antes de que cada hombre, mujer o niño de las fincas de Clonmere metiese una mano ansiosa en las viandas. Ned Brodrick, el administrador, se movía entre ellos vestido con una vieja casaca de terciopelo azul que había pertenecido a su padre, padre también de John Brodrick. Esta casaca se la ponía sólo en las grandes ocasiones, como bodas o funerales, y con ella un enorme sombrero de copa de, anchas alas. El festejo de aquel día era muy de su agrado, pues le gustaba moverse entre los colonos, mostrándose por turno, con cada uno, conforme o compasivo —lo que resultase en cada caso más grato para el interesado—, y manteniendo los oídos bien abiertos a cualquier chisme que él pudiera propagar con propia ventaja, y de este modo provocar más chismorreos.

—Master John —dijo a su sobrino natural, con su voz temblorosa y sonriente—, tiene usted el mejor aspecto que le he visto en mi vida, y ésta es la verdad solemne. Qué gran clase de deporte está usted haciendo con sus galgos. Todo el país habla de ellos, según he oído en Mundy.

—Algo he de hacer con mi tiempo, ¿no es eso, Ned? —dijo John, recordando que apenas una semana antes el adulator había estado quejándose a su padre de que «Master John no le ayudaba en la finca».

—Algo tiene usted que hacer, desde luego —contestó el gran hipócrita—. Sólo quisiera que mis piernas fueran un poco más jóvenes para poder ir con usted. Y qué gran persona es *Mr. Simón Flower*, que le permite guardar sus perros en sus perreras. Y su hija no es menos buena que él.

—*Miss Flower* vendrá esta tarde —dijo John—. Mejor será que le ofrezca directamente sus elogios.

—¡Ah! Ahora se burla de mí, Master John —dijo Ned con una falsa familiaridad jovial—. ¿Qué tendría que decir *Miss Flower* a un viejo como yo? Mire a *Miss Jane* ahora; se diría que es su pobre santa madre resucitada; todos lo dicen aquí.

Y él se fue hacia Jane, olvidando que dos minutos antes había jurado, a un muy acalorado arrendatario, que *Miss Jane* siempre había sido y siempre sería fea.

John se rió y se acercó al camino por donde habrían de llegar los coches; y pensó qué sabia filosofía era ésta de su tío Ned, de acomodar su conversación y su humor al de quienquiera que se cruzaba en su camino, de tal modo que a, nadie ofendía nunca, y que por falsas que fueran sus efusiones, por lo menos lo hacía con una sonrisa en su larga y delgada cara y con verdadero esfuerzo para siempre agradar y nunca llevar la

contraria.

Los invitados del castillo comenzaban ya a llegar. Tres botes llenos desembarcaron en la caleta, y de ellos saltaron los jóvenes oficiales de la guarnición, todos elegantes con sus uniformes como si estuvieran pintados, y John se dio cuenta de que la sombrilla de Jane se agitaba mientras permanecía junto a su padre sobre el césped delante del castillo. No tardó en verse rodeada, y el pobre doctor Armstrong, que había estado aprovechando anhelosamente unos cortos minutos antes de que el grupo llegase, se encontró fuera del círculo y se vio obligado a entrar en la casa y mirar en vez de a ella a su retrato. Bárbara estaba aquí, allá, en todas partes, cuidando de que no hubiese nadie sin un emparedado, un trozo de tarta o un vaso de vino, mientras Elisa no demasiado cómoda en el traje que había llevado en Cheltenham, y que se le había quedado estrecho, hubo de contentarse con el más vulgar y menos interesante de los oficiales que no logró abrirse camino para ponerse cerca de Jane.

John había llegado ya al parque cuando vio llegar por la calzada los caballos que esperaba. Fanny-Rosa venía un poco delante del lacayo que la acompañaba. Vestía un traje verde que hacía juego con sus ojos y llevaba un ridículo gorrito de paja que no cubría sus cabellos castaños.

—Mamá les ruega que la disculpen —dijo tendiendo la mano a John—. Dijo que no podía salir tan pronto después de la muerte de mi abuelo. A papá y a Matilde les dejé jugando a las cartas en caballerizas con el cochero y tu mozo. Por eso no me acompaña más que el lacayo esta tarde. Les dije que viniesen todos y se trajeran las cartas, pero prefirieron quedarse en casa. Además, Matilde no tiene vestido.

—Y si lo tuviese —repuso John— no sabría lo que hacer con él. Recuerda que la primera vez que te vi estabas sin medias y con el pelo suelto sobre la espalda.

—Sí, John, y también me has visto luego sin nada —contestó Fanny-Rosa—. ¡Oh!, no te ruborices, no frunzas el ceño ni muevas la cabeza de ese modo. El pobre Nobby es sordo como una tapia. Y dime: ¿qué vamos a hacer, además de admirar el retrato de Jane y de beber el vino de Bárbara?

—Bailaremos el rigodón al son del violín de Danny Sullivan.

—No creo que me guste. Preferiría bailar con las enaguas por encima de las rodillas, como las mozas en el mercado de Andriff.

—Hazlo entonces. Pero, para mí solo; no delante de los oficiales de la guarnición.

—A ellos les divertiría mucho.

—No lo dudo. Pero si les enseñas las enaguas, iré por mi escopeta y dispararé contra ti.

John había continuado su marcha junto al caballo hasta llegar a los árboles de detrás de la casa, en donde el sendero se dividía. Uno de sus ramales conducía a la parte trasera de las cuadras. Llevaron los caballos al corral y allá los dejaron con el lacayo. Fanny-Rosa, después de desmontar, entró por la puerta trasera del castillo y subió a cambiarse de traje. Antes de cinco minutos había bajado, más fascinadora que nunca, y colgándose del brazo de John con un aire de posesión que a él le encantaba,

se dirigieron al comedor para contemplar el retrato. La estancia estaba llena de gente que comía, bebía y admiraba el parecido de Jane. A John le divertía observar cómo los modales de Fanny-Rosa en público se diferenciaban de los que adoptaba cuando estaba sola con él o entre su familia de Andriff. Allá, en su casa, se mostraba despreocupada e impaciente: aquélla era la Fanny-Rosa alocada y voluntariosa que tan cerca estaba de su corazón; pero aquí se ofrecía cortés y afable y hasta con toques de gran dama en su porte.

—Cuando está como ahora, Clonmere resulta precioso —le dijo a John—. Me gusta ver gente en la finca y la casa llena. Le da vida y alegría. ¿Por qué no va de librea tu criado? Los nuestros la llevan siempre. Resulta mucho mejor que esa chaqueta negra.

—Estamos demasiado lejos de la civilización para tanto —respondió John sonriendo—. Escucha, ahí tenemos a Dan Sullivan tocando el violín. Vamos a divertirnos.

Habían desocupado el salón, y Bárbara, sentada ante la espineta con Dan Sullivan junto a ella, se lanzaba a los primeros compases del rigodón. Su compañero filarmónico, más acostumbrado a las alegres tonadillas de una danza campestre que al ritmo majestuoso que se le exigía, se esforzaba en mantener el tiempo lento que marcaba *Miss Brodrick*, y el resultado, aunque hubiese sido escasamente propio de los salones de Bath, tenía cierta vivacidad no ingrata de escuchar. Jane, sofocada y feliz, se había olvidado de su invitación a John y permanecía en un extremo del salón frente al irresistible teniente Fox, y John, riendo, tendió la mano a Fanny-Rosa. Aquel espectáculo de juventud y belleza, los hermosos vestidos de las damas y las casacas escarlata de los jóvenes oficiales de la guarnición eran demasiado para Dan Sullivan. El violín se emancipó de él por completo. Tras la primera figura quedó olvidado el rigodón, y pronto zumbaron en el aire los alegres sonos de una danza, tan contagiosos en su incitación a la pirueta, que rápidamente se esfumó en el aire el decoro y la propiedad. Los oficiales cogieron a sus parejas por la cintura, y hubo una dispersión general entre silbidos, cantos y risas, «pues a todo el mundo —como decía la vieja Martha, que contemplaba el espectáculo desde la puerta abierta— le gustan los mozos y las mozas en la feria de Kileen». La generación madura, meneando la cabeza, se retiró, bajando al comedor. Copper John, seguro de que nada verdaderamente lamentable podría ocurrir mientras Bárbara permaneciese ante la espineta, se retiró a la biblioteca con un par de amigos y cerró la puerta a los sonos del bullicio.

Las sombras de la noche estival trepaban por los muros del castillo, y tras Monte Bravo surgió una luna inmensa que rutiló sobre la ensenada. Dan Sullivan continuaba tocando como un poseso, y por las ventanas abiertas del salón bajaba hasta el campo el sonido de su alegre música. Se transmitió la locura a los que estaban fuera, hartos de comida y de licores, y a poco las muchachas se habían desprendido de sus chales y de sus zapatos, los jóvenes se habían quitado las chaquetas y todos bailaban a la luz de la luna ante los muros grises del castillo.

Uno de los oficiales fue el primero en advertirlo desde la ventana.

—Ven —le gritó a su pareja—, mira cómo ha cundido nuestro ejemplo.

Y al instante se llenó la ventana de caras sonrientes y manos que se agitaban. Fanny-Rosa, sofocada y luciendo en sus ojos aquella mirada traviesa que John ya conocía, se volvió hacia él para decirle:

—Vamos a bajar y bailar descalzos sobre la yerba, como ellos.

El doctor Armstrong murmuró que quizá habían bailado todos bastante aquella noche y que ir a dar cabriolas a la luz de la luna no sería exactamente lo adecuado.

—¡Qué lata con lo adecuado! —respondió Fanny-Rosa, cogiendo de la mano a John—. Nos fastidia la existencia. ¡Vamos, seguidme todos!

Y corrieron escaleras abajo, atravesaron el vestíbulo y salieron al aire libre vestidos de gala, estrujados contra los uniformes; apresadas las manos, cubiertas con mitones, por otras ocultas bajo el guante blanco, mezclándose de tal modo con los animosos ocupantes del césped, que aquello brillaba como una alfombra de plata mágica y misteriosa bajo la blanca luna. Invitados y moradores, hombres y doncellas, estirados oficiales y damiselas altivas, bailaron como seres salvajes venidos del otro lado de las montañas, como si la luna hubiera dejado caer un hechizo sobre todos ellos; y sólo cuando la luna estuvo muy alta en el cielo, alumbrando con su resplandor la Isla de Doon, Dan Sullivan, con el rostro lleno de sudor, dejó caer el violín y abatió la cabeza sobre sus brazos descaecidos, y los seres mágicos que nacieron al conjuro de su varita volvieron a ser mortales una vez más, con sus cuerpos cansados, dolorosos los pies, desgredado el cabello y sus rostros encendidos.

Uno a uno, fueron desapareciendo las gentes, riendo, refunfuñando o suspirando, y todos con el recuerdo de «la puesta de largo de *Miss Jane*», como tema de comentario para más de un día venidero. Se pidieron los carruajes para los invitados, los botes para los oficiales de la guarnición, y John Brodrick de Clonmere, que, por espacio de unas horas, había visto su castillo vuelto a la barbarie, permaneció de pie frente a la puerta, despidiendo a sus amigos con un «¡Buen viaje!» más sincero que cordial.

—Ni una vez más —dijo con firmeza—, ni una vez más.

Y Bárbara y Elisa, molidas y agotadas, encontraron fuerzas suficientes para saludar y sonreír a los que partían, en tanto que Jane, rebelde todavía, desaparecía sobre la yerba para dar las buenas noches al teniente Fox.

En la cuadra, John y Fanny-Rosa se inclinaban sobre la figura durmiente del lacayo del castillo de Andriff. Estaba completamente ebrio y totalmente imposibilitado.

—Imposible que me acompañe a mi vuelta —dijo Fanny-Rosa riendo, vestida de nuevo con su traje verde y llevando el sombrero colgando de las cintas.

—Te acompañaré yo en su lugar —dijo John—, y la luna nos alumbrará todo el camino.

Ella alzó su mirada hasta él y sonrió.



—Antes de que estés siquiera en tu silla habré llegado a casa.

Y sacando el caballo, montó en él, cogió las riendas, sacudió la fusta ante el rostro de John y salió galopando de la cuadra con la cara vuelta hacia él y riéndose por encima del hombro. John le gritó a Tim que le ensillase el caballo, y a los pocos minutos corría tras ella, llevando a su lado al caballo del lacayo. Fanny-Rosa, al verse perseguida, puso su cabalgadura al galope y aumentó sus risas. Él siguió tras ella, atravesó la puerta, continuó carretera adelante hasta atravesar Doonhaven, y sólo cuando ella aflojó las riendas por debajo de Monte Bravo consiguió alcanzarla.

—Te podías haber roto la cabeza —dijo él— a ese paso del diablo.

—El diablo mira por los suyos —le respondió—, y no hubiese permitido que me extraviase. ¡Oh, John, mira la luna!...

Por debajo de ellos se extendía la bahía de Mundy como una lámina de plata, y Monte Bravo se alzaba misterioso y blanco sobre la carretera.

—Vamos a subir a los brezos —dijo John.

Los caballos dejaron la carretera y subieron por la senda que siguieran un día, hacía casi dos años: el día de la gira. Entonces el sol quemaba las hierbas de Monte Bravo, y el ardor del día se pegaba a las rocas y a los brezos. Esta noche todo estaba inmóvil y silencioso a la suave luz de la luna. John saltó de su caballo y le ofreció los brazos a Fanny-Rosa para colocarla en el suelo. Ella apoyó el rostro contra el suyo y le rodeó el cuello con los brazos. La condujo hasta el brezal y se echó junto a ella, contemplado su cabello plateado.

—¿Has sido feliz hoy? —le preguntó.

Ella no contestó. Le acarició el rostro con la mano y sonrió.

—¿Me querrás algún día? —volvió a preguntar él.

Ella le atrajo más cerca de sí y dejó sus manos sobre los hombros de él.

—Te querré ahora —contestó.

Él la besó los ojos cerrados, el cabello y los labios, y mientras ella suspiraba pegada a él, una vez más le asaltó el pensamiento de Henry, como una sombra, inesperadamente, y conservándola aún contra sí a la luz de la luna, le dijo:

—¿Besaste así a Henry cuando salió de Nápoles para ir a morir a Sens?

Ella abrió los ojos y se le quedó mirando fijamente.

En ellos pudo leer él pasión, deseo y profunda extrañeza. —¿Por qué me lo preguntas?— respondió—. ¿Qué tiene que ver tu hermano Henry contigo y conmigo? Él ha muerto y nosotros vivimos.

Ocultó su rostro contra el hombro de John, y todas las dudas y celos que le habían atormentado se borraron en la inmensa pasión y en la ternura que sintió por ella. «Nada importaba —pensó— sino aquel anhelo que era de los dos y sólo de ellos en aquella noche bajo la luna de Monte Bravo». El pasado había de enterrarse y olvidarse; el futuro era un nimbo de esperanza y bendita certidumbre, y el presente que les envolvía en aquel instante era una alegría tan intensa y tan hermosa, que su propia fuerza destruiría los fantasmas recelosos de su triste espíritu.

Carta de John a su hermana Bárbara desde el castillo de Andriff, fechada el 29 de septiembre de 1839:

«Mi querida Bárbara:

*He advertido a Mrs. Flower que mi padre se ve obligado a salir para Bronsea inmediatamente; mejor dicho: que le es absolutamente necesario estar ahí el 1 de noviembre, y ella ha fijado el día 25 del mes que viene para arreglarlo todo. Fanny-Rosa y yo habremos de marchar a Clonmere ese mismo día. Como no dijo nada de tu permanencia, no quise plantear el problema, sobre todo puesto que Fanny-Rosa habla de ir a Inglaterra al mes después de que nos casemos. Me alegro que se haya decidido por Clonmere primero, por muchas razones. Ella espera que tú seas la madrina. Nos casará en Mundy el reverendo Sadler y marcharemos en seguida. ¿Podría quedarse Martha un mes con nosotros? Sería una gran comodidad, y tú podrías pasarte sin ella durante ese tiempo. Pregúntaselo, y también a Thomas, si quisiera quedarse de criado con nosotros. Si está dispuesto a ello, le pondría librea inmediatamente. Mrs. Flower ha accedido a dejarnos su doncella por un mes. Siento que no haya propuesto que te quedases tú; pero mi pesar está compensado al pensar que he de veros a todos en Lletharrog. La necesidad de que nuestro padre esté en Bronsea para primeros de noviembre me ha ahorrado por lo menos tres semanas de espera. Confío en que no se opondrá a permanecer tanto tiempo, sobre todo porque si cambia de idea y se va antes, se estropearía todo otra vez. Del lunes en tres semanas no es demasiado tiempo.*

*Entérate de si la mujer de la isla sabe cocinar y de si podría venir por un mes. Si dice que sí, podríamos traerla un día y probar sus guisos. Debes escribir en seguida a Miss Grazely, para que te haga un vestido. ¡Que no sea blanco! Pero sí muy elegante. Seguro estoy de que no te negarás a aceptarle de quien, sean cualesquiera las culpas que puedan imputársele en su vida, no puede, al menos, acusarse de falta de afecto por ti ni por el resto de la familia. Quisiera que padre no demorara el encargarse inmediatamente que pinten el landó y lo tapicen como el milord, poniéndole escudo de armas y cortinillas carmesí, y que lo terminen cuanto antes. Desearía poder tenerlo para nuestro regreso a Clonmere —no me gusta llevar a Fanny-Rosa en un calesín—, y lo podríamos mandar fácilmente a Lletharrog. No me escribas si no tienes algo extraordinario que decirme, pues aquí se pierden con frecuencia las cartas, y no hagas ninguna referencia a que padre habrá terminado para el primero de noviembre. Tiempo tendremos de arreglarlo todo el próximo sábado. Para esta fecha estaré en casa seguramente.*

*Te quiere tu hermano,*

*John L. Brodrick»*



John y Fanny-Rosa pasaron todo el primer otoño e invierno que siguieron a su matrimonio en Clonmere, sin ir a Inglaterra, como era su primitivo propósito. La familia permanecía en Lletharrog, y John y Fanny-Rosa tuvieron toda la finca para ellos. Fue aquélla una época de tanta paz y dicha, que apenas si John podía creer en su realidad. Se preguntaba, a veces, si no sería aquello otra de sus secretas ilusiones del pasado y habría de despertar de nuevo a los tristes días de amarga soledad. Pasaba entonces su mirada en derredor de la estancia de la torre y observaba cómo, en el corto espacio de tiempo que llevaban casados, había sido adornada y modificada por las manos de Fanny-Rosa. Quedaban todavía los huevos de pájaros, las mariposas y los cuadros de Eton y Oxford; pero, contra la pared, había ahora una mesa de tocador, con cepillitos de plata y un espejo, y en su armario colgaban unos vestidos junto a sus chaquetas, y debajo de una silla descansaban un par de zapatillas de fieltro. Toda la estancia estaba llena de la personalidad de Fanny-Rosa, y si permanecía sólo en ella, como sabía que estaría en el salón de abajo o en el jardín, tocaba sus cosas con una extraña sensación de entusiasmo y ternura, porque formaban ya parte de su propia vida, y pertenecían a su esposa y al amor que sentía por ella. Era todo cuanto se hubiera atrevido a esperar y más aún. La indiferencia y la frialdad que mostrara con él habían desaparecido y, en su lugar, fluía un caudal de cariño y fervor que no hubiera creído posible. Ya no era indócil ni caprichosa. Era su Fanny-Rosa amante y fiel, contenta de pasar los días sola junto a él, sin otra compañía, y sin esa afectada charla sobre París, Italia o Londres, ni la gente que pudiera encontrar.

—¿Todavía no te has cansado de mí? —le preguntaba él cuando un día lluvioso les obligaba a permanecer en casa.

Ella, entonces, ofreciéndole sus brazos, le contestaba:

—¿Cómo podría cansarme de ti? ¡Te quiero tanto...!

Pensaba él que todo cuanto se hablaba de gustos y ocupaciones semejantes, de desear los mismos libros y poemas, de compartir el mismo deseo de viajar —cosas que se consideran importantes para el éxito de un matrimonio— eran insensateces, inventadas, sin duda, por gentes envidiosas, para impedir que un hombre y una mujer se perteneciesen mutuamente, pues lo único que importaba, y así se lo demostraba Fanny-Rosa día por día, era que el marido comprendiese a la esposa y supiese la manera de hacerla feliz. Era también una gran satisfacción tener a Clonmere para sí y saber que su padre se hallaba al otro lado de la bahía. Contribuía también a su tranquilidad y descanso el saber que la hora de la cena no era cosa de gran importancia, que podía ser a las seis o a las siete de la noche, y que al regresar de pasear por el parque, o de tirar a las liebres o a las perdices en la Isla de Doon, podían dejarse caer rendidos en los sillones del salón, sin verse obligados a penetrar inmediatamente en el comedor a escuchar las preces y a trinchar el asado. Podía dar órdenes a Thomas sin esperar a que fuese su padre quien las diese; podía llenarse el

vaso después de cenar con tranquilidad de conciencia, sin saber que la mirada de su padre estaba fija en la botella. Aquello era la libertad, al fin, libertad en el propio hogar que tanto amaba, y cuando el viejo Ned Brodrick le visitaba para algún asunto relacionado con su hacienda, John le daba palmaditas en la espalda, le hacía entrar y hablaba con él de todo menos del asunto que traía entre manos, de perfecto acuerdo con el visitante.

Todos los criados habían descansado con el cambio de amo. Cuando Baird, el guarda, llegaba los sábados por la mañana a presentar las cuentas del personal externo, encontraba a «Master John» cómodamente sentado en un sillón, con los pies sobre la chimenea, en lugar de verle escribiendo de prisa sobre la mesa, como solía hacer Copper John. Master John le saludaba con una alegre sonrisa y, echando una rápida ojeada a la lista que le entregaba, alcanzaba una llave, abría la mesa y sacaba el dinero que señalaba el total, ante lo cual Baird tomaba nota mentalmente para aumentar la suma en la mitad a la semana siguiente. Y si «Mrs. John» se llegaba al emparrado y cogía las uvas, cosa que tanto hubiera afligido a Miss Bárbara, ¿qué importaba, si ella no estaba allí para verlo y «Mrs. John» gozaba tanto con la fruta?

También Thomas se sentía orgulloso de su librea, y prefería llevar una levita ajustada, que le dijese que la cocinera le juzgaba elegante, servir la cena con una hora de retraso y dar fin a lo que quedaba en la botella, a verse vestido con su antiguo y austero traje negro, tener puesta la mesa al dar las cinco de la tarde y tener que pedir a Copper John la llave cada vez que se necesitaba subir una botella de la bodega.

Todos los días, a principios de invierno de 1830, John se decía:

—De hoy no pasa que vaya a las minas y charle un poco con el capitán Nicholson, aunque no sea más que para que me vean la cara.

Pero todas las mañanas surgía algo que se lo impedía. Se levantaba tarde, quizá porque Fanny-Rosa, que tomaba el desayuno en la cama, le pedía que se lo diese; el caso es que para cuando se ponía de pie y se vestía había transcurrido la mayor parte de la mañana. O acaso el día amanecía fresco y hermoso, a propósito para cazar agachadizas en el pantano de Kileen, y como Kileen estaba en dirección contraria, había que aplazar la visita a la mina. Si la mañana estaba húmeda, pensaba en las pequeñas truchas que se crían en Glenbeigh; sería una lástima dejarlas allí, y la mina muy bien podía esperar un día más. Siempre había una excusa, y ésta también servía para los asuntos de la hacienda. ¿Que surgía otra disputa sobre la división del terreno entre Jack Mahoney y la viuda de Connor? Pues entonces le decía a Ned Brodrick: «Arréglole como mejor le parezca. Yo no sé nada de esas cosas. Déles a cada uno un saco de patatas de las nuestras». Y las únicas veces que él y Fanny-Rosa se aventuraban a alejarse de casa, era para ir de caza a Slane.

Para John, era un inmenso placer tener a su esposa junto a él y observar las miradas de admiración que despertaba, y un gozo también ver su interés por los galgos.

—¿Qué ha sido —decía él sonriendo— de aquella indómita mujercita que corría a caballo por Monte Bravo sin que yo pudiese alcanzarla?

—Ha desaparecido —contestaba Fanny-Rosa—, y su puesto lo ocupa ahora una plácida y latosa criatura. Ya sabes, John, que creo que me parezco mucho a tu galga *Fancy*, antes de tener cachorrillos. Quizá las mujeres seamos como los perros, después de todo, y por eso nos entiendes tan bien a unas y otros.

—Tal vez sea cierto —respondía John riendo—. Necesitan que los mimen y los hagan fiestas para dejarse tratar. Pero no olvides que *Fancy* tuvo al pobre *Hasty*, que es mi único fracaso, porque todavía no ha ganado ni un solo premio.

—No fue culpa suya —dijo Fanny-Rosa—; tuvo un perro flojo por marido. Pero ya verás cómo nuestro hijo llegará a ser el más hermoso y guapo de toda la comarca. Apuesto que será virrey de Irlanda y se casará con una princesa de sangre real.

—Creo, por el contrario —repuso John—, que será un haragán más incorregible que yo todavía.

—Para él ambiciono mucho —añadió Fanny con seriedad—. Te aseguro que pienso en él muy a menudo, cuando estoy echada en la cama por las mañanas, mientras tú estás abajo desayunando. Le llamaremos John Simón, como tú y como mi padre, y será el sostén y el consuelo de nuestra vejez. Tendremos más hijos, sin duda; pero él será el mejor de todos. Confío en que los meses próximos habrán de pasar tan agradablemente como han transcurrido los primeros. Tener un hijo no me parece una molestia tan grande.

—Yo quisiera que los meses pasasen muy despacio —respondió John, acariciándole el cabello—. No olvides que, a finales de marzo, regresará la familia y estará en casa mi padre.

—Ya me las arreglaré con tu padre —contestó Fanny-Rosa.

—No le temo. Tendremos que ser puntuales en nuestras comidas y no tener perros dentro de casa; habré de fingir un interés que no tengo por las minas y hasta acompañarle por las mañanas a Monte Bravo.

—Sí; pero yo te estaré esperando a la vuelta, y eso ya será distinto. Y si viene enfadado, subiremos a nuestro cuarto y nos consolaremos juntos. No dejaré que le amedrentes, te lo prometo. Verá que somos dos a luchar y que muy pronto seremos tres.

—Lo que hay que evitar a toda costa es la lucha —exclamó su marido—. Prefiero pasarme la vida debajo de tierra con los mineros a diez minutos aquí en desagradable discusión con mi padre o con cualquiera.

Así transcurrieron enero y febrero, y llegó marzo con las suaves brisas y los cálidos rayos del sol que derretían las nieves de las cimas de Monte Bravo; de la tierra parda brotaron los nuevos retoños verdes y los altos árboles de los bosques que se alzaban detrás del castillo perdieron su triste desnudez. En los marjales de Kileen comenzaron a florecer las aulagas y hasta el mismo pantano perdió la negra humedad del invierno, en tanto el olor a miel de las aulagas y el viento cálido del mar parecían

arrastrar el sabor a turba de la tierra, mientras la mezcla de colores, ardores y perfumes daban fertilidad al suelo. Algunas veces, John llevaba a Fanny-Rosa en su barca, remando suavemente por la ensenada y las aguas de Doonhaven en busca de los *killigs* que luego les prepararía la mujer de la isla para el desayuno; pero otras, las más de ellas, permanecían descansadamente en el jardín que Jane había formado en la parte alta de la caleta. John, sin hacer nada, como era su feliz costumbre, y Fanny-Rosa dedicada al rico faldón bordado que confeccionaba para John Simón Brodrick. Rápidamente llegó el final de marzo, y el día 31 el viejo cochero Casey y Tim el lacayo partieron para Mundy para traer a la familia por carretera, ya que el vapor no hacía escala en Doonhaven. Y John y Fanny-Rosa se pasaron toda la mañana tratando afanosamente de poner en orden la casa, de echar a los perros del comedor, acostumbrados como estaban a comer en la mesa; de hacer desaparecer del salón los aparejos de pesca y un barreño maloliente para el pienso, y de ocultar los innumerables gorritos de encaje de tamaño de miniatura que podrían llamar la atención, antes de lo preciso, del futuro abuelo Copper John; si bien, como decía Fanny-Rosa, si aquello había de ocultarse tendría que esconderse ella misma.

John se hallaba en las escaleras del castillo, rodeando con el brazo a su esposa y esperando a que le llegase el ruido de las ruedas del coche. Dentro de unos minutos —pensaba— Clonmere ya no será mío, porque viene su amo. Será mi padre quien pasee por el comedor y dé órdenes a Thomas, el que pagará los jornales a los hombres el sábado por la mañana, y yo volveré a no ser nadie otra vez, el perezoso, el hijo segundo que no sirve para nada, de quien se creía que lograría un modo de vivir en Lincolns Inn y fracasó.

Comenzaron a ladrar los perros al camino, se acercó desde la cuadra el viejo Baird, permaneciendo en actitud expectante, y en el recodo de la senda contigua a la ensenada apareció el coche, agitando las manos sus hermanas entre risas y gritos, y John, apretando contra sí a Fanny-Rosa por un breve instante, dijo un mudo adiós al Clonmere que fue suyo.

A la hora de la cena, John volvió a ocupar su sitio de antes a la derecha de Bárbara, que, con la amable bondad natural en ella, quiso que Fanny-Rosa se sentase en el extremo de la mesa. Pero ésta se negó, diciendo que siempre había oído que el lugar apropiado para una desposada era a la derecha de su anfitrión. Dijo esto mirando disimuladamente a Copper John, quien apenas si sabía de su nuera que era la hija de Simón Flower, y por eso se mostraba receloso y la miraba algo de soslayo. Se sentó, pues, junto a él, cerró los ojos mansamente y cruzó las manos mientras Copper John decía las preces, por lo que John, al contemplarla, pensó en lo bien que disimulaba y en cómo se divertiría de todo esto cuando estuviese sola con él en la habitación de la torre. La comida transcurrió agradablemente, y Fanny-Rosa se mostró tan encantadora y atractiva con su suegro que, antes de terminar, ya estaba él de muy buen humor y hasta bromeando con ella sobre la política del país, tema que, generalmente, no producía en él sino excesiva cólera.

—Fanny-Rosa ha triunfado una vez más —pensó John—. Otra conquista a su haber.

Se vio buscando refugio en sus faldas para el resto de su vida, poniéndola delante siempre que quisiera librarse de algún mal.

—¿Ves? —le susurraba Fanny aquella noche—. Conseguiré que el viejo venga a comer a la mano antes de que haya terminado con él.

—No lo creo —dijo John—. Piensa que no debes dedicarte a más de un Brodrick a la vez.

Si la llegada de la familia y la vuelta, una vez más, a la rutina ordinaria de la vida de hogar entristecían y nublaban los cielos de John, no parecían causar efecto ninguno sobre Fanny-Rosa. Charlaba con el padre de su esposo, ayudaba a Bárbara a arreglar las flores, leía versos con Jane y discutía de acuarelas con Elisa, cual si todo esto le resultase tan agradable como el sentarse sola con John, y aunque le agradecía la tranquilidad que ello ponía en su hogar, le llamaba la atención que no pronunciase jamás una sola palabra de nostalgia de la temporada que habían pasado juntos y solos. Ella era una de esas personas que resplandecen y se animan en compañía de gentes, mientras que él se encerraba en sí mismo; y empezó a ver cómo en su futura vida conyugal él se sentaría en un rincón, como antes, un poco alejado de ella, viéndola moverse, hablar y sonreír, soleándose al reflejo de su presencia. Se contentaría con seguir así con tal de que ella no se apartase de él por completo, le permitiese amarla y le amase a él a su vez.

—¿Sabes que miras a Fanny-Rosa como si estuvieses en adoración? —le dijo un día Jane, en un momento en que Fanny-Rosa se dirigía hacia la casa.

—Lo sé —contestó John.

—Debe sentirse muy dichosa de que la quieras de esa manera.

—Creo que no lo sabrá nunca —respondió John—, o si lo llegase a saber, se reiría; no lo comprendería.

—¡Qué alegría tener un niño en casa!... Entre todas las tías, va a salir un niño espantosamente mimado... ¡Ay de mí! Tu Fanny-Rosa es una mujer de suerte.

—¿Qué te pasa, monina? Hace días que no eres la muchacha alegre de siempre. Lo advertí en seguida que volviste.

—No soy más que una simple criatura sentimental, John. ¿Sabes que Dick Fox deja la guarnición y marcha al Oriente?

—No; no lo sabía.

—Está muy emocionado. Eso significa un ascenso, como sabes. Estará fuera algunos años, seis o siete quizá.

—¿Y no quiere casarse contigo antes de marcharse?

—¿Para qué, John? No podría llevarme con él. Tiene veintiún años, y yo acabo de cumplir dieciocho. Para cuando él tenga veintisiete o veintiocho, acaso haya encontrado a alguien que le interese más que yo.

—¿Y vas a dejarle marchar, a decirle adiós, quizá para no volver a verle otra vez?



—No tengo otro remedio. Estará triste durante unos días, recordará a la muchacha del cuadro; pero luego, la emoción del viaje y los nuevos paisajes que ha de ver, la borrarán de su imaginación.

—¿Y tú?

—¡Ah!, de mí no te preocupes. Yo seré la madrina de tu hijito, John; el hada madrina que con su varita mágica le traerá regalos y alejará de su lado a la bruja fea.

Y tirándole un beso, desapareció en busca de Fanny-Rosa, mientras John la contemplaba alejarse, maldiciendo a aquel joven atolondrado, lleno de ambiciones militares, que prefería la sangre y el polvo de las imaginarias batallas del Oriente a la vida con Jane, que tanto amor y ternura podía otorgar a un hombre.

Sin embargo, otras cosas ocupaban su pensamiento, además de la pobre Jane y su malograda novela. Ahora había regresado su padre, y tenía que darle cuentas de su administración durante el invierno y explicarle por qué había aumentado el importe de las facturas. A Ned Brodrick le habían preguntado, y éste daba siempre la misma respuesta: «Míster John dijo que no importaba».

Cuando discutieron estas cuestiones, un mes después del regreso de su padre, hubo una tempestuosa escena en la biblioteca.

—Mejor hubiera sido para los hombres que tengo a mi cargo —le dijo Copper John a su hijo— que te hubieras pasado el invierno en el mar. Por regla general, nunca se han descuidado los asuntos en mi ausencia, aunque ésta fuera de cinco meses seguidos; pero se han aprovechado de tu presencia aquí para hacer cosas que jamás les había permitido. Hasta Baird, en quien creí que podía confiar, me presenta una cuenta de una cuarta de larga y me dice que tú le autorizaste para ello.

—No sabía que había que ser tan tacaño, *sir* —respondió John.

—¿Tacaño? Nadie puede acusarme de ser otra cosa que liberal con mis criados. Pero me opongo a que me roben. Algunas de las partidas de la cuenta de Baird, no sólo son innecesarias, sino que dudo mucho de que se hayan comprado siquiera. Por supuesto, ya es tarde para comprobarlo. En el momento, tú podrías haber exigido que te enseñase lo que pretende haber comprado; pero ya me imagino que no lo hiciste. Aquí hay varios aperos de labranza nuevos, que, según dice, los pidió al vaquero, y Ned Brodrick dice que no sabe una palabra del asunto.

—Quizá durarán mucho, *sir*, y no necesitará usted comprarlos después.

—Si estás de broma, la broma me parece de muy mal gusto. ¿Sabes lo que le sucede al hombre que vive en este país y consiente en volverse blando e inútil, falto de toda autoridad?

Copper John miraba a su hijo exasperado.

—Creí que el matrimonio te enderezaría, John —añadió—; pero me parece que te ha vuelto más haragán que antes. Tu mujer vale el doble que tú, y celebro ver que tiene voluntad propia. Otra de las cosas que me ha dejado asombrado es lo que he sabido por el capitán Nicholson: que no has hecho una sola visita a las minas en todo el invierno...

John esperaba esto. No tenía excusas que dar. Contestar que prefirió pasarse las mañanas en la cama, hubiera sido una impertinencia, aunque fuese la verdad.

—Hice intención de ir varias veces —respondió—. Verdad que ha sido un descuido por mi parte; pero como Fanny-Rosa no podía montar a caballo, era difícil, porque no quería dejarla sola.

—Sin embargo, la llevaste varias veces a Mundy en coche para asistir a tus partidas de caza...

John permaneció mudo. En realidad, no podía inventar nada para defenderse.

—Lo deploro, *sir* —dijo—. Reconozco que he sido un perezoso.

—Desconoces entonces, por supuesto, los inconvenientes que han surgido con la nueva mina sobre la carretera... La bomba que había instalado no ha resultado suficiente para el trabajo, y con las lluvias invernales y la rotura de los surtidores se han producido inundaciones. La bomba nueva que he pedido me traigan por mar no podrá estar aquí hasta dentro de unas semanas. Entretanto, estamos perdiendo el material por no poder sacarlo a la superficie. Todo esto es motivo de grandes disgustos para mí y para el capitán Nicholson. El verano se acerca y el mineral se pierde bajo la tierra.

Lo de siempre, pensó John. No había cumplido sus deberes como hijo de su padre. Indudablemente, su obligación era presentarle sus excusas, ofrecerle su compañía todas las mañanas y sentarse como un doctrino mientras discutía con el capitán Nicholson los detalles técnicos de lo que debía o no debía hacerse con la fastidiosa bomba; pero no podía decidirse a ello. Experimentaba una sensación de que una ola de cólera le inundaba por todo aquello. Baird y sus cuentas, el vaquero y sus rastrillos, Nicholson y su ridícula bomba. ¿Por qué había de tomar su padre tan en serio todas estas cosas? John salió de la biblioteca enfadado con su padre y con todo el mundo, y no mejoró su humor al saber que Fanny-Rosa y Jane habían salido para Andriff en el cochecillo de la jaca, con el propósito de pasar allí el día y volver antes de anochecer. Fanny-Rosa no le había dicho nada de la visita, sin duda porque él le hubiera prohibido ir. Era espantosamente despreocupada de sí misma, y como se sentía muy bien quiso pasear por el campo sin pensar en su estado. Sólo Fanny-Rosa y él sabían lo cerca que estaba el día del alumbramiento, y hasta ellos mismos tenían algunas dudas acerca de la fecha exacta. Sus hermanas creían, o pretendían creer, que sería para primeros de julio; él sospechaba que debía ser hacia mediados de mayo, y se hallaban ya en los últimos días de abril. Si Fanny-Rosa había de tener a su hijo dentro de tres semanas, era una locura recorrer más de quince millas con el traqueteo del cochecillo, y regresar el mismo día, o sea, un total de treinta millas, sin más compañía que Jane.

—Tienes que estar loca para haberla dejado marchar —le dijo a Bárbara—. No sé en qué estabas pensando.

—Pero, John, hijo, si se marcharon sin que yo lo supiera. Fanny-Rosa le dijo a Elisa que estaba segura de que habías decidido acompañar a padre a la mina esta

tarde. Se sentía nerviosa y pensaba que un paseo la sentaría bien; pero yo no tenía idea de que se propusiesen alejarse más que unas millas. Fue Tim quien las oyó hacer planes para ir a Andriff.

—Jane debiera haber dado pruebas de mayor sentido. Consiente que Fanny-Rosa haga con ella lo que quiere, lo mismo que yo o que cualquier otro insensato.

—¡John! —exclamó Bárbara en tono de reproche.

—Ganas me dan de ir a ver a Willie Armstrong y decírselo todo. Me prometió asistir a Fanny-Rosa cuando llegase el momento, y él me dirá si es o no una locura. A mis perras no las dejé nunca hacer un viaje por carreteras accidentadas cuando estaban tan próximas al trance, y heme aquí ahora habiendo consentido aparentemente que mi mujer haya hecho lo que le hubiera evitado a mis perros.

—Te olvidas, John —dijo Bárbara tratando de calmar a su hermano—, de que Fanny-Rosa tiene una salud excelente y no se fatiga con nada. Además, después de todo, el suceso no ha de ser tan pronto todavía.

—¡No digas tonterías! —exclamó John—. Sabes muy bien que faltan sólo unas semanas. No sé por qué hemos de engañarnos. De todos modos, iré a ver si Willie Armstrong está en su casa, y si es necesario me iré a caballo a Andriff e insistiré en que Fanny-Rosa pase allí la noche.

Fuese a la cuadra e hizo que Tim le ensillara su caballo.

—¿Estás seguro, Tim, de que *Mrs. Brodrick* y *Miss Jane* tenían intención de llegar hasta el castillo de Andriff? —preguntó.

—Sí, Master John —respondió el criado—. Fue *Mrs. Brodrick* misma quien dijo que llegarían poco después de la una y que tendrían tiempo de tomar un refresco con el teniente antes de que saliese a tomar el vapor que sale de Mundy.

—¿Qué estás diciendo, Tim?

—Pues qué, ¿no se marcha hoy el teniente Fox para Oriente, Master John? ¿No han ido las señoritas a decirle adiós? *Miss Jane* lloraba a mares, pues es bastante probable que le asesinen los salvajes de aquellas tierras.

—Comprendo... —contestó John—. No, Tim; no lo sabía...

Era, pues, aquél el motivo de que Fanny-Rosa y Jane se hubieran marchado para todo el día. La pobre Jane había querido despedirse de Dick Fox sin la presencia de la familia, y Fanny-Rosa se había ofrecido a acompañarla.

John fue a caballo hasta Doonhaven, y encontró al doctor en su casa, disponiéndose a sentarse ante un poco de carne fría con patatas, de las que le ofreció a John participase.

—Quisiera que viniese usted luego conmigo —dijo el padre en perspectiva, emprendiéndola con la comida fría con buen apetito—, para traernos a esas dos locas de Andriff. O acaso podría usted regresar con Jane, y yo me quedaría en el castillo con mi mujer.

—Me parece que Jane no se encontrará en situación de volver conmigo —respondió pausadamente el doctor Armstrong—. La partida de Dick Fox ha debido de

ser un rudo golpe para ella.

—No sé cuánto hubiera dado porque no sucediese —contestó John—. Sentirse el corazón roto a, los dieciocho años, es un mal principio en la vida. Que Dios confunda a ese hombre por haber jugado con ella.

—El también no tiene más que veintiún años; los dos son unos chiquillos —alegó el doctor—. A veces pienso en lo viejo que he de parecerle a Jane, yo que tengo treinta y cinco.

—Si he de decirle la verdad —replicó John—, me interesa más mi mujer que Jane. Fanny-Rosa dará a luz dentro de unas semanas, como usted habrá calculado, y un viaje de treinta millas es, indudablemente, una locura.

—No es probable que pase nada a *Mrs.* Brodrick —dijo brevemente el doctor Armstrong; y se levantó de la mesa para contestar a las llamadas de la puerta, pues se oía sonar ruidosamente la campanilla de la casa. Siempre que se hablaba de Fanny-Rosa se sentía un poco malhumorado. De todos modos, había prometido traer el niño al mundo y ser su padrino. Regresó con una nota en la mano para John.

—Fuera está su criado —le dijo—. Me parece que algo malo pasó en la mina, y su padre envía a buscarle.

John frunció el ceño y abrió la carta.

«Has; el favor de venir a la mina nueva sin demora», decía el mensaje. «La inundación se ha agravado y necesitamos de todos para salvar la mina de la ruina total».

John tendió la nota al doctor.

—Vea usted el final de mi viaje a Andriff —dijo—. Quisiera que me acompañase usted, Willie. Me temo que la cosa sea grave. Esta mañana mismo mi padre me habló de lo ocurrido. Pienso que han profundizado demasiado y la máquina que tienen se ha roto y no sirve. Esto va a ser un lío interminable.

Los dos hombres y el criado estaban en la mina nueva a los veinte minutos. Al subir por el sendero, tuvieron que bajarse de los caballos y dejarlos con el criado, abriéndose paso entre la multitud de mineros —doscientos o más— que estaba reunida a la entrada del pozo.

—El agua sube cada vez más —dijo un hombre, llevándose la mano al sombrero al reconocer a John y al doctor—. Ya ha habido un pobre que se ha ahogado ahí abajo. Acaban de sacar el cadáver a la superficie, y faltan otros dos. *Mr.* Brodrick bajó hasta la primera galería; pero el capitán Nicholson le convenció para que se volviese. Ahí está, señor, en la boca del pozo.

John vio a su padre, descubierta la cabeza, en mangas de camisa y remangado hasta los codos, arrojar a un lado la enorme cubeta que había ayudado a manejar. Movi6 la cabeza.

—De esta manera no conseguiremos nada —dijo—. El agua sube cada vez más... ¿Eres tú, John? Buenos días, Armstrong. Temo que antes de que hayamos terminado con esto, tendremos trabajo para usted. Por ese pobre que está ahí nada puede hacer

ya.

A cada instante salían las cubetas a la superficie entre las quejumbrosas y chirriantes cadenas, y el agua caía al suelo, formando junto al sendero una ancha corriente que cada vez era más profunda y corría con mayor velocidad por las laderas del monte. Los grandes cucharones que ordinariamente se empleaban para sacar el cobre, sacaban ahora el agua, y una cadena de hombres, desde la galería inundada a la superficie, se pasaban de uno a otro baldes más pequeños, cada uno de ellos en un peldaño de la larga escalera que bajaba al pozo. A medida que el cansancio iba agotando a los hombres otros nuevos ocupaban sus puestos, y en un momento John se despojó de su chaqueta, como había hecho su padre, y pasó a ocupar un lugar en la larga hilera. Descendió casi hasta la primera galería, a la que ya había llegado la inundación, y los hombres que trabajaban allí, metidos en el agua hasta la cintura, le miraron en la oscuridad, hundidos los ojos por el cansancio, rostro y cuerpo cubiertos de sudor.

—Dígale al capitán y a *Mr.* Brodrick que esto no sirve de nada —exclamó uno de ellos, un corpulento obrero de Cornwall, que estaba enteramente desnudo—. El agua nos gana terreno, más de prisa de lo que podemos sacarla. En la galería debe de haber otro pobre atrapado antes de que bajásemos. Acabo de ver su mano flotando allí; pero desapareció en seguida de mi vista... Esto es el fin de la mina; ya no podemos hacer más.

John se asomó a aquella sima negra. No se oía más ruido que el rechinar de las cadenas y la respiración fatigosa de los hombres agotados, junto al chapoteo del agua al chocar contra la roca. La galería era cubierta, y ya no era más que un canal oscuro y estrecho que se perdía en las tinieblas. En algún lugar de aquel canal se mecía el cadáver de un hombre. El agua de la inundación tenía un olor acre y nauseabundo. John se volvió y ascendió por la larga escalera hasta la superficie, empujando a los mineros que continuaban en su inútil baldeo. Copper John esperaba a la boca del pozo, dibujada en su rostro aquella expresión de inflexibilidad que tan bien conocía su hijo.

—El agua crece a cada minuto —dijo John—. Quizás los hombres no puedan trabajar más que otro cuarto de hora. Habrá que ordenar que salgan a la superficie.

—Era lo que temía —dijo el capitán Nicholson—. *Mr.* John tiene razón, *sir*; es preferible que suban antes de que se pierdan más vidas.

—Me niego a que el agua me venza —exclamó Copper John—. Si conseguimos sacarla de las galerías, podrá trabajarse en ese piso otra vez. Existe un medio para salvar la mina y me propongo utilizarlo. Volando la parte de roca de la galería podemos abrir un paso para que el agua salga a la montaña. Si hay una probabilidad de salvar la mina, he de intentarla.

—Muy bien, *sir* —dijo el capitán de la mina—; pero si tenemos éxito, la explosión abrirá brecha en la roca por encima del nivel de la carretera y la fuerza del agua se llevará las márgenes.

—¡Váyase al diablo la carretera! —exclamó Copper John—. Los caminos pueden construirse de nuevo con el dinero del Gobierno. En cambio, el Gobierno no me anticipará el dinero para una nueva mina.

John se apartó, encogiéndose de hombros. Si su padre quería correr un riesgo de muerte al manipular la pólvora en aquella condenada galería, allá él. Una mujer lloraba por allí. «La viuda —supuso— del hombre que habían sacado a la superficie». En torno del cadáver se apiñaba un pequeño grupo de gente. Entre ellos se hallaba Willie Armstrong. Los mineros tenían las caras tensas y pálidas, y se escuchaba el incesante rechinar de las cadenas del torno que sacaba los cubos, derramando el agua en la corriente cada vez mayor. ¿Por qué su padre no había de cerrar la mina, ordenar la vuelta de los hombres a su hogar y poner fin a todo aquello? Era aterradora aquella horrenda lucha por salvar unos cientos de toneladas de cobre, por las que ya habían perdido sus vidas dos o tres hombres. El capitán Nicholson gritaba ya dando sus órdenes, y por una de las líneas de trole se acercaba el barril de la pólvora. Los mineros salían apresuradamente, presas de gran agitación. Copper John pedía voluntarios. «Si viviera Henry —pensó John—, hubiera bajado a la mina con mi padre y los demás», y a su memoria vino el intenso recuerdo de los tres o cuatro últimos años. Volvió a ver a Henry tenso, excitado, temblando bajo la lluvia, contemplando cómo su padre prendía fuego al tren de la pólvora. Aquella noche fatal resultaron cinco hombres muertos por causa del cobre. Seis si contaba a Henry, que cogió el enfriamiento que le llevó a la muerte dieciocho meses después. ¿Cuántos perderían sus vidas hoy? John se alejó del grupo de mineros con asco y horror de aquella escena. Una vez más se sentía agobiado por su inutilidad. Ni siquiera era capaz de prestar una ayuda a la viuda del ahogado, como hacía Willie Armstrong. No podía hacer más que permanecer de pie al borde de la multitud y esperar... Se habían acabado ya las luchas, las voces y los gritos, y llegaron las explosiones con ruido sordo y apagado: una serie de estruendos subterráneos que parecían un tronar lejano. Los hombres reunidos en torno a la boca del pozo hablaban en voz baja, y de vez en vez se decía entre la muchedumbre, de uno en otro, que las voladuras estaban logrando abrir un conducto a través de la capa de roca por el que se desviaría el agua de la inundación, y que por primera vez desde hacía cuatro horas no se elevaba el nivel del agua. John se vio nuevamente arrastrado hacia la escalera de junto al pozo. Los hombres se echaron a un lado para dejarle paso. Comenzó a descender; y esta vez un olor nuevo llenaba el pozo, pues al olor agrio del agua se había unido el tufo acre y áspero de la pólvora y el humo. A medida que se iba acercando a la galería llegaba a sus oídos un confuso rumor de voces que resonaba de una manera extraña y profunda contra la roca desnuda, y junto a las voces se escuchaba un ruido nuevo: el del paso apresurado del torrente de agua que se sorbía el nuevo canal abierto en la ladera. En el momento en que John descendía, con el doctor Armstrong siguiéndole muy de cerca, llegó el estruendo ensordecedor de una nueva explosión y el desmoronarse de la roca y la piedra a lo largo de la galería. Ante él surgieron

iluminados unos rostros en la oscuridad, ojos, dientes y manos, y allí estaba su propio padre, con el rostro ennegrecido por la pólvora y un gran rasguño junto a un ojo de donde manaba sangre.

—¡Ya es nuestro! —gritó—. El agua ha descendido tres pies ya. Mira la señal en la pared que tienes al lado... Mira el canal abierto en la roca, tragándose la corriente...

Gorgoteaba el agua y silbaba como una cosa viva, y en tanto se derramaba en el raudal negro que se perdía en el conducto abierto, los hombres de la galería picaban y desmenuzaban la roca con barras de hierro y con picos, para agrandar más todavía el canal y que huyese el agua saltarina. Copper John cogió una barra de manos del que tenía más cerca.

—¡Duro, muchachos! —gritó. Y levantando el hierro lo descargó contra la roca, haciendo saltar una lluvia de piedras y cascotes.

Los mineros prorrumpieron en una gran risotada, y uno tras otro comenzaron a golpear las rocas y las piedras adentrándose en la galería sin ningún temor ya, puesto que el agua había encontrado su salida. John y el doctor Armstrong se contagiaron del mismo entusiasmo y arrebató. Se apoderaron también de otras barras y se sumaron a aquella confusión de ruidos, abriendo brecha en la roca desmigajada, en tanto el agua, negra y viscosa, descendía desde las rodillas a los tobillos, maloliente y espumeante, sorbida por el negro caudal que se hundía en la hondonada de la roca.

—Su padre es invencible —dijo el capitán Nicholson—. Yo no me hubiese atrevido a intentarlo si él no hubiese estado aquí.

Y Copper John, al oír estas palabras, se volvió para dejar escapar una breve risa.

—¿Se quedaría usted parado entonces, viendo cómo se pierden unos miles de libras sin posibilidad de recuperación? Vamos, hombre, hay que arrimar el hombro.

Eran cerca de las siete de la noche cuando aquel pequeño grupo salió de nuevo a tierra, cansado, lleno de barro, pero triunfante, con la noticia de que el agua había desaparecido de la galería sin posibilidad de que volviese a subir merced a los canales abiertos en la ladera.

—En cuanto hayamos instalado la nueva máquina —declaró Copper John, al dirigir unas palabras a los mineros congregados a la entrada del pozo— podremos contener el agua permanentemente y será imposible toda nueva inundación. Quiero daros las gracias a todos por vuestro trabajo y vuestra lealtad en este día, y os prometo que no lo olvidaré.

Lanzó su mirada en torno a aquella muchedumbre que le rodeaba, y lo impresionante de su intrépido aspecto, la agudeza de sus ojos en aquel rostro ennegrecido por el humo, sus cabellos grises, su mandíbula firme y el sangrante rasguño que tenía junto a un ojo, arrancaron un grito de estimación de aquellos hombres fatigados que tenía ante sí. «¡Tres hurras por Copper John!», vociferó uno, y de la multitud surgió un rugido casi histérico al verse súbitamente libres de temor, comenzando todos a empujarse para llegar hasta él y estrecharle la mano, olvidándose

del respeto que les infundía como amo porque había demostrado ser un verdadero jefe. Copper John, riendo y protestando, se vio elevado sobre los hombros de los mineros y pudo apreciar los estragos causados en el monte.

—Tiene suerte su padre —dijo el doctor Armstrong—. Se ha ganado la popularidad, y, además, ha salvado su cobre. ¿Quiere usted que vayamos a ver los daños?

Se ponía el sol sobre la bahía de Mundy, y John vio cómo se formaban los primeros velos de la noche por el lado de Poniente. Era más tarde de lo que creía.

El criado, que había estado esperando toda la tarde con los caballos, se le acercó con una extraña mueca en su rostro.

—Debiera usted ir a ver la carretera, señor —dijo—. Está cayendo una catarata y me dicen que está destruida por completo. Han cedido las lomas en todas direcciones y la carretera entera se está cayendo al mar. Más vale que Doonhaven esté en la otra dirección.

John vio de pronto que el rostro del doctor Armstrong se ensombrecía, y al advertirlo, el mismo temor hizo presa en su corazón, sintiendo que la sangre se le paralizaba.

—¡Dios mío! ¡Fanny-Rosa...! —exclamó.

Comenzó a correr bajando por la ladera de la montaña con dirección a la carretera; pero, aun al hacerlo así, comprendía que era inútil, pues el agua desbordada se derramaba en una hirviente cascada, y el torrente de agua se estrellaba sobre el camino, llevándose entre tierra, roca y piedras. No lejos de él aparecían ya anchas y tremendas grietas, sobre el suelo, y el tropel de mineros, señalando al lugar y riéndose, arrojaban piedras y palos, burlándose del desastre y apostando unos con otros cuánto aguantaría el esfuerzo la carretera.

—¡Llame usted a mi padre! —le gritó John al doctor Armstrong—. Dígame que el cochecillo de la jaca viene por la carretera, de regreso de Andriff...

Y sin esperar respuesta atravesó la corriente, hundiéndose hasta la cintura, para ganar por el otro lado de la cascada el camino que pudiera haberse salvado del grueso del torrente. Ante sus ojos se alzó el cuadro espantoso de lo que podría suceder. El cochecillo que llegaba por la carretera, las dos mujeres hablando, sin saber lo que se extendía ante ellas, y en el rápido recodo de Monte Bravo el súbito alud de tierra y piedras de las quebradas márgenes del camino y el potente estrépito de la riada suelta.

Bajó tropezando por la ladera, con la respiración anhelante y un triste temor en su imaginación. Una vez que miró tras él vio a su padre y al doctor que le seguían y a algunos de los mineros, el capitán Nicholson entre ellos, que súbitamente se dieron cuenta de lo que podría acontecer. En su carrera, John, que no había dicho una oración desde que era niño, iba rezando, repitiendo sin cesar: «Fanny-Rosa... Fanny-Rosa...».

Había llegado al borde de la loma y ante él estaba la carretera, cubierta de grandes trozos de roca, peñascos y tierra desperdigada, más destrozada de lo que temía, con



un cauce de agua que la atravesaba toda desde el más apartado torrente, y, ¡Dios del Cielo!, ¿era aquello un cochecillo volcado y abatido entre las rocas, un caballo que coceaba débilmente y alguien de pie en medio de la carretera que gritaba pidiendo socorro?

—¡Fanny-Rosa..., Fanny-Rosa...!

Saltó desde la ladera al camino. Ella, sollozando, se echó temblorosa en sus brazos, señalando al animal que coceaba forcejeando y las ruedas del cochecillo vueltas hacia arriba. Entretanto seguía sonando en sus oídos el ruido del agua que se precipitaba sobre la carretera. Su padre y Willie Armstrong contemplaban con angustia y horror en los ojos aquellos escombros, aquellas piedras...

—¡Fanny-Rosa..., Fanny-Rosa...!

La estrechó contra su corazón, y levantándola en sus brazos, la apartó del agua y las rocas, a un lado de la carretera, junto a las orillas, aun intactas, sobre la hierba blanda y húmeda, besándole las manos, los labios y el cabello, mientras ella se aferraba a él sollozando.

—Estoy ilesa —exclamó—, no me ha sucedido nada, estoy ilesa; pero Jane, díles que busquen a Jane. ¿Dónde está Jane?...

Y sobre la carretera seguían derrumbándose las piedras, la tierra y el airado torrente de la mina de Monte Bravo.

Aquella noche, en Clonmere, nació John Simón Brodrick, el que había de ser conocido en la familia por «Wild Johnnie<sup>[4]</sup>»; pero no hubo hada madrina que dejase caer sus bendiciones sobre sus negros cabellos ni agitase su varita mágica; le había abandonado, ocultándose en las sombras, en pos de su hermano Henry.

Cuando el niño cumplió los tres meses, Fanny-Rosa dijo que le sentaría muy bien un cambio de aires. No llegaba a alcanzar el peso que debía tener, y a pesar de que el doctor Armstrong insistía en que rara vez había visto un infante más robusto ni con unos pulmones tan fuertes, Fanny-Rosa replicaba que los médicos sabían muy poco de niños, y que el instinto de una madre era lo mejor del mundo. Así, pues, John, su esposa y su hijo, además de todos los galgos, cruzaron la bahía y se establecieron en Lletharrog durante varios meses.

En la alquería se respiraba un ambiente apacible y dichoso, y por las noches, cuando el niño dormía felizmente en el piso de arriba, bajo los cuidados de la vieja Martha, en el aposento reinaba la paz y la tranquilidad, con las cortinas echadas, las velas encendidas, un suave fuego encendido en el hogar y Fanny-Rosa sentada en una butaca al amor de la lumbre, inclinada sobre los vestiditos nuevos que confeccionaba para el chiquitín, que crecía velozmente, contemplando de vez en vez a su marido con su alegre sonrisa y haciendo generalmente alguna observación sobre la precocidad de su hijito.

«Fue una excelente idea —pensaba John— la de Fanny-Rosa al venir a Lletharrog». En el valle abrigado, llena de animales la granja, con la aldea cercana y la corriente plácida serpeando cerca de la casa, el desastre del verano parecía más distante y podía olvidarse muchas horas al día. La conmoción y la tragedia de la muerte de Jane quedaban borradas, y al mirar hacia atrás, se llegaba a la conclusión de que quizá había sido preferible a los largos años de soltería que podrían haberla esperado. John conocía muy bien a su hermana. No era ella de las que rompen bruscamente, olvidan pronto y se casan al año con otro. Jane hubiera suspirado, dejándose vencer como una flor marchita. Era mejor haber desaparecido así, repentinamente, al pie de Monte Bravo, sin dejar tras de sí recuerdos amargos, y sólo el retrato de una muchacha de dieciocho años, de ojos negros, cálidos y esperanzados, con su delicada mano tocando las perlas que acariciaban su garganta. John la echaría de menos, quedaría un gran vacío en su corazón por causa de ella; pero aquí, en Lletharrog, creía que era mejor que hubiese partido para siempre.

Fueron muy duras las primeras semanas que siguieron a su muerte. Su padre, aturdido y envejecido de pronto, se encerró en la biblioteca, sin hablar con nadie, ni siquiera con Bárbara. Nadie supo las angustias que soportó en aquella estancia triste y oscura. Pero cuando salió de allí y temieron encontrarle quebrantado, sombra de lo que antes fuera, vieron que era poco lo que había cambiado el hombre de otros días, y sólo las arrugas se hundían más en su rostro y era más dura su mirada.

John, cuyo odio a la mina se había aumentado desde la inundación, encontraba más imposible que nunca hablar de negocios con su padre, y le veía alejarse a caballo todas las mañanas después del desayuno, en su visita cotidiana a la mina, con una sensación de aturdimiento y casi de revulsión. Cuando su padre anunció en un tono

de gran satisfacción, apenas tres semanas después que Jane había desaparecido, que había llegado ya la nueva máquina de vapor, que se había instalado y que con ella se extraería toda el agua de la mina nueva sin la menor dificultad, con lo que podrían embarcar mineral a Bronsea antes de un mes, John se levantó y salió de la habitación. Fue al poco tiempo cuando Fanny-Rosa propuso el traslado a Lletharrog, y John, por primera vez en su vida, se alegró de salir de Clonmere.

Pensó que ahora que tenía una esposa y un hijo, y que probablemente vendrían otros más, no podía continuar viviendo en la casa de su padre muy a gusto. Durante seis cortos meses, después de su boda, conoció el orgullo de la posesión; pero con la llegada de su familia, Clonmere había dejado de pertenecerle. Llegaría un día, tras varios años quizá, en que volvería a ser su dueño; pero hasta entonces será mejor visitarlo a intervalos, como invitado, y entretanto encontrar un sitio para él, Fanny-Rosa y Johnnie.

—El inconveniente está —decía Fanny-Rosa— en que no intentas hablar resueltamente a tu padre. Tú y todos le tenéis miedo. Una buena riña y unas cuantas voces aclararían el ambiente.

—Me molesta reñir, y gritar, más todavía —contestó John—. Clonmere es de mi padre, y hasta que muera será mejor que no tratemos de su participación. Por lo tanto, querida, sigamos con nuestra casa a este lado del mar, donde nadie puede importunarnos; yo puedo correr mis galgos y tú tener tus bebés.

—Me parece que lo que tú tienes es un endemoniado orgullo, John. Quieres tanto a Clonmere, que no estás dispuesto a compartirlo con nadie.

—Tal vez tenga ese endemoniado orgullo, tal vez tengas tú razón, y quizá sea también que no quiero compartir a mi Fanny-Rosa con ese diablillo moreno y chillón que tengo por hijo, que ha sacado todo los defectos de su padre y la picardía de su madre sin que tenga nada bueno. Por eso, cuanto antes tengas otro hijo, mejor, para que le rompa las narices a Johnnie.

Fanny-Rosa abrazó a su marido y sonrió como ella sabía hacerlo, diciéndole que era un celoso, un bobo que no le quería nada en absoluto. Luego la esquivó Fanny-Rosa, que le había conquistado por vez primera en Monte Bravo, huyó riendo de su lado como una centella.

El problema se les resolvió fácilmente en invierno, ya que su padre adquirió inesperadamente una casa a unas treinta millas de Lletharrog. Propusieron, pues, que John y Fanny-Rosa permaneciesen en la casa de campo, fijando allí su residencia para el futuro, en tanto que Copper John y sus hijas pasaban el invierno en la nueva casa de Saunby, la que fue seguidamente bautizada con el nombre de Brodrick House, y fue desde entonces su residencia permanente mientras vivieron a aquel lado del mar. Aquel arreglo convino a todos, y John no tuvo que molestarse en buscar otra casa para él. Se sentía contento en Lletharrog; también Fanny-Rosa, y, al parecer, Johnnie igualmente, pues no pareció impresionarle el nacimiento de Fanny, durante el siguiente mes de abril, ni tampoco cuando, un año más tarde, apareció otro hermano,

Henry. Johnnie era, en efecto, el tirano de la casa, y nadie, excepto su madre, podía contradecirle en nada. Era un chiquillo hermoso, con el mismo pelo y los mismos ojos negros de su padre, pero, como decía la vieja Martha, con las mismas mañas que su madre y, además, con su misma viveza de genio. Cuando quería una cosa la pedía a gritos, y una vez que la tenía, se cansaba en seguida de ella y daba voces por otra.

—Este niño nunca está contento —decía John, contemplándole perplejo, al ver que su hijo había arrojado al fuego un bello juguete tan sólo porque no le había gustado el color—. ¿Por qué no te sientas tranquilamente, como Fanny?

—Es tan nervioso... —respondió Fanny-Rosa—. ¿No lo eres tú también, cariño?

Su «cariño» frunció el ceño y comentó a repiquetear con los tacones sobre el suelo.

—Nunca he pegado a ninguno de los cachorrillos que he criado y no voy a pegarle a mi hijo —contestó John—; pero quisiera saber de qué manera hay que tratar a este pequeño, para que, por lo menos, se esté quieto. Mírale ahora, tirándole del pelo a Fanny. No recuerdo haberle tirado nunca a Bárbara del suyo.

—Pues claro que lo habrás hecho, pero lo olvidaste —dijo Fanny-Rosa, alzando a su hijo para darle un poco de dulce—. Llama a Martha para que se lleve a Fanny arriba; se ha puesto tonta y está molestando a Johnnie...

—Y yo diría que era al revés —exclamó John.

—¡No digas tonterías! Fanny lloriquea siempre que le tiran del pelo, y eso le excita a Johnnie; le irrita. Vendrás conmigo a la aldea, encanto mío, y veremos las cosas que tiene para ti *Mrs. Evans* en su tienda. Si eres bueno, cenarás con papá y mamá, y beberás cerveza en tu jarro de año nuevo como regalo especial.

Porqué había merecido Johnnie súbitamente un regalo especial, después de arrojar al fuego su juguete y tirarle del pelo a su hermana, era cosa que su padre no acertaba a comprender; pero al menos la promesa surtió el efecto deseado, pues se esfumó el ceño, apareció una sonrisa en el rostro del niño, transformándole al instante de horroroso picaruelo en una cosilla encantadora y atractiva, y salió de la mano de su madre convertido en un modelo de buena conducta.

John movió la cabeza y se encogió de hombros y salió silbando a hacer una visita a sus galgos en las perreras. La educación de los niños era algo superior a él. Indudablemente, las mujeres se las entienden mejor, si bien le intranquilizaba la idea de que Copper John le hubiese dado una buena tunda si, cuando era chiquillo, se hubiera portado con sus hermanas como Johnnie se comportaba con la pobre Fanny; pero bajarle los calzones y ponerle la mano encima era cosa que no podía decidirse a hacer. Cuando la casa se llenaba de ruidos y voces por causa de Johnnie, su padre se salía al jardín o bajaba al río y regresaba una vez terminado todo. Indudablemente, aquello era lo que le resultaba más fácil. Y, poco a poco, esta política de evitarse disgustos fue extendiéndola a todas las cosas. Fanny-Rosa llevaba la casa en Lletharrog, pues Fanny-Rosa se las entendería con los criados. ¿Que uno de ellos resultaba un haragán o un grosero? Fanny-Rosa era quien debía despedirlo. ¿Que la

vieja Martha no entendía a Johnnie y tenía unas palabras con Fanny-Rosa? Que, la echasen, señalándole una pensión; pero ¡por amor de Dios!, nada de escenas en las que él tuviera que intervenir.

—Eres tan calamidad como mi padre —le decía Fanny-Rosa—. Eludes tus responsabilidades. ¡Qué bien te ha venido que yo no sea una mujercita tímida y asustadiza, pendiente de ti para todo!

—Estás pendiente de mí para las cosas que interesan, nada más —respondía John, pasándole el brazo por la cintura.

—¡Ah perfecto inútil! —murmuraba, riendo, su mujer—. ¿Eres capaz de olvidarte que soy madre de tres hijos y quizá de un cuarto, sin que sepamos todavía qué va a ser de nosotros? Mientras tanto, tú te pasas el día contemplándome, bostezando, sonriendo y dándote paseos a las perreras para acariciar a tus galgos, que se están volviendo tan perezosos y pacíficos como todos.

Cierto que John no sentía ya el mismo interés por las carreras. Llegaría la temporada sin darse siquiera cuenta de cómo había pasado los meses, y sus perros, inactivos y echados a perder durante los meses de verano, con una pitanza demasiado abundante y una excesiva falta de ejercicio, necesitarían varias semanas de entrenamiento duro para poder entrar en el concurso. Esto exigía de su amo una energía y una atención de las que no se sentía capaz.

—Es inútil, Fanny-Rosa —dijo un día al regresar de una reunión en la que sus perros habían perdido por bastantes puntos—, mis días de carreras han terminado. La emoción que antes sentía ha desaparecido, no sé por qué. Hoy, al contemplarlos, me parecía que los perros corrían de un lado a otro en la carrera, sin ningún objeto, todo para matar una liebre que acaso tuviese una familia en algún otro lugar. No; desde ahora en adelante cogeré mi caña y me iré al río, y si allí pesco algún pececillo, puedo echarlo de nuevo al agua, con lo que no habrá salido muy mal librado.

Y se dejaba caer en una silla, en aquel desaliñado cuarto de estar de Lletharrog, en el que nadie hubiera reconocido el pulcro y ordenado gabinete de los días de Bárbara; subía al pequeño Henry sobre sus rodillas, y mientras Fanny y Johnnie miraban por encima de sus hombros les enseñaba la preciosa caja de moscas y las plumas llamativas, que eran una irresistible atracción para los niños. En la silla de enfrente solía haber un perro; en el felpudo del hogar, un gato lamiendo a sus crías, y esparcidos por el suelo, juguetes, libros y labores. Fanny-Rosa, de quien se había apoderado una súbita pasión por la confección, se inclinaba sobre la mesa con unas tijeras, disponiéndose a cortar pródigamente los pliegues de una bata de noche para hacerse una chaqueta que ocultase algo su figura, una vez más con signos de gravidez.

El nacimiento de los niños no había producido grandes cambios en Fanny-Rosa. Seguía siendo —y así pensaba su marido— tan adorable como el día en que se casó; voluntariosa, atolondrada y caprichosa, la verdadera hija de Simón Flower. Sus criados no sabían nunca a qué atenerse con ella. Si un día se mostraba generosa e

indulgente, les daba asado para cenar y les ofrecía un día de permiso pan todos, al día siguiente estallaba un torbellino de riñas en la cocina porque juraba que le habían robado de la despensa un paquete de azúcar que tenía en la mano, y de boca de la airada señora salía un lenguaje tal, que los criados aseguraban después no podía haberlo aprendido más que de los mozos de cuadra de su padre. John, al oír las coléricas invectivas desde el cuarto de estar, se reía tranquilamente para sí y se marchaba al jardín. Fanny-Rosa tendría su escena después, subiría escandalizando a la habitación de los niños y probablemente descargaría su furia sobre la aterrorizada muchacha de la aldea que había sustituido a la vieja Martha, y luego, como el estallar del sol tras de la lluvia, se llegaría cantando hasta su marido, con el pequeño Henry entre sus brazos y Johnnie detrás haciendo cabriolas.

—Visitar Lletharrog —decía Elisa, de regreso en la tranquila Brodrick House, después de pasar una semana con su hermano y su familia— es como visitar una casa de fieras. No se puede una sentar en ningún sitio, porque las sillas están llenas de perros, gatos o pañales de los niños. La cocina es atroz. Puedo aseguraros que mi cima estaba húmeda cuando llegué; pero no quise decir nada, pues Fanny-Rosa me había bordado un camisón como para una reina y lo había extendido sobre lis sábanas. A la mañana siguiente dedicó a toda la casa a hacer compota. Estoy segura de que no saldrá buena ninguna, pues se hizo un derroche de azúcar espantoso. Y los niños se subían todos a la mesa, comiéndosela antes de ponerla en la cazuela.

—Sin embargo, John parece muy satisfecho —dijo Bárbara, frunciendo el ceño, con inquietud.

—¡Oh!, él se siente feliz todo el día en medio de aquel desorden. No hace otra cosa que sentarse en su silla y reír. Se ha dejado crecer las patillas para ahorrarse la molestia de afeitarse...

—¿Y los niños?

—Los niños son todos muy guapos, pero incorregibles. Johnnie es indómito y tiene mal genio, pero es el más cariñoso de todos; hizo muy buenas migas conmigo; me llamaba su «queridísima tía Elisa». ¡Yo me casaría con él si fuese un hombre!

La pobre Elisa, que cumpliría pronto los cuarenta, se enorgullecía de cualquier proposición que pudiera llegarle en aquellos días, aunque procediese de su sobrino de seis años.

Una vez al año, John, Fanny-Rosa y los niños iban invitados a Clonmere a pasar tres meses; mas como Copper John dedicaba la mayor parte del día a las minas y sus noches a la biblioteca, la invasión de la joven familia no le perturbaba mucho en sus hábitos. Fanny-Rosa, con su habilidad de costumbre, se hacía encantadora, y el niño, Johnnie, comprendiendo, por instinto, que un mal comportamiento podría acarrearle molestias, se mostraba tranquilo y sumiso en presencia de su abuelo, y sólo sacaba a relucir su genio cuando el ruido de los cascos del caballo se perdía en el paseo. Entonces sonaba un grito, un alarido de alegría, aparecían los arcos y las flechas, y un presagio de males se cernía sobre la pequeña Fanny, que jugaba con sus muñecas

sobre el césped del jardín; sobre Henry, que luchaba con su peón, o sobre el pequeño Edward, que saboreaba su chupete, tan pronto como asomaba el hermano mayor, porque a los tres minutos la muñeca se encontraba en los rododendros, el peón era lanzado al agua, el bebé se sentía los faldones sobre la cabeza y el propio Johnnie comenzaba una danza guerrera con una pluma de gallo prendida en sus rizos morenos, y apuntaba con una flecha a su tía Bárbara, que protestaba protegiéndose tras una sombrilla.

—Johnnie, encanto, ten cuidado; te vas a hacer daño.

Pero el encanto de Johnnie, sin hacer caso de nada, lanzaba su flecha con un grito de guerra contra la sombrilla y se marchaba al monte para atormentar al viejo Baird, arrancándole sus melocotones, desenterrándole las plantas de lechuga y pinchándole con una flecha cuando se volvía de espaldas.

—¿Por qué ha de ser Johnnie tan malo? —le preguntó Bárbara a su hermano, al tiempo que sacaba un nido de ratones de su caja de labor—. Nosotros no hicimos nunca estas travesuras de pequeños. Es tan inteligente y tan cariñoso a veces; pero le falta el sentido de la medida.

—Tiene los defectos de todos nosotros y ninguna de las virtudes —respondió John—. No puedo pegarle, porque veo que hace todo aquello que yo suspiré siempre por hacer, sin atreverme.

—No puedo creer que desees nunca derramar un barreño de agua sucia sobre la pobre *Mrs. Casey*, mientras pelaba patatas, ni atar un petardo a las ubres de la vaca, como hizo Johnnie ayer, según me ha contado Mahoney —protestó Bárbara—. Esto último, sobre todo, es una cosa peligrosísima.

—Desde luego, demuestra un sentido del humor bastante avieso —respondió el padre de Johnnie—; pero te aseguro que me hubiera gustado ser yo el autor.

—No lo creo. Dices eso para defenderle.

—Ese niño se echará a perder, y ustedes lo saben, si no hay alguien que le coja por su cuenta —dijo gravemente el doctor Armstrong, que era el padrino de Johnnie—. Si fuese hijo mío, yo le daría una tunda por lo menos una vez a la semana, hasta que aprendiese mejores modales. ¿De qué sirve que tenga inteligencia si no sabe emplearla? Además, no crean ustedes que es tan listo. El pequeño Henry será mucho más inteligente, ya lo verán ustedes, y no cometerá ninguno de esos disparates.

—No creo que pegándole se consiga nada con Johnnie —refutó su padre—. Más de una vez he visto que los perros fogosos se echan a perder con el látigo. La educación no tiene nada que ver con la formación del carácter, ésa es mi opinión. Johnnie nació así, y así seguirá, sin que nada de lo que yo o Fanny-Rosa podamos hacer le modifique.

Y John, con treinta y seis años ya y una o dos hebras grises en sus cabellos, hundió las manos en los bolsillos y salió hacia el césped en busca de su primogénito, pensando, entre sonrisas y con dolor de su corazón, en aquel hijo que fue obra del amor, la pasión, la duda y la ternura, bajo la blanca luz de luna de Monte Bravo.

—La realidad del caso —le dijo el doctor Armstrong a Bárbara— es que el niño tiene poco de Brodrick y demasiado de Flower. Cuando pienso en lo que está sucediendo en el castillo de Andriff, me estremezco sin querer ante el futuro de Clonmere.

Pues para el digno y austero Willie Armstrong, nacido y educado en Buckinghamshire<sup>[5]</sup>, con quince años al servicio de su rey, la vida en aquel lugar era algo que le costaba trabajo comprender, sobre todo la que llevaba Simón Flower de Andriff. Un hombre de cincuenta y ocho años, que se pasaba la mayor parte del tiempo en la bodega o jugando a las cartas con su lacayo, mientras el tejado se derrumbaba sobre su cabeza y sus arrendatarios se le reían en sus barbas, era —y así pensaba el doctor Armstrong— un ser más digno de lástima que de desprecio; pero cuando consintió que su hija se fugase con un zapatero remendón de la aldea, casado ya, y la invitó a vivir con su amante en el pabellón del castillo de Andriff, donde tuvo un hijo tras otro, entonces —así lo juzgaba el doctor Armstrong— un hombre como Simón Flower constituía una amenaza para la comarca donde se había criado. No acertaba a comprender cómo el viejo podía llevar levantada su cabeza ante la sociedad, si bien la sociedad era muy distinta en aquel lugar que en Inglaterra.

El escándalo de Matilde y el zapatero remendón apenas le preocupó, y hasta *Mrs.* Flower, de quien se pensara que moriría de vergüenza, no hizo más que exhalar un suspiro y murmurar que «la pobre Tilly» no había vuelto a ser la misma desde que se cayó del caballo a la edad de catorce años, y, en realidad, el pobre Sullivan era una buena persona, tan servicial, que venía a hacer chapuzas al castillo sin cobrar nada.

—A quien le ha sentado peor ha sido a Bob —dijo Fanny-Rosa, apartando uno de los vestiditos de Edward para enviárselo a su hermana—, y, en realidad, tiene que ser muy desagradable volver a casa con permiso y encontrarse que es vuestro propio cuñado el que se lleva la mano al sombrero, y a Tilly que grita desde la ventana del pabellón: «¿Cómo estás, Bob?». Es una contrariedad que Tilly y yo estemos las dos esperando para la misma fecha. Este vestidito de Edward le hubiera venido bien a nuestro pequeño; pero no voy a escatimárselo a la pobre.

En verdad, era aquél un país extraño —pensaba el doctor Armstrong—, y muchas veces se preguntaba por qué continuaba viviendo en él, pues su primitiva razón para retirarse del ejército y ejercer en Doonhaven había desaparecido ya. No quedaba más que un cuadro sobre la pared del comedor de Clonmere que le recordaba aquel sueño que no podía realizarse. Seguía unido a aquélla, familia por consideración a la muerta, y le parecía que todos tenían algo de ella: éste la sonrisa, aquél el ademán, esta frase, aquella expresión de la voz; desde Copper John, con su mal humor, rara vez mostrado en aquellos días, hasta el pequeño Edward, de cálidos ojos pardos y suave risa infantil. Clonmere podría convertirse en el castillo de Andriff, y a fe que cuando Fanny-Rosa y sus chiquillos moraban allí existían todas las probabilidades de que así sucediese, con los perros, los juguetes y las labores desperdigados por las habitaciones, y John podría llegar a ser otro Simón Flower, ahora que engordaba y no



hacía ejercicio; pero el encanto que entre todos traían a aquel lugar era superior al desorden creado, y hasta el mismo castillo parecía más cálido y más radiante con su presencia.

—El hecho es —pensaba el doctor— que John, Fanny-Rosa y ese títere de ahijado mío pertenecen al país, pertenecen a Clonmere; forman parte del aire y del suelo, y medran aquí como los cochinillos, los gansos y el ganado. Los Brodricks son Doonhaven, y Doonhaven es este país.

Dos días después se hallaba a la cabecera de la cama del más viejo representante de la familia, de Ned Brodrick, el encargado, que había sufrido una caída del caballo cuando cabalgaba por la hacienda, lo mismo que le sucediera a su padre. Casi cuando el viejo exhalaba su último suspiro le hizo una seña solemne al doctor y, después de tantear por debajo de las ropas, extrajo una bolsa con dinero que había conservado allí oculta varios años, parte de las rentas de Clonmere que debiera haber entregado hacía tiempo al hermano que le tenía empleado.

Toda la familia asistió al entierro: Copper John y sus hijas permanecieron de pie junto a la tumba, con sus cabezas inclinadas; y a la gente de Doonhaven, que lloraba a voces, como era su costumbre, le pareció la cosa más natural del mundo que el féretro lo llevaran sobre los hombros los cuatro hijos ilegítimos de Ned.

## 6

En un día de septiembre de 1837, Tomás Dowding, el dependiente de la Compañía Minera de Doonhaven, que regresaba de la mina a última hora de la tarde con la suma de trescientas libras para ingresarlas en la oficina postal de Doonhaven, hasta el día siguiente, en que trasladaría el dinero a Slane, tuvo un desdichado encuentro en la plaza del mercado con Sam Donovan, la hermana de éste, Mary Kelly, y James Kelly, su marido. Mary Kelly, una mujer atolondrada y excitable, estaba vendiendo verduras en su tenderete, cercano a Correos, como era su costumbre todas las semanas, y, según relatos hechos posteriormente por gente que lo presenció cayó del puesto una col, que fue rodando hasta los pies del caballo de Dowding, y fue causa de que el animal se levantase sobre sus patas traseras y arrojase al suelo al jinete. El dependiente, irritado por su caída, se alzó del polvo y acusó a Mary Kelly de haber echado a rodar la col deliberadamente con el propósito de producir el accidente. En esto, Sam Donovan y James Kelly, que salían en aquel momento de la taberna de enfrente, se abalanzaron sobre el dependiente, y uno de ellos, sin que, al parecer, nadie sepa si fue Kelly o Donovan, se apoderó de su bolsa y desparramó su contenido sobre el suelo. Billetes y monedas se esparcieron por la plaza del mercado, y el dependiente, alarmado por el cariz que tomaban los acontecimientos, echó mano al trabuco con que le había armado Copper John por temor a los bandoleros y disparó al aire, con idea de contener a la gente, que gateaba ya por el suelo en busca de los dispersos billetes. Desgraciadamente, el disparo alcanzó a James Kelly en un ojo, hiriéndole mortalmente, y a los pocos momentos todo Doonhaven era un puro alboroto. El dependiente, temiendo por su vida, se refugió en Correos, en donde el administrador, con gran sabiduría, tuvo el buen sentido de atrancar puertas y ventanas y de enviar un mozalbete, por la puerta trasera, a buscar a la policía y también al director de las minas, al propio Copper John. A poco se restableció el orden, el cadáver del infortunado James Kelly fue trasladado a la casa de su cuñado, Sam Donovan, donde su esposa se encontraba ya presa de un ataque de histerismo, y Tomás Dowding, el dependiente de la Compañía, fue llevado en un coche cerrado a la cárcel del distrito, en Mundy. Se celebró el juicio en la próxima sesión del Tribunal, y fue absuelto y libertado, después de una prolongada prueba contradictoria, sin más que una severa reprimenda al efecto de que, en lo sucesivo, habría de tener más cuidado en el empleo de armas de fuego. El dependiente, asustado por todos aquellos acontecimientos, se consideró dichoso con poder renunciar a su puesto en la Compañía y trasladarse a otra parte del país, en donde era de esperar que el tiempo y el cambio de escenario borrara todo recuerdo de su atormentado espíritu. No sucedió así, sin embargo, en Doonhaven. El odio inveterado contra las minas, que había vivido latente durante diez años, se encendió de nuevo, y empezaron a mirar con recelo a los Brodricks cuando atravesaban la aldea o cabalgaban por la comarca. Una vez más, los colonos de Clonmere encontraron deshechas sus cercas, quemadas sus

cosechas y lisiado el ganado. No se podía olvidar que el trabuco que llevara el dependiente había salido de los muros del mismo castillo de Clonmere, hecho que, según los partidarios de los Donovans, convertía a Copper John en un criminal. James Kelly, que en vida no fue más que un estúpido, con cierta predilección por la cerveza fuerte, se convirtió al morir en un mártir ejemplar entre los hombres. Como decía su viuda, estaba hecho a semejanza de los santos, y jamás había recibido de él una sola palabra airada en los quince años de vida matrimonial.

—Era demasiado bueno para este mundo y para mí; que Dios le salve —decía—; y a esos Brodricks, que se dedicaron a destrozarse su preciosa vida, Dios sabrá castigarlos en su momento.

Sucedió que John, que con Fanny-Rosa y los niños pasaba el verano en Clonmere, se vio envuelto en el asunto por casualidad, ya que fue él quien había dado el trabuco al dependiente pocas semanas antes del accidente. John fue llamado como testigo y se vio obligado a asistir al juicio con su padre. Todo el proceso le pareció grotesco y absurdo, y sólo cuando descubrió que dos de sus galgos favoritos, que la noche antes se hallaban en perfecto estado de salud y vigor, habían muerto envenenados, comprendió que era él quien se había acarreado ahora el odio de los Donovans en vez de su padre. Le parecía la más vil de las venganzas hacer daño a un hombre martirizando a unos pobres animales, inocentes de todo crimen.

—¿Y qué voy a hacer? —preguntábale John a Fanny-Rosa, después que hubieron enterrado al pobre *Lightfoot* y a su hermano bajo el viejo nogal del jardín cercado—. No puedo ir a la tienda de Sam Donovan y preguntarle si ha sido él quien ha envenenado a mis perros. Se reiría de mí, con esa risa maligna que tiene, y me diría que no sabía que yo tuviese perros.

—Pero Tim vio a su hijo saltar la cerca anoche, y venía de las perreras —dijo Fanny-Rosa—. No hay duda de que fue él. ¿Por qué no coges un bastón y le das una paliza a ese patán que le dejes medio muerto?

—Sí, y luego que me juzguen por agresión —contestó John, molesto—. ¡Oh, déjalo estar! ¿De qué serviría eso? El pobre *Lightfoot* no volverá a correr, ni *Dauntless* tampoco. Ellos me proporcionaron los momentos más felices de mi vida, después de ti, Fanny-Rosa. Quizá sea una tontería mía; pero esto me produce más tristeza que ninguna de las cosas que me hayan podido suceder hace años.

Marchóse al parque y se sentó en la pequeña glorieta, donde Henry solía ir diez años antes. Allí comenzó a pensar en *Lightfoot* y en *Dauntless*, en cómo los había enseñado desde que eran cachorros hasta convertirlos en los campeones del año, y en que ahora yacían rígidos e inmóviles, después de una muerte angustiosa, sin tener cerca a su amo. Se preguntaba si habrían aullado llamándole en la noche, y si se sentirían perdidos y abandonados al no obtener respuesta. ¡Qué gozo el de aquellos días pasados de carreras, aquella primera temporada de Norfolk, cuando se dirigía a Mundy llevando consigo a Fanny-Rosa; los gritos de la multitud, la sonrisa del juez, *Lightfoot*, ágil e impaciente, esperando la voz o la mano de su amo! Aquel perro tenía

verdadera belleza, y alma también, lo juraría. Se entendían como rara vez se entienden los seres humanos. Estos últimos años había abandonado a sus perros; los había dejado engordar y apoltronarse. Y ahora todo aquello había terminado. De aquellos días de carreras no quedaban más que las copas de plata sobre el armario del comedor... ¡Qué final tan triste! Envenenados por los Donovans. Jamás causó daño alguno a nadie de aquella familia; pero recordaba al viejo Morty Donovan maldiciéndole aquella noche de lluvia en Monte Bravo. Quizá ahora se estaba cumpliendo aquella maldición. Si pudieran haberse librado de ella sus galgos... En tanto John permanecía sentado y solitario en la glorieta, empegó a meditar sobre los Donovans y trató de colocarse en su lugar. Recordaba que Clonmere había sido de ellos, antes de que un Brodrick pusiese su planta en aquel lugar. Fue entonces cuando, como tantas otras familias, les fue arrebatada la tierra después de la rebelión del 41, y cedida a alguno de los nobles, de donde pasó al primer Henry Brodrick. Era natural que tuviesen cierto resentimiento, y también que detestasen a John Brodrick, el amante del deber y mantenedor de la ley, que los detenía cuando hacían contrabando, y les quitaba la única oportunidad que tenían de hacer un poco de dinero a escondidas. No era extraño que uno de ellos le disparase un tiro cuando se dirigía a caballo hacia la iglesia, y no había por qué reprocharle que se alegrase de que el tiro diese en el blanco. Decían que aun brotaba la sangre en el agua de junto al camino el día del aniversario de su muerte. John y Henry solían ir a mirar cuando niños; pero jamás vieron una sola gota de sangre, salvo la de un pollo que arrojó allí la mujer de la casilla cercana. De todos modos, el Donovan que disparó el tiro fatal fue muerto por los amigos de Brodrick y destrozada su casa. No era extraño, pues, que existiese enemistad entre las dos familias.

—Si yo tuviese energía suficiente —decíase John—, bajaría a Doonhaven y concluiría la cuestión con Sam diciéndole que había que poner fin a esto. De otra manera no acabará nunca esta riña ridícula. Ese hijo suyo y Johnnie empezarán a regañar por algo, aunque estoy seguro de que Johnnie se las mantendrá firmes sin ayuda mía ni de nadie.

Salió de la glorieta más animado que había entrado. Los pobres *Lightfoot* y *Dauntless* habían muerto; pero cuando vivieron fueron dichosos, y acaso era preferible que hubiesen desaparecido así, bruscamente, en la flor de su vida, que llegar a una vejez reumática y desdentada, incapaces siquiera de perseguir a una liebre.

Descendió desde el parque al terreno desde donde se dominaba la casa. Las hortensias estaban en flor, y Bárbara, con un sombrero para el sol, se movía entre ellas llevando unas tijeras. Hacía días que no se encontraba bien, y llegó a temer que aquella tos se pareciese mucho a la de Henry. Sin embargo, era inútil decir nada. Se le acercaron los niños corriendo. Johnnie dando volteretas, derribando al pequeño Edward al dar sus cabriolas en el aire. Fanny-Rosa salió de la casa con Herbert en los brazos. Cinco hijos en ocho años; no se habían portado mal... Le entregó el pequeño

a la tía, y avanzó para salir al encuentro de su marido. Al verla hacer aquello, él se conmovió. ¿Tendría ella siempre la facultad de conmoverle de aquella manera, con su sonrisa, sus ojos y la sensación de su mano sobre su brazo?

—El día 29 será el aniversario de nuestra boda —dijo él—. Ese día hará nueve años que estamos juntos. ¿Te acordabas?

—No es probable que me olvide. ¿No crees? —respondió ella señalando a los niños—. Me parece que ya es hora de que me quede en casita y deje de corretear por ahí. Dicen que el décimo año de matrimonio es el más difícil.

—¿Dicen eso? ¿Y por qué ha de serlo?

—¡Bah!, el marido se aburre de ver siempre la misma cara todas las noches en su almohada, y vuelve la cara para encontrar otra mejor.

—¿Y cómo sabes tú si yo no lo he hecho ya y no he podido encontrar ninguna?

—Porque eres demasiado perezoso, querido, y porque con tus patillas no hay mujer que te mire a la cara.

—No soy tan perezoso como tú supones. A propósito, me propongo dar un paso un día de éstos que te asombrará cuando lo sepas.

—¿Qué paso es ése?

—No te lo digo. Ya puedes preguntarme cuanto quieras, que yo guardaré el secreto.

Lo cierto era que John estaba decidido a bajar a la aldea a ver a Sam Donovan para intentar hacer la paz que tardaba cerca de doscientos años. Poco le importaba por él; pero creía que debía hacerlo por amor a sus hijos. ¿Por qué Johnnie, y Henry, y Edward, y Herbert, y Fanny, habían de verse envueltos en ridículas pendencias en los años venideros? Por eso, una semana después del envenenamiento de los galgos, John partió a pie una tarde para Doonhaven, después de haberse negado a acompañar a Fanny-Rosa y a los niños a una gira campestre.

—Quedan muchos días para ir de gira —les dijo—. Por una vez en mi vida, voy a trabajar.

—No vaya a matarte el trabajo —le respondió, riendo, Fanny-Rosa.

—Desde luego que no —repuso su marido.

Era agradable pasear bajo el sol de octubre. El sendero a través del monte estaba lleno de hojas secas, y las garzas se alzaban desde sus nidos de los árboles y huían batiendo sus alas al acercarse él. Subía la marea en la ensenada. Algunos hombres quemaban hojas en el parque. El perfume del bosque le llegaba con el viento. Pronto llegaría la época de la caza, y entonces convencería a su padre para que le robase un día a las minas y le acompañase con su escopeta. Cazarían algunas perdices en los pantanos de Kileen, y otro día lo dedicarían a las liebres de la Isla de Doon. Le propondría a Fanny-Rosa quedarse en Clonmere hasta Navidad. Cinco niños pequeños parecían diez en Lletharrog. Si seguían así, tendría que ceder la casa de campo a su padre y tomar otra mayor. En Doonhaven hacía un calor sofocante; en la plaza del mercado más parecía verano que otoño, y el lugar parecía desierto, como lo

estaba siempre por las tardes. Bajó al muelle y se llegó a la tienda de Sam Donovan. Estaba cerrada, y echada la persiana en el escaparate. Llamó a la puerta e inmediatamente le abrió la esposa de Sam, una mujer delgada, de aspecto cansado, que se enjugaba las manos en un sucio delantal. Por encima del hombro de su madre atisbaba una niña de unos diez u once años, de cabellos rubios y desgreñados, y ojos azules como todos los Donovans.

—¿Está Sam? —preguntó John, dándose cuenta de que su voz sonaba un poco demasiado cordial para ser natural.

—No —respondió la mujer, contemplándole con recelo.

—Lo siento —exclamó John—. Tenía especial interés en hablar con él.

La mujer no contestó, y, después de esperar un instante, John dio media vuelta y se alejó. Acaso había estropeado la cuestión. Oyó que la chiquilla murmuraba unas palabras al oído de su madre, y después echó a correr hacia el muelle.

—Mi padre está con mi tío Denny, por causa de su enfermedad —le dijo—. Si quiere usted hablarle, allí le encontrará. Mi madre y yo hace dos semanas que no le vemos.

John le dio las gracias a la chiquilla y regresó a lo largo del muelle. Después de haber venido a Doonhaven con ese propósito, era una lástima que Sam no estuviese en casa y que se malograra su esfuerzo. Dieron las cuatro en el reloj de la iglesia. Ya era tarde para unirse a los demás en la gira. No; si había puesto manos a la obra había que continuarla. Iría a de Denny Donovan y vería a los dos hermanos al mismo tiempo. Ahora que estaba decidido, lo mejor era terminar el asunto por completo. Además hacía un día ideal para pasear, y una vez pasada la aldea, el aire de la carretera de Denmare sería espléndido.

Una vez más dejó atrás a Doonhaven, la casilla y el parque, y se dirigió hacia el Oeste por la carretera que cruza los pantanos. Su padre se había salido con la suya, y la carretera estaba ensanchada en algunos lugares, pasando ahora directamente a través del río Denmare; pero John no había advertido lo que se había conseguido con ello, y sí sólo que los días de mercado o de feria bajaba más gente a Doonhaven. La taberna de Denny Donovan, poco más que una zahúrda, estaba a unas tres millas de carretera, y era un lugar sucio y ruinoso, con un corral posterior en el que escarbaban unas mugrientas gallinas. El carro de Denny estaba resguardado bajo un cobertizo junto a la casa, y el caballejo andaba suelto junto a la carretera.

«Por lo menos —pensó John—, si él no está en casa, estará Sam».

Vio el rostro de una mujer que le miraba desde detrás de un visillo del dormitorio de arriba y creyó reconocer a Mary Kelly, la viuda del infortunado que murió de un tiro. Empezó a faltarle el valor. Acaso, después de todo, no fuese más que una quiijotesca necedad la que le había llevado allí. La puerta de la entrada pública estaba cerrada y atrancada con una barra, y John dio la vuelta por el corral de detrás. Era extraño que Denny Donovan cerrase su puerta a los posibles parroquianos. Lo más probable era que se le hubiesen acabado las existencias y no hubiese podido ir a

Mundy para volver a llenar su almacén.

John llamó a la puerta, y al no obtener respuesta, levantó audazmente el pestillo y entró. No había nadie allí, pero podía escuchar el ruido de alguien que se movía en el dormitorio del piso de arriba. La taberna tenía un aspecto triste y abandonado. Por todas partes había polvo y en el propio mostrador había dos o tres vasos sucios, que parecían estar allí desde hacía varios días. Dio unos golpes sobre el mostrador, y tras unos momentos, oyó ruido de pasos que descendían por la desvencijada escalera, quedando ante él Sam Donovan. Llevaba un camisón remetido en sus pantalones y estaba sin afeitarse. Miró fijamente a su visitante y comenzó a rascarse la oreja y a sonreír con esa mueca de servilismo tan peculiar en él.

—Buenos días, Sam —le dijo John tendiéndole la mano, que el otro aceptó tras un instante de vacilación—. Hace tiempo que tengo ganas de charlar un rato con usted, y con esa intención he ido esta tarde a su tienda, pero su esposa me ha encaminado aquí. Tengo entendido que no se encontraba usted bien.

—¡Ah!, yo no tengo gran cosa, *Mr. Brodrick*. Es Denny el que está malo, y Mary y yo hemos venido a cuidarle. Dicen que cogió la enfermedad de beber agua mala en Mundy, cuando estuvimos allí para declarar como testigos.

—Lo siento.

—¿Quiere usted subir y hablar con él? Está en la cama, claro; pero no importa, y ahora que se le ha quitado la fiebre, puede hablar.

John siguió a Sam Donovan escaleras arriba hasta una alcoba sofocante: la misma en la que estaba Mary Kelly cuando él llegó. Las ventanas estaban herméticamente cerradas y la atmósfera del cuarto era espantosa. Denny, el hermano de Sam, estaba en la cama, y sentada a su lado estaba su hermana la viuda, que llevaba en la cabera una cofia de encaje negro que John podía jurar que no tenía puesta cuando se asomó a la ventana. Denny Donovan estaba flaco y tenía muy mal aspecto. Cualquiera que fuese el grado de verdad en la historia del agua mala de Mundy, en todo caso había bebido algo que no le había sentado bien.

—Me dicen que está usted mediano, Denny —dijo John.

—Ya estoy mejor que estaba, *Mr. John* —dijo el hombre contemplándole, mientras él se inclinaba hacia la cama—; pero la fiebre me ha atormentado varios días, y lo que me choca es estar aquí aún, después de lo que he sufrido. Y la pobre Mary aquí, cuando acaba de bajar su marido a la tumba; y no se preocupa de la infección, ni Sam tampoco, sino que los dos han venido a cuidarme. Eso es cariño de hermanos de verdad.

—Verdaderamente —dijo John, mientras recordaba cómo pocos años antes había visto a Sam apaleando a Denny el día de Año Nuevo, llamándole bribón y mal bicho, después de haber festejado ambos hermanos la llegada del año demasiado libremente.

—Y ya que hablamos de cariño —continuó John—, tengo que decirles para qué he venido a verles. Ante todo, deploro el lamentable accidente que costó la vida a su esposo, *Mrs. Kelly*, y le ruego que lo crea.

—Era un hombre admirable —dijo la viuda—. No verá usted otro igual en este mundo.

—Ha sido un desdichado asunto —dijo Sam—. Aquí está la pobre Mary con grandes probabilidades de pasar hambre y sin hijos que la ayuden. Poco podemos hacer por ella ni Denny ni yo, que somos pobres y los dos con familia que mantener. Eso es lo que decíamos esta misma tarde: que sería un acto de verdadera santidad si algún bondadoso caballero la amparase. Pero ¿quién lo encuentra en el país?

—Jamás habría dejado que Thomas Dowding se llevase el trabuco si hubiese pensado que lo utilizaría —dijo John.

—Fue para presumir con él —dijo Denny—. Le gustaba, que la gente se lo viera. Ya te lo dije entonces, Sam.

—Si *Mrs. Kelly* está realmente desamparada, yo le prestaré ayuda gustoso —dijo John—. Y ¿no creen que ya es hora de que olvidemos las viejas discordias entre nuestras familias y las abandonemos? Soy el primero en reconocer que la provocación ha partido en gran parte de nosotros. Hemos tenido suerte en unas o en otras cosas y ustedes han sido desgraciados. ¿Vamos a no hablar más de ello y a estrecharnos las manos nosotros cuatro?

Hubo un momento de silencio. La viuda suspiró profundamente y Sam Donovan se rascó una oreja.

—¿Cuánto estará usted dispuesto a pasarle a mi hermana? —dijo.

—Depende de lo que ella valga para ustedes dos —respondió John. Y levantándose, fue a la ventana, la abrió y aspiró el aire aromoso del brezal.

Había sido un idiota en venir después de todo. No habían comprendido su actitud. Creían que lo que él deseaba era comprarles para que no le ocasionaran nuevas perturbaciones. Le estaba bien empleado. Cómo le despreciaría su padre si supiera lo que había hecho. El dinero de un bobo pronto le abandona.

Entretanto, los hermanos habían estado conferenciando con su hermana.

—Mary cree que podría arreglarse con cinco chelines a la semana —dijo Sam.

—Muy bien —dijo John—, procuraré que los tenga.

Metió la mano en el bolsillo y sacó unas monedas.

—Aquí está la primera entrega —dijo—. Lo mejor será que abra usted una cuenta postal; el dinero estará allí más seguro.

—Ofrece un trago a *Mr. John*, Sam —dijo el hermano enfermo—, para celebrar la ocasión. En el aparador hay una botella de *whisky* y aquí hay un vaso para él. Yo también bebería con ustedes si no fuese por esta fiebre. Cuando el alcohol me pasa por la garganta es como plomo derretido; tan hinchada la tengo.

«He aquí —pensó John— la más insensata sazón de mi insensatísima vida: bebiendo *whisky* con los *Donovans* y disponiéndome a sostener a *Mary Kelly* durante toda su vida. Creo que no voy a tener valor ni para decírselo a *Fanny-Rosa*».

La viuda pareció muy reanimada, y chocando su vaso de *whisky* con el de John, le preguntó por sus hijos.



—Rara vez he visto más guapos chicos que los suyos, *Mr. Brodrick* —dijo—. Son como los santos ángeles del cielo.

La insensatez de cuanto estaba ocurriendo le saltó a los ojos tan irresistiblemente, que le costó ímprobo trabajo no soltar la carcajada. Allí estaba él, escuchando lisonjas y recibiendo palmaditas de las mismas gentes que le habían envenenado los perros y dándoles dinero encima.

—Bueno, me despido, *Denny* —dijo, dejando su vaso—. Espero que pronto estará usted mejor, levantado y andando otra vez. Que le sirva de lección para no volver nunca a beber agua.

Bajó las escaleras seguido por *Sam* y la viuda, que le escoltaron hasta la puerta con sonrisas y finos discursos.

—Buenas tardes, *Mr. John* —dijo *Sam*—. Si hay algo que pueda hacer alguna vez por usted allá en la tienda, no tiene usted más que decírmelo.

—Bueno, *Sam*, lo tendré presente —dijo *John*. Y echó a andar por el camino, de regreso a *Clonmere*, muerto de risa al pensar en lo majadero que había sido. Después de todo, podía resultar de ello que los *Donovan* le dejasen en paz otros diez años.

Cuando entró en su casa halló a la familia de vuelta de su excursión campestre y disponiéndose a comer.

Los niños lo habían pasado muy bien y a *Johnnie* se le había caído un diente. *Fanny-Rosa* estaba colorada, y pecosa y adorable. Todos estaban de muy buen humor; tal vez porque *Copper John* estaba pasando unos días en *Slane*, y en su ausencia la atmósfera de la casa estaba más ligera.

*Willie Armstrong* llegó a los postres, y las cortinas se corrieron pronto, y todos se sentaron en torno al fuego para asar castañas.

—A propósito, *Bárbara* —dijo el doctor—. Le alegrará saber que no hay ni la más remota probabilidad de epidemia. Los casos están aislados y no han tenido contacto con otras personas. Esa difteria, que así la llaman, es una enfermedad muy peligrosa.

—¡Cuánto me alegro! —dijo *Bárbara*—. No puedo soportar la idea de que haya fiebres en la comarca, con los niños aquí.

—*Denny Donovan* ha tenido una suerte extraordinaria de haber dominado la enfermedad tan pronto —dijo el doctor *Armstrong*—; pero en esa familia todos son iguales: fuertes como veinte osos.

*John* arrojó al fuego su castaña sin probarla.

—¿Dice usted que *Denny Donovan* ha tenido difteria? —dijo tranquilamente.

—Sí —contestó el doctor—. ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

*John* se puso de pie y se fue hacia la ventana. Permaneció allí un momento pensando rápidamente y luego volvió a reunirse con todos.

—Creo que tengo que decirlo a todos —dijo— que yo no sabía eso y que he estado esta tarde con *Denny Donovan*.

Su amigo, sus hermanas y su mujer se le quedaron mirando estupefactos. En breves palabras les refirió su historia. Su voz era reposada y grave. Al terminar

dirigió la mirada a Fanny-Rosa como implorando su cariño y su comprensión. Ella permanecía enteramente rígida y en sus ojos se pintaba un terror que nunca le había visto.

—Si le has traído a Johnnie la infección a casa, nunca te lo perdonaré —dijo.

La habitación estaba oscura en su mayor parte. John no podía ver ni los cuadros de Eton en la pared, ni las cajas en que tenía las mariposas, ni los huevos de pájaro. Y esto le daba una gran impresión de soledad mientras estaba allí acostado, porque tenía cariño a las cosas que le pertenecían, y cuando no las veía, se sentía como echado fuera, se sentía como si fuese un extraño, como alguien que estuviese mirando hacia la cama y dando vueltas alrededor de ella, alrededor de una cama que no era la suya. Se sintió también como cayendo en un pozo sin fondo, cuyas paredes eran fríamente pegajosas como la superficie de las piedras de la mina; y veía a su padre mirándole desde la boca del pozo; y sacudía la cabera y se marchaba diciendo que no valía la pena de salvarle porque nunca sería capaz de hacer nada en su vida. Luego su padre se convertía en el director del colegio de Eton, que le miraba a través de sus lentes con cerco de oro y que señalaba con el dedo en las notas: «Brodrick no tiene iniciativa...». Eso era lo malo. Nunca había tenido iniciativa. Nunca había deseado servir a su país, o ejercer en el foro, o ayudar a su padre en la explotación de la mina de Monte Bravo, o hacer cualquiera otra de las cosas que la gente esperaba que hiciese. Lo único que deseaba era que le dejaran solo. Los galgos le entendían mejor: se ponían a su lado temblorosos y expectantes, y sus largos y esbeltos cuerpos se estremecían de excitación; sus ojos, bondadosos e inteligentes, esperaban que él pronunciase una palabra. Le gustaba cogerles el hocico con la mano, sacudirles suavemente a un lado y a otro y susurrar a su oído cosas absurdas. *Lightfoot*, altivo y desdeñoso, no se cuidaba siquiera de tirar de la correa que le sujetaba; de pronto, un salto súbito, una arrancada vertiginosa; luego, la persecución flexible y ondulante; y pronto, una liebre menos en la Isla de Doon.

La habitación estaba demasiado caliente; era como un horno cerrado sobre su cabeza, y cuando pidió que se abriese la ventana, alguien, con una voz que no reconoció, le mandó que se estuviese quieto y que no hablara, como si hubiera vuelto a ser un niño y estuviese otra vez al cuidado de la vieja Martha.

Si quisiera pudiera levantarse de la cama y volver a salir y oler los brezos y el césped de Monte Bravo... Bañarse en el pequeño lago y sentir la suave brisa en su cuerpo desnudo. Fanny-Rosa también iría; al aire libre, ya no tendría miedo de la infección... Pensó que era raro que, a pesar de no haber tenido su vida finalidad alguna determinada y de no haber logrado cosa alguna, que, a pesar de haber emprendido, no obstante, había conseguido la felicidad para Fanny-Rosa. Pues entonces todo lo demás no importaba. Valía la pena de estar allí acostado en la oscuridad con tal de acordarse de ello. Nadie en el mundo podía ser más adorable que

lo estaba ella, de pie junto al lago, en Monte Bravo. ¿Había sido diez, once, doce años antes? ¿Había sido ayer? Un día ella se había irritado con él por haber ido a ver a Denny Donovan, exponiéndose a traer a casa la fiebre y que le diese a Johnnie. Fanny-Rosa se había encerrado con los niños en un extremo de la casa y no quería acercarse a él. Y luego le había dado a él la fiebre; y los niños estaban a salvo; no se les contagiaría, ni tampoco a Fanny-Rosa. Fanny-Rosa, tan adorable... ¡Dios mío, qué enorme estupidez! Ir a sentarse al lado de la cama de Denny Donovan y beber su *whisky* y mantener a su hermana durante toda su vida. Comenzó a reír y a preguntarse quién habría en el mundo capaz de apreciar el humor exquisito de todo aquello. No había nadie. Excepto Johnnie, quizá. Un día podría contarle a Johnnie la historia, y su cara divertida, bella y testaruda, prorrumpiría de repente en risa interminable, y a través de la niebla y de las nubes de los años ambos se comprenderían.

El hombre curó de su mordisco; el que murió fue el perro.

Se acordó de cuando leía esto a los niños una noche, junto al fuego en el cuarto de estar, en Lletharrog. Las palabras se ajustaban en cierto modo muy bien a la ocasión presente. Dos días después sería el 29 de octubre, aniversario de su boda con Fanny-Rosa. Tal vez ella quisiera arriesgarse a salir al extremo, del pasillo y mirarle desde allí, acostado en la habitación de la torre. Ella le saludaría con la mano y le tiraría un beso.

Volvió a hacerse completa oscuridad sobre él, y no hubiera sabido decir si era de día o de noche; pero en un momento de extraña lucidez vio de pronto toda la cadena de incidentes que le habían llevado a aquella cama, y cómo si no hubiera sido por haber prestado el tabuco al dependiente estaría ahora en el jardín con Fanny-Rosa y los niños, y el dependiente volviendo de las minas con trescientas libras en el bolsillo.

«Jane dice siempre que las minas traen mala suerte a la familia —pensó—, pero mi padre no quiere creerlo. Seguiré vendiendo cobre durante otros veinte años, cuando todo lo que quede de mí sea la copa de plata que gané en las carreras de galgos en 1829».

Debió de haber dormido mucho rato, porque cuando se despertó vio una rendija de luz del día que entraba a través de las cortinas corridas, y oyó a los pichones en el bosque detrás del castillo y el ruido familiar de manejar los cubos en las cuadras. Se sentía cansadísimo, lleno de paz y contento.

«Al menos —pensó—, si he sido el más romo de los Brodricks, también he sido el más feliz».

# LIBRO TERCERO

## **Wild Johnnie, 1837-1858**

# 1

Cuando Johnnie se acordaba de su infancia, le parecía que no había sido sino una larga serie de escapadas, una tras otra, con el exclusivo objeto de provocar la indignación de las personas mayores. Le había parecido siempre que había dos mundos, el mundo de la fantasía, que él creaba para sí mismo, en el que era jefe de una banda de chicos indisciplinados que hacían exactamente lo que se les antojaba, y el mundo auténtico de la autoridad, simbolizado por su abuelo, Copper John, personaje de tal fuerza y poder, que no necesitaba sino moverse por el campo o entrar por la puerta principal de Clonmere para excitar en Johnnie una furia extraña de rebelión. Aquella cara grave y obstinada, aquella cuadrada mandíbula, aquellos duros ojos querían decir que los niños pequeños tenían que doblegar su espíritu, acallar sus voces y marcharse al desván si querían chillar y reír. Y Johnnie, acostumbrado a tumbarse, abierto de brazos y piernas, en el cuarto de estar de Lletharrog, siempre sin arreglar y en desorden, tumbándose sobre los almohadones de su madre, golpeando los muebles con sus tacones llenos de barro, consideraba el destierro al desván de la casa de su abuelo como una degradación y un insulto.

Copper John era, por consiguiente, un ogro, uno de los gigantes de los cuentos de hadas, que vivía en una fortaleza, y Johnnie era el osado joven prisionero que acababa por cortarle al gigante la cabeza y poner su pie en triunfo sobre su cuerpo muerto. El momento de las oraciones familiares era el adecuado para tender el anzuelo al ogro. Esto se realizaría por medio de una trampa que armaría uno de los sirvientes.

A veces ataba una cuerda a un almohadón, sobre el que solía arrodillarse el criado durante las oraciones, pasando la cuerda por debajo de la alfombra. Cuando Copper John estaba en medio de sus preces, el chiquillo tiraba de la cuerda desde el otro extremo del comedor, y daba en el suelo con el criado, interrumpiendo así a su abuelo. O traía uno de sus ratones domesticados y lo soltaba en el suelo. Más o menos pronto, el animal acababa por meterse entre las faldas de una de las chicas de la cocina, mientras él miraba a través de los dedos entreabiertos y contemplaba a la infeliz luchando, con su terror femenino, con los ratones; hasta que, al fin, no podía más, lanzaba un grito e incurría de este modo en el severo enojo del ogro. Lo curioso era que ninguno de los sirvientes le traicionaba ante su abuelo. En cierto modo, parecían estar asociados con él; y el mismo día, más tarde, Johnnie iría a la cocina y se sentaría sobre la mesa, en la que *Mrs. Casey* estaba haciendo un dulce, y él llamaba a la vieja su cariño y su reina, y la hacía cosquillas debajo de la barbilla; y, en fin, que a ella le era imposible enfadarse con él, y encima le daba un poco del dulce. «Master Johnnie es demasiado atrevido», solía ser el veredicto de escaleras abajo; pero aun así nadie se quejaba de él ante el amo. Tenía «sus cosas», solía decir la servidumbre, como también las tenían los otros chicos, hasta Herbert, el pequeñín; y no podían olvidar los criados la desgracia de la pobre *Mrs. Brodrick*, que se había

quedado viuda después de apenas nueve años de casada, quedándosele aquella prole turbulenta que educar. En realidad, *Mrs. Brodrick* parecía haber olvidado más pronto que ellos aquella desgracia.

Durante unos tres meses Fanny-Rosa había dado las muestras más extraordinarias de violenta aflicción. Había querido suicidarse; había estado en cama, donde la atendieron tiernamente Bárbara y Elisa; había asegurado que nunca volvería a estar capaz de seguir viviendo, y luego, poco antes de Navidad, sus cuñadas habían conseguido que las acompañase a Saunby, para pasar el invierno; y el cambio de decoración, las visitas de amigos y la gran animación de los niños, todo ello combinado la hizo dominar el primer transporte de pesadumbre, y cuando regresó a Clonmere, en la primavera, había vuelto a ser casi la misma Fanny-Rosa de antes. Casi, no del todo. Algo indefinible había desaparecido de ella para no volver. Su calidad alegre, ligera; el resplandor de encanto que John había despertado en ella con su amor y ternura, su atavío, el cuidado de su cabello, de pronto todas estas cosas dejaron de importarle. En otro tiempo la divertía comprar trajes y sombreros, por John; porque él la miraría con aquella luz en sus ojos y la tomaría en sus brazos. Ahora ya no valía la pena de molestarse en comprar nada; el traje de la temporada anterior le serviría perfectamente. Una viuda de veintinueve años podía esperarse que se casara otra vez, y el doctor Armstrong, cuando vio a Fanny-Rosa después de su regreso a Clonmere, unos seis meses después de la muerte de su esposo, se dijo que ninguna mujer de su temperamento y vitalidad era verosímil que permaneciese sola mucho tiempo. Se equivocaba. Todo cuanto hacía relación a ese aspecto de la vida estaba terminado para ella. Quedaba el futuro, y en él, el día en que Johnnie sería el dueño de Clonmere, *Mrs. John Brodrick* era una persona de categoría. Un día, seguramente antes de mucho tiempo, su suegro moriría, y Johnnie entraría en posesión de las tierras y del dinero. Fanny-Rosa sería el ama de Clonmere. Sería ella la que daría todas las órdenes, pagaría los salarios y tendría a su cargo el bolsillo del personal de Johnnie; y su fortuna sería enorme, sin duda, porque el cobre seguía extrayéndose en grandes cantidades, y *Mrs. John Brodrick*, gobernando la hacienda por cuenta de su hijo, resultaría una personalidad de considerable significación en la comarca. No se le había olvidado nunca a Fanny-Rosa que era sobrina del conde de Mundy, y de vez en cuando les recordaba el hecho a Elisa y Bárbara, dejando caer, como sin darles importancia, una o dos palabras; pero palabras suficientes para traerlas al sentido de la realidad en el caso de que, familiarizadas con la presencia de su cuñada, se sintieran propensas a olvidarlo.

Poco a poco, Fanny-Rosa empezó a hablar de lo que haría en Clonmere cuando la casa fuese suya, o más bien de Johnnie, lo cual Bárbara y Elisa juzgaban un tanto prematuro. Su padre no tenía aún setenta años y gozaba de excelente salud, y parecía haber muy pocas perspectivas de que fuese a dejar el puesto a su nieto antes de algunos años.

—Es una lástima —dijo Elisa un día a Bárbara— que Fanny-Rosa hable tan

incesantemente como si Clonmere fuese cosa suya. A mi juicio, Fanny-Rosa ha cambiado mucho desde que murió John. Ha perdido gran parte de su alegría y resulta muy pesada.

—¡Pobre Fanny-Rosa! —suspiró Bárbara—; ni tú ni yo sabemos, ni de lejos, lo mucho que ella echa de menos a John. Tenemos que ser pacientes con ella, y no dar importancia a lo que dice ni olvidar lo abnegada que es con nuestro querido Johnnie.

—No digo nada sobre su abnegación por Johnnie —respondió Elisa—; pero no puedo menos de impacientarme cuando Fanny-Rosa da órdenes en la cuadra y manda que ensillen mi caballo cuando quiere montar.

—Se te olvida —dijo Bárbara, siempre apaciguadora— que Fanny-Rosa está acostumbrada a dar órdenes también. Ella lo hacía todo en Lletharrog, y una mujer casada que ha tenido una casa suya se siente desorientada si no tiene criados a quienes mandar. Yo me paso la vida encontrándola en la cocina dando órdenes que contrarían las instrucciones que he dado yo, porque dice a la cocinera que ciertos platos son malos para la digestión del niño, y no sé, probablemente tendrá razón. En todo caso y haga lo que haga, debemos nosotras evitar todo tropiezo desagradable.

—Me pasma que padre no se enoje a veces —dijo Elisa—. Muy a menudo le contradice sin disimulo en la comida, cosa que él no nos ha consentido nunca a ninguno de nosotros.

—Fanny-Rosa ha viajado, cosa que ni tú ni yo hemos hecho nunca —dijo Bárbara—, y también ha leído muchos más libros. Y con frecuencia me he dado cuenta de que los hombres discuten del modo más amistoso con las mujeres que han tenido marido, en tanto que desairan a las no casadas como tú y yo. Me figuro que tienen alguna especie de conocimiento superior de la vida que nosotras no tenemos.

Elisa sorbió con fuerza. Detestaba que se le recordasen su soltería y su edad. Pero la viuda de su hermano había venido a vivir con ella, y Bárbara tenía razón, de nada servía buscarse disgustos. Así, pues, «Mrs. John», como la llamaban los criados, empezó a ocupar un lugar preeminente en el gobierno de la casa, más preeminente que el de «Miss Bárbara» o «Miss Elisa»; pero en diferente dirección. Que las comidas se retrasaran o que las habitaciones tuviesen polvo le importaba poco; pero si aparecía en la mesa una tarta cuando ella había ordenado un flan, irrumpía en la cocina y recriminaba a Mrs. Casey, avergonzándola delante de los otros criados; y si faltaba de su tocador cualquier objeto, que, sin duda, se había caído detrás (porque Fanny-Rosa carecía en absoluto del sentimiento del orden en su habitación), reprendía a la doncella vituperándola como ladrona, y hasta a veces la despedía del castillo inmediatamente, sin permiso de Bárbara, que ni siquiera tenía noticia de que hubiera sucedido tal escena.

Sus hijos no estaban nunca seguros sobre ella. Les mimaba con exceso en un momento, y un momento después les echaba una chillería; y después de su abuelo, la figura más dominante durante aquellos días de infancia en Clonmere fue la desconcertante, versátil personalidad de su madre, tan pronto un ángel con ojos



sonrientes y una nube de cabellos sobre la cara, como un demonio iracundo, una furia de cuento cuya voz exhalaba sonidos irritados.

La única persona que pegó a Johnnie fue su padrino, el doctor Armstrong, o «tío Willie», como le llamaban los niños, y Johnnie nunca le perdonó, porque además de pegarle por primera vez en su vida, fue inmerecidamente.

Tía Bárbara no había estado bien, se había pasado todos aquellos días tosiendo, y tío Willie había venido a verla. Tía Bárbara estaba haciendo una toquilla para una mujer enferma que vivía allá arriba en Oakmount, y había dejado la lana en el cuarto de estar. Tío Willie, al que tía Bárbara había pedido que le llevase la toquilla para continuar haciéndola mientras estaba acostada en su cuarto, encontró la lana toda revuelta y sucia, completamente inútil, y la toquilla hecha añicos. Los criados, cuando se les preguntó, reconocieron haber visto a «Master Johnnie» jugando con la lana después del almuerzo. Tío Willie le echó a Johnnie una gran reprimenda, acusándole de haber hecho una cosa muy fea y mala. En vano protestó Johnnie de que sólo había tocado la toquilla un momento y luego la había dejado; dijo que, sin duda, el perrito se había soltado y había hecho el estropicio, lo cual él, Johnnie, sentía muchísimo. Por nada del mundo hubiera él hecho una cosa que seguramente apenaría a tía Bárbara, y menos estando enferma. Su padrino se negó a creerle y le dijo que mentía.

Johnnie se puso como una amapola.

—¡No miento, así Dios te condene! —dijo (acababa, en aquellos días de cumplir diez años), e hizo ademán, de salir de la habitación.

Pero tío Willie le agarró. Como era un hombre vigoroso, de mucha fuerza, pudo dominar a su ahijado, que se debatía furiosamente.

—Mereces una paliza por lo que has hecho y por mentirme —dijo con firmeza—; y para que el castigo sea peor, lo voy a hacer delante de los criados, que así verán que eres un niño mimado, de mal genio y mal educado.

Y allí, en el patio de la cuadra, delante de *Mrs. Casey* y de Tim y de Thomas; y de las mujeres que se asomaron a la ventana de la cocina, le bajó a Johnnie los pantalones y en su parte posterior, expuesta a la luz del día, su padrino le dio una docena de bastonazos fuertes.

Johnnie estaba demasiado estupefacto para llorar; pero cuando el suceso terminó y su padrino volvió a entrar en la casa, Johnnie repentinamente se dio exacta cuenta de lo que había sucedido, de que sus pantalones colgaban en los tobillos y que las chicas de la cocina se reían ocultándose la cara con las manos. La vergüenza de lo que había sufrido le acometió como un relámpago y le sumió en una desesperación que nunca antes en su vida había conocido. Echó a correr al bosque y se tiró al suelo, donde lloró lágrimas de amarga humillación. Nunca, nunca jamás volvería a casa. Nunca podría mirar a la cara a Tim o a las chicas de la cocina. ¡Qué indigno, qué injusto, qué horriblemente espantoso todo lo que le habían hecho! Rezó apasionadamente por la muerte de tío Willie y porque algún hado amable quisiera

arrebatarse a él también y llevarse lejos de Clonmere. Oscureció e hizo frío, y el niño seguía tirado en el suelo en el bosque, con su preciosa cara hinchada de rabia y de aflicción y de resentimiento; en tanto que los verdugones de su parte posterior empezaban a escocerle y a dolerle, y que el peso de su corazón era cada vez más abrumador. Su madre le compadecería y, sin duda, se pondría irritada, furiosamente irritada, como tío Willie; pero no por eso dejaría de compadecerle ni de aplicarle medicina en sus maltrechas posaderas. Pero Johnnie no quería la compasión de su madre, quería su admiración y su cariño. Quería que pensara que él, Johnnie Brodrick, era la persona más admirable del mundo, y no simplemente un niño pequeño al que le habían bajado los pantalones delante de los criados. Su madre no comprendería la angustia y la vergüenza que le abrumaban ahora, su sensación de impotencia; y con la cabeza entre las manos y las lágrimas corriéndole por las mejillas, Johnnie exclamó desesperadamente: «¡Oh! ¿Por qué murió mi padre? Si él hubiese estado aquí, ése no me habría tratado de este modo...». Oscuramente, porque la memoria del niño no era grande, vio la alta, oscura silueta del hombre que había sido su padre; vio su sonrisa; sintió el peso de su mano en su hombro; oyó aquella voz grave y serena; y por primera vez se sintió desvalido, desamparado, él, que cuando su padre murió se había dado muy poca o ninguna cuenta de ello.

Luego se quedó dormido, aniquilado por la emoción, y allí le encontró Baird cuando volvía a su casa a través del bosque, y como era un amable anciano de cierta agudeza, se llevó al niño a su casa, sin decirle nada sobre lo sucedido, aunque los criados le habían contado toda la historia, corregida y aumentada. Dio al niño la mitad de su propia comida, y luego le dejó que se fuese a cazar con el hurón, al que Johnnie se llevó en la mano. A las nueve de la noche Johnnie había recuperado parte de su animación y buen humor, y se sintió suficientemente contento para pedir a Baird que le dejase su linterna para marcharse a casa a acostarse. Entró por la puerta lateral y se desusó escaleras arriba hasta la alcoba que compartía con Henry, temiendo que su madre o su abuelo pudieran oírle y le pidieran explicación por no haber ido a cenar.

—He estado cazando con Baird —dijo Johnnie quedamente, mientras se desnudaba—. He pasado un día muy entretenido. El hurón no intentó morderme y yo no le tuve ningún miedo.

—Mala persona —bostezó Henry—; podías haberme llevado contigo. Aquí he estado aburridísimo. Fanny y Edward han estado jugando a las cartas, y a mí no me divertía; eso es para niños pequeños.

—¿Preguntó mamá por qué no venía yo a cenar? —dijo Johnnie con aire indiferente.

—Tampoco ella ha estado en la cena —dijo Henry soñoliento—. Ha ido a Andriff a ver a tía Tilly y el niño nuevo. Y tío Willie ha dicho a tía Elisa que él creía que tú no estabas en casa y que no debía preocuparse si venías tarde.

Esto mostraba un detalle de comprensión por parte de tío Willie, pensó su

ahijado; pero no por eso podría perdonarle nunca.

—¿Fue eso todo lo que dijo tío Willie? —preguntó Johnnie.

—No sé —dijo Henry—; salió después de haber visto a tía Bárbara. Yo fui un poco de tiempo al lado de su caballo. ¿Me llevarás mañana a ver el hurón, Johnnie? Sería estupendo ir juntos.

—No sé —dijo Johnnie dándose importancia—. Me parece que no eres todavía bastante mayor para andar con hurones.

Y sin más se volvió al otro lado y pronto se quedó dormido. Pero a la mañana siguiente tuvo buen cuidado de vestirse de modo que su hermano no le viese de espaldas, y bajó a los rezos cotidianos con cierta ansiedad, porque temía sorprender una expresión despreciativa en las caras de los criados. De todos modos, comprobó que tío Willie no había dicho nada del asunto a la familia. Esto le alivió en gran manera, y su alivio se exteriorizó fanfarroneando ante los niños menores durante el resto del día. Estuvo jactándose sonoramente sobre sus proezas con el hurón, de tal modo que la admiración de Fanny y de los niños por su habilidad compensaba la vergüenza por el suceso de la víspera, y aunque el día pasó bastante felizmente y sin novedad, le pareció oír dentro de sí una voz burlona que murmuraba que, en realidad, no era tal figura heroica la suya, sino la de un chico tonto al que habían bajado los pantalones delante de los criados, cosa que alguna vez sabría todo el mundo. Escuchó con interés lo que aquella noche dijo su madre al hacer una alusión a «cómo la biblioteca sería suya (de Johnnie) cuando muriese el abuelo».

—Pero mi tía Bárbara usará la biblioteca seguramente antes que yo —dijo Johnnie—. Lo digo porque es la persona mayor de la casa después del abuelo.

Fanny-Rosa se echó a reír al escuchar la seria e infantil lógica de su hijo.

—La edad no tiene nada que ver con eso —respondió—. Cuando tu abuelo muera, Clonmere será tuyo. Podrás hacer lo que quieras con todas las habitaciones.

—¿Quieres decir que yo seré el amo, como lo es ahora el abuelo, y que los criados tendrán todos que hacer lo que yo les diga?

—Naturalmente, querido.

—¿Y podré prohibir a tío Willie que entre en casa y azuzarle los perros si se atreve a entrar en ella sin que yo le dé permiso?

Fanny-Rosa volvió a echarse a reír.

—Creo que ése sería un plan excelente para que lo pusieras en práctica —dijo—. Tío Willie se pone a veces muy criticón y cargante, y no dejaría de divertirme mucho verle marcharse para toda su vida.

—¿A ti no te gusta, mamá? —dijo Johnnie con gran audacia.

Fanny-Rosa no contestó de momento. Luego dijo:

—No es que me desagrade, naturalmente; pero nunca me ha gustado mucho su modo de ser dictatorial. Presume tanto, a causa de su amistad con la familia... Y bien mirado, no es más que un médico de aldea. Mucha gente ni siquiera le recibiría en su casa.

—¿Ser médico es una profesión de poca categoría? —dijo Johnnie.

—Pues verás, es una de esas profesiones que los caballeros generalmente no eligen. El Ejército, la Marina y la Iglesia son las únicas verdaderas profesiones. Bueno, en suma, es mucho mejor no tener profesión alguna, sino ser solamente propietario, como tú lo serás.

—Quizá —dijo Johnnie después de unos minutos— mi abuelo morirá el mes que viene y yo podré azuzarle los perros a tío Willie.

La idea, una vez fija en su mente, echó raíces profundas, y desde entonces mareaba a menudo a su madre con preguntas sobre cómo vivirían y qué harían cuando el gran acontecimiento sucediese. Parecía a Johnnie que llegar a ser dueño de Clonmere borraría del todo la mancha de aquella paliza que perduraba enconada en su memoria. Los criados no volverían a atreverse nunca a reírse de él. Empezó a observar atentamente a su abuelo en acecho de señales de una salud decadente. A veces se informaba ávidamente en el almuerzo sobre cómo había dormido su abuelo, y Copper John, no acostumbrado a tal solicitud por parte de su nieto mayor (porque era Henry, como su tocayo, el único de la nueva generación que entendía de atenciones y cumplidos), empezó a pensar que quizá, después de todo, el pequeño Johnnie tuviera algunos sentimientos naturales y pudiera convertirse en buena compañía para él de cuando en cuando. Porque Copper John se sentía aquella temporada frecuentemente solo, muertos sus dos hijos, así como su pequeña Jane, y Bárbara, que prácticamente estaba inválida. Un día se llevó al niño con él a visitar la mina, y no dejaron de divertirle sus preguntas, especialmente cuando se informó cerca del capitán Nicholson sobre si su abuelo moriría si le empujaran al pozo.

—Me figuro que sí, Master Johnnie —dijo el capitán de las minas, y Copper John se sintió verdaderamente conmovido al advertir que su nieto tenía expresión pensativa y observaba que, sin duda, había allí muchos tipos peligrosos y que su abuelo haría bien en llevar siempre en la mano su bastón.

—Cuando seas mayor —dijo Copper John cuando volvían juntos a casa, montado el niño en su jaca—, tú vendrás conmigo a las niñas y me ayudarás a mantener el orden entre toda esa gente. Hay ahí mucho que hacer.

—Yo iré con usted ahora, abuelo —dijo el niño ávidamente—. Me gustaría muchísimo ir con usted todos los días.

—Tiempo habrá para que lo hagas cuando termines tus estudios —dijo—. Tu tío Henry estuvo en Eton y en Oxford antes de que aprendiese gran cosa sobre el asunto de las minas.

—Pero, abuelo... —empezó a decir el niño, y luego se detuvo porque se acordó de que no estaría bien que recordase a su abuelo que para entonces haría ya años que estaría enterrado, y cambiando lo que iba a decir, dijo en su lugar:

—Espero que no esté demasiado cansado del camino.

Y Copper John dijo:

—Nada en absoluto; podría cabalgar doble jornada sin resentirme lo más mínimo.

Estas palabras parecieron impresionar al chico, porque se puso pensativo otra vez. De todos modos, pensó Copper John vagamente, el muchacho parecía estar al fin civilizándose.

Aquel otoño se pintó el retrato de Fanny-Rosa y de los niños. El cuadro se colgó en la pared del comedor frente al retrato de Jane. Era un grupo atractivo de los cinco niños con sus pantalones de terciopelo rojo, jugando en el jardín de Clonmere. El pequeño Herbert, sentado en el suelo con sus falditas, sonreía alegremente, y otro tanto hacía Edward con su montón de rizos. Henry estaba más pensativo; y Fanny, con toda la responsabilidad de ser la única niña de la familia, estaba un poquito pálida, un poquito descolorida. Johnnie dominaba el grupo; Johnnie, con su arco y su flecha, sus cabellos caídos en desorden y su rostro bello, altivo y obstinado. Contemplaba al mundo con arrogancia y aire retador, como si estuviese resuelto a demostrar a la gente que mirase un día su retrato, que Johnnie Brodrick, de Clonmere, no le daba importancia a nada ni a nadie.

A los catorce años enviaron a Johnnie al colegio de Eton. En cada una de las subsiguientes vacaciones, Fanny-Rosa ocupaba en la casa más sitio para ella y sus hijos. Bárbara, que ya no era sino una incurable desahuciada, salía rara vez de su habitación y dejaba todo el gobierno de la casa en manos de su cuñada. Elisa ponía la mejor cara posible sobre el asunto; pero se sentía inclinada a pasar más tiempo aquella temporada en Saunby que en Doonhaven. En cuanto a Copper John, llevaba sus setenta años como si hubiera tenido apenas sesenta, y aunque sus cabellos iban siendo escasos y estaban blancos del todo, y aunque su silueta se encorvaba más que antes, su inteligencia estaba siempre activa y gobernaba el asunto de las minas con la minuciosidad y la eficacia de un hombre que tuviese la mitad de sus años. Quizá estaba, a ojos de sus nietos, aun un poco más formidable que en los años anteriores. Había algo atemorizante en aquel rostro adusto, en aquellos cuadrados hombros, en aquella mandíbula potente, algo que parecía simbolizar al Todopoderoso, y cuando se sentaba en su sitio a la cabecera de la mesa para almorzar, con la Biblia abierta delante de él, los chicos solían experimentar la intranquilizadora sensación de que la Gran Presencia había descendido en verdad sobre Doonhaven y que con un solo feroz destello de su mirada él podía hundirles a todos en destrucción sempiterna. «Yo soy el alfa y omega, el principio y el fin», anunciaba la solemne voz, y Herbert creía firmemente que su abuelo hablaba de sí mismo y esperaba que una paloma bajase volando y revolotease sobre su cabeza, como lo hacía en la portada de su libro de oraciones. Fanny, que era naturalmente tímida, se sentía francamente aterrada ante el anciano, y se escapaba a su cuarto apenas le divisaba. Henry era el único miembro de la familia que parecía estar en disposición normal y amigable con su abuelo. Era un niño franco y simpático, que tenía un encanto peculiar, extraordinariamente parecido al tío Henry, a quien él nunca había conocido. Quizá era ese parecido el que hacía que Copper John se inclinase más benévolamente hacia el muchacho que hacia sus otros nietos, y durante las vacaciones del verano paseaba a veces con él por el campo, llevando en la mano su inevitable bastón y en la cabeza su sombrero de anchas alas, mientras Henry le preguntaba su opinión sobre los asuntos políticos del día, a lo que el anciano contestaba con un silencio divertido. Johnnie, a la sazón, le era francamente hostil. Aquella voz de mando en las comidas, que no permitía a ningún otro hablar mientras él hablaba, era un manantial de irritación. Johnnie, aburrido, inquieto, anhelando escapar de la mesa y ensillar su jaca, murmuraba entre dientes: «¡Así revientes, viejo maldito!», sabiendo perfectamente que el oído de su abuelo no era ya tan fino como en otro tiempo y experimentando un callado deleite en observar la mirada de terror en la cara de su hermana al oír lo que él susurraba. Había pasado ya el tiempo de las bromas. Un joven que va a Eton no puede ya poner ratones blancos bajo las faldas de las criadas o hacer balancearse cacharros con agua sobre la puerta; pero había otras diversiones en aquellos días, que las personas mayores

desaprobaban lo mismo que lo habían hecho con las bromas de antaño, tales como fumar en secreto detrás de la cuadra y beber cerveza con los chicos del pueblo en Doonhaven.

Era emocionante descolgarse por la ventana de la despensa después de oscurecer, cuando se le creía acostado, y marcharse al parque y reunirse con Pat Dolam y con Jack Donovan, y con dos o tres más, todos ellos varios años mayores que él, pero mucho más ignorantes, o que afectaban serlo. Echados boca arriba sobre la espesa hierba, con pipas en la boca (lo que, a decir verdad, le hacía sentirse a Johnnie un poco mareado), el «joven caballero» hablaba con prosopopeya acerca de la vida en Eton, del gran número de sus amigos y de cómo su preceptor no podía hacer carrera de él, y de cómo se proponía dejar el colegio antes de tener dieciocho años, si podía hacerlo.

—Cuando el viejo muera, todo esto será mío —decía Johnnie con presunción, abarcando las tierras con un gesto de la mano—. Os invitaré a vosotros al castillo, si quiero.

Y los mozos lanzaban risotadas y prodigaban las lisonjas y le llamaban, «un tío estupendo» y «el colmo de lo bueno», palabras que envolvían a Johnnie en una nube de orgullo. Sus amigos de Eton no eran tan numerosos como él quería hacer creer a los chicos del pueblo. En realidad, Henry parecía hacer mucho más y mejor en tres semanas que Johnnie había hecho en tres años. Henry se adaptaba al extraño ambiente del colegio con una facilidad y una gracia que su hermano envidiaba; y Johnnie, refractario a la disciplina, sintiendo aborrecimiento por el trabajo y propenso a lanzarse en una pelea apasionada con un muchacho que había sido su mejor amigo, y a olvidarle ahora por otro, veía a su hermano menor risueño y satisfecho, haciendo excelentes migas tanto con sus preceptores como con sus compañeros, y se preguntaba con íntima desesperación qué sería lo que a él le pasaba que tenía que estar en tal lucha constante con todo y con todos.

—Detesto a Eton —dijo a Henry cuando regresaban a Clonmere para las vacaciones del verano, recién cumplidos sus diecisiete años—. Estoy pensando seriamente preguntar a madre si puedo no volver al colegio. No hay allí ahora nadie con quien valga la pena de hablar y encuentro aquella vida insoportablemente tediosa.

—Es una lástima que nunca vayas a remar —dijo Henry—. Ésa ha sido la mitad de mi diversión, y todos los compañeros más simpáticos reman. El próximo semestre voy a ir de caza. Locksley y Middleton me han invitado a pasar una semana con ellos antes de que empiece el curso, y me gustaría ir. El padre de Locksley tiene el mejor coto de caza de Inglaterra.

Johnnie guardaba silencio. Nadie le había invitado a él por una semana cuando tenía catorce años solamente. Había estado en casa de uno o dos de sus compañeros; pero nunca se había divertido demasiado. Las amistades parecían ser para él una carga en vez de ser un placer. Contemplaba a su hermano, sonriendo para sí mientras leía el periódico, y de pronto vio su propio reflejo en la ventana, sombrío, ceñudo,

amurriado; y el contraste le deprimió. Así es como estaba siempre su aspecto; no era extraño que los compañeros no le encontrasen simpático.

Como de costumbre, su madre le devolvió algo de su confianza en sí mismo.

—Mi Johnnie querido —exclamó, echándole al cuello los brazos—, cómo has crecido en estos tres meses. ¡Pero si eres casi un hombre! Sin duda, es absurdo que sigas yendo al colegio a desojarte sobre los libros de estudio.

Johnnie la abrazó con efusión. Resultaba grato escuchar los propios pensamientos enunciados en voz alta por otra persona. Su madre era una criatura admirable; pero, Dios mío, ¿por qué se pondría esa redecilla alrededor de la cabeza, en vez de una cofia? Y seguramente, con su reluciente cabello, que se había puesto aun más reluciente desde las últimas vacaciones, era una equivocación ponerse aquella chaqueta encarnada. También estaba más gruesa de lo que solía estar.

—Me alegro de que te parezca perder tiempo estarse desojando con los libros —dijo—; positivamente, nada adelanto con seguir en Eton, y no quiero volver.

—Claro que no volverás —respondió—. Hablaré con tu tío Bob, para ver si puedes ingresar en los Dragones. Ya sabes que tu pobre abuelo ha muerto.

—¿Cómo? —exclamó muy excitado Johnnie.

—No, no —dijo su madre rápidamente, mirándole por encima del hombro—. Me refiero al abuelo Simón. Tío Bob está ahora al otro lado de la bahía, en Andriff, intentando poner las cosas en orden. Naturalmente, todo estaba en extremo revuelto.

—Hubiera preferido —dijo Johnnie en voz baja— que hubiera sido el abuelo Brodrick.

—También yo —dijo su madre—. ¿Pero para qué hablar de eso? En todo caso, el abuelo Simón ha muerto muy feliz. Se fue a la cama por haber bebido, como de costumbre, y el pobre pegó fuego a las sábanas. Debió de caérsele la pipa de la boca, y cuando el criado entró en la habitación casi le sofocaron los humos del tabaco y del *whisky* y del fuego, todos mezclados. El buen viejo parece haberse asfixiado con su propio aliento. El criado dice que tenía un aspecto sumamente apacible.

—Supongo que el castillo de Andriff será para tío Bob —dijo Johnnie.

—Sí, y el dinero que haya dentro, que no puede ser más de dos peniques. Te ha dejado a ti su oporto, por cierto.

—Vamos, algo es algo —dijo Johnnie—. ¿Podremos traerlo a Clonmere y guardarlo de modo que el abuelo no sepa nada de ello?

Su madre se echó a reír, y un instante pareció la Fanny-Rosa de otros tiempos al cerrar un párpado y poner un dedo sobre los labios.

—Ya está hecho —dijo—. Lo he guardado en uno de los desvanes. Tu abuelo no lo encontrará nunca. De todos modos, esta temporada soy yo la dueña de la casa; nadie se atreve a hacer preguntas.

—¿Cómo está tía Bárbara? —preguntó Henry.

—Lo mismo, poco más o menos —dijo su madre—. Nunca sale de su habitación y no come más que un gorrión. Tío Willie dice que escasamente podrá llegar al



invierno. Claro que debería irse a un clima más suave; pero no tiene fuerza suficiente para viajar.

—¿Qué edad tiene, madre? —preguntó Johnnie.

—¿Tu tía? Pues no creo que tenga más de cuarenta y ocho años.

—Parece que es regla en mi familia morir mucho más joven de lo corriente —dijo Johnnie—. Se diría que pesa sobre todos nosotros una maldición.

—Pues sobre tu abuelo no parece haber maldición alguna —dijo Fanny-Rosa—. No sé si sabes (claro que esto son sólo chismorreos), pero he oído decir que las minas producen nada menos que veinte mil libras al año. Y aun así cenamos frío los domingos por la noche y no se enciende la chimenea antes de octubre. Realmente no puedo soportarlo esta temporada, y hago que Thomas me suba turba a mi cuarto y también una bandeja si siento apetito. A propósito: no mires con demasiada aspereza a la nueva doncella. Es bizca y no tiene la cabeza demasiado firme.

—¿Pues qué le ha pasado a Meg?

—Nada, que tuvimos un desacuerdo ruidoso y la mandé a su casa. Dicen ahora en Doonhaven que no quieren venir las chicas a Clonmere porque soy muy difícil. ¿Has oído en tu vida algo más absurdo? ¡Pues si soy la señora más fácil de la comarca! En cuanto a mirar debajo de las camas, ni siquiera se me ocurre. Me da demasiado miedo de lo que podría encontrar.

Los dos chicos se echaron a reír. Qué entretenida y animada podía ser su madre cuando quería, con su risa fácil, su mirar de reojo, sus gestos expresivos; y al lado de eso, ¿qué importaba que dejase que su tez se estropease con todas aquellas pecas y que nunca se arreglara los rizos y que llevara aquella ridícula redecilla en el pelo para sostenerlo?

—He empezado a poner en práctica en Doonhaven un gran proyecto —continuó—, y es enseñar a las muchachas del pueblo a hacer encaje. Todos los jueves vienen media docena de ellas al castillo.

—¿Y cómo se te ha ocurrido semejante cosa? —preguntó Johnnie.

—Pues es una forma de educación, ¿no te parece? ¿Qué podrían ellas hacer si no? Tumbarse bajo los setos, sin duda. En cuanto al Reverendo Padre, ha venido a verme muy furioso, como podéis imaginar. «Eso es una obra diabólica, *Mrs. Brodrick* —me dijo—. No sirve más que para que esas chicas tengan ideas superiores a su posición. Cuando termine usted con ellas estarán todas descontentas de su suerte. Y si usted desea hacer buenas obras —me dijo cuando le hacía mi reverencia en la puerta—, lo mejor que podría hacer es dejar tranquilas a las muchachas de Doonhaven y ocuparse de los chicos de su hermana de usted». En respuesta, le llamé una cosa que no se le olvidará en un rato largo... ¡Pobre tía Tilly! ¿No la envió ya siempre en Navidad un paquete de ropas viejas? Tiene ahora once chicos, todos corriendo descalzos por las calles de Andriff. Cualquiera supondría que Sullivan les haría zapatos, puesto que es zapatero de oficio.

El salón de Clonmere estaba ya tan desordenado y desaliñado como el de

Lletharrog. Desparramados por el suelo y sobre las sillas había pedazos y piezas de encaje, y los búcaros estaban llenos de flores marchitas que Fanny-Rosa siempre olvidaba tirar. Sobre la mesa de escribir había paquetes de libros, y a su lado, el papel y la cuerda. Fanny-Rosa compraba constantemente libros, y cuando llegaban no se acordaba de leerlos. El último perrito había hecho algo sobre la alfombra y nadie se había ocupado de limpiarlo, y en una esquina del sofá había un caramelo pringoso, que se había seguramente caído del bolsillo de Herbert. Johnnie y Henry se fueron por el pasillo para saludar a su tía. Estaba echada junto a la ventana con el rostro palidísimo y demacrado; pero era la misma, amable, paciente tía Bárbara que había sido siempre. Con su afabilidad acostumbrada, les pidió noticias de su salud, y les dijo cuánto le gustaría poder ir al comedor y comer con todos reunidos, pero por desgracia no había bajado las escaleras desde la última vez que ellos estuvieron. Dijo que suponía que les habrían ventilado las camas. El cuarto de la torre era propenso a la humedad; pero, naturalmente, su madre habría dado órdenes para que les calentaran la cama, lo cual Johnnie dudó mucho, pero no lo dijo. Luego Bárbara empezó otra vez a toser con un impresionante sonido dilacerante, y Henry, con su habitual tacto y corrección, afectó estar contemplando un cuadro de la pared con gran interés, en tanto que Johnnie se sentía acometido por un horrible miedo nervioso de echarse a reír. Cuando salieron al pasillo se sentó en el suelo, metiéndose el pañuelo en la boca, y Henry, escandalizado y alterado, le suplicó que se callase.

—¿Cómo puedes ser capaz...? —dijo—. No vivirá mucho. Es horrible.

—Ya lo sé, idiota —dijo Johnnie—. Tengo exactamente el mismo cariño que tú a tía Bárbara. Pero es que el sonido de la tos...

Y otra vez comenzó a sacudirle una risa silenciosa mientras le caían lágrimas por las mejillas, hasta que también Henry se contagió y echaron a correr escaleras abajo hasta el jardín en un estado de semihisterismo, y Johnnie, para tranquilizarse, necesitó nada menos que una zambullida en el agua fría de la caleta. Dejó su ropa en montón sobre la orilla y se tiró al agua sin vacilar un momento.

Henry pensó que era una buena suerte que su abuelo no regresara hasta el día siguiente. ¡Qué tremendo hubiera sido verle aparecer de pronto y que hubiera sorprendido a Johnnie allí completamente desnudo! Hubiese habido matraca sobre el caso hasta el último minuto de las vacaciones.

—¡Vamos, sal, loco! —exclamó—. ¿No ves que cualquiera de las criadas de la casa puede verte?

Y miró con aprensión por encima del hombro. Johnnie se removía como un perro y sonreía a su hermano menor. No tenía toalla; tuvo que secarse con la camisa.

Empezó a vestirse silboteando. La murria que traía desde que salió de Eton se había disipado. Su madre había dicho que podía dejar el colegio en Navidad y el tío Bob le haría ingresar en los Dragones. Se iría al extranjero y rompería la crisma a una porción de gente, y el pobre Henry continuaría siendo un chico del colegio que tendría que apagar la luz a las diez de la noche.

—Justo a tiempo —murmuró Henry al ver a tía Elisa que salía de la casa y bajaba a la orilla para saludarles.

—Queridos muchachos —dijo, ofreciendo sucesivamente a cada uno de ellos una mejilla un tanto fofa y un olor de naftalina—, ¡cuánto me alegra veros! Johnnie, estás hecho un hombre, y también tú, Henry, un muchachote. Pronto no querréis ni hablar a vuestra vieja tía.

—No digas vieja —contestó Henry galantemente—. Me pareces tan joven como siempre. ¿Qué tal tus pinturas?

—He hecho un par de paisajes muy bonitos; ya os los enseñaré.

—Johnnie, ¿no te importaría ir mañana a Slane para esperar a tu abuelo y venir con él? El vapor no llegará en dos o tres días, y como no tiene nada que hacer en Slane, por lo visto desea volver por carretera. Tim te llevará en el coche.

—No me importa —dijo Johnnie.

—Estoy segura de que tu abuelo lo agradecerá. Fíjate que no te ha visto hace seis meses.

—¿No se encuentra muy solo allí en Saunby, sin nadie? —dijo Henry cuando entraban en el vestíbulo—. No se me ocurre qué puede hacer allí, sin minas que vigilar.

—Aún va a Bronsea dos veces a la semana —contestó Elisa—, y también a tu antigua casa de Lletharrog va de cuando en cuando. Tiene de bueno que *Mrs. Collins* es un ama de llaves excelente y le sabe cuidar muy bien. Con la enfermedad de tu tía Bárbara sería para mí imposible acompañar a tu abuelo a ninguna parte. Esta temporada estoy aquí completamente atada.

—Espera hasta que yo ingrese en los Dragones, tía Elisa —dijo Johnnie—. Te invitaré a Londres y pasaré contigo mi tiempo de permiso. ¿Te gustará verme con casaca roja?

—Ya lo creo, Johnnie. Todas las muchachas me envidiarán. ¿Está la comida, Thomas? Estoy hambrienta.

—*Mrs. John* ha dicho que se sirva hoy una hora más tarde, *Miss Elisa*; quería terminar unos bordados.

—¡Vaya, qué fastidio! Todos los días cambiando las horas de las comidas. Ayer, cuando llegué de mi paseo, ya habían quitado la mesa, porque se le ocurrió comer más temprano. Nunca sabe una a qué atenerse.

Johnnie echó una mirada a la puerta de la biblioteca. La habitación estaba desnuda y fría, con ese frío desapacible de una habitación que no se ha usado en muchos meses. Pero, no obstante, la presencia de su abuelo flotaba en ella. Hasta el olor era el mismo. Cuero, y plumas y papel. Había en la estancia algo prohibitivo como en la iglesia. «¿Qué contraste —pensó Johnnie mientras subía las escaleras— con la babel del cuarto de estar, donde *Fanny-Rosa*, toda acalorada, estaba probando con alfileres el patrón de un vestido sobre su hija *Fanny*, y chillándole con voz aguda por no estarse quieta, mientras *Edward* y *Herbert* saltaban sobre los muebles en

animado combate, lo cual presenciaban encantados y conocedores dos perrillos que ladraban!».

Al día siguiente Johnnie marchó en dirección de Slane de muy buen humor, porque Tim le dejó conducir los caballos, o más bien fue él, que ordenó a Tim que le diese las riendas. La vieja *Mrs. Casey* había muerto años antes, y Tim, el en un tiempo juvenil lacayo, era ahora un hombre casado de cerca de cincuenta años. Sentado junto a su joven amo, iba visiblemente inquieto. A Master Henry podían confiársele los caballos. Sabía manejarlos por instinto, como le había sucedido a su padre; pero Master Johnnie no tenía ni asomo de paciencia, y les fustigaba de tal modo, que el animal más noble y manso tenía que ser presa de los nervios.

—Deje al caballo que trabaje, Master Johnnie, déjele solo —decía Tim.

Pero Johnnie, que encontraba muy lenta la marcha, no cesaba de azuzar a los caballos.

—¿Por qué no conduces un carro mortuorio, Tim?

Sería para ti más adecuado —dijo—. ¡Vamos; vosotros, zánganos, estáis tan gordos, que apenas os podéis mover! Como este majadero idiota, que tanto se preocupa de vosotros.

—Y no es ésa buena manera de hablar, Master Johnnie, a quien le ha conocido a usted cuando era un niño pequeño.

—Bueno, ya sabes que yo ladro más que muerdo, Tim. Por nada del mundo querría molestarte —dijo Johnnie, y buscó en el bolsillo una moneda de plata—. Toma, aquí tienes para echar un trago o dos cuando llegues a Slane.

—No, perdone, Master Johnnie; prefiero no cogerlo.

—No seas ridículo. No es cosa de todos los días esto de que me lleves a Slane, ¿no es eso? Pues aprovecha la ocasión lo mejor que puedas.

Era estupendo aquello de estar en la ciudad completamente dueño de sí, con los caballos y el coche metidos en la hostería y con su abuelo, que estaba encerrado, según averiguó, con el Director del Banco, y que probablemente estaría hablando con él lo menos dos horas. Se puso a pasear río abajo y a observar los barcos. Los sonidos y los olores de Slane le eran gratos, porque se sentía bien, y despreocupado, y tenía diecisiete años y el dinero le ardía en los bolsillos. Volvió la esquina en una calle y de golpe y porrazo se encontró con dos de sus amigos de Doonhaven. Uno de ellos era Jack Donovan, hijo de Sam Donovan, el que tenía la tienda en el muelle. Era un muchacho alto y de buena facha; tendría media docena de años más que Johnnie, el pelo de color de jengibre y ojos azules saltones.

—¡Pero hombre! —dijo Jack Donovan—, si es el propio *Mr. Brodrick*, el joven, en persona. Yo y Pat acabábamos de decirnos el uno al otro que ya era hora de que volviera usted de su magnífico colegio a casa.

—¿Cómo está? —dijo Johnnie lánguidamente, alargándole dos dedos—. ¿A dónde se encaminan? Estoy esperando a mi abuelo y tengo dos horas libres para mover los talones.

—¡Ah!, pues le enseñaremos Slane —dijo Jack Donovan guiñando un ojo—. Por supuesto, que es una gran ciudad cuando se sabe andar por ella. Por de pronto, no estaría mal mojarse un poco el gaznate.

—Sería mejor para usted que no le vieran con nosotros en una taberna —dijo el otro muchacho—. Quizá su abuelo lo sepa y se ponga fosco.

—Yo hago lo que me da la gana —dijo Johnnie—. Hala, vamos, tengo más sed que un zapatero remendón.

Sabía Johnnie perfectamente que si le descubrían en compañía de aquellos dos tipejos le costaría caro, especialmente por ser uno de ellos un Donovan, porque no sabía por qué, su abuelo no tenía la menor simpatía por los Donovans, ni tampoco sus tías, ni su madre. Lo cual le hacía tener ganas de mostrarse amable con ellos precisamente por eso. Los tres muchachos no tardaron en estar sentados alrededor del mostrador de una de las numerosas tabernas de Slane. La atmósfera era sofocante y había muchísima gente. Había en la ciudad una feria y en la taberna numerosos campesinos, viejos contando historias interminables, y chillonas mujeres que discutían y muchachas aldeanas de brillantes rostros con toquillas por la cabeza.

—¿Qué va a tomar? ¿*Whisky*? —preguntó Jack Donovan.

—Sí, si lo bebéis vosotros —dijo Johnnie osadamente.

En casa bebía cerveza, cuando podía conseguirla, y algunas veces un vasito de oporto, cuando a su abuelo se le ocurría ofrecerle la botella.

—Así se hace —dijo Jack Donovan con acento admirativo, al ver que Johnnie se bebía su ración de un trago y se esforzaba por aparecer imperturbable. ¿Qué? Quiere otro, estoy seguro. A ver, Pat: otro *whisky* para este señor.

Johnnie se tomó la segunda dosis más despacio. «Por Dios, que era bueno —pensó—. Vaya si era bueno. Le metía a uno vida en las venas. Y en la tripa. Que le ahorcaran si volvía a Eton el resto del curso. Tío Bob tenía que hacerle ingresar en los Dragones sin demora».

—Dentro de pocos meses ingreso en los Dragones —dijo, observando al decirlo a sus dos compañeros.

—¡Bravo! —dijo Jack Donovan—. ¡Ah, qué estupendo estará *Mr.* Johnnie llevando el uniforme del Rey! Me entran ganas de irme con usted. ¿Qué, otro *whisky*?

—No hay inconveniente —dijo Johnnie—, a condición de ser yo quien pague.

—Pues a su salud entonces —dijo su compañero—. ¿Tiene usted aún veintiún años?

—Diecisiete —dijo Johnnie.

—Me está usted mintiendo. Por todos los bienaventurados santos del cielo, me está usted mintiendo. ¿No es verdad, Pat?

—Le aseguro que no. Cumplí diecisiete en mayo de este año.

—¿Y bebe *whisky* de ese modo? Pues es para estar orgulloso. Hubiera jurado que tenía usted veintiuno. Mire esa chica cómo le mira a través de la ventana. También ella juraría que tenía usted veintiuno, ¿no es verdad, Pat?

Y hubo risotadas y mucho meneo con los vasos, y Johnnie, sorprendido de poder estar aún sentado derecho, miró riéndose a la muchacha de la toquilla, que correspondió sonriendo y llamándole con una seña.

—Bueno, ahora ha hecho una conquista; nos hemos quedado sin él —lamentó Jack Donovan, elevando los ojos al cielo—. Pero tal vez, si no tiene más que diecisiete años, sería mejor que dejase sola a Betty Finnigan, Betty no los quiere tan jóvenes.

—¿A qué se refiere? —dijo Johnnie.

La risa del otro empezó de pronto a ponerse ofensiva, y Johnnie a ver sin simpatía sus pelos de jengibre. Quizá, después de todo, su abuelo tenía razón en no querer nada con los Donovans. La estancia se estaba poniendo terriblemente cálida y toda la gente hacía un ruido infernal.

—Apuesto a que no sabe usted qué decir a Betty Finnigan —dijo Jack Donovan, acercando demasiado a la cara de Johnnie su cara burlesca.

—¿De veras? ¿Y en qué se funda para pensarlo?

—Porque en su hermoso colegio inglés no le enseñan a usted a hacer esas cosas —dijo Jack Donovan—. Cualquiera puede echarse al colete un par de copas, pero para saber tratar a las mujeres hace falta ser un hombre.

Hubo otro gran estrépito de risotadas, y algunas personas de las que estaban en la taberna se volvieron y se quedaron mirando a Johnnie.

—No se achique, muchacho —dijo un viejo, agitando su vaso—. Esos tunantes lo que tienen es envidia; ésa es la verdad, ni más ni menos. ¿No es eso, Betty?

La muchacha, con ojos brillantes, bajó la toquilla, asintió en silencio y volvió a sonreír a Johnnie.

Johnnie se puso lentamente de pie y miró hacia abajo a Jack Donovan.

—Gracias por su compañía, Jack —dijo—. Uno de estos días volveremos a echar un trago juntos. Por el momento tengo otra cosa que hacer.

Arrojó unas monedas sobre el mostrador y se puso el sombrero ladeado.

—¿Soy yo el que va donde va usted, o es usted la que va donde voy yo? —dijo a Betty Finnigan.

Eran las cinco cuando Johnnie volvió a la puerta del Banco. Estaba cerrado. Su abuelo tenía que haberse marchado de allí más desuna hora antes. Quizá estaría esperándole en la fonda. Bueno, pues que esperase el tío viejo. No le haría mucho daño. ¡«Qué extraño» —pensó Johnnie, que ya no se sentía nervioso en lo más mínimo—. Su abuelo podría mirarle con sus fríos ojos adustos, podría llamarle al desabrigado y triste despacho, y aun eso no le importaría! Qué sería lo que le hubiera investido con aquella sensación de fría confianza, no lo sabía Johnnie. Quizá fuera el *whisky* que había tomado; quizá fuera la sensación de la muchacha en sus brazos; quizá era simplemente el hecho de que tenía diecisiete años, de que era Johnnie Brodrick de Clonmere, y que si alguien se atrevía a contradecirle le rompería la cara, lo que hacía imposible que nunca volviera a sentirse atemorizado ante un viejo de

setenta y cinco años que debía estar enterrado desde mucho atrás.

Cuando Johnnie llegó a la fonda encontró delante de ella el coche enganchado y a Tim de pie delante de los caballos. Su abuelo estaba junto a la puerta abierta del coche con su reloj en la mano.

—Buenas tardes, *sir* —dijo Johnnie—. ¿Le he hecho esperar?

Era raro. Se preguntó si habría crecido mucho en los últimos meses, porque ahora era él más alto que su abuelo. ¿O sería, tal vez, que el viejo se había encogido? Desde luego se apoyaba más que solía hacerlo sobre el bastón. Copper John miró a su nieto y volvió a meter el reloj en el bolsillo de su chaleco.

—Iba ya a marcharme de Slane sin ti —dijo brevemente, subiendo al coche y sentándose en la esquina más apartada de la puerta—. Bueno —dijo después de un momento—, ¿qué has estado haciendo?

Johnnie sacó el pañuelo del bolsillo haciendo un floreo y se sonó la nariz. «Sería delicioso —reflexionó— echarlo todo a rodar y decir la verdad y luego observar la expresión en la cara de su abuelo». Hizo esfuerzos para contener la risa.

—He invertido la tarde saboreando las bellezas de Slane, *sir*.

—Estabas en la ciudad poco después de las dos —dijo—. A las cuatro tenías que haber dado tres vueltas por cada calle y ver cuánto hay que ver. Abre la ventana de tu lado, hijo; está el aire aquí dentro muy viciado.

«Huele el *whisky* en mi aliento —pensó Johnnie—; ahora va a ser ella. Tendré que decirle que me sentí mareado y tuve que irme a una posada a echarme un poco». Y otra vez le acometió la tentación de risa. Copper John parecía caviloso, preocupado, y un tanto distinto de cómo era habitualmente. Tal vez su entrevista con el director del Banco no hubiera sido grata. Aunque era poco probable, si las minas producían veinte mil libras al año. Pero su madre era siempre propensa a exagerar. A lo mejor la historia era completamente falsa y las cosas llevaban mal camino. «En todo caso, aquello no era cosa suya», pensó. Y bostezando, cerró los ojos y se recostó sobre los cojines del coche, apoyando una mano sobre el borde de la ventanilla. Se sentía deliciosamente soñoliento, increíblemente satisfecho, y si aquello era consecuencia del *whisky* y de Betty Finnigan, ¿qué no le pasaría dentro de pocos años, cuando hubiese experimentado el servicio en los Dragones? El mundo no resultaba, por lo visto, un sitio enfadoso. En poquísimos minutos se quedó dormido, se arreboló su cara, le cayó sobre ella su negro pelo, y, a decir verdad, representaba bastante menos de sus diecisiete años.

No despertó hasta que el coche trepidó en el mismo Doonhaven; y entonces se estremeció sobresaltado al recordar la presencia de su abuelo a su lado, y se tranquilizó mucho, y no se sorprendió poco, al enterarse de que también su abuelo se había dormido, y, por tanto, no podía recriminarle por perezoso y por aburrido compañero de viaje.

Fue una gran tentación la de contarle a Henry cómo había pasado la tarde en Slane; pero algo se lo impidió: una vaga sospecha de que su hermano menor, en vez

de prorrumpir en exclamaciones de aprobación y darle palmaditas en la espalda, pudiera alejarse de él desconcertado, un tanto despistado, y quizá tuviera de él peor concepto del que tenía antes. La familia, naturalmente, ya había comido, y su abuelo lo había hecho en Slane; así que Johnnie, que se sentía capaz de comerse toda la casa, se precipitó sobre la comida fría que le habían dejado en el comedor, y a las preguntas llenas de interés de Henry sobre lo que había hecho en toda la tarde respondió evasivamente.

Los pequeños y su hermana estaban ya acostados, y cuando Johnnie y Henry subieron al cuarto de estar para dar las buenas noches, encontraron a su abuelo de pie ante la chimenea, con una expresión, en la cara, curiosa y un tanto embarazada. Fanny-Rosa estaba sentada junto a la ventana y tía Elisa enfrente, y las dos habían dejado la labor y estaban escuchando al jefe de la familia. «Dios santo —pensó Johnnie—, se ha enterado de lo de esta tarde y se lo está contando...».

—Esperad un momento —dijo su abuelo—. Será mejor que vosotros dos, hijos, escuchéis lo que voy a comunicar a vuestra madre y a vuestra tía. Sentaos, ¿queréis?

Sus nietos obedecieron. Copper John tosió y cruzó las manos a la espalda.

—No me propongo hacer larga historia —dijo—, sino referiros en pocas palabras lo que sucede. Esta vez haré una breve visita para ver las minas y tratar allí del negocio y luego regresaré al otro lado de la bahía. En adelante continuaré residiendo allí con más frecuencia que antes lo hacía, y plantaré mis reales, con tu anuencia, Fanny-Rosa, en Lletharrog. Elisa puede utilizar la casa de Saunby cuando así le acomode. Esta casa, por supuesto, continuará abierta a toda la familia y mis nietos seguirán teniendo en ella su hogar.

Se detuvo y tosió de nuevo. Elisa parecía perpleja y miró a su cuñada.

—Pero ¿qué hará usted, padre —dijo—, sólo en Lletharrog? Está más lejos para su continuo ir y venir a Bronsea. Por eso se trasladó usted primero a Saunby.

—No estaré solo, hija mía —dijo Copper John—. Esto es lo que deseo deciros. *Mrs. Collins* aceptó ser mi esposa hace tres semanas. Nos hemos casado en Bronsea y luego nos hemos trasladado a Lletharrog. Es una mujer fiel y bondadosa, que me es muy adicta. Estoy verdaderamente contento de poder llamarla *Mrs. Brodrick*, y espero que a vosotros os ocurra otro tanto.

Por un momento hubo un profundo y penoso silencio. Luego Fanny-Rosa dijo: «¡Dios mío! ¡Dios mío!» y Elisa prorrumpió en llanto torrencial.

—¡Oh padre! —dijo—. ¡Cómo ha podido hacer eso! ¡*Mrs. Collins*, su cocinera, qué vergüenza, qué desastre, después de tantos años! ¡Qué dirá la gente, todos nuestros amigos de Saunby! ¡No volverán a mirarnos a la cara a ninguno de nosotros!

—Lo que es seguro —dijo Fanny-Rosa— es que saber esto será la muerte de Bárbara. Tendremos que ocultárselo como sea.

—Bárbara ya lo sabe —dijo Copper John tranquilamente—. Se lo dije esta noche en cuanto entré en su cuarto. Pareció comprenderlo todo perfectamente.

—Si ella no estuviese inválida esto no hubiera nunca sucedido —dijo llorando



Elisa—. Por estar ella condenada a la cama y yo a cuidarla es por lo que usted ha llegado a estar supeditado a... esa mujer. Nunca la llamaré *Mrs. Brodrick*, padre; es mucho pedir.

Y otra vez la ahogó el llanto.

—Por supuesto —dijo Fanny-Rosa—, tu padre está en condiciones de proceder según le plazca. No creo que por ser *Mrs. Collins* una mujer joven... Quiero decir..., me refiero a que esta nueva situación no afectará a Johnnie en modo alguno, supongo.

—Puedo asegurarte —dijo su suegro— que los intereses de Johnnie en nada sufrirán por ningún concepto; ni los tuyos, Fanny-Rosa; ni los tuyos, Elisa; ni los de ningún otro miembro de mi familia. Yo tengo setenta y cinco años; mi esposa, cincuenta. Como es naturalísimo, haré de ella mención en mi testamento; pero nada de cuanto la deje se os tomará a ninguno de vosotros. En cuanto a nuestros amigos de Saunby o de cualquiera otra parte, Elisa, no es necesario que te apesadumbres por tal cosa. Viviremos tranquilísimamente en Lletharrog y *Mrs. Brodrick* no irá a ninguna otra parte. Ni siquiera es necesario que la gente sepa que me he vuelto a casar, si no deseáis decirlo. Sinceramente espero y confío que nadie de mi familia abrigará hostiles sentimientos hacia la mujer que tan bondadosamente ha consentido en ser la única compañía de mis últimos años.

Nadie contestó. Copper John los miró a todos sucesivamente. Thomas entró a correr las cortinas. Cuando lo hizo, «el chasquido de las cortinas al cerrarse hizo sentir como la sensación de haber acabado algo», pensó Henry. Sonaron como a cierre fatal de una época. Nada volvería ya a ser como antes. Clonmere continuaría; él y Johnnie y los niños seguirían viniendo aquí a pasar sus vacaciones; pero su abuelo no estaría con ellos. La biblioteca estaría vacía; la mesa del vestíbulo, desnuda del bastón nudoso y del ancho sombrero, y en la granjilla de Lletharrog, al otro lado del agua, su abuelo estaría sentado frente a su cocinera, aquella mujer de ancho rostro, de alegre espíritu, de rojas manos, que hacía tan excelentes dulces y que tenía, al hablar, aquel terrible acento cantarín de Bronsea...

«Era horrible —pensó Henry—, era denigrante. Su abuelo, al que había temido y respetado tanto, derrocado así de su pedestal. Era como si el mismo Dios se hubiese de repente degradado. ¡Pobre tía Bárbara, pobre tía Elisa, qué desgraciadas y míseras debían sentirse! Tendría él que ser especialmente cariñoso con ellas y tendría que impedir que los pequeños las molestaran haciendo demasiado ruido».

«Gracias a Dios —pensó Fanny-Rosa— que el abuelo había decidido vivir en Lletharrog y no traer a casa a aquella mujer. Así la cosa no nos afectará a nosotros y yo podré hacer aquí lo que quiera. Era una suerte que no fuese una mujer joven que pudiese tener familia. Los hombres de edad son tan idiotas, que no se puede saber lo que va a ocurrir...».

«Es muy cómodo —pensó Elisa— decir que yo tendré para mí la casa de Saunby. Nada habría que más me gustase con tal de que me diera dinero bastante para sostenerla; pero es siempre tan tacaño... Y además, yo no puedo, así como así,

abandonar a Bárbara, aunque seguramente ya no es cosa más que de uno o dos meses, Pero he de procurar mostrarme firme y obtener que me dé lo suficiente para vivir con cierto decoro en Saunby. Después de todo, yo voy a ser la única superviviente de todos sus hijos».

Copper John dijo entonces pausadamente:

—Si ninguno tenéis nada más que decir, os deseo a todos muy buenas noches. Nos reuniremos para desayunar a las ocho. Yo iré a las minas como de costumbre.

Dio un beso a su hija y a su nuera y estrechó la mano a sus nietos, y salió de la habitación.

«Pobre infeliz viejo —pensó Johnnie—, pobre hombre, sin nadie que le atendiese en todos estos años, con su mujer enterrada hace cerca de treinta y sus hijos e hijas muñéndose uno tras otro. Éste es el hombre al que he odiado y temido desde que tengo uso de razón, y en fin de cuentas no es más que un pobre ser humano. Es como yo: anhela las mismas cosas, el mismo apoyo confortante. No es Dios todopoderoso ni lo ha sido nunca. No es más que un pobre viejo, trágicamente solo. ¡Qué tengan buena suerte —siguió Johnnie pensando— él y su cocinera! Mi madre y mis tías podrán sentirse tan escandalizadas como quieran y decir que es un bochorno que ha caído sobre la familia. No saben lo que el viejo tiene que haber sufrido, no comprenden...».

—Está bueno —dijo Henry mientras los dos hermanos se desnudaban para acostarse—. Es una bonita catástrofe, ¿no te parece?

—¡Qué simpleza! —contestó Johnnie—. ¿Por qué no ha de poder hacer lo que quiera?

—Pero resultará raro —dijo Henry— venir aquí en vacaciones y no ver al abuelo. Detesto que las cosas cambien. Me gustan que sigan como siempre.

Johnnie no respondió. Estaba echado boca arriba con las manos cruzadas detrás de la cabeza, y en su imaginación danzaban en torbellino los sucesos de aquella tarde. El camino hacia Slane conduciendo los caballos, el paseo por las calles de Slane, el encuentro con Jack Donovan y su amigo, el rato en la taberna, los *whiskies*. Y la chica..., y luego la noticia que les había dado su abuelo, coronándolo todo. Veía su figura trágica y solitaria, y luego pensaba que no volvería a Eton, y que ingresaría en los Dragones, quizá dentro de muy pocos meses, y luego se veía combatiendo en tierras lejanas.

Henry se durmió pronto; pero Johnnie, quizá por haber dormido en el coche cuando volvía a casa, se revolvía en la cama, más desvelado, más nervioso a cada hora que pasaba, y siempre le parecía ver a Jack Donovan, con su expresión de malicia sonriente y su cabeza roja, aproximando su cara retadora más y más a la suya e incitándole a seguir bebiendo. Cuando el reloj de la cuadra dio las tres, Johnnie se sentó en la cama y apartó las sábanas. Henry no se movía y la casa estaba tranquila y silenciosa.

«¿Habrás *whisky* en la bodega?», pensó Johnnie.

Salió al pasillo y se deslizó hasta el último descansillo de la escalera posterior. El suelo estaba frío para sus pies descalzos. Escuchó un momento y no oyó ruido alguno. Callada, furtivamente, tanteó, a oscuras, el camino hasta las regiones de la cocina. Sonaron campanadas de un reloj. Alargó la mano y tocó la puerta de la bodega. Y, por una vez en su vida, Thomas había descuidado su obligación. La llave estaba puesta...

El 2 de diciembre de 1856 un alquilón desembocó en St. James Street desde Piccadilly, y de allí entró en Pall Mall, deteniéndose por último ante el número 17, que a la sazón correspondía a una casa con departamentos para hombres solteros. Era una noche oscura y lluviosa, y el cochero tiró de la campanilla y esperó que el portero contestase antes de abrir él la portezuela para que se apease la persona que venía en el coche.

—Mala noche, señora —dijo formulariamente, extendiendo la mano para recibir el importe de su servicio. Y al poner ella en su mano las monedas de plata, diciéndole: «Gracias, amigo mío», con el ademán de una reina, el cochero sonrió y se quedó mirando cómo ella subía los escalones del edificio; porque ella no podía saber el aspecto que ofrecía envuelta en aquella capa de terciopelo púrpura y con aquel gorrito que pretendía ser del mismo color y que llevaba terciado sobre su cabello brillante. «Vaya —se dijo el cochero entre dientes mientras arreaba al caballo y mientras los cascos y las ruedas resonaban entre la lluvia—, apuesto algo bueno a que en sus buenos tiempos llamaba la atención entre las más guapas»; y pensó a la vez que no había muchas señoras, ni hombres tampoco, que diesen media corona de propina por un servicio como aquél.

—El capitán Brodrick no ha vuelto aún, señora —dijo el portero—. Dijo que si usted venía, que tendría que esperar; que él no tardaría. Creo que ha ido a cortarse el pelo, señora, ahí abajo, en Jermyn Street.

—Pues ojalá —dijo Fanny-Rosa— no se haga pelar como un presidiario. Yo le digo que para qué sirve tener un buen pelo como él y luego afeitárselo como si tuviese que cumplir una condena. ¿Quiere encender el gas? Este cuarto es una tumba. No sé qué hace el capitán Brodrick en una habitación tan poco acogedora. Pero imagino que si se lo pregunto a usted no me lo dirá.

Se echó a reír y se quitó los guantes. El portero parecía azorado. La señora era la madre del capitán Brodrick, y aunque parecía muy campechana, consideraba que sería una inconveniencia ponerse a hablar sobre lo que hacía el capitán Brodrick. Estuvo observándola mientras se arreglaba el sombrero en el espejo y luego abrió un pequeño bolso de mano y se daba polvos blancos en la cara. El efecto no resultó muy afortunado. Fanny-Rosa sorprendió su mirada en el espejo.

—¿Qué ocurre? —dijo con viveza.

—Nada, señora, absolutamente nada —contestó el portero. Y saludando, salió y cerró la puerta.

—¡Qué sandio! —murmuró Fanny-Rosa, y se quitó el exceso de polvos de la cara. Se sacudió la capa y aseguró el broche que llevaba prendido en ella por delante. Era un magnífico broche de diamantes, la insignia del regimiento de Johnnie. El alfiler siempre estaba abriéndose. Fanny-Rosa sabía que acabaría por perderlo. Recorrió la habitación, cogiendo los objetos que había sobre la chimenea, abriendo

las cajas, mirando los cuadros. El escritorio de Johnnie estaba cerrado; pero encontró la llave en la tabaquera que había sobre él. Fanny-Rosa lo abrió, canturreando mientras lo hacía. Papeles, sobres, tacos de cuartillas desparramadas en todas direcciones. «Es un desordenado sin remedio —murmuró su madre—, exactamente igual que yo». Había varias facturas, al parecer sin pagar todas ellas y todas pendientes hacía tiempo. Fanny-Rosa las leyó todas. Había dos o tres invitaciones, que examinó, y una carta, evidentemente femenina, acusándole de abandono y firmada «tu enamorada chiquitina, Doodie». Fanny-Rosa sonrió. «No está muy enamorada chiquitina», pensó. En un cajón encontró una receta médica que la intrigó, pero que, a su pesar, no pudo descifrar, y una caja de píldoras que olió y probó, pero sabían mal. Oyó fuera pasos que la hicieron sobresaltarse un momento, y cerrando de golpe el escritorio se puso a canturrear en voz alta y volvió a mirarse en el espejo. Pero debía haber sido el portero que andaba por allí. El resto del contenido del escritorio la decepcionó. Los cajones estaban llenos de mapas y de libros militares y órdenes. Fanny-Rosa pasó a inspeccionar el armario. Contenía ropa. El uniforme de gala de Johnnie, y su guerrera de servicio y sus botas altas. Nada de interés allí, aunque le gustó tocar su ropa, y detuvo cariñosamente un rato la mano sobre la guerrera de servicio con el pasador en el pecho. ¡Pobre hijo querido! La había ganado en aquella terrible Crimea; había sido un milagro que no muriese allí helado. ¡Qué fracaso idiota! Lo que ella no comprendía era que nadie hubiese ido allí para aquello... Hola, ¿qué era esto? Algo con paja escondido detrás de las botas. Justo, lo que ella había esperado. Una botella de oporto. Y aquí había otra. Y otra. Todas vacías. Se preguntó dónde tendría las llenas. Cerró el armario y abrió la puerta que daba a la pequeña alcoba. Allí no había más que la cama, el lavabo y una cómoda. Vaciló una fracción de segundo antes de abrir la mesilla de noche. Allí había una botella de *whisky*, mediada. Volvió a cerrar y entró de nuevo en el gabinete.

—Tiene que beber —se dijo—. ¿Por qué no lo pone todo en el armario? Ahí no lo vería nadie. Y además, a mí no me vendría mal ahora una copa de oporto.

Acercó su silla al mortecino fuego y removi6 los carbones. Los hombres no tenían idea de la comodidad. Y menos aún los militares. Se acostumbraban a los madrugones y a las camas de hierro y a la habitual desnudez del mobiliario, y ya nunca parecían desear otra cosa. A Edward le pasaba exactamente lo mismo, ahora que había ingresado también en el regimiento. Henry era otra cosa. Era el único de los chicos que sabía vivir bien. Y Herbert, dejando Oxford para irse a ser «pastor» en aquel suburbio de Liverpool... Es que ella no podía concebirlo. En cuanto a Fanny, pues sí, era muy propio de ella haberse casado con un clérigo. No es que ella (Fanny-Rosa) tuviese nada que decir contra Bill Eyre. Era un hombre por demás digno y estimable, y además tenía su dinerillo, y después de todo, los Eyre eran una de las familias más antiguas del país. Pero es que en un pastor protestante hay algo... En realidad, Fanny-Rosa nunca había comprendido cómo se decidirían a casarse, y mucho menos a tener hijos. Cuando ella pensaba en el digno, honestísimo Bill y en su

tímida, un tanto sosilla Fanny, la verdad, ella no sabía cómo imaginarles... Y, sin embargo, ocurría, y esperaban un nene dentro de tres meses. Se preguntó qué impresión le causaría ser abuela. ¡Cuánto tardaba Johnnie! El pobre chico habría ido, sin duda, a algún sitio para echar un trago. ¡Cuánta lata se ahorraría si fuese franco y volviese aquí, y los dos se sentaran junto a una botella! Allí estaban sus sables en el rincón. Nunca sabía ella si eran sólo para ponérselos o si los usaban realmente en las batallas. Johnnie contaba tales absurdas historias de sangre y degollina, que ella no podía creerle. Aquí estaba ya. La puerta se abrió con estrépito y su niño querido entró.

—Perdóname, te he hecho esperar —dijo yendo derecho a allí y cogiéndola en vilo.

—¿Te han rapado ya? —dijo volviéndose, y él se echó a reír, enseñándole su negra cabeza e inclinándose para darla un beso.

—Si te salieses con la tuya, madre, llevaría aún tirabuzones —dijo.

Johnnie a los veintisiete años estaba casi igual que a los diecisiete, pero más alto, más ancho de hombros, aunque no tan alto ni tan ancho de hombros como su hermano Henry, que le llevaba dos pulgadas. Su cara se había puesto en cierto modo áspera, tenía la boca más terca y una expresión en los ojos un poco arrogante, un poco expectante, como si guardase una censura y quisiera impedirla antes de que se formulara.

—Bueno, ¿por qué todo este jaleo? —dijo—. ¿Por qué tengo que llevar a todo el mundo a cenar por ahí?

—Es un festejo —dijo Fanny-Rosa—. Es realmente un honor. Henry ha sido nombrado *Sheriff*<sup>[6]</sup> supremo de Slane, y no tiene más que veinticuatro años.

—¡Zambomba! —dijo Johnnie.

Permaneció un momento silencioso y luego se echó a reír.

—Siempre supe que Henry era el talento de la familia —dijo—. Obtuvo en Eton todos los premios que podía tener, y yo no logré ninguno. Pues celebrémoslo, en todo caso. No le envidio por sus éxitos. *Sheriff* supremo de Slane, ¿no es eso? Tenemos que hacer que nos convide.

Fanny-Rosa experimentó un alivio. Algunas veces se sentía una pizquita preocupada, lo menos posible, ante la idea de que su querido Johnnie pudiese tener envidia de los triunfos de su hermano. Todo el mundo parecía tener gran simpatía por Henry, así en la comarca como al otro lado de la bahía. Tenía muchedumbre de amigos. Y dondequiera que iba, lo mismo si estaba allí que si iba a pasar una temporada con Elisa en Saunby, o si estaba en Londres, la gente se interesaba al oír su apellido y decía: «¿Es usted la madre de Henry Brodrick? ¡Qué satisfacción conocerla! Tenemos gran afecto a su hijo». Ella se sentía orgullosa y contenta, es claro; y Henry era un encanto, sin duda, y simpatiquísimo y muy guapo; pero ella a veces deseaba que alguien le dijera: «He conocido el otro día a su hijo mayor, el capitán Brodrick. ¡Qué gran muchacho es!». Pero esto nunca lo decía nadie. Sólo una

vez, en Londres, había hablado con un hombre que conocía a Johnnie y se había expresado acerca de él en términos muy evasivos. «¡Ah!, sí —había dicho—; estuvimos en el mismo regimiento algún tiempo, antes de la guerra... No le he visto desde entonces»; y cambió de conversación. Una vez Fanny-Rosa le preguntó a Edward, poco después de haberse incorporado al regimiento, si había algo de ambiente desfavorable a su hermano mayor. A Edward parecía haberle puesto la pregunta en un brete. «Pues no sé a punto fijo —dijo—; pero ya sabes que el pobre Johnnie tiene un carácter endiablado; y a veces tiene molestos a los compañeros indefinidamente. No les importaría que fuera impetuoso como un halcón; pero sí les importa que tome demasiado oporto después de las comidas y que increpe e insulte a todo el que está delante». «Sí —dijo Fanny-Rosa— sí, ya comprendo...».

Y aun así, pensó mientras veía a su hijo mayor, que se peinaba ante el espejo de su alcoba, qué simpático es cuando quiere, qué afectuoso, qué amable; y estaba segura de que en cuanto a inteligencia no desmerecía de Henry; pero no se molestaba en utilizarla; era en eso igual que su padre. En cuanto a su temperamento, pues sí: era heredado de ella, de su madre, y en todo caso denotaba espíritu, determinación de no dejarse subyugar.

—Mejor será que nos marchemos, Johnnie —dijo—; quedé con los demás en las siete y media.

—Muy bien —contestó Johnnie—. Abajo tienes un coche. Dobson te acompañará hasta él. Yo iré en seguida.

Fanny-Rosa salió al vestíbulo, y mirando por encima del hombro vio, por la rendija de la puerta, que su hijo abría el armario que había contra el muro.

«Va a tomar un vaso de oporto» —pensó—. «Dios sabe cuántos se tomará al día».

El portero la tapó con el paraguas hasta dejarla en el coche. Johnnie bajó a los pocos minutos.

—¿Quiénes nos reuniremos? —preguntó a su madre, poniendo los pies en el asiento delantero.

—Sólo nosotros —respondió ella—, y Henry, y Edward, y Fanny y Bill, y Katherine, la hermana de Bill, a la que creo que no conoces.

—¿Es tan sosa como Bill?

—No seas poco amable con tu cuñado; yo le tengo verdadero afecto. Katherine es encantadora. Me parece que a Henry no le es indiferente. Sé correcto y amable con todos, por darme gusto. Y no hagas observación alguna sobre el aspecto de Fanny. Es extremadamente sensitiva.

—Y si lo es, ¿por qué diablos se presenta entonces en público?

—Sólo lo hace esta noche, en consideración a Henry, Luego ella y Bill se van a Clifton a esperar que salga de su cuidado.

—¡Qué indecente noche maldita hace! —dijo Johnnie mirando a través del cristal y frotándolo con su pañuelo—. Pero este tío, ¿dónde cuernos cree que vamos? ¡Maldito sea, si no es por aquí! ¡Eh, usted, ciego imbécil...!

Bajó la ventanilla y continuó increpando al cochero. Fanny-Rosa se recostó sobre el respaldo sin decir nada. Siempre ocurría lo mismo cuando iba en coche con Johnnie. No se había dado el caso de que ningún cochero le llevara por el camino recto. Cuando llegaron al punto de destino, Johnnie había maltratado ya a toda la familia del cochero, a sus condiciones morales, a su limpieza, a la fidelidad de su esposa, y todo en las narices del infeliz. Fanny-Rosa empezó a temer si habría una agarrada cuando llegasen a Portman Square. Pero Johnnie, de pronto, cambió de tono, dio al hombre una enorme propina y dijo que por nada del mundo desempeñaría aquel oficio; y dando el brazo a su madre la llevó al hotel, dejando al cochero todo sofocado, estupefacto y mudo. Henry y Edward estaban esperándoles.

—Los demás irán directamente —dijo Henry—. Las chicas se están acicalando, como siempre. ¿Qué hay? ¿Cómo te va, buen viejo? No tienes idea de lo que me alegra verte.

Estrechó la mano a Johnnie y besó a su madre. Los dos hermanos no se habían visto hacía un año.

—Mi enhorabuena al *Sheriff* de Slane —dijo Johnnie—. ¿Qué tal esa abogacía, y la política y todas tus cosas?

—Muy bien todo —contestó Henry sonriente—. Creo que lo mejor es picar aquí y allá, en la mayor cantidad posible de cosas. Quieren que sea candidato en las próximas elecciones; pero a mí me parece que debo esperar unos años antes de hacerlo.

«¿Qué hombre más emprendedor! —pensó Johnnie—. Siempre buscando algo nuevo que hacer, pero siempre sin molestar. Aquí viene la pobre Fanny, con su facha grotesca, y el digno Bill, y...».

—Te presento a Katherine Eyre —dijo Henry—. Mi hermano Johnnie.

Recordó que su madre le había dicho que era encantadora, pero no le había dicho que era también preciosa. Llevaba el pelo, que era suave y oscuro, recogido en un moño bajo sobre la nuca; tenía los ojos garzos y serenos, la tez blanca como la leche, y en conjunto, pensó Johnnie, producía la impresión de reposada tranquilidad, como de espíritu retirado en sí mismo, que infundía en quien la contemplaba. No acertaba a encontrar palabras que decirla, y como no estaba acostumbrado a sentirse tímido ante las mujeres, empezó a fanfarronear, a dar órdenes al camarero con voz tenante, y cuando entraron en el comedor se quejó de la: colocación de la mesa; estaba pegada a la pared; tenían que darles otra que estuviese en el rincón opuesto. Henry intervino y ablandó al camarero. Bromeó afectuosamente con su hermano y cambió la conversación, y pronto estuvieron todos sentados. Johnnie estaba a la izquierda de Katherine Eyre; y antes que consentir que la muchacha le juzgase bobo y aburrido, se lanzó a referir una historia fantástica sobre Crimea —ella había preguntado algo sobre la guerra—, esperando impresionarla con lo insólito del relato.

—Yo hubiera querido estar allí y ayudar a *Miss Nightingale*. No precisamente como enfermera creo que difícilmente hubiese podido resistirlo, sino porque muchos



de los hombres tenían que sentirse solitarios e infelices y necesitados de aliento y de cuidados.

Le miró sonriente, y él volvió la cara mientras desmigajaba un pedazo de pan, porque de pronto se acordó de cómo él, en medio de aquella espantosa carnicería de Sebastopol, buscaba muy distinto consuelo en los brazos de una refugiada de ojos sesgados y un tanto sucia, y cómo había estado sintiéndose morir por haberse pasado cinco días sin *whisky*.

—No creo —dijo— que podría usted haber hecho gran cosa...

Y entonces se dio cuenta de que Henry, a través de la mesa, miraba fijamente a Katherine con tal ternura y adoración, que se sintió invadido por una extraña desesperación, de una sensación de ser un paria, un inútil, un proscrito, que no tenía nada que hacer allí sentado con su hermano y con Katherine Eyre. Ellos pertenecían a otro mundo, un mundo en el que la gente era normal y feliz, y tenían fe y confianza en el futuro. —¡Bueno!— dijo con fuerte voz—. Aquí nadie bebe nada. ¿No vamos a brindar por el *Sheriff* de Slane?

Y aporreó la mesa llamando al camarero para que les sirviera. Las demás personas que había en el comedor se volvieron a mirar al oír su voz.

—Henry —dijo a Katherine Eyre— consigue lo que quiere siendo cortés con la gente; yo lo consigo haciendo lo contrario.

Ella no contestó; y Johnnie volvió a sentirse abatido y desorientado, no porque viera en los ojos de la muchacha señal alguna de desaprobación o de repulsa, sino porque el verla allí sentada a su lado le hacía anhelar ser diferente, ser como ella, tranquilo y apacible. Le parecía muy probable que a ella le pareciese no tener interés que se consiguiera o no lo que se quería; y que en todo caso, dar voces y fanfarronear eran cosas que ella nunca haría.

Su madre reía y hablaba a Bill. Ella disfrutaba en todo caso de la vida, y continuaría haciéndolo ocurriera lo que ocurriese; y Bill, aquel honesto párroco, correspondía cortésmente a la charla de su suegra, aunque seguramente no daba la menor importancia a su pelo teñido ni a su cara empolvada. Fanny, que parecía ir a dar a luz a cada momento, era como un ratón y lo había sido siempre; no había miedo de que por ella se turbase nunca la paz; y Edward y Henry discutían los asuntos del día como si las palabras conservador y liberal tuviesen algún significado. No, él era un proscrito, y siempre lo sería; y sin duda alguna, todos los presentes, salvo quizá su madre, deseaban poder haber cenado sin él.

—Bueno —dijo recostándose en su silla—, hemos brindado por el futuro de Henry como *Sheriff*; ¿qué os parece de brindar por el mío como paisano?

Hubo una pausa en la conversación. Todos se le quedaron mirando.

—¿Qué quieres decir, querido? —dijo Fanny-Rosa.

—Pues que dejo la carrera —dijo Johnnie—. Hoy he pedido el retiro.

Inmediatamente cayó sobre él un aluvión de preguntas. ¿Qué significaba aquello? Y seguramente era una lástima; él había siempre dicho que le gustaba la vida militar;

y una frase convencional tras otra. Sólo Edward, el otro militante presente, no hizo comentario alguno. Y Fanny-Rosa, con repentina intuición, se preguntó si Johnnie habría sido requerido para que pidiese el retiro.

—¡Oh, estoy harto del servicio! —dijo Johnnie—. Es cosa muy buena cuando hay algún sitio donde combatir; pero estarse todo el día en el cuartel no constituye mi ideal como cosa divertida. Hace tiempo que pienso retirarme. ¿Qué voy a hacer ahora? No tengo la menor idea. Probablemente me iré al extranjero. Y de todos modos, ¿qué diablos importa? El hecho es, *Miss Eyre*, que encuentro un tanto degradante y no especialmente provechoso tener veintiséis años, y cochinamente poco para vivir, esperando que se muera un viejo de ochenta y cuatro años y me deje todo su dinero.

La parrafada produjo penosa impresión. Fanny, su hermana, se sonrojó y dirigió la mirada a su marido. Su madre sonrió de modo un poquito demasiado alegremente y empezó a charlar, con voz un tanto alta a Henry, sobre los planes de éste para Navidad. Sólo Katherine Eyre permaneció inmutable. Miró a Johnnie con expresión grave y bondadosa.

—Es una posición muy difícil para usted —dijo—, y tiene que hacerle sentirse tan inestable... Pero no vaya al extranjero.

—¿Por qué no?

—No creo que sería feliz.

—No soy feliz en ninguna parte.

—¿Por culpa de quién?

—De nadie. Mi desdicha es la maldición de mi modo de ser.

—No diga eso. Usted es, en realidad, la persona más buena y más generosa. He hablado a menudo con Henry de usted. Le quiere a usted mucho.

—¿Me quiere? Lo dudo.

—Se complace usted en parecer peor de lo que es. Y eso es una locura. Usted debe ir a Irlanda e interesarse por su país.

—¿Qué ha hecho mi país por mí?

—Por de pronto le ha dado la vida.

Katherine se echó a reír; y Johnnie sintió que su corazón se enternecía y se afligía, porque ella nada sabía de su verdadero carácter, de su egoísmo, de sus vicios, de su radical carencia de principios.

—Siempre he entendido —dijo— que fui sietemesino. Quizá por eso carezco de todas las virtudes. La persona más bondadosa de mi familia murió el día que yo nací: mi tía Jane. Iba a haber sido mi madrina. Usted me recuerda algo al retrato suyo que hay en el comedor de Clonmere.

—¿Me aceptaría usted como madrina en su lugar?

La miró con desconfianza. ¿Qué quería dar a entender? Las palabras habrían parecido ligeras, incitadoras en cualquier otra muchacha, o deliberadamente provocativas en una mujer de más edad o más despierta; pero en Katherine Eyre

resultaban desconcertantes por ser sinceras.

Una vez más le miró con sus serenos ojos pardos y sonrió.

—¿Tiene miedo de que me ponga en plan de institutriz? Tranquilícese, no lo haré. Pero si mi ahijado tropezara con dificultades, me gustaría ayudarle.

Johnnie llegó a olvidarse de su familia, de la gente que había en el comedor, del ruido y de la animación.

Le pareció que nadie existía salvo él mismo, torturado, colérico y resentido, y Katherine Eyre.

—Es usted una criatura extraordinaria —dijo él pausadamente—. Siento no haberla conocido antes.

—Ahora nos veremos muy a menudo; de esta forma el futuro remediará el pasado. Tiene que venir a Slane a pasar una temporada con nosotros.

¿Por qué —se preguntaba Johnnie— se mostraba tan afectuosa, tan amable con él, como si por algún extraño motivo le quisiese aunque acababa de conocerle? Si pudiera creer que existía alguien capaz de molestarse por él, de ayudarle, de sonreírle, de hablarle..., entonces, aun podía tener esperanzas. ¿Le había dicho ella que fuera a Slane? ¿Vivían los Eyres en Slane? No podía recordarlo. Sólo estaba seguro de que era una muchacha extraordinaria, libre de convencionalismos y que no se parecía en nada a las coquetuelas con quienes solía divertirse en Londres. Sí, volvería a su patria, aceptaría el convite de Katherine Eyre, y es posible que después de que la conociese un poco mejor la vida recobrase su significado. Sería ella indulgente y amable, y si él chillaba, gritaba, bebía o perdía la paciencia, le perdonaría. Esto era lo que más necesitaba: perdón, piedad.

Se puso Henry en pie con la copa en la mano, orgulloso y feliz. Su hermano supuso que se trataba de otro brindis.

Henry dijo:

—Madre, Fanny, Bill, Johnnie y Edward: tengo que daros otra noticia. Hoy soy el más feliz de los hombres porque Katherine ha prometido casarse conmigo. La boda tendrá lugar en Slane dentro de dos meses.

Comenzaron todos a hablar y a sonreír. Edward daba a Henry golpecitos en la espalda; Fanny, inclinándose, besaba a Katherine; su madre exclamaba: «¡Qué alegría, querida Katherine!»; Bill se disculpaba de que dos Eyres entrasen a formar parte de la familia en menos de un año. Johnnie oyó a su propia voz que decía calurosamente: «¡Enhorabuena, Henry! Que seas muy feliz. ¡Dios te bendiga!», y de pronto el ambiente se le hizo insoportable: el contento reflejado en todos los rostros, la rápida discusión de mil planes; las mujeres, excitadas y animadas, hablando de vestidos de novia, de damas de honor, de sabe Dios qué..., y Henry mirando, confiado y orgulloso, a esta Katherine que iba a ser su esposa, su consuelo, su amada...

—Serás el padrino, ¿verdad? —dijo Henry.

Johnnie, empujando su silla, se levantó.

—Por nada del mundo —contestó con rudeza—. No sirvo para esas cosas. Será mejor que se lo digas a Edward o hagas venir de Liverpool a Herbert. No, yo me quedaré fuera y tiraré una zapatilla vieja al coche cuando os vayáis, para que tengáis suerte<sup>[7]</sup>.

Notó en los ojos de su hermano una súbita expresión de contrariedad y el centelleo de la pregunta inevitable que tantas veces había visto antes, cuando eran niños, de muchacho y siendo ya hombre: «¿Qué le pasa a Johnnie?». «No hay nada que hacer —pensaba Johnnie—, siempre ofendo a las personas, siempre las hago desgraciadas; soy un aguafiestas. Será mejor que me marche, no pertenezco a este ambiente familiar. Que Henry se case con Katherine. Es el hombre a propósito para ella; serán felices. Le dará paz y será comprensiva. Yo, por mi parte, sabré hallar la paz, la buscaré a mi manera, y si la encuentro en el negro olvido que da la botella, ¿qué le importa a nadie?».

—Siento tener que marcharme. Ahora me acuerdo de que prometí ver a una persona a las nueve. Además, lo pasaréis mejor sin mí.

Sacó del bolsillo dos monedas de oro y las dejó caer en el plato de su hermano, diciendo:

—Mi cena. Buenas noches, madre.

Y salió lentamente del comedor, dándose cuenta de que todas las miradas se volvían hacia él. Algunos sonreían levantando las cejas. Alguien alzó la copa de un modo significativo. «Malditos sean —pensó— y malditos sean todos».

Cogió el sombrero, el abrigo y el bastón, que uno de los criados del vestíbulo le entregaba.

La lluvia había cesado; pero en cambio soplaba un aire frío y cortante. Echó a andar calle abajo. En dirección contraria venían tres hombres cogidos del brazo. Pensó que se separarían para darle paso; pero ya fuese porque no le vieron o porque no quisieron verle, el hecho es que continuaron sin separarse. Se plantó ante ellos muy decidido y lanzó a uno al arroyo, al otro contra la pared e hizo retroceder al tercero hacia una farola.

—¡Para que aprendan a tener modales! —gritó.

Los tres hombres, demasiado sorprendidos para desquitarse, se limitaron a gritarle a su vez. Alguien llamó a un policía a grandes voces; pero cuando llegó y se había formado un corro de gente, ya Johnnie se había alejado.

«¿A dónde voy ahora?», se preguntó. Le vino a la memoria el espectáculo que había dado a su familia. De repente se acordó de que su coronel daba una recepción en su casa de Grosvenor Street. Ese viejo idiota, que aquella misma mañana le había dicho entre pausas y balbuceos que, «muy a pesar suyo, no tenía más remedio que comunicarle que sería conveniente que abandonase el regimiento antes de que lo expulsasen; que tenía que comprender...». «Bien; lo haré con mucho gusto». Buscó en sus bolsillos la tarjeta de invitación, que tenía en su poder desde antes de que la entrevista se celebrase. La leyó de nuevo a la luz de una farola cercana: «George

Greville y señora tienen el honor de invitar a usted...».

—Si así lo desean, tendrán el gusto de verme —dijo tambaleándose y sonriendo para sus adentros.

Por el otro lado de la calle pasaba un coche; le hizo señas con el bastón.

—Grosvenor Street, número once —ordenó al cochero.

Se retrepó con gusto en el asiento del coche. Le pareció corto el trayecto hasta Grosvenor Street. Descendió del coche con precaución y pagó al cochero. La casa estaba muy iluminada y había una alfombra granate desde la puerta a la acera. Un grupo de personas se había estacionado en la calle para ver llegar a los invitados.

La puerta se abrió unos instantes para dar paso a un oficial, compañero de Johnnie, y a su esposa. Después se cerró de nuevo.

—¡Eh! ¿No tiene usted pareja? —le preguntó una muchacha.

Johnnie se quitó el sombrero y le hizo una reverencia.

—Desgraciadamente, no —dijo—. ¿Quieres acompañarme?

La muchacha soltó una carcajada. Era una mujerzuela pintarrajeada que había venido atraída por la iluminación.

—¡Habría que ver la cara que pondrían al verme entrar!

—Eso es exactamente lo que yo quisiera —respondió Johnnie—. ¿Quieres venir conmigo? ¿O es que tienes miedo? Si entras, te daré cinco libras.

La muchacha rió nerviosa, y otra mujer que le acompañaba le tiró del brazo.

—Vamos, chica. ¿No ves que está algo bebido?

—¡Algo bebido! Estoy borracho como una cuba —dijo Johnnie—. ¡Fíjate! —Y le enseñó cinco monedas de oro.

—Ya lo creo que voy —dijo la muchacha con descaro—. Suéltame, Annie, ¿quieres?

Johnnie le ofreció su brazo y tocó el timbre. Una vez más se abrió la puerta y apareció un lacayo con peluca empolvada. A los oídos de Johnnie y de su compañera llegó un murmullo de voces. Hombres de uniforme y señoras en traje de noche hablaban animadamente. Arriba, en el descansillo de la escalera, Johnnie divisó al canoso coronel y a su distinguida esposa.

—¿Cómo te llamas, preciosa? —preguntó Johnnie a la muchacha.

—Vera —dijo ésta retrocediendo—. Vera Potts... ¿No querrá usted que suba allí, verdad?

—Desde luego que sí —contestó Johnnie imperturbable.

Entregó sombrero y abrigo al segundo lacayo, que hablaba bajo y nerviosamente con su compañero.

—Haga el favor de anunciarnos —dijo Johnnie, dirigiéndose hacia la escalera—: El capitán Brodrick y *Miss Vera Potts*. ¡Hola!, querido Robin. ¿Cómo estás? ¿Y tu mujer? Encantado de verte. Me parece que no conoces a *Miss Potts*. *Miss Potts*, el capitán *sir Robert Frazer* y *lady Frazer*. Por aquí, querida Vera...

La concurrencia se apartaba mientras Johnnie se abría paso con la chica colgada

de su brazo. Veía con dificultad; pero se daba cuenta de que muchas cabezas se volvían hacia él, que algunas personas le hacían el vacío y que alguien desde abajo le llamaba con premura; pero se sentía muy seguro de sí mismo. Su coronel había vuelto la cabeza hacia él, y la sonrisa convencional de saludo se heló en los labios de su esposa, la cual retiraba la mano, enfundada en un largo guante, a la vista de la sucia mano que le ofrecía su falsa invitada.

—Buenas noches, *Mrs. Greville* —dijo Johnnie—. Buenas noches, señor coronel. Permítame que les presente a *Miss Vera Potts*, de la antigua firma Potts, de Picadilly.

—¿Están ustedes bien? —dijo su compañera.

*Mrs. Greville* tenía la expresión atontada de quien ha recibido un golpe en la frente. Johnnie pensó por unos momentos que se iba a desmayar; pero se repuso, hizo una leve reverencia y murmuró algo. El coronel continuó impassible. Saludó a Johnnie cortésmente y dio la mano a su acompañante. Solamente las venas de su frente delataron lo que sentía.

—Morton —dijo a un teniente de cara roja que estaba a su lado—, creo que *Miss Potts* se encontrará más a gusto fuera. ¿Quiere usted tener la bondad de acompañarla hasta la puerta? Ahí, a la izquierda del rellano, hay otra escalera. Gracias. Usted, Frazer, o cualquier otro, ¿quiere llamar un coche y llevar a Brodrick a su casa? Me parece que no se encuentra bien...

—Todo lo contrario —dijo Johnnie—; me encuentro estupendamente. Yo mismo llevaré a *Miss Potts* con sus amigos. Buenas noches, mi coronel.

Se inclinó, ofreció de nuevo el brazo a su compañera y juntos bajaron la escalera y juntos llegaron al vestíbulo, contemplados por cien ojos. Y con su sombrero, su abrigo y su bastón salieron, pisando de nuevo la roja alfombra. Ya fuera, se oyó un portazo a sus espaldas...

Más tarde, mucho más tarde, Johnnie describió las cortinas de su habitación en Pall Mall. Hacía una mañana gris y neblinosa. De momento no podía recordar lo ocurrido la noche anterior, y fue en busca de la botella que tenía en un cajón del tocador. Unos instantes después se encontraba mejor, y sus ojos tropezaron con Vera Potts. Cosa extraña: no se acordaba de nada de lo que hubiese podido ocurrir después de salir de Grosvenor Street. Entró en la salita y miró estúpidamente a su alrededor. Allí estaban su abrigo y el sombrero muy recargado de adornos de Vera Potts, junto a la piel que ella llevaba al cuello. Tomó otro trago. Entonces se dio cuenta del telegrama que había sobre la mesa. Lo abrió con mano temblorosa. Cuando Vera Potts entró en la habitación buscando sus prendas encontró a Johnnie sentado ante la mesa con el telegrama entre las manos. Miraba fijamente ante sí.

—¿Qué pasa? —preguntó—. No serán malas noticias, ¿verdad?

Parecía no oírla. Observaba cómo se disipaba la niebla en el mundo exterior.

—Mi abuelo ha muerto —dijo lentamente—. Eso significa que Clonmere me pertenece.

Lo extraño era que todavía tenía la sensación de que la biblioteca pertenecía al viejo, y cuando abría los cajones del gran buró americano o daba la vuelta a alguna llave de la librería, lo hacía con cierto desasosiego, como si Copper John fuera a entrar de pronto en la habitación o permaneciera allí con las manos en la espalda, entornando los ojos bajo las espesas cejas, y preguntara con voz fría y mesurada qué es lo que estaba haciendo. Todo el despacho, gris y austero, recordaba al viejo, y Johnnie sabía que nunca podría sentarse allí ni escribir cartas con tranquilidad, porque le parecería que su abuelo le miraba por encima del hombro.

Naturalmente, todo esto era absurdo. Hacía más de seis años que su abuelo no había estado en Clonmere. Johnnie trataba de imaginarse al viejo sordo de ochenta y cuatro años que vivía con su ama de llaves en Lletharrog, esperando que la muerte lo reclamase, sin ver a nadie, sin escribir a nadie, excepto una vez al mes y con gran regularidad al director de las minas de Monte Bravo. De seguro que no había nada de terrible en esa figura sentada día tras día en el cuarto de estar de la finca. No obstante, Johnnie se estremecía sin causa alguna, cerraba el buró, retiraba su silla y salía al jardín, abandonando la biblioteca a las telarañas y al polvo. Le parecía que su regreso a la casa estaba fuera de lugar. Toda su vida había esperado este momento, y ahora que llegaba, que se convertían en realidad sus sueños y podía llevar a cabo sus planes, ya no le atraía. «Ha llegado demasiado tarde», pensaba mientras recorría sus dominios y escuchaba distraídamente lo que le decía el administrador. «Ha llegado demasiado tarde. Ya no me atrae. Si hubiera sido diez años antes, la cosa sería distinta». Adams, el administrador, le irritaba. Siempre que le hablaba nombraba a Henry, como si él fuese quien había heredado la finca y no Johnnie. «Sí, capitán Brodrick: *Mr. Henry* dio la orden de que se plantasen estos árboles. Estuvo aquí el verano pasado, cuando usted estaba en el extranjero». Y después: «*Mr. Henry* sugirió que se repasasen los edificios de la granja y puso fin a la disputa entre el viejo Baird y el nuevo empleado. Llegó a la conclusión de que Baird era, en realidad, demasiado viejo para ese cargo; así que admitió al que tenemos actualmente: a Phillips»; o «*Mr. Henry* solía ir a las minas con bastante frecuencia. Me parece que las cartas relacionadas con el negocio las recibe él».

Sin duda, mientras él estaba en el regimiento y su abuelo vivía retirado en Lletharrog, Henry había dado un vistazo de vez en cuando a la finca; pero, puesto que su abuelo había muerto y él era ahora el cabeza de familia, Henry no tenía que meterse en sus asuntos.

—En adelante —dijo con aspereza—, todos los comunicados respecto a la finca o a las minas me los traerán directamente a mí.

Los colonos preguntaban también por Henry y miraban un poco recelosos a Johnnie, como si fuese un extraño. En las minas sucedía lo mismo. El antiguo capataz, el viejo Nicholson, hacía tiempo que estaba jubilado, y en su lugar había un

director, Griffiths, quien le enseñó las cuentas con bastante agrado. Parecía capacitado y cortés; pero cuando Johnnie le hizo una pregunta sobre maquinaria, le contestó:

—*Mr. Henry* consideró necesario renovar el taller, y si usted habla con su hermano, él le podrá indicar lo que se ha hecho sobre el particular.

—Mi hermano —dijo Johnnie— está muy ocupado ahora con los preparativos de su boda. Además, no tiene en absoluto nada que ver con la dirección de las minas.

—Naturalmente, capitán Brodrick; puesto que ya está usted aquí, sin duda se ocupará personalmente del negocio —dijo Griffiths rápidamente.

Y empezó a hablar de cosas técnicas y a mostrarle cifras, de nada de lo cual entendía Johnnie. Pero lejos de demostrar su ignorancia, asentía con la cabeza de vez en cuando, hacía preguntas y ponía cara de persona enterada al hacer ésta o la otra pregunta a Griffiths.

«No permitiré que ni Henry ni nadie me diga lo que tengo que hacer», pensó Johnnie. Al regresar al castillo, llamó a todos los criados y les riñó con severidad, sólo para demostrarles que no estaba dispuesto a aguantar la menor negligencia. Se enfadó mucho cuando el viejo Thomas le dijo que si el capitán no necesitaba sus servicios se iría a cuidar a *Mr. Henry* y a su esposa en la casa que había tomado en Slane.

—Váyase si quiere —le contestó—. No me gusta que me sirvan personas que no me tienen simpatía.

—No es eso, señor —dijo el viejo criado algo confuso—. Es que conozco muy bien las costumbres de *Mr. Henry*, y como usted ha estado tanto tiempo en el extranjero, quizá no acierte a agradarle.

Thomas se marchó a Slane, así como otros cuantos criados. Johnnie, desesperado, mandó llamar al que tuvo de asistente en el regimiento. Inmediatamente se hizo cargo de la casa, y muy pronto llegó Fanny-Rosa con tres criados más, todo su equipaje y dos o tres perros, explicando que el querido Johnnie no podía de ningún modo vivir solo en Clonmere, y que ella, naturalmente, le iba a cuidar.

—Hijo mío —dijo cogiéndole del brazo y paseando con él delante de la casa—, lo que tú necesitas es casarte. Sí, casarte con una criatura plácida y callada que te dé docenas de hijos, que estuviese a mano para cuando la necesitas; pero que no tuviese criterio propio, para no irritarte. No nos estorbaría ni a ti ni a mí. Teme que haber alguna de este estilo en el país. De buena familia, como es natural; no una cualquiera.

—Odio a las mujeres plácidas y calladas —dijo Johnnie—, y tú también las odias. Además, tengo demasiada mala fama para que ninguna mujer quiera casarse conmigo; así que no hablemos más sobre el particular.

—Henry y Katherine son muy felices —agregó su madre—. ¿No es una lástima que tú no puedas serlo tan bien? El tener una esposa te hará sentar la cabeza y volverte más formal. Sé perfectamente lo que digo.



—No tengo ningún deseo de sentar la cabeza —replicó Johnnie—, y si vas a seguir predicándome, tendré que recordarte que esta casa es mía y no tuya.

Fanny-Rosa le miró intrigada. Era extraño que siempre que se hacía mención de Henry y Katherine se irritara de esta manera.

—No seas tonto —dijo—; ya sabes que nunca te predico.

Pero tomó en silencio la resolución de preguntar a su criado discretamente la cantidad de *whisky* que su señor consumía, dónde guardaba la llave de la bodega, lo que hacía por las noches y si recibía muchas cartas. Lo más importante de momento era tener a Johnnie ocupado. Fanny-Rosa envió invitaciones a todos los vecinos en treinta millas a la redonda para cazar en Clonmere antes de que terminase la temporada. Su hermano, Bob Flower, que se había casado e instalado en Castle Andriff; su primo el conde de Mundy; sus otros primos los Lumleys, y, en fin, todos aquellos que pudieran hacer alguna compañía a Johnnie, fueron abrumados con cartas e invitaciones, asegurando en todas ellas que Johnnie estaba deseando verles. Los que las aceptaban, eran recibidos por su habladora y flamante madre, vestida con todos los colores imaginables, que contrastaban con su brillante cabello. Más tarde, mucho más tarde, aparecía Johnnie, algo arreglado y ligeramente incoherente, quien tan pronto se mostraba cordial como agresivo: un momento riendo ruidosamente y al siguiente sumido en un humor sombrío. Y los invitados se sentían violentos, embarazados, no sabiendo si permanecer a la espera de la anunciada cacería o si pedir sus coches y volver a casa. La próxima vez que recibían una invitación a Clonmere contestaban que lo sentían mucho, pero que estaban comprometidos para esta fecha.

—¡Qué gente más rara! —decía Fanny-Rosa—. El invierno pasado, cuando Henry y Herbert estaban aquí dos o tres veces por semana venían amigos a cazar sin que nadie los invitara, y ahora, los mismos, siempre encuentran excusas.

—No hay nada raro en ello —dijo Johnnie—. Eso quiere decir que les gustaba venir a ver a Henry y a Herbert y que no les interesa verme a mí. Por el amor de Dios, no sigas invitándolos. Yo invitaré a mis amistades.

Solía pasearse con el guarda y con uno o dos de los colonos, con quienes tenía una extraña amistad, porque no había otras personas.

En una de estas ocasiones fue cuando se encontró con Jack Donovan, a quien casi no había visto desde que era niño. Este encuentro le trajo a la memoria el ya olvidado episodio de la taberna en Slane. Había cambiado muy poco; seguía con el pelo rojo y tan descarado como siempre. Le alargó la mano a Johnnie inmediatamente, preguntándole por la salud, aunque la escopeta que llevaba bajo el brazo demostraba claramente que había estado cazando furtivamente.

—¡Ah!, capitán; ahora que ha vuelto usted estaremos más animados —dijo Donovan—. Se lo estaba diciendo a los muchachos allá en Doonhaven: vienen tiempos alegres; tenemos aquí al señor que animará la comarca.

Johnnie rió, aunque al principio sintió ganas de pegarle.

—Jack, mejor será que te vengas con nosotros a cazar.

—Sí, yo les llevaré donde hay caza —dijo el otro, haciendo un guiño—. Conozco el terreno como la palma de la mano; pero mientras usted ha estado fuera, he tenido que venir aquí a escondidas, capitán. El doctor Armstrong tenía esto acotado, y como ni a mí ni a mi familia nos quiere...

—No hagas caso del doctor Armstrong —dijo Johnnie—. Puedes venir a cazar con nosotros como invitado mío.

El solo hecho de que a su padrino no le gustase Jack Donovan era suficiente para que Johnnie lo aceptara inmediatamente como amigo. El tío Willie había hecho una o dos breves visitas a Clonmere, y cada vez soltaba algún puntazo que encolerizaba a Johnnie. ¿Pensaba Johnnie hacer esto? ¿Tenía intención de seguir el ejemplo de su abuelo en esto otro? ¿Había pedido consejo a su hermano Henry sobre aquello? La verdad era que su padrino daba demasiada importancia, a los tiempos pasados. Tenía más de sesenta años. «Ya está algo viejo para su trabajo —pensó Johnnie—, y si no anda con cuidado, haré que lo echen, y su puesto y su clientela irán a parar a un hombre más joven».

—¿Qué es de tu vida, Jack? —le preguntó.

Donovan se encogió de hombros.

—No hace falta que me pregunte usted; se lo puede imaginar mirándome a la ropa. El negocio está paralizado, y la tienda próxima al embarcadero, que era de mi padre, se está viniendo abajo. Estamos pensando en irnos a América mi hermana Kate y yo. Aquí no hay nada que hacer.

—No hace falta que os marchéis —dijo Johnnie—. Yo te buscaré trabajo en Clonmere. Ahora que me acuerdo: necesito a alguien que viva en la casa del guarda. La semana pasada despedí a los que vivían allí por groseros. Tú y tu hermana podéis veniros a vivir a la casa.

Jack Donovan le miró; sus ojos, de un azul claro, mostraban desconfianza.

—Se está burlando de mí, capitán.

—No. ¿Por qué no has de vivir donde te digo?

—Usted tiene la palabra. El sitio es de usted y puede tener los inquilinos que quiera, ahora que el viejo Brodrick se ha muerto. Él nunca hubiera permitido a ningún Donovan vivir en esa casa. Puede estar seguro.

—Razón de más —dijo Johnnie—, y si alguien se atreve a decir algo en contra puedes decirle que venga a hablar conmigo.

Apenas se acordaba ya del asunto cuando algunos días después vino el administrador en un estado de gran agitación y dijo que Jack Donovan, de Doonhaven, y su hermana habían tenido el descaro de trasladar sus cosas a la casa del guarda, que él, administrador, había prometido a uno de los colonos del capitán que vivía en Kileen. ¿Daría el capitán las órdenes para que se marcharan inmediatamente?

—Claro que no —dijo Johnnie, encantado de contrariar al administrador—. He dado permiso a los Donovan para que vivan en la casa.

—No es corriente... —empezó a decir Adams; pero Johnnie le mandó al diablo y

salió de la habitación.

Aquella noche, a la hora de la cena, su madre sacó el asunto a relucir.

—¿Qué son todas esas tonterías de que los Donovans tratan de coger la portería? —dijo—. Los criados no hablan más que de eso. Por supuesto, que los mandarás echar.

—No haré tal cosa —dijo Johnnie—. Jack Donovan es un buen muchacho y resulta que es una de las pocas personas que parece que me estiman. Vivirán en la casa todo el tiempo que quieran.

—¡Pero Johnnie! —protestó su madre—. Los Brodricks no han tenido jamás relación con los Donovans. Es una familia horrible. Tu padre murió a consecuencia de una visita a uno de ellos. Sólo por eso no podré perdonarles nunca.

—El que mi padre tuviera la desgracia de coger la difteria de un Donovan no es razón para que yo aborrezca a esta generación —dijo Johnnie—. Pensé que tendrías más sentido. La cosa más razonable que podías hacer es ir a ver a Kate Donovan y preguntarle si se encuentra cómoda.

—Querido hijo: jamás he hablado a ningún Donovan y no voy a empegar a hacerlo ahora. Si ella es la muchacha con aire de mosquita muerta y pelo rubio que he visto paseando por la avenida, no me parece gran cosa. Debías haber dado esa casa a los Mahoneys. Ella es muy simpática. ¿Por qué no me pediste consejo?

—Porque prefiero obrar según mi criterio —dijo Johnnie secamente, cogiendo la botella del licor.

—Es una gran equivocación —dijo Fanny-Rosa, mirando la gran cantidad que echaba en el vaso— el traer a la finca gente del pueblo que no tiene nada que ver con ella. He probado a hacerlo con los criados, pero nunca da buen resultado. Después de todo yo he dirigido esta casa al principio, y después, con la ayuda de Henry, durante todo el tiempo que tú has estado en el regimiento, y sé algo de estas cosas. ¿Te vas a servir toda la botella?

Johnnie dejó el vaso y miró a su madre.

—Me parece que es hora —dijo— de que tú y yo lleguemos a un acuerdo. Durante muchos años hemos hablado de vivir aquí juntos cuando muriera el abuelo, ¿no? Y ahora esto ha sucedido y aquí estamos. Pero tú sabes, y yo también lo sé, que la idea es un fracaso. ¿Qué propones que hagamos?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fanny-Rosa.

—Únicamente preguntarte si no sería mejor para los dos que te fueras a vivir a otra parte —dijo Johnnie.

Fanny-Rosa permaneció callada durante un buen rato. Jugeteaba con el mantel y en sus mejillas había dos manchas vividas. Johnnie la miró malhumorado, odiándose por lo que había hecho, pero sabiendo que ahora no retiraría nunca sus palabras.

—Lo comprendo —dijo Fanny-Rosa—, te pongo de mal humor. Has hecho bien en decírmelo. Las madres somos tan ciegas...

Se levantó y se dirigió hacia la chimenea, permaneciendo algún tiempo

calentándose las manos al fuego. Johnnie la recordó de pronto tal como había sido veinte años antes, con la misma mata de pelo, ahora teñido, y de cómo cuando él era niño le había mecido en sus brazos. Recordaba el perfume que usaba entonces y el agradable y fresco olor de su piel. Ahora tenía algo de papada, y los polvos, descuidadamente aplicados, salpicaban su traje. Sentía compasión y maldecía con encono los años, que se habían interpuesto entre ellos; años que la habían convertido en ésta casi ridícula mujer, que le conmovía pensando en el pasado, pero no en el presente.

—Bueno, no hagamos de esto una tragedia —dijo ella despreocupadamente—. Si prefieres vivir solo, me alegro de que me lo hayas dicho a tiempo.

Johnnie se volvió hacia el fuego.

—No lo comprendes —dijo con la mirada fija en las llamas—. Esto es trágico. Durante muchos años he deseado que estuvieras conmigo y he pensado en las cosas que haríamos juntos, y ahora que ya estamos aquí, resulta un horrible fracaso. ¿No es esto la mayor tragedia que puede ocurrirle a una persona?

Se quedaron contemplando el fuego. Johnnie tenía entre sus manos el vaso. Fanny-Rosa puso una mano sobre el hombro de su hijo.

—¿Qué hubiera ocurrido de no haber muerto tu padre?

Había algo en su voz que llegó al corazón de Johnnie. La miró vivamente y le cogió la mano. Pero cuando se volvió, su rostro estaba sonriente, no había lágrimas en sus ojos y empezó a hablar muy rápidamente de buscar una casita pequeña, tal vez en el Sur de Francia, para pasar el otoño y el invierno. Con frecuencia había pensado en ello.

—De muchacha —dijo—, siempre había pasado los inviernos en el extranjero: en Francia y en Italia. Era muy divertido, aunque costaba caro.

—No te preocupes por eso —dijo Johnnie—. Sabes perfectamente que te daré cuanto necesites.

—Querido —dijo Fanny-Rosa—, ¡qué bueno y qué generoso eres!

Y le dio unas palmaditas en la cabeza. «Lo que era peor —pensó Johnnie— que si se hubiera enfurecido con él».

—¿Crees que Elisa querría venir conmigo? —dijo ella—. Podríamos ir a un hotel y buscar juntas una casita. Le voy a escribir esta misma noche. Estoy segura de que me gustará Monte Cario. Aquello es muy animado.

Abrió la puerta y le dejó solo en el comedor. Johnnie pensó repentinamente que no sabía nada de su madre después de tantos años; nada de su manera de pensar ni de sus sentimientos. Si le había roto el corazón con sus palabras o si ella no tenía corazón que romper, es cosa que ni él ni nadie sabrían nunca; sólo Dios podía ver lo que pasaba dentro de Fanny-Rosa.

A la mañana siguiente se despertó lleno de remordimiento por sus duras palabras de la noche, y se dirigió al cuarto de su madre para pedirle perdón y rogarle que se quedase; pero la encontró rodeada de cajas, libros, ropas desechadas hacía mucho

tiempo, sombreros, bolsas, guantes, reliquias de los años pasados...

—¡Qué divertido! —dijo—. No hago más que encontrar cosas que había olvidado. Aquí está el sombrerito que llevaba cuando se me declaró tu padre —y cogió un objeto de paja del tamaño de un platito—. Aquí está tu primer zapato —se echó a reír, enseñándole un zapatito encarnado de bebé—. Esto no lo tiro. Sólo lo llevaste unas semanas; creciste muy de prisa. Mira este vestido de raso. Me lo hice para estrenarlo en Bath, donde tu padre y yo pasamos una semana muy divertida. Con alguna modificación, podría servirme muy bien ahora —se lo puso por encima.

Johnnie la miró con desesperación; había demasiada tristeza en todas estas cosas que un día fueron parte de su vida.

—Me parece que anoche fuimos un poco tontos —dijo Johnnie—. Será mejor que cambies de parecer y te quedes.

—¡Oh, qué tontería! —dijo ella—. Es una equivocación volverse atrás de una decisión tomada. Aprendí eso hace mucho tiempo. Por otra parte, estoy empezando a soñar con mi casita. Me gustará volver a ver gente, ir de un lado a otro... Estás pisando ese manguito, querido. ¿Quieres retirarte un poco?

Johnnie pensó que tal vez no estaba fingiendo; que deseaba realmente marcharse. Y porque esto le parecía casi más trágico que si hubiera deseado quedarse con él, bajó al comedor y se bebió media botella de *whisky*.

Al cabo de una semana, Fanny-Rosa se había marchado...

Johnnie se encerró en la casa y no veía a nadie. Hacía mal tiempo; llovía día tras día. La niebla colgaba del acantilado y escondía la isla de Doon. Johnnie, mirando por las ventanas, contemplaba la lluvia triste y violenta, oía su chapoteo en los canalones y veía las bajas nubes grises que pasaban sobre Monte Bravo. Después, por no tener nada mejor que hacer, salía e iba por el parque hasta la casita del guarda para hablar con Jack Donovan. El hombre le divertía; tenía un humor fácil y rústico, y conocía muchas historias sobre la gente de Doonhaven, que agradaban al desviado sentido del ridículo de Johnnie. Probablemente muchas de ellas no eran verdad; pero no importaba. Johnnie, a su vez, le contaba sus experiencias en el extranjero, generalmente las más vergonzosas, porque hacían reír más fuerte a Jack Donovan. Aquella de cuando entró en un harén en Turquía y le hizo el amor a una señora cubierta por un velo mientras su esposo estaba ausente, era una de las favoritas de los Donovans; porque Kate Donovan era también del auditorio, mirándole con el rabillo del ojo mientras que hacía como que preparaba la comida a su hermano. Tenía un cabello suave y rubio, casi blanco, partido por en medio, y Jack dijo que le llegaba más abajo de la cintura.

—Vamos a verlo —dijo Johnnie; y ella fingió asombrarse, negándose y promoviendo algún alboroto; pero su hermano la animó.

—Vamos, Kate, no debes ser tan orgullosa delante del capitán.

Tras de hacerse mucho de rogar, se soltó el cabello, mirando a Johnnie a través de sus dedos. Quedó transformada; de una mujer vulgar y sin importancia, se convirtió

en una criatura intrigante y original, y Johnnie pensó que sería delicioso enredar sus dedos en aquellos cabellos sueltos, retorcerlos y jugar con ellos.

Esta visión de Kate Donovan con el pelo suelto le excitó. Casi todos los días iba a charlar un rato con los hermanos. La pequeña y mal ventilada cocina, con su olor a guisado, sus deslucidas cortinas, su loza chillona, las imágenes de china de la Virgen y San José y el gran crucifijo de madera en la pared, llegó a ser para él algo más parecido a un hogar y más acogedora que las frías y vacías habitaciones de Clonmere.

Jack Donovan solía procurar estar fuera cuando venía Johnnie. Su hermana sacaba del armario una botella de *whisky* y un vaso y le servía, hablándole del tiempo. Johnnie la miraba por encima del vaso, divirtiéndole su timidez, evidentemente fingida. Luego le pedía que se soltase el cabello, lo que hacía, no sin antes haberse negado y resistido un poco. La cocina estaba en silencio; sólo se oía el tictac del reloj, y Johnnie sentía que una agradable languidez le invadía mientras admiraba la larga y blonda mata de pelo. Era aquello mucho más agradable que estar sentado, completamente solo, en el comedor de su casa. Con los ojos medio cerrados, veía en la pared de enfrente el retrato de un desconocido, y la incongruencia de aquella fotografía con lo que estaba ocurriendo en la cocina provocaba la risa de tal modo, que se veía obligado a hundir el rostro en el cabello de Kate Donovan para ocultar así su diversión.

Algunas veces, de vuelta a Clonmere, reaccionaba. Era verdaderamente lamentable, pensaba, ir cada dos o tres días a su propia portería para hacer el amor a la hermana de su portero. La conversación con Kate era imposible; iba a verla sólo para una cosa; era una manera de pasar los primeros días del otoño de 1857.

Sufría estas reacciones principalmente cuando hacía alguna visita a su hermano en Slane. Entonces se apoderaba de él un deseo irresistible de ver a Katherine, su cuñada. Tan pronto como entraba en la casa se daba cuenta de una sensación de paz que no experimentaba en ninguna otra parte. Ella se acercaba, le estrechaba la mano y le decía: «Me alegro de verte, Johnnie. Te quedarás a pasar la noche, por supuesto»; y no admitía negativas. Thomas llevaba su maleta arriba, a la habitación de los huéspedes, traían el té y él se sentaba frente a Katherine; mientras lo servía, contemplaba sus manos, la curva de su hombro, el largo y esbelto cuello, su bello y sereno perfil...

—Cuenta, Johnnie, ¿qué es de tu vida? —preguntaba, mirándole a los ojos.

Y Johnnie se sentía invadido de un odio repentino hacia su manera de vivir. Se despreciaba por su inutilidad, por sus días sin esperanza, por quedarse en cama por las mañanas, por sus fingidas ocupaciones con Adams el administrador, por permanecer sentado, solo, ante, la botella de *whisky*, en el comedor; por ir a la portería y por sus sórdidas relaciones con Kate. Por su vuelta a Clonmere y por haber recurrido a la botella de *whisky* una vez más... Paseaba su mirada alrededor de la sala de East Grove; era cómoda, amable, con fuego en el hogar, con su guardafuego de cobre bruñido. La alfombra era de un suave color verde, y las brillantes cretonas

tenían dibujos de manzanas. Había flores en la mesa, flores sobre la chimenea... Katherine solía tener alguna labor en la falda —estaba encinta—; pero la dejaba a un lado, diciendo que tales ocupaciones domésticas no tenían un interés particular para el visitante.

—Me gustaría, Johnnie, que dejaras Clonmere por una temporada y te vinieras con nosotros. Así, cuando Henry estuviese fuera, cosa que ocurre con bastante frecuencia, me harías compañía. Veo a mi ahijado muy de tarde en tarde.

—¡Oh!, eso me encantaría —dijo Johnnie.

—Entonces, ¿de acuerdo?

Él movió la cabeza.

—No —dijo tercamente—; dos personas que son felices, como tú y Henry, no desean que venga una tercera a estropear su dicha.

—No seas tonto, Johnnie. Eso nos hará mucho más felices pensando en que tú lo eres también. Tú estás muy solo en aquella casa tan grande; aunque yo no puedo salir ahora, podríamos leer y yo tocaría el piano. A Henry le gustaría mucho tu compañía al regresar a casa por la noche.

Johnnie pensó en lo que sería estar sentado día tras día al lado de Katherine en la paz y la tranquilidad de su casa. Estar sentado y mirar sus manos cruzadas, como las tenía ahora, sería suficiente. Oír su voz tranquila y que de vez en cuando sus ojos le sonriesen al levantarlos del libro que estuviese leyendo.

Después de que Thomas retiró el servicio de té, Katherine se sentó al piano y comenzó a tocar muy suavemente. Parecía tan remota, tan alejada del mundo allí sentada en su taburete, mirando hacia la ventana... Johnnie se preguntó en qué estaría pensando. ¿Qué ideas pasarían por su cerebro? «¿Da a Henry la paz que me da a mí?». Cerró los ojos y, mientras la oía tocar, se hizo la ilusión de que esta habitación era suya, ésta su casa y su esposa quien estaba sentada al piano, y que cuando terminase vendría a inclinarse sobre él y acariciaría su cabello, preguntándole si estaba contento. En aquel punto de sus sueños se abrió la puerta y Henry entró en la habitación, radiante, sonriente.

—¡Qué sorpresa, Johnnie! —exclamó.

Johnnie se levantó de su silla. No era más que un huésped en casa de su hermano; el sueño quedó destrozado.

Katherine cerró el piano y se acercó al punto a su esposo. Éste la besó y siguió hablando a Johnnie mientras la rodeaba con su brazo.

—¿Qué te parece? —preguntó Henry; y sin esperar respuesta se lanzó a un animado relato, refiriendo cómo había pasado el día y contando una divertida historia referente al banquete oficial a que se había visto obligado a asistir, durante el cual el diputado del distrito había pronunciado un discurso sin tacto alguno.

—Supongo —dijo Katherine— que tú lo arreglarías todo e invitarías a los ofendidos a comer, ¿no?

—Te equivocas —dijo—. Estaba deseando terminar para poder volver a casa con

mi mujercita.

Y una vez más inclinó la cabeza y la besó. Johnnie la vio mirar a su hermano con una expresión tan dulce que le causó dolor.

«Le ama —pensó—, es feliz». Y mientras se vestía para la comida y les oía hablar en la habitación contigua a la suya, pensó en todas las mujeres que había conocido. Formaban una procesión sórdida y estúpida que cerraba Kate Donovan en la cocina de la portería. «¡Dios Santo! —pensó desalentado—. ¡Qué diferente podía haber sido todo!». Si no hubiese entrado en el regimiento, si no hubiese ido a aquella maldita guerra, tal vez Katherine sería hoy su esposa y le miraría a él de la misma forma en que había mirado a Henry hacía diez minutos.

Había en su tocador un jarrito con flores, que seguramente había puesto ella antes de que él subiera a cambiarse de ropa; un libro al lado de la cama y fuego en la chimenea —muestras de su cuidado y de su previsión—, y en toda la habitación reinaba un orden y se respiraba un bienestar que no se parecía en nada a su desnuda habitación en Clonmere. Se imaginaba a Katherine en su alcoba, sentada ante el espejo, cepillándose el pelo, mientras Henry iba de un lado a otro poniéndose el cuello y la corbata. La intimidad que había entre ellos era una cosa natural y dichosa que los unía aún más. Esta manera de compartir la vida con una esposa era algo que no conocería nunca. Sus experiencias habían sido tan superficiales, tan grises...

Se cenaba en East Grove a las siete. Los candelabros, con sus velas encendidas, lucían sobre la mesa. Una doncella ayudaba a Thomas a servir los platos. Y Johnnie, sentado al lado de Katherine, comparaba sus modales y los de su hermano con los propios cuando, despatarrado, sólo en su comedor, se encontraba a veces con un mantel sucio y una comida casi fría, y, después de maldecir al criado hasta que el hombre se ponía blanco de miedo, renunciaba a comer y cogía la botella.

Cuando Katherine se levantó y dejó a los hermanos juntos, Henry le miró con una extraña expresión y dijo:

—Escucha, Johnnie, ¿tendrías algún inconveniente en que yo fuera tu administrador?

—¿Por qué? ¿Qué le pasa a Adams? —preguntó a su vez Johnnie.

—No, nada; no es necesario que despidas a Adams —replicó Henry—, sino que me dejes actuar como..., bueno, como un inspector, a falta de otra expresión mejor. Estás dejando arruinar la finca, Johnnie, y es una verdadera lástima que se pierda así todo el cuidado, todo el esfuerzo y todo el dinero que el abuelo puso en ella. No te enfades. Hace tiempo que deseaba hablarte sobre esto.

Johnnie enrojeció.

—No entiendo lo que quieres decir —dijo—. La finca se lleva de la forma que yo quiero que se lleve, y nada más. En realidad, no tengo muy buena opinión de Adams, y no dudo de que en el futuro seré mi propio administrador. A ti te ocasionaría más molestias que beneficios.

—Está bien —dijo Henry—, no hablemos más del asunto. Tan sólo te lo propuse



porque me pareció que con ello te ayudaría. ¿Has estado en las minas últimamente?

—No —contestó Johnnie, encendiendo un cigarro—, no hay allí nada que merezca el paseo. Lo único que me interesa es lo que ingresan en mi cuenta corriente. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. Pero entiendo que siempre anima a los trabajadores ver que el dueño se toma un poco de interés y se preocupa por su bienestar de cuando en cuando.

—¿Tienes algún otro consejo que darme? —preguntó Johnnie.

Henry empujó la botella hacia él.

—Que te moderes un poco con esto y que no hagas tantas visitas a la familia Donovan.

Johnnie dejó el cigarro.

—¿Quién demonio te ha estado hablando de los Donovans? —dijo.

—Ya sabes lo que es este país para el chismorreo —contestó Henry—. Lo que ocurre en Doonhaven se sabe en Slane en un par de días. Jack Donovan no es buena persona, tú lo sabes. Tiene muy mala reputación; es cazador furtivo y algo ladrón. Se le ha oído jactarse en las tabernas de que su hermana te tiene bien cogido, aunque él usa otra expresión menos correcta.

—¡Malditos sean todos! —gritó Johnnie—. ¿Por qué no han de dejarme tranquilo?

—Te dejarían tranquilo —dijo Henry— si tú dejaras tranquilo el *whisky*.

Johnnie se echó hacia atrás en la silla y se quedó mirando a su hermano.

—Es muy fácil para ti hablar así, ¿verdad? —dijo—. Estás casado con una mujer a quien quieres, eres feliz y tienes pocas preocupaciones. Pues continúa con tu Katherine y deja que yo me divierta con mi Kate.

Se echó a reír y se sirvió otro vaso.

—Estoy ya harto de que la gente me diga lo que tengo que hacer —dijo—. Lo aguanté en el Ejército, pero no pienso soportarlo en la vida civil.

—No trato de sermonearte —dijo Henry con calma—. Sólo he querido advertirte de que tengas cuidado con Jack Donovan. Si quieres tener algo que ver con su hermana, allá tú; pero no pierdas la cabeza.

—Los Donovans son amigos míos —dijo Johnnie—. Son las únicas personas de este país que me han demostrado alguna amistad.

—Está bien —agregó Henry—, no diré nada más. Vamos a la sala. Pediremos a Katherine que toque algo al piano.

Sí, era muy fácil para él, pensaba Johnnie mirando a su hermano. Katherine, sentada al piano, miraba a su esposo y le sonreía cada vez que éste le volvía la hoja de música. Esta noche estarían juntos, y mañana, al despertar, Katherine se hallaría a su lado, siempre a su lado... Cuando esté irritado, ella le calmará; cuando sienta cansancio, ella le dará reposo; cuando esté alegre, también ella compartirá su alegría; se pertenecían. Ella iba a tener un hijo de él. «Y yo no pertenezco a nada ni a nadie; no sirvo para nada, con mal genio, borracho, teniendo por única diversión en la vida

hacer el amor a la hermana de mi portero».

—Johnnie —dijo Katherine de repente, apartando la mirada del libro de música y sonriéndole—, vas a quedarte una temporada con nosotros, ¿verdad?

Henry, con la mano sobre el hombro de ella, le miró también.

—Sí, Johnnie, me gustaría que te decidieras. Estoy mucho tiempo fuera de casa y me agradaría pensar que tú estás aquí con Katherine. Ella te cuidaría y tengo la seguridad de que serías feliz.

Johnnie los miró. Katherine seguía sentada al piano; la luz de la lámpara brillaba sobre el pelo sedoso y oscuro. Henry, su hermano, jugaba casi inconscientemente con el encaje del cuello de Katherine. El gesto sencillo de familiar intimidad rompió el ensueño de Johnnie.

—No, no —dijo—; os dejaré en paz y me volveré a Clonmere.

Cuando Johnnie regresó a su casa, la primera cosa que hizo fue despedir a Adams, su administrador, diciéndole que en lo futuro él mismo se ocuparía de los asuntos de la finca. Esto demostraría a Henry, y a todos los demás que le criticaban, que no era tan incompetente como ellos suponían. Por espacio de un mes aproximadamente se levantó temprano, contestó las cartas, anduvo por Clonmere a pie o a caballo y hasta fue a las minas una o dos veces por semana.

A causa de un enfriamiento, se vio obligado a quedarse en cama varios días, y mientras estuvo en su lúgubre dormitorio, asistido por el único criado que le cuidaba, la depresión se apoderó de él de nuevo, y su actividad de las semanas pasadas le pareció inútil y absurda. ¿Qué beneficio había obtenido después de todo con ir a Monte Bravo y con sentarse en la oficina? No consiguió otra cosa que hacer perder el tiempo a Griffiths. Durante la hora que pasaba allí, el director estaba impaciente por marcharse, y lo mismo ocurría en la finca. Estaba seguro de que no era grato a sus colonos. Ninguno le recibía con gusto, excepto los Donovans, y, «¡Vive Dios! —pensaba dando vueltas en la cama—, ellos son mis amigos; a nadie le importo un bledo. Podría morirme aquí sin que nadie viniese a verme». Su padrino, el doctor Armstrong, le visitó una mañana y le echó un sermón por abandonarse de aquel modo.

—Tú eres el único culpable del estado en que te encuentras —le dijo sin pizca de simpatía; y durante diez minutos largos estuvo perorando contra los peligros del alcohol.

Luego se marchó, y Johnnie, sintiéndose algo peor por la tarde, ordenó a su criado que trajese una botella de vino de la bodega. Se sintió algo más fortalecido y se decidió a ponerse la bata, y se sentó en el comedor, al lado del fuego, donde comió tocino frío y patatas en compañía de Jack Donovan, que se sentó a su lado.

—Escuche, Kate ha estado todos estos días muy impaciente por verle —dijo—, y para contentarla he tenido que venir al castillo, capitán. ¿Cómo se encuentra?

—Muy mal —dijo Johnnie.

—Eso es por estar aquí solo, capitán. Y en cuanto a las medicinas, he de decirle que todavía no ha nacido el hombre que tenga que curarse con ellas. Más que en estos frasquitos, creo yo en la botella.

—Así es como me gusta que me hablen, Jack. ¡Vive Dios! Tú eres el único amigo que tengo.

—Ésa es la pura verdad, *sir*. Precisamente eso le estaba yo diciendo a Kate esta mañana: «Los distinguidos amigos y parientes del capitán le dejarían morir sin acordarse de él ni una sola vez». ¿Y usted sabe por qué? Pues yo se lo diré en pocas palabras: usted tiene demasiado talento para ellos; ahí está el mal. Si usted quiere ir por su camino, ¿por qué no ha de hacerlo? Ahí tiene usted a ese indecente de Adams diciendo por ahí que usted no entiende una palabra de las cosas de la finca.

—¿Conque dice eso, eh?

—Ya lo creo, y lo dice por despecho porque usted le quitó la administración. Puedo decirle una cosa, capitán, y es que yo le echaré una mano en la finca el día que usted no tenga ganas de preocuparse de ella.

—Muy amable, Jack.

—¡Bah!, no lo diga siquiera, no es ninguna molestia. Me atrevo a decir que yo puedo sacar de ella más producto que Adams. ¿Y qué le parece si Kate se viniera para ponerle las cosas en orden?

—Se lo agradecería mucho —bostezó Johnnie—. Ninguno de mis criados pasa el plumero por las habitaciones.

El vino producía su efecto; le hacía sentirse soñoliento y satisfecho, lo que la medicina del viejo imbécil de su padrino no habría logrado. Era agradable —pensó Johnnie más tarde, cuando ya se hallaba tendido en la cama otra vez, al calor del fuego de la chimenea— ver a Kate moviéndose silenciosamente por la habitación, corriendo las cortinas y ocultando la tarde gris de noviembre; doblando sus ropas y guardándolas. Pensó en East Grove, en su hermano y en Katherine, sentados ahora para tomar el té en la sala, y más tarde tocando el piano, mientras Henry, echado hacia atrás, en su silla, contemplaba a su esposa, cuyo cabello brillaba bajo la luz de la lámpara.

«Él tiene su Katherine —pensó Johnnie— y yo tengo a mi Kate. ¿Qué demonios me importa?».

Mientras la lluvia golpeaba de nuevo en la ventana y la oscuridad descendía sobre sus tierras, Johnnie buscó consuelo en los brazos de Kate.

Fue fácil en el transcurso del invierno abandonarse cada vez más a la compañía de los Donovans. Jack tenía una cabeza bastante buena para los negocios, y en nada de tiempo Johnnie se dio cuenta de que tenía todos los asuntos de Clonmere en la punta de sus dedos. Él se entendía con los colonos, pagaba los jornales y se encargó de todo aquello que pudiera ser una molestia para su señor.

—No sé cómo me las arreglaría sin ti, Jack —le decía Johnnie—. Me ahorras todo el trabajo que me aburre, y ya no tengo que preocuparme si la gente me estima o no.

—¿Estimarle? —dijo Jack Donovan—. ¡Pero capitán, si es usted, de todos los caballeros que llevaron el nombre de Brodrick, al que más estiman! ¿No hay hombres y mujeres en Doonhaven que hablan con usted y que jamás hubieran hablado a su hermano o a su abuelo?

—Acércate por la mañana al castillo, Jack —dijo poniéndose en pie—. Phillips me ha traído una factura por piensos que no puedo entender.

—¿No quiere usted quedarse a cenar, capitán?

—No, déjalo para otro día. Buenas noches, Kate.

Al llegar a su casa encontró una carta de Katherine reprochándole su negligencia por no haber ido en tantas semanas a East Grove. Había confiado, decía, en que les

haría una visita el día de Año Nuevo. Su ahijada Molly estaba cada día más hermosa, y Henry muy orgulloso de ella, y como Johnnie no iba a verles, se proponían ir ellos a visitar a Johnnie. Si Henry llevaba su escopeta el sábado próximo, ¿habría aún alguna becada o algunas liebres en la isla de Doon? Su hermano Bill Eyre, que estaba con ellos, iría también.

La lectura de la carta le produjo un gran desasosiego. La casa estaba en un estado lamentable. No había comodidades para Katherine; tendría frío y se sentiría triste; no podría soportar aquello ni un solo día. Sin embargo, ¡qué alegría verla de nuevo; tenerla en su sala, aunque no fuera más que un par de horas!

Durante los pocos días que faltaban para el sábado se entregó a una furiosa actividad para poner la casa en condiciones. Maldijo a los criados y los despidió, admitiéndolos de nuevo al cabo de una hora. Anduvo por los campos en compañía de su guarda preparando la cacería. Hasta envió invitaciones a su padrino, el doctor Armstrong, y a una o dos personas del distrito, para que Henry se divirtiese más.

—Les demostraré —se dijo— que puedo preparar las cosas tan bien como mi abuelo.

La mañana del gran día estaba fresca y hermosa. Johnnie se levantó más temprano de lo que tenía por costumbre, paseó por la caleta y miró las crestas nevadas de Monte Bravo. El sol brillaba en los cristales de Clonmere; las puertas estaban abiertas de par en par, y la mesa del comedor, preparada para el almuerzo, aparecía limpia e invitadora por primera vez al cabo de tantos meses de abandono.

El antiguo orgullo por su casa, que conoció de niño cuando había anhelado Clonmere, volvió de nuevo. Le demostraría a Katherine que no era por completo despreciable; que era dueño de su casa y de sí mismo, y ella comprendería por qué él había querido que su casa brillase aquel día. Entró para dar las últimas instrucciones a su criado y le dijeron que el señor Donovan le estaba esperando en la biblioteca. Frunció el ceño; había insinuado a Jack hacía unos días que le agradecería que él y su hermana se dejasen ver lo menos posible mientras su hermano y su cuñada estuviesen allí. A Henry no le gustaba Jack Donovan, y como Henry iba a ser su huésped, debía ser condescendiente con él durante su visita.

—¿Qué pasa, Jack? —preguntó—. ¿Qué quieres?

El rostro del administrador aparecía muy solemne. Se había puesto su traje de fiesta y estaba muy peinado.

—Kate está muy mal, capitán —dijo gravemente—. ¿No podría acercarse un momento a la portería para verla?

—Claro que no —dijo Johnnie irritado—. Tú sabes que viene *Mr.* Henry, su esposa y algunas otras personas. No iré a la portería hasta que ellos se hayan marchado. Mi hermano estará aquí algunos días.

El rostro de Jack Donovan se puso aun más sombrío.

—No sé si podrá soportarlo, señor —dijo—. En realidad, yo no sé qué hacer con ella, ésta es la pura verdad. Ninguno de los dos hemos pegado un ojo en toda la

noche, y ella está ahora llorando. He estado a punto de llamar al doctor Armstrong, y me alegro de no haberlo hecho, puesto que va a venir hoy a casar.

—Bueno; pero ¿qué demonios ocurre? —dijo Johnnie mirando impaciente el reloj. Sus invitados llegarían de un momento a otro.

Jack Donovan tosió, pasando su gorra por el borde de la mesa.

—A las mujeres se les meten unas locuras en la cabeza en estos tiempos, capitán —dijo—. Le diga lo que le diga, no quiere escucharme. «Me mataré —dice—, me tiraré a la caleta si me deja ahora». Tú te estarás quieta, le digo yo, el capitán es un amigo demasiado bueno para tratarte a ti, a una mujer respetable, como trataría a una mujerzuela de la calle. Él te hará justicia, puedes estar segura de ello, antes de que la desgracia se extienda y produzca escándalo en el país.

Johnnie dio un puñetazo en la mesa.

—Mira, Jack —dijo—, ¿a dónde vas a parar? ¿Qué le ha sucedido a Kate para conducirse de una manera tan rara?

—¡Pero, señor! —dijo su administrador abriendo los ojos con asombro—. ¿No sabe usted que Kate está en estado desde hace dos meses?

Johnnie miró a su administrador, sintiendo un torbellino en su cerebro.

—Ésta es la primera noticia que tengo —respondió.

Jack Donovan continuó restregando su gorra por la mesa.

—La pobre criatura está tan desesperada que no sabe lo que le pasa —dijo—. Estoy seguro de que no se tranquilizará hasta que no le vea a usted.

—No puedo verla ahora, es imposible —dijo Johnnie con excitación, paseando arriba y abajo—. Tú puedes explicarle mi situación. Mi hermano y su esposa están al llegar, ella no lo ignora, Pero vamos a ver, ¿cómo sabe ella que se encuentra en estado? ¿Está segura?

—Segurísima. Mi tía se lo ha dicho sin titubear. Le digo, capitán, que esto es para romper el corazón a cualquiera. De seguro se quitará la vida si no podemos encontrar una solución honrosa a este asunto.

Se oyó un ruido de ruedas en la avenida, y Johnnie, mirando por la ventana, vio el carruaje de su hermano.

—Mira, Jack —dijo desesperadamente—, no puedo ocuparme ahora en este asunto... Vete por la puerta de aftas y no te dejes ver por aquí hasta que yo te llame. Vete, hombre, de una vez.

Buscó en sus bolsillos el frasquito que llevaba siempre consigo y bebió un buen trago; después salió a dar la bienvenida a su hermano. El corazón le latía con fuerza.

—¡Hola, Johnnie! —dijo Katherine, bajando del coche y dándole las manos. Al verla tan hermosa, fresca, serena, con su tranquilo rostro de *madonna*, comprendió el espantoso contraste que hacía con la imagen que había conjurado de una Kate enrojecida y desarreglada en el dormitorio trasero de la portería.

—¿Cómo te encuentras, muchacho? —dijo Henry—. ¿Te ocurre algo?

—Nada —replicó Johnnie con viveza—. ¿Cómo estás, Henry? ¿Y tú, Bill? ¿Has

traído la escopeta? Bien. ¿Dónde está el doctor? Van a venir uno o dos más. Vamos a dar una vuelta por los bosques. Pero esperad un momento; no le he enseñado a Kathe su habitación.

Sus maneras eran tan agitadas, su charla tan inconsecuente, que Henry y Bill Eyre, cambiaron una mirada.

—No te preocupes por mí, Johnnie —dijo Katherine—. Ya me las arreglaré yo; no te preocupes por mí.

—¡Oh, no! —dijo Johnnie—. Tu comodidad es lo único que me interesa; —y empezó a tirar del cordón de la campanilla del vestíbulo con tanta violencia, que se rompió.

—Me parece que será mejor que dejemos a Kathe hacer lo que le plazca —dijo Henry suavemente—. Aquí llegan el tío Williams y los otros, y aquí está Phillips con los ojeadores. ¿Por qué no salimos al aire libre y nos refrescamos un poco?

Todo iba mal, pensó Johnnie. No era así como había planeado el día. Él pensaba no ir con ellos con el pretexto de no dejar sola a Katherine. Además, había ordenado al maldito idiota de Phillips que les esperase al lado de la granja donde iban a cazar primero, y no presentarse frente a la casa con aquella patulea de desarrapados que tenían aspecto de haber estado cazando ratas en el granero. La bebida que había tomado después de su entrevista con Jack Donovan y la reprimida excitación producida por la visita de Katherine le pusieron de un humor endiablado.

Empezó a gritar y regañar al guarda porque había tenido la ocurrencia de vestirse como un espantapájaros; llevaba puesto unos pantalones muy viejos y zurcidos, con un remiendo detrás, en vez de los de pana que Johnnie había ordenado que se pusiera para esta ocasión.

—¡No estoy dispuesto a tolerar estas desobediencias! —exclamó, y sin darse cuenta de lo que hacía levantó la escopeta y disparó contra el pobre hombre, que recibió la descarga en la espalda.

El guarda cayó de bruces, dando un grito de dolor, y Johnnie, aturdido y azorado, vio cómo su padrino y Bill Eyre corrían en auxilio del desgraciado. Henry cogió a su hermano del brazo y lo condujo a la casa.

—No creo que sea nada grave —dijo—; pero entiendo que después de lo ocurrido sería conveniente que te quedases en casa y me dejases dirigir la cacería, si es que no se suspende.

El hecho sucedió tan rápidamente y era tan ridículo que Henry no sabía si reír o enfadarse; pero había algo tan desesperado, tan espantoso en la expresión de su hermano, que no quiso dejarle solo.

—Llamaré a Katherine —dijo—; ella te acompañará.

Salió al vestíbulo y miró hacia la escalera.

—No —dijo Johnnie—, no...

Se sentía enfermo, cansado y terriblemente avergonzado de sí mismo, y por nada del mundo deseaba que Katherine se enterara de lo ocurrido.

—Oye, Henry —dijo, sacando del bolsillo un par de monedas de oro—, dale esto a ese hombre y dile que lo siento. Y vosotros marcharos y divertiros si podéis. Es mejor que no vaya con vosotros; soy un aguafiestas...

Ahora que su inútil y ridículo malhumor se había disipado, sentíase rendido y deseaba olvidarlo todo por completo. Entró en la biblioteca, cerró la puerta tras sí y se sentó en el sillón duro y derecho de su abuelo; se escondió el rostro entre las manos. Podía oír las pisadas suaves de Katherine en la habitación de encima mientras deshacía el equipaje. Al poco rato escuchó el eco distante de los disparos que sonaban en el bosque. Estaba la casa en silencio.

Se acordó de la mal ventilada cocina de la portería, de Jack Donovan, de Kate; de aquel enredo vergonzoso y sórdido. Todo ello le llenaba de desesperación y le producía una ira amarga e inútil. Se imaginaba a la familia, a la anciana tía del pueblo, indagando y haciendo preguntas a su sobrina. La idea de verla o de tocarla le repugnaba. Era humillante y vergonzoso que aquellas horas de olvido halladas en la embriaguez trajesen como consecuencia esa reclamación que le hacían, y que una mujer a quien no amaba en absoluto se creyese ligada a él. De nuevo oyó los pasos de Katherine y su voz suave al decirle algo a la criada. Recordó su visita a East Grove el verano pasado, cuando Henry, orgulloso y feliz, le dijo que Katherine iba a ser madre antes de Navidad. ¡Qué solícito estuvo Henry con su mujer, insistiendo en que se acostase en el sofá para que descansara, cuidando de que no hiciera nada que pudiera fatigarla! Johnnie había sentido entonces envidia de la evidente compenetración que existía entre los dos. Envidiaba a su hermano la serena calma de su vida, el tranquilo progreso de los meses mientras Katherine esperaba la llegada del hijo y el orgullo y franco gozo que demostró cuando su hijo vino al mundo. Ahora, al final de la avenida, en la portería, vivía una mujer precisamente en el mismo estado en que estaba Katherine, siendo Johnnie el responsable. Le estremeció la repugnancia; se le hizo intolerable la idea de volver a verla.

¡Cuántas veces habría sucedido casos, análogos en su familia, entre sus antepasados, y recordaba la historia de su bisabuelo y de los hijos que tenía diseminados por la comarca! Seguramente no le daría ninguna importancia a esto y habría pasado por Doonhaven arrojando una moneda a algún chicuelo de cabello negro que se tropezaba, jugando en la calle, sabiendo que era suyo, sin importarle lo más mínimo, Johnnie no era así; él no podría soportar esto. No podría vivir en Clonmere sabiendo que vivía en la aldea Kate, desaliñada, repelente, escondida en la tienda de su hermano, y saber que también había allí una criatura por cuyas venas corría su sangre y que llamaba «tío» a Jack Donovan. La sordidez y villanía de su vida le causó una insufrible congoja. ¿No habría manera de cambiarla, de terminar con todo este asunto? Miró la escopeta que había contra la pared. Sí, ésa sería una solución. Pero ¿y si erraba el tiro? ¿Y si no le salía bien y estropeaba esta solución como había estropeado todo en su vida, y sólo conseguía volarse media cara y seguir viviendo? Tocó la escopeta; sus dedos se deslizaron por el cañón. Tal vez acertaría



después de todo. Pero le faltaba valor; antes de hacerlo tendría que ahogar el miedo en *whisky*. Abrió uno de los cajones del escritorio de su abuelo y sacó una botella. Miró el licor que quedaba en ella, y le pareció que no era suficiente para lo que se proponía. En aquel momento, mientras quitaba el tapón de la botella, se abrió la puerta y Katherine entró en la habitación. Se quedó parada en el umbral contemplándole. Él la miró estúpidamente con la botella en la mano.

—Perdona, Johnnie —dijo—; entré a buscar un libro. Pensé que te habías ido de caza con Henry y los otros. —Se volvió de espalda lentamente, con delicadeza; dijérase que le había sorprendido en el baño.

Johnnie volvió a dejar la botella en su sitio y cerró el cajón. —Por favor, no te vayas; quiero hablarte—.

Ella se volvió y le miró con ojos serios y dulces. «¿Qué pensaré de mí?», se preguntó Johnnie.

—El día se ha echado a perder por culpa mía, como siempre. Los otros se han marchado sin mí.

Katherine se acercó a él y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Qué ha ocurrido, Johnnie? —preguntó—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Ayudarle... Aquí estaba a su lado; sólo tendría que hacer un movimiento y la podría estrechar entre sus brazos. Katherine, la extraña y distante, con su rostro de madona y sus manos suaves y confortantes...

Se alejó de ella bruscamente.

—No —dijo con aspereza—, no puedes ayudarme. ¿Por qué has de hacerlo tú? Nadie puede ayudarme. ¿Por qué no te vas con Henry y tu hermano?

Ella no se movió. Permaneció de pie donde estaba observándole.

—Eres desgraciado —dijo—, y cuando las personas son desgraciadas hacen cosas estúpidas.

Vio cómo dirigía su mirada hacia el cajón donde había guardado la botella de *whisky*, y de allí, a la escopeta colocada contra el escritor.

—¿Y qué? —dijo agresivamente—. ¿Qué importa? ¿No sería más conveniente poner fin a mi vida? A nadie le importaría.

—Estás muy equivocado —replicó ella—. Muchas personas lo sentirían. Tu madre, Henry, tus otros hermanos y Fanny. Todos tus amigos.

—No tengo amigos.

—Yo me consideraba tu amiga —respondió.

Por unos instantes permaneció en silencio. Katherine amiga suya...

—Tú tienes a Henry, a tu hija y tu hogar. ¿Por qué has de preocuparte de mí? Desde luego, no me lo merezco.

—No se ama a las personas por lo que valen —dijo Katherine con suavidad—, sino por ellas mismas.

¿Qué había querido decir al pronunciar la palabra amar? Acaso compasión. Tal vez, cuando estaba sola con Henry, hablarían de él y dirían que había que hacer algo

por salvarlo.

—Si crees que a estas alturas puedes reformarme, te aseguro que estás perdiendo el tiempo —le dijo.

Katherine se dirigió hacia la ventana y se quedó mirando al jardín.

—Esta casa podría ser tan pacífica, tan feliz... Pero tú no lo permites. La llenas con tus tristezas y tus negros pensamientos.

—Sería tranquila y feliz si tú vivieras siempre en ella en vez de venir sólo por una noche.

—¿Quieres decir que mis pensamientos disiparían la tristeza de los tuyos? No sé si serían lo suficientemente fuertes.

Estaba de perfil, mirando por la ventana. «Si fuese mía —se dijo para sí— haría que la retratasen así, de pie, tal como está, con ese abrigo sobre los hombros y el pelo recogido sobre la nuca».

—Pero, en fin, tú vivirás aquí algún día; tú y Henry; cuando yo muera. Y tu retrato estará colgado en la pared del comedor, junto a tía Jane y al retrato de nosotros cuando éramos niños. Tal vez devuelva a la casa la paz que yo he destruido.

Katherine le miró seriamente, y él tuvo deseos de arrodillarse ante ella y esconder el rostro en los pliegues de su vestido, como un niño avergonzado.

—Quizá te cases, Johnnie, y tengas hijos.

Sus palabras fueron como un latigazo que le recordó la realidad de la situación que estaba viviendo. Otra vez vio la cocina de la portería, a la llorosa Kate...

—¡Nunca! —dijo con violencia—, ¡nunca! ¡Lo juro!

Volvió a recordar más vivamente lo horrible de su situación. Empezó a pasearse por la habitación, mesándose los cabellos.

—Tendré que marcharme de Clonmere —dijo—. Tendré que alejarme. No puedo quedarme aquí después de lo que ha sucedido.

—¿Qué ha ocurrido, Johnnie?

Había pronunciado esas palabras sin darse cuenta, y ahora se quedó callado, abochornado, confuso y convicto. ¿Qué pensaría de él si supiese lo que había estado haciendo durante estos meses pasados, y como culminación la degradación presente en la portería? Se quedaría estupefacta, asqueada...

—Si has hecho algo y estás arrepentido, ¿por qué no pides a Dios que te ayude?

La miró con desesperación.

—No tengo remedio.

Con toda claridad se dio cuenta del abismo que existía entre ellos, el cual, por sus años de disipación, de vicios, de culpabilidad, jamás podría acortarse. Vio el patrón suave de su vida de calma, de tranquilidad, sin zozobras, creyendo en Dios, porque era buena por naturaleza y libre de tentaciones. Con toda sencillez le había dicho que algún día se casaría, sin saber que la única mujer que él deseaba por esposa era ella misma; los únicos hijos que podría tener en sus brazos, los que ella le diera. ¿Pediría a Dios que le ayudase? Sí, si Katherine le hubiese enseñado a rezar; si Katherine se

hubiese arrodillado a su lado todas las noches; si ella hubiese sido la señora de Clonmere, su esposa, su amada... Entonces sí que hubiera habido paz y alegría en la casa y en su corazón. ¿Debía decírselo? ¿Debía arriesgarlo todo y confesarle su amor, su desgracia y su vergüenza?

—Katherine... —dijo lentamente, dirigiéndose hacia ella, las manos extendidas, los ojos suplicantes, y por la mirada de ella se dio cuenta de que había comprendido: vio un destello cegador de intuición en sus ojos mientras palidecía y se apoyaba en la pared.

—¡Johnnie! —dijo asombrada—. ¡Johnnie...!

Se oyeron unas pisadas bajo la ventana, el crujir de la grava y la voz de Henry, alegre y confiada, llamando a su mujer. Katherine se volvió y salió de la biblioteca. En ella quedó Johnnie inmóvil, con la mirada fija en el sitio donde estuvo Katherine.

Johnnie, sentado en el camarote del *Princess Victoria*, en el puerto de Slane, esperaba que el barco levase ancla. El barco se mecía ligeramente, y de vez en cuando entraba por la portañola el sonido lúgubre de la sirena de otro buque que zarpaba. De cubierta venían sonidos de pisadas y un silbido de vez en cuando. A través de la oscuridad brillaban las luces de Slane. El aire entraba por la portañola a ráfagas, y el paleta, colgado tras la puerta, se balanceaba acompasadamente. Su maletín, que el criado había dejado sobre una silla, cayó pesadamente al suelo. Johnnie fijó la vista en la etiqueta: «Capitán Brodrick. Destino: Londres». Y después ¿qué? Johnnie se encogió de hombros. Londres y el más allá...

Tenía un vago recuerdo de las pasadas semanas, y su memoria no le podía decir claramente cómo había llegado hasta el *Princess Victoria*. Había escrito docenas de cartas. Esto era lo que mejor recordaba. Sentado ante el buró de su abuelo en la biblioteca de Clonmere, había escrito cartas a todos los que le conocían, cartas pidiendo perdón a sus familiares y amigos. ¿Por qué lo había hecho? No lo sabía. No se acordaba. Pero que las cartas habían sido escritas y enviadas era un hecho tan claro como que se hallaba a bordo de este barco, puesto que algunas contestaciones estaba sobre la litera. De nuevo se oyó el lúgubre lamento de la sirena del otro barco que se deslizaba a favor de la corriente. Johnnie se levantó y cerró la portañola. Sacó una botella del bolsillo. Cinco horas faltaban todavía para medianoche... Después, adiós a Slane, adiós a este país de neblina y de lágrimas, hacia un futuro y un destino que sólo Dios conocía.

Johnnie cogió al azar una de las cartas. Era de su cuñado Bill Eyre, escrita en la rectoría de East Ferry.

«Querido John:

*Desde el fondo de mi corazón te doy las gracias por tu amable carta. Siento demasiado profundamente mi propia debilidad y mis pecados para no tenerte conmiseración y rogar por ti, que estás ahora en tan grande tentación. Desde que dejaste tu casa, no ha pasado un solo día sin que haya implorado al Espíritu Santo te ilumine y guíe tus pasos. No permita Dios que deje de rogar por ti. Y ahora, Johnnie, no creas que me tomo una injustificada libertad al pedirte por Dios, por el valor de tu alma inmortal, por todas tus esperanzas, por todo lo que tú más estimes, que te abstengas de lo que está destruyendo tu cuerpo y tu alma: la bebida. Querido Johnnie, ¡cómo tiemblo cuando pienso que pueda ocurrir alguna terrible calamidad que te lleve a una prematura y deshonorosa muerte! No tengo palabras con qué expresar la angustia que por amor a tu familia sentí durante la última visita a Clonmere cuando vi que ibas a pasos agigantados hacia un desenlace fatal. Estoy seguro de que no te ofenderás por lo que te digo. Querido Johnnie, encomendándote*

a la Divina Providencia e implorando a Dios te envíe su gracia, te envía un abrazo tu  
cuñado,

Bill Eyre»

Johnnie tiró la carta a un lado y tomó otro sorbo. Cogió una segunda carta del  
montón: era de Henry.

«Queridísimo Johnnie:

*He tenido una larga conversación con tío Willie acerca de ti y de los asuntos de  
Doonhaven. La muchacha en cuestión puede marcharse a América, si es que su  
hermano la deja. Pero temo que éste tiene otros planes. Pretende que te cases con  
ella y adueñarse de la finca. Quizá te enfades conmigo por escribirte de esta forma, y  
también te molestará que te pida, como hermano y amigo, que hagas que Jack  
Donovan y su hermana salgan de la casa. Ojalá se marchasen del país, o por lo  
menos que se quitasen de tu vista y de tu camino. Te pido por favor que dejes la  
bebida; si lo haces, todo te irá bien. No debes desperdiciar el entendimiento que Dios  
te ha dado. Animo, muchacho, y déjala; así te harás feliz, y lo harás a tus amigos,  
que no son pocos...».*

La carta continuaba; pero Johnnie la dejó y cogió la tercera: era de su padrino.

*«He visto a Kate Donovan y está de acuerdo en irse del país dentro de unos  
meses. No hay indicio alguno respecto a su estado. Donovan ha dado a entender que  
está conforme con cualquier acuerdo que tomes respecto a su hermana, y yo te  
aconsejo que lo primero que debes hacer es que salgan de Doonhaven y que me  
autorices o autorices a tu hermano para pagarles los gastos de viaje dondequiera  
que decidan marcharse, y cuando hayamos tenido noticias de la llegada a su destino,  
Henry o yo les comunicaremos por tu mandato lo que estés dispuesto a hacer en  
favor suyo. Aunque es superfluo que te lo diga, las razones que tengo para esto no  
son otras que la conveniencia de evitar el escándalo que supone la presencia de las  
partes interesadas en el mismo lugar donde ocurrieron las cosas.*

*Sin embargo, tu ausencia es lo que más hará en favor del arreglo que decidas.  
Estoy cada vez más convencido de que debes permanecer alejado durante algún  
tiempo. Un saludo afectuoso de,*

William Armstrong»

«Qué contentos estarán en su interior —pensó Johnnie— de deshacerse de mí, y  
qué éxodo más noble y más magnífico el mío al huir de la responsabilidad, dejando  
que los demás me saquen las castañas del fuego. El capitán John Brodrick, de

Clonmere Castle, Doonhaven, es todo un héroe».

Pero aquí estaba la mejor de todas las cartas: unas líneas de tía Elisa.

«Querido Johnnie:

*No me pongas triste hablando como si entre nosotros existiera algo que necesitase de perdón. Te doy mi palabra de honor de que nada en el mundo me agradaría más que poder aumentar tu felicidad en todos los sentidos. Tengo la sospecha de que son tus amores actuales los que te han hecho escribir de esa forma, y sólo deseo que la dama a quien honras, quienquiera que sea, pueda corresponder a tus afectos, por el bien de todos nosotros. No sé cómo darte las gracias por el regalo de las cien libras y por el préstamo de las trescientas que me hiciste anteriormente. Siempre te he tenido por el más generoso y más bueno de mis sobrinos, y cuanto más vieja soy, más razón tengo para ello. Dándote las gracias por tu amabilidad, te abraza tu tía,*

*Elisa»*

Johnnie rió. El más generoso y el más bueno de todos sus sobrinos... Cogió el montón de cartas y las arrojó a un rincón del camarote. Llamaron a la puerta.

—Si quiere bajar a tierra y dar un paseo, ahora mismo va a salir el último bote —le dijo el camarero—. Regresará con el piloto un poco después de las once y puede volver con él.

Johnnie echó una ojeada al solitario y deslucido camarote que iba a ser su hogar durante las próximas cuarenta y ocho horas.

—Sí, gracias, aprovecharé esta oportunidad —dijo.

Las luces de Slane invitaban desde la orilla, y Johnnie, con las manos embutidas en el paleta, pensaba en la carta que no había escrito, a la cual no había recibido contestación, como es natural.

¿Qué podría haberle dicho que estuviese mejor expresado que su silencio? Desde aquella mañana en que ella le comprendió, no volvieron a estar solos. Transcurrió el día, pasó la noche y nada se dijeron. A la mañana siguiente se fue. Todos se marcharon: Henry y Katherine, Bill Eyre y su padrino, y las palabras que deseaba decir no fueron pronunciadas; la ayuda que ansiaba pedir nunca le sería otorgada. «Capitán Brodrick. Destino: Londres...».

De pie en el muelle, pensaba si ella estaría ahora sentada en la sala de la casa de East Grove. Tal vez estaría tocando el piano, y Henry, sentado en su silla frente a la lumbre, escuchándola. Echó a andar sin rumbo. Se encontró de pronto frente a la puerta de la casa de Katherine. Las cortinas de las ventanas estaban corridas y salía un rayo de luz a través de las maderas. Permaneció allí, las manos en los bolsillos, mirando a la puerta. Un coche pasó por la calle. Todavía podía oír el lejano rumor del río, un silbido, el tañido de una campana. Avanzó y levantó el llamador de la puerta.

Unos instantes después ésta fue abierta por Thomas, quien le miró en la oscuridad, sin conocerle.

—¿Está en casa *Mrs.* Brodrick? —preguntó. Thomas se sobresaltó algo y abrió más la puerta.

—No me di cuenta de que era usted, señor —dijo excusándose—. Los señores no están en casa: han ido a cenar fuera.

—Bueno —dijo Johnnie—, no importa.

—¿Quiere pasar y esperarlos? Posiblemente no regresarán hasta después de las diez. Hay una buena lumbre en la sala.

Johnnie titubeó. Aun aquí, en el umbral, la paz de la casa le envolvía, sentía su calor, su acogimiento...

—Sí, Thomas, esperaré —dijo lentamente.

El criado le condujo hasta la sala y se retiró, cerrando la puerta tras sí; pero no sin antes haber arreglado las lámparas y atizado el fuego.

Johnnie se sentó en el sillón de Henry, en frente del de Katherine. Allí había estado sentada antes de salir; aún se podían ver las huellas de su cuerpo en la cretona que lo cubría. Sobre un taburete bajo, ante la lumbre, estaba su costura y un libro que había estado leyendo. En un rincón del sillón se veía un corderito de trapo. Sin duda había estado sentada, con su hijita sobre las rodillas, enseñándole el juguete, mientras Henry las contemplaba desde este mismo sillón donde él estaba ahora. Luego la niñera se llevaría a la criatura a la cama, y Katherine, sentándose en el taburete para estar más cerca del fuego, cogería su labor y le haría preguntas a Henry respecto a su trabajo. Más tarde irían a su habitación del piso de arriba y se vestirían para salir. Henry tal vez refunfuñando un poco por la molestia de tener que salir, pero contento en el fondo porque siempre que iba a algún sitio se divertía bien.

Katherine se pondría el vestido blanco que llevó aquella noche que estuvo en Clonmere, y antes de salir de casa entraría en la sala para asegurarse de que las luces quedaban amortiguadas y el guardafuegos ante la chimenea. Se la imaginaba de pie, cerca de la puerta, con la luz del vestíbulo brillando sobre su cabeza, la capa sobre los hombros, dejando tras sí algo de ella misma, algo fragante, indefinible: la bendita paz de su presencia que él sentía en este momento, mientras permanecía sentado en el sillón que no le pertenecía... Pero de nada servía estar allí; tenía que marcharse, tenía que irse al barco, cruzar al otro lado y no volver durante meses, años tal vez. De nada servía estar sentado allí, en una casa que no era la suya. Se levantó y miró por última vez alrededor de la habitación. Palpó el piano que pertenecía a ella, las teclas sobre las cuales se habían posado sus dedos. Se acercó a su mesita y vio lo bien arreglada que estaba: el montón de papel blanco, la pluma escarlata... Quería llevarse algo de ella, y siguiendo su impulso, cogió un pequeño libro de cuero negro que vio sobre la mesita. Era un *Nuevo Testamento*. Se lo guardó en el bolsillo, salió al vestíbulo y cogió su abrigo y su sombrero de la silla donde Thomas los había dejado. El vestíbulo estaba desierto. Thomas había regresado a la cocina. En un rincón se oía el tictac del

reloj. Eran las nueve menos cinco. Faltaban aún dos horas hasta que el piloto regresara al barco. Johnnie abrió la puerta y de nuevo permaneció contemplando la desierta calle. Había en Slane otros lugares donde podría encontrar calor y comodidad y olvidar el oscuro y sórdido camarote del *Princess Victoria* y los funestos marbetes de su equipaje. «Capitán Brodrick. Destino: Londres». Soplaban un ligero viento en la calle, y la puerta de la casa de Henry se cerró de un portazo. «¡Adiós, Slane! ¡Adiós a su propio país!». Johnnie rió pensando en la carta de tía Elisa. Y levantándose el cuello del paletó y calándose el sombrero, echó a andar en dirección a la ciudad.

Dos días después se presentó la policía en East Grove. Llegaron en el momento en que Henry y Katherine tomaban el desayuno, y el inspector pidió hablar a solas con el señor Brodrick. Henry salió inmediatamente al vestíbulo, dejando a Katherine en el comedor.

—¿Es usted pariente del capitán Brodrick? —preguntó el hombre.

—Soy su hermano —contestó Henry—. ¿Ocurre algo?

El inspector explicó en pocas palabras lo que había sucedido. Henry se marchó con él inmediatamente. Las calles de los barrios extremos de Slane eran estrechas y oscuras, sin ninguna atracción, y la casa a la cual le llevó el inspector era de una tonalidad gris, con unas cortinas en las ventanas de aspecto ordinario y llamativo. Una mujer muy asustada les esperaba en el vestíbulo.

—No es culpa mía —dijo al ver a Henry—. En mi casa nunca ha ocurrido esto. Usted bien lo sabe, *Mr. Sweeney*. No me pueden culpar de ello.

Su voz era chillona y nerviosa. El inspector la obligó a guardar silencio. Condujo a Henry hasta el dormitorio, en la segunda planta, y sacando una llave del bolsillo, abrió la puerta. La habitación estaba en desorden. Los zapatos de Johnnie aparecían en un rincón; su ropa, en otro. Había una media docena de botellas de *whisky* vacías colocadas una sobre otra en el centro de la habitación. Johnnie yacía sobre la cama. Tenía una expresión de paz en la muerte que jamás tuvo en vida; aquella expresión hosca de enfado había desaparecido para siempre. Tenía los ojos cerrados, como si durmiera, y su pelo negro estaba en desorden como el de un niño.

En una mano tenía una botella vacía y en la otra el *Nuevo Testamento* de Katherine.



# LIBRO CUARTO

## Henry, 1858-1874

Era invierno otra vez en Clonmere y la cumbre de Monte Bravo estaba blanca de nieve. El sol brillaba esplendoroso y el aire, fino, terso, daba una sensación de levedad, como si la añeja y húmeda melancolía del otoño hubiese sido aventada y olvidada para siempre por esta nueva claridad tonificante que parecía presagiar la primavera. Las hojas caídas en el parque estaban secas y rizadas por la escarcha. Los árboles, desnudos, alzaban ramas negras al cielo azul, y la hierba, corta ante el castillo, estaba empolvada de plata. La marea se retiraba metódicamente de la escollera; la superficie del agua subía en ondulaciones vivas, y el humo delgado de las chimeneas del castillo se levantaba recto en el aire como una columna.

Tim, el cochero, dio la vuelta al carruaje hasta la puerta principal, saltó de su asiento, y ante los caballos iba y venía soplándose los dedos. Era domingo y tenía que conducir a *Mr.* y *Mrs.* Henry a la pequeña iglesia de Ardmore, como era su costumbre. «Era grato —pensaba Tim, mientras aguardaba a sus señores— que la vida hubiese vuelto a ser allí natural y normal, casi como si el mismo viejo señor estuviese vivo otra vez, y el primer *Mr.* Henry, y *Mr.* John, y la pobre *Miss* Bárbara y *Miss* Jane hubiesen vuelto a la vida, en vez de llevar algunos de ellos treinta años en sus tumbas». Los años intermedios parecían haberse esfumado, y Tim, que tendría los sesenta en su próximo cumpleaños, recordaba a menudo sus días tempranos, cuando era mozo de cuadra a las órdenes del viejo Baird. Le ocurría confundir la presente generación con la que le había precedido, y sacudía la cabeza y suspiraba y aconsejaba a *Mr.* Henry que se guardase contra el aire frío por temor de que se le reprodujese la tos, confundiéndonle así con el tío Henry, que había muerto hacía treinta años.

Aquí venía ahora *Mr.* Henry, su amo, vestido para ir a la iglesia, con su sombrero de copa en la mano, sus guantes y su bastón, mirando a todo el mundo, como su tío Henry había mirado hacía años. ¿Y no le trataba también de igual manera, con la misma atractiva sonrisa, la voz alegre, la palmada amistosa en el hombro? Y paseaba en la tarde del domingo con las manos a la espalda, platicando con el apoderado, como el viejo señor lo había hecho cuando vivía. También cabalgaba todas las mañanas hasta las minas, y se hacía conducir a Slane una vez a la semana, y había, pues, en el vivir una regla fija que agradaba al cochero, después de un tan gran torrente de confusión y desorden. ¡Qué diferente era *Mrs.* Henry de todas las demás, de la otra *Mrs.* Brodrick, la madre de *Mr.* Henry! Nada de orgullo, ni de genio tempestuoso, ni de marear a los criados con incesantes órdenes contrarias ni con exigencias caprichosas, sino una tranquila y dulce moderación en cada cosa que pedía y una continuidad firme y serena que ponía a los tontos murmuradores de la cocina en su lugar. Había paz en Clonmere, donde no había habido sino peleas, críticas y descontento durante años. Ella, *Mrs.* Brodrick, imprimía su huella en cada habitación de Clonmere y la habitación parecía notarlo en todos sus detalles. Aventada había

sido la acumulación de polvo, desorden y basura que había permitido Fanny-Rosa. Se había desvanecido la helada incomodidad, la miseria gris que Wild Johnnie había aceptado. Las habitaciones se barrían, las chimeneas crepitaban gozosas, las ventanas se abrían al aire. Otra vez entraban en la casa flores y frutas; otra vez se segaba la hierba; estaban las sendas limpias; los macizos, cuidados como cuando Bárbara, la hija mayor de la casa, cuidaba de Clonmere para su padre. La casa tenía «dueño» otra vez.

La señora estaba en aquel momento en el umbral, junto al amo, dando a Tim los buenos días, y parecían —pensaba el cochero— la más arrogante pareja de la comarca. Ella, casi tan alta como él, y envuelta con su capa de abrigo, y con su cabello fino y oscuro asomando bajo su gorrita, podría haber sido una reina.

—¿Qué hora es, Tim? —preguntó *Mr. Henry*.

—Acaba de dar el cuarto, señor —contestó el cochero, abriendo la puerta del carruaje.

El amo era siempre puntual, como el viejo señor. No iría jamás tarde a la iglesia. Pero había en él una afabilidad y cortesía completamente diferentes de las de su abuelo.

Y ahora *Mrs. Brodrick* estaba sentada en su lugar del coche, y el amo le arreglaba la manta a su alrededor, poniéndole los pies en el calentador; todo esto hecho con tan amoroso cuidado y tanta gentileza, que Tim recordó que entre la servidumbre se decía que se esperaba antes de muchos meses otra criatura. La niñera estaba en la puerta abierta con *Miss Molly* en sus brazos. La niña agitaba una mano gordezuela despidiendo a su padre y a su madre. Y luego Tim trepó a su asiento, tomó las riendas en sus manos y el carruaje arrancó paseo abajo. Pasados los rododendros, bajó la bóveda y entró en la arboleda del parque.

Henry tenía en su mano la de Katherine bajo la manta, y trataba de adivinar, por milésima vez quizá, lo que ella estaba pensando, tan serena, tan distante con sus ademanes tranquilos, apacibles, tan distintos de la propia apasionada impetuosidad de su marido.

—¿Tienes suficiente calor? —dijo él anheloso, mirándola fijamente a la cara—. ¿Estás segura de que te sientes en condiciones de ir en coche?

—Sí, desde luego —respondió ella, acariciándole su corazón con una sonrisa—. Me siento de veras muy bien, y no podría soportar quedarme sin el paseo semanal a Ardmore; tú lo sabes.

Tranquilizado, Henry se recostó en el carruaje. El tío Willie Armstrong le había recomendado que tuviese cuidado con ella.

«Tu madre —le había dicho el tío Willie— os dio a luz a vosotros sin haber temado la precaución más mínima. Tenía la solidez del viejo Simón Flower. Pero si vas a seguir el ejemplo de tu padre y tener una familia numerosa, te aconsejo que lo hagas más despacio que él lo hizo. Tu Katherine es una planta mucho más delicada que Fanny-Rosa Flower».

Y aquí estaban, con Molly de apenas un año y otro ya en camino. Pero quizá tío Willie Armstrong era propenso a alarmarse... Henry miraba por la ventanilla del coche. Los árboles, al extremo del parque, junto al camino, parecían un poco desamparados después de la poda del otoño; pero así mejorarían y estarían muy bien dentro de dos o tres años. Katherine saludaba y sonreía a *Mrs. Mahoney* en la portería de la casa. Henry desvió a propósito la cabeza: la portería le traía pensamientos desagradables, memorias de algo que estaba mejor olvidado. Jack Donovan y su hermana habían dejado la comarca y marchado a América sin dejar rastro en el pequeño cuartito a la entrada de la avenida, y, sin embargo, siempre que Henry pasaba por las puertas recordaría, a pesar de sus deseos de olvidarlo, la actitud familiar e insolente del individuo cuando se le pagaba el sueldo, la furtiva y astuta expresión de su hermana, y a través de ambos, los ojos trágicos e implorantes del pobre Johnnie la última vez que le había visto en Clonmere.

No, aquellas cosas no eran buen alimento para la imaginación en una mañana de domingo; y Henry, acariciando una vez más la mano de Katherine bajo la manta del coche, comenzó a charlar ligera y alegremente de naderías: de la excursión de caza la semana anterior, de la sesión judicial del siguiente martes en Mundy, de una carta recibida de su madre Fanny-Rosa, desde Niza, el día antes...

—Te darías cuenta —dijo a Katherine riendo— que estaba repleta de las extravagancias usuales. Creo que está pasando la mejor época de su vida.

—No sé qué decirte.

—¡Oh, queridísima!, no conoces a mi madre lo suficientemente bien para juzgar. Creí firmemente que la muerte del pobre Johnnie la destrozaría completamente; pero me inclino a pensar que, pasado el primer golpe, alejó lo ocurrido de su memoria y al pobre Johnnie también.

—Tu madre no es tan superficial como nos quiere hacer creer a todos —dijo Katherine—. Aparenta ante la gente y ante ella misma también.

—Mi madre no aparenta ante nadie —dijo Henry—; puedes estar segura de eso. No. Tiene su pequeña villa, y sus condes extranjeros, y su casino y está contenta. Mira, ahí tienes a esa desagradable *Miss Kelly* que está haciéndote reverencias. ¿Qué le has hecho a la gente de Doonhaven? No he conocido a nadie de esa familia que antes sonriese a un Brodrick, si no era para jugarle una mala pasada a continuación.

—Quizá —dijo Katherine, mirando a otro lado— los Brodricks jamás sonrieron a la gente de Doonhaven.

—Indudablemente que no —repuso Henry—, y por eso al primero de ellos le dispararon un tiro por la espalda. ¿Qué piensas del nuevo camino a la mina? El nuevo pavimento es un asunto capital, muy diferente de la antigua grava, que se hacía casi intransitable en invierno. Al abuelo le hubiera encantado.

—Creo contigo que es una gran mejora; pero me gustaría mucho más si se hubieran ocupado al mismo tiempo de las casas de los mineros. Algunas de sus chozas son; un desastre. No puedo soportar la idea de que los chiquillos se vean

obligados a vivir en ellas.

—¿Son en realidad tan malas? —preguntó Henry—. Creo que nunca he penetrado en ellas, y solamente me he preocupado de la eficiencia de las minas. Puedo fácilmente dar órdenes de que junten las tablas y pintar los peores sitios. Esto evitaría el frío y la humedad.

—¿Por qué no das orden de que las derriben completamente y en su lugar edifiquen casas de ladrillos? —dijo Katherine.

—Amor mío, eso costaría mucho dinero.

—Yo creí que el año pasado las minas dieron un enorme beneficio.

—Así fue; pero si empezamos en seguida a derribar las chozas de los mineros y a construirles pequeños palacios, no habría beneficio en absoluto.

—¿Quién está exagerando ahora? —sonrió Katherine—. Los mineros no piden palacios, mi buen Henry. Ellos sólo piden un poco de calor y comodidad, lo cual, considerando lo rudamente que trabajan para ti, me parece que merecen.

Henry puso una cara de contrariedad.

—Ahora me haces sentirme indecoroso —dijo—. Muy bien; me ocuparé de eso y veré lo que se puede hacer. Pero te advierto que no lo agradecen. Dirán, con toda probabilidad, que prefieren las antiguas cabañas de madera.

—Nada importa su gratitud —dijo Katherine—. Al menos sus chiquillos tendrán calor... Monte Bravo tiene hoy un aspecto sonriente. ¿Ves el sol en la cumbre? Parece una corona de oro.

—Monte Bravo tiene muchos caprichos para poder gustarme —dijo Henry—. Antes de Navidad, el mal tiempo estorbó el trabajo y todo un cargamento completo de cobre estuvo retenido.

—La Naturaleza trabaja despacio y a su tiempo —repuso Katherine—, y si te impacientas, se enfada. Mira, ahí está Tom Callaghan, que va andando a la iglesia. Su caballo debe de estar cojo. No sé por qué no ha esperado para que le llevásemos a Doonhaven. Dile a Tim que pare los caballos, ¿quieres?

Riendo, Henry saltó del carruaje y llamó al cura, que caminaba delante de ellos con zancadas inmensas.

—¡Tom!, chiflado —le gritó. ¿Por qué no nos has aguardado? Ven y siéntate al lado de Katherine. Estamos seriamente ofendidos.

El joven sacerdote se volvió y sonrió. Era un gran muchachote, de hermoso rostro, con una barba de color castaño.

—La mañana está tan hermosa... —protestó—. Y como *Prince* necesitaba una herradura, yo mismo me convidé a una caminata. Las primeras millas fueron deliciosas, pero estaba empezando a sentirme cansado.

—Puedes, en consecuencia, abreviar el sermón —dijo Henry—. Ven, salta y entierra tu orgullo. Katherine te ha tomado aversión.

—Yo no he sabido de nadie a quien Katherine tenga aversión —contestó el cura.

Tom Callaghan era, desde Oxford, amigo de Henry, quien, con mínimo trabajo, le

persuadió para que aceptase el nombramiento de cura vitalicio en Doonhaven, y cuyo deber semanal era officiar en la iglesia más retirada de la parroquia, una capilla al lado del mar en Ardmore. Hubiera sido mejor para él un puesto en Inglaterra; pero su afecto por Henry era tal, que prefirió enterrarse en el aislamiento, para estar cerca de su amigo, más bien que ganar estima y prosperidad en una gran ciudad.

—¿Qué piensas de su último capricho? —dijo Henry—. Nada menos que derribe las chozas de los mineros y que en su lugar les construya hotelitos de ladrillo. Me arruinaré.

—Un plan excelente —dijo Tom en tono resuelto—. Primero porque esas chozas son una calamidad. Y segundo porque tienes tanto dinero, que no sabes qué hacer con él.

—Eso —convino Katherine— es lo que siempre le estoy diciendo.

—Lo malo es —dijo Henry— que vosotros dos tenéis conciencias no conformistas. Y tratáis de hacerme a mí con una también. Mi abuelo no os hubiera escuchado.

—Según lo que cuentan de tu abuelo —dijo Tom—, era un ateo. Al menos tú no haces trabajar en las minas los domingos, como él solía hacer.

—Y eso es también obra de Katherine —sonrió Henry—. Te digo, Tom, que al casarme entré en una familia con tantos principios que desconciertan a cualquiera. Toma mi consejo y huye de esta gente como de una plaga.

—Más quisiera ser bueno como los Eyres que listo como vosotros los Brodricks —dijo Tom Callaghan—. La única razón por la que no eres tan duro como tu abuelo es porque tuviste el buen sentido de casarte con Katherine.

No había próximo a la iglesia ningún edificio. Hallábase solitaria y batida por los vientos, dominando las anchas aguas de la bahía de Mundy. Pero a pesar de su posición, expuesta a los cuatro vientos y a las lluvias invernales, había en su solidez gris algo alentador y fuerte, algo exento de edad en los líquenes pegados a sus paredes. El interior era apacible, muy tranquilo, como si en aquella permanente serenidad no pudiese penetrar mal alguno, recuerdo alguno penoso. Podían rugir las borrascas, podían las olas avanzar; pero la iglesia de Ardmore las afrontaría todas como un breve bastión sempiterno.

Henry, arrodillado junto a Katherine, contemplaba su tranquilo perfil, sus oscuros ojos fijos en el altar; y pensaba cómo ningún hombre sino él podía nunca saber lo bella que era, lo tierna, lo exacta. ¿Tenía razón Tom Callaghan? ¿Sería él un hombre tan seco como su abuelo si no fuese por Katherine? La idea le era ingrata, y como todas las ideas ingratas, la desechó por absurda. Él no era seco ni duro. Tom debía de haberlo dicho en broma. Hasta donde su memoria recordaba, él siempre había pensado en los demás antes que en sí mismo. Había siempre puesto el deber antes que el placer, lo correcto antes que lo torcido. Podía, en pura conciencia, decir que nunca había hecho una cosa baja, impura o perversa. Cierto que había sido afortunado, triunfador y dichoso en su trabajo y con sus amigos; pero después de todo la suerte

era un don del Altísimo, y como quiera él se sentía por ello agradecido. No, el miembro de la familia duro y seco había sido Johnnie. Johnnie había sido el egoísta, el implacable, el que había esparcido la miseria, pobrecillo, por dondequiera que fuese. Tom Callaghan debía de haberle conocido.

Y Henry, haciendo confesión general en voz clara y distinta, como era su costumbre —«hemos errado y nos hemos apartado de Tus caminos como oveja descarriada»—, pensó, como siempre le ocurría, que en verdad las palabras no le eran aplicables a él como a ningún otro hombre respetuoso de la ley que viviera vida honesta y cumpliera sus deberes para con Dios y la Reina. Habían de aplicarse al ladrón, al adúltero, al borracho, que nunca se acordaban ni de entrar en la iglesia.

Cuando el servicio religioso terminó, y Tom Callaghan estaba cambiando sus vestiduras en la sacristía, Henry y Katherine salieron y en el jardín-cementerio de la iglesia se quedaron contemplando el mar. Las largas olas del Atlántico morían dulcemente en la bahía. En un arbusto espinoso próximo a ellos cantaba un petirrojo, y su canto quejumbroso pero dulce sonaba extrañamente nostálgico en el aire diáfano y frío de la mañana invernal.

—Me alegro de haber bautizado aquí a Molly —dijo Katherine—. Haremos lo mismo con el próximo niño y con cuantos tengamos. Y cuando llegue nuestra hora, quisiera que tú y yo reposáramos aquí juntos.

—No seas malsana —dijo Henry atrayéndola a sí—. Detesto hablar de la muerte. Dame en su lugar un beso. Ahí va el *Emma Mary* camino de Bronsea. Deben de haber querido aprovechar el buen tiempo, si no, no hubiesen zarpado en domingo. Va bien cargado, ¿eh? Casi cien toneladas de cobre van ahí.

—Deja en paz el cobre —dijo Katherine—. ¿Te acordarás de mi deseo sobre este pequeño cementerio?

—Me niego a comprometerme a nada tan ingrato —dijo Henry—; y no estés aquí más tiempo, te puedes enfriar. Mira, ahí está el buen Tom esperando para que le llevemos en el coche. ¡Qué gran persona es y qué contento estoy de que haya venido a vivir aquí! En verdad —continuó visiblemente contento y apretando el brazo de Katherine contra el suyo—, nada conozco más delicioso que tener todos nuestros mejores amigos viviendo en las cercanías. Tom, mala persona, has predicado un sermón importante; exactamente has dicho lo que hubiera dicho yo si fuese cura; y para mostrarle el gran aprecio que hago de él, me propongo edificar para ti una casa. No es posible que sigas viviendo en esa miserable casuca de la aldea.

—Puedo perfectamente.

—No puedes perfectamente. No discutas, porque me molesta discutir antes de comer. Y para que te convenzas de que hablo en serio, voy a enseñarte el lugar en que pienso levantarla. Se me ocurrió cuando estábamos cantando el himno. Justamente donde el camino hace una revuelta al salir de Doonhaven, antes de que el camino empiece a subir y antes de las casitas de Oakmount, hay un lindo prado casi llano, que será excelente para mi proyecto. Le llamaremos Heathmount, y tan pronto como



el viejo rector fallezca te corresponderá su beneficio y harás de Heathmount la Rectoría.

—Y Tom se casará, y pondrá casa, y sus hijos podrán jugar con los nuestros —dijo Katherine.

—Realmente se ahorra uno una porción de complicaciones cuando sus amigos se ocupan de arreglar su porvenir —dijo Tom Callaghan—. ¿Por qué no das un paso más y escribes también los sermones?

—Pues lo haré —dijo Henry— a condición de ser yo también quien los predique. Me encantaría citar el texto «Dad al César lo que es del César», con alusión, naturalmente, a los habituales atrasos de las rentas.

El lugar para la futura casa de Tom fue debidamente señalado y apreciado, y luego el coche dio la vuelta y bajó hacia Clonmere, donde el almuerzo les aguardaba humeante en el comedor, y los *setters* ladraban en coro en la escalinata, y el regusto de la turba quemándose flotaba en el vestíbulo, formando todo ello la tibia atmósfera familiar del hogar, tan querido, que se alzaba para saludarles.

La menuda Molly, toda llena de cintas su ropita blanca, vino, en brazos, a los postres a sentarse sobre las rodillas de su madre, y Henry, recostándose en su silla y extendiendo las piernas, cascaba nueces para hacerla reír. Y él mismo, que se había tratado bien, comiendo succulentos trozos de cordero asado y de tarta de manzana, experimentaba la placentera y soñolienta satisfacción de un hombre ante el que se ofrece toda una tarde de holganza para hacer lo que se le antoje.

—Me figuro —dijo Tom contemplando a su amigo y sonriendo afectuosamente— que debes de considerarte el más feliz de los hombres. Tienes una hermosa hacienda, una gran fortuna, un negocio floreciente, una carrera distinguida y bien llevada, un ángel por esposa, una nena deliciosa por hija y, en suma, nada hay en el mundo que te falte. Si yo no fuese cura te tendría envidia.

—Pero por ser cura te dedicas a predicarme —dijo Henry riendo—. Y, sin duda, es tu intención prevenirme para que no acumule tesoros en la tierra, donde la carcoma y el orín pueden corromperlos. Pero es inútil, muchacho. Vivo en el mundo, y aunque no me tengo por materialista, profeso que se debe usar de las ventajas que el mundo ofrece y también gozar de ellas. No creo que en ello haya pecado.

—Me parece saber lo que Tom piensa —dijo Katherine—. Cuando un hombre es feliz y está contento y nada le sale mal, está en peligro de incurrir en el más mortal de los pecados, que es la autocomplacencia. No, Molly, hijita, más azúcar no; ya has tomado de sobra. Si tomaras más te haría daño. En cambio, puedes jugar con el medallón de mamá.

La niña, que se había compungido, se distrajo pronto con la cadena y con la cajita del medallón, que se abría y se cerraba con un ruidito.

—Y ya empieza la educación, ¿ves, Tom? —dijo Henry guiñándole un ojo—. Molly quiere azúcar; pero con cualquier otra cosa se la engatusa. Aquí no hay complacencia. Yo la dejaría comer todo el azúcar que su estómago chiquitín pudiera

contener, y luego aguardaría que llegase el inevitable dolor. Eso la daría una lección, y para otra vez no querría azúcar.

—Te equivocas en eso —dijo Katherine—. Molly es demasiado pequeña para unir la causa y el efecto. Para ella el dolor no tendría nada que ver con el azúcar. Un chico necesita que se le distraiga; luego, cuando empieza a despuntar la razón, debe aprender a obedecer y la necesidad de obedecer.

—Ya lo ha arreglado todo ella, desde las primeras lecciones del abecedario hasta los exámenes últimos. No he conocido a nadie que tome tan en serio la crianza de los niños. No recuerdo que mi madre nos enseñara nunca ni una sola cosa. Desde luego, nunca nos castigó.

—Para mí es maravilloso que hayáis podido ser aptos para la vida social —dijo Tom—. Si quieres mi consejo, confía la educación de tus hijos a Katherine.

—Muy bien —dijo Henry—, y si no andan tiesos les desollaré a latigazos. Por lo menos una cosa tendrán: nunca les faltará nada.

—El otro pecado capital —murmuró Tom—: excesivo dinero. ¡Pobre Katherine!, veo que vas a tener mucho que hacer.

Henry le tiró a su amigo una cascara de nuez.

—¿Y si dejaras en paz mis pecados —dijo— y me dieses, en cambio, un consejo práctico? Va a haber en Bronsea una elección parcial, como sabes. El viejo *sir* Nicolás Venning ha muerto. Estoy pensando presentarme candidato como conservador.

—¿De veras?

—Eso me divertiría por lo menos, y los Brodricks tienen arraigo en este país desde 1820.

—¿Y qué opina Katherine? —dijo Tom.

—Katherine opina que la energía de su marido es tal —dijo sonriendo la esposa de Henry—, que si no se mete en política puede meterse en algo peor. Y que eso le guardará de peligros.

—Es una observación muy de esposa —dijo Henry—. Nada de esperanza ni aun de alusión a que yo pueda llegar a ser primer ministro. Simplemente una amable sonrisa y un suponer que eso puede librarme de peligros.

—Estoy conforme con Katherine —dijo su amigo—. De todos modos inténtalo, haz tus discursos, da tus comidas, besa a los niños de Bronsea y acepta con una reverencia las cascaras de huevos podridos. Deseo para ti toda la suerte posible en el mundo. Y si logras abrirte camino hasta el Parlamento, también yo iré a Inglaterra e iré a escuchar tu primer discurso, y diré a los que se sienten a mi lado que Henry Brodrick es mi más antiguo amigo. Puedes procurarme un obispado dentro de treinta años.

—Bueno, en serio —dijo Henry—, puedo ganar fácilmente la plaza vacante por una buena mayoría, a pesar de que durante tanto tiempo ha representado a Bronsea un liberal. La familia me ayudará. Herbert en Lletharrog —¿te he dicho que ha obtenido

allí el beneficio y que vive en la vieja casa?— y tía Elisa en Saunby. Puedo sacar buen partido de mis relaciones en Bronsea, aunque quizá no mucho por el lado de mi abuela política, que vive en el pueblo y hace una reverencia en cuanto ve a Herbert.

—Voy a acabar por creer que eres un presuntuoso —dijo Tom riendo.

—No lo soy, en verdad; pero sacar a relucir ropa sucia sobre una plataforma política no da resultado. Te diré que tomaremos una casa en Londres para la temporada, lo mismo si triunfo que si no, y tú irás y te quedarás con nosotros. Será de buen efecto que nos vean contigo, y será señal de que tengo respeto hacia la Iglesia.

—¿Y no puedes tú refrescar su ardor un poco? —dijo Katherine—. Hablábamos de autocomplacencia, y ahí le tienes más satisfecho de sí mismo que persona alguna. Ven, Molly; dejaremos a tu papá y a tu tío que arreglen el mundo, y tú vete a jugar con tus cuentas junto a la chimenea, en el cuarto de estar.

Horas después, cuando Tom Callaghan se había marchado a celebrar las vísperas en Doonhaven, y cuando Molly estaba acostada y las largas cortinas estaban corridas en las ventanas, Katherine estaba echada en el sofá que había sido de Bárbara, y que ahora estaba colocado cerca de la chimenea, y Henry estaba sentado en el suelo, junto a ella, llevándose a los labios la mano de Katherine.

—¿Soy realmente presuntuoso? —dijo anhelante—. ¿Te estás cansando de mí?

Ella sonrió y le pasó la mano por el pelo.

—En cuanto a la primera pregunta contesto sí; a la segunda, no. ¡Oh!, no quiero decir presuntuoso en el mal sentido, Pero cuando una persona es muy feliz, se siente propensa a hacerse menos sensitiva, menos vigilante. Y yo no quisiera que llegaras a ser demasiado mundano, demasiado preocupado de los negocios y del dinero y de los éxitos de Henry Brodrick.

—No puedo evitar el ser feliz —respondió Henry— estando casado contigo. Cada día te quiero un poco más. Y cuanto hago, cuanto logro, es por ti; ¿no lo sabes?

—Sí, cariño, lo sé; y eso me tiene muy orgullosa, pero también un poquito preocupada. Para ti soy lo primero en la vida, antes de Dios, y eso no está bien.

—Dios no es para mí tan real como para ti —dijo Henry—. A ti puedo tocarte, puedo cogerte, puedo besarte, puedo amarte. Dios es algo misterioso, intangible. Y así, en cierto modo humilde, tú ocupas el lugar de Dios.

—Sí, cariño; pero las personas desaparecen y Dios es eterno.

Se inclinó sobre el sofá y hundió su cabera en el regazo de su esposa.

—No puedo evitarlo —repitió—, no puedo evitar amarte. Lo tengo en la sangre. A mi padre le pasaba exactamente lo mismo con mi madre, y aunque apenas me acuerdo de él (no tenía más que cuatro años cuando murió), le recuerdo de pie contemplándola cuando jugaba con Johnnie y con Fanny y conmigo, y nunca olvidaré la expresión de sus ojos. Mi tía Jane era también igual. Si no hubiese muerto en un accidente, hubiera muerto de pena por culpa de un bigardo de la isla de Doon. Es inútil, Katherine; los Brodricks estamos hechos así; has de hacerte a ello.

Katherine oprimió contra ella la cabeza de su esposo y le besó en el pelo.

—Me hago a ello —dijo—; pero a la vez me asusta.

Henry, con la cabeza apoyada sobre las rodillas de ella, se quedó mirando al fuego.

—Me pregunto a menudo —dijo pensativamente— si la desesperación del pobre Johnnie no sería debida a algún asunto de amor que le salió mal. ¡Oh!, no; aquella mujer hermana de Donovan, no fue sólo un intermedio sórdido, sino algo más profundo. Pero ¿de quién diablos pudo estar enamorado? Nunca le oí hablar de ello.

Katherine no contestó. Siguió acariciándole el pelo.

—Si siquiera hubiera podido casarse y asentarse, ésa hubiera sido su salvación —continuó Henry—. Aquel final espantoso se habría podido evitar. Tal vez si tú le hubieses encontrado antes, podías haberte casado con él en lugar de casarte conmigo.

Levantó la cabeza y miró a su mujer medio sonriente, medio triste. Los ojos de Katherine estaban llenos de lágrimas y estaba contemplando fijamente el fuego.

—¡Cariño! ¿Qué es eso? —dijo—. ¿Te he hecho daño? ¿Te he entristecido? Qué bruto, egoísta y descuidado soy. He debido acordarme de que no estás bien. Y aquí he estado fatigándote con historias de familia. Mi pobre amor, tienes la cara blanca y desolada. ¿Qué he hecho?

—Nada —dijo ella—, te aseguro que no es nada. Simplemente una bobada súbita.

—Ha sido un día muy largo —dijo Henry—. Debías haber descansado esta tarde en vez de pasear por el bosque con nosotros. Ya pensé entonces que habíamos ido demasiado lejos para ti. Y luego aquí, después del té, cogiendo en brazos a Molly. Ya pesa mucho para que la cojas ahora. ¿Te pesa el otro pequeñín?

—El otro pequeñín está tranquilo.

—Voy a llevarte a la cama entonces —dijo Henry—. Anda, échame los brazos al cuello y sujétate a mí. ¿Dónde está tu libro? ¿Es ese de la ventana? A ver. Otra vez *Mr. Dickens*. ¿Qué harías sin él? Te leeré un capítulo en voz alta. Y luego tienes que cerrar los ojos y dormirte, y descansar todo lo que puedas. No te preocupes por las luces. Yo bajaré a apagarlas cuando estés tranquilamente acostada.

La condujo a lo largo del corredor hasta la habitación que había sido de Bárbara. La dejó allí y volvió al cuarto de estar a apagar las luces. Qué impropio de Katherine tener lágrimas en los ojos; ella, que nunca las dejaba salir; ella, que era tan tranquila, tan serena. Tenía que estar muy cansada. No podía haber otra explicación. No era posible que tuviese cosa alguna en la imaginación. Pero cuando la hubo leído el capítulo de la novela y la dejó a un lado, se inclinó sobre Katherine, y tomándola en sus brazos dijo buscando con sus ojos los de ella, y a tientas, sus palabras:

—Dime, amor, dime la verdad: ¿eres feliz conmigo?

El Ayuntamiento de Bronsea estaba atestado hasta la asfixia. Había individuos llegados directamente desde el muelle y vistiendo aún su ropa de trabajo, con gorras en la coronilla y pipas en la boca; hombres de las fundiciones y factorías, y también mujeres con toquillas sobre la cabeza, unos y otras charlando con la voz aguda y cantarina peculiar de Bronsea. La mayor parte de la gente trabajadora se proponía votar por el candidato oponente, *Mr. Sartor*, el liberal, y sólo habían acudido al mitin para regodearse en la libre diversión de hostigar al orador; pero había entre ellos cierto número que llevaban la roseta azul como emblema de circunstancias. Dependientes de las agencias de embarque que habían conocido personalmente a Henry Brodrick; marinos que habían llevado y traído sus barcos desde Doonhaven a Bronsea; hombres de las fundiciones que le habían visto y hablado, y salpicados en el conjunto, tenderos, pequeños comerciantes, médicos, directores de bancos y otros que consideraban distinguido votar al conservador porque eso les colocaba en una clase superior a la de los hombres y mujeres de Bronsea.

El ruido era tremendo, el ruido de lenguas, silbidos y risas, que interrumpió alguien desde la parte trasera del salón entonando un himno, y en seguida se le unió una gran cantidad de las personas presentes; la muchedumbre parloteante se mudó de modo instantáneo en una masa coral solemne y majestuosa.

Henry, ávidamente emocionado y con su insignia azul en el ojal, su levita inmaculada y perfectamente ajustada a su figura alta y vigorosa, los contemplaba impaciente con ansia de comenzar. No porque esperase gran cosa del resultado de tal reunión. Habían venido a burlarse de él más que a aplaudirle o a escuchar de buena fe. Allí estaban los miembros de su familia, que habían venido tan lealmente a prestarle apoyo. Herbert, vicario ahora de Lletharrog, y su animada y rolliza mujercita. ¿Quién, cuando eran niños, hubiera podido sospechar que Herbert, el benjamín de la familia, con su carácter bullicioso y sus burlones ojos garzos, llegaría a ser sacerdote? También estaba Edward, con permiso especial para el caso, inclinándose para hablar con Fanny y con Bill Eyre, que habían atravesado la bahía para el acontecimiento. Fanny, con la inevitable expresión contrita que él recordaba haber visto en su rostro desde siempre, y que tenía que proceder de haber sido ella la única niña entre cuatro hermanos; porque en cuanto al impecable Bill Eyre no se podía imaginar que tuviese la culpa. ¡Dios mío, qué reunión de sacerdotes!, porque, naturalmente, junto a Herbert y Bill estaba el fiel Tom Callaghan, visiblemente atento a una linda mujer que estaba a su lado y que sería alguna amiga de Fanny. Quizá Tom había, por fin, mordido el anzuelo y se ligaría con los lazos del matrimonio. La tía Elisa, llegada de Saunby, muy tiesa y poseída de sí misma, con unos impertinentes colgados del cuello, que paseaba en su derredor observando al populacho con expresión de suprema repugnancia, como si encontrase verdaderamente penosa la proximidad de la gente trabajadora de Bronsea y como si codearse con ella fuese algo

que *Miss Brodrick*, de *Brodrick House*, en *Saunby*, no estaba en modo alguno habituada a sufrir. Y, finalmente, *Fanny-Rosa*, su propia madre, que había hecho todo el viaje desde *Niza*, no, según dijo, para ver a su hijo en una plataforma hablando, sino porque no tenía nada que ponerse y necesitaba comprar ropa. París era demasiado caro, y en Francia la gente era tan codiciosa, que esperaba recibir dinero por cada palabra que se les decía, mientras que en Inglaterra la gente no se preocupaba de esas cosas; ella podía comprar y dejar la cuenta a deber durante años, y si se la mandaban, era bastante fácil afectar que la carta se había perdido en el camino.

Henry la había dejado charlar sobre todo esto cuando se reunió con ella en Londres y la llevó a *Lletharrog* a alojarse en casa de *Herbert*; pero estaba perplejo ante aquella despreocupada manera de hablar su madre de deber dinero; su madre, que, lo sabía él perfectamente, tenía una renta muy generosa, y que había sido tomada en cuenta en el testamento de su abuelo de un modo extremadamente liberal.

En cuanto a los vestidos, nunca había pensado que su madre se preocupara de lo que llevaba puesto. Su exterior era siempre una mezcla de exquisitez y desaliño; bien lo probaba su aspecto aquella tarde. Llevaba un abrigo de terciopelo realmente admirable, con un alto cuello de cebellina, puesto sobre un vestido negro casi zarrapastroso, cuya falda arrastraba por el suelo con pingajos en la punta, y todo él manchado de basura. De cintura arriba estaba magnífica. Aquél su brillante cabello estaba ahora blanco, lo estaba desde la muerte de *Johnnie*, y sus sesgados ojos verdes hacían juego con los pendientes de esmeraldas; podría haber sido una reina. Pero de cintura abajo, con aquella cola harapienta, podría haber sido una astrosa mujer del mercado de *Doonhaven*. Allí estaban todos los suyos, pensaba Henry, y la más querida de todos estaba ausente, porque, como era natural, no podía en modo alguno emprender el viaje en su estado actual, ya que el niño lo esperaba de un momento a otro. Sabía que el pensamiento de *Katherine* estaba con él; podía imaginarla con su mano en la suya y sus ojos mirándole, y oírla decir: «Mi Henry debe decir a su auditorio lo que cree, la verdad, en vez de intentar ser constantemente divertido».

Lo peor era que para Henry era mucho más fácil ser divertido que ser sincero, y si empezaba a tomar la política en serio resultaría una calamidad.

Aquí estaba el presidente tocando una campanilla en demanda de silencio, y aquí estaba él mismo de pie junto al presidente, con Dios sabe cuántos ojos hostiles clavados en él. Pero, en suma, ¿qué le importaba todo ello? No era sino un modo más de pasar una tarde.

Fue saludado con maullidos, zumbidos y silbidos, los cuales escuchó con cara sonriente y con las manos en los bolsillos; y luego, sacando un gran cronómetro, apretó el resorte y se puso a contemplar la esfera con suma atención, ante lo cual estalló un concierto de carcajadas de la multitud, que se quedó callada.

—Tengo que felicitaros —dijo Henry— por tener más largo resuello que otras multitudes con las que he tenido que enfrentarme.

Hubo otro coro de grandes carcajadas, y Henry, alzando la mano para coger una insignia roja que uno de los entusiastas liberales le había tirado a la cabeza, se la puso en el otro ojal de la levita.

—Sin duda, el impávido espectador que me ha arrojado esto conoce exactamente cuáles son las opiniones políticas de *Mr. Sartor*, el candidato liberal —dijo Henry—; si ése es el caso, el interesado me lleva gran ventaja. Tengo entendido que *Mr. Sartor* ha votado una vez en un sentido, dos en el contrario y tres de nuevo en la primera dirección. Os dijo a todos el otro día que cuando joven, él era *tory*<sup>[8]</sup>. Dijo haber mamado el *torysmo* con la leche de su madre, lo cual no deja de ofrecer interés, ya que nos informa de que fue criado en su propia casa... También os dijo que los *tories* son descendientes de los escribas y fariseos, de lo que entiendo poder deducir que, a su juicio, el partido *Tory* existía cuando los antiguos británicos arrojaban piedras a Julio César desde los acantilados de Dover. Si nuestro historiador amigo quisiera volver los ojos un poquito más atrás, me figuro que no encontraría dificultad en conectar a los *tories* con los sacerdotes idólatras de Baal; no puedo afirmarlo con certeza, pero bien pudo ser *tory* el arquitecto de la torre de Babel; pero ¿qué digo arquitecto? Es perfectamente posible que el Tentador, que en hora infortunada susurró al oído de la tan engañada como fácil de engañar nuestra desventurada madre Eva, que también aquel Tentador, digo, pudo muy bien ser *tory*. Bueno, pues en ese caso me parece que podemos dejar ya en paz a los *tories*, que han llevado ya su ración suficiente de vapuleo.

Herbert, con los brazos cruzados, se sonreía contemplando a su hermano. Cómo le trasladaba esto a su infancia y al círculo de debates de Eton, donde Henry, de pie, con las manos en los bolsillos y la cabeza un poco inclinada, exactamente como estaba ahora, disfrutaba enormemente aplastando dialécticamente a su infantil auditorio. Pero el orador no tardó en navegar por aguas más procelosas ni en ser interrumpido de cuando en cuando por voces que salían del extremo del salón.

—Me pedís que defina qué es un liberal —decía Henry—. Perfectamente, lo haré: es, el liberal con el dinero ajeno. En realidad, no existe ahora eso que se llama liberales. No hay sino constitucionales y revolucionarios.

Esto, naturalmente, produjo una tempestad, y Fanny, mirando intranquila sobre su hombro, empezó a sentir inquietud sobre lo difícil que sería llegar a la puerta si había tumulto.

—¡Gritad más fuerte, doble de fuerte: me encantará oíros! —decía Henry—. No hay nada como el entusiasmo y la diferencia de opiniones para dar sabor a la vida. ¿Pues qué? ¡Si no hubiera diferencias de opinión, todos estaríamos enamorados de la misma mujer!

Otro estampido de risas saludó esta ocurrencia, y Tom Callaghan, atusándose la barba, movió la cabeza con aire sensato y buscó la mirada de Bill Eyre. Todo aquello era muy gracioso, sin duda; pero no era el procedimiento para ganar una elección. Henry pareció haber sorprendido la mirada, porque antes de tres minutos había

atacado a fondo la gran cuestión del momento.

—Estoy convencido —dijo— de que instituciones a las que el tiempo ha hecho venerables, y que están arraigadas firmemente en los corazones y en las inteligencias del pueblo, no se pueden abandonar, no se puede prescindir de ellas. Lo que ocurre cuando así quiere hacerse es que se ignora el alcance y el daño de querer abandonarlas y desconocerlas. La Constitución británica se asienta sobre dos pilares: la Iglesia y el Estado. Los que quieren separar la Iglesia del Estado y obligarla a buscar asilo entre las sectas, destruirían la misma esencia de la Constitución. Cambiar sólo por cambiar no es bueno nunca. Cambio y decadencia van siempre juntos inevitablemente.

¡Qué gran verdad! —pensó la tía Elisa—: cambio y decadencia; la recordó a su padre en sus últimos largos y tristes años de su retiro en Lletharrog, sólo con aquella horrible ama de gobierno que se había apoderado de él. Elisa estaba segura de que la había dejado en su testamento más dinero del debido; y era monstruoso cómo había desaparecido el juego de té de plata. Debería haber sido suyo por derecho propio, como única hija superviviente. Cambio y decadencia; qué listo era Henry.

—Él mejoramiento de las clases obreras tiene que fundarse sobre la religión —dijo Henry.

Tom Callaghan dio un salto en su asiento. ¡Ah!, ésta era, sin duda, una idea de Katherine. A Henry solo no se le hubiera ocurrido nunca.

—Apoyar sobre otro cimiento, sea el que fuere, la educación, no sería provechoso; en cambio, la educación basada sobre la religión elevará a las clases inferiores hasta su debida altura en la sociedad. Ansío y espero —continuó Henry— ver una gran reviviscencia en la Iglesia antes de mucho, si el clero no confunde las formas y ceremonias de una religión objetiva con las formas internas del Cristianismo.

Herbert pestañeó rápidamente. ¿Era aquélla una insinuación maliciosa contra él? Él había atravesado en Oxford una «fase anglicana»; pero aquello había sido mucho tiempo antes. ¡Qué raro resultaba oír al bueno de Henry hablando de aquel modo solemne! ¿Pensaría en realidad lo que estaba diciendo, o sería solamente para tantear el humor del auditorio?

—Nosotros, el partido conservador, hemos emancipado a las masas —decía Henry—, y es ahora nuestro deber, es el deber de todos los hombres, extender los beneficios de la educación entre las masas emancipadas. Soy un decidido partidario de la educación obligatoria. No hay, a mi juicio, ningún hombre que tenga el derecho de criar a sus hijos como cría a sus cerdos o a sus bestias.

¡Qué divertido, pensó su madre Fanny-Rosa, ver a Henry tan serio diciendo todos aquellos desatinos! Parecía que había sido ayer cuando subía corriendo la escalera de Clonmere, en cueros y tapándose con sus manitas la parte de atrás, mientras ella corría tras él con una zapatilla que no tenía la menor intención de emplear. Una tarde, los chicos se habían quitado toda su ropa y estaban jugando sobre el césped del



castillo. Bárbara les había visto desde su habitación y se había escandalizado, y la había rogado a ella que los metiese dentro antes de que su abuelo regresara. Sin duda, Henry y sus hermanos habían sido criados como cerdos; era de tal modo más cómodo dejarles hacer lo que sé les antojara... Y de pronto Fanny-Rosa vio a Johnnie con las plumas de indio en su negro pelo, atisbándola entre los arbustos de rododendros y apuntándola con el arco y la flecha tendidos, y John diciéndola a ella con su voz grave y tranquila: «No puedo pegarle, haga lo que haga. Es nuestro, es nuestro; lo hemos hecho entre tú y yo; nos pertenece demasiado». Pero todo aquello se acabó, y ni podía ya pensarse en ello; todo estaba muerto y desaparecido, y desaparecidos y muertos ellos mismos también; ésta era la realidad, mientras ella estaba allí sentada entre aquella multitud, en aquel lugar incómodo, escuchando a Henry.

—Sabéis que yo procedo de Inglaterra —decía Henry—. Muy bien. No es ninguna desgracia ser de la tierra de Burke, de Palmerston, de Wellington; pero estoy en condiciones de decir que pertenezco a la tercera generación de mi familia adoptada por vuestros coterráneos. Mi abuelo y mi padre vivieron aquí, y aquí viví de niño, donde mi hermano vive hoy. Los huesos de mi abuelo yacen en esta comarca. Quizá yacerán en ella los míos algún día.

Y terminó; y hubo aplausos, y siseos, y canciones, y exclamaciones, y el presidente alzaba la mano reclamando silencio y proponiendo un voto de gracias, y la reunión se disolvía, y todos caminaban hacia la puerta sin haber arrojado cascaras de huevo ni tampoco aplaudido con fervor.

Toda la familia marchó a comer a Queens Arms, y Henry fue felicitado y obsequiado con palmaditas por docenas de personas a las que no conocía y por otras docenas a las que sí conocía, y todos le dijeron que podía tener por ganada la elección.

—Cómo me recuerdas a mi hermano Henry, tu tío —dijo Elisa—. Me acuerdo de haberle oído decir cosas exactamente parecidas. Y tu padre echado en una butaca, con un perrito encima y sin la menor señal de enterarse. Cómo me ha gustado que hayas recalcado la necesidad de una clase gobernante. La verdad es que las gentes que voy a ver, a veces, en Saunby son realmente horribles. En otros tiempos nadie habría pensado en visitarlos.

—Tú deberías vivir en Niza —dijo Fanny-Rosa—. Allí todo el mundo es por lo menos conde. Son tan corrientes como el agua de fregar. Me ha gustado tu discurso, Henry, aunque no sé por qué tienes necesidad de que se cierren las tabernas en domingo; eso no sirve más que para que los hombres beban más vino el sábado por la noche. ¿Habrá algo que comer en este hotel?

—Tienes que disculpar a mi madre —dijo riendo Henry a Tom Callaghan—. Vivir en Francia la ha hecho muy *gourmet*, y espera que salgan tortillas y ensaladas cada cuarto de hora. Camarero, ¿tendrá la bondad de darnos de comer lo antes posible?

—En toda mi vida no he estado rodeada por tantos sacerdotes —dijo Fanny-Rosa

—, excepto aquella vez en que el obispo de Slane fue al castillo de Andriff a pasar la noche y llevó consigo a un capellán y a un par de curas. Mi hermana Tilly y yo éramos dos arrapiezos, y nos metimos en sus habitaciones cuando estaban cenando, y tiramos por la ventana sus camisas de dormir, y sus reverencias tuvieron que dormir tales como la naturaleza les había hecho... No sé por qué es esa mirada tan escandalizada, Bill.

—Henry se parece mucho más a usted, *Mrs. Brodrick*, de lo que cualquiera imagina —dijo Tom Callaghan—. He oído a menudo que es la imagen de su tío Henry y tiene un poco de la silueta física de su abuelo; pero ya sé ahora de quién ha heredado su facilidad de palabra.

—¡Oh!, nosotros los Flowers siempre hemos tenido el don de charlar —dijo Fanny-Rosa—, y nos ayuda a salir de muchas dificultades. No, el que más se parece a mí de todos mis hijos es Herbert, y tenía tanto miedo de lo que podía llegar a ser, que buscó refugio ordenándose. En cuanto a Henry, dice bien la gente que se parece a su abuelo y a su tío. Reúne la sagacidad del uno con el encanto del otro. Qué podrá más, si encanto o sagacidad, eso queda por ver... ¿Es cochinillo asado lo que nos traen? Yo tenía verdadera pasión por el cochinillo asado antes de que naciera Edward; yo digo siempre que por eso tiene el pelo tan rizado; pero desde que Edward nació, el cochinillo, ni verlo. Dile al camarero que me traiga pescado en su lugar.

Los hermanos se guiñaron unos a otros. Su madre estaba en un buen día. «Por una vez Katherine se engañaba en sus apreciaciones», pensó Henry al alzar Fanny-Rosa su vaso y brindar por su porvenir de Ministro. Era probablemente en aquel momento más feliz de lo que había sido nunca en su vida, y Johnnie estaba olvidado por completo. Y además, ¡qué pasmoso aspecto presentaba con aquella corona de cabellos blancos y aquellos ojos verdes y las esmeraldas! Todo ello mientras no se mirase debajo de la mesa y se viera lo que allí estaba escondido. ¿Qué edad tendría ahora? Cincuenta y tres o cincuenta y cuatro años. Henry no estaba seguro. De todos modos, la reunión estaba resultando animadísima, y hasta la tía Elisa se había puesto muy sofocada y redicha y se le estaba olvidando mostrarse disconforme. Fanny había perdido su inevitable mirada de ansiedad; los dos curas estaban como dos chicos en vacaciones, y la gran risa retumbante de Tom Callaghan resonaba en la habitación. «Sólo con que Katherine hubiera estado aquí —pensó Henry—, el vaso de la felicidad hubiera estado completo...».

La votación se verificó al día siguiente, y el resultado se sabría a las siete de la tarde, anunciado desde la escalinata del Ayuntamiento. Henry pasó todo el día con tina impaciencia febril. Ahora que ya no se trataba de hacer discursos, y de granjearse votos, y de ir en coche a través de las calles de Bronsea en un coche engalanado con cintas azules, tenía una gran sensación depresiva y decepcionada. Era duro esperar durante todo el día el resultado. Se sintió incapaz de comer con el resto de la familia y se marchó a comer sólo en una taberna al extremo de la ciudad, donde esperó que nadie le reconocería. Luego anduvo por las calles de Bronsea, y observó que casi

todas las personas que encontraba llevaban en el ojal un lazo rojo, la insignia liberal, y sólo contó una docena de rosetas azules en toda la tarde. «Quizá sus partidarios habían votado temprano —se dijo a sí mismo— o quizá no eran de los que les gusta andar por las calles. ¡Qué ridículo era todo ello y qué tonto él de estar tan nervioso!». Se halló delante de la agencia consignataria de Owen Williams, la casa que manejaba en Bronsea todo su asunto del cobre y que lo había hecho también desde los tiempos de su abuelo. Subió para charlar un poco con Williams el joven, un hombre algunos años mayor que él, acerca de las perspectivas del próximo verano. Por fin, allí encontró a alguien que llevaba una roseta azul; fue un verdadero alivio para su espíritu, y Williams le aseguró que cuando había ido a votar, poco después de las diez, la calle estaba atestada de coches cuyos dueños llevaban todos el color azul.

—Será magnífico que sea una persona como usted la que represente a Bronsea —le dijo—. Me tengo prometido un regalo, que será ir al Parlamento a oírle a usted pronunciar su primer discurso.

—Pero aun no estoy en el Parlamento —dijo Henry.

—¡Bah!, deje a un lado el pesimismo —dijo el otro.

Estuvieron un rato hablando sobre las minas de Doonhaven, sobre embarques y sobre el comercio de cobre en general; y justamente cuando Henry se disponía a marcharse, *Mr. Williams* dijo, sin darle importancia e incidentalmente, que Henry era el segundo miembro de la familia que le había visitado aquel día.

—¿Sí? —dijo Henry sorprendido—. ¿Cómo es eso?

—Su madre de usted estuvo aquí esta mañana —dijo *Mr. Williams*—. Tenía muy buen aspecto, a mi juicio. Era que deseaba una prórroga del préstamo, y, naturalmente, yo le dije que no tenía el menor inconveniente.

—¿Préstamo? —repitió Henry.

—Sí. Le adelantamos quinientas libras el trimestre pasado a petición de usted, como usted recordará, y le enviamos el cheque a Francia, y luego ha pedido otra entrega de la misma cantidad. Naturalmente, la deduciremos de su cuenta de usted con nosotros a fin de año. Según ella nos dijo, esto era lo convenido con usted.

Henry se quedó perplejo. Él no había dado semejantes instrucciones ni sabía una palabra sobre préstamo alguno a su madre. Tenía que haberlo hecho ella a sus espaldas y sin derecho alguno para hacerlo... El joven Williams le miraba con curiosidad. Henry se repuso haciendo un esfuerzo.

—¡Oh, sí! —dijo—. Ahora me acuerdo. Mi madre y yo convinimos eso. Bueno, tengo que irme. Mucho gusto en haberle visto.

—Buenas tardes, *Mr. Brodrick*, y buena suerte.

Henry volvió al hotel con un torbellino en la cabeza.

«¡Dios mío! Su madre yendo a casa de Williams a mentirle, en vez de ir directamente a él y pedirle que le diese aquel dinero. No lo comprendía. ¿Para qué diablos necesitaría ese dinero y en qué diablos lo gastaría? Tenía que buscarla y preguntárselo. Era imposible reservar para sí cosa semejante. Si siquiera Katherine

estuviese allí, ella sabría bien cómo arreglar el asunto».

Fanny y Bill estaban sentados en el salón del hotel con *Miss Goodwin*, la amiga de Fanny, y con Tom Callaghan, su habitual acompañante. Herbert había salido. Si *Miss Goodwin* no hubiese estado allí, Henry podía haber pedido consejo a Bill y a Tom; pero no quería hablar de una cosa tan desagradable y tan íntima ante una extraña.

—¿Dónde está madre? —dijo con desconfianza.

—En su habitación, creo —dijo Fanny—. ¿Dónde has estado? Todos estábamos preocupados. Pareces muy cansado...

—Son los nervios —dijo Tom—. El pobre Henry ha conseguido en la vida cuanto se le ha antojado con toda facilidad, y ahora no está enteramente seguro de lo que habrá de traerle el día de hoy.

Henry no contestó. No estaba de humor para bromas. Subió al primer piso del hotel y fue pasillo adelante hasta la habitación de su madre y llamó a la puerta. Aunque sólo había ocupado la habitación tres noches, la alcoba estaba ya en una confusión indescriptible. Había zapatos desparramados por el suelo, ropa en todas las sillas, y la inevitable dispersión de horquillas, guantes, cintas de terciopelo y pañuelos sobre el tocador. Fanny-Rosa estaba sentada en la cama, sobre la que había puesto su baúl, y estaba poniendo algo debajo de un vestido doblado.

—Aquí está el héroe conquistador —dijo sonriendo cuando entró su hijo—. ¿Te duele la barriguita, monín? A tu padre le pasaba lo mismo siempre cuando tenía una carrera de galgos. Estaba que se le podía ahogar con un cabello y afectaba que no le importaba un pito si ganaba o perdía...

—No he venido a hablar sobre la elección —dijo Henry, sentándose en la cama junto a ella—. No me importa lo que ocurra, sea en uno o en otro sentido. He venido a hablar contigo.

Fanny-Rosa alzó las cejas, y, bajándose de la cama, se sentó ante el tocador y empegó a peinarse.

—He estado en la oficina de Owen Williams ahora mismo, antes de venir aquí —dijo Henry—, y me ha dicho que has estado tú allí esta mañana y que le has pedido prestadas quinientas libras, tomando para ello mi nombre, y también que le escribiste con igual petición y por la misma cantidad el trimestre pasado. Madre querida: ¿qué significa todo esto?

—¡Ay, hijito! Tienes exactamente el aspecto de un maestro de escuela —dijo su madre riendo—. Deberías ser partidario de *Mr. Gladstone* y apoyarle, en vez de hacerlo a su adversario. Sí, ese muchacho *Mr. Williams* ha sido amabilísimo. Le estoy muy agradecida.

—Pero no entiendo —dijo Henry—. No me es posible comprender por qué no me has pedido a mí dinero en vez de ir a espaldas mías y dar mi nombre, atribuyéndome haber dicho cosas que no he dicho nunca.

—Pues... que me pareció más cómodo —dijo Fanny-Rosa bostezando—. Es tan

fastidioso para ti que te molesten...

—Es mucho más molesto y fastidioso saber que estás pidiendo dinero a una casa consignataria de un modo tan anómalo —dijo su hijo—. Comprende, madre, que no es una cosa normal en absoluto. Más aún, y para no andar con rodeos, es una cosa más que incorrecta, mal hecha.

—Yo no he entendido nunca de esas cosas —dijo Fanny-Rosa despreocupadamente—. Toda clase de transacciones en dinero me parece siempre incorrectas y mal hechas. Yo no tengo cabeza para las cifras.

Henry la contemplaba mientras se pasaba el peine por su nube de cabellos blancos. Parecía carecer de pundonor. Era tan irresponsable como un niño.

—¿Es posible que encuentres difícil vivir con la renta que te dejó el abuelo? —dijo Henry con acento de incredulidad—. Tengo entendido que la vida en el Sur de Francia es muchísimo más barata que aquí.

—¡Oh, hijito!, la vida no es nunca barata en ninguna parte —dijo Fanny-Rosa—. Qué quieres; entre las comiditas, y salir y una cosa y otra, nunca me llega el dinero.

Henry pensó que adoptaba una actitud persistentemente vaga con toda intención, no quería soltar prenda.

—Tienes unas mil doscientas libras al año del abuelo —dijo Henry con firmeza—. Y la renta de tu villa, en dinero inglés, supone unas cincuenta libras al año. Pongamos que tus criados, una cocinera y una muchacha, ¿no es así?, y la comida te cuestan un centenar; en trajes y en recibir lo poco que tú puedes recibir pongamos otras cincuenta; total, solamente doscientas libras de gasto, madre; te quedan mil disponibles. ¿Qué has hecho con todo eso, que te has visto obligada a pedir prestadas otras mil libras a Owen Williams?

—Pues ya te lo he dicho; que se me va el dinero —dijo Fanny-Rosa—. No me preguntes cómo o porqué. No tengo la menor idea. Henry, hijito, deja esa cara de maestro de escuela... Si vieras qué mal te sienta... Y cuando saludes a tus electores directamente tienes que estar como es tu costumbre: sonriente y encantador. Pero, hijito, ¡qué estás sentado encima de mis pendientes! Tíramelos, ¿quieres?

Le hablaba dulcemente, mirándole con el rabillo del ojo, y Henry, encogiéndose de hombros, se levantó de la cama con los pendientes en la mano y se los puso dulcemente en las orejas.

—Tienes las manos como tu padre —dijo Fanny-Rosa—. Ahora comprendo por qué te quiere Katherine... Ojalá seáis siempre felices juntos.

Henry se quedó mirando en el espejo la cara de su madre. ¿Había una pequeña lágrima en la esquina de sus ojos mientras seguía sonriendo?

—Madre —dijo impulsivamente—, ¿por qué no dejas de vivir en el Sur de Francia y vienes aquí, a Clonmere, a vivir con nosotros? Katherine se alegraría mucho de vivir contigo, y tú sabes que eres de aquí, que aquí estarás en tu propio país.

Fanny-Rosa meneó la cabeza.

—No seas absurdo —dijo con ligereza—. Mi existencia presente se me adapta a maravilla. Todos y todo tan divertidos. Y en todo caso, es una gran equivocación para una madre vivir con su hijo. Una vez lo intenté y fue un fracaso. ¿Cuál de estos sombreros me pondré esta tarde?

—No importan nada los sombreros. Madre, ¿cambiarás de idea y vendrás a vivir con nosotros? Podrías tener tus propias habitaciones, hacer exactamente lo que se te antojara, sin que nadie interviniera ni se inmiscuyera en tus cosas.

—No, hijito.

—¿Me dirás entonces qué estás haciendo con tu dinero?

—¡Oh, Henry! No seas machacón... Mira, son las cinco y media; tenemos que ir al Ayuntamiento. Baja corriendo a decir a los demás que estén listos. Me gusta tu amigo Tom Callaghan, tan comprensivo, mucho más comprensivo que la generalidad de los curas. Tú siempre has tenido suerte con tus amigos; Johnnie no la tuvo nunca. Dame un beso, hijito gracioso y formalote. Y nada, no te preocupes por mí lo más mínimo. Te prometo que no volveré a molestar a *Mr. Owen Williams*. Esta temporada que viene me equilibraré, estoy completamente segura.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —dijo sonriendo Henry—. Hablas como un tendero, como si esperaras ganar algún dinero.

Una vivida sonrisa iluminó la cara de Fanny-Rosa, mientras se componía uno de los lados de su pelo.

—Bueno, vamos a buscar a los demás —dijo—, y no se te olvide ponerte una flor en el ojal. ¡Dios sea loado por lo guapos que son mis hijos!

«Era inútil —pensó Henry mientras la seguía por la escalera— intentar obtener nada de ella. Alzaba barreras sin cesar en torno suyo. Sonreía, le miraba a uno dulcemente y salía con cualquier observación inesperada; pero averiguar lo que había dentro de su cabeza era siempre una empresa imposible». Y Henry se preguntaba si su padre, que tanto la había amado, la había encontrado lo mismo, y si, aun cuando más cercano estuviese de ella, ella le habría esquivado igualmente.

La familia estaba esperándole abajo, en el salón, y se ordenó inmediatamente que fuesen a buscar coches para llevarles al Ayuntamiento.

Las calles estaban atestadas, y todo el mundo llevaba la misma dirección que ellos, y los caballos tenían que ir al paso para no atropellar a la gente. Henry dijo al cochero que fuese por la entrada posterior del edificio, porque subir la escalinata delantera ante la multitud reunida en la plaza era exponerse a que le conocieran inmediatamente. Aun ahora oían el zumbido de la excitación general y el murmullo de las voces, porque, según decía Fanny-Rosa, a todo el mundo le gusta el bullicio previo a una ejecución capital. Y cuando los coches doblaron la esquina en la callecita a la que da la fachada posterior del Ayuntamiento, pudieron ver filas tras filas de rostros animados mirando hacia arriba, a los balcones, riendo, lanzando exclamaciones, agitando los sombreros y los pañuelos.

—Debemos de estar llegando más tarde de lo que yo pensaba —dijo Henry

rápidamente—. Me parece que están ya dando el resultado.

Ayudó a su madre y a su hermana a bajar del coche, y, dejándolas luego al cuidado de sus hermanos, de Tom Callaghan y de su cuñado, corrió hacia arriba por la estrecha escalera posterior del Ayuntamiento, que conducía a la amplia sala de consejos del piso superior. Su corazón palpitaba y le temblaban las manos por primera vez en su vida. Entró en la estancia, que estaba llena de gente y de un gran rumor de voces excitadas. En el exterior, la multitud gritaba dando vivas hasta desgañitarse. Y allí, delante de Henry, de pie en el balcón, con el sombrero en la mano y saludando a derecha e izquierda, estaba *Mr. Sartor*, el candidato liberal. Durante un momento Henry sintió en su espíritu como una especie de golpe seco e inundó su corazón una ola rápida de amarga decepción.

«¡Oh, maldición...! —se dijo en su interior—. ¡Maldición y condenación!...».

Y luego sonrió. Echó a andar hacia adelante con la mano extendida, y *Mr. Sartor*, el nuevo diputado por Bronsea, se volvió, le vio y le hizo seña de que saliera al balcón junto a él. El liberal había ganado por una mayoría de ocho mil votos.

—Esto se ha acabado —dijo Henry a los suyos cuando los aplausos se extinguieron y la multitud se dispersó para celebrar el suceso en las tabernas—. Y bien puedo confesar ahora a mi familia que nunca, ni por un momento, pensé que triunfaría. Ha sido una experiencia y un gran entretenimiento. Volvamos ahora y hagamos una excelente comida y olvidemos todo lo demás.

—Eso es hablar como un deportista —dijo Tom Callaghan cogiéndole el brazo—. Pero a mí no me importa decir que he sufrido una decepción. Me hubiera entusiasmado haber ido a Westminster y haberte visto hablando a todos aquellos señores reunidos. Pero no importa, no debía ser por lo visto, y así te tendremos en casa en Doonhaven.

—La próxima vez tendrás más suerte, buen viejo —dijo Edward.

—¡Oh!, no habrá próxima vez —dijo Henry—. Ésta ha sido mi primera y última aventura en la política. No me importa haber hecho el tonto una vez, pero hacerlo dos sería hacerlo demasiado a menudo.

Charlaba alegre y ligeramente para encubrir su íntima sensación de derrota. «Su familia no debía pensar que le importaba, ni en realidad le importaba —insistía en decirse en su interior—. La cosa peor que hay en el mundo es no saber perder. No, se trataba simplemente de un bobo alfilerazo en su orgullo; eso era todo. Henry Brodrick hasta ahora había ido adelante en todas las cosas».

—A mí me es imposible comprender que nadie haya podido votar por ese *Mr. Sartor* —dijo Fanny-Rosa—, un hombre tan terriblemente feo y falto de atractivo. Tiene unos dientes horribles que no se me pueden olvidar. Y sin asomo, además, de buena crianza.

—A la gente de Bronsea no le importa gran cosa todo eso, *Mrs. Brodrick* —dijo Tom Callaghan—. Lo que creen es que *Mr. Sartor* sabe más acerca de ellos que Henry y por eso le han elegido.

—¡Oh! Es fácil persuadir a un hombre que vive de pan y *porridge*<sup>[9]</sup> de que es un hombre desventurado —contestó Fanny-Rosa—; pero que el decírselo le beneficie, es harina de otro costal.

—La política es un juego, ni más ni menos —dijo Henry—; y si se pierde, se retira uno a tiempo y se olvida el asunto, que es precisamente lo que yo pienso hacer.

—Lo cual demuestra que tienes un excelente sentido del equilibrio —dijo Tom—. El jugador empedernido no sabe nunca cuándo debe pararse, y sigue y continúa hasta que la cosa se convierte en una enfermedad, y ya no puede pararse aunque quiera. Es una forma de escapatoria mental, como la de la bebida, y llega a hacerse consubstancial, a introducirse en la carne. Pero no sé por qué me he puesto de pronto tan serio. Henry, viejo amigo, has perdido la elección, pero has procedido en todos sus aspectos como lo que eres, como un señor, y por mi parte estoy orgulloso de ti.

—Todos estamos orgullosos de él —dijo su madre, dándole una palmadita en el carrillo—, y, además, ¡qué guapo estabas de pie en el balcón, al lado de ese hombre tan espantoso! Estoy completamente segura de que, al verles, todo el mundo tiene que haber sentido no haber votado por el otro candidato.

Los Brodricks volvieron, pues, al hotel, sufriendo todos ellos de la depresiva decepción, pero resueltos a que no se les notara. Y cuando entraron en el salón, llegó un muchacho, que traía para Henry un telegrama en una bandeja.

—Eso es algún gracioso que te da el pésame —dijo Fanny-Rosa—. No lo abras, no hará más que molestarte.

Pero Henry había ya abierto el sobre y estaba leyendo el telegrama. Alzó los ojos brillantes de alegría y agitó el papel ante la familia.

—Al diablo la política —dijo—. ¿A quién puede importarle un pito? Tengo un hijo, y eso es lo único que importa.

Todos se agruparon en torno suyo, mirando el telegrama sobre su hombro.

El texto era breve, pero muy sabroso:

*«No sufras decepción si el resultado es desfavorable. Tu hijo ha nacido hoy y él y yo deseamos verte en casa. Es exactamente como tú y le he llamado Hal. Mi cariño y pensamientos están contigo. Katherine».*

—¿No he dicho yo siempre —dijo Henry sonriendo— que no hay otra mujer como ella en el mundo? Llama a ese camarero, Tom. Habré sido derrotado hoy en Bronsea; pero por Dios que esta noche vamos a beber champán.



### 3

Matizó aquellos días una serenidad medida. Hubo en ellos un ritmo natural, un movimiento plácido, y los acontecimientos se sucedían como las estaciones, sin que ninguna perturbación súbita rompiera la continuidad tranquila. La vida era cierta y segura, y Henry, al almorzar en una mañana de invierno, sabía que otra del invierno siguiente sería igual, que la rutina acostumbrada seguiría su curso, y así, igualmente a través de la primavera, del verano y del otoño, los meses le ofrecían lo que él deseaba: sus planes llegaban a madurez y se cumplían. El invierno y la primavera los pasaban en Clonmere; después, a fines de abril, Henry y Katherine y los niños cruzaban el canal y pasaban en Londres la temporada de la ciudad. Solía él pensar que era delicioso, después del largo, pausado y apacible invierno en Clonmere, oír de pronto otra vez el tráfico, el zumbido de Londres; darse cuenta de la existencia de millones de personas; pasear por el parque en una mañana de mayo; platicar en el camino con aquellos de sus amigos a los que encontrara, e ir luego a su club, en St. James, a leer los periódicos, a charlar otra vez y a pasar el tiempo hasta la hora de reunirse con Katherine para almorzar con amigos en Berkeley Square o en Grosvenor Street o donde quiera que fuese. Y el almuerzo sería divertido: de quince o veinte personas muy a menudo, a la mayoría de las cuales conocía, y en otro caso, siempre era agradable conocer nuevas caras. Luego, por la tarde, el esparcimiento correspondiente a la temporada y al día, fuera el que fuese: cuadros, o un concierto, o las carreras, o el Ranelagh; pero para regresar siempre, si así era posible, a casa a las cinco, porque a Katherine le gustaba estar con los niños a esa hora y se impacientaba si no era así. Además, le convenía descansar antes de salir otra vez por la noche a comer fuera. A Henry le placía la hora entre las seis y las siete, cuando, sentado en su butaca ante la ventana abierta en el cuarto de estar, ante el mirador, brillantemente pintado y adornado con flores, repasaba los acontecimientos del día. El placer de hablar por regodearse haciéndolo desmenuzando un tema hasta agotarlo. Una sensación de bienestar le envolvía, y Henry, sonriendo, subía a vestirse para comer, y entonces Katherine le llamaba al cuarto de ella, a través de la puerta abierta entre ambas habitaciones. Los amigos en cuya casa estaban invitados les darían una comida excelente, y luego habría música, y alguna personalidad importante estaría entre los invitados, y luego regresarían al hogar para acostarse hacia media noche, bien alimentados, satisfechos y con la perspectiva de que todo ello volviese a comenzar al día siguiente. Katherine se presentaba en todas aquellas ocasiones resplandeciente de belleza, y él se sentiría hondamente orgulloso cuando les anunciaran, al ver las cabezas volverse hacia ellos, cuando Katherine, delante de él, avanzara hacia sus anfitriones arrastrando la cola, que haría un suave siseo al caminar. Pensaba él que el modo que tenía Katherine de mirar, y el de moverse, y el de sostener el abanico en sus manos enguantadas, y la sonrisa, y el ángulo de la cabeza, la colocaba en una clase especial y distinta de todas las otras mujeres: no había ninguna en la habitación

que pudiese comparársele. Y tal vez alguien se le acercaría con la mano extendida: «Pero hombre, Henry, no te había vuelto a ver desde los días de Oxford». Y entonces la satisfacción de encontrarse, los saludos; y en seguida: «No conoces a mi mujer... Katherine, te presento a un buen y antiguo amigo».

Y la dueña de la casa le diría durante la comida, con su acento alegre, burlón y distinguido: «Todo el mundo dice que usted y su esposa son la mejor pareja de Londres. La gente hace cola para presenciar el paso del matrimonio Henry Brodrick cuando va a la iglesia el domingo por la mañana», y otra porción de bobadas parecidas todos los días, las cuales Henry se decía no tomar ni pizca en serio; pero con todo, era grato ser admirado y saber que él y Katherine eran así emparejados en la admiración y en el elogio.

Henry mantuvo su promesa y no volvió a jugar más con la política, pero continuó siendo un sincero conservador; y cuando estaba en las cercanías de Bronsea solía animarse a tomar parte en unos y otros banquetes, y entretenía a la concurrencia con su ágil ingenio y sus cuentos animados. En 1867 fue nombrado *Sheriff* mayor del Condado, y esto le obligó a residir más largo tiempo en Saunby, por lo que la familia se instalaba durante seis meses seguidos en Brodrick House, con tía Elisa.

Tía Elisa decía que el pequeño Hal le recordaba extraordinariamente a su abuelo, su propio hermano John. Tenía los mismos ojos suaves, la misma boca, el mismo modo dulce de acariciar a un perro o a un gato cuando no tenía gana de que la gente se fijara en él, y jugaba enteramente solo y enteramente feliz durante largas horas, como John lo había hecho cuando era un niño pequeño.

—A eso añade —dijo tía Elisa— tu reserva y comedimiento, Katherine. Así que no se abrirá gran paso en el mundo como no saque luego algo del empuje y resolución de Henry. No puedo negar que a mí me gusta que un chico tenga arranque y viveza.

—Hal tendrá arranque suficiente si se le encamina bien —dijo sonriendo Katherine—. Necesita estímulo y paciencia y alguien que fortifique su confianza en sí mismo. Hablar y andar fueron para él un esfuerzo, y en cambio para Molly, ninguno en absoluto. Ella se lanzará alegremente a través de la vida, sin ninguna dificultad. Hal es exactamente lo contrario: necesitará alguien que le lleve de la mano.

Y la tía Elisa había hecho sonar una especie de tosecilla y había dejado caer los impertinentes.

—Mi padre no hubiera hecho caso de todas esas distinciones —dijo—. Nadie nos cogió de la mano cuando éramos niños, y yo me jacto siempre de que uno de los motivos por los que he vivido más que todos mis hermanos y hermanas es porque yo estaba llena de sentido común y era práctica. Mi hermana menor, la tía Jane de Henry, era sumamente sentimental y débil, y a John yo siempre solía decirle que carecía de fibra. Hay en los Brodricks una tendencia a la debilidad y deberías vigilar ese aspecto, Katherine.

¡Qué grato resultaba embarcarse y cruzar hasta Slane y luego volver a casa en

Doonhaven por la carretera, a través de Mundy y Andriff, y encontrarse en su hogar en Clonmere! Henry, cuando se despertaba el primer día, se preguntaba siempre por qué se había molestado en irse a otra parte. Se asomaba a la ventana de su alcoba, miraba la ensenada, y la familiar perspectiva del paisaje le producía placentera satisfacción.

Almorzar en el comedor y luego ir a la biblioteca y recibir a sus servidores. El viejo Tim, cuyas articulaciones iban poniéndose rebeldes, pero que enrojecía de indignación si por un momento siquiera se indicaba que se le podría conceder un honroso retiro; y Sullivan, el jardinero jefe, sobrino del viejo Baird, ya en la tumba; y Phillips, el guarda; y Mahoney, la lechera, rostros todos que él había visto en aquellos lugares desde la infancia. Si quedaba tiempo antes de almorzar, un paseo por los prados subiendo hacia el bosque, recorriendo la granja y luego el parque, y a casa por el sendero que bordeaba el mar. Por la tarde, a las minas, a ver si todo marchaba satisfactoriamente. Al pasar por Heath Mount, camino de casa, entraría en la del buen viejo Tom y le rogaría que fuesen él y Harriet a comer a Clonmere, para oír y comentar los chismorreos en curso. Había sido una gran cosa haberse presentado diputado por Bronsea, aunque hubiera sido derrotado, porque gracias a ello se habían conocido Tom y la que fue su esposa, la linda amiga de Fanny, y ahora tenían una niña, Jinny, que venía a Clonmere a jugar con los niños. Luego a casa, a tomar el té, mientras en el cuarto de estar brillaba chisporroteante el fuego, y después bajaban los niños y se sentaban sobre las rodillas de Katherine. Molly, con su pelo negro flotante, era habitualmente la más resuelta y la que siempre opinaba sobre lo que ambos debían hacer y sobre el libro que deberían leer, en tanto que Hal solía pedir música, conservando un aspecto solemne, como una lechuza, hasta que en obsequio de Kitty, la segunda niña de la casa y la última que a ella había llegado, Katherine empezaba a tocar una de las viejas jigas, animada y alegre, y los tres niños se ponían a bailar hasta caer rendidos, y Hal, abandonando su timidez, resultaba entonces el más animado de todos. Luego Katherine cerraría el piano y volvería a su butaca y se pondría a leer a los niños muy despacio, muy cuidadosamente y con abundantes explicaciones.

—Aquí lo malo es —la dijo un día Henry— que te agotas con esos niños. No te dejan ni un momento en paz.

—Los niños no me cansan nunca —dijo ella—. Te aseguro que no. Si me cansaran los mandarían a su cuarto.

—No te creo —dijo él un poco malhumorado—. Tienes un sentido del deber tan rígido, que si Hal tiene una indisposición imaginaria y tú un dolor de cabeza insoportable, te sentarías a su lado el día entero sin preocuparte un momento de ti misma. Y luego cuando por la noche yo deseo que me hagas caso, estás tan cansada que no puedes ni hablarme.

—Cariño, ¿no eres en este momento, y por una vez, injusto? ¿Es que he estado alguna vez demasiado cansada para mi Henry?

Él la miró con una expresión de chico enfadado, y luego desapareció el

fruncimiento y otra vez fue como siempre, e inclinándose sonrió y la besó la mano.

—Perdóname —dijo—. Te adoro demasiado.

Y salió de la habitación, avergonzado de sus palabras, y se fue a tratar con el guarda sobre la cacería del sábado siguiente; pero le obsesionaban, royéndole la mente, las palabras que el viejo tío Willie Armstrong le había dicho la semana anterior: «Espero que esa vivaracha chiquitina Kitty complete tu familia; si Katherine tiene otro niño no respondería yo de las consecuencias».

Había que olvidarlo, sin embargo. Había que olvidar siempre las cosas desagradables de la vida, los contratiempos, los fastidios, los alfilerazos. ¿No era ésa una de las máximas de su madre? Solía recibir de ella de cuando en cuando cartas deshilvanadas, a retazos, sin contenido alguno; y las pocas veces que había ido a hacerles una visita, era siempre para pedirle dinero prestado... Ya no le preguntaba Henry por qué lo necesitaba; se limitaba a escribir un cheque y a entregárselo sin decir palabra. Era desagradable; era una cosa que tenía que arrinconar en un escondrijo de su mente. Era el único secreto que tenía con Katherine. Le atemorizaba que aquella despreocupación de su madre llegara a ser conocida por la gente, por el resto de la familia, por sus amigos, y que resultase de ello, de un modo o de otro, un escándalo, como había sucedido con Johnnie.

Entretanto, estaban a la vista grandes festejos. El 3 de marzo de 1870, las minas de cobre cumplirían cincuenta años, y Henry estaba resuelto a celebrar el aniversario con pompa. Habría una comida en las minas y se sentarían a la mesa todos los mineros que en ellas trabajaban y sus familias, así como los marineros de los barcos que llevaban el cobre hasta Bronsea. Habría brindis, se pronunciarían discursos y todos los atavíos e insignias en que Henry se complacía. Luego, a la noche siguiente, otra comida en Clonmere para el condado, para todos aquellos que habían tenido relación de una u otra manera con el primitivo convenio de las minas. Los Lumleys de Duncroom, los Flowers de Andriff, todos, naturalmente, primos, y a quienes conocía muy bien, y algunos otros vecinos que en el curso de los cincuenta años habían obtenido beneficio de las minas de Monte Bravo. Bill Eyre y Fanny traerían a su hijo y a su hija desde su rectoría del Norte, y Herbert y su esposa e hijos cruzarían la bahía desde Lletharrog. Edward, de regreso del extranjero, se uniría también a ellos, y posiblemente tía Elisa, si se la podía convencer de que afrontase cruzar la bahía durante el más tempestuoso período del año. Naturalmente, Tom y su esposa tendrían un puesto de honor, así como el viejo tío Willie, que había traído a Henry al mundo. Molly y Hal y Kitty se sentarían con ellos a la mesa con motivo de la solemnidad, y comerían con ellos. Henry rebosaba planes, que se sucedían los unos a los otros con rapidez de relámpago, hasta que Katherine, riéndose, le dijo que la estaba aturdiendo y que en todo caso no tenía la menor idea de dónde iba a meter a toda aquella gente. Como no fuera que los niños de Herbert durmiesen en el embarcadero, y Edward y su novia en un desván... Henry la atajó con un ademán y una expresión despreocupada.

—Tom podrá alojar a algunos de ellos, y tío Willie a uno o dos; nos arreglaremos perfectamente. Pero dentro de un año —añadió— tendremos sitio para doble cantidad de gente.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

Pero él sacudió la cabeza; no se dejaría sonsacar, y ella se preguntó qué nuevo proyecto tendría entre manos y absorbería su dinámico espíritu.

El 1 de marzo llegó serenamente, con un suave viento oeste que soplaba de la bahía de Mundy, rizando la superficie de la caleta. Los azafranes oro y púrpura estallaban en flores en la orilla debajo del castillo. Estaba el cielo despejado, y sobre Monte Bravo brillaba el sol, hermoso y fuerte. Uno a uno, durante el día, los Brodricks vinieron a Clonmere: Herbert, de Lletharrog, con Cathie su mujer y sus dos hijos mayores, Robert y Bertie; Edward, con su esposa Winifred, y más entrada la tarde Fanny Eyre, su marido Bill y sus hijos William y Mary. La tía Elisa llegó con el grupo de Lletharrog, y, a pesar de sus setenta y dos años, soportó el viaje mejor que ninguno de ellos. Qué agradable era, pensó Henry, tener a toda la familia reunida en su casa, el hermano dando la mano al hermano, la cuñada saludando a la cuñada, jóvenes primos atisbando a sus congéneres con cautela y mirándose unos a otros con el rabillo del ojo.

Todo el mundo se sentó en torno a un enorme servicio de té en el comedor, con la tía Elisa sentada muy complacida en el sitio de honor.

—¡Cuántas veces me he sentado a esta mesa —les dijo—, con tu abuelo dónde estás tú, Henry, y Bárbara aquí! John, tu padre, siempre llegaba tarde a comer, lo que molestaba a tu abuelo como no podéis imaginar. También a mí me molesta la gente que no llega a tiempo; pues es una falta de educación. Bárbara nunca le decía nada, lo que era, por su parte, una debilidad, y desde luego tu tía Jane no podía soportar que se le riñera. ¡Pobre Jane!; si viviese, hubiese cumplido los sesenta este año.

Hal, harto consciente de la magnificencia de su nueva chaquetilla de colegial y duro cuello vuelto, a los que había sido ascendido en honor de la ocasión y de sus próximos diez años, miró al retrato de su tía-abuela, sobre la chimenea, alegrándose de que hubiese permanecido joven y guapa, en lugar de envejecer como la tía Elisa, que solía salir de su cuarto en Saunby y reñirle si hacía demasiado ruido en las escaleras. Aun la tía Jane, guapa como era, no podía compararse con mamá, cuyo retrato también estaba colgado en el comedor, y Hal, mirando del retrato al original, encontró la mirada de su madre y sonrió. Al cruzarse sus miradas, Hal sintió una extraña felicidad de que su madre le hubiera sorprendido mirándola, como si fuese un secreto por ambos compartido esta atención dedicada a la madre por el hijo. Alguien le dio una patada por debajo de la mesa. Era Molly, que le miraba ceñuda. «¡Despierta!», le dijo mudamente, formando las palabras con los labios, y Hal se dio cuenta con sobresalto de que no había prestado ninguna atención al primo de su derecha, Robert, de Lletharrog, que le preguntaba, con toda la superioridad de sus trece años, qué clase de peces se pescaban en la caleta. Se lo dijo con gran cortesía, y

añadió:

—¿Te gustaría salir conmigo en bote mañana, si nos deja mi padre?

—¡Bah! Pescar en el mar —dijo Robert con desprecio—; eso es un aburrimiento después de pescar truchas, como hacemos en casa.

—Hay truchas en el lago de Monte Bravo —dijo Hal con rapidez—. Dicen que las hadas las ponen allí, y que de noche se convierten en enanos que trabajan en las minas.

Robert, el de los trece años, se quedó mirando a su primo y después volvió la cabeza. Las palabras de éste le convencieron de que su primo no tenía fibra. ¡Qué azorante! Y empezó a hablar de *cricket* con el impassible William Eyre.

El tiempo se mantuvo bueno durante las fiestas, y las gentes de Doonhaven salieron a las puertas de sus casas para ver los coches pasar por el pueblo hacia las minas. La carretera se llenó de gente joven y curiosa, excitada por la idea de que los «señores» fueran a sentarse a cenar al lado de los mineros. La luna llena brillaba sobre Monte Bravo, y cuando los coches doblaron la revuelta y vinieron a pararse delante de los cobertizos de desecación, que, barridos, limpios de estorbo, con tres inmensas mesas en el centro, habían sido convertidos en sala de banquetes para la ocasión, la iluminación era tan brillante casi como si hubiera sido de día. A lo largo de los muros, y muy próximos entre sí, habían colocado candelabros con velas, y largos bancos de escuela prestados para la ocasión eran los asientos de los comensales. En el extremo más lejano del cobertizo, pomposos e importantes, estaban los camareros de la casa de Slane, que habían traído las viandas y habían de servir a los comensales. Los mineros y sus familias estaban todos sentados cuando llegaron los Brodricks, y cuando Henry y Katherine entraron, el gerente, *Mr. Griffiths*, inició tres vivas por el dueño y un aplauso general, que fue completamente inesperado para Henry, quien quedó de pie sonriente a la entrada del cobertizo, con Katherine a su lado.

—He de daros gracias por esta bienvenida, cuando hayamos cenado —dijo así que cesaron los aplausos—. Mientras tanto, vamos con el negocio más importante de esta noche, pues espero que ustedes todos tengan tanta hambre como yo.

Sopa y cordero asado y vaca, y luego tarta de manzana, regados con cerveza pronto pusieron a todo el mundo de buen humor. El murmullo de las voces, bajo y precavido al empezar, fue alzándose hasta convertirse en estruendo, y Henry, haciendo un guiño al gerente, que se sentaba a su derecha, observó que el camino más corto para llegar al corazón de una persona pasa por el estómago de la misma. Su discurso, cuando llegó la hora, fue corto, pues nadie, les dijo, está para oír peroratas después de las nueve de la noche, y como el día siguiente sería fiesta completa para todos, en honor de la ocasión, mientras más pronto se fuesen a su casa para disfrutarlo, mejor. Después anunció un aumento de jornal para todos los mineros, a partir de ese día, que fue recibido con alaridos de aprobación, y sólo hubo una nota discordante de algún sujeto que desde un extremo del cobertizo gritó: «¡Ya era

hora!»). Henry, con reminiscencias de Bronsea y del turbión que allí hubo de soportar, permaneció perfectamente sereno. —Puedo decir— añadió —que, atento, por mi parte, al cuidado de mis propios intereses, no tuve yo la idea de esa mejora. Quien la tuvo fue *Mrs. Brodrick*. Es a ella a quien deben darle las gracias.

Más aplausos para Katherine, quien sonrió, se sonrojó ligeramente y no dijo nada.

—Hace hoy cincuenta años —continuó Henry—, mi abuelo John Brodrick firmó con *Mr. Robert Lumley*, de Duncroom, un convenio según el cual había de comenar a explotarse en Monte Bravo una mina. Los primeros que en ella trabajaron eran en su mayoría de Cornwall. Algunos de ellos están hoy entre nosotros pensionados, y sus hijos han continuado su trabajo, y aquí están establecidos. El resto de ustedes, si no todos de Doonhaven y de los alrededores, son de esta región, y saben que nuestras montañas de granito no se rinden fácilmente al pico y la pala, como los riscos de yeso de otras tierras más fáciles. Desde el principio, mi abuelo tuvo que importar pólvora para realizar el trabajo y sacar el cobre de Monte Bravo volándolo, y aunque hoy la maquinaria y los explosivos se han modernizado, todavía tenemos que luchar con el mismo testarudo granito de entonces. Todavía hemos de sufrir el viento huracanado de Poniente, que impide el embarque de los cargamentos para Bronsea en invierno, y quizá lo más importante de todo, todavía tenemos que luchar con esa cosa extraña e inquieta que se llama el mercado del cobre, cuyas alzas y bajas ustedes no comprenden, y con frecuencia yo tampoco, y que tienen su origen en el mayor o menor número de yacimientos descubiertos en otros países. Las minas de cobre de Monte Bravo han tenido sus dificultades, como todas las empresas mineras. Mi abuelo tuvo que luchar con motines e inundaciones, y muchas otras vicisitudes, en su tiempo, que, con satisfacción lo digo, no me han tocado a mí. Las dificultades hoy son muy diferentes. La ley de la oferta y la demanda, la falta de mano de obra, la vida más favorable, en el papel si no en la realidad, que a muchos de ustedes se ofrece en América, y el hecho de que mientras más profundizamos en busca de nuestro cobre peor dispuestos están los huesos de granito de Monte Bravo para entregárnoslo. Un día, quizá no muy distante, daremos el último golpe y nos enteraremos de que el cobre de calidad ha sido sacado a la superficie y que lo que queda no compensa ya el coste de la explotación. Hasta ese día, amigos míos, les deseo buena suerte, bienandanzas, con todas las gracias de mi corazón por su lealtad, su energía y su aliento.

Y con estas palabras Henry se sentó, preguntándose, al sonar en sus oídos el aplauso, si su abuelo hubiese pronunciado un discurso semejante, o si, al estilo de cincuenta años antes, hubiese tenido a sus oyentes escuchando durante una hora entera y encolerizándose si daban signos de impacientarse. Griffiths, el gerente, contestó en nombre de los mineros y después hubo cánticos y charlas, y más cánticos; y, finalmente, hacia las once, cuando la atmósfera se estaba poniendo densa y nebulosa por el humo y la concurrencia estrepitosa y demasiado llena de cerveza, Henry y Katherine y el resto de la familia se escabulleron y pidieron los coches,

sintiendo el contento de quien ha realizado una buena tarea.

—Bueno —declaró tía Elisa—. Espero que esos hombres estén agradecidos por todo lo que Henry ha hecho por ellos. Pero todos son iguales: todas las muestras de bondad las consideran obligadas y debidas, y lo mismo era en tiempo de mi padre. A mí, personalmente, me parece que todas estas mejoras sólo les hacen perezosos. Ahora tienen esas máquinas tremendas para sacar el material a la superficie; pero yo recuerdo cuando cada onza de cobre venía a la superficie en un cubo.

—Debías haber sido director —dijo riendo Henry—; dura como un clavo, y ni un céntimo extra a los mineros. ¿Es verdad que mi abuelo solía azotarlos en los primeros tiempos?

—No les hubiera sentado mal si lo hubiera hecho —respondió ella—; y sé que sofocó el motín que tuvieron en 1825 haciendo volar a varios de ellos con pólvora, y estuvo muy bien. Con eso se acabaron los motines.

—Pero no faltaría rencor —dijo Katherine.

—¡Tonterías! Aprendieron la lección. Mi padre solía decir siempre que si ante esta gente se mostraba debilidad como uno, no tardaban en corresponder con traición como cuatro.

—Tiene que haber un término medio entre volar a la gente por los aires y la sensiblería —dijo Katherine—. Lo que, a falta de mejor palabra, llamaré comprensión.

—No lo creas —dijo Henry—. La gente no quiere ser comprendida, echaría a perder su sentido de la injusticia. Se gozan en sus entuertos. Mi abuelo estaba perfectamente en lo cierto; ¿crees que voy a sacar más rendimiento de mis mineros de Doonhaven ahora que he subido sus jornales? Nada de eso. ¡Ah! *Mr.* Brodrick se ha vuelto condescendiente, dirán; nos tomaremos otra media hora para la comida y nos fumaremos otra pipa.

—¿Les has subido los jornales para obtener más de ellos? —preguntó Katherine—. Creía que lo habías hecho porque convinimos en que eran muy bajos y que sus familias lo pasaban mal.

Henry puso una cara de arrepentimiento, y buscó su mano.

—Desde luego que sí —dijo—; pero conoces el proverbio sobre el matar dos pájaros de un tiro... Pero ¿qué demonios hace Tim?

El coche dio una sacudida de repente, arrojando a Henry contra su mujer. Hubo un tirón, se oyó resbalar los cascos de los caballos y luego quedó inmóvil el coche. Tim hostigaba a los animales en vano. Henry abrió la portezuela y bajó a la carretera.

—No fue culpa mía, señor —dijo Tim, quien bajaba en aquel momento del pescante, pálido como un muerto—. Iba andando por el centro del camino, y antes de que yo pudiese hacer nada, ya estaba debajo de las patas de los caballos. Debía de estar borracho desde luego.

Se adelantó para sujetar los caballos, mientras Henry se inclinaba sobre la figura postrada del hombre que había caído ante el coche. El segundo coche se había parado



detrás de ellos, y Tom y Herbert, comprendiendo que había ocurrido un accidente, vinieron corriendo para ayudarlo.

—¿Qué ha pasado? ¿Hay alguien herido? —preguntó Tom.

—Un idiota que salió del seto y se metió debajo de los caballos —dijo Henry—. No es culpa de Tim de ningún modo. Es una suerte que no estemos todos en la cuneta. Baja el farol del coche, Herbert, y veamos qué le ha pasado.

Juntos él y Tom Callaghan sacaron a rastras al infortunado de debajo del coche y le tendieron de espaldas en la carretera.

—Temo que se haya roto el espinazo —dijo Tom tranquilamente—. Déjame aflojarle el cuello y volverle la cabeza a la luz. Henry, creo que mejor es que Katherine y tu tía pasen al otro coche y se vayan a casa a Clonmere. Ésta no es escena para sus ojos. Herbert, ¿quieres encargarte de ellas?

—¿Qué es? ¿Quién es? —dijo Katherine descendiendo del coche—. ¡Pobrecillo! Déjame ayudar, Henry, por favor.

—No, mujer, es mejor que te vayas a casa. Haz lo que te digo —dijo Henry.

Katherine dudó un momento, tomó después el brazo de tía Elisa y se volvió al otro coche.

—Sigue —dijo Henry, dirigiéndose al cochero—; nosotros continuaremos en seguida.

Edward se les había unido ahora y también Bill Eyre.

—¡Qué mala suerte! —dijo Edward—. ¿Está muerto?

—Temo que sí —dijo Tom—; la rueda parece haberle pasado por encima de la cabeza... Mejor será que le subamos al coche y le llevemos directamente a la enfermería y despertemos al médico. Al joven, no a Armstrong. No es que se pueda hacer nada... No conozco a este hombre; no es de por aquí. Debe de tener unos cuarenta y cinco años, diría yo; pelo rojizo volviéndose gris. Acerca más la luz.

Una vez más miraron la cara del muerto. Estaba horriblemente machacada y desfigurada; pero aun así había algo en el pelo y los azules ojos abiertos, que hizo a Henry reconocerle y despertó un río de recuerdos.

—¡Dios mío! —dijo en voz baja—. Es Jack Donovan.

Los hermanos se miraron los unos a los otros, y el viejo Tim, acercándose a ellos, se inclinó a su vez y examinó al muerto.

—Tiene usted razón, señor —dijo—, es él, bien seguro. Ya oí hace poco que había vuelto de América. Venir desde allí para emborracharse y meterse bajo las patas de mis caballos...

—¿Es este hombre de quien me hablaste una vez? —preguntó Tom suavemente.

—Si —dijo Henry—. Qué cosa más desagradable. ¿Por qué demonios habrá vuelto?

—Déjate de averiguaciones —dijo Tom—; tenemos que llevarle al pueblo. ¿Quién es su pariente más próximo? ¿No tiene una tía, *Mrs. Kelly*? Y supongo que ese viejo bellaco de Denny Donovan, que tenía una taberna, es su tío.

—Sí, señor —dijo Tim—. Denny es su tío, pero está borracho siempre; de nada sirve despertarle. El hijo de Denny Donovan, Pat, tiene una casita de campo por aquí cerca. Allí estaría parando Jack.

—Bueno, bueno —dijo Tom Callaghan—; tiempo tendremos mañana para todo eso. Vamos a llevar a este pobrecillo a la enfermería.

¡Qué final más lamentable de la velada!, pensó Henry, mientras el coche, con su triste carga, bajaba ruidoso la cuesta hacia Doonhaven. ¿Qué hado irónico había elegido a Jack Donovan para hacerle morir bajo las ruedas de su coche apenas vuelto de América? ¿Por qué no pudo morir atropellado por cualquier otro coche? Henry no sentía lástima alguna del muerto. Era éste, en su opinión, un ser indeseable, y el mundo saldría ganando con su desaparición. Lamentaba, no obstante, que un hombre, fuera quien fuera, hubiese encontrado la muerte bajo las ruedas de su coche, y sobre todo en aquella precisa noche. Nadie tuvo la culpa del accidente, sino la víctima; pero no se trataba de eso. Lo ocurrido en sí era lo que le preocupaba, despertando en él memorias de desgracias pasadas que hubiese preferido olvidar.

Volvieron los hermanos a Clonmere pasada la media noche. El cadáver de Jack Donovan fue llevado a la enfermería y llamado el médico. Según éste, la muerte debió de ser instantánea, y nadie, desde luego, podría culpar a Tim, ya que era evidente que el difunto estaba bebido. El doctor prometió ir él mismo por la mañana y dar la noticia a Pat, el sobrino de Jack Donovan, y Tom Callaghan también anunció su intención de hacer lo mismo.

—No tienes por qué preocuparte —le dijo a Henry—. Soy el párroco de este lugar, y estoy acostumbrado a esta clase de cosas, aun cuando los Donovans no pertenezcan a mi iglesia. Esta noche tienes invitados, y tu deber es ocuparte en atenderles.

Estaba el castillo callado y silencioso a la luz de la luna. Sólo la rendija de luz que vio en la ventana de su cuarto, dijo a Henry que Katherine estaba despierta y esperándole. El accidente la habría consternado, se dijo. «¡Maldito Jack Donovan!», pensó con mal humor, sin piedad para la muerte. Sus hermanos se marcharon a la cama; pero Henry permaneció abajo, preguntándose si debería inventar alguna historia para Katherine o no. Sería inútil, pues jamás la había podido mentir. Estuvo un rato junto a la puerta principal contemplando a Monte Bravo allende la caleta. Estaba a la sazón envuelto en sombras, mientras la luna brillaba sobre la isla de Doon, con claridad fantasmal y helada. Hacía años, su abuelo estuvo probablemente de pie allí mismo, oteando el futuro, con el contrato de las minas en el bolsillo, y cincuenta años más tarde, ¿qué? Su propio nieto, acaso un hijo de Hal, miraría a Clonmere y a la cabeza y el rostro rugoso e impasible de Monte Bravo. Entró en la casa y subió las escaleras calladamente hasta el cuarto de Katherine. Estaba ésta sentada en la cama, esperándole, con su largo cabello negro en dos trenzas como una niña. Estaba pálida y desasosegada.

—Estoy segura de que le matamos —dijo en seguida—. Lo sentí en cuanto me

dijiste que me viniese a casa.

—Sí —dijo él—, está muerto.

Le dijo un poco más sobre ello; cómo habían ido a la enfermería y levantado al doctor, y después, cuando ella preguntó el nombre del hombre, dudó, presintiendo que cuando conociese la identidad del atropellado aumentaría su preocupación, como le había ocurrido a él mismo.

—Era Jack Donovan —dijo, al fin—. Parece que acababa de volver de América.

Apenas dijo ella nada. Fue él a desnudarse. Cuando volvió había apagado Katherine las velas y estaba ya acostada, a oscuras.

La estrechó contra sí, y cuando besó sus ojos los halló humedecidos por las lágrimas.

—No pienses más en eso —dijo—. Ha sido un accidente lamentable por todos conceptos; pero el doctor dice que la muerte fue instantánea. Ese hombre no tenía remedio, y de haberse establecido en la comarca no habría causado más que quebraderos de cabeza. Anda, te lo pido yo, no pienses más en eso.

—No es eso —dijo ella—, no lloro por Jack Donovan.

—Entonces, ¿qué es?

Calló ella unos instantes, y luego, abrazándole, le dijo:

—Lloraba ahora porque me acordé de Johnnie, y lo desgraciado que era. Debía haber hecho por él más de lo que hice.

—Eso es absurdo —dijo Henry—. ¿Qué más podrías haber hecho?

Fue Jack Donovan, desde luego, quien había resucitado la antigua tragedia. Johnnie había muerto hacía casi doce años, y Katherine jamás había hablado de él. Pero ahora el malhadado recuerdo, avivado inesperadamente, había hecho brotar las lágrimas en sus ojos. Sintió Henry, por vez primera en su vida, una punzada de celos. Que Katherine, su adorada esposa, tan serena siempre, tan paciente y reservada, llorase como una chiquilla por la muerte de su hermano, después de tantos años, le causaba un desasosiego molesto y difícil de analizar.

—Es ese maldito accidente —dijo— que te ha impresionado. Daría cualquier cosa por haberlo podido evitar... Katherine, tú me quieres, ¿verdad? Más que a nadie, más que a los niños, más que a Hal, ¿no?

El banquete en las minas, la alegría y el palmoteo, los festejos del día y el repentino horror del accidente camino de casa, todo quedó borrado por los repentinos celos, pues sintió Henry que si llegaba a dudar de Katherine todo desaparecería para él, y la vida perdería su significado, quedando él sin fe ni esperanza en nada.

—¿Me quieres? —dijo—. Di, ¿no me quieres?

Henry decidió no tomar aquel año una casa en Londres para la «temporada», pues los dos médicos, el recién llegado y el viejo Willie, estuvieron de acuerdo en juzgar que el esfuerzo sería demasiado para Katherine. Además, Henry quería vigilar las obras en el castillo. Porque su secreto, anunciado a la familia durante los festejos de marzo, era simplemente ése: que había encargado a un arquitecto conocido los planos de un ala nueva para el castillo.

—No comprendo cómo mi padre y todas mis tías no se ahogaban en las habitaciones —dijo—. Tía Elisa me decía que en tiempos del abuelo nunca pudieron invitar a nadie a casa, por falta de sitio.

Sonrió a su esposa desenrollando el plano que el arquitecto le había entregado, tan contento como un niño con un juguete nuevo.

—No me negarás que esta nueva ala donde dormiremos nosotros y los invitados es impresionante.

Katherine cogió el plano sonriendo.

—Es un palacio —dijo—. ¿Qué vamos a hacer con todas esas habitaciones?

—¿Te parece bien la idea de este gran salón de entrada? —dijo con entusiasmo—. Siempre me ha dado un poco de vergüenza del vestíbulo actual, que no es casi más que un pasillo, cuando he estado en Andriff u otros sitios. ¿Qué me dices de esta escalera? Magnífica, ¿no? Desde luego compraré algunos cuadros realmente buenos para la galería. Iremos a Florencia y Roma el próximo verano, y nos meteremos en gastos. Ahora, esto es lo que más te gustará. Mira, tu gabinete, entre nuestro dormitorio y esta alcoba suplementaria. Y el balconcillo que sale ahí sobre la gran puerta de entrada. Éste es mi cuarto de vestirme, que da frente al bosque. Pero, dime, ¿te gusta tu gabinete? Ha sido idea completamente mía.

Katherine levantó la mano y le tocó la mejilla.

—Claro que me gusta —dijo—. Siempre he tenido ganas de un cuartito para mí sola, donde pudiera escribir mis cartas sin que me molesten.

—Y tendrá unas vistas magníficas —dijo él, exaltándose cada vez más—, la mejor vista del castillo, con la caleta toda y Monte Bravo al fondo. El día que no te encuentres bien te podrán llevar el desayuno a tu gabinete, y sólo tendrás que dar unos pasos desde tu habitación. Estas habitaciones nuevas tendrán sol durante todo el día. Ahora no tenemos sol en invierno más que por la mañana. No me extrañaría que por eso estés tan pálida.

Volvió a enrollar el papel y extendió otro plano, más técnico, mostrando la construcción del nuevo tejado y las chimeneas.

—Esto no te interesará tanto —dijo—; pero me gusta cómo ha resuelto estos torreones y torrecillas. Me recuerda algunos de los castillos del Loira.

Katherine le observaba desde el sofá. ¡Qué vehemente e impulsivo era! Mientras durasen las obras no pensaría en otra cosa. El saber que así ocurriría, era el único

motivo que hacía alegrarse a Katherine de todos aquellos cambios, pues quería decir que no tendría tiempo para preocuparse de ella...

—¿Y cuánto tardará en terminarse todo esto? —preguntó.

—Algo menos de un año. Naturalmente, eso quiere decir que estaremos todo ese tiempo teniendo que aguantar a los albañiles. No te importará, ¿verdad? ¿O prefieres irte a pasar el verano con tía Elisa, en Lletharrog? Eso no les puede parecer mal a los médicos.

—No —dijo Katherine—, no; no quiero irme a Clonmere otra vez.

Luego entraron los niños y los planos salieron a relucir una vez más.

—Va a ser un verdadero castillo de cuento de hadas —dijo Molly con el mismo entusiasmo que su padre—. Mira, Kitty, ya no tendremos que dormir en el mismo cuarto. El cuarto que es ahora de mamá, será nuestro cuarto de estudio. Y *Miss Frost* va a dormir donde papá tiene ahora su ropa.

Esto les parecía muy divertido y prorrumpieron en carcajadas.

—¿Cuál es mi cuarto? —preguntó Hal—. ¿Por qué no me dais el cuarto de la torre?

—Pensaba poner allí uno de los criados —dijo Henry—; pero si te gusta, no hay inconveniente. Me parece que allí dormía mi padre de muchacho.

—Me gusta —dijo Hal—; es la habitación más simpática de la casa. Allí podré pintar. ¿Pero para qué vamos a conservar un cuarto para niños? Ahora que Kitty da lecciones con *Miss Frost*, podría comer con nosotros en el cuarto de estudio.

Henry miró a Katherine. Estaba ésta inclinada sobre la costura.

—A lo mejor aun podréis tener un hermanito o una hermanita —dijo ella.

—¡Ah! —exclamó Hal.

No le interesaba la posibilidad. En cualquier caso, en cuanto cumpliera los diez años se emanciparía de la tutela de las niñeras. Ya era demasiado hombre para tener un cuarto de niños. Se inclinó sobre los planos, apoyada la barbilla en las manos. Sí, la habitación de la torre le vendría muy bien. Lo que tenía que hacer era encontrar una llave y encerrarse por dentro para que no viniese *Miss Frost* a molestarle. Pintaría cuadros, cuadros de veras, cuadros de gran tamaño, que luego colgaría de la pared, como hacen los pintores. Comenzaron a poner los cimientos después de Pascua, y durante todo el largo y magnífico verano de 1870 hubo en Clonmere incesante ruido de martillos y golpes. El andamiaje escondió la antigua fachada. Había por todas partes escaleras y montones de piedra y argamasa. Según iba tomando forma la parte nueva del castillo, empequeñecía al edificio original, que antes parecía recio y cuadrado. En las habitaciones se quitaba el sol aun más pronto que antes, porque la nueva ala se interponía, acaparando la luz.

—Ya verás —decía Henry— cómo estaremos mucho mejor en la nueva casa. Las habitaciones tendrán doble tamaño, y serán mucho más altas. Yo ya me siento estrecho e incómodo en estas habitaciones. Ojalá pudiesen terminar antes las obras.

Los niños estaban encantados viendo cómo progresaba la casa nueva. Se

perseguían unos a otros dentro y fuera de las habitaciones, aun sin techar, y con media pared solamente, mientras *Miss Frost* los buscaba en vano, para descubrir únicamente a Molly sentada en lo alto de una gran escalera de mano, con peligro inminente de romperse el cuello, o a Kitty, con la cara y las manos cubiertas de tierra, tras una excursión a las profundidades de los nuevos sótanos. Hal observaba la mészela del cemento y jugaba con la húmeda masa del yeso. Día tras día bajaba Henry a mitad de mañana con el arquitecto, que venía a pasar quince días a Clonmere de cuando en cuando para ver cómo iban las obras, y los dos hombres discutían si la gran chimenea estropearía el aspecto del nuevo edificio, o la distancia entre aquellas dos ventanas, o la altura exacta que debería tener la futura puerta principal; Henry, con la cabeza echada a un lado y las manos en los bolsillos, y el arquitecto, garrapateando cifras en un pedazo de papel.

Algunas veces, Hal se cansaba de tanta gente, y entonces subía por el bosque hacia el antiguo pabellón de verano, donde su madre estaría descansando. Ésta, que andaba poco aquellos días, y estaba siempre reposando, siempre advertía la llegada de su hijo, y volviendo la cabeza le sonreía.

—Ya me parecía que había un diablillo mirándome.

Él se adelantó y se sentó en una silla a su lado.

—Te he pintado una cosa —exclamó buscando en los bolsillos—; es de la ensenada en un día de viento.

Le mostró un pedazo de papel manoseado, tratando con gran ansia ver en los ojos de su madre la crítica favorable de su obra.

Era el acostumbrado dibujo infantil: árboles y ensenada desproporcionados y olas de un tamaño de pesadilla, sobre todo lo cual caía una lluvia como tinta desde un nubarrón. Algo tenía el dibujo, sin embargo, que estaba por encima de un pueril ensayo. Uno de los árboles se inclinaba ante el viento con vida, y el color del cielo era muy notable.

—Gracias —dijo Katherine—, me gusta mucho.

—¿Está bien? —dijo Hal—. Si no está bien, lo romperé.

Ella le miró y le cogió la mano.

—Está muy bien para tu edad —dijo—; pero ha escogido un tema que hasta un pintor de verdad encontraría difícil.

Hal se mordió las uñas y miró el dibujo.

—Me gusta pintar más que nada en el mundo —dijo—; pero si no puedo pintar mejor que los demás, prefiero no hacerlo.

—Haces mal en pensar así —dijo Katherine—. Esa forma de pensar hace a una persona mezquina, envidiosa y desgraciada. Siempre habrá en el mundo personas que hagan las cosas mejor que tú. En lo único que tienes que pensar es en hacerlas tú mismo lo mejor que puedas.

—No es que me importe lo que la gente diga —dijo Hal—; pero quiero estar seguro de que lo que hago está bien. Si me parece que está mal me disgusta.

Katherine le rodeó con el brazo y le apretó contra sí.

—Continúa pintando, y hazlo porque te gusta, y no te importe si lo haces bien o mal. Enséñame todo lo que hagas y hablaremos de ello tú y yo.

Pasó el verano, y al llegar el otoño el arquitecto prometió que la nueva ala estaría habitable para año nuevo. Ya estaban terminados tejado y paredes maestras, y se habían colocado los suelos. Los tabiques progresaban normalmente. La escalera grande iría desde el gran salón hasta la galería, y Henry, del brazo de Katherine, señalaba los sitios donde colgarían los cuadros. Los niños jugaban por los corredores, llamándose el uno al otro, resonando sus voces en el alto techo.

—¿Te va a gustar? —decía Henry ansiosamente—. Todo lo he hecho pensando en ti. ¿Lo sabías?

Una y otra vez la llevaba a través de las habitaciones, realzando las excelencias del hogar en el salón, la necesaria amplitud de la nueva biblioteca, donde podrían alojar todos los libros que antes no cabían. Lo que más le gustaba enseñarle era su gabinete, y el balconcito al exterior.

—Puedes sentarte aquí en verano —dijo—. Por eso he mandado hacer estas ventanas tan anchas, para que puedas meter y sacar la silla. Y en el invierno puedes sentarte aquí al lado del fuego. Cuando te necesite, saldré al jardín y tiraré una piedrecita a la ventana.

Katherine sonrió y de pie en el balcón miró a Monte Bravo, al otro lado de la ensenada.

—Sí —exclamó—, me va a gustar.

Él la rodeó con el brazo, y estuvieron juntos contemplando a los obreros allá abajo.

—En el año nuevo, cuando estés repuesta —dijo él—, pasaremos tres o cuatro meses en el extranjero, en Italia y Francia, y compraremos todo lo que se nos antoje, cuadros y muebles. Quiero una *Madonna*, de Botticelli, para lo alto de la escalera, y hay otro individuo, Filippo Lippi, que pintó una *Madonna* exactamente como tú. Estaba colgada encima del altar de una iglesia en Florencia. ¿Recuerdas que la vimos juntos un año después de nacer Hal? No tendremos más que primitivos en la galería, y luego, si te gusta, tendrás tus modernos en el gabinete.

—Me parece que Henry se va a gastar un montón de dinero.

—Henry sólo desea que su casa sea tan bonita como su mujer. Quiero tener en ella todo lo mejor que haya, para mi esposa, para mi casa, para mis hijos. Perfección o nada. Términos medios, no.

—Muy peligroso —sonrió Katherine— y sólo conducente a la desilusión. Me temo que Hal tiene el mismo punto de vista y que éste le hará sufrir.

A mediados de diciembre Henry tuvo que ir cuatro días a Slane para asistir a las sesiones de los tribunales, y el tercer día, al volver de la Audiencia a su hotel, encontró a Tom Callaghan esperándole en el salón.

—¿Qué hace el párroco de Doonhaven en Slane? —preguntó riendo—. ¿No

habrás venido a ser testigo en el caso de lesiones? Ven a comer conmigo.

—No, gracias, he venido a llevarte a casa.

—¿Qué pasa? —Agarró el brazo de Tom—. ¿Es Katherine?

—Cogió un poco de frío anteayer por la mañana —dijo Tom—. Se levantó imprudentemente y estuvo paseando por el jardín con los niños. Por la tarde estaba peor y *Miss Frost* llamó al médico. Éste cree que la criatura está en camino y me pidió que viniese a buscarte. Si estás listo, nos deberíamos ir inmediatamente.

Sus ademanes eran tranquilos y alentadores. «¡El bueno de Tom! —pensó Henry—. ¡Qué sostén era en todas las ocasiones! El mejor amigo del mundo». Ya se había encargado de que le hicieran el equipaje y éste estaba ya preparado en el vestíbulo. Garrapateó una nota presentando excusas a los magistrados compañeros de tribuna y abandonó la ciudad.

—Los niños han estado pasando el día en Heathmount —dijo Tom— ayudando a hacer mermelada en la cocina. Todos con un desorden delicioso y muy felices. Hemos arreglado que pasen allí la noche, o dos o tres noches si es necesario.

—Supongo que el asunto no durará mucho, si dices que ya ha empezado —dijo Henry—. Kitty no tardó mucho en venir al mundo, si mal no recuerdo.

—No es siempre así, muchacho —dijo Tom—. Eso era hace seis o siete años, y Katherine no ha estado muy fuerte desde entonces. Aunque este doctor joven parece saber lo que hace. A propósito, Armstrong insiste en estar presente también. Más por cariño hacia ti que por otra cosa.

—Claro, nos trajo a todos al mundo —dijo Henry—, así que es de suponer que no es ningún profano en el asunto.

Eran casi las once cuando llegaron a Clonmere. El tío Willie Armstrong había oído el ruido del coche y estaba esperándoles en la escalera.

—Me alegro de verte, Henry —dijo con su acostumbrado tono seco y desabrido—. McKay está con Katherine ahora. Las cosas siguen casi igual que hace unas horas. Váyanse a echar un trago, pues ninguno podemos hacer nada para que el chico se dé prisa en venir al mundo.

Echó a andar hacia el comedor delante de los dos.

—Voy a subir a ver a Katherine —dijo Henry, pero Armstrong le cogió por un hombro.

—Más vale que no subas —dijo—, es mejor que te vea cuando todo haya concluido. Aquí te han dejado unos fiambres. Más vale que comas algo.

Henry se sorprendió al darse cuenta del hambre que sentía. Comió ternera con encurtidos y tarta de albaricoque.

—Vamos, Tom —exclamó—, que es mi esposa quien va a tener un chico, no la tuya. No te pongas tan solemne.

Empegó a contarles un incidente divertido que le había sucedido en el tribunal aquella tarde. Escucharon ellos, callados y sonrientes. Armstrong fumaba su pipa. Al poco rato entró en la habitación McKay.



—Qué, ¿cómo está? —dijo Henry.

—Más bien algo cansada —contestó el médico—. Está pasando un rato malo, pero tiene muy buen aguante.

Miró entonces rápidamente al médico más viejo y le dijo:

—¿Le importaría a usted subir un momento?

El viejo se levantó de la silla sin hacer ningún comentario y salió de la habitación detrás de McKay.

—Parece mentira —dijo Henry— que no se haya inventado nada para hacer más sencillas estas cosas.

¿Por qué no se ocupan los dichosos médicos de evitar tanto sufrimiento? No va a poder aguantar la pobre horas y más horas de dolores.

Empezó a pasear arriba y abajo por la habitación.

—Mi madre nos tuvo a los cinco como si tal cosa —dijo—. A los cinco minutos ya estaba bordando otra vez y despidiendo criados, como si no hubiera pasado nada.

Se detuvo y escuchó un momento; luego reanudó los paseos.

—Tío Willie no hace más que mirarme con una expresión resignada de «ya te decía yo» —dijo irritado—. El año pasado me dijo que Katherine no debería tener más hijos... No sé qué idea le había dado de que no sé qué cosas le habían pasado a Katherine, pero ésta no ha dicho nunca nada. Parecía ser de lo más feliz. Las mujeres son tan raras...

Vaciló sobre un pie, mirando a la puerta.

—¿Podré subir? —exclamó.

—Si yo fuese tú, me quedaría aquí —dijo Tom apaciblemente.

—No puedo estar aquí sin hacer nada —dijo Henry—. Me parece que voy a dar una vuelta por la casa nueva.

Cogió un quinqué y salió por la puerta del comedor al nuevo pasillo que unía las dos alas de la casa. Olía a pintura y barniz. Los obreros estaban terminando aquella semana la decoración de las paredes del nuevo comedor. Pasó de allí al vasto salón, alzando el quinqué para mejor iluminar la hermosa estancia. Tenía ésta un aspecto impresionante y desnudo. Entraba por la amplia claraboya un raudal de luz pálida que daba al salón un aire grisáceo y fantasmal. La amplia escalera que conducía a la galería dijérase tener profundidades abismales. «Quedará muy bien —pensó— cuando esté amueblado, con un buen fuego en la chimenea, sillones, sofás, mesas y el piano de Katherine en aquella esquina».

Continuó recorriendo las habitaciones vacías, donde resonaban sus pisadas con hueco retumbo. Una vez tropezó con una escalera y unos botes de pintura. Había un montoncito de cemento en un rincón del salón. Estaba helada la habitación y se filtraba hasta ella un viento húmedo y frío. Subió la escalera principal hasta la galería destinada a los cuadros. Los niños habían estado jugando allí. Uno había dejado una comba colgando desde lo alto de los escalones. Pasó por el que sería su cuarto ropero y entró en la alcoba. Persistía aún el olor a pintura fresca. Le habría gustado que la

habitación hubiese estado terminada a tiempo de que Katherine hubiese tenido su nuevo hijo allí. De día la habrían llevado al sofá del gabinete para volver a la alcoba de noche. Se detuvo en el umbral del gabinete y lo halló, a pesar de estar la habitación desnuda y vacía, acogedor y agradable, como si se anticipase al futuro. Quizá porque juntos lo habían planeado Katherine y él. Dio vuelta a la aldabilla de la ancha ventana y salió al balcón. Soplaba la brisa desde el mar. Llegaba hasta sus oídos el rumor de la marea revolcándose en la caleta. Dio la llama del quinqué unos graciosos saltitos para apagarse luego.

Tuvo que volver a tientas, a través de las oscuras y silenciosas habitaciones, a lo largo de la galería, por a gran escalera, hasta el salón. Había sombras por todas partes; las gorras y chaquetas de los obreros, colgadas en una habitación cuya puerta estaba abierta, semejaban cadáveres de ahorcados. Trató de imaginarse la nueva ala terminada y completa, con alfombras en la escalera, cuadros en las paredes, el fuego encendido, pero no lo logró: huía la imagen que trataba de evocar y la fantasía no le bastó para retenerla. Trató de ver a Katherine sentada en el rincón del salón, sirviendo el té, con los niños a su lado, los perros echados en el suelo, y a él mismo llegando de cazar, quizá con el viejo Tom y Herbert, y Edward, y a Katherine mirándoles sonriente. Pero no pudo ver lo imaginado. Aunque trató de vivificar al vasto salón, éste continuaba ante sus ojos sin terminar y vacío.

—Henry —oyó que alguien le llamaba—, Henry.

A los pocos segundos entró Tom buscándole, escudriñando la oscuridad.

—Armstrong quiere hablarte —dijo.

Le siguió Henry guiñando los ojos a causa de la repentina luz. La puerta entre las dos alas se cerró tras él con un portazo. Escuchó cómo se alejaba presuroso el eco por la parte deshabitada de la casa.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿No ha terminado aún?

Armstrong le examinaba frunciendo las pobladas cejas. Parecía estar cansado y haber envejecido.

—Una niña —dijo—. Ha nacido muy débil. Necesitará muchos cuidados. Katherine también está muy floja. Mejor será que subas.

Henry miró a su amigo y al amigo de su padre.

—Sí —repuso—, sí, voy a subir.

Subió rápidamente la escalera y encontró a McKay que venía por el corredor.

—No esté mucho tiempo —le dijo el médico—, está muy cansada. Quiero que duerma... Esta noche —añadió— me quedaré aquí si le parece.

Henry le miró a los ojos.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo—. ¿La encuentra usted mal?

El médico correspondió con franqueza a la mirada.

—Su mujer está muy débil, *Mr. Brodrick*. El parto la ha dejado agotada. Si descansa, puede que no le ocurra nada; pero no me atrevo a asegurarlo. Me parece mejor hablarle con toda claridad.

Henry no respondió. Continuó mirando a los ojos del médico.

—¿Le ha dicho Armstrong algo de la niña? —pregunto el médico—. Ha nacido con cierta deformidad en un pie y un poco falta de peso; por lo demás está perfectamente. No hay razón para qué, con el tiempo, no sea tan fuerte como las demás. ¿Va usted a ir a ver a su mujer?

Llegó a él un vagido, que le hizo recordar cuando nació Molly en East Grove. ¡Qué orgulloso, preocupado y nervioso se sintió entonces! También se acordó de cuando nació Kitty en Londres. La enfermera estaba en un rincón arrullando a la recién nacida. Sacó a la niña de la cunita y se la mostró.

—Qué pena lo del pie —murmuró—. No hay que decir nada aún a la señora.

Henry la oyó como en sueños. No comprendió lo que estaba diciendo. Se acercó, y luego de arrodillarse junto a la cama, tomó la mano de Katherine y le besó los dedos. Abrió ella los ojos y le acarició la cabeza. No dijo nada Henry, pero siguió besándole los dedos. La enfermera sacó a la criatura de la habitación y el llanto se alejó por el pasillo hasta cesar. Trató Henry de rezar, pero las palabras no acudían a sus labios. Tampoco encontró nada que decir o preguntar a Katherine, Las manos de ésta estaban heladas y procuró él calentárselas besándolas y hasta metiéndolas bajo el chaleco, junto al corazón.

Sonrió ella.

—Noto tu corazón —dijo—; está palpitando como un loco.

—¿Te entra la mano en calor?

—Sí. Me gustaría dejarla ahí siempre.

Allí se quedó arrodillado. A eso de las seis de la mañana llegaron los obreros por el paseo del castillo, silbando y charlando, haciendo rechinar la arena con sus botazas. Alguien salió y les dijo que se fuesen.

Fue Tom Callaghan quien se cuidó de todo, aceptando la responsabilidad por su cuenta. Dispuso que los niños se quedasen en Heathmount para que no molestasen a Henry. Llegó Herbert más tarde y se los llevó a Lletharrog, junto con la niñera, la recién nacida y la institutriz de los mayores. Fue Tom quien pensó en Ardmore y quien recordó los cánticos religiosos y las flores favoritas de Katherine. Henry no veía ni oía nada. Lo único que mandó fue que se suspendieran las obras de la casa. Él mismo habló a los obreros. Se mostró en esta ocasión sereno y eficiente. Dio a cada uno cierta cantidad de dinero, les estrechó la mano y les dio las gracias. Desaparecieron los albañiles, los ladrillos, el cemento, las escaleras y los demás trebejos de albañilería. El arquitecto se volvió a Inglaterra, dejando el rollo de planos a Henry, quien los metió en su escritorio, cerró éste y jamás volvió a mirarlos. Se fue a Heathmount con Tom, pero pasadas unas semanas empezó a inquietarse. «Es inútil» —exclamaba—. Cada rincón de Doonhaven encerraba un recuerdo martirizador. Decidió que no le quedaba más remedio que abandonar Clonmere durante unos años.

—No te lo aconsejo —le dijo Tom cariñosamente—. Piensa en los niños. Es ésta su casa al fin y al cabo y la quieren. Molly tiene ahora doce años; Hal, diez, y Kitty, siete. Son edades éstas muy impresionables. Déjales que se queden en casa, a la que están unidos por recuerdos amables y no amargos. No te olvides de eso.

—Pues tendrán entonces que prescindir de mí —dijo Henry—. Yo no puedo vivir allí. Mi vida se ha acabado, digas lo que digas.

—Lo comprendo —dijo Tom—. Pero si procurases resignarte, si dejaras de luchar, encontrarías tu dolor más fácil de soportar. Esa rebeldía contra tu desgracia sólo aumentará tu sufrimiento. Eso es lo que te está pasando ahora, créeme.

—Yo no me rebelo contra nada ni nadie —dijo Henry—, excepto contra mí mismo. ¿No comprendes que fui yo quien la mató? ¿Cómo quieres que olvide eso o que me perdone? Yo la maté.

—No, Henry, no digas eso. Katherine no estaba fuerte. He hablado de esto con McKay y con Armstrong también. Ya hacía años que no estaba bien. Los síntomas que presentaba eran los de una enfermedad de la que nunca se hubiera repuesto.

—Te agradezco lo que estás tratando de hacer, Tom, pero es inútil. Esta última niña no debió venir al mundo. Y yo lo sabía. Pero no quise confesármelo porque quería demasiado a Katherine. Pero no quiero hablar de estas cosas ni tendré ocasión de hacerlo. Me voy.

—Sí, Henry; creo que debes marcharte una temporada. Pero no olvides que aquí está tu hogar y el de tus hijos. Aquí nos encontrarás a todos cuando nos necesites.

—Eres mi mejor amigo, Tom. Algunas veces pienso que el único amigo verdadero que he tenido.

—¿Dónde vas a ir? ¿Qué planes tienes?

—No lo sé. No tengo planes. Iré a cualquier sitio que no me la recuerde

constantemente.

Trató Tom de convencerle, pero Henry no quiso escucharle. Ni los argumentos, ni las súplicas, ni toda su paciencia lograron nada. Comenzaron a aparecer en su rostro arrugas en él esculpidas por el sufrimiento. La sonrisa cálida y despreocupada que antaño iluminaba sus ojos y su expresión desapareció para siempre. Era su sonrisa ahora una mueca que en vano trataba de ocultar la gran amargura que le atormentaba.

—¿No comprendes —dijo Tom, tratando por última vez de derribar el gran muro de su amargura— que cada día estás alejándote más de Katherine en vez de aproximarte a ella? Únicamente podrás conservarla en tu corazón si te perdonas a ti mismo.

—Lo comprendo —dijo Henry con evidente desesperación, que pareció querer apartar de sí extendiendo los brazos con gesto de impotencia—. Hace que murió casi dos meses. El pasado se ha apoderado de ella; el pasado; que no puede volver nunca a ser presente. Todo cuanto añadas a esto es inútil. No puedo abrir mi corazón. No lo tengo. Ella se lo llevó cuando murió.

—No, Henry.

—Sí, Tom..., sí.

Henry partió de Clonmere a mediados de febrero y fue a Londres. Permaneció allí unas semanas y luego salió para el extranjero. La guerra francoprusiana le impidió ir a visitar a su madre. Le escribió ésta que prefería quedarse en el Sur, y atenerse a las consecuencias, a volver en aquellas circunstancias. Pero las cosas estaban mal, necesitaba más dinero... Le envió Henry un cheque importante. Ya no parecía importarle la prodigalidad de su madre. Si quería ella coger el dinero y arrojarlo a la alcantarilla más próxima, que lo hiciera. No le negaría él el precario placer que sus gastos exagerados pudieran procurarla. Ojalá pudiera él hacer otro tanto. Italia y Grecia paliaron algo su dolor. Conoció allí gentes con quienes jamás se había tropezado, lo que tenía la ventaja de que nada sabían de su vida. Halló que si comía o cenaba con gente relativamente extraña y hablaba mucho, esto le impedía pensar en Katherine. Volvió a Londres en mayo y compró una casa en Lancaster Gate. Logró crearse una especie de nueva vida. Comenzó a frecuentar la compañía de amigos nuevos y viejos, con los que comía fuera de casa muy a menudo. Cuando logró crearse una nueva manera de vivir, hizo venir a sus hijos. Le pareció que ya no le atormentaría su presencia, sino que le serviría ésta de distracción.

El bullicio de su llegada le emocionó inesperadamente. Llegaron en coche hasta la puerta principal, y Herbert bajó con su guiño acostumbrado y una amplia sonrisa en el rostro. Allí estaba Molly, desconocida por lo que había crecido, y Hal, de rostro pálido y serio, mirándole con sus grandes ojos. *Miss Frost* y un copioso equipaje, la niñera y la pequeña Lizette. Molly le echó los brazos al cuello.

—¡Papá! ¡Cómo me alegro de verte!

También Kitty y Hal se arrojaron hacia él, vehementes y cariñosos. Era un entusiasmo, un fervor, para los que no estaba preparado. Más tarde, todos se pusieron

a charlar a la vez deseando ver las habitaciones. La casa, que había estado silenciosa y un poco triste, se animó de súbito. Los pequeños, con su juventud y vitalidad se apoderaron de ella. Subieron las escaleras para ver el cuarto de estudio con toda la curiosidad de la juventud. Se oían las alocadas carreras en el piso de arriba. Herbert y Henry se sentaron en el salón a tomar el té.

—Son tan cariñosos —dijo Herbert— los tres y la pequeñita también. Les vamos a echar mucho de menos. Pero ¿cómo estás tú? Parece que mejor de lo que yo esperaba.

—Estoy muy bien —contestó Henry—. Londres me sienta bien. Ya sabes que esto no es nada nuevo.

Comenzó el relato de sus viajes hablando de la gente que había conocido. Por primera vez en su vida Herbert le encontró cierto parecido a su madre. Igual que ella, hablaba sobre nimiedades, divirtiéndose por el placer de divertirse, exagerando a menudo, resbalando por la superficie de las cosas, porque era más fácil que buscar su sentido oculto. Quiso Herbert ver qué es lo que realmente sentía su hermano y si sufría menos (había cambiado muchas cartas con Tom Callaghan a propósito de esto); pero cada vez que trataba de sondearle Henry cambiaba de conversación y hablaba de otra cosa cualquiera.

Estaba Henry construyendo una defensa contra sí mismo que sería difícil penetrar. Quizá los hijos le sacarían de ésta y le harían recobrar el verdadero encanto, la falta de egoísmo, la alegría sin afectación de antes.

Herbert se fue después del té. Henry se quedó a solas con sus hijos, quienes bajaron a la sala hacia las seis, lavados y mudados, con sus libros bajo el brazo, como acostumbraban a hacer en Clonmere, La manera en que automáticamente reanudaron sus costumbres causó a Henry sincero remordimiento. Empezó a preguntarles cosas acerca de Lletharrog y de todo lo que habían hecho. En el fondo, no pretendía con sus preguntas sino interrumpir las acostumbradas ocupaciones caseras de sus hijos, y así ahorrarse el mudo reproche que suponían. Pero Molly se inclinó hacia él y le dijo:

—¿Quieres leer, papá, como solía hacer mamá? Anda, hazlo, y nos parecerá a todos que estamos en casa.

Y así diciendo, se sentó en el brazo de la butaca con cariñosa desenvoltura, mientras una sonrisa prometedora iluminaba el apasionado rostro pálido de Hal.

Henry levantó el libro y se aclaró la garganta; apenas veía las letras. Le atenazaba la sensación de estar representando una farsa ante sus propios hijos. El cuento que le había dado Molly lo oyó antaño a Katherine a menudo en Clonmere, y según leía, sin enterarse de las palabras ni de su significado, se extrañaba de que los recuerdos que la escena había por fuerza de suscitar en los niños, no acongojasen sus corazones, como le ocurría a él. El pasado y sus costumbres le producían dolor exquisito e intolerable; pero los niños, por el contrario, se aferraban a ambas cosas, por hallar en ellas consuelo y tranquilidad. Él quería borrar el recuerdo de aquel mundo; ellos lo cultivaban con amor para que no muriese.

Leyó dos o tres páginas hasta no poder aguantar más. Le pareció que revivir el pasado era burlarse de lo que no podía volver. Si sus hijos querían vivir en aquel mundo fenecido, tendrían que hacerlo sin contar con él.

—Leo mal en voz alta —dijo— y no me aguanta la voz. Sigue tú, Molly.

—No es lo mismo —dijo Hal rápidamente—. Si lee Molly nos va a parecer que estamos dando clase.

—¿Prefieres que juguemos a algo, papá? —dijo Kitty—. Tenemos una baraja arriba.

Subió al piso para traer las cartas, y Hal comenzó a preparar una mesa en el centro de la habitación.

—Ojalá tuviésemos un piano —exclamó Molly—. He estado aprendiendo a tocar cuando estábamos con tío Herbert.

—Te compraré uno —dijo Henry.

—Cuando volvamos a casa puedes tocar en el de mamá —dijo Hal—. Sonaba mejor que el de tío Herbert. ¿Cuánto tiempo vamos a estar en esta casa? ¿Hasta las vacaciones de verano?

Henry se levantó de la silla y se dirigió impaciente hacia la repisa de la chimenea.

—Estaremos aquí indefinidamente —dijo—. Debéis acostumbraros a pensar que ésta es nuestra casa ahora. Hal, tú irás al colegio el próximo curso. No sé qué haremos en las vacaciones. Quizá vayamos a pasarlas con tía Elisa en Saunby.

Los muchachos le miraron atónitos. Kitty, que había vuelto con las cartas, se quedó inmóvil, mordiéndose la punta de una trenza.

—¿No vamos a volver nunca a nuestra casa de Clonmere? —exclamó.

Henry rehusó su mirada. No sabía qué decir.

—Sí..., desde luego..., algún día —dijo—; pero por el momento está alquilada. Creía que os lo habían dicho en Lletharrog. Unos señores llamados Boles, amigos de tío Bill y de tía Fanny, están viviendo allí.

Los chicos continuaron mirándole sin comprender.

—¿Viviendo en nuestra casa? —preguntó Hal—. ¿Usando nuestras cosas? ¿No tocarán el piano de mamá?

—No —contestó Henry—, no. Estoy seguro que no.

—¿Cuánto tiempo van a estar allí? —preguntó Molly.

Todos parecían estar tristes. No se había dado cuenta él de que tenían tanto amor a la casa. Había creído que a los niños les gustaría el cambio, que preferirían variar. Empezó a sentirse irritado. Todos lo miraban como si hubiera cometido algo culpable.

—No sé cuánto tiempo pensarán quedarse.

No tuvo valor para decirles que había alquilado Clonmere a los Boles para siete años.

—Londres tiene sus ventajas —dijo sonriendo y hablando de prisa—. Vosotras dos podréis tomar clase de baile, lecciones de música y todas esas cosas..., y conocer

otras niñas. Hal debe acostumbrarse a otros chicos antes de ir a Eton. Todos vuestros tíos están de acuerdo conmigo en que no hay sitio como Londres para educarse. Aquí no os faltará de nada, ya veréis.

¿Por qué estaba disculpándose con ellos como si fueran sus jueces? Sólo eran sus hijos: Molly aún no tenía trece años.

—Quiero que nos quedemos aquí porque será mejor para vosotros. Vuestra madre habría pensado lo mismo. Los niños no respondieron. Kitty barajó lentamente las cartas. Hal dibujaba líneas imaginarias en la mesa. Molly cogió la baraja de Kitty y la alargó a Henry. —¿Quieres dar, papá?— dijo.

Acercaron sus sillas a la mesa. Mientras daba las cartas notaba la violencia de la escena. Los niños ya no disfrutaban y se mostraban con una cortesía forzada. «Les he hecho daño —pensó Henry—. Les he jugado falso. Y no sé cómo remediarlo ni sé a quién preguntárselo».

Mientras hacía como que miraba las cartas, notaba las miradas de los niños fijas sobre él.

«Se olvidarán —pensó—. Los niños se acostumbran a todo. Ésa es la principal ventaja de un niño».

Al correr de los meses Henry pensó haber acertado, pues ninguno de los niños volvió a hablar de volver a casa. Parecían contentos, y porque necesitaba creerlo, jamás les preguntó si en efecto lo estaban por miedo de que le desengañaran. Los meses se convirtieron en un año, luego en dos años, y excepto por algunas visitas a Saunby y Lletharrog, no abandonaron la casa de Londres.

Las chicas daban clases particulares. Hal fue al colegio. Lizette aprendió a hablar y a andar cojeando con su piecico deforme, para el que no había remedio. Henry, intranquilo, incierto, sintiendo que sus hijos necesitaban una comprensión más profunda que la que él podía brindarles, trataba de compensar su incapacidad haciéndoles regalos, mientras que en lo hondo del corazón sabía que todo lo que hacía por ellos no les aproximaba más a él.

Cuando le llegó una carta de su madre en la primavera de 1874, condoliéndose por la muerte de tía Elisa en Saunby y pidiéndole un cheque mayor que de costumbre, Henry determinó de repente ir a Niza a pasar una temporada con ella.

No la había visto desde hacía siete años. Quizá, por fin, podría persuadirla de que volviese a vivir con ellos. La verdad es que estaba sólo en cuerpo y alma, pues Molly, a los quince años, era todavía demasiado niña para servirle de compañía. Pensando en la alegría de su madre, en su ingenio y su encanto, parecíanle éstos mayores, tras siete años de no verla. Seguramente ella más que nadie en el mundo comprendería esta sensación de insoportable soledad, que empeoraba en lugar de mejorar con los años. Llegó a Francia al día siguiente de haber visto partir a Hal camino del colegio de Eton.

Cuando llegó a Niza, brillaba el aire bañado de sol. Llamó a un mozo y salió seguido de éste en busca de un coche que le condujese a la casa. Su madre ni había,



pensado en ir a esperarle a la estación. Probablemente incluso había olvidado el día de su llegada. El paseo en coche por la ancha avenida, observando a la gente, le resultó agradable. Torció el coche, abandonando el paseo junto al mar, y subió por detrás de la ciudad, trenzando su camino a través de un laberinto de calles pequeñas y estrechas. Una o dos veces tuvo el cochero que preguntar el camino. Llegaron, por fin, a la *rué des Lilas*, (en la que no había lilas), y se detuvieron delante de una casa pobre y pequeña que necesitaba evidentemente una mano de pintura. La puerta del jardín estaba medio desvencijada. Cuando Henry la abrió, sonó encima el estrépito de una campanilla y dos perros comenzaron a ladrar dentro de la casa. Nadie acudió a la puerta, sin embargo. El cochero dejó el equipaje en el suelo y esperó.

Henry dio la vuelta a la casa. La puerta trasera también estaba cerrada; los perros continuaban sus ladridos dentro. Henry volvió a la parte delantera.

—No hay nadie —dijo al cochero. Se dio cuenta de que una mujer estaba observándole desde una ventana de la casa de al lado. Le dio la espalda y trató de nuevo de abrir la puerta principal. No había duda de que la casa era aquella, pues al mirar a través de una mirilla de cristal de la puerta vio el cuarto de estar y una fotografía de Johnnie en la repisa de la chimenea. Entonces sonó una voz:

—Busque debajo de la baldosa suelta y encontrará la llave.

La mujer de la puerta de la casa vecina había salido a la terraza. Tendría unos cuarenta y seis años, era bien parecida y tenía el pelo gris y unos ojos azules muy bonitos. Indudablemente la situación la divertía.

—Gracias —dijo Henry quitándose el sombrero—. Parece que no me esperaban.

Se inclinó y encontró la llave debajo de la baldosa. La alzó para que la viese la mujer. Ella rió y se encogió de hombros.

—Ya me figuré que estaría ahí o en el macizo de las flores —dijo—. *Mrs. Brodrick* no da mucha importancia al sitio.

Henry le dio las gracias de nuevo, y luego de pagar al cochero metió el equipaje en la casa. Los perros salieron y comenzaron a olfatearle las piernas. En la habitación olía a casa sin ventilar. Estaban todas las ventanas cerradas. Había un plato para los perros en el suelo. Unas flores ajadas estaban colocadas en floreros desportillados. Las sillas y los sofás aparecían manchados y grasientos por los perros, que solían dormir en ellos. En una mesa había una taza que había contenido café, pues se veían aún en su interior los posos. Junto a la taza vio uno de los zapatos de su madre; el otro había ido a parar debajo de una silla al quitárselo de un puntapié. El hogar estaba sucio de ceniza. Henry abandonó la habitación y entró en el comedor. Era obvio que no se usaba aquel cuarto. Su madre comía en el cuarto de estar. La cocina estaba llena de loza sin fregar; en la carbonera se veía un montón de hortalizas y verduras. Subió las escaleras y se encontró en la alcoba de su madre. Sus vestidos estaban esparcidos por la habitación, y la cama sin hacer. Una bandeja con restos del desayuno estaba aún junto a la cama. Al otro lado del pasillo había un cuartito, destinado, sin duda, para él. Encima de la cama había sábanas y mantas dobladas, pero la cama no estaba

hecha. Bajó la escalera y estuvo contemplando, lleno de desconsuelo y tristeza, el descuidado jardín. No se había esperado nada así. Se había imaginado un cuadro muy distinto. La inglesa de la casa vecina permanecía aun en su terraza, regando las flores de un tiesto. La casa, cuidada y limpia, ofrecía un contraste deprimente con la de su madre, sucia y sórdida. Cuando oyó las pisadas de Henry se volvió para mirarle.

—¿Ha encontrado todo lo que buscaba? —le dijo con voz alegre.

Henry decidió ser franco con ella.

—Escuche —dijo andando hacia la terracita—, ¿conoce usted a mi madre?

La mujer vaciló un momento y se quitó los guantes de jardín.

—Nos decimos buenos días amablemente por encima de la valla —dijo—; pero no he estado nunca dentro de la casa. *Mrs. Brodrick* está siempre fuera en realidad. ¿Es usted su hijo? Se le parece mucho.

Le contempló un momento con franca curiosidad y volvió a sonreír.

—Mi nombre es Price —dijo poniendo una mano sobre la valla—. *Adeline Price*. Debe usted haber oído nombrar a mi esposo, el general Price, del ejército de la India. Murió hace tres años, y yo me establecí aquí. Escuche. ¿Puedo hacer yo algo? ¿Hacerle un poco de té o algo parecido? ¡Es tan triste llegar a una casa desocupada!

—Quisiera —contestó Henry— que entrase usted y diese un vistazo a la casa. Sí, soy Henry Brodrick. Mi madre debía saber que iba a venir, porque encontré mi carta abierta en el escritorio.

*Mrs. Price* bajó de la terraza y salió por la puerta del jardín.

—Tiene una criada que viene dos o tres veces a la semana. La he visto entrar por la puerta de servicio. Tiene aspecto de sucia. No la tendría yo ni aunque me pagasen encima. Supongo que éste es uno de los días que no ha venido.

Entraron en la casa. Henry contemplaba su cara. Ella miraba todo críticamente con sus ojos azules, desde las flores ajadas hasta la taza de café sucia.

—No está esto muy limpio. —Vamos a ver lo demás. Esto no lo han limpiado hace varias semanas. No he visto nada tan lamentable, ni aun allá en la India, que ya es mucho decir. Excúseme por mi franqueza; ¿pero está su madre en tan mala situación que no puede pagar a una criada como es debido?

Los ojos azules le miraban sin vacilar. Henry se encogió de hombros.

—No —dijo secamente—, mi madre tiene todo lo que desea. No lo comprendo. Es lamentable.

*Mrs. Price* fue delante hasta el cuarto de estar. Miró a la fotografía de *Johnnie* en la repisa. Pasó el dedo por el marco y se lo mostró a Henry, negro de polvo.

—Supongo —dijo— que *Mrs. Brodrick* no da gran importancia a nada. Es incomprensible. Ahora escúcheme. Va usted a venir ahí al lado a tomar el té conmigo, y enviaré a mi muchacha aquí para que entre en luz a la casa. No, no me interrumpa, por favor. Lo haré con mucho gusto y le agradeceré que me acompañe a tomar el té. Venga y no vuelva a pensar en ello. Presentaré mis excusas a *Mrs. Brodrick* cuando venga.

Henry la siguió a la casa vecina, protestando cortésmente, diciendo que no debía ni pensar en limpiar la casa. *Mrs. Price* rechazaba sus protestas. Tendría que sentarse y tomar el té.

Él se rió.

—Creo que usted también debía haber sido general —dijo.

—Eso es lo que todos solían decirme —contestó.

—Ahora póngase cómodo en el sofá, coloque los pies en el banquillo y pruebe mi jalea de guayaba. Puedo recomendar mi té; está empaquetado especialmente para mí y me lo envían directamente desde Darjeeling. Siempre caliente yo misma el agua. Las criadas no saben hacer té.

«Era muy agradable estar allí sentado, cuidado con tanta amabilidad» —pensó Henry—; y el té era realmente excelente, así como la jalea de guayaba. La habitación estaba aseada y limpia. Encima de la mesa había periódicos y revistas inglesas. ¡Qué contraste con la casa de al lado!

Comenzó a hablar, contando a *Mrs. Price* cosas suyas y de sus hijos. La manera de ser, viva y alegre, de aquella mujer le animaba y consolaba. Era también graciosa, y sus agudos comentarios demostraban que no era tonta.

—Vamos, que hacen lo que quieren con usted —dijo ella—; como ocurre siempre con los hombres si no tienen una mujer al lado. Todo, con tal de que le dejen tranquilo, ¿no es eso?

—Desde luego, no soy ningún tirano —dijo riendo—, y si alguna vez trato de dárme las de tal, Molly suele salirse con la suya. Pero no es extraño que le guste discutir, pues es afición común a todos los Brodricks.

—Pues hace mal dejando que le maneje una chiquilla —dijo *Mrs. Price*—. Seguramente la mimas usted más de lo que debiera, y a los otros también. Menos mal que el muchacho está en Eton. Pronto le harán entrar en razón allí. Es una lástima que conserve usted la institutriz de las niñas. Siempre he pensado que es una equivocación tener demasiado tiempo a esa gente. Los niños les pierden el respeto, y ellas, por su cuenta, se creen con derecho a dar siempre su opinión.

—*Miss Frost* lleva muchos años con nosotros —dijo Henry—. Creo que Molly y Kitty no tolerarían separarse de ella.

—Porque con ella podrán hacer lo que les dé la gana, ésa es la razón. Lo que es usted es un sentimental, aunque trata de ocultarlo con ese aire de alegría y de no dar importancia a nada.

Le miró sonriendo. Tenían sus ojos azules algo que hacía llegar a lo hondo sus miradas.

—Ya hemos hablado bastante de mí —dijo consultando su reloj—, y son casi las siete. Mi madre no da señales de vida. ¿Qué le parece venir a comer conmigo a Niza y contarme algo de usted para cambiar?

Tiñéronse de carmín las mejillas de *Mrs. Price*, lo que la hizo parecer diez años más joven. Henry lo observó divertido. Probablemente no había comido fuera de casa

desde el día en que se quedó viuda.

—Decídase —dijo él—. Me daría usted un verdadero gusto.

Subió ella a vestirse, y a los veinte minutos bajó con un vestido negro y un cuello de piel contra el que destacaba encantadoramente el pelo gris. Estaba decididamente bonita. Henry se había cambiado también en casa de su madre. La encontró barrida e impecable. Su cuarto estaba tan limpio como todo lo demás y la cama hecha. Se sintió agradecido. «Gracias a Dios que ella estaba asomada a la ventana —pensó—. A no ser por eso, creo que hubiera salido para casa en el primer tren».

Fueron andando hasta la esquina de la avenida. Allí tomaron un coche, que les condujo a uno de los grandes hoteles, a la orilla del mar.

—Esto es una fiesta para mí. No tiene usted idea la vida tan tranquila que hago. En la India era todo lo contrario, y echo de menos aquel bullicio más que nada.

—Debía volver a Londres —dijo él— y no enterrarse aquí.

—La pensión de la viuda de un militar no es muy grande, *Mr. Brodrick* —respondió—. Con el dinero que tengo me las arreglo aquí mejor que en Inglaterra. Mire a aquella chica. ¿Por qué se pintan de esa manera todas las francesas?

—Porque no tienen la belleza natural de ustedes, las inglesas —dijo Henry con galantería—. Vamos a ver, voy a pedir la mejor comida que pueda hallarse en Niza.

Estaba disfrutando sentado enfrente de esta mujer, indudablemente bonita y entretenida. Ella, por su parte, parecía apreciar la comida y el vino. Estaba el restorán lleno de gente y una orquesta tocaba en un rincón música ligera, que iba Henry reconociendo complacido. Hacía muchos años que no pasaba un rato tan encantador.

—Esto es mucho más agradable —dijo— que comer un huevo y unas verduras sacadas de la carbonera de mi madre.

—No me estropee la cena —exclamó *Mrs. Price* con un estremecimiento fingido—. Mi criada me ha contado lo que ha encontrado en la despensa; pero le ahorraré los detalles.

Después que hubieron tomado el café y escuchado un rato la música, Henry propuso una visita al casino.

—Vamos a no pararnos en barras, ya que hemos comenzado —dijo.

Estaba la noche templada y serena. La ayudó él a subir a un coche, mientras tarareaba un aire de *Rigoletto*.

—Sabe —dijo Henry—, cuando esta tarde estaba sin poder entrar en la casa, me encontraba francamente deprimido. Pasé un mal rato.

—Lo sé —dijo ella—; pobrecillo. Lo sentí tanto. ¿Y cómo van esos ánimos ahora?

—Mejor que hace muchos meses, quizá años —respondió—, y a usted tengo que agradecerse.

Volvió ella a sonrojarse y se echó a reír, cambiando de tema.

Estaba el casino atestado y tuvieron que ir abriéndose camino por entre la gente de sala en sala. Las luces, sin pantallas, brillaban desagradablemente. Sonaban

monótonas las voces de los crupieres acompañadas del ruido de la bolita en la ruleta. Estuvieron viendo jugar, mirando por encima de los hombros de la gente en primera fila. Apenas se podía respirar en la enrarecida atmósfera.

—No podría aguantar esto mucho tiempo, —dijo Henry a su compañera—. Qué manera de perder el tiempo, un día y otro día.

—Ni yo, —asintió ella—; una hora aquí bastaría para mandarme a casa con un dolor de cabeza.

Pasaren a la sala contigua, cruzándose con dos hombres que salían riendo.

—Siempre está igual, —dijo uno de ellos—. En cuanto pierde insulta al crupier. Dicen que lleva años viviendo aquí.

—¿No la echan nunca?

—Cuando se excita demasiado.

Cuando Henry y *Mrs.* Price se acercaron a la mesa vieron que mucha gente se estaba riendo. Algunos empujaban a los que tenían delante para ver mejor. El crupier discutía con alguien hablando en inglés entrecortado; se oía a una mujer, primero en francés y luego en inglés.

—Pero, *madame* —decía el crupier—, ¿quiere usted que llame a un guardia? No puedo interrumpirme constantemente.

La mujer hablaba a voz en grito.

—¡Es un robo! Deberían cerrar el casino. Me roban el dinero con trampas. Le he pillado varias veces. En mi país le meterían a usted en la cárcel, y le estaría bien empleado. Si creen que van a poder abusar de mí están equivocados. Tengo influencias en mi país, conozco gente del Parlamento, mi primo es el conde de Mundy...

Hubo una explosión de carcajadas cuando ella arrojó a la cabeza del crupier su manguito y sus guantes. Un hombre uniformado se le acercó y la agarró por el brazo.

—¡Suélteme! —gritó la mujer—. ¿Cómo se atreve a tocarme?

La lustrosa capa de terciopelo, la nube de cabello blanco, la arrogante inclinación de cabeza, todo le era conocido. Cuando el empleado empujó hacia adelante a Fanny-Rosa, tropezó ésta, esparciendo su bolso, sus fichas y sus pocas monedas por el suelo.

—¡Idiota! —chilló—. ¿Qué diablos se cree que está haciendo?

En aquel momento se encontró cara a cara con su hijo. Estuvieron contemplándose con fijeza durante unos segundos. Luego Henry se dirigió al empleado.

—Esta señora es mi madre —dijo—. Yo me encargaré de ella.

El hombre soltó el brazo de Fanny-Rosa. La multitud alrededor de la mesa cuchicheaba mirándoles. El crupier se encogió de hombros y tiró la bola de nuevo en marcha. *Faites vos jeux*. El juego continuó.

Recogió Henry el bolso y las monedas del suelo y se las entregó a su madre.

—No te apures —dijo tranquilamente—. *Mrs.* Price y yo te acompañaremos a

casa.

No parecía ella darse cuenta de lo que había sucedido.

—Pero si no quiero irme a casa aún —dijo mirando del uno al otro—. Tengo que desquitarme en otra mesa. Vamos a otra sala y verás cómo me cambia la suerte.

—No —dijo Henry—. Es tarde. He estado de viaje todo el día y ya tengo ganas de acostarme.

Cogió el brazo de su madre y se dirigió hacia la puerta. Ella continuó mirando a la mesa, vuelta la cabeza, mientras andaba.

—Ese crupier me trae mala suerte —dijo—; estoy segura de que está de acuerdo con la Dirección y de que la mesa tiene trampa. Deberías escribir a los periódicos, Henry. Tú sabrías cómo denunciar este robo escandaloso.

Fue hablando sin cesar hasta llegar a las escaleras de entrada, injuriando a la Dirección, explicando a Henry y a *Mrs. Price* que había dado órdenes para impedir que ella ganase. Tenían miedo de que el día que estuviese de suerte hiciese saltar la banca.

—Y poco ha faltado varias veces —continuó ya en el coche—. He tenido rachas asombrosas; días en que todo me salía bien; pero de pronto empezaba a perder y a perder. Desde luego es una cosa preparada. No pueden tolerar que nadie gane una cantidad decente. Pero les venceré. Estoy decidida. ¡Henry, qué alegría verte! Estúpida de mí, que olvidé la hora del tren. ¿Has encontrado todo lo que necesitas? No me había dado cuenta de que conocías a *Mrs. Price*. Iremos mañana los tres al casino a probar suerte. *Mrs. Price* tiene cara de tener suerte. A ver si ganamos una fortuna.

Siguió su charla, haciendo preguntas incesantes sin aguardar la respuesta.

Henry miraba por la ventanilla con la mano de su madre en la suya. *Mrs. Price* callaba. Comprendió Henry con amargura y dolor lo ocurrido durante los últimos diez años. Vio la vida llevada por su madre, vida que había sido lo que ocultaba su pretendida alegría, y aquel simulado valor tras el cual se escondía. Día tras día, mes tras mes, año tras año, cada vez más poseída por esta pasión, hasta que llegó a perder la razón, sin que nada le quedase sino unos pobres retazos de recuerdos que de ningún consuelo podían servirle. ¿De quién fue la culpa? ¿Cómo pudo ocurrir tal cosa? No supo hallar respuesta que aliviase la angustia y piedad que le oprimían el corazón. Llegó el coche a la casa. *Fanny-Rosa* comenzó a abrir torpemente la verja. Los perros desataron sus ladridos en el interior de la casa.

—Bueno está, preciosos, —aquí está vuestra mamá y vuestro hermano Henry también.

Echó a andar por el sendero del jardín. Henry se volvió hacia *Adeline Price*.

—Siento mucho lo ocurrido —le dijo.

—No se apure —contestó ésta—. Peor ha sido para usted que para mí. Si mañana le puedo servir en algo, no deje de decírmelo. Personalmente creo que lo mejor que podía usted hacer es llevarla a un sanatorio. Allí la cuidarían bien. Francamente, no

creo que deba usted dejar que siga así.

—No —contestó Henry—, no.

—Lo mejor que puede usted hacer ahora es acostarse. Descanse, y mañana puede pensarlo todo. A pesar de todo, la cena ha sido deliciosa. Buenas noches.

Se dirigió hacia su casa. Henry fue andando lentamente hacia la casa. Fanny-Rosa estaba arrodillada en el suelo, jugando con los perros.

—¿Han echado de menos mis chiquitines a su mamáíta? —estaba diciendo—. Pero... ¿y el platito que os dejé? Esa imbécil de criada supongo que se lo ha llevado, aunque le tengo dicho que no arregle este cuarto. Henry, pareces preocupado. ¿Te pasa algo?

—No, nada; pero quiero que te vayas a la cama.

—Me voy. Pero tengo que besar antes a los niños. ¿Te ha hecho la cama esa criada? Saqué sábanas limpias, pero me parece que se me ha olvidado airearlas.

—Sí, todo está perfectamente.

Permaneció ella en el umbral de la puerta de su habitación. La criada de *Mrs. Price* la había barrido y limpiado. El embozo de la cama estaba abierto. No pareció Fanny-Rosa darse cuenta de nada de esto. Tenía la mirada perdida, como si estuviese pensando en algo muy remoto. Estaba mordiéndose las uñas. Pensó Henry si un destello del pasado, un recuerdo, había venido a iluminar las sombras de la mente extraviada. Fue hacia ella y la apretó contra su pecho.

—Madre —dijo—, ¿qué te pasa?

Sonrió ella y le acarició la mejilla.

—Siempre el mismo, Henry, preocupándose de todos. Estaba pensando en una cosa extraordinaria. Esta noche no ha salido el nueve ni una vez. Pero ni una vez. Y le he estado jugando todo el tiempo.

Estaba sentado en la salita de Adeline Price hojeando una revista de la India. Los grabados nada le decían y las palabras mucho menos. Miró al reloj de la chimenea. Ya debería estar de vuelta. La cita era para las tres. Se levantó y comenzó a pasear por la habitación. La criada entró y sirvió el té. Pan y mantequilla. Berros. Mantecados caseros. Un tarro nuevo de jalea de guayaba. Y, por último, la resplandeciente tetera de plata. Oyó el ruido de un coche en la calle. Se asomó a la ventana, y vio a Adeline Price que acababa de pagar al cochero. No debió parecerle a éste bastante la propina, pues comenzó a protestar.

—Ni un céntimo más —dijo ella jovialmente—. No me venga con cuentos. Ha dado usted con la horma de su zapato.

Saludó a Henry con la mano y fue presurosa hacia la casa.

—Todos son igual —dijo—; se creen que todos los ingleses somos millonarios. ¿Trajeron el té?

—Sí —respondió él.

Entró en la habitación quitándose los guantes. Iba vestida de gris, con gran sencillez, pero con elegancia. Estaba encantadora.

—Bueno, todo está arreglado —dijo—; el médico es un hombre muy simpático y comprendió la situación perfectamente. Han pasado docenas de estos casos por sus manos. Me dijo que no tiene cura. Especialmente en una persona de la edad de su madre. Está de acuerdo que lo que va a hacer usted es completamente necesario.

Encendió una cerilla y la acercó a la lamparilla de alcohol. La tetera empezó a hervir. Adeline Price cogió un pedazo de pan con mantequilla. Cuando vio los berros frunció el ceño.

—¿Por qué ha traído eso? —dijo—. Sabe que no los tomo. En Francia son peligrosos. No los tome usted. En cuanto deja una de estar encima de estas criadas...

—¿Cómo es el sanatorio? —preguntó Henry.

—¡Oh!, muy simpático. Tiene un jardín grande, todo lleno de flores y árboles. Algunos enfermos estaban sentados en él. He escogido una habitación en la que estará muy cómoda, ya que dijo usted que no reparase en gastos. Es veinte francos más que las demás; pero supongo que no le importará.

—¡Por Dios!, no.

—Desde luego no la dejarán desordenarla como hacía en su casa —dijo *Mrs.* Price—. Los enfermos tienen que atenerse a ciertas reglas, y ésa es una de ellas. Es natural. Toda la casa brilla de limpia. Las enfermeras usan un uniforme verde, muy bonito y alegre. Me presentaron a la que está encargada de la habitación de su madre. Es una muchacha muy simpática y parece saber su oficio.

—¿Pareció comprender... por qué iba mi madre?

—Sí, sí. Me han dicho que la dejarán jugar a la ruleta, si ella quiere. Naturalmente, todo es fingido: ni dinero ni nada. Estos métodos modernos son muy



ingeniosos.

Henry se levantó de su silla y volvió a ir hacia la ventana.

—¿No quiere usted té? —preguntó ella.

—¿Es seguro que no se enterará? —dijo él—. No es como si estuviera completamente loca. Sabrá que la ruleta es de mentira, que la tenemos encerrada en una cárcel más o menos cómoda.

Mrs. Price estaba sirviendo el té.

—Le dirán que el sitio es un hotel —dijo—, una especie de sucursal del casino. Todo está pensado. Lo prepararé todo con el director. Éste dirá que a usted no le gustaba verla sola en casa y que ha dispuesto que vaya allí. Me ha asegurado que en cuanto pasen unos días se encontrará lo más a gusto.

Henry cogió impacientemente un libro y lo volvió a dejar.

—Si al menos tuviese la seguridad de que lo que hago está bien hecho —dijo—. Parecía feliz en esa casa, aunque estuviese sucia y descuidada. Y yo no le echo en cara el dinero que ha perdido en el casino. Si al menos eso le ha dado algo de felicidad y la ha impedido pensar en otras cosas.

Adeline Price apagó el infiernillo de la tetera.

—Si es eso lo que piensa usted, no tiene sentido el haberla enviado allí —dijo—; pero después de lo que ha pasado usted durante estos días, yo hubiera creído que sería usted más razonable. ¿Quiere usted que la vuelvan a echar del casino como hace cinco días? Además, no es responsable de lo que dice. Miente sin saberlo. El martes pasado le dije que se iba a la cama, y donde se fue resultó ser al casino. Ahora, si lo que usted desea es que termine un día en la comisaría... Porque no me importa decirle que así es como terminará.

Henry se dejó caer de nuevo en la silla.

—Tiene usted razón —dijo—; reconozco que tiene razón. Y, sin embargo, me causa un dolor terrible tener que hacer eso. Era tan cariñosa, tan divertida, tan amable. No puedo ni explicar lo que siento.

Adeline Price le sirvió el té.

—Vamos —dijo—, tómese una taza de té. No hay nada como una taza de té para levantar los ánimos. Convéznase de que su madre estará perfectamente en ese sitio. Allí tendrá amigos y charlará sobre el pasado, y usted puede marcharse a su casa sabiendo que está en buenas manos y que la atienden como es debido. ¡Ah! Me preguntaron si quería usted que le diesen un poco de vino por las tardes. Al parecer, eso es un extraordinario, lo mismo que el fuego en su alcoba en las noches frías. Dije que se lo preguntaría. Le enviarán la cuenta mensualmente, o puede usted pagar directamente por su banco. Esto ahorraría muchas molestias.

Extendió una poca de jalea de guayaba en su pedacito de pan.

—¡Cuánta molestia se ha tomado usted! —dijo Henry contemplándola—. Le digo francamente que no sé lo que hubiese hecho sin su ayuda. Me ha quitado usted una pesadilla de encima.

Adeline Price sonrió.

—Los hombres no sirven para nada en casos así. Mi marido era lo mismo. Incapaz de resolver cualquier dificultad. En cuanto le vi a usted tratando de entrar en casa de su madre el día que llegó, comprendí la clase de persona que era usted. Me alegro de haber estado asomada a la ventana. Lo que no comprendo es cómo se las ha arreglado durante todos estos años sin alguien que le cuidase.

—No sé —dijo Henry—. Supongo que no muy bien. Lo único que sé es que me sentía solo.

—Yo también me siento sola —dijo ella—; pero de un modo diferente, y, además, siempre encuentro algo que hacer. No soy de esas personas que se acoquinan fácilmente, gracias a Dios. Eso no tiene otro origen sino la falta de carácter.

Recogió el servicio de té en la bandeja y llamó al timbre.

—No crea, se lo ruego, que rae tomo la libertad de inmiscuirme en sus asuntos —dijo— si le digo que el médico opina que cuanto más pronto su madre vaya al sanatorio tanto mejor. Comprendo que esto tiene que ser muy penoso para usted, y por ello me ofrezco a ser yo quien la acompañe. Yo soy, al fin y al cabo, casi extraña, y esta condición evitará complicaciones sentimentales. Así, que si está usted de acuerdo, me llegaré ahora a su casa, la ayudaré a guardar las cosillas que desee llevar consigo, y la acompañaré en coche. Yo me las arreglaré para convencerla de que la llevo a un hotel anexo del casino, y verá cómo no surge ninguna complicación en absoluto. Le diré que tuvo usted que salir; pero que irá a verla por la mañana, a ver si está cómoda. ¿No cree usted que ésa es la mejor manera de arreglarlo todo?

Le sonrió otra vez, capaz, eficiente. Se sentía Henry impotente y entregado por completo a ella.

—No sé —dijo desesperado—. No puedo decidir nada sin pensar a los pocos segundos que debí hacer lo contrario.

—No se preocupe —dijo ella—; déjemelo todo a mí. Váyase a pedir la comida y espéreme abajo. Volveré en cuanto la deje instalada en el sanatorio. El elegir la comida le hará distraerse.

Le entregó el sombrero y el bastón y le empujó fuera de la habitación.

—Es usted un chiquillo —dijo—. No sé si se fía de mí.

—Sí me fío —protestó él—. Tengo una fe absoluta en todo lo que hace.

—Vaya entonces —dijo ella—, y no ponga esa cara.

Se dirigió Henry al restorán, recorriendo automáticamente calles y avenidas hasta llegar junto al mar. Le parecía todo un sueño; las casas, fantasmas; las gentes, sombras. Niza se le antojaba una ciudad extraña y hostil. El golpe sufrido al comprobar el estado de su madre le había mostrado con tanta fuerza como fealdad que su propia vida también carecía de cimientos. Nada le parecía seguro ni sólido. Hasta los niños, allá en Londres, carecían de realidad. Eran como pequeños fantasmas que se habían deslizado con él a través de los años. Nada había tenido realidad desde que abandonó Clonmere y echó la llave al pasado. Cuando oyó el sosegado mar

romper rumoroso sobre la playa inane, pensó en el vivo oleaje en la ensenada de su casa y en la marejada de la isla de Doon. Recordó los vientos suaves, el sol pálido y las nubes blancas sobre la cumbre de Monte Bravo. Pensó en el pequeño camposanto de Ardmore y en el pajarillo que adornaba el invierno con sus trinos. Todo aquello pertenecía al pasado. Ya nada tenía él que ver con ello.

Se sentó en el *hall* de uno de los grandes hoteles, para esperar a Adeline Price. Estuvo esperando una hora; dos; mas no llegó. Finalmente no pudo aguantar más; salió, saltó a un coche y ordenó al cochero que le llevase al sanatorio. Había oscurecido y no podía ver sino las interminables avenidas y los árboles. El mar batía la costa a lo lejos. Las ranas empezaban su nocturno croar. Era frío el viento.

Pasó el coche a lo largo de un alto muro y llegó a una gran puerta, Estaba cerrada. El cochero llamó y un portero miró a través de una estrecha mirilla.

—«Es una cárcel —pensó Henry—. Digan lo que digan, es una cárcel».

Pasados unos pocos minutos abrió el portero las puertas. El coche subió por una avenida larga y tortuosa, que la arboleda espesa tornaba sombría. Llegaron por fin al edificio. Se veían pocas luces. Ya estaban echadas las cortinas. Otro coche aguardaba frente a la puerta principal. Henry reconoció al cochero. Era uno de los que paraban en el punto de la plazuela cercana a la casa de su madre. Bajó Henry y preguntó al cochero si *Mrs. Price* y *Mrs. Brodrick* habían venido. El hombre dijo que llevaban allí más de una hora. Algo añadió acerca de horas extraordinarias que esperaba le pagasen. Henry le dio diez francos y el hombre se los guardó murmurando algo para sí. Henry llamó entonces a la puerta principal. Le abrió un hombre con una blusa blanca.

—Me llamo Brodrick —dijo Henry—. Soy el hijo de *Mrs. Brodrick*, que llegó aquí esta tarde.

—¡Ahí, sí; el número 34! —dijo el hombre en buen inglés—. Si viniese usted a la sala de visitas preguntaré lo que desee. ¿Quiere usted ver a su madre?

—Si me hace el favor —dijo Henry—. Había una señora con ella: *Mrs. Price*. ¿Podría quizá bajar a hablar conmigo?

El hombre le llevó a una gran habitación, a la derecha de la entrada. Estaba bien amueblada con sillas, mesas y libros. No había nadie en ella. Cuando aguardaba, una campana sonó avisando la comida. A través de la puerta entornada pudo oír a gente que iba en fila por el pasillo hacia el comedor. Vio un uniforme verde y la cofia blanca de una enfermera y a un vejete que caminaba con ayuda de muletas.

—Vamos, *Mr. Vines*, dese prisa —dijo alguien con acritud. Otros hablaban. Alguien reía con necia voz de flautín. Las pisadas y las voces se extinguieron, y una puerta se cerró a lo lejos. Henry continuaba esperando. Al cabo de un rato entró un hombre con

levita gris y un monóculo colgando de un cordón negro, quien extendió la mano.

—Soy el doctor Wells —dijo—. Siento que el director esté en Niza comiendo; estoy sustituyéndole esta noche. ¿Es usted el hijo de *Mrs. Brodrick*? Hemos tenido un pequeño contratiempo; pero no hay motivo para que se preocupe. Su amiga, *Mrs. Price*, lo ha resuelto admirablemente.

—¿Contratiempo? ¿Qué quiere usted decir?

—*Mrs. Brodrick* llegó algo... confundida. Muy natural. Ocurre a menudo. Pero su amiga está con ella y la enfermera de servicio es una mujer excelente. Pensamos que mejor sería subirle la comida la primera noche y luego mañana podrá ir al comedor. Creo que *Mrs. Price* va a bajar ahora.

Se volvió hacia la puerta a tiempo que *Adeline Price* entraba en la habitación. Parecía tranquila y sosegada como si nada la hubiese perturbado.

—Todo arreglado, —dijo—; ahora está completamente tranquila. La he dejado enseñando fotografías a la enfermera. Le han subido una comida excelente, bien guisada y bien servida. Debo decirle, doctor, que cuidan ustedes bien a sus enfermos.

El doctor Wells sonrió, jugueteando con su monóculo.

—Los detalles tienen gran importancia, —dijo.

*Adeline Price* miraba fijamente a *Henry*.

—¿Por qué ha venido? —dijo en son de reproche—. ¿No le dije que fuese y me esperase en el hotel?

El doctor sonrió.

—Sin duda *Mr. Brodrick* estaba preocupado, —dijo afablemente—, y quizás ya que está aquí sería bueno que diese las buenas noches a su madre. Así quedaría tranquilo al verla instalada tan cómodamente.

—Si, me gustaría hacerlo, —asintió *Henry*.

*Adeline* frunció el ceño.

—¿Es prudente? —dijo—. ¿No se excitará al verle?

—No creo —dijo el médico—; al contrario. Desde luego le daremos un calmante para que duerma, ya que es la primera noche y extrañará muchas cosas.

—Le esperaré en el coche —dijo bruscamente *Adeline Price*—. No tengo para qué volver a subir.

Salió de la habitación con cierta brusquedad. *Henry* siguió al médico.

Los pasillos estaban encerados, sin alfombras; las paredes, verdes, como los uniformes de las enfermeras. Una joven enfermera le sonrió en el descansillo. Parecía bondadosa y simpática. *Henry* se agarró a esto como a un salvavidas.

—¿Son jóvenes muchas de las enfermeras? —preguntó—. ¿Asistirá a mi madre ésa con quien nos hemos cruzado?

—La encargada le dirá eso mejor que yo —dijo el doctor—. Lo preguntaré si le interesa. Número 34. Ésta es la habitación de su madre.

Llamó a la puerta. Abrió una enfermera con gafas, corpulenta y de cierta edad.

—¿Quién es? —dijo con acritud—. ¡Ah!, ¿es usted, doctor? Perdona. ¿Entra usted?

El doctor Wells cuchicheó en su oído.

—*Mr. Brodrick* —dijo— viene a dar las buenas noches a su madre. No estará más que unos minutos.

—Está bien —dijo la enfermera—; pero quiero lavarla y prepararla para la noche lo antes posible. Esta noche tenemos mucho trabajo.

—Son sólo las ocho —dijo Henry—. Mi madre está acostumbrada a permanecer levantada hasta media noche, y aun más tarde.

La enfermera empezó a hablar, pero el doctor la interrumpió.

—Es sólo esta noche —dijo—. Mañana estará con los demás haciendo una vida normal.

Henry entró en la habitación. Era verde como el corredor, pero tenía una ventana grande y había esteras de colores por el suelo. Las cortinas eran amarillas con flores verdes. La habitación era más pequeña de lo que había imaginado. Había un sillón en el rincón. Su madre estaba sentada en la cama contando algún dinero de su bolso. No le vio entrar. Había extendido monedas sobre las ropas de la cama y hablaba para sí. Le colgaba el pelo por la espalda como una nube plateada. De pronto le vio y extendió los brazos.

—¡Hijo mío! —exclamó—. Me habían dicho que no estabas, que no podía verte.

Se inclinó él sobre la cama y le cogió la mano.

—He venido para decirte buenas noches —dijo.

Ella afirmó con la cabeza y luego guiñó señalando la puerta.

—Gente rarísima —cuchicheó—. Creo que están todos locos. La doncella estoy segura que es una enfermera. Insistió en tomarme la temperatura. Supongo que es uno de esos balnearios de que he oído hablar; pero no sabía que el casino tuviese nada que ver con esa clase de establecimientos. *Mrs. Price* dice que puedo ir a la sala de la ruleta por la mañana.

—Sí.

—¿No va a costar esto demasiado? Tú sabes lo manirrota que soy.

—No. Yo lo arreglaré.

—¡Siempre tan bueno conmigo! Pero yo hubiese estado perfectamente en casa, ¿sabes? No había necesidad de todo este jaleo.

Volvió a meter el dinero en su bolso.

—*Mrs. Price* dice que aquí tienen un sistema curioso —dijo—. Te dan las fichas sin tener que dar dinero a cambio. ¡No sé! Me parece raro. ¿Cómo están los niños, Henry? ¿Se acordará alguien de darles de comer?

—¿Qué niños?

—Los perros, hombre. Me echarán mucho de menos; no comprenderán por qué no vuelvo. Una semana les va a parecer mucho tiempo.

No dijo nada Henry, pero continuó con la mano de su madre entre las suyas.

—Pon la fotografía de Johnnie en la repisa —dijo súbitamente— para que esté de cara a mí. Sí, así está mejor. Parecía siempre tan enfadado de uniforme, y tan guapo... Henry.

—¿Sí?

—Ten cuidado de tu chico. Yo no lo tuve de Johnnie —había levantado la vista hacia él con sus ojos verdes asustados—. No puedo olvidarle —dijo—; por eso voy al casino. Tiene una que hacer algo. John era tan bueno; tu padre, quiero decir. Tan apacible, tan bondadoso. Todo lo comprendía. Sin él me he encontrado siempre perdida... y muy sola. ¡Erais tan pequeñitos cuando murió! Algunas veces pienso si no hubiera sido mejor haberme vuelto a casar —luego sonrió y se pasó la mano por el pelo—. ¡Qué tonta soy —dije— diciendo locuras!... En cuanto a esta gente, tengan o no tengan un sistema nuevo, no me sacarán un céntimo. Les voy a enseñar cómo se juega a la ruleta. Aquí no se van a aprovechar de mí como en el casino.

Entró la enfermera.

—Bueno, *Mrs. Brodrick* —dijo—, tenemos que ir pensando en lavarnos, ¿no?

Fanny-Rosa le guiñó a Henry.

—¡Qué tonta! —le dijo en voz baja—. Me trata como si fuese una niña. ¡Bueno..., si eso la divierte!

Henry la besó en la cabeza. Sabía que jamás la volvería a ver.

—Buenas noches. Que duermas bien —dijo.

Le retuvo ella un momento, luego se echó a reír y le dejó marchar.

—La vida es divertida —dijo Fanny-Rosa—; procura no tomar las cosas en serio, Henry. El mucho cavilar es una equivocación.

Le siguió con la vista hasta que salió de la habitación.

El doctor estaba en la puerta aguardando inmóvil.

—Ya ve —dijo—, está cómoda y tranquila. No hay motivo para que se preocupe. *Mrs. Price* ya ha arreglado todo lo referente a los extraordinarios.

—Gracias —dijo Henry—, gracias..., sí.

Le estrechó la mano y cogió su sombrero y bastón. Subió al coche que aguardaba. Adeline Price estaba sentada en el rincón.

—Pagué al otro —dijo—. Me pareció inútil tener dos coches. ¿Qué tal la ha encontrado? ¿Bien?

—Sí —contestó él—, creo que sí.

El cochero arreó al caballo. Echó el coche a andar por la sombría avenida.

—Debe usted estar cansada —dijo Henry.

—Ni pizca. Lo que tengo es hambre. ¿Y usted?

Salió el coche de la avenida a la carretera. Cerróse tras ellos la sólida verja con estrépito.

—Estaba pensando mientras le aguardaba —dijo Adeline Price— si puedo hacer algo más por usted. ¿Qué piensa hacer?

Henry se volvió a ella en la oscuridad.

—¿Hacer? —dijo, agotado—. No lo sé. ¿Qué planes podría tener?

El caballo trotaba por el empedrado. El cochero restallaba la fusta. A lo lejos, el mar se estrellaba contra la costa. Henry pensaba en el largo viaje en tren, el paso del mar, la casa de Lancaster Gate, y Molly, Kitty y Hal y la pobre cojita, Lizette. Se sintió muy solo, muy cansado.

—¿Quiere usted casarse conmigo? —dijo lentamente.

# LIBRO QUINTO



## Hal, 1874-1895

# 1

Lo mejor del colegio de Eton, pensaba Hal, era que no se metían con uno. A nadie le importaba si no estudiaba. Había innumerables normas y reglamentos, desde luego, y a ciertas horas se tenía que estar en determinados lugares; pero no obstante de estas cosas, existía una libertad que permitía pasarlo bien. Podía ir a pasear solo, sin que nadie le preguntara qué hacía o dónde iba, y tenía una habitación para él solo. Esto, quizá, era lo mejor de todo. Uno o dos de sus propios cuadros colgaban de la pared, firmados con sus propias iniciales en el ángulo: H. E. L. B. Uno de sus compañeros le preguntó una vez quién lo había pintado, y Hal mintió sin dudar, diciendo que eran de un tío suyo que había muerto. Le parecía que sus pinturas no eran lo bastante buenas para reconocerlas como suyas. Pero cuando estaba en su habitación sólo por la noche, cogía la vela y las miraba de cerca con un secreto orgullo. Eran creaciones suyas, cosas salidas de sus manos, y porque él mismo las había hecho, las amaba. Algún día pintaría cuadros que podría mostrar a todos; pero hasta que ese día llegase era mejor esconder lo que hacía, no fuera a ser que la gente se riera de él y no le comprendiera. Su madre jamás se había reído. Siempre le había comprendido. Ahora que ya no estaba con él, deseaba que su padre ocupase su puesto, de manera que lo que pudiese lograr fuera para él motivo de orgullo y delicia. Si su padre tuviese fe en él, se sentía capaz de vencer todas las dificultades. Lo malo era que su padre le inspiraba vergüenza. Solían sentarse juntos en el salón de la casa de Londres, sin hablar palabra, leyendo *The Times* su padre y Hal mirando al suelo. Cuando su padre hablaba lo hacía en el tono jovial que emplean los adultos con los muchachos y con los perros. Era el tono de quien acaricia a un perro, le dice unas palabras cariñosas y un momento después le olvida. Algunas veces le preguntaba su padre por sus pinturas, tratando de mostrarse interesado; pero era tan evidente el esfuerzo y tan imposibles de contestar las preguntas, que Hal respondía cualquier cosa, tras lo cual volvían ambos a callar. Esperaba su padre unos minutos a que Hal dijese algo más; pero como éste callara, volvía a coger el periódico o se ponía a hablar de las chicas o de cualquier otra cosa. Pronto llegaron las vacaciones de marzo. Coincidieron con la vuelta de su padre de Francia. Había estado fuera de Inglaterra casi dos meses.

—Papá llega esta noche —dijo Molly, que con *Miss Frost*, Kitty y Lizette fueron a esperar a Hal a la estación—, viene con alguien, pero no sabemos quién. Es un misterio. Ni *Miss Frost* lo sabe. Yo creo que es la abuelita; pero Frostie dice que no puede ser, porque papá decía en su última carta que estaba enferma.

—Sea quien sea debe de ser muy importante —dijo Kitty—, porque han preparado el cuarto grande junto al de papá. Ojalá sea tío Tom o tía Harriet. Hace tanto tiempo que no los vemos...

—Lo que es de esperar es que no se quede mucho tiempo —dijo Molly—, para que podamos estar a gusto, en vez de tener que darle conversación durante las comidas. ¡Cómo has crecido, Hall! Vas a tener que hacerte un frac. Y estás más

delgado que nunca.

—Es porque no tengo a Frostie que me haga comer a la fuerza —dijo sonriendo—. En Eton nadie se mete con uno porque no coma.

—Quizá no —dijo *Miss Frost*—; pero en el colegio tendrás que portarte bien, y no como en casa.

—Nada de eso —exclamó Hal—. Allí hago lo que quiero.

Cuando llegaron a Lancaster Gate pagó Hal el coche, dándose mucha importancia, aunque *Miss Frost* tenía ya preparado el dinero.

—Deja, Frostie —dijo—. Ya no soy un niño.

Se echó al hombro la maleta y la subió al piso de arriba, dándose cuenta, ahora que había vuelto, que siete semanas en Eton le habían hecho cambiar de manera difícil de explicar. Se sentía mayor, con más responsabilidad, y también las muchachas le miraban con nuevos ojos, como si se hubiese convertido en alguien de importancia. Le siguieron hasta su habitación, donde deshizo el equipaje. Lizette les siguió arrastrando su pie deforme. Le dio Hal una cabeza de gato que había pintado para ella, lo que la hizo prorrumpir en gritos de júbilo. También había hecho dos apuntes, uno del colegio y el otro del río, para Molly y Kitty.

—¿Y no has pintado nada para papá? —preguntó Molly.

Hal vaciló un momento y luego sacó un paquetito del fondo de la maleta.

—¿Os acordáis de la fotografía que tengo del retrato de mamá? —preguntó.

Las muchachas dijeron que sí.

—Pues bien; le pedí prestada una lupa a uno de mis compañeros y he pintado una miniatura, copiándola —dijo—. Desde luego, comparada con el cuadro original, no vale nada...

Desenvolvió el papel y alargó a sus hermanas un marquito redondo.

—Encontré un marco del tamaño justo en una tienda de Eton —dijo.

Miraba Katherine a sus hijas desde el cuadrado. Allí estaba el pelo oscuro, con el moño bajo, y los ojos graves y serenos.

—He pensado que debe sentir papá tener el retrato en Clonmere y no verlo nunca. Éste se lo recordará por lo menos.

Las muchachas examinaron la miniatura en silencio.

—Está muy bien —dijo Molly—; está mejor que la fotografía.

—¿De verdad? —preguntó Hal—. ¿Crees que le gustará?

—¡Ojalá fuese mía! —dijo Kitty—. No tengo más que una fotografía muy mala de mamá.

—Déjame ver a mamá —dijo Lizette.

Molly la subió en sus rodillas y le enseñó la miniatura.

—¡Qué pena que no conociese a mamá! —dijo Kitty—. Déjala, Lizette, no la vayas a estropear. ¿Se la podemos enseñar a Frostie?

—No —dijo Hal súbitamente—. Vamos a guardarla. No sé si dársela o no a papá.

Ahora que la había mirado de nuevo, le parecía la miniatura más suya, más

íntima, convirtiéndose inesperadamente en algo precioso que los demás no debieron tocar.

Comieron todos en el cuarto de estudio y por la tarde fueron al museo de figuras de cera, yendo en autobús hasta Marylebone Road y volviendo a casa a la hora del té.

—Tomaremos el té en el comedor —dijo Molly— y daremos a papá una verdadera bienvenida. Es una lata lo del visitante, pero no tiene remedio.

—Yo —dijo *Miss Frost*— merendaré arriba, con la niñera y *Lizette*. Cuando llegue vuestro padre querrá estar solo con vosotros.

—¡Oh, Frostie! Eres una cobarde —rió Hal—. Lo que te pasa es que tienes miedo a la visita. Pero quédate, ya te protegeré yo.

Pero *Miss Frost* insistió. A las cinco en punto Molly, Hal y Kitty se reunieron en el comedor. Hal manoseaba el paquetito de su bolsillo. No podía decidirse a dárselo a su padre. Se sentía nervioso y emocionado. Le hubiera gustado tomar el té arriba, con Frostie, *Lizette* y la niñera. Le preguntarían cosas de Eton delante de la visita y contestaría alguna tontería.

—¡Aquí está el coche! —dijo Kitty que había estado mirando por la ventana—. Y viene también uno de alquiler cargado de baúles. ¿De quién serán? Papá no se llevó más que un baúl y una maleta cuando fue a ver a la abuelita.

—Serán de quien venga con él —dijo Molly—. No sé dónde vamos a meter tanto equipaje. Y procura no tragarte la lengua. ¡Hola!, ¡papá!

Abrió la puerta de la calle y bajó a saltos los escalones para recibir al viajero. Kitty la seguía no menos presurosa. Hal se quedó atrás, hundidas las manos en los bolsillos. ¿Le besaría su padre, ahora que ya había entrado en Eton, o le daría la mano? En aquel momento bajó del coche una señora elegantemente vestida, que dio la mano a las niñas. Llevaba un sombrero negro adornado con alas de pájaro. No la conocía. Sintió Hal una desilusión. Había esperado que el acompañante de su padre fuese tío Tom, venido de Doonhaven... Se adelantó lentamente hacia su padre y le ofreció la cara para que éste la besara. No se dio cuenta de su gesto.

—¡Muy bonito! —dijo Henry cogiéndole de los hombros y haciéndole dar la vuelta—. ¿No sabes que hay que saludar antes a las señoras? Adeline, éste es Hal, que por cierto necesita cortarse el pelo. A ver, uno de vosotros, decid a las criadas que salgan por el equipaje. Y vamos a tomar una taza de té, que los dos venimos soñando con ella.

La visitante hablaba animadamente con Henry, con quien parecía tener gran confianza. Una vez más pensó Hal que preferiría merendar en el cuarto de estudio. Estaban ahora hablando acerca del cuantioso equipaje. La señora indicó las cosas que necesitaría en su cuarto.

—Lo demás lo pueden guardar donde sea —dijo—. Los dos baúles grandes no los necesito; no tienen más que cosas de verano.

Una doncella de cara bermeja se inclinó para coger un portamantas, del que sobresalían algunos bastones y sombrillas.

—Te enseñaré la casa después de merendar —dijo Henry—, y si hay algo que no te guste, se cambiará. ¿Vosotros tomaréis el té arriba?

—No —dijo Molly rápidamente—, lo tomaremos en el comedor contigo. Hemos preparado el servicio de plata y todo.

Henry miró a su compañera de viaje.

—Un recibimiento por todo lo alto —dijo—. Ven, siéntate.

Estaba la desconocida examinando los cuadros de las paredes con ojos críticos.

—No sabía que te gustasen los primitivos italianos, Henry —dijo—. Estas vírgenes lánguidas me ponen de mal humor. Parece como si necesitasen comer más y hacer más ejercicio.

Henry rió. Todo lo que la desconocida decía le hacía reír. Ante el asombro de todos, se sentó ésta en el sitio de Molly, a la cabecera de la mesa, enfrente del servicio de té.

Molly se puso roja y Hal volvió la cara porque le dolía ver a su hermana sufrir. Sabía la ilusión que se había hecho de poder servir el té y hacer de señora de la casa. Su padre pareció no darse cuenta de nada. La visitante empezó a servir el té.

—Bueno, ¿qué habéis estado haciendo todos? —dijo Henry—. Lo de siempre, supongo: alemán, francés, baile, música. No sabes, Adeline, el dinero que me gasto en educar a estas mocosas.

—Esperemos que lo aprovechen —dijo la visitante. Y volviendo a Kitty, le hizo una pregunta en francés. Ahora le tocó a Kitty el turno de desconcertarse.

—Lo siento —dijo—, pero no comprendo.

La visitante se echó a reír.

—¿No decías que lo hablabas de corrido? —dijo—. Me parece que estabas presumiendo. Hal, ¿crees que podrías dejarme un bollo? ¿O los tienes ya acaparados?

Le brillaban los ojos azules al sonreír. Tenía los dientes muy blancos. Hal masculló una disculpa y le ofreció el plato a través de la mesa.

—En las nubes, como de costumbre —dijo su padre—. ¿Sabes lo que le pasa, Adeline? Está estudiándote para hacerte luego un retrato. Ya te he dicho que es el artista de la familia.

Sintió Hal que se le encendían las mejillas. Se acercaba el momento temido: no tardarían en comenzar a hacerle preguntas.

—Un hermano mío pintaba de pequeño —dijo la intrusa—, pero no volvió a acordarse de su afición en cuanto fue al colegio. Allí no tendrás mucho tiempo para esas cosas, ¿verdad, Hal?

—Sí tiene —dijo Kitty apasionadamente—. Ha pintado dos cosas preciosas para mí y para Molly, y otra todavía más bonita para papá.

—¡Caramba! ¿De veras? —exclamó Henry—. Vamos, Hal. ¿Dónde está?

—No es nada —contestó Hal—. No está muy bien; no sé si te gustará.

Tropezó torpemente con su taza y el té se vertió sobre el mantel.

—¡Pronto, un plato, Molly —gritó la desconocida—, o manchará la mesa! Dile a

una criada que traiga un paño. ¡Qué barbaridad! Si quieres ser pintor, Hal, te hará falta mejor pulso.

Estaba de pie, confuso, sin saber qué hacer, odiándola y odiándose por su propia torpeza.

—Déjalo y siéntate —dijo su padre con impaciencia—. No te estés ahí con la boca abierta. Dime algo de Eton. ¿Qué amigos tienes? —No tengo ninguno— dijo Hal. —¡Hombre!— dijo Henry, —alguno ya te será más simpático que los demás.

Concedió Hal que había uno llamado Brown que le gustaba mucho.

—¿Brown? ¿Qué Brown? En mis tiempos no había ningún chico de ese nombre. ¿Qué hace? ¿A qué juega?

—No hace nada.

—Un chico muy interesante —dijo Henry—. Vamos, di algo más.

La desconocida reía y guiñaba a Henry a través de la mesa. Hal apretó los puños hasta clavarse las uñas en las manos. Estaba decidido a no contestar a más preguntas.

—Me parece que mi familia no se está luciendo —dijo Henry—. Molly parece enfadada; Kitty resulta que no sabe ni una palabra de francés, y mi hijo y heredero vierte el té sobre el mantel y no sabe decirnos nada de su primer curso en Eton, excepto que hay allí un ser extraordinario llamado Brown que no hace nada en absoluto. Adeline, me desdigo. Retiro todo lo que te dije en Niza.

Los niños tenían los ojos clavados sobre sus platos. Les desconcertaba el tonillo jocoso y zumbón de su padre. ¿Por qué hablaba así con aquella mujer llamada Adeline, que les miraba fijamente con sus ojos azules como si todo le pareciera mal, y a quien no le gustaban los cuadros italianos de las paredes?

Se abrió la puerta en aquel instante y entró Lizette. Traía puesto un vestidito blanco para celebrar la ocasión y venía peinada con el pelo recogido por dos lazos blancos. Quedóse junto a la puerta mordiéndose un dedo.

—¡Hola, *peque*! ¿Qué hay? No me mires así, que no te voy a comer —dijo la visitante.

Lizette miró a Kitty. Nadie en la casa la llamaba *peque*.

—Viene por su terrón de azúcar —dijo Molly—. Ven aquí, guapita mía; Molly te lo va a dar a ti.

Se acercó la niña a la mesa cojeando. Hal vio que la visitante se fijaba con curiosidad en el pie deforme y en la botita alta.

—Debería hacer una gimnasia especial —dijo a Henry—. Una vez conocí a un cojo de nacimiento que se curó así. Ahora, que hay que tener mucha constancia. Una hora diaria bajo la vigilancia de un especialista. Ya me encargaré yo de eso.

Miraba Lizette fijamente a la extraña mientras comía el azúcar. Comprendió que estaban hablando de su pie y no le gustaba.

—¿Se va a ir pronto esa señora? —preguntó a Molly.

Todos hicieron como que no habían oído. Molly se inclinó y le dijo algo al oído.

Hal, todavía contemplando su plato, se preguntó si su padre estaría mirando a

Lizette de aquel modo extraño, pesaroso y medio avergonzado, con que algunas veces lo hacía. Hal sabía ya que si Lizette no hubiese nacido, su madre no hubiera muerto; pero no le gustaba pensar en estas cosas. Que la gente tenía hijos era evidente; pero cavilar sobre tal tema le resultaba desagradable, y muy particularmente si «la gente» eran sus padres.

Se levantó la desconocida.

—¿Quieres que veamos ahora la casa? —dijo animadamente.

—¿Por dónde quieres empezar? —preguntó Henry.

—Por el sitio más importante: la cocina —respondió.

Molly vaciló y miró a su padre.

—No creo que hayan acabado de tomar el té los criados —dijo—. Nunca bajamos allí a estas horas; no le gustaría a *Mrs. Sester*.

—*Mrs. Sester* tendrá que aguantarse —dijo Henry—. Vamos, *Adeline*. Desde este momento todo queda a tu cargo. Yo me lavo las manos.

Se echó a reír como si fuera un gran chiste.

—Mientras vas a la cocina yo voy a saludar a *Miss Frost* y a la niñera para darles la noticia —añadió.

Subió las escaleras silbando. Molly y la visitante salieron al vestíbulo y pasaron por la puerta que daba al piso bajo. Hal y Kitty se miraron a través de la mesa del comedor.

—¿Qué ha querido decir? —dijo Kitty—. ¿Qué es lo que va a decir a *Miss Frost*?

—No sé —dijo Hal—. Es muy raro. —Puede que sea que nos vamos a *Clonmere* y que esa señora se va a quedar con esta casa. Por eso irán a enseñárselo todo, hasta la cocina. ¡Hal, qué estupendo! ¿Crees que es eso?

—¡Ojalá! —respondió Hal—; puede ser. Quizá volvamos allí para Pascua y los Boles se vayan.

Surgió una esperanza en el corazón de ambos. Kitty corrió por la escalera detrás de su padre. Hal entró en la sala. Sacó la miniatura del bolsillo y la contempló de nuevo. Si iban a volver a casa podría compararla con el original de *Clonmere*. Qué tonto había estado durante la merienda, tirando el té y hablando de aquel *Brown*, con quien había ido de paseo un domingo. Quizás el regalo de la miniatura haría que su padre le perdonase. Esta demostraría que algo sabía hacer al fin y al cabo, y también sería un procedimiento de decir a su padre, sin decírselo, que comprendía lo solo y triste que se encontraba a veces.

Decidió que fuese el regalo una sorpresa. Lo pondría en un sitio donde su padre lo encontrase inesperadamente. Fue al escritorio y escribió en un pedazo de papel: «De tu querido hijo Hal». Y sacando la miniatura de su bolsillo la envolvió en el papel y la puso al lado de la mesa. Luego fue a sentarse al lado del fuego y se puso a pensar sobre la vuelta a *Clonmere*. Kitty debía de tener razón. Eso lo explicaría todo; hasta el motivo de que aquella *Adeline* hubiese traído tantos baúles. *Clonmere*, la habitación de la torre, los caballos, los perros, el viejo *Tim*, el bosque y la ensenada, tío *Tom* y

tía Harriet. Volvía todo a ser como antes, aunque mamá ya no estuviese con ellos. Volvería a tener significado la vida. Saldría de paseo en barca por la ensenada. Cazaría liebres en la Isla de Doon. Pintaría un cuadro de Monte Bravo.

Entró Kitty en la habitación con cara de misterio y los ojos muy abiertos.

—Frostie está llorando —dijo—. ¿Qué le habrá dicho papá? Ha ido al cuarto de esa señora. La he visto entrar con esa cara que pone cuando está disgustada. ¿Será posible que Frostie no quiera volver a casa?

Calló, interrumpida por la llegada de Henry seguido de Molly. Venía ésta muy pálida. Henry cerró la puerta. Se quedó de pie junto a la chimenea. También él parecía intranquilo y preocupado, como si no comprendiera lo que le pasaba a Molly.

—Tienes que hacerte cargo, hija mía —le dijo—. Ha sido más por vosotros que por mí por lo que he hecho esto. ¿Crees que todos estos años han sido agradables para mí?

—Éramos felices como estábamos —dijo Molly—, no nos hacía falta nadie más.

Empezó a llorar como una chiquilla, a pesar de sus quince años. Kitty corrió hacia ella y se quedó a su lado. Hal miraba fijamente a su padre sin decir nada.

—Es extraordinaria —dijo Henry—, trabajadora e inteligente. Lo que ocurre es que estáis mal acostumbrados. Todos os creéis con derecho a hacer lo que os viene en gana: los criados, *Miss Frostie* y vosotros. Ella se encargará de remediarlo. Si es que me tenéis algún cariño, os debierais alegrar. Pronto aprenderéis a quererla; lo sé. No podéis figuraros todo lo que ha hecho por mí.

—Tú y Kitty no estabais cuando se lo he dicho a Molly —prosiguió Henry, consciente de las miradas de su hijo—. Me casé con *Mrs. Price* en Niza hace quince días. Ha sido una amiga admirable para mí. Algún día, cuando seáis mayores, os lo contaré todo. Mientras tanto os pido que la recibáis bien y que estéis cariñosos con ella. A Molly, no sé por qué, parece no haberle sentado bien. Eso no quiere decir que yo la quiera menos.

¡Una madrastra! Hal siguió mirando fijamente a su padre.

Molly continuaba llorando, mordiéndose y retorciendo los picos de su pañuelo. Tenía los ojos rojos e hinchados.

—Más vale que te vayas a tu cuarto —dijo Henry desesperado—. Si *Adeline* te ve así no sé lo que va a pensar. Bonito recibimiento me habéis hecho. ¡Ojalá nos hubiésemos quedado en Niza!

Empezó a pasear por la habitación.

—¿Va a vivir aquí siempre? —dijo Kitty—. ¿Es eso por lo que trajo todos esos baúles?

—Claro que vivirá con nosotros —dijo Henry impaciente—. Ahora es *Mrs. Brodrick*. Vosotros podéis llamarla *Adeline*.

Molly salió corriendo de la habitación. La oyó Hal subir corriendo la escalera. Luego el portazo de su cuarto. Kitty la siguió. Ya estaba solo con su padre. Permaneció callado; le ahogaba la angustia. De la habitación de encima llegaba el



ruido de baúles al ser arrastrados por el suelo y un murmullo apagado de voces. El relojito de oro sobre la repisa de la chimenea contaba los segundos con voz apresurada y penetrante.

—Lo he hecho por vosotros —repitió Henry—. Deberías comprenderlo. Tus hermanas necesitan una mujer educada que se ocupe de ellas. *Miss Frost* no vale para nada. Tú eres distinto, pues estarás en Eton la mayor parte del tiempo. Además, cuando tengas mi edad, comprenderás lo que es sentirse solo. Quedó la frase sin terminar. ¿Qué estaba diciendo? ¿Pidiendo comprensión a este chiquillo de catorce años, para quien era imposible adivinar la tremenda soledad que le había atormentado aquellos últimos años? Días vacíos, noches desamparadas... Ahora podía borrarlas de su memoria y comenzar a vivir de nuevo.

—Es muy duro para un padre —dijo— quedarse solo, sin nadie que le ayude a resolver los problemas de sus hijos. A mi madre le pasó lo mismo. Hoy comprendo lo mucho que tuvo que sufrir. Tus tíos y yo no podíamos comprenderlo; pero ahora veo que fuimos para ella más carga que consuelo.

Hal seguía callado. Continuaba mirando fijamente a su padre con ojos vacíos de expresión.

Henry se dirigió a su escritorio, lo abrió y empezó a mirar el montón de cartas que se habían acumulado durante su ausencia. Las abrió una por una, sin apenas leerlas. Estaba escuchando las pisadas firmes y vivaces de *Adeline* en la alcoba de encima, mientras deshacía el equipaje, y el ruido de los criados que iban y venían con el resto de los baúles. Un papel y un paquetito atrajeron de repente su atención: «De tu querido hijo Hal». Lo cogió, y miró hacia el muchacho.

Empezó a desenvolver el papel.

Hal no se movió; no hizo ningún esfuerzo para detenerle. No hubiera podido ni moverse ni hablar. Estaba de pie en medio de la habitación, mudo, impotente, doliéndole el corazón, con una angustia extraña que no acertaba a comprender.

Ya estaba Henry mirando la miniatura. El papel que la envolvía se posó en el suelo. Hal le miraba atentamente; pero no vio sino que su padre apretó la boca y que dos líneas aparecieron bruscamente en las comisuras de sus labios. Le pareció a Hal que nunca iba su padre a dejar de contemplar la miniatura. El tictac del relojito sonaba ahora con estruendo. Pasó un coche por la calle. Un pedazo de carbón se derrumbó en la chimenea con súbito ruido. Comenzó a hablar su padre. La voz sonaba remota, como si hablara desde muy lejos.

—Está muy bien —dijo—. Está muy bien; gracias, Hal.

Abrió un cajoncito del escritorio y puso dentro la miniatura. Luego eligió una llave del llavero de su cadena y cerró el cajón.

—Sube con Molly, anda —dijo—, y haz que no se note que ha llorado. Cenaremos a las siete y media, puntualmente; así que debéis estar dispuestos y vestidos cinco minutos antes, para no hacer esperar a *Adeline*. No le gusta cenar tarde.

—Sí, papá —dijo Hal.

Aguardó un momento; pero Henry no le miró. Se había vuelto y tenía la mirada fija en el fuego. Hal abandonó la habitación y subió rápidamente las escaleras hasta el primer piso. La puerta de la habitación de respeto estaba abierta. Encima de una silla había un montoncito de papeles de seda cuidadosamente doblados. En el tocador vio un juego de cepillos de plata. Un extraño traje de noche, negro, estaba sobre la cama. Se oía correr el agua en el cuarto de baño de su padre. Hal subió, ahora lentamente, hasta el segundo piso.

Las chicas lo pasaron peor. Hal estaba en el colegio; pero ellas hubieron de sufrir y soportar todos los cambios. Molly y Kitty tuvieron que ver marchar a la pobre Frostie. Una suiza odiosa ocupó su puesto. Lizette tuvo cinco niñeras diferentes en nueve meses, pues ninguna parecía cuidar su pie «como es debido». Llegaban al colegio las cartas de Molly, a veces furiosas; otras, sencillamente desgraciadas.

«No vemos nunca a papá a solas —escribía—. Parece que está pegado a él con cola; y si se levanta y sale de la habitación, le sigue. A la hora de las comidas, le habla todo el tiempo sin hacernos caso, y si Kitty o yo queremos decir algo, nos mira como si nos fuese a matar. Ha cambiado todos los muebles del salón y ha hecho unas fundas para las butacas, que a Kitty y a mí nos parecen horribles, y estoy segura que a papá también; pero no lo dice. Parece que no puede contra ella».

## 2

Su padre, que siempre había sido para él un ser extraordinario, tan digno de confianza, tan fuerte, era ahora, al parecer, un hombre que no contaba en la casa. El dios había caído de su pedestal. No tenía voluntad ni imaginación propias. Dijese lo que dijese Adeline, con su vos jovial y franca, él le hacía eco, no por convicción, sino porque era más sencillo. Solamente una vez fueron juntos a visitar a Hal en Eton, y ese día fue un fracaso. Comenzó por criticar de su cuarto y luego pasó a encontrar defectos en el mismo Hal.

—No te echas para adelante —le dijo—, tienes los hombros caídos, y es de esa manera de andar que tienes. Henry, este muchacho está demasiado pálido. Debería dar buenas carreras. ¿Por qué no te haces de los *beagles*<sup>[10]</sup>?

—No me gusta —respondió Hal.

—En verano, desde luego, tendrás que jugar al *cricket*. ¡Oh! Pero, ahora que me acuerdo, a ti lo que te gusta es remar, ¿no? Supongo que porque hay que trabajar menos. Los chicos son todos igual.

Siempre hablaba de aquella manera saltarina y vivaz, característica de su manera de ser, y que hacía imposible la respuesta. Mientras hablaba iba examinando el cuarto. Vio los cuadros que decoraban las paredes, y advirtió Hal que un gesto de ironía le fruncía la boca.

—Supongo que estás estudiando para la Academia —dijo—. Aquel árbol está un poco desdibujado, ¿no? No es que yo sea juez en esta materia; pero noto que una línea está mal cuando lo veo —rió, volviendo la cabeza hacia Henry—. Si es así Clonmere, no me sorprende que lo alquiles —continuó—, y tiene que ser húmedo, rodeado de agua como está. Bueno, Hal, ¿qué más tienes que enseñarnos?

—Nada —respondió.

—No es mucho. No te harás rico trabajando así. ¿Qué os parece si vamos a comer a Windsor? Estoy muerta de hambre.

Todo el día fue igual; burlas, bromas ofensivas, reiteradas comparaciones de su tipo larguirucho y desmadejado con el de otros muchachos...

—¿No tienes ambición? —le preguntó—. ¿No te gustaría, por ejemplo, capitanear el equipo de *cricket*, o algo parecido?

—No mucho —dijo Hal.

—Es inútil, Adeline —dijo su padre—; estoy condenado a tener un hijo que no quiere descollar. Es una lástima; pero ¿qué se le va a hacer!

Hablaba en broma, encogiendo los hombros; pero sus palabras hacían daño.

Se marcharon en el tren de las cinco. Su padre le dio una libra, en oro.

—Tu tío Herbert os ha invitado a todos a pasar el verano en Lletharrog —dijo—. Adeline y yo iremos probablemente al extranjero.

No le besó. El tren partió, dejando tras sí una nube fingida. Hal quedó en el andén

con la moneda en la mano. Nunca volvieron a hacerle una visita.

Las vacaciones pasadas en Lletharrog o en Saunby eran temporadas de descanso. Cada vez que abandonaban Lancaster Gate, las niñas casi lloraban de alegría. Muerta tía Elisa, la casa de Saunby pasó a ser propiedad de tío Herbert, y allí solía éste pasar el verano, con su familia.

—¡Ojalá pudiéramos quedarnos a vivir contigo —dijo Kitty—, y no tener que volver nunca a Lancaster Gate!

—¡Qué disparate! —sonrió tío Herbert—. ¿Es ése el cariño que tienes a tu padre?

—Ahora es diferente —dijo Kitty.

Calló tío Herbert. Pero más tarde, cuando salieron a dar un paseo, dijo Kitty:

—He oído a tío Herbert llamar a Adeline esa «maldita mujer» ante tía Cathie. Estaban en el despacho con la puerta abierta. Le oí decir que era todo una tragedia. Figuraos, un clérigo diciendo una cosa así.

—A nadie le gusta ella —dijo Molly con rabia—. Si me atreviese, me escaparía de casa y me colocaría de institutriz. Ha dicho a papá que la pobrecita Lizette tiene muy mala intención, y que los niños lisiados son todos poco dignos de fiar. Lizette, que es tan lista y tan buena. ¿Os habéis fijado en una cosa muy rara? No ha estado nunca en Clonmere, ni sabe cómo es, pero lo odia. Ha descolgado además el cuadro de Clonmere que había en la sala. Y en cuanto alguien habla del campo, siempre tiene que hacer algún comentario burlón y desagradable.

—Fíjate —dijo Kitty—, papá solamente ha ido allí tres veces desde que murió mamá, y en vez de ir a casa se fue a un hotel en Slane, e hizo allí lo que tenía que hacer. Cuando vivíamos en Clonmere, subía a las minas todos los días. No sé cómo las minas marchan sin él.

—Un negocio en marcha no necesita la vigilancia del dueño —dijo Hal—. El padre de un compañero mío de colegio tiene una mina de carbón y dice que nunca la ha visto. Se está tranquilamente en casa, cobrando los beneficios. Cuando se puede ganar dinero sin hacer nada, no vale la pena trabajar.

—No le hubiera gustado a mamá oírte, Hal —exclamó Molly—. Acuérdate que siempre decía todo lo contrario.

—Puede que sí —respondió Hal—; pero ¿qué más da? Hoy nadie nos habla como ella. Y los chicos del colegio dirían que soy tonto si trabajo sin necesitarlo. Si viviésemos en Clonmere, sería diferente. Probablemente papá y yo habríamos ido juntos a las minas, y las habría tomado cariño, como si fuesen, hasta cierto punto, de la familia. Pero ahora..., ¿qué más da? En cualquier caso, siempre nos darán dinero de sobra. No me importa decir que cuando ingrese en Oxford no pienso privarme de nada.

—No olvides lo que tío Herbert nos decía el otro día. El precio del cobre está bajando mucho. Ya han cerrado varias minas de Cornwall —dijo Molly.

—Sí; pero también dijo que los más emprendedores han descubierto estaño bajo el cobre. El precio del estaño es muy elevado, y los dueños de las minas continúan

ganando el dinero que quieren.

—¿Y qué pasará si no hay estaño en Monte Bravo? —dijo Molly.

—¿Qué nos importa el cobre o el estaño? —dijo Kitty—, si todo lo que conseguimos es seguir viviendo en Lancaster Gate con Adeline y una doncella suiza que nos espía todo el tiempo, mientras papá no nos hace maldito el caso. Más nos valdría ser pobres y vivir en una casucha de Kileen.

—A mí no me importaría ni Lancaster Gate ni Londres si no fuera por Adeline —dijo Molly—. Cuando vivíamos solos con padre, no lo pasábamos mal.

—Ni bien —prorrumpió Hal—. No lo hemos pasado bien desde que nos fuimos de Clonmere; demasiado lo sabes. Cuando murió mamá, todo cambió, y ya nunca volverá a ser igual.

Se quedaron mirándole sus hermanas. Estaba pálido, parecía cansado y brillaban las lágrimas en sus ojos.

—Todo es inútil —añadió—. A veces preferiría haberme muerto.

Salió corriendo de repente a través de los arenales de Saunby, con los perros saltando tras él, ladrando alegremente, mientras el viento le alborotaba el pelo, echándose hacia la cara.

—Está pasando una época mala —dijo Molly—. Tía Cathie dice que a todos los muchachos les pasa antes o después, y que a Bob también le ocurrió.

—Bob tiene una casa adonde ir —dijo Kitty—. Hal sólo tiene Lancaster Gate.

El problema que surgía cada vez que llegaban las vacaciones fue agudizándose según pasaban los años. La mujer de Henry no ocultaba el hecho de que le disgustaban sus hijastros. No quería compartir la propiedad de su marido con los hijos de éste. Le quería para ella sola, y el único modo de conseguirlo era separarlos poco a poco, hacerle creer que no le querían, que ni sus amigos ni su familia eran dignos de él, y que solamente ella comprendía sus necesidades y sus gustos. Ella había sido quien le rescató de una vida de miserable soledad; ella sería para él la única fuente de cariño y de consuelo.

En un principio, el sentirse amado con cariño tan absorbente le resultó confortador. La novedad de tan exacerbado amor era vivificadora, y pensó Henry que en pasión tan desmedida hallaría justo desquite de los años perdidos en desamparada soledad. Halagábale y le animaba inspirar tal pasión. Este amor de Adeline satisfacía y calmaba un ansia enconada. Además, era su mujer muy capaz ama de casa, que cargaba de buen grado con todas las responsabilidades que antes pesaban sobre las hartas cargadas espaldas del viudo: llevaba la casa, vigilaba a sus hijos, le contaba las cosas agradables y le ocultaba las que prefería desconocer. Su matrimonio había trocado su vida en un lento, fácil y agradable fluir del tiempo. No se le ocultaba a Henry. Si Molly, Kitty y Hal eran difíciles, ellos tenían la culpa, pues deberían ser más adaptables. Y con esto los desechaba de su imaginación, rechazando estropear la apacible calma de su vida por mor de ellos. Adeline tenía razón; era un trío de desagradecidos, que sólo pensaban en sí mismos. No comprendían que un hombre

necesita una esposa, si no quiere estropear su vida. Si los niños no congeniaban con Adeline, podían irse a cualquier otro sitio a pasar las vacaciones, ya fuera con Herbert o con Edward. No tenían nada que echarle en cara. Él siempre insistía en que tuvieran todo lo que necesitaban. Cuando llegó el momento de que Molly se pusiera de largo, se preocupó de organizar fiestas y comidas y convidó a Edward y a su mujer para que la acompañaran. Adeline se había negado a hacerlo, y no le faltaba la razón en vista de la constante animosidad que Molly le había demostrado siempre. El mismo Henry salió con Molly una o dos veces; pero dejó de hacerlo, pues luego le costaba una discusión con Adeline.

—Me hubiese gustado que hubieras venido —le dijo una vez—; Molly estaba realmente encantadora en el baile que dieron los Goschens.

—No cabe duda que lo estuvo porque yo no estaba allí —rió Adeline—. A Molly no le disgusta mostrarse «encantadora». Acuérdate de que hasta con el profesor de piano solía coquetear.

—¡Oh!, vamos...

—Nada de «vamos». No estoy ciega. Bueno, ¿vas a salir también esta noche? Prefieres la compañía de tu hija a la de tu mujer, por lo visto.

—No digas eso. Si prefieres que me quede...

—No es cuestión de lo que yo prefiera. Sabes que nunca pienso en mí misma. Si tú disfrutas pasando la noche sudando en un salón de baile, viendo a tu hija mayor hacer todo lo que puede para pescar marido, que te aproveche. Por mi parte me iré a la cama temprano. Me ha estado doliendo la cabera toda la tarde.

—Entonces me quedaré. Edward puede llevar a Molly. No tengo ganas de ir.

Después de dos o tres episodios parecidos, decidió que lo más sencillo era dejar a Molly por completo en manos de Edward. La próxima dificultad surgió cuando Hal escribió pidiendo a Henry que fuese para las regatas del 4 de junio. Iba a remar de capitán de uno de los equipos principales del colegio, y quería que su padre fuese para verle en aquella ocasión.

«Ven solo —decía la carta— o trae a Molly y a Kitty».

Henry temió que esto no le sentaría bien a Adeline, y trató de esconder la carta mientras desayunaban; pero los sagaces ojos de ella divisaron el matasellos de Eton y la letra de Hal.

—¿Qué cuenta tu hijo? —preguntó—. ¿Ha tenido algún jaleo?

—Me pregunta si voy a llevar a las chicas para las regatas del día 4. Le han nombrado capitán de uno de los equipos.

—A mí no me invita, supongo.

—Concretamente, no; pero estoy seguro de que le encantará verte.

—No necesitas disimular conmigo; no puedo sufrirlo. No iría a Eton aunque me invitase. Ese día vienen a comer los Armitages y los Masons. No tenía idea de que quisieras ir a pasarlo en Eton. No sé qué les voy a decir cuando vean que no estás. Después de todo, son amigos tuyos. No me explico por qué a Hal le han entrado esas

ganas de verte de pronto. Supongo que quiere lucirse delante de alguien, ya que parece que lo único que sabe hacer, además de beber más de la cuenta, es remar.

—¿Qué diablos quieres decir?

—¡Oh! Lo siento. No me acordaba que no viste la fotografía que mandó a Kitty. La vi por casualidad en su tocador. Según parece, Hal y otro muchacho hicieron una apuesta sobre quién sería capaz de beber más cerveza de un jarro monstruoso. Tu hijo tuvo el honor de ganar, y se sacó una fotografía haciéndolo. Desde luego, siempre me ha parecido que es el vivo retrato de aquella fotografía de tu hermano Johnnie; pero nunca he querido decirlo. Tendrás que tener cuidado con él. Esas aficiones ya sabes que son hereditarias.

Se echó a reír, se levantó de la mesa y añadió:

—¡Pobrecito mío! ¡Qué disgustos te dan los hijos! Y eso que no negarás que te ahorro la mayor parte. Esta mañana me ha caído en suerte llevar a Lizette a la masajista, y esta tarde recoger a Kitty de su clase de baile. Si yo fuera tú, escribiría a Hal y le felicitaría por sus habilidades de bebedor.

Y con esto, salió con su acostumbrada rapidez de la habitación para celebrar su conferencia con la cocinera.

Henry no respondió. Recogió sus cartas y se marchó a su cuartito de fumar. Hal, como Johnnie... Nadie había visto parecido entre ellos. ¿O lo habían visto y se habían guardado de decirlo por no herirle? ¡Adeline acertaba tan a menudo en sus juicios agudos y clarividentes!... Aquello era hereditario. Johnnie y su abuelo Simón Flower... Era un disparate, desde luego. No podía compararse el caso de Johnnie con el de Hal, que se había bebido la cerveza por una apuesta. Quedóse Henry mirando el cuadro de Clonmere que Adeline había trasladado desde el salón al cuarto de fumar. Los Boles no pensaban renovar el contrato de alquiler. ¿Qué iba a hacer con la casa? No podía volver a vivir allí. Aquella parte de su vida estaba concluida y rematada. Aun hoy le dolía recibir cartas del viejo Tom estos días. Las minas continuaban rindiendo beneficio ahora que se había descubierto estaño debajo del cobre. Hal, como Johnnie... Subió al dormitorio de Kitty y abrió la puerta con una extraña sensación de estar cometiendo una acción poco elegante. La habitación estaba vacía. Kitty había ido a clase. Se acercó a la mesa-tocador y cogió la fotografía. Vio a dos colegas de dieciocho años riéndose el uno del otro. Uno de ellos levantaba un jarro tremendo como Adeline había dicho. ¡Qué grandón estaba Hal! No se había dado cuenta de cómo se habían pasado los años. ¡Y le había visto tan poco!... El muchacho prefería irse con Herbert a Lletharrog durante las vacaciones. Todo el mundo había dicho siempre que Hal se le parecía. Pero aquella manera de estar con una mano en el bolsillo, descuidado, un poco arrogante, y la otra sosteniendo el jarro, y el gesto de la cara, con las cejas enarcadas, ¿no recordaba todo ello a Johnnie? Mil recuerdos surgieron tumultuosos en su memoria. Volvió a poner la fotografía sobre el tocador. Bajó por la escalera hasta el cuarto de fumar y, sentándose en el escritorio, cogió una hoja de papel.

«Mi querido Hal: Siento no poder ir el 4, pues tenemos gente convidada a comer ese día precisamente. Le pediré a tío Edward que vaya en mi lugar, y, sin duda, Molly y Kitty irán encantadas...».

Hal se encogió de hombros cuando recibió esta carta, y, rasgándola, la arrojó al cesto de los papeles. Ya suponía que aquella mujer no le dejaría venir. Al fin y al cabo, ¿qué importaba? Si su padre no quería verle, no había que pensar más en el asunto. Había esperado que a su padre le gustaría verle remar, una de las pocas cosas que no hacía mal. Por lo visto le tenía sin cuidado. Era aquél su último curso en Eton. En cuatro años, solamente una vez había venido a verle su padre. La historia se repetiría cuando ingresase en Oxford, probablemente. Una carta de tarde en tarde, un cheque. Pero ya estaba acostumbrado. Ya no le importaba. Durante el segundo año de Hal en Oxford, Molly, en una visita a los Eyres en Irlanda, conoció a Robert O'Brien Spencer, juez de paz, amigo de su tío Bill. Al poco tiempo eran novios.

«Es encantador —escribía a Hal—, y quiere a Irlanda tanto como yo. No creas que voy a casarme por librarme de Adeline, porque no es verdad, diga lo que diga papá. Estoy verdaderamente enamorada de Robert. Pero lo mejor es que vamos a vivir sólo a treinta o cuarenta millas de Clonmere, y Robert va a escribir a papá si podemos ir allí para Navidades, a casa quiero decir, y airear un poco la pobre casa abandonada. Desde luego, tienes que venir con nosotros, y Kitty y Lizette también».

¡Volver a casa tras diez años de ausencia! ¡Molly prometida a un irlandés! Fue la mayor emoción de toda su estancia en Oxford, aún más delicioso que cuando remó contra Cambridge la primavera pasada. Esto había que celebrarlo dando una cena a todos sus amigos, durante la cual se emborracharían como dioses. Andaba escaso de dinero, pues éste se le escurría de las manos como si fuese agua; pero no había que pensar en eso. Las minas se encargarían de pagar la orgía. Pintaría el retrato de Molly y se lo regalaría al novio con sus mejores deseos. ¡Iba a pasar en la casa las Navidades!

Molly se casó en noviembre. La familia se reunió en tales y tan poderosos contingentes, que ni Adeline pudo contra ellos. No fue esto culpa suya, ya que hizo lo posible por deslucir la fiesta. Se encargó de organizarla, y pronto descubrió que la casa de Lancaster Gate era demasiado pequeña para la fiesta, y logró que se celebrase en un hotel grande, destartalado y de lo menos acogedor. Pero no pudo nublar el aspecto radiante de Molly, quien, de pie en el centro del salón, iba recibiendo a los invitados, ni logró acallar los comentarios acerca de la lindeza de Kitty, principal dama de honor, que a los diecisiete años ya había perdido su aspecto inmaduro para convertirse en una muchacha tan encantadora como lo había sido su madre. Tampoco logró arrancar de allí a Henry antes de que el apuesto novio le persuadiera de que permitiese a su familia la ocupación de Clonmere en las Navidades.

—Hemos ganado —dijo Hal lleno de júbilo, restregándose las manos—; por fin, la hemos derrotado. No te asustes, Lizette, no puede oírme. Y si me oye, no me importa. Kitty y yo te vamos a llevar a casa.



Partieron el 16 de diciembre. Hicieron la travesía hasta Slane y luego fueron en tren a Mundy, donde encontraron que el vaporcito de Doonhaven aún funcionaba, no obstante lo adelantado de la estación. En el se embarcaron para llegar a la misma bahía de Doonhaven tras una travesía de treinta millas. Lizette iba mirándolo todo, entre su hermano y su hermana, viendo por primera vez aquellos parajes de que tantas veces había oído hablar, pálida y abstraída. Soplaba una templada brisa del Suroeste; el cielo estaba lleno de nubes algodonosas; los cerros, iluminados por el sol, nunca tuvieron más brillante verdor.

—Ahí está el castillo de Andriff, donde nació Grannie —dijo Hal, señalando a lo lejos—. Allí viven unos primos nuestros; supongo que Molly los convidará. Deben de estar muy crecidos ahora. ¿Ves aquella iglesia, junto a la orilla, en aquella sombra? Es la de Ardmore. Allí íbamos todos los domingos. Mamá está enterrada allí.

¡Qué diminuta parecía! ¡Qué solitaria y batida por los vientos! Allí llevaba diez años, abandonada de todos. ¿Se habría acordado alguien de poner flores en su tumba? Sintió que se le hacía un nudo en la garganta. El pasado le parecía remotísimo, más pasado que lo que pudiera imaginar.

Allí estaba Monte Bravo elevando su cabeza de granito; veíanse en su falda las bocaminas, las hileras de chimeneas, los cobertizos, los carriles; cuando el vapor dobló el promontorio, vieron la silueta jorobada de la isla de Doon, con las hileras de cuarteles, y el pueblo de Doonhaven, posado en la sombra de las colinas que lo rodeaban.

—¡Mira allí! Al otro lado de la caleta, allí está Clonmere —dijo Hal.

Permanecieron en silencio, fija la vista en el hogar que habían abandonado de pequeños. Fulgía el sol al herir las ventanas y los grises muros. Los años habían endulzado el aspecto de casa nueva del ala añadida, fundiéndola con el resto de la casa para formar un todo homogéneo; mas vacía continuaba, tal como los albañiles la dejaron en 1871. Una bandera ondeaba en lo alto de uno de los antiguos torreones. Unas lanchas estaban ancladas en la cala. Corrían las lágrimas de Kitty.

—Comprendo que soy tonta; pero no puedo remediarlo —dijo, sonriendo a Hal—. Creí que iba a encontrarlo cambiado; pero está lo mismo.

—Hay alguien en una de las lanchas —exclamó Hal—. ¿Será Sullivan o Baird? Probablemente ha estado pescando.

—Aún hay garzas en el parque —dijo Kitty—. Mira, Lizette, ¿no ves los nidos? Y el malecón; está baja la marea, y apenas hay agua en el puerto. Tendremos que anclar fuera e ir a tierra en los botes.

—¡Allí están Molly y Robert, en el muelle! —dijo Lizette—, y no están solos. Hay un cura con ellos, con una barba gris.

—¡Es tío Tom! —gritó Hal—. ¡Era el mejor amigo de papá! Y mira, allí está tía Harriet; la que saluda con el pañuelo.

—Aquella debe de ser Jinny —dijo Kitty—. Tenía seis años cuando nos fuimos, de manera que ahora tendrá dieciséis.

Dio marcha atrás el vaporcito, con gran ruido de agua y máquinas. Cayó el ancla en rápida zambullida. Fueron alejándose los botes. Saludos, risas, besos, apretones de manos... Tío Tom tenía una mano en el hombro de Hal y la otra en el de Kitty. Tía Harriet abrazaba a Lizette. Jinny miraba a unos y a otros con sus ojos castaños de expresión acariciadora.

—Dios os bendiga a todos —dijo tío Tom con su grave voz—. No sabéis cómo nos alegra poder daros la bienvenida, lo felices que nos hace veros aquí otra vez.

Allí estaba todo: las calles empedradas, la playa, los botes varados en la playa, la tienda del viejo Murphy, la cerería de la esquina, la taberna al otro lado de la plaza. Fue aquél día de mercado; ya estaban quitando los puestos. Se alejaba un vaquero con sus vacas. En la plaza, unos hombres, con la eterna pauta en la boca, miraban a su alrededor, ociosos, como siempre habían hecho. Reñía una mujer con una vecina desde su puerta; salió disparado un chiquillo medio desnudo, chupándose un dedo. El señor cura estaba parado delante de la tienda de Murphy con una col debajo del brazo. Media docena de mineros, con ropa de faena, bajaban cantando por la carretera de Monte Bravo.

—¿Por qué nos fuimos de aquí? —se preguntó Hal—. ¿Por qué se empeñó en irse papá?

Tío Tom sonrió y le cogió por el brazo.

—No te importe eso —dijo—. No pienses sino en que has vuelto.

¡Qué bueno era volver a ver a tío Tom, y besar la mejilla gordezuela de tía Harriet, y respirar el perfume característico de la parroquia!: sillas de cuero, helechos y perros, y sentarse ante una copiosa merienda de té y pasteles de frutas hechos por la misma tía Harriet. Surgían en su mente los recuerdos, atropellándose los unos a los otros.

—¿Sigues haciendo mantequilla, tía Harriet?

—¿Sigue tío Tom yendo los domingos a caballo a Ardmore?

—¿Recuerdas cómo jugábamos a las prendas después del té y cómo mamá hacía como si no supiese la palabra escogida?

—¿Pues y aquel día que fuimos a merendar a las lagunas de Kileen y Kitty se cayó en el barro?

—¿Y la excursión al peñón de Bule?

—¿Y la fiesta que dieron los oficiales de la guarnición en Doon Island?

Se borraron los años de Londres como si no hubiesen existido. Y Eton y Oxford, Adeline y Lancaster ya no eran sino un mal sueño.

Molly recordaba el cariño de Hal por la habitación de la torre, y allí le llevó la primera tarde. La examinó Hal, harto emocionado para hablar. Los Boles no la habían usado. Olía a cuarto cerrado y húmedo. Los cuadros estaban medio borrados y algunos verdes del moho. En lo alto de un viejo armario había una caja con huevos de pájaro cubierta por una espesa capa de polvo. Ya ni se acordaba de quién los coleccionó. ¿Acaso aquel abuelo suyo, famoso por su afición a las carreras de galgos?

Los bajó y les quitó el polvo. También encontró los pedazos de una caña de pescar. Estaba demasiado rota para poder arreglarla. Se alegró de que los Boles no hubieran utilizado esta habitación. Era un cuarto íntimo, personal, al cual sólo la familia debería tener acceso. La casa, su casa, era la misma de antes; algo descuidada, un poco más vieja, pero igual. Algunas de las alfombras estaban muy desgastadas. Las cortinas de la sala se caían a pedazos. Las criadas que Molly trajo consigo de casa de Robert dijeron que el fogón de la cocina estaba casi inutilizado y que la bomba del corral estaba rota.

—¿Qué más da? —dijo Molly durante la cena—. El caso es que estamos otra vez en casa, y si estas Navidades tenemos que asar el pavo en el fuego de la chimenea del comedor, nos sabrá mucho mejor.

Oían el reflujo del agua en la caleta. Monte Bravo se destacaba pujante a la luz de la luna llena.

Eran muchas las cosas que querían ver y hacer y corto el tiempo que para ello tenían. Extrañaron no ver en la cuadra los caballos que tanto querían. La cochera estaba vacía, pues el coche había sido enviado a Londres muchos años antes. El pobre Tim ya había muerto. El mozo que Robert había traído se alojaba en las habitaciones del viejo. Algunas de las ventanas estaban rotas. La hierba crecía entre los adoquines del empedrado.

—¡Tan bien cuidado como solía estar todo! —dijo Molly a Robert suspirando—. Me acuerdo del muchacho que fregaba el patio todas las mañanas antes de limpiar los caballos. Aunque los Boles no se preocuparan de cuidar la casa como es debido, al menos el administrador debió exigir que no dejaran todo así.

—Siempre pasa lo mismo cuando se va el amo —dijo Robert—; no puedes culpar al administrador ni a nadie. Sólo el dueño de una casa es capaz de cuidarla con interés. ¿Vale la pena de cuidar una casa cuyo propietario no viene a verla en diez años? No te importe, Molly. Ya procuraremos arreglar todo esto, en lo que cabe, mientras estemos aquí.

Hal y su hermana subieron a visitar a la gente de las casitas de Oakmount. Volvieron silenciosos y descorazonados. Después de las primeras palabras se sintieron extraños y no encontraron nada que decir.

—Es usted la viva imagen de su madre —dijo la viuda de Tim a Kitty—. Los mismos ojos dulces. ¡Dios la tenga consigo!

Siguió así durante varios minutos, dándoles la sensación de que se acordaba de ellos y que les conservaba aún cariño; pero luego empezó a lamentarse de los tiempos, de lo duro de la vida, de que sus dos únicos hijo e hija se habían ido a América. Mientras hablaba estuvo mirando fijamente a Hal.

Volvieron a casa de sus tíos Tom y Harriet, y allí pronto recobraron el buen humor.

—Diez años, es mucho tiempo —dijo tío Tom—, pero ya han pasado. Ya estás en casa otra vez. ¿Qué piensas hacer cuando salgas de Oxford?

—Nada —sonrió Hal—; pasarlo bien y pintar para mis amigos.

Tía Harriet sacudió la cabeza.

—Mal acostumbrado estás, por lo que veo —dijo—. Te sobra dinero y te faltan buenos consejos. Ven y ayúdame con la manteca. Jinny te dirá lo que tienes que hacer.

Fueron a la vaquería, recién encalada. Tía Harriet iba de un lado al otro afanosa.

—Ven a ganarte la vida —dijo—. Jinny tiene doble energía, a pesar de su tamaño.

—El papel de las mujeres es trabajar mientras los hombres se divierten —dijo bromeando con Jinny y tirándole del pelo—. ¿Te acuerdas cuando te tiré de la carretilla y te echaste a llorar?

—Sí; pero después la besaste y le pediste perdón —dijo tía Harriet.

Hal sumergió su dedo en un tazón de crema amarilla y miró maliciosamente a Jinny, que, remangada y con el pelo recogido, estaba trabajando con la separadora.

—Supongo que ahora ya eres muy mayor para que te bese —le dijo.

—Demasiado —contestó con gravedad Jinny.

—Y tienes demasiado sentido común para caerte de una carretilla.

—Depende de quien la llevara.

—¿Te gustaría que te diera una vuelta por el jardín, a ver?

—No.

—Entonces iremos a pescar a la caleta, si es que te fías de mí.

—Ya veremos —dijo Jinny—; por lo pronto saca los dedos de la manteca.

Hal se echó a reír, y, apartándose de la mesa, se puso a dar vueltas a la separadora.

—Tú nunca te has ido de aquí —dijo—. No sabes lo que es volver a casa.

Era inútil lamentar que el transcurso de los años les hubiese distanciado de la gente de Clonmere. El sitio no había cambiado. Lo sensato era entregarse a la delicia de cada segundo. Fueron aquellas unas Navidades felicísimas. Arreglose a tiempo el fogón para asar el pavo, y Hal, como dueño de la casa, fue persuadido de que lo trinchase, y tan buena maña se dio para hacerlo, que cuando acabaron de comer estaba el caparazón mondo y lirondo. Fue una fiesta admirable, con los Brodricks, los Spencers, los Callaghans, y los primos Flowers de Andriff, Simón, Judith y Frank. Después de la cena de Navidad jugaron al escondite en la nueva ala de la antigua casa, haciendo resonar las habitaciones vacías con carreras, gritos y carcajadas. Tom Callaghan y su mujer estuvieron en el pasaje que comunicaba la nueva ala con la vieja, escuchando el jubiloso bullicio de los que jugaban.

—¡Qué pena! —dijo suavemente—. ¡Pensar que esto pudo celebrarse todos los años! Estas habitaciones no tenían que haber estado desamuebladas, y estos chicos hubieran podido crecer en su casa, al lado de un padre alegre, querido y generoso.

—¿Crees que volverá algún día? —preguntó Harriet.

El párroco movió la cabeza.

—Ya has visto sus cartas —dijo—, y puedes comprender lo que le ha sucedido. Ha cambiado mucho.

—Hal se le parece —dijo su esposa—. Tiene la misma simpatía, la misma sonrisa, aunque le falta el entusiasmo y el brío de Henry. A veces habla con una amargura extraña en un muchacho de veintiún años.

—Son diez; años de abandono, diez años sin su madre —dijo Tom—. Si Henry quisiese derribar esa muralla que ha alzado entre él y sus hijos...; pero aun entonces no sé...

Bajó Kitty la escalera, perseguida por su primo Simón Flower. Lizette, con su carita excepcionalmente arrebolada, entró de puntillas en el salón, que nunca había llegado a usarse. Llegaban carcajadas de la galería de encima, donde Robert había cogido a Molly; estaban ahora valsando en el descansillo de la escalera. En el gabinete de encima, Hal, trataba de abrir las puertas del balcón, que, mohosas y húmedas, se resistían a sus esfuerzos.

—Ésta iba a ser la habitación de mi madre —dijo—. Papá la planeó para ella, contigua a la alcoba. ¿Te gusta?

Jinny afirmó con la cabeza y dijo:

—La he mirado a menudo desde fuera. Es exactamente como me la imaginaba. En aquel rincón hubiera puesto tu madre la mesa de escribir, al lado del fuego. Y una silla aquí y otra allá.

Sonrió Hal enternecido:

—¿Te acuerdas de ella?

—Únicamente de su voz suave, de su pelo oscuro y de que solía besarme cuando venía a tomar el té.

Se quedó Hal con la mirada perdida en el vacío y las manos en los bolsillos.

—Lo más terrible es que tampoco yo puedo recordar más que eso. Y, sin embargo, era la persona a quien más quería en el mundo.

Volvió a tratar de abrir las puertas; pero estaban encajadas de tal manera que no lo logró.

—No puedo abrirlas —declaró—. Están cerradas para siempre —se volvió encogiendo los hombros—. Dejémoslo estar, pues —dijo—. Ya no vivirá nadie en esta parte de la casa.

Ella le siguió a través de la galería hasta la escalera.

Los del escondite se habían trasladado a la parte habitada. El salón grande estaba desierto.

—Es curioso —dijo Hal—; pero generalmente son las casas viejas las que se supone que están embrujadas y no las nuevas. Y, sin embargo, siento que esta casa nueva está llena de fantasmas.

Jinny le extendió la mano.

—No te importaría si fuera tu madre, ¿verdad, Hal? —dijo.

Hal sacudió la cabeza.

—No es el fantasma de mi madre muerta —dijo—, eso es lo curioso. Es el fantasma de mi padre, vivo aún, quien se esconde aquí en las sombras. Vamos, Jinny

—dijo—. No quiero pensar en él, quiero pensar en nosotros. Es Navidad y tenemos que ser felices, tenemos que estar alegres...

### 3

Cuando a fines de enero se hubo disuelto la reunión de Clonmere, Molly y su marido se llevaron a Liberte a vivir con ellos en el condado próximo, y Kitty fue a pasar una temporada con sus primos, los Flowers, al castillo de Andriff. Sólo Hal se embarcó para Inglaterra con el propósito de pasar una noche en Lancaster Gate antes de volver a Oxford.

—Recuerda siempre —dijo Tío Tom cuando le estrechaba la mano en el muelle de Doonhaven— que en mi casa se te recibirá siempre, no porque seas hijo de tu madre y de tu padre, sino por ti mismo. Todos te queremos mucho. Jinny va a echar de menos tu compañía.

—Gracias —exclamó Hal—. No lo olvidaré.

Cuando el vaporcito zarpó de la bahía de Mundy y Clonmere, Hal, contristado el corazón, vio cómo el pueblo y la isla de Doon se convertían de nuevo en sombras grises bajo los cerros. Las vacaciones, que tanto habían significado para él, pertenecían ya al pasado. Se preguntaba si volvería allí alguna vez, y le parecía adivinar con amargura que se iba para siempre.

Cuando llegó a Lancaster House, halló que su padre y su madrastra habían salido. Se sentó sólo en el salón hojeando revistas. La habitación le recordaba toda ella a Adeline. Sus libros, su labor, su papel de escribir. Todo estaba aseado y en orden, pero carente de intimidad. Permaneció sentado, esperando oír en cualquier momento su paso vivo y brioso y su risa desafinada. Volvió a apoderarse de él aquel miedo sentido antaño cuando tenía que hablar con alguien, y para aquietar sus nervios, entró en el comedor y se sirvió a sí mismo un buen vaso de *whisky* con soda. Ni una vez había sentido esa necesidad en Doonhaven, Pero aquí, en la atmósfera fría e impersonal de Lancaster Gate, descubrió que no podía pasarse sin ello. Cuando llegaron su padre y su madrastra, ya había hecho acopio de un falso valor alcohólico. No le parecía ya el porvenir tan temeroso; se encontraba con suficiente valor para hacer frente al mundo entero.

—Supongo —dijo Adeline antes de comer— que Clonmere estará hecho una porquería y que no os habrá importado.

—Lo hemos pasado muy bien. Molly nos ha dado de comer maravillosamente, y no menos bien tío y tía Harriet.

—¿No es tía Harriet la que se pasa la vida en la cocina?

—Los Callaghans son las personas más bondadosas que he conocido —dijo Hal—. Tío Tom y mi padre estaban siempre juntos en aquellos tiempos.

—*Faute de mieux* —rió Adeline—. No creo que tu padre tuviese nada de común con un viejo necio que vive aislado de todo el mundo. Si no fuera porque está la finca vinculada, ya la habría vendido. Me lo ha dicho mil veces.

Entró Henry en la habitación, y de allí a poco anunciaron la comida.

Hal comió en silencio. La indignación no le dejaba hablar. Mentía una vez más

aquella mujer al decir que su padre quería vender Clonmere. Estaba seguro de que no haría tal cosa. Pero durante toda la comida Adeline continuó haciendo alusiones sobre el absurdo gasto que suponía conservar una casa que no producía beneficio alguno y sí gastos. Ni una vez mencionó a Clonmere por su nombre. Habló de amigos suyos en el Norte de Inglaterra, quienes, como heredaran una casa vacía y una propiedad abandonada, habían estado renegando de ambas cosas hasta que las vendieron.

—Vendieron la tierra parcelada para construcción, y sacaron buen precio —dijo—, y se alegran de haberlo hecho. Ahora se proponen pasar casi todo el tiempo en el extranjero, según creo. Desde luego, no tenían hijos y no tuvieron que luchar con el absurdo de bienes vinculados.

Hasta que ella no abandonó la habitación, después de los postres, no empezó Harry a hacerle preguntas sobre Doonhaven y Clonmere. Hablaba con pretendida indiferencia, pero se traslucía el verdadero interés que sentía por el asunto. ¿Cómo estaban los Callaghans? ¿Estaba Tom muy cambiado? ¿Habían tenido cuidado los Boles de la finca o estaba ésta abandonada? ¿Estuvo amable el administrador? ¿Oyó algo Hal sobre las posibilidades de explotar el estaño y los proyectos del futuro?

—Tengo entendido que hay mucho estaño —dijo a su padre—. Es más fácil de trabajar que el cobre y no se necesita tanta mano de obra. Tío Tom me dijo que habían despedido a varios mineros. No lo comprenden, cuando han estado trabajando allí años enteros.

—Tendrán que aguantarse; la cosa no tiene remedio —dijo Henry.

—Lo supongo; pero tío Tom dice que es muy duro para ellos verse en la calle casi de la noche a la mañana. El año pasado hubo allí mucha miseria. La gente joven habla de emigrar y muchos se han ido ya a América.

—Eso no me concierne. A los que yo empleo les pago bien. Y lo seguiré haciendo mientras el precio del estaño justifique el trabajo de explotar la mina.

—Y después, ¿qué?

Henry se encogió de hombros.

—Las cerraré o las venderé en el momento oportuno —dijo—, según me parezca más prudente cuando tenga que decidir.

—Tío Tom dijo que eso es lo que harías, y le preocupa, pues eso significaría dejar sin trabajo a mucha gente.

—Tom, por su naturaleza, es natural que piense en esas cosas —dijo Henry—; pero nosotros no tenemos por qué hacerlo. Tengo derecho a hacer lo que quiera con mi propiedad, y más son las minas al fin y al cabo.

Hal no dijo nada. No era aquello de su incumbencia. Recordó de pronto la visita a la tumba de su madre en Ardmore, el día antes de partir. Había ido con Jinny en el cochecito de tío Tom. Estaba la tumba limpia, bien cuidada y rodeada de flores, tiran los padres de Jinny, según dijo ésta, quienes se encargaban de esto.

Estuvieron un rato allí. Jinny recogió las hojas caídas. Leyeron la lápida: «A Katherine, la amada esposa de Henry Brodrick». ¿Debía contarle a su padre la visita a



la tumba? Pero su padre nada preguntó. Ni mencionó a Ardmore. No habló ni una vez de la nueva ala vacía de Clonmere.

—¿De modo que Kitty y Lizette han decidido quedarse allá con Molly? —dijo—. Evidentemente, prefieren su compañía a la mía.

—Creo que volverían si creyesen que las necesitabas —dijo Hal.

Henry no respondió. Estaba acariciando su copa.

—Supongo —dijo— que no te gustaría la idea de renunciar a la vinculación de la finca.

Hal se quedó mirándole.

—¿Qué quieres decir? —dijo.

—Tu abuelo hizo un testamento muy largo y detallado —dijo Henry—. Si quiero vender aquello, necesito el permiso de mi heredero. Si aceptas, ya me encargaré yo de que cuando alcances la mayoría de edad, dentro de unos meses, comiences a cobrar una buena renta. A juzgar por tus gastos en Oxford, vas a necesitarla.

Enrojeció el muchacho.

—Lo siento —dijo—, pero no puedo hacerlo. No creo que comprendes lo que Clonmere significa para mí, para Molly, para Kitty. Para nosotros, aquélla es nuestra única casa, pienses tú lo que pienses.

—No habéis vivido allí desde niños —dijo Henry—. Estos días que habéis pasado allí no cuentan. Adeline me dice siempre que es ridículo estar pagando sueldos y reparaciones y una cosa tras otra sin sacar beneficio a cambio. Y le sobre la razón.

—El evangelio según Santa Adeline —exclamó Hal con amargura.

—No hay necesidad de ser impertinente —dijo Henry—. Adeline es una mujer de muchísimo sentido común. ¿De qué me vale Clonmere a mí? Respóndeme si puedes. No he estado allí hace diez años.

—Porque has querido. Allí está la casa esperándote como siempre, aunque algo descuidada. Hubo un tiempo en que la tenías cariño. Y se lo tienes aun hoy. Si no vas allí es porque tienes miedo.

—¿Miedo? ¿Qué quieres decir?

—No te ofendas; no es de mi madre. La olvidaste hace tiempo. Me lo dijo cuando visité su tumba, que supongo que nunca has visto. Tienes miedo de ti mismo, del hombre que acostumbrabas a ser. Tienes miedo de que, si vuelves, salga de las sombras. Por eso quieres vender la casa, para enterrarlo de una vez para siempre.

Hal se puso en pie, blanco y tembloroso. Había estado hablando sin apenas saber lo que estaba diciendo.

—Has estado bebiendo —dijo lentamente Henry—. Lo sospeché cuando entramos a comer. Y tampoco es la primera vez. Adeline me lo avisó. Dice que ha llegado a ser una costumbre tuya. Te he visto venir al comedor y beber a escondidas.

—Y sí lo hago —dijo Hal—, ¿cuál es la razón? Porque no puedo estar sentado aquí entre vosotros dos sabiendo que cada día y cada noche te domina más y

dependes más y más de ella para todo. Molly, Kitty y yo y la pobre Lizette no significamos nada para ti, absolutamente nada. Y ahora está tratando de convencerte de que vendas Clonmere. Gracias a Dios, puedo impedirlo. No renunciaré a mis derechos aunque me dices diez mil libras.

Se interrumpió muy excitado cuando Adeline entra en la habitación.

—¿Qué os pasa? —preguntó—. Se oyen las voces de Hal desde el salón. ¿Queréis que os oigan hasta en la cocina?

—¡Que me oiga el mundo entero! —gritó Hal—. Que sepa todo el mundo que no toleraré que se venda la casa para darte gusto.

—Vete a la cama... —dijo Henry secamente—. Puede que mañana, cuando hayas dormido, te encuentres capaz de hablar más sensatamente.

—Podrá si interrumpe sus amistosas relaciones con el *whisky* —dijo Adeline, señalando desdeñosamente las manos temblorosas de Hal—. Mírale. Espero que estarás orgulloso de tu hijo. Le ha sentado muy bien ese mes que ha pasado en vuestra bendita tierra. Apenas puede tenerse de pie. Podía irse allí definitivamente a practicar las virtudes tradicionales de los irlandeses. Ahora puedes verle, Henry, tal como es. Y ya que estamos hablando de sus costumbres, acaso quieras echar una ojeada a las cuentas que han venido para él mientras ha estado fuera. Los tenderos de Oxford parece que andan mal de paciencia, y no me extraña. Te aseguro que las facturas son bien elocuentes. Veamos ésta para empezar: cincuenta libras de licores administrados al señorito el último curso —arrojó la factura encima de la mesa—. Y aquí hay otra, y otra, y otra... Hay bastantes para que pases la mañana agradablemente entretenido si tienes ganas. Y, por último, un precioso informe de tu Banco, en el cual se te comunica amablemente que tienes en descubierto doscientas libras.

Miró Hal las caras de su padre y de Adeline. Era la de Henry una máscara fría e indiferente; la de su madrastra estaba arrebolada y triunfante.

—¿Cómo te atreves a leer mis cartas particulares? —le dijo.

—Mira, Hal, no te pongas dramático. Las he abierto porque como da la casualidad de que tus iniciales y las de tu padre son las mismas, he creído que las cartas eran para él. Y aquí tienes una cartita monísima que ha llegado de Irlanda en el último correo de esta tarde. No sé quién será la «Jinny» que la firma, pero tiene una magnífica letra de cocinera.

Se echó a reír, mostrando la carta.

Ciego de furia, Hal se abalanzó hacia ella y le dio un bofetón. Hízola vacilar el golpe, que la alcanzó junto a la boca, y retrocedió unos pasos, con la mano en la cara, mientras le corría por la barbilla un hilillo de sangre. Lanzóse Henry sobre su hijo y le agarró por el cuello.

—¿Te has vuelto loco, borracho del demonio? —le gritó—. ¿Has perdido el juicio?

Libróse Hal de su padre con furia y se quedó mirándole pálido y tembloroso.

—Bien haces en avergonzarte —le dijo Henry—. No hay vileza mayor que pegar a una mujer. Toma mi pañuelo, Adeline. Vete a tu cuarto y llama a Marcelle... Pero antes tiene que pedirte perdón este insensato.

—No —dijo Hal.

Miró Henry a su hijo, blanco y descompuesto. Las cuentas estaban desparramadas por el suelo. La carta de Jinny yacía olvidada bajo la mesa.

—O pides perdón a Adeline o te vas de mi casa —dijo Henry. Era su mirada dura y fría y sin piedad—. Siempre has sido una preocupación para mí desde que naciste. Tu madre te mimó sin medida y has llegado a creerte un dios. Dentro de tres meses cumples veintiún años, y hasta la fecha en lo único que te has distinguido ha sido en beber, en malgastar mi dinero y en pintar cuadros malos. ¿Crees que estoy muy orgulloso de ti?

Echó Hal a andar lentamente hacia el vestíbulo. Adeline no dijo nada. Estaba contemplando a ambos, con el pañuelo sobre la boca.

—Acuérdate de lo que te he dicho —dijo Henry—. No creas que he hablado por hablar. O pides perdón a Adeline o te marchas de esta casa para no volver.

No contestó Hal, ni miró hacia atrás. Abrió la puerta de la calle y permaneció inmóvil unos momentos contemplando la calle. Salió luego, tal como estaba, sin coger el sombrero siquiera. Estaba lloviendo.

El día en que cumplió veinticinco años, decidió Jinny Callaghan hacer limpieza en su cuarto para deshacerse de las mil cosas que se habían ido acumulando en él. Por ejemplo, sus libros del colegio, que muy probablemente serían de mayor utilidad al párroco de Doonhaven que a ella. Se los bajaría a la mañana siguiente. Las novelitas rosas de cuando era niña las guardaría para su ahijada, la hija de Molly, cuando tuviese edad oportuna para leerlas. Su cesta de labor, la primera que había tenido, regalada por su madre cuando tenía diez años. Aquí estaban las fotografías. No pudo decidirse a tirarlas. Una de su padre en su época de estudiante, con un grupo de amigos. Estaba muy guapo, con cara de travieso. *Mr.* Brodrick estaba a su lado, y Herbert, el hermano de éste. Todos parecían muy alegres. Había una de ella misma de pequeña, sentada en las rodillas de su madre, con una bata blanca almidonada. ¡Qué horror! Los ojos, muy abiertos, parecían dos botones... Fotos de una excursión a Glen Beegh, con ellos, y todos los Brodricks de niños. Molly no había cambiado nada: aún era el ser sonriente y feliz que se veía en la fotografía. Pero nadie hubiera pensado que Kitty, tan feíta, se fuera a convertir en una belleza. Jinny contempló el grupo tomado hacía dos años en la boda de Kitty Brodrick con su primo Simón Flower. Estaban de pie en la escalinata del castillo de Andriff. Kitty estaba encantadora, y ella misma, como dama de honor, parecía una palurda en comparación. Lizette, la pobrecilla, no perdería jamás aquella expresión mustia y cansada; pero era alta, casi tan alta como Kitty; el largo vestido de dama de honor ocultaba el pie deforme. ¡Qué propio de la buenísima de Kitty insistir en que Lizette fuese a vivir con ellos al castillo de Andriff! ¡Y qué propio de Simón, a quien todo le salía por una friolera, aceptar la proposición como si tal cosa!

Cuando Jinny hubo terminado con el armario, buscó cierta caja que tenía sobre una repisa. Estaba atada. Vaciló un momento. Luego la abrió y se sentó en la cama. Estaba llena de cartas. Encima de las cartas había como una media docena de pinturas. Una era de ella misma, con el pelo suelto, pintada aquellas Navidades; dos eran de Clonmere, y había un apunte a pluma de la isla de Doon. Las demás eran montañas cubiertas de nieve y vastos espacios de tierra que parecían desnudos y hostiles. Jinny las miró despacio, una tras una, para luego dejarlas y coger las cartas de Hal. Eran las primeras violentas y amargadas, escritas desde Londres; venía una valiente y prometedora, escrita en Liverpool la noche antes de embarcarse para el Canadá.

«Yo sé que crees en mí, Jinny —decía—, aunque seas tú sola. Y un día mi padre se enorgullecerá de mí también».

Las restantes cartas llevaban todas el matasellos de Winnipeg, y la mayor parte de ellas habían sido escritas en sus primeros años en el Canadá. Pudo ver por las fechas de los sobres que le había escrito casi todos los meses de 1881 y 1882. Tenían las cartas un aire alegre, como escritas por un colegial lleno de vida. Ya Oxford y todo lo

anexo a Oxford parecía pertenecer a otro mundo.

«Veo que Oxford perdió las regatas, como de costumbre —escribía—. ¡De manera que mí salida del equipo no les ha traído suerte! Ese día pensé en la tripulación; pero como estuve en el campo apartando ganado desde la salida a la puesta del sol, no tuve mucho tiempo para pensar en mis amigos. Es vida magnífica y estoy gozando de cada minuto de ella».

Aquellas primeras cartas estaban llenas de esperanzas.

«Desde luego, los primeros años serán los más duros —decía—, y es difícil vivir con la renta que me dejó mi abuelo en su testamento. Pero no he tenido que pedir a mi padre ni un penique; y eso es todo lo que importa. Dile a Molly que me he dejado crecer la barba y que estoy estupendo».

Una de las cartas escritas por esta época tenía pegada una instantánea de Hal en mangas de camisa, con aspecto de forajido. Estaba cogido del brazo de dos rancheros.

«Vamos a Winnipeg una vez al mes —escribía en 1883— a echar una canita al aire. El mes pasado nos metimos en una bronca en una taberna, y Frank, mi socio, perdió los estribos y dio un puñetazo a otro individuo. Naturalmente, tuve que ir en su ayuda, y la cosa terminó en que dimos con los huesos en la cárcel. Mi primera experiencia de tal clase de establecimientos. Si se enterara Adeline, diría: “¡Ya te lo decía yo!” Da las gracias a tío Tom por el cheque. Me ha venido de perilla; pero dile que no lo vuelva a hacer».

Durante los años 1884 y 1885 comenzó a cambiar el tono de sus cartas de manera casi imperceptible.

«Frank se está poniendo imposible —decía—, y creo que tendremos que deshacer nuestra compañía. Voy a tratar de seguir por mi cuenta, a ver si puedo hacerlo mejor. Tengo suficiente dinero ahorrado para comprar un pequeño rancho, donde pueda ser mi propio patrón».

Esta idea no prosperó, pues luego de seis meses de silencio escribió otra vez diciendo que había tenido la suerte de conseguir empleo en un Banco de Winnipeg, lo que era un cambio agradable después de la vida bárbara de los últimos años.

«He llegado a la conclusión de que hay que haber nacido ranchero para prosperar en ese asunto —decía a Jinny—, y el clima es muy duro para cualquiera que no pertenezca a este país. Perdí más de dieciséis libras de peso el último invierno. Por la mañana era terrible, teniendo que levantarse a oscuras y saliendo a la nieve casi en ayunas. ¡Cómo me he acordado de los pasteles de tía Harriet! En la ciudad lo paso mejor y no estoy mal instalado».

Pero el Banco no duró ni dos meses. La próxima carta era de Toronto, y contenía solamente unas cortas líneas.

«He empezado a pintar de nuevo —decía—. Después de todo, es lo que más me gusta y lo que siempre he querido hacer. Hago lo que quiero, sin tener que escuchar órdenes de nadie. Ya me han dicho varias personas que he hecho mal en perder el tiempo con otras cosas. No espero hacerme rico pintando; pero me siento otra vez

libre, lo que no me había sucedido desde hace tiempo».

Luego vino un silencio de un año. La próxima carta, escrita en el año 1886, rezumaba helada desesperación. La letra había cambiado; era temblorosa y en ocasiones imposible de leer.

«He estado enfermo —decía—, y he perdido la salud. Adeline tenía razón después de todo y vosotros os equivocasteis. Soy un inútil, un fracasado, y terminaría con todo si tuviera valor para hacerlo. Vendí uno o dos cuadros; pero ahora llevo meses sin un encargo. Piensa algunas veces en mí, Jinny, y cuando lo hagas recuérdame como era aquella Navidad en Clonmere, cuando tenía veinte años y tú dieciséis. No pensarías muy bien de mí ahora».

Ésta era la última carta que se había recibido, hacía tres años. Ella había respondido a la carta, y algunos meses después le fue devuelta con la palabra «desconocido» escrita a través del sobre. Recordó que había bajado al despacho y le había contado toda la historia a su padre. Éste estuvo tan amable y bondadoso como siempre, consolándola y secándole las lágrimas.

—Si fuera hombre —dijo Jinny entre lágrimas— me iría al Canadá y le traería a casa. Sé que le encontraría.

Tom Callaghan contempló sus ojos apasionados y llenos de esperanza y la barbilla pequeña y voluntariosa.

—Creo que lo harías, Jinny —dijo—; pero Dios te hizo mujer, y quizá un día encontrarás a Hal y le darás mayor consuelo.

Hacía tres años... Jinny volvió a colocar con cuidado las cartas en la caja y encima las pinturas, y cerró la tapa. Jamás las tiraría, las leería una y otra vez, hasta que fuera una vieja de ochenta años.

Quizá Hal estaba muerto y no sufría ya; pero eso no importaba. Ella recordaría siempre al muchacho que había cogido su mano en aquella sala tenebrosa y oscura de Clonmere, aquel día de Navidad, y que estaba obsesionado y solo. Tendría ahora cerca de treinta años, si es que vivía. Ya no era un muchacho como cuando solía sentarse en la mesa de la vaquería y beberse la leche cuando su madre no miraba, ni como cuando la hacía rabiar, ni cuando salía en lancha con ella... Jinny tenía muchos cuadros en la imaginación, todos ellos queridos y dulces. Y tenían que durarle toda su vida, porque no volvería a haber ninguno más.

Puso la caja de las cartas en su armario y bajó a la comida de su cumpleaños. Patsy, el jardinero, había matado un pollo en honor de la ocasión, y su madre había cocido una tarta especial. Fingió sorpresa, aunque la misma ceremonia se repetía cada año; sus padres la observaban mientras desenvolvía sus regalos y daba el grito acostumbrado de placer y asombro. Año tras año se repetía la escena, deliciosa para los tres.

—¡Papá, un reloj! ¡Qué bueno eres y qué picarón! Es el mismo que estuvimos viendo en el escaparate de Slane.

—Y tú, mamá, esta carpeta con pluma, tintero... ¿Por qué me miman tanto?

Jinny se levantó de la mesa y besó a ambos.

—Desde luego, ya sé lo que queréis —dijo—; papá me pedirá que le preste el reloj para no llegar tarde a la iglesia y mamá escribirá todas sus recetas de cocina en mi nuevo papel. ¡Estáis buenos los dos!

—Sabes demasiado —dijo Tom—. ¿Qué vas a hacer esta tarde? ¿Vas a ir a ver a Kitty?

—No, me parece que voy a darme un paseo, si no me necesitáis ninguno de los dos.

—Yo voy a hacer mermelada —dijo Harriet—; pero te dejaré por un día.

Resultaba difícil creer, pensaba Jinny mientras paseaba aquella tarde por la playa de Clonmere, y miró a Monte Bravo, que bajo aquella cara áspera de granito, tan blanca y tranquila en el sol del verano, los hombres se afanaban y sudaban en provecho de alguien que vivía lejos de ellos, en otro país, y que no se ocupaba de ellos ni de sus familias. La casa aquí era como un sepulcro, con las ventanas cerradas y atrancadas.

Algunas veces se animaban cuando Molly, su esposo e hijos pasaban quince días bajo su techo; pero generalmente estaban cerradas como hoy. Henry Brodrick y su esposa vivían ahora en Brighton, según Molly; habían vendido la casa de Lancaster Gate. Y aquí estaba Clonmere aguardando a su propietario, que nunca llegó. Jinny miró fijamente el balconcito de la nueva ala. Era extraño imaginar que quizá nadie se había asomado allí.

Jinny fue alejándose del castillo por la vereda que bordea la caleta hasta la verja de la finca. Vio el vaporcito de Mundy, que se abría paso a través del huerto hasta Doonhaven.

Hizo algunas visitas a los aldeanos de Oakmount, y ya eran las cinco cuando llegó a su casa. Entró por el jardín. Patsy estaba cortando leña a la puerta de la vaquería.

—Tiene usted una visita, *Miss Jinny* —dijo, sacudiendo la cabeza hacia la casa—. Llegó en el vapor, y nada más verle le conocí.

—¿Quién es, Patsy? —preguntó Jinny.

—No, no se lo digo, *Miss Jinny*. Entre y lo verá.

Y Patsy continuó su tarea, moviendo la cabeza y farfullando para sí.

Jinny encontró a su madre de pie en el salón. Parecía emocionada y triste.

—Pensé que no vendrías nunca —dijo—. ¿Quieres ir a ver a tu padre? Está en el despacho. Y Jinny, prepárate para una sorpresa, aunque no sé si decir que más que sorpresa es un golpe. Es extraño que haya sucedido esto en tu cumpleaños.

Sonreía; pero, no obstante, le brillaban los ojos de lágrimas.

Jinny entró en el despacho. Su padre estaba de pie junto a la chimenea, hablando con alguien que había sentado en el sillón al lado de la ventana. Avanzó hacia él, sin creer lo que presentía.

—Es Hal, ¿verdad? —dijo.

Se levantó Hal. Estaba muy alto y delgado, y no era sino una sombra de sí mismo.

No se parecía ni al Hal recordado ni al Hal con quien había soñado todos aquellos años. Le cruzaban la cara arrugas que el sufrimiento había esculpido en ella, y los ojos desilusionados estaban rodeados de cárdenas ojeras. Parecía tener más de treinta años; parecía ser mucho más viejo, pero con vejez no madura. Era un Hal que había perdido su juventud, pero no la esperanza hacia ella, y le cogió las manos. Su sonrisa sí era la que tan bien recordaba, la que tanto quería.

—¿Lo ves? —exclamó él—. He vuelto. Soy un fracasado, no he conseguido nada. Pero tío Tom dice que puedo quedarme. ¿Tú no me echarás, verdad Jinny? ¿Crees todavía en mí?



Hal y Jinny, una vez que se hubieron casado, se establecieron en la que había sido casa del doctor Armstrong, en Doonhaven, la cual había estado desocupada desde su muerte, hacía muchos años. Estaba a cinco minutos de camino de la parroquia. Los padres de Jinny los proveyeron de muebles y ropa blanca, y Jinny, que era una espléndida administradora, pronto convirtió la abandonada casa en un hogar acogedor.

Se le hacía raro a Hal vivir en Doonhaven en lugar de Clonmere. Se sentía extrañamente humillado por este hecho y procuraba ocultarlo a Jinny, a quien amaba cada día más tiernamente. Ésta, por el contrario, estaba orgullosa de su casa, desnuda y fea, en la mitad del pueblo. Por esto procuraba Hal que ella no sospechase que le atormentaba contemplar desde la ventana de la salita la oficina de Correos y tener a Doolan, el Zapatero, de vecino. No era presunción lo que le hacía resentirse, sino un deseo inexplicable por el espacio y soledad de Clonmere. Cuando echaba de menos su casa, le acometía el remordimiento por su ingratitud, y procuraba decir a Jinny algo agradable acerca de las nuevas cortinas, o de la colocación de las flores, o del pastel hecho especialmente para el domingo.

—Algunas veces soy un bruto, amor mío —le dijo, atrayéndola hacia sí—. Me tienes que perdonar y no hacerme caso. En Canadá no sólo he perdido la salud, sino el buen humor.

—Para esto estoy yo aquí, Hal —dijo ella, pasándole las manos por el cabello—, para quitarte el mal humor y cuidarte.

—Eres un encanto —exclamó él—, y yo el hombre más afortunado de la tierra. Ahora dame un martillo y algunos clavos, y veré si puedo poner esa repisa que quieres para la despensa. Una cosa debo a Canadá, aunque nada más sea eso, y es que he aprendido a hacerme útil en casa.

Antes de decidir vivir en la casa del pueblo, Callaghan había preguntado a Hal si no le gustaría hacerlo en Clonmere.

—Aquello no es mío; es de mi padre —dijo con gesto agrio—. No me ha escrito desde que me fui de Londres, hace nueve años. ¿Cómo voy a meterme en Clonmere después de eso?

—¿Le has escrito tú alguna vez para pedirle perdón?

—Sí; cuando llegué a Winnipeg. No me contestó.

Con eso me basta. No pienso volver a escribirle en toda la vida.

Calló Tom Callaghan. Sólo Dios podía arreglar la desavenencia entre padre e hijo; si él trataba de mediar, sólo empeoraría las cosas. Escribió y dijo a su antiguo amigo que Hal había vuelto a Doonhaven, y le explicó su enfermedad y el fracaso en el Canadá y su noviazgo con su hija. La respuesta de Henry no fue animadora.

«No esperaba otra cosa —decía—. Siempre supuse que Hal se destrozaría la vida. Siento que tu hija no haya sabido encontrar un marido mejor».

Así fue cómo, mientras Clonmere permanecía cerrado, Hal Brodrick vivía en Doonhaven en una casita con Jinny. Ésta guisaba y Hal limpiaba los zapatos y entraba el carbón. Por las mañanas venía una muchacha a fregar los suelos.

—Lo hice en el Canadá —decía—, y lo puedo hacer aquí también. —Y luego observaba a través del camino a Mike Doolan, que le miraba con sorna, con un gesto impertinente, como si le despreciase; si le hablaba, contestaba despegado e indiferente.

—Es gracioso —decía Hal a Jinny—. Cuando vivíamos en Clonmere y éramos «los señores», y pasábamos en coche, nos odiaban, sin duda, pero nos respetaban, o al menos respetaban a mi padre; y ahora que he venido a vivir entre ellos sienten que soy un intruso. Tú eres distinta; están acostumbrados a ti; tú eres la hija del rector. Pero yo soy diferente, soy un Brodrick, y no les parece bien que no les mande hacer esto o lo otro, aunque me odiarían si lo hiciese.

—Te preocupas demasiado sin necesidad —dijo Jinny—. Siempre estás a la defensiva, pensando si dirán esto o lo de más allá. Debieras ser más sencillo, como tú eres, al fin y al cabo. Ya verás cómo aprenden a quererte con el tiempo.

—¡Dios sabe cómo soy de verdad! —dijo Hal—. Una vez creí que había nacido para estar en un rancho. Otra me creí pintor, aunque no conseguí vender ni un cuadro. Ni siquiera puedo llamarme Hal Brodrick de Clonmere. Lo que soy es una perfecta inutilidad, con una mujer que no me merezco, que vive a costa de su suegro. Y Jo que pasa es que la gente está al cabo de la calle. Tienen razón de sobra para despreciarme.

—No te desprecian, y no eres ninguna de esas tonterías. Eres mi marido, y basta.

Estaba Jinny preocupada, no obstante. El entusiasmo de Hal al volver a verla había disminuido. Solía quedarse callado y caviloso, para luego desesperarse por miedo de estar haciendo desgraciada a su mujer.

—Soy una carga para ti. Antes de seis meses de matrimonio estarás harta de mí. Nunca debí pedirte que te casaras conmigo.

Consultó Jinny a su padre acerca del estado de ánimo de Hal.

—Lo malo es —dijo Callaghan— que Hal siente que está viviendo a costa nuestra; pero no tiene suficiente fuerza de voluntad para valerse por sí mismo. Hablaré con él y veremos lo que puedo hacer.

Mas luego, cuando se sentaban todos alrededor de la chimenea, resultaba difícil comprender que Hal había cambiado y que no era el mismo de siempre. Recobraba allí su antiguo buen humor y se mostraba alegre y encantador. Acusaba a tía Harriet de anticuada por continuar desnatando la leche con una concha, y gastaba joviales chanzas a tío Tom acerca de la duración de sus sermones. Le veía Callaghan de pie ante la chimenea, rodeando el talle de Jinny con un brazo, y le parecía estar mirando al Henry de hacía treinta años, y escuchando sus frases y chanzas bienhumoradas. Y Hal hablaba de sus aventuras en Canadá y de las trifulcas amistosas que allí tuvo con Frank, su socio. —Hal— le dijo un día cuando Jinny y su madre habían salido del cuarto—, ¿es que eres demasiado orgulloso para tratar de ganarte la vida?

—Orgullosa, no; perezosa. Por eso fracasé en Canadá —contestó Hal sonriendo.

—No —repuso Tom—; fracasaste en el Canadá porque estabas sin amigos y solo, y gastaste todo tu dinero en las tabernas de Winnipeg. Eso no sucederá aquí.

—¿Qué propones, entonces, tío Tom? Nadie quiere mis cuadros. La semana pasada llevé tres a Slane; pero no pude colocar ni uno. No conseguí sino humillarme ante Jinny, que aún cree que soy un buen pintor. Sólo me encuentro a gusto cuando tomo un par de copas.

—Sí, y si continúas de esa forma te pondrás malo, como en el Canadá. No, sigue pintando como entretenimiento; no lo encontrarás mejor. Lo que quiero saber es si te atreves a trabajar en alguna cosa.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Conoces a Griffiths, el administrador de las minas?

—Sí.

—Su contador principal se ha ido a América. Está buscando a alguien que le lleve los libros y las cuentas, y atienda a las mil y una cosillas de las que no puede cuidarse él personalmente. De nueve a seis. El sueldo es pequeño, pero no despreciable. ¿Qué te parece?

Se quedó Hal mirando a su suegro con sorna.

—¿Un Brodrick ir a ganar unas libras a la semana en la mina que le producirá un día miles? —dijo—. No deja de tener gracia la idea.

—Olvida eso. Tienes que pensar en el presente, no en el futuro. Y no es como si fueras a pedir dinero a tu padre. El sueldo se paga al empleado, sea quien sea quien ocupe el puesto. La cuestión es si puedes decidirte y hacerlo. Piensa en lo orgullosa que se pondría Jinny.

Hal no respondió por el momento. Quedó mirando con fijeza al fuego.

—No hay nada que no hiciera para dar gusto a Jinny —dijo—, y, sin embargo, estoy convencido de que jamás lo lograré. Soy una inutilidad, tío. Si acepto ese puesto, no conseguiré más que fracasar, como me ocurrió en Canadá.

—No, Hal, no.

—Está bien; lo intentaré.

El 25 de febrero de 1890, Hal Brodrick fue hacia las minas de su padre, en Monte Bravo, entre los obreros de Doonhaven, y luego de colgar el sombrero se sentó en un alto taburete ante su pupitre, con el joven Murphy, el hijo del tendero. El viejo Griffiths tenía un despacho particular. Hubo una vez, recordaba Hal, en que Griffiths solía permanecer respetuosamente ante su padre, callado y con el sombrero en la mano; ahora, el hijo de éste era el subordinado del respetuoso empleado, al par de Murphy y de los demás.

No podía dejar de sentir extrañeza al encontrarse convertido en un empleado de la mina, cuando hacía veinte años solía llegar en coche mientras los demás se descubrían. Recordaba cómo había bajado a la mina para ver a los obreros trabajar en los filones y visitado la casa de máquinas para ver funcionar las bombas. Ahora, por

primera vez, conoció la vasta vida interior de la mina, que parecía no guardar relación con el mundo exterior.

A las seis de la mañana, en su casa de Doonhaven, Hal se despertaba al repique de la gran campana de Monte Bravo que llamaba al trabajo a los mineros, y permitía al turno de noche subir a la superficie, pálidos y cansados. Ya hacía casi setenta años que llamaba la sonora campana a hombres, mujeres y niños a las minas; pero los Brodricks, acostados en sus camas en Clonmere, no la habían oído nunca. Había un pequeño ferrocarril de acarreo que iba desde Doonhaven hasta las minas de Monte Bravo, y los mineros que vivían en el pueblo solían ir al trabajo en las furgonetas. Hal oía el silbido de la máquina y el entrechocar de los topes, y algunas veces, bajo sus ventanas, el ruido de pisadas de hombres que corrían para coger el tren. Era aún de noche y las estrellas tachonaban el cielo.

—¡Pobres diablos! —decía Hal a Jinny, sintiendo vagamente que él era el responsable de que tuviesen que levantarse a la luz amarillenta del alba.

Más tarde, cuando llegaba a la oficina, poco antes de las nueve, en el cochecillo de su suegro, volvía a remorder la conciencia. Las mujeres y los niños encargados de lavar el mineral le miraban cuando pasaba, y le parecía que se reían de él, y que creían que había logrado el puesto por favoritismo, y que no necesitaba el dinero.

Al final de mes, cuando había que hacer el balance y mandarlo, Hal tenía que trabajar horas extraordinarias. En esas ocasiones también él cogía el tren de las seis con los mineros del pueblo, y Jinny se levantaba bienhumorada para hacerle compañía y ver que tomaba su desayuno antes de partir. La primera vez que hizo esto, los hombres se apartaron de él en el vagón, bromeando y charlando entre sí. Había uno, llamado Jim Donovan, hijo de Pat Donovan, que decía ser el primer minero que había habido en su familia.

—Te digo que es verdad —dijo—. Antiguamente, toda la tierra de los alrededores era nuestra —y al decirlo, miró a Hal de soslayo.

—Claro que es verdad —dijo otro—. La habíais heredado del diablo.

—Nada de diablo —respondió Jim—; el abuelo del abuelo de mi abuelo era nada menos que un jefe, y vivía allá abajo en el castillo. Tenía mil hombres a sus órdenes, y el rey de Francia era su mejor amigo.

—Eso es verdad —intervino uno de los hombres—. Los franceses nos ayudaron mucho, y los españoles. Lo sé por mi padre.

—¿Quién fue —preguntó otro— quien mató a un señorón por meterse con los contrabandistas? Ésa es otra historia verdadera, y sucedió en Doonhaven.

—Fue uno de los Donovans —dijo Jim—. Y muy bien que hizo. ¿Qué derecho tenía, por señorón que fuese, para meterse con la manera de ganarse la vida la gente honrada? Yo le pegaría un tiro al que quisiera hacerme una cosa así.

—Con lo que lograrías morir ahorcado —dijo su camarada riendo—. ¡Ya se encargarían de ello los ingleses!

—¡Valiente cosa me importan a mí los ingleses! —dijo Jim—. No tardaremos en

librarnos de ellos. Cuando lo consigamos, os voy a convidar a cazar liebres en la isla.

De haber estado en Canadá, hubiera Hal unido su voz a las joviales chanzas de los demás, como soliera hacerlo en el rancho. Pero aquí era muy distinto... No podían aquellos hombres olvidar que era él un Brodrick, cuyo padre era dueño de Clonmere y de la mina, por lo que le tenían automáticamente por orgulloso y pagado de sí mismo. Si tratara de bromear con ellos, sólo lograría estropearles la diversión, y se imaginarían que estaba procurando mostrarse condescendiente con ellos, o de ganarse sus simpatías para motivos ulteriores e interesados. Así, todos sus esfuerzos y buena disposición sólo le servían para desearles buenos días o para hacer algún comentario acerca del tiempo.

Formaba parte de sus obligaciones vigilar el pago de las semanadas todos los viernes. Y éste era el día que más odioso le resultaba de la semana. Tenía que sentarse en la pagaduría, junto a Griffiths, con una pila de monedas delante, pasando lista a los obreros y alargando a Griffiths la cantidad justa de dinero que a cada uno correspondía, según los obreros avanzaban al escuchar sus nombres. Los jornales le parecían miserables; las monedas, harto escasas. Todos los viernes por la mañana le entristecía el corazón escuchar las pisadas de los obreros, que formaban cola para cobrar. Luego se sentaba junto a Griffiths y comenzaba a leer la nómina.

—¡Pat Torrens! —gritaba; y se adelantaba un hombre escuálido y macilento, con la piel apergaminada cruzada de arrugas, gran nuez que se movía estúpidamente en el cuello de pajarito y grandes bolsas bajo los ojos. Dos libras. Dos libras por trabajar ocho horas de un tirón, tal vez boca arriba, en las galerías húmedas y angostas de Monte Bravo, para salir luego y, cambiada la ropa en el frío cobertizo, irse a su choza y comer patatas o pescado salado, tras lo cual dormiría ante el apestoso fuego de carbón vegetal. A la mañana siguiente, una vez más a las húmedas galerías de la mina.

Alargaba Hal el montoncito de monedas, procurando evitar la mirada del minero. Le parecía que Pat Torrens estaría pensando: «Éste es uno de los señoritos para quienes trabajo. Cada onza de mineral que arranco a la roca se convierte luego en oro, que va a parar al bolsillo del padre de Hal Brodrick». Se alejaba Pat Torrens y leía Hal el nombre siguiente de la lista.

Y así una hora o más, para terminar con las mujeres y los niños. Uno de los muchachitos, de no más de nueve años, se adelantaba para recibir su pieza de dos chelines, su gratificación por estar descalzo sobre el estaño cuando lo lavaban en el tablero inclinado o por descuartizar grandes trozos de mineral con un martillo, fuera de los cobertizos de preparación.

Un viernes por la mañana, cuando el último había sido pagado, Hal se volvió al administrador lleno de rabia y disgusto.

—¿Hay derecho a esto? —exclamó—. Debían cobrar más. ¿Por qué la nómina entera de las minas es apenas una décima de lo que va a mi padre?

*Mr. Griffiths se le quedó mirando.*

—La paga es buena —dijo—. La he conocido peor en otras minas. Ellos no esperan más. Desde luego que su padre obtiene su beneficio. Es el propietario, ¿no? No me diga usted que tiene ideas radicales. Le estoy viendo predicando la revolución.

—No soy ni radical ni revolucionario —dijo Hal—. No me importa la política. Pero me da vergüenza; eso es todo.

—¡Pero hombre! —dijo el administrador, levantándose a coger su abrigo—, todo eso son sensiblerías. Usted lleve las cuentas bien y olvídese de la ética. Además, llegará el día en que sea usted el propietario. Puede usted regalar entonces sus beneficios si quiere.

—Sí —repuso Hal—, ése es el caso, que no lo haré. Entonces no se me ocurrirá más que aprovecharme, como mi padre.

Por la tarde volvía a casa en coche, procurando no mirar a las minas ni escuchar su ruido. Sus altas chimeneas, negras contra el monte, apuntaban sus dedos al cielo; de las puertas abiertas de la casa de calderas salía un resplandor de fuego. Oía rechinar los tambores al enrollarse en los pozos y el runrún incesante de los motores de las bombas. El aire estaba saturado del inevitable olor acre que venía de los cobertizos de preparación, donde se limpiaba el mineral. Poco a poco iba dejando atrás ruidos y olores; ya sólo el isócrono golpear de los cascos de la yegua de su suegro rompía el silencio; Monte Bravo se alzaba tras de él blanco y callado a la luz de la luna; a su izquierda cabrilleaban las serenas aguas de la bahía, y a lo lejos punteaban las lucecitas de las casas de Doonhaven.

«Sí —pensaba Hal—, por mucho que le diga a Griffiths sobre la mala paga de los mineros, lo que yo quiero realmente es vivir cómodamente en Clonmere a costa de ellos, con Jinny vestida para cenar como mi madre solía hacer y un criado que me sirva en vez de esa muchacha medio tonta. Lo que quiero es disfrutar de las minas, como mis antepasados hicieron, y olvidar lo demás. No quiero volver a mi casita en la calle del pueblo y saber que Jinny me ha guisado la cena y está cansada».

Dejaba el cochecito con Patsy en casa de su suegro e iba andando por el pueblo hasta su casa. Al entrar le saludaba un marcado olor a cocina, cosa que detestaba, y que era imposible de evitar en una casa tan pequeña, a pesar del cuidado que se tomaba Jinny.

Salió ella a recibirle, tan bonita, con los ojos brillantes, llenos de amor, el pelo revuelto y la cara arrebolada de inclinarse sobre la hornilla.

—Tu cena favorita —le dijo radiante—: arenques y coliflor. Es una receta nueva del inagotable libro de mamá. ¡Oh!, la chimenea de la salita revoca; habrá que limpiarla. Kitty y Simón vinieron de Andriff a visitarnos; nos han dejado un melón estupendo y algunas uvas. Y Simón quiere comprarme uno de tus cuadros, el apunte de la isla de Doon.

—No lo quiere —dijo Hal—, lo hace por lástima.

—No lo creas. No debes ser tan orgulloso. Cree que tienes mucho talento. Me lo ha dicho Kitty.

—Entonces es el único.

—No, Hal, eso es una bobada. Tu mujer no cambia tus cuadros por los de nadie.

—Tienes mejor opinión de mí que yo. Soy un pintor fracasado y un marido no menos fracasado.

—No seas así. Ven, siéntate y descansa, aunque revoque la chimenea, y te traeré la cena en una bandeja.

Se dejó caer en la silla y extendió los brazos hacia ella.

—¿Por qué me vas a servir? —dijo—. Soy yo el que debo mirar por ti. Me gustaría verte bien peinada, Jinny, chiquilla, y con un traje de noche en vez; de ese delantal viejo y con tus manitas pegajosas de guisar.

—Me peinaré, y me pondré mi vestido de novia y me lavaré las manos en leche si me prometes ser bueno.

—Soy bueno.

—¿Ya sabes lo que quiero decir con eso de «bueno»?

—¿Quieres decir que no me beba el *whisky* de la botella del aparador? No te preocupes, está vacía.

—Oh, Hal Y te dije que dejaras un poco para casos de resfriados o catarros...

—El invierno se ha terminado y no habrá más resfriados o catarros. Soy un bruto y no te merezco, Jinny, chiquilla. ¿Por qué me quieres?

—No lo sé, Hal; pero te quiero.

Ella sonrió y él no se movió, pero extendió las piernas al fuego humeante, pensando en el gran salón de Clonmere y en su chimenea, donde nunca se había encendido fuego. Pronto volvió ella con la cena en una bandeja. Los arenques estaban quemados, pero él juraría que eran excelentes. Se sentó Jinny después a sus pies y reanudó su surtido, mientras él miraba fijamente al fuego, jugando con sus cabellos.

—Debías estar haciendo bordados —le dijo— en lugar de zurciendo mis calcetines viejos.

—Y si te dejo los calcetines sin zurcir —preguntó ella— ¿quién lo haría?

—Debías tener una doncella —dijo— y media docena de sirvientas para servirte. Y yo, vestido de *smoking*, con una flor en el ojal, habiendo cenado lomo de venado y bebido algún viejo coñac.

—Eso quiere decir que no te han gustado los arenques —repuso ella disgustada.

—No significa nada de eso —dijo, besándola en la cabeza—. Significa que dejo volar a mi imaginación. Tienes una garganta que puedo rodear con una mano.

—¡Vaya, vete a paseo! ¿Quieres apartar tu manaza? No veo el roto de tu calcetín.

—Déjalo en paz, querida.

—¿Y vas a ir descalzo?

—Me gustaría que te sentases conmigo en la butaca y mirases las cosas que dibujan las llamas.

Ella apartó la labor y se acurrucó a su lado en la vieja butaca de casa de Callaghan. Poco hablaron; pero escucharon el reloj en el rincón, dejado por el doctor

Armstrong; oyeron la lluvia golpear la ventana y contemplaron a la humeante turba consumirse en el hogar.

En aquel instante Tom Callaghan estaba escribiendo a Herbert Brodrick en Lletharrog:

«Querido Herby:

*No puedes pensar el placer que me produjo recibir una carta de alguien de la familia. Hace años que no te veo, pero tengo fotografías tuyas y de los hermanos como recuerdos del pasado. Me causaron gran alegría tus palabras sobre Jinny y la bendición que ha sido para Hal. No digo ni una palabra de ellos a Henry cuando le escribo, pues dígame lo que le diga, siempre habla de lo irremediable del caso de Hal... Yo, por mi parte, digo con gusto que Hal es uno de los muchachos más encantadores con quien me he tropezado; en realidad, es su padre de cuerpo entero, con un defecto, del cual se está curando. Hasta ahora no ha habido niños, pero ya vendrán, como yo le digo a Jinny. Son ciertamente una de las parejas más felices que me ha cabido la suerte de ver...»*



Hal no era un gran lector de periódicos. Se preocupaba poco de las cuestiones del día. Cuando volvía de las minas, todo lo que deseaba era sentarse con Jinny enfrente del fuego, y escucharla, y reírse con ella de los sucesos de la administración. Por eso, cuando fue un día a Slane, a principios de la primavera de 1894, para hacer compras para Jinny y la casa, le cogió de sorpresa encontrar en el *Slane and County Advertiser* tres columnas en la página central sobre los grandes depósitos de estaño descubiertos en Malaya y las sociedades que se habían formado para explotarlos. En opinión del autor, los descubrimientos acabarían con el mercado local. La vida que hacía era tan rutinaria (llevar la contabilidad, volver a casa con Jinny y el bebé), que el alza y baja de precios no suponía nada para él, y cuando el viejo Griffiths sacudía la cabeza y hablaba sombríamente sobre el futuro, Hal lo achacaba al natural pesimismo del hombre, que podía ver pocas esperanzas en la explotación de las minas en cobre o estaño. Cuando Hal hubo leído el artículo, pasó a la página central para mirar el precio corriente del estaño. Era de ochenta y cuatro libras la tonelada. Hacía seis meses era de cien libras. Sí, el viejo Griffiths tenía razón al sentirse pesimista. Hal, contento y despreocupado con la vida de su propio hogar, había olvidado observar las fluctuaciones del mercado, a que debía su subsistencia. Se interrogaba sobre lo que su padre podría pensar de esto. Aquella noche, cuando volvió a casa, halló a su suegro sentado en la habitación de estar, meciendo al solemne John-Henry, y le preguntó si había leído el artículo del *Slane Advertiser*.

—Sí, Hal, lo he hecho —contestó Tom Callaghan—, y creo que el autor tiene razón. Las cosas van a cambiar.

—¿Qué hará mi padre?

—Tu padre siempre ha tenido buena cabeza para los negocios, Hal. Puedes estar seguro de que no ha perdido de vista las minas de Malaya y no le habrá pasado inadvertida la baja de precios de los últimos meses. Fue uno de los primeros propietarios que dejó el cobre para dedicarse al estaño, hará unos veinte años, y la gente de Cornwall le imitó; al menos aquellos que afortunadamente lo encontraron y tenían capital para hacerlo.

El rector vaciló, y como Jinny entrase en aquel momento para llevar a John-Henry a la cama, esperó a que saliera de la habitación, y luego continuó dirigiendo la vista hacia su yerno.

—¿Has oído algún rumor?

—No, tío —dijo Hal—. No me da por escuchar hablillas. ¿Rumores de qué?

—Que tu padre se propone vender las minas.

Hal negó con la cabeza.

—Es la primera noticia —dijo—; pero quizá Griffiths no quisiera decirme nada por delicadeza. En cuanto a los hombres, siempre tienen algún cuento que contar. La semana pasada oí a ese Jim Donovan decir a un compañero que había oro al pie de

Monte Bravo y que todo le pertenecía.

—Jim Donovan tiene manía de grandezas, como los demás de su familia. No, Hal, no son meras hablillas lo que te digo. Hablé con Griffiths al salir de la iglesia el domingo, y me dijo que habían llegado cartas de Inglaterra, que es de presumir que no hayas visto, de un director de una sociedad de Londres, y también cartas de tu padre y de sus representantes, y que se han entablado negociaciones.

Hal encendió su pipa y avivó el fuego con el pie.

—Después de lo que he leído hoy no puedo hacerle reproches —dijo—. Quiero decir a mi padre. Si el precio del estaño baja más, supongo que no le tendrá cuenta la explotación de la mina. Pero ¿quién será el loco que quiera comprarlas?

—Algún especulador —dijo tío Tom—, gente que no conoce nada de la tierra ni del país, y meterán en la mina todo lo que tengan, para sacar todo lo que puedan antes de que venga la catástrofe. Yo no soy profeta; pero puedes estar convencido que eso es lo que sucederá.

—Será curioso —exclamó Hal— pensar que las minas no pertenecen ya a la familia. Mi bisabuelo se volvería a morir si resucitase y las encontrase vendidas.

—Según lo que he oído hablar de él, me parece que te equivocas. Copper John no era nada sentimental. Se frotaría las manos de satisfacción al pensar que su nieto Henry se estaba librando de todo ello, con el tiempo preciso, conservando su fortuna intacta. No como algunas familias de Cornwall, que se han arruinado. No, Hal, vosotros los Brodricks no os dejáis llevar de sensiblerías. No faltan hombres de buena cabeza en la familia.

—Es lástima que yo no sea uno de ellos —dijo Hal—. Mejor nos hubiera ido a Jinny y a mí.

Unos días después se sabía en todo Doonhaven que Henry Brodrick había vendido las minas a una compañía de Londres. *Mr.* Griffiths llamó aparte a Hal y le mostró unas cartas y una copia del contrato.

—Setenta y cuatro años, y ahora todo ha terminado. Las lágrimas, el sudor, la preocupación y el trabajo. Es gracioso; pero nunca he tenido cariño a la mina, *Mr.* Griffiths. La he considerado siempre como una mancha en el paisaje, que estropea la áspera grandeza de Monte Bravo; sin embargo, ahora que va a pasar a manos extrañas, lo siento. Quisiera poder evitarlo.

—No le afectará a usted, *Mr.* Brodrick. La nueva compañía conservará a todo el personal.

—Sí... Sin embargo, no es eso lo que yo quería decir.

—Su padre es un hombre listo, es todo lo que puedo decir —dijo el administrador—. Ha hecho el negocio mejor de su vida. Y no necesita preocuparse. Usted cosechará el beneficio de todo algún día.

«No se da cuenta —pensaba Hal—; no ve que las minas eran parte de la familia, como Clonmere. Y ahora, unas están vendidas y el otro cerrado e inaccesible. Es el principio del fin».

Quince días más tarde el nuevo director vino en persona a inspeccionar la propiedad.

Era hombre de cara tosca, con acento norteño y voz recia y autoritaria. Dio una vuelta a las minas, disparando preguntas que confundían al viejo administrador. Hal sólo le vio un momento, cuando pasaba por el despacho. Su visita fue seguida por otras; habían enviado gente para dar informes precisos sobre las obras; nuevos ingenieros, nuevos capataces. Forasteros en el país. Y por primera vez en su vida Hal se solidarizó en sus pensamientos con los mineros. Éstos también sintieronse más cercanos a Hal. Mostrábase más francos, más amistosos con él, maldecían a los intrusos, llamándoles «gentuza del Norte», y celebraron con risas que Hal les diera un nombre más fuerte aún. Sabía ahora lo que es sentirse empleado por un extraño, trabajar a las órdenes de un desconocido y saber que el producto de la mina no le produciría más que su simple sueldo semanal.

—¿Ves —le dijo a Jinny— qué hipócrita he sido? Estos pocos años que he estado subiendo a la mina cada día, tenía todo el tiempo la idea fija de que pertenecía a mi familia y que un día sería mía. Y aunque me aislaba esto de los hombres, me producía una honda satisfacción. Y ahora no tienen que ver nada conmigo. Lo mismo podía estar trabajando en la fábrica de maderas de Slane o en el tejedor de Mundy. Y me siento a disgusto, lo mismo que Jim Donovan o los demás.

—Lo sé —dijo Jinny—, es triste; desde que tengo uso de razón he visto los vagones subiendo el puerto y las minas con el nombre Brodrick escrito en ellos. ¿Tendrán otro nombre ahora?

—No lo sé, ni me importa —exclamó Hal—; pero de todas maneras no se lo puedo perdonar a mi padre.

El rector tenía razón cuando calificó a los compradores de especuladores. La norma que había prevalecido en las minas de Doonhaven, establecida por Copper John, y continuada por Henry cuando vivía en Clonmere, era explotar los filones cuidadosa y lentamente, sin llegar de una vez a demasiada profundidad y sin arriesgar con esto el desperdicio del mineral por inundaciones excesivas. Habían planeado para el futuro y no para el inmediato presente. El mineral que podía alcanzarse con la mayor precaución y mafia en seis o siete años podía ser dejado hasta aquel tiempo, y el mineral más cercano a la superficie, tratado primero.

La nueva sociedad no hizo caso de estas ideas. Necesitaba inmediatamente rendimiento para su dinero, y que se agotasen los filones más ricos, se sacasen a la superficie y se vendiese el mineral, todo en seis meses. El precio del estaño seguía bajando, y a no ser que se sacasen pronto beneficios, en seguida las pérdidas serían graves. A los mineros de Doonhaven, acostumbrados a un método de trabajo tranquilo durante veinte años pasados, pues Griffiths no era ningún tirano, se les exigió de repente trabajar más horas y extraer doble cantidad de mineral. El único modo de conseguirlo fue elevar los salarios.

Los nuevos propietarios decidieron arriesgarse y anunciar un espectacular

aumento de jornales, con el que calculaban animar a los obreros a trabajar a marchas forzadas durante unos meses, y esto era cuanto ellos precisaban.

La noticia fue acogida con alborozo por los mineros de las galerías y los de la superficie.

Los nuevos propietarios no eran ya «gentuza del Norte», sino «hombres enérgicos que conocían su negocio». Una actividad febril se extendió entre toda la población minera. Los hornos ardían toda la noche, los vagones chirriaban de aquí para allá entre Monte Bravo y Doonhaven. Hal, trabajando con sus cuentas durante todo el día, volvía tarde por la noche a casa, confesando que a él mismo le asombraba el cambio experimentado por el ritmo de la explotación. Su suegro, al oírle, meneaba preocupado la cabeza.

—Es una prosperidad falsa —decía—; los hombres no comprenden. Mira el precio del estaño en el periódico de la mañana. Setenta y cinco libras una tonelada. Una baja de diez libras en menos de dos meses. Los especuladores se desembarazarán de la mina antes de que pasen muchos meses, y todo habrá acabado.

—Pero Dios sabe qué cantidad de estaño hay todavía —contestó Hal—; y cobre también, si solamente se quisiera explotarlo. Se lo oí decir a uno de los mineros el otro día.

—Explotarán la mina mientras les convenga.

Abril..., mayo..., junio..., julio, casi cinco meses habían pasado desde que las minas habían cambiado de dueño. La tercera semana de julio, el nuevo ingeniero jefe, que trabajaba por contrato para la sociedad de Londres, dijo a *Mr. Griffiths* que el gerente le había mandado llamar para consultarle.

—Si desean que siga todo durante todo el verano —le dijo—, me veré imposibilitado de hacerlo sin nuevas instalaciones para las bombas principales; y, aquí, entre nosotros, no creo ni por un momento que quieran hacer los gastos. Sospecho más bien que es ésta la última vez que veo Doonhaven.

Partió dos días más tarde, llevándose a sus tres subordinados con él. Empezó a correr el rumor de que la maquinaria actual iba a ser desmantelada y que iban a llegar nuevas máquinas de Bronsea. Se dijo luego que los salarios de los obreros iban a ser aumentados otra vez. Uno o dos de los obreros preguntaron a Hal si sabía algo acerca de tal cosa.

—Lo siento —dijo Hal—. No sé más que vosotros; pero con el estaño al precio tan bajo que está hoy, creo que difícilmente podrá la sociedad aumentar los salarios. ¿Habéis visto el periódico de hoy? El estaño ha bajado a sesenta y cuatro libras la tonelada.

Estaba subiendo al cochecito, que estaba preparado para llevarle a casa. Uno de los obreros, Jim Donovan, sostenía con su mano las riendas.

—Entonces, ¿es por eso por lo que *Mr. Henry Brodrick* vendió las minas? —dijo.

—Mi padre no me escribe —respondió él—; pero creo que está claro por qué las vendió.

—Seguro que sacó buen precio por ellas —dijo Donovan haciendo a su compañero una seña—. No será él de los que sufran por la baja de precios.

—Jim, eso es lo que llaman «entender de negocios» en los círculos financieros —dijo Hal, arreando al caballo.

Los hombres le vieron alejarse y se quedaron murmurando entre ellos mismos. Desde luego, no creían una palabra de lo que les había dicho, pensó Hal. Imaginaban que, como hijo del antiguo propietario, sabía más de lo que quiso decir.

Griffiths empezó a mostrarse evidentemente desasosegado. El 24 del mes fue el administrador a Slane y envió recado de que los negocios le harían estar en la ciudad dos o tres días. En el puerto de Doonhaven, uno de los barcos pertenecientes a la Compañía debía zarpar con su cargamento para Bronsea. Hal tuvo ocasión de subir a bordo y dar algunas instrucciones al patrón. Conocía al hombre bien, porque había sido capitán del buque desde las épocas de su abuelo.

—¿Es verdad, señor, lo que me decían en Bronsea antes de salir? —preguntó el patrón.

—¿Qué es eso, capitán Davis? —dijo Hal.

—Pues que el *Lucy-Ann* es el último barco que vuelve con estaño a Bronsea.

Hal bajó el vaso de ron que el patrón le había servido.

—Me parece que estaban burlándose de usted —dijo tranquilamente.

—No, señor, no era simplemente una habladería de puerto. Fue uno de los agentes de la fundición. «El próximo cargamento será el último, Davis», me dijo. «Las minas de Doonhaven van a cerrarse pronto». También se habla de un nuevo cambio de propietarios y un aumento de sueldo fabuloso para todos.

—La verdad está probablemente entre los dos extremos —dijo Hal.

—Llevo en este negocio cincuenta años —dijo el patrón—. Entré como grumete a bordo del buque de mi padre, el *Henrietta*, cuando tenía doce años. Me puedo acordar de su bisabuelo. Le llamaban el viejo Copper John. Parece que le estoy viendo con su sombrero de copa y su garrote cuando bajaba aquí al puerto a inspeccionar el cargamento. Mucho tiempo ha pasado desde entonces. Me va a parecer extraño no venir más por la noche a la bahía de Mundy y ver las luces de la isla de Doon guiñándome a través del agua.

—Probemos un poco más de su excelente ron —sonrió Hal—, y brindemos por el pasado. No vale la pena de pensar en el futuro.

A la mañana siguiente, cuando fue a la mina encontró el camino lleno de hombres, mujeres y niños, todos muy excitados. Algunos gritaban y se gastaban bromas; los más parecían desorientados e iban de grupo en grupo haciendo preguntas.

Las puertas del cobertizo de preparación estaban de par en par; nadie había trabajado dentro. Uno de los fogoneros se apoyaba contra el cuarto de calderas con una pipa en la boca. La mayor parte de la multitud estaba reunida alrededor del pozo, de donde acababan de subir los de turno, y eran acosados a preguntas por los obreros de la superficie.

—¿Qué hay sobre el aumento de tres chelines? —gritó alguno, y un rugido de respuesta se escapó de la multitud.

—¿Qué ha sucedido? —dijo Hal a un grupo de hombres reunidos a la puerta de la Administración.

—Han suspendido el trabajo —dijo uno—. Mire el aviso ahí en la puerta; nos van a despedir a todos... ¿Qué pasa, *Mr. Brodrick*? Aún queda estaño en la mina.

Hal no respondió y entró en la Administración. *Míster Griffiths* estaba de pie en medio de la habitación. No se había quitado el abrigo ni el sombrero. Estaba rodeado por un pequeño grupo de obreros especialistas e ingenieros, que le acosaban a preguntas. Estaba pálido y parecía extenuado.

—Es inútil preguntarme —decía—; no puedo hacer nada. Yo tengo mis instrucciones como todos ustedes.

Cobraré mi salario hoy por última vez. No es culpa mía ni de nadie. Las noticias llegaron a las oficinas de Slane y me las entregaron a mí. Toda la maquinaria que hay ha sido comprada por una firma de Slane, y será vendida como chatarra, supongo. Les digo que no sé más.

—¿Qué hay del mineral ya arrancado? —preguntó uno de los hombres—. Hay mucho que no se ha subido aún.

—Tendrá que quedarse allí —dijo el administrador—, la sociedad no paga por más trabajo. Eso es lo que me dijeron en Slane. Todos los empleados quedarán despedidos hoy. Si la casa que ha comprado la maquinaria puede emplearos en el transporte, sin duda lo hará. Mis órdenes no me dan autoridad. Os digo que nadie tiene la culpa. Debéis culpar a la baja de precio del estaño. Eso es todo.

Se retiró a la habitación interior. Hal le siguió y le encontró de frente al pupitre, revolviendo papeles y documentos de una manera desesperada y resignada.

—¿Qué puedo hacer? —dijo a Hal—. Ha sido para mí un golpe tan grande como para ellos. Es verdad que hemos ahorrado, pues mi mujer se administra bien, y nos hemos hecho con una pequeña propiedad en el Norte, adonde podemos ir a retirarnos. Pero no lo esperaba tan de pronto. Y mire toda la limpieza que tiene que hacerse. Expedientes que datan de setenta y cinco años atrás; todos tendrán que ser examinados y clasificados, algunos para quemarlos, el resto para llevarlos a Slane. Pero son los hombres, las mujeres y los niños quienes van a sufrir. No apartaron para los días malos. Y han estado gastando últimamente de manera más libre, desde que les subieron la paga. Ha ocurrido todo tan de repente, que me temo que van a hacer algún disparate.

Fueron horas amargas las que siguieron. Hal se sentó por última vez al lado de *Mr. Griffiths* en la Administración y entregó su paga a los hombres. Nunca le pareció el ruido de las pisadas tan siniestro, tan amenazador. Todos, al recibir su paga, hacían la misma pregunta:

—¿Por qué? ¿Para qué cierran la mina cuando hay mineral de sobra?

Unos se mostraban desconcertados, otros truculentos y enfadados, y uno o dos

llegaron a proferir amenazas.

—Nos han engañado —dijo uno de ellos—, nos han hecho quedarnos para luego dejarnos en la calle. Tengo un hijo en Sudáfrica que quería que me fuese con él hace dos meses a las minas de allí, y yo me negué. Ahora es demasiado tarde. ¿Qué voy a hacer?, ¿sentarme y morirme de hambre?

—Lo siento mucho —decía el administrador fatigosamente por la centésima vez—. Yo no puedo hacer nada, la culpa es del precio del estaño.

—Los propietarios no pierden —dijo uno—. Hacen su dinero y se retiran tranquilamente. Somos nosotros los que tenemos que pagarlo.

—Es verdad —dijo Jim Donovan, que estaba tras él mirando a Hal cuando recibía el dinero—. Aquí está *Mr. Brodrick*, hijo del último propietario. ¿Verdad, *Mr. Brodrick*? Seguro que puede usted ir a vivir a Inglaterra si quiere.

Salió pisando fuerte, malhumorado y hosco, con su cara, despreocupada y alegre, descompuesta por la ira y el desengaño.

No comprendían ni cuando habían sido pagados que éste era el fin y que no había más que hacer. Continuaban alrededor de los pozos, cuartos de calderas y cobertizos de preparación, mirando estúpidamente las vagonetas y los vagones medio cargados.

—¡Qué locura! —se oía por todos lados—. No tiene sentido; debe de haber alguna equivocación. No puede ser que cierren porque sí.

Pero no había error; las minas de Monte Bravo habían cerrado sin duda alguna. Los fuegos se apagaron por fin, y las chimeneas quedaron apuntando al cielo, desnudas y escuálidas. Cesó el quejido de la maquinaria. Un extraño silencio pareció descender sobre el lugar, interrumpido sólo por el incesante ir y venir de los hombres, aturcidos, que no se decidían a abandonar aquel lugar. En la Administración fueron apilados los papeles y metidos en sacos y cajones. Hal estaba agotado; había trabajado hasta las diez de la noche durante cinco días. Fuera donde fuera, se encontraba con mineros aturcidos, sin saber qué hacer, con la misma expresión hosca que había visto en la cara de Jim Donovan. Las mujeres hablaban a voces desde sus respectivas casitas, comentando los sucesos. Cuatro días, cinco, seis..., ya estaba casi acabada la clasificación de todos aquellos papelotes y legajos. Los mineros comenzaron a bajar al pueblo en grupos, para luego volver cantando de las tabernas. Comenzaba a apoderarse de la mina un aire de desolación definitiva. La puerta del cuarto de máquinas colgaba graciosamente de una única bisagra.

—Aquello es terrible —dijo Hal a Jinny—. No quiero volver a ver las minas. ¿Por qué no me iría hace cinco meses, cuando mi padre las vendió?

Callaghan, su mujer y Jinny hacían todo lo que podían por ayudar a las familias de los mineros, que no habían guardado dinero para tal emergencia. Era difícil para Tom Callaghan, porque muchas de las familias más necesitadas eran católicas.

—No es momento de hacer diferencias —dijo Tom al cura católico, hombre joven y de buena voluntad, que hacía poco había venido a Doonhaven—. Cuente usted conmigo para todo. Tenemos que hacer lo que podamos para ayudar a la gente.

Gracias a Dios, ha ocurrido esto en verano en vez de en invierno.

El joven sacerdote aceptó el ofrecimiento con la mejor voluntad y no desdeñaba los consejos del más viejo. Decidieron destinar una habitación de la casa de Callaghan a almacén de víveres y ropa, y allí iba todo el que estaba verdaderamente necesitado a pedir asistencia. Jinny y su madre se encargaron del improvisado almacén. Mientras tanto, Callaghan y Griffiths iban y venían a Slane, celebrando entrevistas con las autoridades de emigración, pues más de la mitad de la población minera quería abandonar Doonhaven lo más pronto que fuera posible, antes que comenzase el otoño, para buscarse la vida en América, África o Australia.

No era tan grave la cosa para los mineros especializados. Éstos contaban casi todos con algunos ahorros, y sus conocimientos les facilitarían empleo y pasaje. Pero aquellos obreros no especializados, que vivían al día, constituían un problema insoluble. Muchos de ellos eran de la localidad o habían venido de las proximidades, y habían trabajado en las minas desde su primera infancia. No conocían otro oficio. Los más viejos tomaron las cosas con tranquilidad y se dedicaron a cultivar filosóficamente un trocito de tierra, y hasta encontraron agradable sentarse al sol y no hacer nada; ya se arreglarían las cosas antes del invierno. Los más jóvenes, impacientes e irritados, recorrían en grupos el campo, no desperdiciando ninguna ocasión de hacer un daño que creían justificado. Rompían los vallados, robaban gallinas y cerdos, saqueaban huertos. Empezó a extenderse por la comarca un ambiente de terrorismo. No hizo esto bien alguno a los desgraciados. Las autoridades amenazaron con llamar en su ayuda a los soldados ingleses acuartelados en la isla de Doon.

—Esto pasará —dijo Simón Flower, el marido de Kitty, que había heredado la despreocupación de su abuelo y tocayo—. En un par de meses estarán cogiendo patatas y criando cerdos, tan pacíficos como usted o yo.

Sí —dijo Callaghan—, estoy de acuerdo. Esto pasará y volverán a la tierra; pero antes los pobres muchachos pueden hacer mucho daño a sí mismos y a los demás.

—La gente comienza, a tener miedo a Jim Donovan y a su pandilla —dijo Jinny—. Ayer apedrearon el coche de *Mr.* Griffiths cuando iba a Mundy, y dejaron cojo al caballo. Y sabes que estoy segura que fueron ellos los que rompieron todos los cristales de Correos.

Ninguno de ellos comprendía, pensaba Hal, excepto quizá su suegro, el golpe que había sido para los mozos de Doonhaven ver las minas desaparecer de la noche a la mañana. Las minas de Monte Bravo, que tanto ellos como sus padres habían conocido desde niños, y a las que se volvían instintivamente para ganarse la vida, habían desaparecido. Lo que más les irritaba era saber que aún había en la mina estaño en abundancia, que no esperaba más que lo fueran a buscar. No podían comprender por qué un mineral antes de gran valor lo había perdido de pronto.

—¿Es que ya no hace falta estaño en el mundo? —preguntaba Jim Donovan.

¿Cómo era posible explicarle el problema del bajo costo de la mano de obra de



Malaya? No, pensaba Hal; era más sencillo darle un trago y decirle que olvidase sus penas. En cuanto a él mismo, se alegraba de encontrarse libre otra vez. Se alegraba de que el pitido de la máquina de las seis y el repique de las campanas no le despertasen más, y poder quedarse en la cama, si lo deseaba, hasta las diez, y asomarse luego a la ventana y llenar sus pulmones del templado aire. Luego atravesaba el puerto con su caja de pinturas y su caballete, y llegaba a Clonmere. Allí se estaba todo el día, pintando las serenas aguas de la caleta, la isla y la mole verde de Monte Bravo.

—Es lo mejor que has hecho nunca —dijo Jinny cuando, al cabo de tres días, le enseñó el cuadro.

Lo colgaron en la salita, aún fresca la pintura.

—¿Sabes que estoy segura de que si lo llevases a Londres y lo enviaras a la Academia lo aceptarían y lo venderías por cien guineas?

—No, Jinny —dijo sonriendo—. No quiero exponerme a una nueva humillación. Prefiero regalárselo a John-Henry por su segundo cumpleaños. Cuando sea mayor lo mirará y pensará que este Monte Bravo fue el que trajo buena suerte a su familia. Para cuando tenga veintiún años, apenas se parecerá al Monte Bravo del cuadro. Estaban contemplando el cuadro, cuando se abrió la puerta y entró Callaghan. Traía una carta abierta en su mano y venía sonriendo.

—Tengo noticias para ti, Hal —dijo—; pero no adivinarás cuáles son.

—Si es un nuevo empleo —dijo Hal—, no voy a aceptarlo.

—Nada de eso —dijo Tom—. Aquí tienes una carta de tu padre. Llega pasado mañana.

Brillaba el sol poniente en la bahía. Unos jirones de nubes que habían llegado en alegre carrera descansaban ahora inmóviles en el cielo pálido cuando la proximidad de la noche hizo caer el viento.

Estaba Hal contemplando Doonhaven y Clonmere desde la laguna de Monte Bravo. El pueblo, mera línea reflejada en el agua del puerto, recibía aún la caricia del sol; Clonmere estaba en sombras. Los árboles formaban un dibujo de tapiz alrededor del castillo; más allá se alejaba el blanco camino a través de la llanura, hacia el río Denmare y Kileen. Era el panorama más irreal que auténtico, percibido vagamente, como un sueño de madrugada. Sólo Monte Bravo se alzaba con claridad brillante y franca; estaba embalsamado el aire; era recio y a la par jugoso el césped que pisaba Hal. Las rocas, caldeadas por el sol del día, despedían oleadas templadas.

«Éste es el cuadro que yo debiera haber pintado —pensaba Hal—. Debí pintar, no el Monte como lo vemos desde Doonhaven y Clonmere, sino la vista que ve Monte Bravo del pueblo... Debemos de parecerle insectos insignificantes que se afanan neciamente. Llegan y desaparecen los Brodricks; la gente del pueblo nace, se casa y muere, dejando a sus hijos; la mina resuena afanosa durante setenta y cinco años para quedar luego en silencio: peripecias sin importancia para el espíritu de Monte Bravo. Un día haré un cuadro de todo esto; y si yo soy demasiado perezoso, lo hará John-Henry. Pero, suceda lo que suceda, al final lo único que cuenta es Monte Bravo, que perdura y se ríe de todos nosotros».

Había comido temprano y paseado toda la tarde solo, en un estado de nervosidad y extraño desasosiego que no podía explicar ni aun a Jinny.

Su padre llegaba a Doonhaven mañana... Se verían, se darían la mano, hablarían. Su padre, a quien no había visto hacía quince años, desde que se había marchado de su casa, casi un niño. Pensó en las muchas cartas que quiso escribirle desde América, concebidas durante sus largas horas de soledad, pero que jamás había escrito. Otras cartas pergeñadas en Doonhaven, que tampoco llegó a escribir nunca. Descripciones de las minas, relatos de Jinny y del chiquillo. Cartas fallidas; silencio irrompible. Ahora iba a hablar con él al fin, y le atenazaba el corazón el miedo de que la entrevista resultase un fracaso. Temía que cuando se encontrasen frente a frente se quedarían callados y confusos, sin saber qué decir, demasiado parecidos y demasiado distintos. Temía que su padre le preguntase con el tono zumbón de antaño: «Qué, Hal, ¿cómo van esos cuadros?».

Su padre... Miraría con lástima a Jinny, que, por timidez, se mostraría apasionada, demasiado deseosa de agradar. Traerían a John-Henry, y éste, generalmente sonriente, lloraría, vestido con su mejor ropa, y se mostraría voluntarioso y desagradable. No quería mirar a su abuelo. Estaba cada vez más seguro de que la reunión con su padre sería un fracaso. La pesadumbre que le embargaba por anticipado iba haciéndose más intolerable según andaba.

«¿Por qué tenía que venir su padre, después de tantos años, a interrumpir su paz? Tenía negocios en Slane —decía en su carta a tío Tom—, la venta de una propiedad en la ciudad y algunos asuntos que tratar acerca de las líneas de navegación y de las minas...». «Sí —pensaba Hal—, que venga e inspeccione las minas y vea las chimeneas sin humo y las máquinas destrozadas, el montón de escombros y la desolación; que vea a *Mrs. Connor*, que tuvo su quinto hijito una semana después que las minas fueron clausuradas, sin dinero en casa, y con el pobre Tim Connor, que buscaba consuelo emborrachándose porque no conseguía pasaje para él y su familia para América».

Mucho tendría que ver su padre, pero poco le importaría; no era cosa suya. Se había desentendido de todo bien a tiempo, como buen hombre de negocios que era. Vería a las familias luchar con la miseria, a las minas paradas, a gente como Jim Donovan, lleno de odio el corazón, y luego se volvería a su casa en Brighton con Adeline para seguir viviendo con toda comodidad. Los arrendatarios seguirían pagando sus rentas al terrateniente que jamás veían, y el moho y la humedad corroerían las paredes de Clonmere. No le importaría a Henry Brodrick. Había llegado Hal a la cumbre de Monte Bravo y dominaba desde allí las desiertas minas. Bajó él veía los cobertizos y la alta chimenea del cuarto de las calderas. Alguien había hecho una hoguera ante la casa de las calderas. Se elevaba el humo negro y acre. Bajó hacia el fuego y vio un grupo de hombres echando desperdicios y maderos rotos al fuego para aumentarlo. Uno de ellos llevaba un gran tablón al hombro, sacado de un banco de la Administración, y lo tiró entre las llamas.

Era Jim Donovan, Corrió Hal hacia ellos, bajando por el montón de carbonilla que dominaba la escena.

—Esa madera serviría durante el invierno si la guardaseis —dijo—. ¿Por qué la quemáis? Cuando venga el frío, vuestras familias tendrían leña para calentarse.

Uno o dos de los hombres se echaron atrás, mirando a Jim Donovan como para pedirle consejo. Éste miró a Hal agresivamente, con la gorra echada a un lado de la cabeza y una expresión astuta y desafiadora.

—Buenas tardes, *Mr. Brodrick* —dijo—. ¿Qué, dándose una vueltecita por la antigua propiedad de su padre? ¿Va usted a denunciarnos para que nos metan en la cárcel?

—No, Jim —sonrió Hal—, debías conocerme mejor. Por mi parte puedes destrozarlo todo lo que queda de la mina... Pero este invierno va a haber escasez de madera.

Calló Jim. Miró luego con expresión desagradable a Hal, y lanzó a la hoguera un madero más.

—Dicen que *Mr. Griffiths* se va al Norte a vivir —dijo—. Dicen que tiene una casa allí. ¡Y luego tiene cara para decir que no sabía que iban a cerrar las minas! Es un mentiroso.

—¡Qué poca vergüenza! —dijo otro—. Cuatro meses dicen que lleva

amueblándola, y nosotros, pobres, sin saber lo que se nos venía encima. No hay justicia en el mundo.

—No la hay —exclamó Jim Donovan con ira—, excepto la que te tomas por tu mano. En cuanto a *Mr. Griffiths*, que le aproveche su casa por mi parte. Pero me gustaría retorcerle el pescuezo; a él y a todos los demás que nos han engañado.

Se había acercado a Hal con los puños cerrados y hablaba a voces. Sus amigos le rodearon animándole.

«¡Pobre diablo! —pensó Hal—. Ha bebido más de la cuenta; pero, en lugar de consuelo, sólo ha encontrado nueva furia en el alcohol».

—Está bien, Jim. Insulta al viejo Griffiths todo lo que se te antoje; pero te aseguro que no se lo merece. Ni él ni yo sabíamos una palabra de lo que iba a ocurrir.

Alguien silbó burlón, y otro se echó a reír.

—Sí, reíd, reíd —dijo Jim—. *Mr. Brodrick* es como los demás señorones: todo se le vuelven caras dulces y palabras amables. Es él quien se ha estado riendo de nosotros. ¿De manera que no sabía que iban a cerrar las minas, *Mr. Brodrick*? ¿Y que cuando su padre las vendió lo hizo a la Sociedad de Londres? ¿Es que no pasaban por sus manos todas las cartas, día tras día, de Slane, Londres y Bronsea, además de las que recibía en casa? Yo puedo ser el hijo de un pobre hombre, *Mr. Brodrick*, que tiene solamente unos pocos cerdos y vacas pastando en un trozo de terreno tan grande como mi mano, cuando antiguamente poseíamos todas las tierras que ahora son de su padre; pero, a pesar de todo, no crea que soy tan tonto como parezco.

Dio la vuelta para observar el efecto de sus palabras sobre sus compañeros.

Hal se encogió de hombros. Sintió de pronto que los hombres aquellos y su tozuda incomprensión de la situación le aburrían. Era inútil discutir con un individuo como Jim Donovan. Estaba cansado de su largo paseo por Monte Bravo y tenía ganas de llegar a casa, de cenar y dormir, para poder hacer frente a la entrevista de mañana descansado y tranquilo.

—Buenas noches —dijo secamente, y echó a andar por la vía hacia la carretera.

Pero Jim Donovan y sus amigos le siguieron.

—No tan de prisa, *Mr. Brodrick* —dijo Jim—. Quizá no hemos terminado de hablar todavía. Tenemos que ajustar muchas cuentas atrasadas. ¿No fue mi propio primo a quien mataron su padre y su madre cuando iban en coche, después de un banquete, y el cochero le echo los caballos encima? Allí quedó mi pobre primo en la carretera, mientras ellos continuaron su camino como si tal cosa. ¡Poco que se alegraron de matarle, gracias al escándalo que hubo entre su tío y mi prima!

Hizo alto Hal y se quedó mirando a quien le denostaba.

—Por amor de Dios, Jim, vete a casa y métete en la cama, a ver si se te quita el mal humor. Llevadle alguno de vosotros, muchachos, si no puede andar. No estoy de humor para empezar a reñir por mi tío o mi padre o por nadie.

No contestó nadie y Hal se alejó. Había andado media docena de yardas cuando una piedra le dio en la cabeza. Se volvió, y otra piedra le dio en la frente.

—¡Estúpido! —gritó—. ¿Qué diablos te crees que estás haciendo? Si quieres pelea, ven, que no voy a negarme.

Subió corriendo la vereda hacia Jim, ya descompuesto. La sangre le corría de la herida que le hizo la pedrada. Le recibieron a cantazos. Cayó en tierra, y en aquel momento se abalanzaron sobre él como energúmenos. Uno le retorció el brazo para inmovilizarle, los demás se arrojaron sobre él como bestias hambrientas.

—Llévale a la carretera y déjale que se muera allí —dijo uno.

—¡Echarle al fuego! —chilló Jim.

Alguien le tapó con un pañuelo los ojos. Fue la sangre empapándolo lentamente. Estaba caliente. No veía nada.

Los hombres gritaban y se reían, y uno de ellos cogiéndole por los brazos y los demás por las piernas, le llevaron, subiendo hacia el fuego, junto a los cobertizos.

—¡Idiotas! —dijo Hal débilmente, pues estaba casi sin sentidos—. ¿Queréis que toda la comarca se eche encima de vosotros y que os condenen a veinte años por cabeza?

Uno le hirió en la boca. Jim Donovan, sin duda. Luego le arrojaron cabeza abajo en un montón de cascotes. Apenas podía respirar. Le estaban atando las manos a la espalda.

—¡Eh!, dejadle que se pudra ahí —dijo uno de los hombres—, y vámonos a casa, Jim. Nos hemos divertido bastante por esta noche, ¿no?

La vista de Hal tirado sobre los cascotes, semiinconsciente, comenzó a inquietar a los hombres. Jim los había arrastrado a esta locura. Ahora lo mejor que podían hacer era poner tierra por medio. El sonido de sus voces fue debilitándose. Oyó Hal el crujido de las botas trepando por el montón de carbonilla; se alejaban a través del monte. Continuaba sangrando por la herida; ahora ya le llegaba a la boca. Estaba perdiendo fuerza; se encontraba muy mal. La hoguera se estaba apagando; pudo comprender por la quietud y el silencio que las tinieblas se echaban encima rápidamente.

«Jinny estará preocupada —pensó—. Seguramente irá a buscar a su padre».

¡Qué idiota había sido en hablar a Jim Donovan y sus amigos! Debía haberse vuelto a través de Monte Bravo al verlos. ¡De mucho le había servido mostrar simpatía por aquellos salvajes! Poco a poco logró soltarse las manos. Luego se quitó el pañuelo que le habían colocado sobre los ojos y descubrió aterrado que no veía nada en absoluto: un ojo lo tenía cerrado por completo por el corte de encima, y el otro cegado por la sangre coagulada. Tendría que encontrar agua para lavarse el ojo antes de poder ir a casa. Eran cinco millas. Se puso de pie y trató de orientarse. Había seguramente agua muy cerca, al lado de los cobertizos donde se lavaba el estaño; pero con los ojos cerrados no podía recordar si los cobertizos estaban a la derecha o a la izquierda del montón de escombros donde le habían arrojado. Se movió hacia adelante lentamente con los brazos extendidos, y cuando iba paso a paso, titubeando, tan desamparado como ciego, pensó en la llegada de su padre al día siguiente en el

vapor de Slane. Bajaría a Doonhaven y se encontraría a su hijo probablemente en la cama, con los ojos vendados y el cuerpo acardenalado. Y no creería el relato de una pelea en Monte Bravo. Los años pasados en Inglaterra le habrían hecho olvidar las extrañas costumbres de su propia patria, donde los hombres beben juntos un momento y al día siguiente luchan como enemigos. Entraría su padre en el cuarto acompañado por una Jinny nerviosa y tímida, y vería a Hal recostado sobre las almohadas con los ojos amoratados y se diría: «Una bronca de borrachos, naturalmente, y Jinny trata de disimularlo». Pensar en esto hizo que Hal se sonriese, y comprendió la absoluta imposibilidad de explicar a su padre lo que en verdad había ocurrido. Sería más sencillo no tratar de hacerlo y que su padre siguiera creyéndole inútil, borracho e incompetente; que se figurara que solía llegar bebido a casa los sábados por la noche, como era costumbre inveterada para la mayoría de los hombres de Doonhaven.

Tocó algo con las manos, algo áspero y duro. Una pared de ladrillos probablemente. Luego tropezó con un tarugo.

«¡Bonita situación! —pensó—. No estoy cerca de los cobertizos. Esto parece la pared del cuarto de las calderas».

Adelantó paso a paso, tanteando su camino en las tinieblas. Sintió que se le iba despejando la cabeza y se dio cuenta súbitamente, con un sentimiento de tristeza, de que se las había arreglado para estropear el delicioso día pasado en Monte Bravo. Siempre le pasaba igual con todo: empezaba las cosas bien para luego estropearlas al final.

Jinny y tío Tom estarían preocupados y pasando un mal rato por su culpa. No veía nada. Le dolían los ojos. Pensó que no estaba cerca de la mina, ni siquiera en Monte Bravo, sino que era niño de nuevo, e iba buscando a tientas por los salones de Clonmere la alcoba de su madre. Allí, delante de él, estaría la puerta del gabinete.

Se alzó la luna por encima de la mole de Monte Bravo, y, ciego como estaba, pudo percibir su luz. «Era —se dijo— la luz que su madre encendió al oírle llegar. Estaba esperándole junto a la puerta abierta». Dio dos pasos para reunirse con ella. El pozo de la mina parecía bostezar aburrido, bien abiertas las fauces, cuando Hal cayó en él.

Jinny vistió a su hijo con gran cuidado. No protestó éste, porque aunque escasamente tenía dos años, percibía la tristeza que se había apoderado de todo, y comprendió que tenía que ser bueno para no hacer desgraciada a su madre. Cuando Jinny hubo terminado de vestirle, le puso de pie en una silla, y le contempló con una mirada que parecía desear verle convertido en hombre. Luego le sonrió; pero aún brillaba una lágrima en uno de sus ojos. —Estoy orgullosa de ti, querido— dijo—, estás muy guapo, y quiero que seas muy bueno porque vamos a ver a tu abuelo.

Él consideró esto por un momento. Era la palabra difícil, pero la comprendió.

—¿*Abelito*? —dijo lentamente, iluminándosele la cara—. ¡No, no el abuelito! —exclamó ella—. Otro a quien no conoces. Vamos a Clonmere a verle.

Esto era comprensible. Clonmere era la casa del balcón y las ventanas, adonde iban tan a menudo en sus paseos. Y saltando de la silla, permitió que le colocasen el horrible sombrero de castor en la cabeza y el elástico muy tirante bajo la barbilla. Bajaron las escaleras hasta el recibimiento agarrados de la mano. Fuera, en el camino, les aguardaba Patsy con el coche. John-Henry miró a ver si ponían la cesta de la merienda en el coche, pero no había señales de ello.

—¿*Melienda*? —dijo, vigilando la cara de su madre; pero ella movió la cabeza.

—No, hijo —respondió—, hoy no hay merienda.

Él aceptó la declaración; pero era extraño ir montado en el cochecito con Patsy sin llevar merienda y sin que el abuelito llegase con mantas, bastones, abrigos y quitasoles. Quizá el coche era un homenaje a su traje de terciopelo y su sombrero de castor.

Cuando Jinny pasaba por el despacho, echó una mirada al interior y vio que su padre estaba sentado ante su escritorio.

—Nos vamos —dijo ella.

Su voz era tranquila y firme. Tom Callaghan se volvió en su silla. Su rostro era grave; pero sus ojos hundidos se enternecieron cuando vio a su hija y al muchacho.

—Te he dicho —exclamó— que no esperes nada de él. Es frío y duro, Jinny. Ha cambiado mucho. Ya no es la persona aquélla, siempre riendo como Hal.

—Yo no quiero nada de él —exclamó Jinny—. Pero creo que es razonable que vea a John-Henry.

—Sí —dijo—, sí, comprendo.

Salió de la habitación con el niño y subieron al cochecito, que los llevó por la calle del pueblo y luego por la cuesta. Dejaron atrás las casitas de Oakmount, y al fin llegaron al largo muro y la verja.

Estaba *Mrs. Sullivan* de pie a la entrada de la avenida, y cuando el cochecito pasó a su lado hizo una reverencia a Jinny, que devolvió el gesto con una pequeña inclinación de cabeza solemne. John Henry lo observó. Las gentes no se inclinaban generalmente ante ella. Otro homenaje, pues, a su traje de terciopelo.

Miró las manos de su madre. Llevaba guantes, cosa que sólo hacía en invierno o cuando los domingos por la mañana iba a la iglesia con el abuelito. El cochecito bajaba la avenida traqueteando por el descuido y umbrío el parque. Dejaron a la izquierda la caleta; pronto vieron el castillo posado sobre el césped del altozano. Salía humo de una de las chimeneas; las ventanas de la parte vieja de la casa estaban abiertas de par en par. Ante la puerta vieron un coche esperando, con el equipaje en el asiento al lado del cocher. La puerta central del castillo, que Jinny no había visto jamás abierta, lo estaba ahora.

Jinny vaciló un momento; pero la costumbre pudo más que ella, y en voz baja dijo a Patsy que se detuviera ante la puerta lateral en la parte antigua de la casa. Estaba nerviosa. Estiró el cuello de encaje del niño y le puso derecho el sombrero. Algo de lo que ella sentía debió de transmitirlo al niño, pues también él se sintió inquieto y nervioso. Quiso quedarse en el cochecito con Patsy.

—No —dijo ella con firmeza—. Tienes que venir conmigo, y quiero que des la mano a tu abuelo cuando le veas.

La puerta lateral estaba abierta, pero Jinny llamó a la campanilla. Repicó ésta ruidosamente, resonando a lo lejos. Acudió a la puerta un sirviente, el *valet*, supuso, llegado de Londres con su amo.

—¿Mrs. Brodrick? —interrogó, y John-Henry vio a su madre inclinarse otra vez.

El gesto le gustó: ¡estaba tan lleno de dignidad!... La imitó, alzando y bajando la cabeza; pero ella frunció el ceño, y él supuso que era algo que sólo estaba permitido a los mayores.

El criado abrió una puerta y los introdujo en una habitación amplia: el comedor. Habían quitado el mantel, pero había en el centro de la mesa colocada una tira de bayeta verde.

«Aquí fue donde almorzamos aquel día de Navidad —pensó Jinny—, cuando yo tenía dieciséis años y Hal veinte».

Había un pequeño fuego de leña en el hogar, porque aunque era agosto hacía fresco. Había dos butacas delante del fuego. Jinny no sabía si sentarse o quedarse de pie. Había esperado encontrar allí al padre de Hal. La puerta del extremo de la habitación estaba abierta. Recordó que daba a un pasillo que conducía a la parte nueva y se preguntó si estaría allí su suegro. Se quedó de pie ante la chimenea con John-Henry de la mano. El niño, luego de mirar alrededor con interés, señaló un cuadro. Era de una muchacha de dulces ojos verdes y cabello oscuro y ensortijado. Llevaba un collar de perlas alrededor de la garganta.

—Sí —murmuró Jinny—, es muy bonita.

Jinny se volvió hacia el otro lado de la chimenea y contempló el retrato de la madre de Hal. ¡Qué parecida a él debía de haber sido!

Entonces el muchacho le tiró de la mano, y cuando volvió la cabeza vio que el padre de Hal había entrado en la habitación. No era el Henry Brodrick que ella recordaba de cuando era pequeña, ni el Henry del dibujo a lápiz en el estudio de su



casa. Estaba delgado, mucho más delgado, y la cara, antes firme, ahora presentaba un aspecto de blandura. El poco pelo que le quedaba era blanco. Tenía fina la boca y los ojos más saltones de lo que había esperado. Avanzó hacia ella con la mano extendida.

—¿Cómo estás, Jinny? —dijo—. No te he visto desde que tenías seis años.

Ella había decidido mostrarse digna: comenzar a hablar inmediatamente en defensa de Hal, de todo lo que había sucedido, y si había necesidad, acusarle de abandono, maldad y dureza de corazón; pero su antagonismo se disipó cuando él habló, pues comprendió al punto que aquel hombre se encontraba tan embarazado con ella y no menos solitario.

—¿Tu hijo?

—Sí —dijo ella—. Éste es John-Henry.

El muchacho levantó la mano como le habían indicado hiciese. Luego miró hacia la puerta, deseando marcharse con su madre.

—¿No te sientas? —interrogó Henry, señalando la butaca.

Jinny acercó más al niño, diciéndole que se estuviera quieto.

Calló Henry durante unos segundos. Apartó la vista del muchacho y la fijó sobre la chimenea.

—¿Qué planes tienes? —dijo por fin.

—Seguir viviendo en Doonhaven con mis padres hasta que llegue el momento de mandar a John-Henry al colegio. Entonces... ya veré. Depende de muchas cosas.

—Supongo —dijo Henry— que a tu padre le gustaría que se hiciese pastor protestante.

—No lo creo —respondió Jinny—. Una vez que estábamos hablando acerca de estas cosas dijo que debería ingresar en la Marina. Pero aún es pronto para pensar en estas cosas.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y Hal? —dijo su padre—. ¿Te dijo alguna vez lo que le gustaría que fuese el chico?

Jinny sujetó la mano del muchacho, que estaba jugando con el encaje de su cuello.

—No —dijo dulcemente—. A Hal no le interesaban esas cosas. Lo único que pensaba es que algún día su hijo viviría aquí en Clonmere.

Se levantó Henry y quedó contemplando desde lo alto a su nieto y a Jinny.

—Quise vender esto —dijo— hace muchos años. Hal te lo habrá dicho. Todavía lo vendería; pero, como probablemente sabrás, Clonmere está vinculado. Cuando muera y este muchacho llegue a su mayoría de edad, puede hacer lo que guste. Podrá romper la vinculación a voluntad.

—Sí —dijo Jinny.

Comenzó Henry a pasear lentamente por la habitación.

—Las propiedades inmuebles son una carga estos días —dijo—. No tienen el valor que solían tener. Vamos a entrar en un nuevo siglo, y las cosas van más de prisa.

Este país quizá tardará más en cambiar que otros, no lo sé. He vivido fuera demasiado tiempo para saberlo o para que me importe.

Hablaba sin amargura, pero su voz era triste, como si el pasado se hubiese levantado y le hubiera aprisionado.

—¿No volverá nunca a vivir aquí? —preguntó Jinny.

—No —respondió él—, no, esto pertenece al pasado.

Se volvió y se quedó mirándola, con las manos a la espalda y la cabeza ladeada. «Igual que solía hacer Hal», pensó Jinny.

—Las minas han dejado de existir. Eran lo que nos unía con esta comarca. Mucho dinero nos han dado, pero poca felicidad. Ésa es una de las razones por las que las vendí, y no por desembarazarme de una cosa que ya no me rendía dinero, como casi todos creen. Ahora sólo queda la casa. Si tú y tu hijo queréis vivir aquí, por mi parte, encantado. Dinero para su mantenimiento no te puedo ofrecer hasta que yo muera; pero hasta que eso ocurra, no pienso gastarme en ella ni un penique.

Jinny se sonrojó. Éste era el Henry contra el cual su padre le había puesto sobre aviso: el hombre de negocios, que buscaba primero sus propios intereses, o más bien los de su esposa, de quien no había que esperar grandes generosidades.

—Sería demasiado grande para mí y John-Henry. Como vivimos cerca, podemos venir aquí a menudo, y más tarde, cuando sea mayor, comprenderá que un día será suya esta casa.

Le pareció que la miraba con extrañeza y con lástima. Apretó con la suya la mano del niño, como si buscase en él consuelo y fuerza.

—Ésta es la tercera generación de mi familia —dijo él— que pierde o el padre o la madre aún niña. Tú perdiste a Hal y yo perdí a Katherine, y mi madre perdió a mi padre cuando éste tenía la edad de Hal aproximadamente. Me temo que no te va ser fácil.

—No, no será fácil. Pero quiero a John-Henry y no tengo miedo.

Apartó él su vista de ella y miró al retrato de Katherine. Luego, muy lentamente, sacó del bolsillo del chaleco un estuchito redondo de piel. Lo tuvo un momento entre las manos y después apretó el resorte. Sacó del estuche una copia del retrato de Katherine en miniatura. Estaba bien logrado el parecido, aunque el colorido era algo confuso y el pelo aparecía más brillante de lo que era en realidad.

—Jamás he enseñado esto a nadie —dijo Henry— y jamás lo enseñaré otra vez. Lo pintó Hal para mí de muchacho. Me la dio la noche que regresé a Londres con Adeline, y me temo que nunca se lo agradecí. No sé si lo comprenderás, pero siempre nos sentíamos intimidados mutuamente.

Jinny tomó la miniatura y después se la devolvió a Henry. Éste la volvió a colocar cuidadosamente en el estuche de piel y la guardó en el bolsillo.

—Esta miniatura no se ha separado de mí durante los últimos veinte años. A pesar de eso, nunca la ha descubierto Adeline.

Cruzó por su cara la sombra de una sonrisa que pareció cambiarle y Jinny vio ante

ella al hombre risueño y alegre que fuera antaño, al hombre retratado al lado de su padre en aquella fotografía de sus tiempos de estudiante.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad? —dijo.

Jinny dijo que no con un gesto.

Estaba ahora Henry mirando por la ventana. El sol iluminaba un trozo de alfombra a sus pies. Mil brillantes motitas de polvo bailaban en un rayo de luz.

—No es poca suerte tener padres como los tuyos —dijo Henry—. Cuidarán de ti y del muchacho y no te sentirás sola. Naturalmente, cobrarás automáticamente la renta de Hal. Y cuando yo muera, como te dije antes, todo irá a parar a tu hijo.

Miró pensativamente al niño, embutido en su traje de terciopelo verde.

—No es una herencia demasiado envidiable: un caserón vacío y buena cantidad de dudas y sueños.

John-Henry se acercó a su madre y le tiró de la mano. Quería marcharse ya. No le gustaba aquel desconocido que le miraba con lástima, y ya tenía ganas de estar de vuelta en casa con el abuelito, rodeado de los objetos familiares que conocía y comprendía.

—Está cansado de mí —dijo Henry sonriendo—. Está bien, buena pieza; ya te vas a ir... Y yo también.

Los acompañó hasta el recibimiento. El equipaje ya estaba en el coche, y el lacayo, ante la portezuela, tenía el sombrero y el abrigo de Henry al brazo.

—Es un error —dijo éste— mirar hacia atrás. Si puedes, te aconsejo que conserves la mirada fija en el futuro.

Echó una ojeada a las ventanas cerradas de la parte deshabitada de la casa. Luego estrechó la mano a Jinny e hizo una caricia al chico. Subió al coche y el lacayo cerró la portezuela, ocupando luego su puesto en el pescante al lado del cochero.

—Quiero que me, despidas de tus padres —dijo Henry—. No los volveré a ver. Pregunta a tu padre si se acuerda de lo que me dijo hace treinta años: «Me gustaría más ser bueno como los Eyres que listo como vosotros los Brodricks». Lo peor es que la bondad muere y se olvida; el talento sobrevive y degenera.

Miró por última vez los muros de piedra del castillo y bajó la mirada, a través de la pendiente de hierba, hasta la caleta y la isla de Doon y la mole gris de Monte Bravo. Luego sonrió una vez más a Jinny.

—¿No conociste a mi madre? —dijo—. Murió hace muchos años en Niza. Las últimas palabras que me dijo fueron: «No te pongas serio, Henry; tanto pensar no es bueno». No sé si tenía razón o estaba equivocada, pero pensar no me ha procurado más que dolores. Puedes decirlo a tu hijo cuando herede todo esto.

Dio una orden al cochero y se quitó el sombrero. El coche bajó traqueteando por la avenida hasta desaparecer entre los árboles. Las garzas, asustadas, se levantaron de sus nidos en las copas de los árboles y se dirigieron chillando por la caleta hacia la isla de Doon.

# EPÍLOGO

# La herencia, 1920

# 1

Cuando John Henry dio la vuelta para entrar en Queen Street salió un centinela del portal de una casa.

—Yo no iría más allá —dijo—. Están disparando desde allá y puede alcanzarle una bala de uno de los nuestros en la espalda.

Mientras hablaban oyeron el tableteo de una ametralladora y el frenazo de un coche. El centinela hizo una mueca burlona.

—A ése le han dado —dijo.

En el extremo más lejano, un automóvil patinó en la acera. Se veía salir por la ventanilla el cañón de un arma apuntando a través de la plaza. Tres hombres en la acera se echaron cara al suelo. Alguien corrió desde una de las casas hacia el coche y saltó al estribo. Llevaba un rifle en la mano. Un pequeño grupo de soldados apareció en el extremo de la calle por la plaza, y el coche tomó velocidad y fue zigzagueando por una calle trasera junto a la casa más lejana. Los soldados dispararon contra el coche, que huía, y luego echaron a correr, atravesando la plaza, hacia la gran oficina de Correos. Los hombres que se habían lanzado al suelo se incorporaron de nuevo y sacudieron sus ropas, como si nada hubiese sucedido. Una mujer llamó agudamente desde una de las ventanas superiores de la casa. El reloj de la iglesia dio las cinco. John-Henry encendió un cigarrillo y sonrió al soldado.

—Diría cualquiera —dijo— que después de cuatro años y medio de guerra los hombres estarían ya hartos de matarse unos a otros.

El soldado se quitó un pitillo de detrás de la oreja y pidió una cerilla.

—En este país no —comentó—. Aquí son capaces de matar a su mejor amigo y mandar luego flores al funeral.

Continuó John-Henry calle abajo, hacia la plaza, donde habían sonado los disparos. Muchas de las ventanas estaban rotas, no por el incidente de hacía un minuto, sino de los que databan de semanas. No se veían en la plaza más soldados que los de guardia en la comisaría de policía. Un muchacho magro y de expresión apesadumbrada hablaba con una mujer en el borde de la acera. Tenía las manos metidas en los bolsillos.

—Han cogido a Micky Farran —decía.

Cuando pasó John Henry, calló y se miró a los pies.

Se alejaron ambos y le pareció a John-Henry que las calles quedaron sumidas en una paz extraña. Al otro lado de la plaza se veían restos de una barricada. El alambre espinoso estaba en trozos sueltos. Cayó un inesperado chaparrón, que cesó con igual brusquedad. En la lejanía, un vapor mugía baja y profundamente y un remolcador le hacía eco con voz de falsete. John Henry estaba pensando en las palabras del centinela: «Aquí son capaces de matar a su mejor amigo y mandar luego flores al funeral». Era verdad y, sin embargo...

Acudieron a su mente rostros de su infancia. El querido abuelito, con sus grandes

ojos hundidos, encorvadas las espaldas, blanco el pelo, paseando por la plaza del mercado de Doonhaven, mientras una anciana de uno de los puestos le miraba y le bendecía. Había buscado un empleo para el hijo de la mujer, y ésta nunca lo había olvidado. La abuelita, pequeña, resplandeciente y bulliciosa, haciendo mantequilla, tirándole de las orejas porque hacía cosquillas con un plumero en las piernas de la pincha, que estaba subida en una escalera. Patsy, jardinero entre semana y cochero los domingos, que le contaba cuentos de las hadas que vagaban por Monte Bravo y los enanos que vivían bajo tierra y gastaban bromas antaño a los mineros.

Las calles tenían un aspecto normal en esta parte de la ciudad; y cuando se dirigió a la manzana donde tía Lizette tenía su pisito, vio a un niño jugando al aro en los jardines de enfrente, y le pareció ridículo recordar el automóvil de Queen Street, el fuego de la ametralladora y la voz amarga de aquel hombre en la acera: «Han cogido a Micky Farran...».

Tocó el timbre del número cinco y subió a saltos la escalera hasta la salita, demasiado llena de muebles, donde tía Lizette se sentaba día tras día, haciendo encaje que luego vendía a favor de los cieguecitos, ocupación vehementemente desempeñada que debía seguramente de tener su origen en una piedad subconsciente sentida por su propia infancia, cuando vivía triste y coja bajo la férula de una madrastra rencorosa. Al verle entrar se levantó sonriendo, con su tez cetrina un poco más amarillenta que de costumbre y guiñando sus ojos tras de los lentes.

—Hola, querido —exclamó; y él notó una vez más con placer el deje suave, meridional y cálido de Slane, que también tenía su madre; este acento remozaba siempre en él preciosos y amados recuerdos del pasado y de su infancia.

—Tu madre me dijo que vendrías, y no la creí —dijo tía Lizette—, porque con seguridad un chico como tu tiene cosas de más provecho que hacer que visitar a una tía, cuando vuelve al hogar.

—Este chica no —dijo John-Henry—. Este chico no puede olvidar los caramelos de menta que solías guardar en el armario.

Tía Lizette sonrió y se quitó las gafas, y entonces él pudo ver que sus ojos eran bonitos y hermosos, como los de tía Kitty, y pensó en el hogar tan felizmente ordenado que habían tenido en el castillo de Andriff tía Kitty, tía Lizette y tío Simón, todos viviendo juntos en armonía, con pocos criados y demasiados perros, hasta que los chicos, al crecer, se esparcieron, tía Kitty murió y tía Lizette continuó viviendo sola con tío Simón. Estas cosas sucedían sólo en este país.

—Y tu madre, ¿cómo está? —preguntó tía Lizette.

—Muy bien y muy feliz. Me ha encargado que te dé las gracias por el encaje que le has mandado. Creo que ha hecho un camino de mesa con él. Me ha dado el dinero para que te lo dé yo mismo. No se fía del correo tal como están las cosas.

Echó mano a su cartera y sacó un billete.

—No se debía haber preocupado —dijo tía Lizette—. Ya habrá tiempo cuando haya acabado todo este tiroteo y la gente empiece a portarse como seres humanos.

Dime, ¿hay jaleo en las calles?

—Rompieron algunos escaparates cuando venía a verte; pero no creo que fuese nada de importancia. ¿Qué es lo que les pasa, tía? ¿Es que se han vuelto locos todos?

Tía Lizette aguardó hasta que la criada hubo traído el té y cerró la puerta tras ella.

—Tienes que tener cuidado —dijo en voz baja—. Meggie lleva tres años conmigo; pero tiene un hermano luchando con los rebeldes. Ayer me dijo que no le ha echado los ojos encima desde hace tres meses. Mentía, desde luego. ¿Por qué me quita, si no, los cigarrillos que suelo tener para la gente de fuera?

—Mejor es que tengas cuidado —dijo John-Henry sonriendo—. Te van a registrar la casa.

—Y no encontrarán nada —dijo tía Lizette—. Soy fiel al rey y siempre lo he sido, como el resto de mi familia. Ningún Brodrick se mete en política, aunque tu abuelo trató de entrar en el Parlamento antes de nacer tu padre.

John-Henry miró alrededor de la habitación, llena de muebles de Andriff y Clonmere —donde había vivido tía Molly—, y también menudencias de Clonmere, tesoros que tía Lizette había reunido al correr de los años, y de los que no se separaría ya nunca.

—Por lo que parece —dijo él—, ningún Brodrick ha hecho nunca nada sino morir joven o matarse bebiendo.

Tía Lizette frunció el ceño y le sirvió otra taza de té.

—Entre la guerra y la marina te han convertido en un cínico —dijo—, y, por lo demás, eso no es verdad. Los Brodricks fueron siempre muy respetados en la región.

—¿Quién los respetaba y por qué los respetaban? —preguntó el sobrino.

Su tía se volvió a sentar en la butaca y cruzó las manos. Eran finas y largas, manos de mujer joven, a pesar de sus cincuenta años.

—Eran terratenientes —respondió ella— desde sus principios. Cumplieron sus deberes para con Dios y el rey. Eran exigentes con sus arrendatarios, pero bondadosos también. Y Clonmere representó siempre la ley y el orden. La gente lo consideraba como un símbolo de autoridad, de autoridad sensata.

—Quizá sí —repuso John-Henry—; pero quizá también no buscasen ni autoridad ni fidelidad al rey... Mira las consecuencias de todo. ¿No conoces su divisa: «Nosotros solos»?

—Todo eso son disparates. No pueden vivir solos. Y no me digas que simpatizas con ellos; no te admitiría en mi casa. Debías avergonzarte de hablar así, habiendo sido oficial de la Marina Real hasta hace unos meses.

—Nunca dije que simpatizara con ellos. No me importan ni los unos ni los otros. Lo que ocurre es que tengo la desgracia de ver siempre los dos lados de una cuestión.

—No vayas a vivir en Doonhaven entonces —dijo tía Lizette—, o esa desgracia se hará peor. Allí, si está lloviendo y le dices a uno lo bueno que está el día, te dirán que tienes razón sólo por agradarte y ahorrarse molestias.

—Pero —dijo John-Henry— ¿no es ésa la forma ideal de vivir? Si todos



hiciéramos lo mismo, no habría discusiones, ni guerras, ni peleas sin sentido.

Tía Lizette pensó sobre esto un momento y después movió la cabeza nuevamente.

—No sería moral —dijo con solemnidad.

John-Henry se echó a reír.

—De todas formas —dijo—, húmedo o seco, inmoral o moral, me propongo bajar a Doonhaven uno de estos días y visitar Clonmere. Ya sabes que no he estado allí después de la guerra, desde antes de que el abuelo muriese. Probablemente se está cayendo a pedazos, aunque se supone que los guardas cuidan la casa.

—¿Y qué harás —dijo tía Lizette— cuando llegues allí?

John-Henry se sonrió y estiró las piernas.

—Viviré allí —afirmó—. Puede que telegrafíe a mi madre para que venga a reunirse conmigo. ¿No sabes que todo el tiempo que estuve en la Marina y en la guerra no pensaba en otra cosa? Ni el Mediterráneo ni los Dardanelos me han hecho verdadera impresión —continuó pensando—. Este oficial que suda el quilo en el cuarto de máquinas, y que cuando desembarca en Malta se está más días de los que le dieron de permiso, no es John-Henry en absoluto. El verdadero John-Henry está en Clonmere, mirando a través de la caleta, contemplando Monte Bravo, y en ningún otro sitio estará a gusto. Allí es donde nací y donde me criaron.

Tía Lizette se puso las gafas, y yendo hacia la ventana cogió su labor de ganchillo.

—Yo también nací allí —dijo—; pero pasé mi infancia en Londres. Cuando tenía diez años y tu tía Molly se casó, fuimos todos a casa por Navidad. No olvidaré jamás la primera vez que vi las lomas y el color del agua de la bahía de Mundy, y el vaporcito entrando en Doonhaven —se calló por un momento, inclinada sobre su labor—. Pero es una casa muy grande para un muchacho solo —añadió.

—Habrà mucho que hacer —dijo John-Henry— para ponerla otra vez en condiciones. Los árboles necesitan podarse y los jardines un arreglo. Para mí no hay medias medidas, tía Lizette. Ya no estoy en el cuarto de máquinas. Voy a ser John-Henry Brodrick de Clonmere. Te tendré siempre reservado el mejor cuarto de huéspedes, y cuando vengas a pasar una temporada conmigo te daré la bienvenida de la manera tradicional.

—No pensarás vivir en la parte nueva, ¿verdad?

—¿Por qué no? Mi abuelo la edificó para que se viviese en ella, ¿no?

—Sí, hace cincuenta años, cuando no había dificultades con el servicio, y había coches y caballos, y las minas trabajaban en Monte Bravo día y noche. Doonhaven ahora es sólo un pueblo dormido, sin nadie que quiera trabajar para ti: no piensan más que en matarse a tiros. ¡Escucha! ¿Has oído?

Se oían pisadas en la calle. Se asomó John-Henry a la ventana al lado de su tía. Pasaba un pelotón de soldados llevando detenidos a dos paisanos, atadas las manos a la espalda, muy echadas hacia adelante las gorras, que así les ocultaban buena parte de las facciones. Un grupo de gente los veía pasar. Gritó una mujer, lanzando un

insulto contra los soldados. Uno de ellos, que iba a caballo, echó al animal contra la gente. Poco a poco se extinguió el ruido de las pisadas.

—«Nosotros solos» —murmuró John Henry—. Vamos a ver, tía; si encontrases a uno de ellos, al hermano de Meggie, por ejemplo, escondido en la cocina, ¿llamarías a los soldados para que se lo llevaran?

—Sería mi deber. Podía tratarse del asesino de personas inocentes —dijo tía Lizette con firmeza.

—No has respondido a mi pregunta —persistió John Henry—. ¿Le entregarías a los soldados?

Ella le miró a hurtadillas, guiñando los ojos tras las gafas.

—Puede que sí —dijo suavemente—; pero también firmaría una petición pidiendo su indulto.

Se oscureció el cielo. Una fina llovizna comenzó a salpicar los cristales.

—¿Dónde paras? —le preguntó ella.

—En el hotel Metropole —contestó él.

—Entonces, mejor será que vuelvas. No quiero que estés en la calle cuando oscurezca. ¿Cómo vas a ir a Doonhaven? Creo que no funcionan los trenes ni el vapor.

—Iré en coche, tía.

—Ten cuidado no te lo vayan a quitar y a secuestrarte..., si no es que te tiran a una cuneta con un tiro en la espalda.

—Quizá me una a los rebeldes —dijo con mirada maliciosa.

Le dio un beso de despedida y volvió por las calles silenciosas hasta el hotel. Había centinelas por todas partes, y le dieron el alto tres veces. La gente había abandonado las calles... Las maderas de las ventanas estaban cerradas en las casas. John Henry entró en el bar del hotel. Estaba vacío, salvo el camarero y un muchacho de su misma edad, o poco mayor, sentado en un rincón leyendo un periódico. Alzó la vista cuando John-Henry entró y le miró con esa mirada fija de quien ve a alguien después de muchos años y encuentra dificultad en recordar su nombre. John-Henry se volvió de espaldas y pidió un *whisky* con sifón.

—Ha habido jaleo esta tarde, ¿no? —preguntó al del mostrador.

Éste limpió un vaso con una servilleta y miró disimuladamente al hombre del rincón, quien había reanudado la lectura de su periódico.

—Ha habido tres muertos en la plaza —dijo tranquilamente—, o al menos eso me han dicho. Yo no sé nada de eso. He estado en el hotel todo el día.

Marchó al otro extremo del bar y fingió estar ocupado con algunos vasos.

«Asustado —pensó John-Henry—. Si dice una palabra más, el del rincón puede denunciarle. ¿Dónde diablos he visto antes a ese hombre?».

Pero el periódico le tapaba la cara.

John Henry tomó un sorbo de *whisky* y pensó en su tía Lizette, viviendo sola en su pisito, la más joven y la más frágil de la familia, y la última superviviente. Tía

Molly y tía Kitty habían muerto durante la guerra.

«Somos una familia curiosa —pensó—, o nos morimos muy jóvenes o vivimos hasta ser carcamales. El abuelo Henry Brodrick iba a cumplir los ochenta cuando murió en Brighton. Su mujer no permitió que le trajesen a Irlanda para enterrarlo en Ardmore; prefirió el vasto cementerio blanco de Brighton». John-Henry recordó la carta que le llegó de su madre cuando estaba en Dartmouth, diciéndole que su abuelo había fallecido. Aquellas vacaciones fueron de excursión a Clonmere, y allí estuvieron los dos, haciendo proyectos para el porvenir. Mas estalló la guerra, echando por tierra todos los sueños.

La puerta del bar se abrió con violencia y entraron tres oficiales. Venían riendo y bromeando.

—Te digo que es verdad —decía uno de ellos—. Fueron en romería a Londres, hará un año o así, tratando de ver el sepulcro de Casement<sup>[11]</sup>. Habían traído coronas y flores y Dios sabe qué más. El director de la cárcel los engañó, enseñándoles dónde estaban enterrados Crippen<sup>[12]</sup> u otro individuo, y ellos se arrodillaron, se persignaron y rezaron el Avemaría. El director de la cárcel decía que nunca se ha reído tanto.

Los oficiales se apoyaron sobre el mostrador y pidieron de beber.

—No son humanos —dijo otro—. Debían mandarnos que fusilásemos a todos. Son la hez de la tierra, y siempre lo han sido.

El primer oficial miró a John-Henry. Tenía alegres los ojos, a pesar de su boca dura.

—¿Qué bebe usted? —preguntó.

—El espíritu del país —dijo John-Henry, elevando su vaso.

—Entonces beba uno con nosotros —dijo el oficial, riendo—. Es la cosa que tratamos de rebajar<sup>[13]</sup>.

Puso su gorra en el mostrador y John Henry miró con fijeza al odiado emblema. Sin embargo, el hombre parecía bastante inofensivo. Evidentemente se limitaba a cumplir con su deber obedeciendo órdenes.

—¿Pertenece usted a este país dejado de la mano de Dios? —preguntó el oficial.

—Sí —dijo John-Henry—, y, lo que es más, tengo la intención de quedarme a vivir en él.

—Debe usted de estar loco —dijo el otro—, a no ser que le gusten las emociones fuertes. Lo único que puede decirse en favor de esta gente es que saben criar caballos maravillosos.

—En donde me he criado hay buena caza —dijo John-Henry—: agachadizas en los pantanos y liebres en la isla de Doon y en Monte Bravo. Si hay que pegar tiros, prefiero hacerlo de esa manera que como ustedes.

—¿La isla de Doon? —dijo uno de ellos—. Tengo un amigo que estuvo destinado allí. Aquello está tranquilo. La gente no se mete en política.

—Demasiado perezosos —dijo John-Henry—, como yo mismo. Sólo desean que los dejen en paz. ¿Quieren ahora tomar un *whisky* conmigo? Supongo que no soy el

primero de mis pásanos que les ofrece hospitalidad.

El camarero acudió y John-Henry se acercó a los oficiales.

—Cuatro *whiskys* con soda para estos señores y para mí —pidió.

Escuchó a medias los relatos de la lucha, cómo el Ayuntamiento de una ciudad del Norte había sido tomado por los rebeldes e incendiado. Cuando agotaron las municiones, habían puesto pies en polvorosa, refugiándose en los montes.

—Fuimos a buscarlos —relata el oficial— y los pescamos. Dos de ellos se quedaron allí muertos de frío. Al día siguiente fusilamos a los demás. ¡Oh!, tenemos momentos animados. No todo es estar tumbados.

«La historia de siempre, pensó John-Henry, una historia en que nunca mi familia ha tomado parte. Aislados en Clonmere con sus minas, se habían limitado a extraer el cobre. Cuando venían aquí a Slane, a la Oficina Marítima, no les importaba que otros se mataran en tanto ellos vivían plácidamente en Clonmere. Y todo lo que me importa a mí es que se acabe esta locura para poder hacer yo lo mismo».

Los oficiales habían acabado sus bebidas y se estaban ajustando el cinturón.

—¿Y ahora qué? —inquirió John-Henry.

—De patrulla —contestó el primer oficial—, y quizá una puñalada por la espalda. Venga con nosotros.

—Yo no —sonrió John-Henry.

—Iremos y cazaremos perdices con usted cuando nos cansemos de cazar a paisanos suyos. Buenas noches y buena suerte.

—Buenas noches —dijo John-Henry.

El camarero estaba cerrando las contraventanas y asegurando los cerrojos.

—Ésos son los últimos —exclamó—; ya no habrá más esta noche. Saldrá usted por la puerta del hotel si hace el favor.

John-Henry paseó la vista por la habitación. Estaba vacía, exceptuando al camarero y él mismo.

—Había un hombre en ese rincón —dijo— cuando acababa de entrar. Me pareció reconocer su cara. ¿Sabe usted quién era?

El camarero sacudió la cabeza.

—Viene toda clase de gente aquí —dijo.

—Ha debido de salir muy calladamente. Lo siento, porque tengo la impresión de que era de Doonhaven.

El camarero pasó un paño por el lado del mostrador.

—Si era de allí —dijo lentamente—, es lástima que le haya visto bebiendo con los *black and tans*<sup>[14]</sup>.

John-Henry se le quedó mirando.

—¿Qué quiere decir? —exclamó—. No conozco a esos individuos. No son nada para mí.

—No —repuso el camarero—; pero éste es un país extraño. Buenas noches, señor.

Apagó las luces del bar en señal de despedida.

John-Henry subió lentamente las escaleras hasta su cuarto. Descorrió las cortinas de su habitación y miró al cielo. La lluvia había cesado y las estrellas brillaban. Había un olor limpio y fresco en el aire, olor de tierra mojada, olor de noche, olor de primavera. La campana de la iglesia dio la hora. Abajo, en la calle, la ronda se alejaba arrastrando los pies.

Amaneció despejado el día. El sol brillaba cuando John-Henry salió de Slane por la carretera de Mundy. Iba animado, pues era joven y tenía buena salud; su automóvil corría bien e iba hacia casa. El sueño de su infancia se había realizado al fin. Pasados eran los años de guerra, de tensión, de viajes por aguas extrañas, de sudar bajo cielos tropicales.

La tía Lizette había dudado que pudiera él vivir solo en Clonmere, a veinte millas de cualquier estación de ferrocarril. No sabría, dijo ella, qué hacer allí solo; suponía que porque estaba cansado de la guerra debía también sentirse inquieto, deseoso de compañía, de movimiento, de aturdirse. John-Henry sonrió, pues cuando sintió verdadero desasosiego fue en Salónica, donde nada parecía seguro ni verdad, y todo estuvo bañado, en no escasa medida, de miedo. Un hombre que pisaba su terruño y olía sus perfumes no podía sentirse inquieto, si lo amaba verdaderamente. En cuanto a compañía, tendría la de sus propios pensamientos y sueños, y la subyugadora exploración del pasado para hacerle comprender el presente. ¿Qué era John-Henry sino el producto de los años? Y mirando atrás, al pasado, aprenderla a conocer el futuro. Quizá cien años antes, Copper John había recorrido esta misma carretera de Slane a Mundy, confiado y viril, para luego legar a su tataranieta no un carácter entero ni un corazón duro, ni demasiado amor por el dinero, sino únicamente extraña facilidad para los números; en efecto, era para él la cosa más sencilla del mundo hacer en la cabeza complicadas y bastante absurdas operaciones matemáticas. No dejaba de ser irónico que fuese éste el único legado transmitido del fundador de la fortuna de la familia, el trabajo de cuya vida, las minas de cobre, yacía herrumbroso y cubierto de musgo en las profundidades de Monte Bravo. «¿Por qué, pensó John-Henry, me dan esa pena sensiblera los perrucos, los pajarillos heridos y hasta los moscardones que se ven en un apuro? ¿Es porque el hijo de Copper John tenía un extraño amor a los galgos, a quienes prefería a los hombres, y no podía ni siquiera matar una avispa, pues Dios creó a todos los seres vivos y les hizo el regalo de calentarse al sol?».

Según iba conduciendo, pedazos y fragmentos de historia de la familia le venían a la memoria, oídos a su madre, pues sabía ésta su afición por el pasado. La turbulenta Fanny-Rosa, que solía corretear por el campo, desnudas las piernas, rompiendo masculinos corazones, y acaso el suyo propio, aunque jamás dijo ella tal cosa; y Jane, aquella mujer del cuadro, con sus ojos acariciadores, que con la mano sobre el corazón miraba a la isla de Doon.

—Fue Fanny-Rosa Flower —había dicho su madre moviendo la cabeza con sabiduría— quien envenenó la sangre a los Brodricks.

¡Pobre Johnnie!... Sus erradas de ceremonia todavía estaban colgadas en la biblioteca en Clonmere, cruzadas sobre la chimenea. John-Henry las descolgaría cuando llegase a casa y las limpiaría, y de nuevo las pondría brillantes, de modo que

Johnnie, en su tumba, no se sintiese olvidado.

—Se tardará tiempo, hijo —dijo su madre—, en volver a poner el lugar en condiciones. Y tendrás que comprar muebles, ¿sabes?, para la parte nueva.

—Aun cuando tenga que trabajar toda la vida, no importa —dijo John-Henry.

Si los suelos estaban sin fregar y las arañas colgaban de los rincones, por lo menos sería aquello su pedazo de tierra, su reino. La tía Lizette se había preguntado qué deporte y qué diversiones hallaría allí.

Había becadas y liebres en la isla, y agachadizas en el pantano, cerca de Kileen; peces en la caleta y pequeñas truchas pardas en la laguna de Monte Bravo. En cuanto a seres humanos, le bastaría con sus vecinos; si lograrse que el pastor protestante y el sacerdote católico de la localidad olvidasen sus diferencias y aceptasen venir a comer con él los domingos, ya habría hecho bastante por su país con tan sólo esto.

Dejó atrás la parte árida de su camino. Ante él se alzaba el paso, agreste y rocoso, con los brezos creciendo entre el granito y desbordándose hasta el borde de la carretera. Por aquí pasó Copper John el día en que firmó el arriendo de las minas de cobre con Robert Lumley, y el mismo Robert Lumley vendría por estos lugares, rodeado de su melancólico esplendor, para ir a Andriff, desde su solitaria mansión en Duncroom, que hoy yacía desnuda, sin techo, derruida por los revolucionarios. ¡Cruel pendencia! ¿Y de qué servía? Una vez más John-Henry se preguntó por qué los hombres se matan los unos a los otros y derraman su sangre bajo el cielo, cuando el cantueso y el romero perfuman el aire y florece el brezo, y la agachadiza grazna y salta en el pantano.

Redujo la marcha del auto, pues se estrechaba allí la carretera, y al volver la curva vio enfrente de él una barricada de brezos arrancados y alambre suelto que cruzaba la carretera. Junto a ella vio a un hombre con un fusil en la mano. John-Henry se acercó despacio hasta la barricada y paró el motor. El hombre no se movió, excepto para apuntar con el fusil, y después, poniéndose dos dedos en la boca, silbó fuerte y agudo. Una media docena de figuras se deslizaron de las peñas de encima del paso. Todos ellos estaban armados. John Henry no conocía a ninguno de ellos. Uno, supuso que sería el jefe, llegó a la portezuela del automóvil y se apoyó en ella.

—¿Cómo se llama? —dijo secamente.

—John-Henry Brodrick.

—¿Adónde va?

—A mi casa, Clonmere, en Doonhaven.

—¿Sirvió usted en la Marina de guerra, no es cierto?

—Sí.

—¿Cuáles son sus opiniones políticas?

—No tengo ninguna.

—¿Estuvo usted anoche en el hotel Metropole de Slane?

—Sí.

—Muy bien.

Hizo una señal con la cabeza a una pareja de sus compañeros.

—Tengo que pedirle que salga del coche.

—¿Para qué?

—Eso es cosa nuestra. No le haremos nada si no se resiste. Trate de hacerse el gracioso con nosotros y le meteremos una bala en la espalda.

—¿Qué va a hacer con mi coche?

—No lo volverá a ver. Los autos son demasiado preciosos para nosotros.

El hombre se sonrió. John-Henry se encogió de hombros.

—Me advertieron que no viniese por carretera. Yo tengo la culpa por no haber hecho caso. Sigán, pues. ¿Qué quieren que haga?

—Que se esté quieto mientras le vendamos los ojos. Le digo de nuevo que no le vamos a hacer daño. Ahora ponga las manos a la espalda. Cógele el brazo, Tim, ya sabes lo que tienes que hacer si quiere hacer alguna tontería.

¡Qué estúpido! ¡Haber ido a caer en esta trampa! Le habían dicho en Slane que era una locura ir por carretera. Ahora, probablemente, le pegarían un tiro por la espalda y le dejarían en la mitad de un campo. Era la pérdida de su automóvil la que le ponía de mal humor. El viejo coche, el fiel amigo, que estropearían estos locos. Ninguna esperanza de recuperarlo, desde luego. Se maldijo y renegó de sí mismo inútilmente mientras avanzaba tropezando en las matas y en las piedras, entre dos hombres. Anduvieron unas tres millas o más en Dios sabe qué dirección antes de hacer alto; oyó entonces el ruido de una puerta que se abría y alguien decía algo en voz baja; luego le quitaron la venda de los ojos, le soltaron las manos y se encontró en una cabaña abandonada. En un rincón se veía un montón de paja. La única ventanuca estaba tapada con trapos, y el suelo, negro de astillas carbonizadas y ceniza.

—Tendrá que estarse aquí algún tiempo —dijo el hombre que le había atado—. Yo estaré ahí fuera. Tengo órdenes de meterle una bala en el cuerpo si trata de escapar. Le traeré algo de comer y beber dentro de un rato.

—¿Cuánto va a durar esta majadería? —dijo John-Henry—. ¿Y qué se suponen que he hecho?

—Yo no sé nada —dijo el hombre—. Tengo mis órdenes, y con eso tengo bastante.

Y se marchó, cerrando la puerta tras sí con llave.

«¡Malditos sean! —pensó John-Henry—. ¿Qué querrán de mí? ¿Y por qué han de mezclarme en una revolución que para mí significa menos que nada, y por la que no tengo ningún interés?». Fue y se sentó en la paja, pues no había silla ni banco. Pasado un rato, el hombre cumplió su palabra, y le trajo pan, queso agrio y un jarro de agua.

—¿No tiene usted cerveza, supongo? —preguntó John-Henry.

—No, no tengo —dijo el hombre—; pero tengo un frasco con un poco de *whisky*, y puede echarse un trago si tiene ganas.

John-Henry aceptó la oferta y el hombre se sonrió.



—No me importa decirle que usted estará aquí hasta la mañana o puede que hasta el día siguiente.

—Mire —dijo John-Henry—, puede quedarse con mi cartera —hay veinte libras en ella— si me deja marcharme de este sitio.

—No quiero su dinero —dijo el hombre—. Se lo habríamos quitado si lo hubiésemos necesitado. ¿Se cree que somos ladrones?

—Me robaron el automóvil, ¿no es cierto?

—Lo tomamos prestado para la causa. Cuando el país esté libre de enemigos se lo devolveremos.

—Eso es una tontería, y usted lo sabe. ¿Por qué me tienen aquí?

—Le digo que no lo sé, y es la verdad. ¿Sabe usted jugar al *whist* de dos?

—Sabía; pero no sé si me acordaré.

—Tengo una baraja aquí en el bolsillo. Si le agrada, podríamos jugar una partida, y nos ayudaría a pasar el tiempo. Ahí fuera no tengo nada que hacer realmente. Podemos hacernos compañía mutuamente.

—Muy bien —dijo John-Henry—, saque las cartas.

Se sentaron juntos en la miserable casucha a la luz de un rayo de luz que entraba por la ventana, y se pusieron a jugar al *whist* de dos. Pronto dieron cuenta del *whisky*. Éste, pensó John-Henry, es seguramente el absurdo mayor que ha habido en el mundo. Aquí estamos, brindando el uno por el otro con *whisky* de contrabando, mientras me saca lindamente el dinero, que es demasiado orgulloso para robar, discutiendo los diversos métodos para cazar conejos con trampa. Mañana me fusilarán por la espalda, y puede que, como dijo el centinela de Slane, luego envíe una corona de flores a mi funeral.

Pasaron dos días. Tim, su guardián, salía de vez en cuando y traía pan, y a veces tocino frío, o un muslo de pollo, y más *whisky*, y cada vez que John-Henry le preguntaba:

—Tim, ¿cuándo me fusilan?

Tim sacudía la cabeza y decía:

—Le tengo dicho que no le van a fusilar.

—Entonces, ¿qué hago en esta maldita casucha?

—Descansar, lo que le será de provecho —respondía Tim, y sacaba la grasienta baraja, y el *whisky*.

—¿Son quince o diecisiete las libras que llevo ganadas?

John-Henry no recordaba; pero lo uno o lo otro no le parecía demasiado caro por el *whisky*, de cuyos ánimos acaso necesitase para encararse como es debido con la muerte, cuando le fusilasen.

La tercera noche, Tim trajo más *whisky* que de costumbre. La medio consumida vela daba una luz endeble; las cartas estaban aún más mugrientas; la mísera lumbre que habían encendido llenaba la habitación de humo. Pasado algún tiempo, John-Henry bostezó y se estiró, para luego dejarse caer sobre la paja y quedarse

profundamente dormido, haciendo almohada de las manos. Cuando despertó, el rojo amanecer le miraba por la puerta abierta de la casucha; no se veía a Tira por ningún sitio. Iba levantándose perezosamente la blanca neblina que descansaba sobre los cerros. Se incorporó y salió restregándose los ojos, flaco, alborotado el pelo, lleno de pajitas, con la barba de tres días. Estuvo un rato a la puerta, gozando de la caricia del sol mañanero. Un chorlito echó a volar sobre los cerros y desapareció. Miró al suelo, y vio tirado junto a una piedra un periódico, cubierto de rocío, fechado el día antes. Había una cruz en la página primera, y un escrito garrapateado sobre él, que decía: «Abra la página 3.» Abrió el periódico, y allí en la página del centro vio una fotografía de Clonmere. El título sobre la foto, en gruesos caracteres, decía:

### HISTÓRICA MANSIÓN DESTRUIDA.

John-Henry se arrodilló y extendió el periódico en el suelo, pues sus manos temblaban. Colocó una piedra en cada esquina de la página para que el viento de la mañana no doblase los bordes arrugados. Bajo la fotografía, en caracteres más pequeños, había una media docena de líneas.

*«El castillo de Clonmere, en Doonhaven, sobre la bahía de Mundy, fue incendiado la noche pasada por unos desconocidos. Parte de su mobiliario fue salvado por la gente del pueblo, que despertó y vio la casa en llamas; pero el edificio ha quedado completamente destruido. Se cree que su propietario, Mr. John-Henry Brodrick está en el país en la actualidad».*

Se arrodilló en el suelo mirando el papel, y la primera rabia loca que llenó su corazón murió de repente, dejándole frío, estupefacto y atónito. Una alondra se levantó del suelo para saludar el día. Fue desapareciendo la niebla hasta, al fin, dejar descubierto el brillante sol. En la lejanía, el pálido mar reflejaba la luz débilmente. Y mientras las ruinas de su hogar y el naufragio de sus sueños le miraban desde la página impresa, John-Henry vio de nuevo los ojos del hombre del hotel de Slane, y a Tim, de ojos azules, pecoso, sonriéndole burlescamente por encima de la baraja, que brindaba con su frasco de *whisky* por el porvenir, susurrando: «Nosotros solos».

Aplacáronse su ira y su congoja. Le pareció contemplar algo que perduraría para siempre en su corazón como un símbolo indestructible, a pesar de lo que las llamas hubieran podido hacer con las piedras y los ladrillos. El pasado le acompañaría incesantemente, las manos fantasmales y jamás vistas de gentes a quienes nunca conociera, pero que formaban una parte tan esencial de su ser. Aquellas calcinadas ruinas que contemplaba no eran símbolo de despedida final; hasta cierto punto, eran un holocausto al futuro. Algún día comprendería plenamente lo que había perdido, y volvería allí, pues tal era su sino. A la sazón, harto joven para otra cosa, la rabia y el pesar, que al parecer hieren con filo cortante el corazón mozo, se disiparían en breve, y aun en aquel momento, mientras escarbaba con el pie entre las cenizas, sintió algo parecido a la excitación experimentada por un buscador de perdidos tesoros.

Mostróle la gente gran gentileza delicada. Mantuviéronse alejados del lugar, y se abstuvieron de pisar la finca para mirar con ojos curiosos a las ennegrecidas paredes. Le dejaron a solas con su herencia. Sabía que los aldeanos ya se habían llevado lo que deseaban, pues vio a la puerta de una de las humildes casitas parte de un aparador que reconoció y a un niño que jugaba delante de la casita del guarda con un florero de porcelana que antes adornaba la chimenea del salón. No era dudoso que habría otras cosas a buen recaudo en las casas de Doonhaven, pues un fuego, como un naufragio, pasan a ser propiedad pública hasta que hacen auto de presencia la autoridad y la ley. No era John-Henry ni la autoridad ni la ley. Era sencillamente un ser que tenía que soslayar los peligros de un país donde ardía la guerra civil, y si era cierto que se había visto despojado de lo suyo, no le quedaba más remedio que sufrir calladamente. Poco pudo salvar. Sin embargo, encontró intacto el sonriente retrato de su tía-abuela Jane, lo que le alegró, pues siempre le había profesado especial cariño, y a su madre le gustaría colgarlo en su casa. Lo sorprendente era que desde alguna distancia parecían estar incólumes las paredes de la casa. Véíanse enhiestas las chimeneas, y las ventanas presentaban un aspecto normal. Solamente cuando se aproximó, vio que era la casa un vacío cascarón, que tenía al cielo por techumbre. Quedaban, sin embargo, los cimientos y señales de los tabiques, de manera tan clara, que mientras andaba por entre los escombros pudo identificar todas las habitaciones del piso bajo, aunque no quedaba ninguna. La parte antigua de la casa era la que más había sufrido. La parte nueva, que jamás fue habitada, presentaba un aspecto semejante al que seguramente ofrecía cincuenta años antes, cuando estaba construyéndose y su padre, aún chiquillo, subía gozoso por los andamios. El gran balcón de encima de la puerta principal aparecía retorcido, pero no roto, agarrándose precariamente a los ennegrecidos muros, como por arte de ensalmo. Las ventanas bostezaban estúpidamente. Nada quedaba del gabinete. Las dos cosas que se habían salvado, el balcón de hierro y el retrato de tía Jane, eran las que más quería John-Henry. El fuego las había respetado con extraña imparcialidad.

Acabado que hubo John Henry de huronear por entre los escombros, quedóse parado en el bancal junto al castillo, y vio entonces venir hacia él un rebaño de vacas, que se acercaban ramoneando por las lindes del camino. Venían conducidas por un hombre de aspecto calmoso, con la gorra muy ladeada, quien venía chupando una hierba. Parecían las vacas encontrar grato aquel nuevo lugar de pasto. Metían los hocicos por entre las matas, oliéndolo todo pausadamente, y pisando gravemente la gravilla del camino. Descubrió la que a la cabeza marchaba la cañada, y a ella se dirigió seguida de las demás, quedando allá abajo entre las plantas salvajes que antaño fueron motivo de orgullo para Jane y Bárbara, para luego llegarse al arroyo y beber largamente de sus límpidas aguas, tras lo cual alzaron la cabeza y se quedaron mirando pensativamente hacia la otra orilla. Vigilábalas el vaquero, quien iba cortando hierbecillas con un palo que en la mano traía, mas sin mirar a las ruinas del castillo, como si una bien nacida delicadeza le aconsejara el no hacerlo.

Bajó John-Henry el recuesto para unirse con él, y el vaquero se quitó la hierbecilla de la boca y se llevó la mano a la gorra.

Era hombre joven, de parecida edad a la de John-Henry, y creyó éste serle conocida aquella cara, y hasta haberla visto la semana anterior. De súbito tuvo conciencia de la gran semejanza que existía entre el muchacho y el hombre que vio en el bar del hotel en Slane. Nada dijo por el momento sino «Buenos días». Ambos permanecieron contemplando las vacas, que continuaban paciando en la hondonada.

—¿Estaba usted aquí cuando se quemó la casa? —dijo al fin John-Henry.

Denegó el vaquero con la cabeza, y continuó mirando a su ganado.

—No; estaba acostado en mi casa, y nada supe hasta que mi madre me lo dijo. — Hizo una pausa, y luego añadió, como aclarando el asunto—: No fue esto obra de la gente de Doonhaven.

Encendió John-Henry un cigarrillo y estuvo un rato fumando en silencio.

—Celebro saberlo —dijo luego—. Ningún daño les he hecho. Me parece recordar su cara; pero no acierto con su nombre.

—Eugene Donovan, nieto del Pat Donovan, que vivía en la alquería de Monte Bravo cuando usted era niño. Mi padre era Jim Donovan. Cuando se cerraron las minas se fue a Sudáfrica.

—Sí, ahora le recuerdo. Arrendó usted la alquería, cuando murió su abuelo. ¿No tenía usted un hermano?

—Y lo tengo. Michael se llama. No le daba por la labranza.

—¿Qué ha sido de él?

—No le hemos visto hace mucho. Era amigo de Pat O'Connor y de su gente.

—Comprendo.

La reticente admisión hizo comprender a John-Henry que no le darían más detalles. Pero bastáronle aquéllos para reconstruir lo ocurrido, y le pareció ver de nuevo la cara de Michael Donovan en Slane. No cabía duda que salió del bar y fue en busca de sus amigos para decirles cómo John-Henry Brodrick era un traidor que

convidaba a los enemigos de su país. Esto les haría venir a Clonmere y quemar la casa. No lo haría Michael ni ninguno de Doonhaven, pues esto podría traerles mala suerte, y no aceptarían tal conducta los Santos. Sabía John-Henry esto, y lo sabía Eugene Donovan, el vaquero, mas no hablaron de ello. Se había hecho justicia. No había más que añadir.

Era curioso, pensó John-Henry, cómo su familia se había empeñado, generación tras generación, en inculcar en la gente de su país la idea del progreso, y la pertinacia con que sus paisanos se habían negado a aceptar tal idea, sin que ello desanimara a los Brodricks. Ya hacía casi doscientos años que Morty Donovan pegó un tiro por la espalda a John Brodrick porque éste quiso interferir con la gente de la comarca. Trató John Brodrick de inculcar a los contrabandistas ideas del deber, de la ley, de disciplina y obediencia, sin que éstos toleraran tales innovaciones. Todo lo que de John Brodrick quedaba era una lápida en un cementerio olvidado, y su sangre, que, según la conseja, fluía por la cañada todos los años. Pero continuaban alijando los naturales de la comarca, y robando el ganado de sus terratenientes, y pescando en aguas prohibidas. Si John Brodrick no hubiera muerto, y hubiese alcanzado una edad más avanzada, quizá habría tenido el sentido común de comprender que era inútil tratar de enseñar a aquella gente, y que la tierra de la comarca les pertenecía. Fundó Copper John las minas, y hoy las minas, cubiertas sus negras bocas de maleza, miraban a las ruinas de la explotación industrial, que nadie deseaba. John-Henry conoció a las erguidas chimeneas, mudos testigos, monumentos conmemorativos de la tremenda resistencia de aquellas gentes; y mañana, acabada la guerra civil, los turistas visitarían las ruinas de Clonmere, nuevo testimonio de esta resistencia, igual que él visitó de niño las desiertas minas. Reliquias de fracasos, que en un día no lejano se fundirían con la tierra que les dio el ser. —Y usted ¿no siente ambición de unirse con su hermano para luchar por Eugene Donovan? —dijo John-Henry al vaquero, mordisqueando de nuevo hierba, y señaló con su palo al rebaño que pacía en aquel momento bajo las ventanas de Clonmere—. Mire aquellas vacas. Desde chico mi ambición ha sido traer mis vacas a pastar aquí. Un capricho; pero lo sentía de veras. Cuando se incendió esto la otra noche y quedó el castillo en ruinas, me dije, ahora, por fin, podré llevar allá las vacas. Pero le juro que no tuve nada que ver con el incendio. —¿Y no desea usted nada más?—. Pensó unos momentos Donovan, y miró al castillo, volviendo la cabeza.

—Hay establos allá. No los ha tocado el fuego, y con una o dos libras podría arreglarlos para guardar las vacas. En el monte los pastos son mucho peores.

Buscó John-Henry en su cartera y encontró las tres libras que le quedaban. Las demás se las había ganado Tim a las cartas.

—Quédese con los establos si le hacen servicio, ya puede traer aquí sus vacas a pastar, y tome estas libras para arreglar lo que haya menester de arreglo. Tomó Donovan los billetes y los contó. —Es usted generoso con su dinero— dijo. —Es lo que me queda. Ése fue el error de mi familia. Yo tengo el dinero y usted la tierra.

Preferiría que fuese al contrario; pero no puedo escoger.

—Usted es un señor —dijo Donovan—; puede viajar y ver mundo. Y podrá hacerse una casa en Inglaterra mejor que la quemada.

No respondió John-Henry. Había comenzado a caer una sutil llovizna de un negro nubarrón que oscurecía el sol. Se subió el cuello del abrigo y hundió las manos en los bolsillos. Eugene Donovan se encasquetó la gorra y silbó al perrillo que le acompañaba. Se abrió una nube un instante y cayó un rayo de sol sobre Monte Bravo.

FIN



DAPHNE DU MAURIER (13 de mayo de 1907 - 19 de abril de 1989). Nieta del escritor y dibujante *George du Maurier*, fue una escritora británica famosa por novelas como *Rebeca*, publicada en 1938, y *Mi Prima Raquel*, ambas llevadas al cine. Las películas *Jamaica Inn* y *Los pájaros* de *Alfred Hitchcock* también se basaron en relatos suyos. Gozó siempre de un ambiente refinado. Sus padres, el productor y actor *Gerald du Maurier* y la actriz *Muriel Beaumont*, le dieron una educación exquisita y sus buenas relaciones le permitieron publicar sus primeros escritos en la revista de su tío. Se casó con el lugarteniente *Frederick Arthur Motague Browning*, quien llegó a ser héroe de guerra y recibió tratamiento de *Sir*. Ella misma alcanzó la distinción de Dama de su Majestad. Residió en el castillo de Menabilly, una fabulosa mansión situada en la costa de Cornualles, que le sirvió como escenario de algunas de sus obras y en donde tuvo tres hijos. Con poco más de veinte años, escribió su primera novela. Además de sus obras más conocidas, por haber sido llevadas al cine, escribió muchos relatos en los que refleja mujeres traumatizadas o perversas, cuya insatisfacción no calma con la misma muerte. Es el caso de los relatos «*El manzano*», «*El joven fotógrafo*» o «*Bésame otra vez, desconocido*». Historias de crueldad, discreta misoginia, ambientes cargados de energías negativas, que se adelantan a los que luego trazó *Patricia Highsmith*.

# Notas



[1] *Sir* equivale, en este caso, a señor; pero, a juicio del traductor, la frase «Lamento mucho, señor...» dirigida por un hijo a su padre resulta inadmisibile en español. Dejando *sir* en inglés, se destaca el matiz exótico y, además de emplazar la escena en su ambiente, se justifica, al hacerlo, lo extraño del vocativo. Así lo hacemos cada vez que el caso se repite. (*N del T.*) <<

[2] John, el del Cobre. (*N del T.*) <<

[3] Galgo John, o John el de los galgos. (*N del T.*) <<

[4] Johnnie el indómito. (*N del T.*) <<

[5] Condado de Inglaterra. (*N del T.*) <<

[6] *Sheriff*: cargo de nombramiento anual cuyas obligaciones varían según los distritos. En general, es el responsable de la custodia de los presos, de la confección de las listas de jurados y de la ejecución de determinadas sentencias. (*N del T.*) <<

[7] Es costumbre en las Islas Británicas arrojar un zapato viejo tras el coche en que se alejan dos recién casados, Lo que se supone que ha de traerles suerte. (*N del T.*) <<

[8] Conservador. (*N del T.*) <<



[9] Especie de gachas; alimento muy corriente en el pueblo inglés, especialmente entre la gente humilde. (*N del T.*) <<

[10] Beagles: Asociaciones de cazadores que cazan liebres a la carrera, siguiendo a una jauría de sabuesos pequeños («beagles»). (*N del T.*) <<

[11] *Sir Roger Casement*, patriota irlandés, ahorcado por traidor en Londres. (*N del T.*)

<<

[12] Famoso criminal inglés. (*N del T.*) <<

[13] Pregunta y respuesta forman un complicado juego de palabras pues ambas tienen doble significado. La respuesta de John Henry quiere decir: «El espíritu de esta tierra», y también «El vino, el licor de esta tierra». Las palabras del oficial: «Eso es lo que estamos tratando de dominar», y también «Eso es lo que estamos tratando de beber». (*N del T.*) <<

[14] Negros y color cuero: milicia reclutada entre los licenciados del Royal Irish Constabulary para luchar contra los *sin feiners* en 1921, así llamados por la mezcla de sus uniformes, medio militares y medio de guardias. (*N del T.*) <<